

GLORIA V. CASAÑAS

# LA SALVAJE DE BOSTON



de

Lectulandia

Livia Cañumil, discípula de las maestras que llegaron al país de la mano del presidente Sarmiento, decide viajar a Norteamérica para especializarse en la enseñanza de los jardines de infancia. Lleva en su sangre el estigma de ser mestiza. Con la determinación que le permitió superar la pobreza en su tierra, está dispuesta a enfrentar cualquier obstáculo que la vida le depare. Hasta que el destino la conduce al seno de la familia Robinson. Allí, en medio de conflictos y secretos, se verá obligada a pelear en la lid de la pasión, la única para la que no tiene armas. Solo el cariño que le inspira la mayor de las Robinson —de quien se ha convertido en institutriz— la mantiene firme en su propósito de no bajar los brazos.

Jeremías, padre de la niña, arrastra la desgracia donde vaya. Inmigrante pobre en una sociedad que exige credenciales para triunfar, ha sabido sobrevivir en los más adversos ambientes y hacerse lugar a los puños en la clase alta local. La coraza que lo reviste es lo bastante dura como para que ni siquiera la vida de sus hijas la atraviese. Pero hasta el hueso más difícil de roer se agrieta cuando un material resistente lo golpea.

La sociedad de Nueva Inglaterra catapultó a Livia hacia un tumulto de ideas novedosas y movimientos femeninos que la deslumbran, y arroja a Jeremías a un tenebroso mundo de espíritus vengativos que sacarán a la luz macabros secretos. La salvaje de Boston nos transporta hacia profundidades desconocidas del pensamiento, y nos ofrece, con pinceladas góticas, el contraste entre el progreso material y las creencias misteriosas que forjaron la idiosincrasia de un pueblo.

Lectulandia

Gloria V. Casañas

# La salvaje de Boston

ePub r1.0

Titivillus 16.12.2018

Gloria V. Casañas, 2016

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

*A mis lectores, que velaron con su cariño el viaje  
que inspiró esta novela.  
Y a Mir, donde estés, amiga. Prometiste que tu espíritu  
siempre me acompañaría.*

«¡Hay algo más en el cielo y en la tierra, Horacio,  
de lo que ha soñado tu filosofía!»

*Hamlet*, Acto I, Escena V  
WILLIAM SHAKESPEARE (siglo XVII)

# PRÓLOGO

## El destino en las estrellas



*Cerca de Bahía Blanca, abril de 1870*

**D**espertó atemorizada por el temblor del suelo bajo las patas de los caballos.

Afuera resonaban alaridos mezclados con disparos y secos golpes de boleadoras.

Adentro, crepitaba un fuego suave bajo la luz que filtraban las rendijas de los cueros.

Se arrebujó en su manta y cerró los ojos para pensar.

La abuela le había dicho que cuando tuviese temor o se sintiera triste pensara en el espíritu de sus padres muertos, para que vinieran a acompañarla.

—Los muertos solo se van si los olvidamos —le dijo.

Livia pensó y pensó, con todo el ímpetu de su pequeño corazón, pero el ruido de afuera era demasiado fuerte para sus débiles pensamientos.

—*Koñiwe* —murmuró llamando a su madre.

La había perdido a la corta edad de tres años, cuando empezaba a gozar de la vida en la *toldería*. Recordaba los cabellos rubios de aquella mujer que la acunaba con dulces palabras de un idioma que ella aprendió de sus labios. Su *koñiwe* era una mujer triste cuya única alegría era jugar con su hijita, aunque Livia la vio esconder el rostro bañado en lágrimas mientras la mecía. Nunca supo la razón de aquella tristeza. Y la abuela tampoco se lo dijo, pese a que solía hablarle mucho. Pobre abuela, había perdido también a su hijo, pues la viruela se llevó a los esposos de un solo golpe de guadaña. Estaban enterrados allí mismo, tras el montecito de caldenes, en el arenal.

La rueda de los pensamientos siguió girando. Tenía razón su *cucu*, pensar ayudaba a olvidar lo malo de afuera.

Livia recordó a su padre, fiero y orgulloso, salvo cuando la miraba a ella. Entonces sus ojos negros se achinaban en una sonrisa. Su padre era de la estirpe de Cañumil, llevaba su sangre y Livia sabía que eso la convertía en una privilegiada entre los niños indios.

Al quedar huérfana, el cacique extendió sobre ella su mano protectora.

—*Tatay* —dijo entre los pliegues de la manta, para llamar también a su padre.

Si habían acudido, no estaban afuera, donde los llantos y los gritos se elevaban al cielo. Livia se cubrió por completo la cabeza también rubia con las mantas tejidas.

—¡*Weñi domó!*

La voz de la abuela irrumpió en sus pensamientos y la sacó del ensueño.

Sonaba dura y apremiante. Livia asomó la cabecita y la vio sacudir los brazos como aspas.

—¡Apurate, que están viniendo! —clamó—. Agarrate de mi *tamail* y metete debajo. Una vieja corriendo no les va a importar.

La niña se guareció bajo la túnica que cubría el esmirriado cuerpo de su abuela y, aferrada a la tela, se dejó arrastrar fuera del toldo, hacia el griterío y el horror, en medio de la humareda y el estampido de los fusiles. Enroscó sus piernitas flacas en el muslo descarnado de su *cucu*, y a sabiendas de que debía permanecer callada y hacerse invisible, se dejó llevar fuera del círculo de los toldos, hacia el caldenar. Miró el suelo, donde ya se formaban regueros de sangre. Pudo ver algunas cabezas cortadas rodando entre los pies de su abuela. Prestó atención, para ver si las conocía.

Estaba la *machi*, con sus ojos fijos, empequeñecidos por las arrugas. El cielo se iba apagando en ellos. Los pies desnudos de la *cucu* no vacilaron en patear esa cabeza desgñada para que no le estorbara el paso.

Vio al hijo mayor de Cañumil, el que iba a ser su hombre cuando ella creciera. Ya no sonreían sus ojos de carbón, tenían una horrible expresión que Livia no quiso recordar.

Cerró los suyos con fuerza, y volvió a llamar a sus padres con la mente.

La abuela había llegado al monte. Sus pies hollaban espinos y rocas para salvar a la nieta.

Corrió, jadeó, y por fin se dejó caer entre los arbustos, aplastando el cuerpecito de Livia.

La niña no respiraba casi. Obediente, se mantenía como se esperaba de ella. La abuela olía a humo y a otra cosa que Livia no alcanzó a identificar, y que con el tiempo descubrió que era el olor del miedo.

Permanecieron así, pegadas al arenal, hasta que los aullidos cesaron y la tarde se fue muriendo hacia el oeste. El viento fresco comenzó a silbarles en los oídos. La niña podía escuchar el latido del corazón de su abuela, que iba recuperando el ritmo. Se impuso seguirlo, para ayudarla a resistir.

—*Cucu*, no te vayas —gimió en su interior.

El corazón de Livia se acomodó al latido del otro, y en ese propósito halló sosiego a sus temores.

El anochecer despuntó las primeras estrellas.

—Vamos, *pichi-cucu* —le dijo la vieja de pronto, y Livia vio por fin el cielo y la tierra.

La calma posterior a las batallas era el momento propicio para honrar a los muertos, pero esta vez no lo harían de ese modo, al parecer la abuela tenía otros



planes.

Sin preguntar si Livia estaba cansada o tenía hambre, la vieja india resolvió seguir caminando. Le aferró la mano con dureza, clavándole los huesos, y la arrastró sin miramientos hacia el confín de la noche.

La pequeña miró al cielo y contempló la oscuridad estrellada. Una punta de lanza como la que usaba el hijo de Cañumil le mostró la dirección que seguían. Livia se tranquilizó pensando que el espíritu de sus padres las estaba guiando.

Ya no volverían a la tierra de sus antepasados.

La abuela, sin saberlo, había cambiado el destino de aquella niña mestiza.



# PRIMERA PARTE

NEWPORT

*El secreto en el mar*



# CAPÍTULO 1

*Ciudad de Buenos Aires, junio de 1891*

**L**a señorita Peck observó a la mujer que tenía enfrente, sentada con la espalda erguida y una serenidad poco habitual. Poseía un rostro extraño, exótico. Había en él rasgos suaves y rudos combinados, y ella no hubiese podido descifrar cuáles eran unos y otros.

El cabello casi rubio peinado en un rodete tirante, sin artificios, hablaba de austeridad.

Lo mismo hubiera podido decirse de su vestimenta: una falda larga y sosa, una blusa color crema sin puntillas ni volados, y una chaqueta oscura cubriéndolo todo. Los guantes de cabritilla eran un detalle, pero la señorita Peck habría jurado que no le pertenecían. Aquella mujer tenía manos demasiado grandes para ese primor. Y no le importaba disimularlas con anillos o pulseras. Eran magníficas manos fuertes y desnudas, capaces de consolar a un niño y tomar una azada al mismo tiempo.

Se ajustó las gafas y miró con atención el papel que la extraña dama le había entregado.

Allí desbordaban las recomendaciones sobre Livia Cañumil.

Entre todas, sobresalían dos que ella estimaba mucho: la de Juana Manso, febril colaboradora de Domingo Faustino Sarmiento durante su presidencia y aun después, y la de Elizabeth O'Connor, una de las pioneras que se atrevieron a dejar los Estados Unidos de América para fundar escuelas Normales en la República Argentina.

Eran referencias que no podía desdeñar. La señorita Cañumil había sido alumna de Elizabeth en la laguna de Mar Chiquita, y siguió sus pasos cuando la maestra se trasladó al Tucumán para colaborar con el señor William Stearn en la fundación de su escuela.

Había tomado el curso de aplicación primero, luego el de formación de maestros, y por fin realizó sus prácticas en Buenos Aires, con tanto éxito que se la disputaban varios colegios. No era para menos, si había enseñado bajo la tutela de Mary Olstine Graham también.

Los papeles que la señorita Peck leía y releía decían que Livia Cañumil había acompañado a Miss Mary a La Plata cuando la maestra dejó San Juan para dedicarse a organizar en la nueva capital de la provincia una escuela Normal.

«La verdad debe ir siempre adelante», era el lema de Mary Graham, y sin duda aquella otra maestra debía de compartirlo. Así lo proclamaba su tranquila y paciente aceptación del escrutinio a que estaba siendo sometida.

—Señorita Cañumil —y forzó un poco la pronunciación que nunca le resultaba del todo fácil.

Livia alzó la barbilla y fijó sus ojos en los de su interlocutora. Entendía que su futuro dependía de la impresión que causase, y si bien confiaba en sus propios méritos, sabía también que había cientos de imponderables en esa empresa que anhelaba acometer.

Entre otras cosas, porque se lo debía a su abuela.

—Dice acá que desea usted perfeccionarse en la enseñanza de los kindergarten. ¿Por qué hacerlo allá en mi país, cuando aquí mismo hubo pioneras que dejaron su legado? Sin ir más lejos, Mrs. Sarah de Eccleston trajo a esta tierra la prédica de Elizabeth Peabody. No entiendo por qué insiste usted en conocer de primera mano una experiencia que, a mi juicio, se ha desarrollado aquí más rápido incluso que en Norteamérica.

—Señorita Peck —comenzó Livia con un tono de voz grave y de extrañas resonancias.

—Por favor, llámeme Annie. Yo la llamaré Livia.

—Señorita Annie, me interesan también las ideas que hay debajo de esa enseñanza.

—Explíqueme eso.

Annie Peck se acodó sobre el escritorio con franca curiosidad por los motivos que aquella mujer todavía joven tendría en salir de su mundo para enfrentarse a lo desconocido, en lugar de cosechar los frutos de una educación tan bien adquirida. Claro que la señorita Peck fingía un poco, dado que ella misma era un espíritu disconforme.

—Misely —dijo Livia, y enseguida aclaró—, mi primera maestra, me presentó en sus tertulias a varias respetables señoras venidas de su país, que hablaban sobre las escuelas de enfermería para mujeres, el voto femenino, la igualdad en el trabajo... Pienso que, aunque esté enseñando a niños pequeños, es bueno conocer las ideas modernas que ellos deberán aceptar y defender. Yo aprendí con Elizabeth O'Connor cosas que ni ella se imagina, y no fue precisamente en el aula, sino fuera de ella. Es por esto que abrigo la esperanza de profundizar en el conocimiento del mundo en beneficio de mis alumnos. No planeo quedarme allá, sino traer a mi tierra las novedades.

La señorita Peck mantuvo la mirada de Livia unos instantes. Había quedado hechizada por la monotonía de su voz y por esos ojos verdosos que le recordaban a los felinos en la jungla. Los pómulos marcados acentuaban esa impresión.

Livia Cañumil era una tigresa. Carraspeó antes de contestar.

—Bien, es una pretensión loable y no seré yo quien se la impida. En especial si me lo solicitan personas tan respetadas en su profesión. Creo que se espera de mí que la conecte con alguien capaz de presentarla a la sociedad intelectual y de conseguirle un trabajo para su supervivencia.

—Eso sería formidable —repuso Livia, manifestando por primera vez un signo de entusiasmo.

Había levantado las manos para cruzarlas sobre el escritorio en un gesto que parecía de súplica, y que no engañó a Annie. Esa joven no rogaba, pedía algo de lo que se sabía merecedora.

Le preocupaba la falta de referencias personales. Livia Cañumil sobresalía por su don innato para tratar a los niños, su inteligencia clara y su temperamento firme, pero en los papeles nadie decía nada sobre su situación familiar. Allí no se mencionaba prometido, mucho menos hijos habidos de un matrimonio deshecho por la muerte del esposo, como el caso de Sarah Eccleston; tampoco se conocía que hubiera padres o familiares lejanos para dar cuenta de la vida de la señorita Cañumil. Eso no había constituido un problema para que la joven desempeñase su rol en las escuelas, y sin embargo a la señorita Peck le corroía la duda de que no fuese tan fácil aparecerse allá en Norteamérica como salida de una cueva remota, sin lazos aparentes con ninguna persona. A pesar del progresismo de esas ideas que Livia tanto anhelaba conocer, la sociedad de Nueva Inglaterra era bastante conservadora. Solo unos cuantos vivían a su modo, imbuidos de una universalidad filosófica que pocos compartían, y a costa de severos dolores de cabeza. Se preguntó adónde estaría enviando a Livia Cañumil, después de todo. Espíritus libres como el de ella se encontraban a menudo con vientos cruzados.

Debía preguntarle, no podía soslayar el tema.

—¿Hay... eh... algún compromiso en su vida personal, señorita Livia? ¿Alguien que pueda quizá obstaculizar con el tiempo su viaje? Porque si es así, es preferible saberlo para no formarse expectativas desmesuradas. Es mi deber indagar —agregó de prisa, algo turbada por su indiscreción.

A Livia no pareció molestarle.

—No me he casado ni pienso hacerlo.

—Bueno, es pronto para tomar esa decisión, creo yo. Las jóvenes como usted, y como lo fui yo, debo decirle, a veces nos volvemos dramáticas. La vida dirá si se casa usted o no. Mi pregunta era solo para saber qué decir a la persona que recibirá mi solicitud. ¿De dónde es oriunda, Livia?

Annie Peck ya apuntaba con el lápiz sobre el papel para consignar la respuesta, cuando la escuchó decir algo que congeló su gesto.

—Mi tribu fue diezmada, por eso me críe entre los pampas de la laguna.

Una declaración de vida corrupta, adulterio o bastardía no habría logrado impresionarla más. La señorita Peck lamentó saber que Livia era de sangre india, porque en su país se había luchado encarnizadamente contra los nativos y no veía que, pese a la avanzada civilización desplegada en el Este, resultase fácil aceptar en la sociedad a una mestiza.

Ya entendía la razón de aquella combinación inusual de rasgos, el contraste de la tez mate con el cabello rubio, el verde de los ojos achinados y la boca ancha en un rostro anguloso.

Repiqueteó con la punta del lápiz una y otra vez. ¿Cómo decirlo? Se avergonzaba de sus propias dudas y resquemores. ¡Tan luego ella, que desafió al mundo entero con su afición por escalar montañas!

—Querida —comenzó con suavidad—, me atrevo a sugerirle que no diga esto tan abiertamente. Verá, le hablo como amiga y colega. Yo también he sido maestra, y he estudiado en Michigan y en la Escuela Americana de Atenas. Allí encontré mi pasión, el montañismo.

Una sonrisa leve se dibujó en los labios de Livia al escuchar eso.

—Imagínese —continuó Annie— si habré escandalizado a mis padres. Con todo, ellos me dieron una educación privilegiada, y podían suponer que eso me llevaría por derroteros poco comunes. Sin embargo, una mujer inteligente sabe cuándo y dónde mostrar sus habilidades. Sin duda, la señora de Balcarce, Elizabeth O'Connor, habrá sido un buen ejemplo de lo que le digo.

Livia sonrió aún más. Misely había desafiado a su esposo, Francisco Balcarce, hasta límites indecibles, pero era cierto que en aquella audacia había habido mucha dulzura y comprensión. Entendía adónde quería llegar la señorita Peck.

—Financio mis excursiones con charlas sobre arqueología griega y alpinismo —seguía diciendo Annie—, y me doy el gusto de vivir como quiero. La razón de mi presencia en Argentina es que pienso cruzar la cordillera y aguardo el momento adecuado, cuando la avalancha de nieve que trajo este invierno se disuelva. Ignoro por qué confían tanto en mí como su interlocutora en Norteamérica, quizá debido a que pertenezco a una familia bien ubicada y conozco a muchos personajes del mundo de la enseñanza, ya que, hasta que me atrapó sin remedio el mal de la montaña, yo trabajaba de maestra como lo hace usted.

—Me contaron que también defiende la causa del voto de las mujeres —la cortó Livia.

Annie la miró con sorpresa. ¡Vaya con la señorita Cañumil! Sabía más de lo que dejaba ver.

—Pues sí —admitió—, y tengo el sueño de plantar una bandera con ese lema en la cima de algún monte. No sé quién de las dos es más arrojada, señorita Livia.

Ambas se echaron a reír al mismo tiempo.

Toda duda se disipó en la mente de la señorita Peck en segundos. Su propia vida, desplegada ante los ojos de Livia, le demostró que cualquier logro era posible si se mantenía el corazón puesto en ello. Y aquella joven maestra poseía temple suficiente como para hacer frente a las lenguas maliciosas, del mismo modo que ella enfrentaba la nevisca y las temperaturas congelantes de las alturas.

Hizo a un lado el lápiz y tendió sus manos hacia la señorita Cañumil. Pudo apreciar al estrechar las de ella que su piel era algo áspera, y que estaban dotadas de un calor poco común. Sintió un estremecimiento, una suerte de premonición que sacudió su espina dorsal. Había más, mucho más en aquella joven mujer.

Faltaba saber si la sociedad de Nueva Inglaterra sería capaz de apreciarla en toda su magnitud.

Esa noche había invitados a cenar en honor del futuro que se abriría para Livia.

Se hallaba en el piso alto de la mansión Balcarce, donde siempre tenía un cuarto a su disposición, puesto que ya no era solo la antigua alumna de Elizabeth, sino una auténtica amiga. Entretenida en separar las ropas que necesitaría para su viaje al norte, no reparó en los golpes discretos en la puerta. Al volverse insistentes, corrió a abrir. Los jóvenes Balcarce solían buscarla para comentarle sus cuitas y escuchar de sus labios palabras en *rankulche*, la lengua de sus ancestros.

—¡Damián!

El joven reportero frecuentaba la casa desde que sabía que Joaquín Carranza, destacado periodista en *La Nación*, era un buen amigo de la familia Balcarce. Además, disfrutaba de la compañía de Livia más de lo que era capaz de admitir. La muchacha lo sorprendía con su modo de ser sereno y la perspicacia de sus argumentos. Como periodista, la consideraba una *rara avis* digna de figurar en una nota especial del suplemento semanal donde colaboraba.

En lugar de ruborizarse por encontrarlo a las puertas de su dormitorio, Livia se hizo a un lado para invitarlo a pasar, con su habitual franqueza.

Damián no la cortejaba, aunque le echaba miradas furtivas siempre que se sentía a salvo de las de los demás. Era difícil sustraerse a la suspicacia del señor Balcarce, o de su íntimo amigo Julián Zaldívar. Cuando esos dos se juntaban, convenía parapetarse tras un muro de sobriedad y en estado de alerta, algo que por su oficio no le costaba demasiado.

—Dicen allá abajo que se va —le espetó sin preámbulos.

—¿Quiénes? ¿Los niños? —sonrió Livia, volviendo a su ropero abierto de par en par.

—Ya quisiera yo que se tratara de una broma infantil —se quejó él—. Lo confirmó la señora Elizabeth, se lo decía a la esposa del doctor Zaldívar.

—¿Ya llegó Brunilda? —Y Livia contempló desolada lo que aún le faltaba preparar.

Sería una buena idea recurrir a Brunilda Marconi, pues era directora de la *maison* de moda más solicitada de Buenos Aires. Solo para que le indicara qué llevar y qué dejar, ya que Livia no poseía tantos trajes, y no estaba muy al tanto de las telas y sus bondades. Iba a un país que entraría pronto en el otoño, sin duda se precisaba elegir muy bien los paños. Misely se había vestido siempre de modo austero y simple, aunque desde que se convirtió en la señora de Balcarce su guardarropa se había abultado de manera considerable. La ventaja de Livia era que ella no cargaría con ningún marido. Podía seguir con sus faldas y sus blusas, un poco más gruesas, eso sí, para los rigores del frío.

—Entonces admite que es cierto —porfió Damián.

—Me iré en calidad de maestra, para estudiar un poco más la organización de los jardines de infancia.

—¿Por cuánto tiempo, Livia? Ella frunció el ceño, pensativa.

—Aún no sé si podré mantenerme, depende de eso.

—Señorita, permítame reprenderla. ¡Ni siquiera sabe con qué va a contar, y se lanza a un país desconocido! Me sorprende que su protectora le permita semejante desatino.

—Bueno, ella hizo lo mismo cuando vino al Río de la Plata.

El argumento desalentó al reportero, que sin embargo volvió a la carga enseguida:

—Las maestras vinieron bajo contrato, con sueldos y sitios asignados, no es comparable. Usted va a...

—A un lugar llamado Boston, donde funciona una escuela Normal y donde se reúnen personas que discuten sobre la educación y otras cuestiones que interesan a la sociedad moderna.

Damián estrechó sus ojos castaños con malicia. Ese gesto resultó cómico en su rostro pecoso casi infantil. Livia no pudo contener una sonrisa.

—Estaré bien acompañada —lo consoló—, no debe preocuparse por mí. Y vendré cuando considere que he aprendido lo suficiente. Mi idea no es quedarme en un país ajeno —agregó, sin reparar en que había negado ya dos veces la posibilidad de permanecer para siempre en Norteamérica.

Damián se sintió derrotado. Había cientos de cosas que hubiese querido preguntarle, acosarla con los temores de lo que podría ocurrirle allá, tan lejos y sola. El problema era que Livia no parecía ser una joven que padeciese temores de ninguna clase, antes bien, era ideal para sofocar los miedos de los otros.

—No sabe hablar inglés.

—Estoy estudiando desde hace tiempo con el preceptor de los niños.

—Allá no tiene amigos.

—Haré amistades, supongo. Es gente educada y amable, me han dicho.

—El frío es terrible, y se perderá el verano en Mar del Plata.

—Me da pena eso, sí —reconoció Livia con auténtico pesar—, pero ¿qué puedo hacer? Es cosa de la naturaleza. Allá es invierno cuando acá es verano.

Damián no supo si se burlaba de él.

—¿Valdrá la pena, señorita Livia, tanto alejamiento? ¿Será usted una persona distinta al volver?

La joven lo miró directo a los ojos. La confianza que emanaba de esas profundidades verdosas resultaba inquietante.

—Jamás seré otra —afirmó con rotundidad.

Quizá la conversación con Annie Peck la había impulsado a responder de modo tajante, lo cierto era que la pregunta de Damián dio en su pecho como una lanza arrojada por un guerrero imbatible. Él también se sintió atravesado por su filo. Dejó



que por primera vez sus ojos revelasen sus sentimientos. Ya no importaba, si ella iba a marcharse. Quería que hubiese entre Livia y él un lazo que no resultase fácil cortar.

—Permítame —dijo con suavidad, y se inclinó para besar su mejilla.

El roce conmovió el corazón de la joven. Nunca se sentía sola, pese a que ya no quedaba nadie vivo entre su gente, pues los Balcarce eran su familia desde hacía muchísimo tiempo, sin embargo, aquella comunión repentina con un hombre que había posado sus ojos en ella de un modo distinto le afectó más de lo que creyó posible.

—Es usted bueno y noble, Damián —le dijo con voz queda—. Gracias.

Él hubiera querido estrecharla entre sus brazos, incluso proponerle matrimonio para poder acompañarla en su viaje y de paso tomar notas de la vida en el norte para su suplemento. Miles de ideas lo acometieron después de desnudar sus sentimientos ante Livia, pero todo era impropio: el lugar, el momento, los pasos que en ese instante resonaban en la escalera...

—¡Mi querida, te llegó la hora de ver el mundo!

Elizabeth O'Connor le sonreía, henchida de felicidad, y Brunilda Marconi la secundaba.

Livia se refugió en los brazos de su maestra como cuando era una niña.



## CAPÍTULO 2

*Ciudad de Boston, Massachusetts*

**E**l atardecer derramaba reflejos iridiscentes sobre la bahía. Las damas contemplaban en admirado silencio el magnífico espectáculo de las gaviotas sobrevolando las aguas en procura de la última comida del día, sus plumajes brillando como nácar y ébano bajo los rayos del sol. Se encontraban bajo una coqueta marquesina del Faneuil Hall que las protegía del viento y realzaba su elegancia en medio del movimiento del puerto. El entrecocar de la porcelana de las tacitas de té era el único sonido que las acompañaba desde hacía varios minutos. Dos de las señoras eran matronas de respetable apariencia, las otras dos eran más jóvenes y de disímil aspecto. Una de ellas era Livia.

Habían tenido una jornada agitada, repleta de visitas a distintos establecimientos educativos, en procura de una colocación aunque fuera experimental para «la muchacha que venía desde tan lejos», como decía *Mrs. Templeton* en cada ocasión en que la presentaba.

Todos habían sido amables y considerados, pero nadie necesitaba a una maestra sudamericana ansiosa por aprender más de los kindergarten. Los puestos estaban ocupados por maestras también jóvenes con idénticas ansias de practicar sus enseñanzas.

—Insisto en ampliar nuestro espectro, Allyn —exclamó *Mrs. Templeton* de pronto, con aire decidido—. Hemos de intentarlo donde otros dudan en aceptar, ir a los lugares menos requeridos.

La mencionada Allyn suspiró, acongojada. El pedido de Annie Peck, su querida Annie, le había caído como un presente griego en ese período de su vida. Ella estaba gozando de su papel de abuela ya retirada de la docencia, y volver a la carga con la burocracia de los institutos le producía tirria. ¿Cómo desamparar a esa joven extranjera, sin embargo? Le había resultado simpática desde un principio. Tenía un no sé qué de aventurera en sus rasgos, en la mirada firme, que le recordaba a la mismísima Annie. Lo malo era que no poseía las mismas credenciales familiares que su prima. Y el normalismo se había expandido como una ola por el país; no era novedad una mujer joven capacitada para dar clases a los niños o formar maestros. Luego, estaba el tema del idioma. Las señoras hablaban en forma pausada y con ademanes expresivos en deferencia hacia Livia, ya que sabían que el inglés no era su lengua original y que la joven lo había aprendido apenas unos meses antes, el mismo esfuerzo que hicieron las maestras que viajaron a la Argentina, solo que en la óptica de las damas aquellas mujeres estaban mejor dotadas que Livia Cañumil.

Livia escuchaba lo que se debatía acerca de ella mientras sus ojos se perdían en la lejanía.

Apenas descendió del vapor que la llevó a la ciudad de Nueva York y luego del tren que la depositó en Boston, comprendió que se había adentrado en un mundo que le sería ajeno siempre. Inútil era que se vistiese como aquellas señoras, estudiase sus modales o profundizase en su idioma; lo que las diferenciaba era algo más hondo, algo que provenía del espíritu. Jamás sería una de ellas, por mucho que intentara adaptarse al modo de vida que llevaban. Era bueno tener esa certeza, para no engañarse y desengañarse luego. Se limitaría a observar, aprender y asimilar lo que viese.

Podía captar la simpatía conmisericordiosa de la llamada Allyn, el fastidio velado de la señora Templeton, y hasta la rígida actitud de la señorita Rose, sentada a su derecha. La habían llevado como intérprete al principio de ese periplo, suponiendo que ella no sabría una palabra de inglés, y al ver que se las arreglaba un poco, la joven se sintió defraudada por no poder cumplir su papel.

Livia decidió ser amable con ella.

—¿Le gusta el mar, señorita Rose?

La muchacha la miró como si un horrible insecto se hubiese posado en la nariz de su interlocutora. Tenía facciones toscas, que sabía disimular con sus bucles alrededor de la cara y el sombrerito inclinado sobre la frente. Sus ojos, pequeños y oscuros, taladraron los de Livia con malicia.

—He nacido en Boston, y mi familia tiene una casa de verano en Newport.

Juzgó suficiente esa explicación y hundió su boca de labios delgados en la taza de té.

La señora Allyn acudió en auxilio de la protegida de Annie.

—Todos aquí aman los deportes acuáticos, a pesar de que las aguas son tan frías que producen calambres —representó la palabra «calambre» con un gesto que endureció su mano, por si Livia no la había comprendido.

—El invierno es muy riguroso. Ha venido usted en mala época —añadió en tono lúgubre la Templeton.

—Pero estamos en otoño —dijo entonces Livia con sencillez.

Todas la miraron. El inglés sonaba extrañísimo en sus labios, como salido de una caverna invadida por el mar. Cada vez que Livia hablaba, y no lo hacía a menudo, provocaba esa conmoción en sus interlocutores.

La cara de Mrs. Templeton comenzó a cambiar de pronto, adquirió una blandura que no tenía, sus mofletes se tiñeron de rojo y su pecho se ensanchó bajo los volados de la blusa.

—¡Por supuesto, cómo no se me ocurrió antes! —exclamó gozosa.

La sonoridad hueca de las palabras de la recién llegada le recordó algo que se le había pasado por alto y sin embargo siempre estuvo ahí ante ellas, latente.

La voz áspera de los sordos reeducados.

Las otras le dirigieron una mirada curiosa, y la dama no las hizo esperar para enterarlas de la decisión que, a su juicio, era la apropiada al caso.

—¡La escuela para sordos de Horace Mann! Es un buen lugar para que la señorita... —y evitó pronunciar su difícil apellido— ponga a prueba sus dotes de educadora y además contribuya como voluntaria. Es la solución ideal, aprende y a la vez colabora.

—Gladys, recuerda que estamos buscando un trabajo remunerado para Miss Livia.

—A estas alturas, Allyn, yo intentaría lo que fuera. Hace días que deambulamos sin sentido por toda la ciudad. Hemos visitado las escuelas de Boston y sus alrededores sin éxito. A decir verdad, tu prima podría habernos dado alguna pista para ir sobre seguro.

—Annie tampoco sabía lo que se presentaría —contestó Allyn mirando de reojo a Livia y rogando por que la Templeton no se mostrase tan efusiva— y me parece que después de saber que el país de la señorita recibió con tanto afecto a nuestras maestras, podemos retribuirle consiguiendo al menos un puesto para una de sus discípulas. Algo temporal.

Allyn Evans era una mujer menuda de aspecto dulce, una suerte de abuelita inofensiva, aunque sus ojos celestes y vivaces eran pícaros por momentos. Lo último que Livia deseaba era perjudicarla con su presencia, de modo que terció en esa disputa.

—Puedo trabajar en cualquier cosa mientras estudio —repuso—, no importa que no sea en un colegio.

De nuevo las damas la contemplaron azoradas. ¡Trabajar en cualquier cosa! Estaban las hilanderías de Lowell, por supuesto, pero ese trabajo de obrera textil no le dejaría tiempo para nada más, y por cierto no era el apropiado.

—Usted habrá querido decir «en otra cosa» y no «cualquier cosa» —la corrigió con suficiencia Rose, en castellano.

Livia posó en el platillo la cuarta taza de té, que ya le revolvía las tripas.

—Dije lo que dije —afirmó—. Me contaron que aquí las mujeres luchan por el derecho a trabajar con el mismo sueldo que los hombres. Prefiero enseñar, pero si hay otro puesto aceptable para mí, lo tomaré. No hago gastos innecesarios, me arreglaré con poco.

Allyn ahogó una sonrisa, la Templeton casi se atraganta con el resto de un bizcocho, y Rose contrajo los dedos en la taza de porcelana con fuerza suficiente para romperla.

—Creo que visitaremos la escuela de Horace Mann antes de decidir nada —finalizó Allyn, para alivio de todas.

El instituto para sordos introducía la técnica de la lectura de los labios, defendida por Horace Mann. El educador, que había recorrido Europa para investigar lo más avanzado de las escuelas públicas y especiales, contó con la incondicional ayuda de su propia esposa Mary y de su cuñada, Elizabeth Peabody.

Livia conocía bien el nombre de Mary Peabody Mann, era la mujer que desde Norteamérica ayudó a Sarmiento a elegir las mejores maestras para el país, y la que convenció a Elizabeth O'Connor de aceptar aquella misión que cambió la vida de todos, la de Elizabeth y la de los que la trataron. Le pareció una buena señal que se dirigieran a una escuela para niños afectados por problemas que les impedían asistir a escuelas comunes, y que hubiera sido fundada y atendida por la familia Mann.

El carruaje que las llevó hacia la calle de Allston las dejó frente a una casa de grandes arcadas de piedra, ventanas alineadas y techos puntiagudos. Las condujeron, con la amabilidad que ya era proverbial en la ciudad, a un recinto que hacía las veces de secretaría y biblioteca, con paredes cubiertas por vitrinas, pupitres y escritorios. Una mujer muy alta y más delgada aún, de fino cabello rubio peinado de modo impecable, les sonrió con elegancia.

Ethel Cleveland asistía a la directora del instituto, Sarah Fuller, cuando esta se hallaba ocupada como en aquel momento. Escuchó con suma atención las explicaciones de las damas y miró una sola vez a Livia mientras lo hacía. Sus ojos claros, escudados tras unas gafas de delicado montaje, parecían horadar el significado de las palabras mismas.

Al finalizar la señora Templeton su consabido alegato en favor de aquella maestra sudamericana, Ethel juntó las manos huesudas bajo su mentón y guardó silencio unos instantes. Podía escucharse el péndulo del reloj de la pared en aquel silencio ensordecedor.

—Es una situación interesante —dijo por fin, y casi pudo oírse el aire contenido en los pechos de las señoras al ser expulsado con decepción. Otro fracaso.

La señora Cleveland se tomó el tiempo para explicarse.

—Tenemos un caso que podríamos asignar a la señorita.

Aquello fue extraordinario. La anciana señora Allyn miró con satisfacción a Livia y le pellizcó la mano con picardía.

—Es una niña sorda y ciega que ha llegado hace poco y no está familiarizada con los métodos, pues nunca los ha conocido. Su familia vive en Concord, y a pesar de que nuestra institución es una escuela de día, han decidido dejarla en pupilaje durante la semana, debido a que los caminos suelen empeorar durante los meses de otoño con las lluvias. La historia es muy triste —agregó bajando el tono, con cierta intención dramática.

—Pobre niña —dijo atolondrada la señora Templeton.

Quería resolver ese asunto cuanto antes y volver a la normalidad de su vida.

—El caso de Cecilia Robinson es especial, porque nació sorda y ciega, no como otros niños, que sufrieron la pérdida de sus sentidos a raíz de enfermedades

adquiridas. Eso lo hace más difícil, ya que ella no posee ningún recuerdo que pueda colaborar en su educación. Nuestra directora se encuentra en este mismo momento trabajando con su instructora, y me temo que necesitará toda la ayuda que puedan darle. Hay otros alumnos y todos exigen mucha dedicación. Asumo que la señorita no ha enseñado antes a niños especiales.

Livia recordó a sus compañeros de la escuela de la laguna. Todos podían calificarse de *especiales* por alguna razón. El pequeño Mario, por ejemplo, había sido un niño enfermizo que no hablaba casi, y ella tenía muy presente la firmeza y la dulzura con que Misely procuraba suplir sus constantes ausencias con clases reforzadas. Aunque no provenía de ningún instituto especializado, Livia se sentía capaz de atender esas situaciones. Aquellas personas tomaban como rareza o excepción casos que allá, en su país, se consideraban normales.

—He conocido niños con dificultades graves —se limitó a contestar.

Ethel Cleveland la estudiaba con la precisión de un escalpelo.

—Podemos ponerla a prueba al principio y, si se adapta, darle un puesto de asistente.

—¡Sería una solución! —se le escapó a Mrs. Templeton.

—La señorita Cañumil es una joya —se apresuró a decir Mrs. Evans.

Ethel miró a Livia aguardando su decisión, e ignoró por completo las alusiones de las otras.

—Acepto —dijo la joven.

—Bien. Iremos a decírselo a Sarah, estará encantada de contar con alguien más.

Livia se maravillaba de la limpieza y el orden que reinaban en cada rincón de la escuela. Los pasillos podrían haber sido naves de un convento, y en las aulas que iban dejando atrás no se escuchaba más que la voz calma del maestro, seguida por los murmullos de los alumnos. Un lugar así era ideal para aprender y enseñar.

Se detuvieron en un salón de techos abovedados. Sillas dispuestas en semicírculo acogían a dos o tres alumnos cubiertos con un guardapolvo gris. Frente a ellos tres mujeres, una de ellas una niña que a Livia le pareció muy bonita, con sus bucles castaños sujetos por una cinta, un vestido rosa con puntillas, y una expresión dulce en el rostro. Era llamativa la atención que prestaba a la mujer esbelta, con cuello de cisne, que llevaba prendido un camafeo y sus rizos recogidos en la coronilla. La tercera mujer se veía mayor, quizá por su severo vestido negro y las torzadas que rodeaban su cabeza, a la usanza de los colonos. Aunque su rostro carecía del atractivo de las otras dos, una expresión amable lo suavizaba.

Ethel hizo una seña para advertirles que no irrumpiesen en el cuarto hasta que fuera el momento propicio. Livia aprovechó para observar.

La niña tocaba con sus deditos los labios de la dama de negro ante la expectación de la mujer cisne, que inclinaba su cabeza para no perder detalle de la lección. Livia

escuchó con claridad la palabra «muñeca» mientras los dedos infantiles palpaban la boca y la garganta de la mujer. A continuación, la dama obligó a la niña a tocar una muñeca que sentó en una silla vacía, lo que provocó sonrisas en la jovencita. Después, tomó varios cartones con letras en relieve e indicó a la mujer cisne que los pusiese sobre la muñeca. Hecho esto, incitó a la niña a apoyar las palmas sobre los papeles y ella sonrió de nuevo.

—La muñeca está en la silla —dijo la mujer de negro llevando las manos de la niña a su boca y a su garganta otra vez.

La niña batió palmas y la mujer cisne sonrió satisfecha.

Entonces, Sarah Fuller dirigió su atención a las recién llegadas.

—Bienvenidas.

Ethel se adueñó de la situación. En tanto informaba a la directora de la escuela, Livia se dedicó a contemplar a la niña. Al verla de cerca, notó que el ojo izquierdo sobresalía un poco, lo que arruinaba la armonía del rostro, y también pudo apreciar que la mujer cisne era corta de vista y recurría a unas gafas que llevaba en el bolsillo de su falda.

Sarah Fuller saludó con simpatía a Livia y a las otras señoras, y les explicó lo que acababan de ver.

—Helen Keller es una alumna excepcional, aunque me veo obligada a reconocer el mérito de su institutriz, la señorita Anne Sullivan. Sin su paciencia, estos logros no habrían sido posibles. Una condición indispensable para abordar estos desafíos, señorita Cañumil. ¿Así es como se pronuncia? Deberá acudir primero como estudiante, para aprender este lenguaje que no es único; hay que respetar las diferencias entre los alumnos y adaptarlo a ellos. Lo importante aquí es que puedan comunicarse con el mundo, salir de su aislamiento.

La niña mencionada y su maestra seguían una muy junto a la otra, parecían entenderse más allá de ese lenguaje críptico, había una comunión entre ellas, sin duda gracias al tiempo que pasaban juntas. Sarah Fuller les contó en un aparte que Helen no había nacido así, sino que sufrió altas fiebres cuando tenía solo dieciocho meses, y que al remitir la enfermedad quedaron esas secuelas.

—Ha tenido la suerte de poder escuchar y ver antes de esa desgracia —afirmó—, lo que es de mucha ayuda a la hora de enseñar. Puede recordar, aun desde los rincones más recónditos de su mente, palabras que ha oído, colores que ha visto. Si sumamos a esto una inteligencia precoz, vaticino que esta jovencita llegará lejos.

—Pobre, pobre niña —repitió la señora Templeton.

—Es desaconsejable compadecer al que sufre una desventaja —corrigió Sarah—. Puede parecer poco caritativo, pero debemos exigirle más aún. Helen se tornó irascible y violenta al verse aislada, y si no hubiera sido por la firmeza de Anne, sería hoy un caso de rebeldía imposible de dominar. Ha llegado a entender el mundo y está dispuesta a hablar también, por eso acudió a mí. Sé que lo logrará.

La reprimenda hirió la susceptibilidad de Mrs. Templeton, que decidió no abrir la boca.

—Me hablaron de otra niña necesitada de lecciones —aventuró Livia.

—Cecilia Robinson, un caso muy distinto. La niña es dulce y blanda, y ha nacido ciega y sorda. Nada sabe del mundo, ni sus colores ni sus sonidos. Y su padre no ha juzgado necesario traerla hasta ahora, lo que me parece reprochable. Se ha perdido mucho tiempo.

—¿Qué edad tiene? —quiso saber Livia.

Se había olvidado del resto de las mujeres, se concentraba solo en Sarah.

—Once. Una señorita casi. Es cierto que el señor Robinson sufrió un terrible trauma cuando murió su esposa, sin embargo...

—¿Es huérfana?

—Solo de madre y hace un año, por eso digo que se han dejado estar. Tiene una hermana menor, vivaracha y muy mimada por el padre. Sospecho que la mayor ha sido un problema para todos y que no han sabido tratarla.

Livia sintió inmediata simpatía por Cecilia Robinson, así como antipatía por el padre desconsiderado que puso en primer lugar su propio dolor antes que el de su hija. ¡Qué diferente a los hombres de familia que ella conocía y con los que había compartido tantas veladas en Buenos Aires! Francisco Balcarce, el esposo de Elizabeth, se desvivía por sus tres hijos, y Julián Zaldívar, amigo de ambos y que no los había tenido propios, amaba a un niño bastardo igual o más que si llevara su sangre. De seguro el señor Robinson sería un aristócrata desalmado que se avergonzaba de su primogénita. Al no poder presumir de ella, la abandonaba a su suerte hasta que ya no podía manejarla, y entonces la depositaba en el instituto para sordos.

—La verá usted enseguida, la he mandado llamar.

Una asistente llevaba del hombro a la niña, que apareció ante todas con aire triste.

Era alta, delgada, y el cabello del color del trigo suelto sobre la espalda. En su rostro, que conservaba la redondez de la infancia, dos preciosos ojos azules que no miraban a nadie, pero que tampoco revelaban la ceguera. Cecilia podía pasar por una jovencita soñadora que se distraía con facilidad.

—Qué bonita es... —murmuró conmovida Allyn Evans, y calló de inmediato, por temor a parecer condescendiente.

Livia se adelantó y tomó las manos de Cecilia entre las suyas. Estaban frías, exangües.

La joven las oprimió y luego depositó en cada una un beso.

Sarah Fuller se mostró algo turbada.

—Ya le indicaremos el modo apropiado de acercarse a ella —dijo—. Usted tomará las clases con una de mis condiscípulas, que me ayuda mucho. Venga, se la presentaré.



Partieron, y la niña quedó en la habitación que no veía, con gente de la que ignoraba su presencia o sus intenciones. Solo el toque leve sobre el hombro le indicó que no estaba sola. Al dejarla allí, Livia sintió que la abandonaban por segunda vez.

Cecilia se retorció las manos y frunció la boca en un gesto de furia que la asistente no vio.

«Mamá», sonó en su cabeza repleta de oscuridades.

¿Quién era? ¿Qué hizo? Aquel contacto leve la estremeció. Su piel se había vuelto tan sensible que podía predecir los cambios del aire a su alrededor. El toque no era de nadie conocido. Añoraba las manitas pegajosas de Samanta y las de fuerte olor de la nana cuando la arrojaba. Ellas se habían ido. ¿Adónde?

No podía saberlo. Su mente era una tormenta desatada. El zumbido que se acrecentaba cuando se ponía nerviosa la colmaba entera. Se tapó los oídos como si pudiera acallar lo que la turbaba. La asistente la empujó con suavidad hacia su cuarto, donde pronto alguien se ocuparía de ella. Alguien. Alguien. Alguien.

«Por favor», decían sus pensamientos sin voz, «ven, ven, ven...».

Y era un grito que no poseía forma, un dolor sin nombre.

Cecilia se frotó las manos de nuevo, buscando el rastro de ese contacto que le había sacudido el alma.

Boston era una ciudad de elegantes calles arboladas y antiquísimos templos. Pronto Livia logró desentrañar su laberíntica geografía y adentrarse en pasadizos donde las casas de ladrillos hubieran podido casi tocarse de una acera a la otra, se acostumbró a tomar cerveza tibia en alguna de sus tabernas antiguas, a recorrer el mercado Quincy y a probar sopa de cangrejo junto al mostrador, mientras los hombres hablaban en alta voz y le dirigían miradas curiosas. Le costaba entender el idioma que se hablaba allí, los bostonianos deformaban las palabras que ella había estudiado con tanto esfuerzo, al punto de que casi no podía reconocerlas. Tampoco la comprendían a ella, y los rostros cordiales adoptaban expresiones conmisericordias al no poder descifrar su inglés aprendido en el Río de la Plata.

La pensión para señoritas donde se alojaba por recomendación de una de las tantas sociedades de Ayuda al Viajero quedaba en el North End, resabio de la vieja historia de los colonos. No bien descendió del tren, una trabajadora social le había entregado una tarjeta ofreciendo consejo y referencias para encontrar un sitio decente.

A Livia le gustaba gozar de la independencia conquistada por las mujeres norteamericanas, que les permitía pasearse solas, sin acompañante masculino ni chaperonas. Fuera de una mirada sagaz o una galante inclinación de cabeza a su paso, nadie osaba molestarla, si bien le habían aconsejado, y mucho, no aventurarse en la zona del puerto, ya que allí se cobijaban los de peor calaña.

—En especial los irlandeses —había acotado la señora Templeton frunciendo la nariz.

Livia reprimió en aquella ocasión una réplica, ya que Elizabeth O'Connor llevaba sangre irlandesa, pero creyó conveniente no meterse en polémicas ajenas.

La gobernanta de la pensión le había sugerido introducirse en alguno de los círculos femeninos que abogaban por que las mujeres participaran en las mismas actividades que los hombres. Era una dama enjuta vestida siempre como monja de clausura, dueña de una vitalidad y un espíritu tan vigorosos que Livia quedó encandilada con ella. Según le dijo, descendía del mismísimo Samuel Adams por no sabía qué ramificación materna, y jamás permitiría que nadie le «pisara la cabeza», en sus propias palabras.

Se palpaba en el aire una mezcla de rebeldía, anticipación y confianza en el futuro que tenía propiedades embriagadoras. En aquella parte del país se luchaba, se pensaban cosas nuevas, se ponía manos a la obra, todo en uno. Livia entendió por qué Sarmiento había regresado de sus viajes a los Estados Unidos con el corazón palpitante de expectativa. Ella era muy pequeña la primera vez que escuchó hablar de él y no lo conoció sino mucho después, alejado ya de la presidencia de la Argentina. Lo que sabía de aquel hombre formidable lo había aprendido de Elizabeth O'Connor. Se preguntó si existirían en la Nueva Inglaterra hombres así de apasionados, pues por lo que veía hasta el momento eran las mujeres las protagonistas del movimiento.

*Elevar los niveles de la educación femenina* era el lema que recibía a los visitantes sobre el dintel de la puerta de la Asociación de Ex Alumnas del Colegio de Boston. Sus integrantes, en su mayoría maestras, luchaban por la igualdad de su salario y en contra del supuesto de que el desarrollo intelectual inhabilitaba a las mujeres para la vida doméstica.

—Es inaudito —decía la oradora de la asamblea que Livia presenció— que los científicos pretendan difundir una teoría basada en el tamaño del cerebro femenino para argumentar que estamos menos capacitadas para pensamientos de alto vuelo. ¡Y que insistir en pensar demasiado podría dañar nuestro potencial reproductivo! —bramó, con el rostro congestionado de ira.

A Livia se le escapaban algunas palabras y creyó que había entendido mal, pero cuando pidió aclaraciones se le contestó que, en efecto, muchos científicos de renombre sostenían tesis similares. Salió de aquella reunión convulsionada por ideas contradictorias. Se hallaba en la parte más civilizada del país y quizá de toda la América, y sin embargo había hombres que negaban a la mujer su intelecto. Era inaudito, como bien lo había dicho la oradora con frases rimbombantes. Vino a su mente una enseñanza que Misely había sembrado en ella, entre tantas otras: «Somos nosotras, las mismas mujeres, las que permitimos que nos degraden. Cuando reímos de nuestra ignorancia, impedimos a nuestras hijas que sigan sus deseos o callamos ante el hombre que habla diciendo sandeces, estamos abonando el terreno de la sumisión».

Una convicción siempre latente en su interior se apoderó de su pecho en ese momento. Si Dios le permitía hacerse cargo de Cecilia, se ocuparía de dejar en la niña marcas tan hondas como las que Misely había obrado en ella. El señor Robinson quedaría como un minusválido frente a su hija.

Las clases comenzaron al cabo de dos semanas, una vez que Livia se impuso de los métodos que la escuela de sordos seguía para reeducar a los niños. Era evidente que la necesitaban, puesto que le permitieron ocuparse de Cecilia aun antes de finalizar la instrucción, y Ethel le aseguró que pensaban otorgarle un salario, sobre todo porque habían avisado al señor Robinson y él dijo que no repararan en gastos.

«Típico», pensó Livia, «compra con dinero lo que no puede dar gratis a su hija».

A pesar de que no acostumbraba a juzgar a los demás y era tolerante con los vicios y las debilidades ajenas, la visión de la desamparada Cecilia, con sus ojos velados por el miedo, la había impactado muy hondo. De no haber existido su abuela, ella misma habría sido una niña vapuleada por la desgracia; de seguro los atacantes de su tribu la habrían llevado como sirvienta a alguna casa de alcurnia de Buenos Aires, o, peor aún, podrían haberla destinado a las provincias como carne de trabajo en la zafra o las cosechas.

Gracias a su *cucu*, se crio en el paraje de la laguna y conoció la escuelita que le cambió la vida. De haber tenido la oportunidad, su abuela habría sido igual a la oradora de la asamblea. Livia le debía mucho. Se lo debía todo, tanto como a Misely su educación.

Las manos delicadas palpaban la boca de Livia, en busca del anhelado sentido que se evadía a cada momento. La joven las retuvo cuando la niña intentó renunciar y consiguió calmar su rabia con un murmullo que hizo vibrar su garganta.

—Mmmm... —canturreaba Livia, mientras observaba el cambio en los ojos de Cecilia.

Más de una vez había recurrido a ese ardid, lo que indicaba el carácter rebelde que los demás no habían detectado en la niña. Ni tan dulce ni tan blanda como le habían asegurado.

Mejor así. Necesitaría de toda su furia para salir del pozo de silencio donde la vida la había arrojado. Livia nada sabía de las circunstancias de Cecilia, puesto que el padre nunca apareció en la escuela de sordos, y la única vez que vio a alguien de la casa fue cuando un carruaje se detuvo para descargar unos baúles repletos de ropa. ¡Que ridículo ocuparse tanto de vestirla cuando le faltaba lo esencial! Desde ese día, Cecilia aparecía en cada lección ataviada con trajes atiborrados de lazos y frunces propios de una muñeca, u otros más elegantes de colores sobrios, chaquetas de piel, mitones, botitas de cuero fino, medias, y un sinnúmero de listones y peinetas para el cabello. La asistente vestía a la niña ciega con movimientos de autómatas. Estaba claro que no consideraba que ese fuera su papel, y lo hacía a disgusto.

—Déjeme —le dijo un día Livia—, yo me ocuparé.

—La señora Ethel...

—La directora Fuller me autorizó a tomar decisiones —la cortó de cuajo.

La mujer se retiró, murmurando algo acerca de los extranjeros sin educación, y Livia quedó a solas con Cecilia para acicalarla. La niña percibió el cambio y se quedó muy quieta. Dejó que esas manos firmes le abotonaran el vestido desde el cuello hasta la cintura.

Livia concibió una idea. Puso un dedo de Cecilia en el primer botón y le hizo palpar con la otra mano su garganta mientras soltaba un sonido breve. Dos murmullos en el segundo botón, y así hasta llegar a cinco murmullos en el quinto botón. Repitió la acción y miró la expresión de la niña. Parecía extasiada. Algo de lo que se le negaba estaba empezando a tomar forma en ella.

A partir de ese momento, Livia decidió improvisar. Aplicaba el método Tadoma tal como se lo habían enseñado: leer en los labios usando las manos, pero introducía variantes propias. Aquello parecía divertir a Cecilia, era como una travesura que ambas cometían.

El avance era lento, muy lento. Sin duda, la inteligencia de la niña no era tan precoz como la de Helen Keller, y el hecho de haber nacido con esa discapacidad la hundía aún más en la negrura del aislamiento. No podía recordar nada de una vida anterior.

Livia no se amilanó. Comenzó a llevar un diario donde anotaba los progresos, y si al cabo de la semana comprobaba que poco y nada se agregaba, daba vuelta a la hoja y anotaba: «Hoy será mejor».

Cobró un pequeño salario después de un tiempo, y le aseguraron que en lo sucesivo percibiría su asignación en dos partes, al principio y al final de cada mes.

—Es lo que se estila —le dijo Ethel con su habitual parquedad.

La mujer era inescrutable. Si bien había sido la que tomó la decisión de presentar a Livia, jamás manifestaba emoción ni se interesaba por conocer los progresos de las lecciones.

Su eficiencia era absoluta, nunca perdía un detalle de nada ni se equivocaba con los datos que manipulaba. Cumplía con tal rigor el horario, que hubiera podido tomársela como referente para ajustar el reloj del Parlamento inglés.

Por eso a Livia le sorprendió que la llamara a la secretaría en plena jornada de trabajo.

Dejó a Cecilia con la asistente y acudió a verla.

—Ha habido cambios —le anunció Ethel.

A Livia se le erizó el vello de la nuca.

—La familia Robinson partirá en unos días a su casa de la costa y desean llevar a Cecilia con ellos. Se le asignará la instrucción de otro niño mientras tanto, y por supuesto se le seguirá pagando su salario.

La frialdad de la declaración produjo un escalofrío en la joven. ¿Cómo podía decirle que dejara a Cecilia así como así, y a cambio se ocupara de un niño nuevo, como si se tratara de fichas de un tablero?

—¿Lo sabe la señora Fuller? —atinó a preguntar.

Ethel se erizó levemente y lo disimuló enseguida.

—Todo cuanto hacemos cuenta con su aprobación.

—Ella me encargó las lecciones de Cecilia con mucho interés en lo que pudiese lograr. Me gustaría discutir con la señora Fuller este asunto.

El atrevimiento logró sacudir la compostura de Ethel Cleveland, pero generaciones de colonos de Nueva Inglaterra fluían en su sangre como para que eso la desestabilizara.

—Se lo diré. Ahora, puede regresar a su trabajo.

Ocupó su silla y comenzó a revisar unos papeles, en tática despedida de la joven maestra.

Livia salió al pasillo desolada. No quería abandonar la instrucción de su alumna, y no sabía de qué modo romper las rígidas reglas de la escuela. Era indudable que Sarah Fuller había aceptado la situación, pues Ethel era incapaz de mentir, su conducta siempre era intachable, por eso no veía de qué manera torcer aquella decisión o influir sobre el inescrupuloso padre, que no reparaba en gastos y a la vez mezquinaba la ayuda a su propia hija.

Encontró a Cecilia en compañía de Anne Sullivan, la institutriz de Helen Keller. La mujer le sonrió recién al verla de cerca, puesto que la vista se le había deteriorado al punto de que ya no distinguía más que bultos a la distancia.

—Me parecía raro que hubiese renunciado —le dijo.

Livia se sentó junto a la dama cisne, y su desconsuelo hizo que de un tirón le contara su conflicto. Anne guardó silencio unos momentos.

—Hay veces en que no concordamos con los métodos o las reglas —empezó—. Tenemos que evaluar cuánto mal hacen. Si es poco, de nada vale que las discutamos. No creo que Cecilia se vaya para siempre, sin duda su padre solo quiere llevarla de vacaciones.

—Sin importarle que interrumpa su educación. Sería retroceder a grandes pasos. Es poco lo que hemos avanzado.

—Mire, cuando me hice cargo de Helen, ella era solo una niñita y había conseguido poner en jaque a todos. Ya los padres alcanzaban la desesperación. Fue por eso que buscaron ayuda, y Alejandro Graham Bell los envió al Instituto Perkins para ciegos, donde nos conocimos. Era un caso complicado. Tuve que aislarla de su familia, sacarla de su casa y encerrarme con ella, sin interferencias de ningún tipo.

Livia escuchaba con atención, pendiente no solo de los consejos de Anne, sino del significado de las palabras, pues lidiaba con su inglés como lo hacía con todo.

—¿Quiere decir que le permitieron vivir a solas con ella?

—Sus padres solo deseaban que saliese de su oscuridad y confiaron en mí para lograrlo. De todas maneras, el camino a recorrer es largo. Helen quiere hablar, y los padres dudan de que lo logre, temen que se frustre al intentarlo. Es otra batalla que debo librar.

—Ayuda mucho que Helen sea tan dispuesta y que haya podido ver y escuchar antes de su desgracia —observó Livia.

—Sin duda. Día a día descubrimos pequeños recuerdos que avivan su interés, aunque los comienzos no fueron fáciles, señorita Cañumil bien podríamos habernos descorazonado ella y yo. Es cierto que Helen está dotada de gran curiosidad, pero yo creo que Cecilia puede ser un diamante en bruto. Y a su padre no le faltan recursos para educarla.

—Tampoco le sobran ganas.

—¿Cómo lo sabe? Ignoramos todo sobre esa familia, hasta el motivo de su desgracia. ¿Sabe qué creo? Que debería usted pedir que la lleven con ellos de vacaciones. Supongo que al principio eso les sorprenderá, del mismo modo que sorprendí a los Keller con mi pretensión de mudar a Helen. Démosles la oportunidad de decidir lo mejor para la niña.

El consejo de Anne Sullivan repiqueteó en la mente de Livia y no la abandonó ni siquiera durante la noche. Las posibilidades eran remotas, se trataba de gente de costumbres muy alejadas de su vida sencilla, hablarían en inglés todo el tiempo y darían fiestas. Ella no se sentía preparada para alternar con la alta sociedad de Nueva Inglaterra. Distinto era vivir en la mansión Balcarce, donde Elizabeth O'Connor allanaba todas las diferencias con su modo afable. Además, había que reconocerlo, la gente aristocrática del Río de la Plata le era más familiar que esta otra, severa y distante.

Por fin, su sentido del deber y el afecto que le había tomado a su alumna pudieron más.

Se levantó de su cama, encendió el farol de noche y destapó el tintero para escribir una misiva que dejaría al día siguiente en la oficina, a nombre de Sarah Fuller. Solo así lograría saltar por encima de Ethel Cleveland, el cancerbero de la escuela.

Después se durmió enseguida, arrullada por el traqueteo de los coches sobre el empedrado del North End.

—Querida, será toda una aventura, conocerá usted a la *high* de Newport. Es afortunada. ¡Y le pagarán por ello! No se aflija por los cursos de kindergarten, ya los hará a su regreso, y avalada por esta experiencia de enseñar a una niña sorda y ciega, les sacará más provecho.

Allyn Evans disfrutaba como una niña de las perspectivas que se abrían ante Livia.

Al saber que su pedido había sido aceptado, la joven maestra decidió llevar la noticia a la persona más allegada a quien la había recomendado, en una demostración de lealtad que satisfizo a la anciana.

—Ya sabía yo que usted era una joyita. Así se lo dije a la secretaria de la escuela, aunque ella misma debió de verlo, ya que se tomó la molestia de introducirla. ¡Estoy tan orgullosa! ¿Qué necesita? No dude en pedirme lo que sea. ¿Trajo suficientes vestidos? Se trata de una familia que ha sufrido mucho, quizá no tengan ánimo para celebrar fiestas, aunque no dejarán de navegar o tomar el té en confiterías. Debe procurarse algunos trajes. Por favor, cuente con mi opinión. He aconsejado a mis sobrinas hasta que conseguí que se casaran y muy bien, a decir verdad. Si quiere mi parecer —y no aguardó a que Livia asintiera—, escoja colores apagados y sobrios. La sociedad de clase no gusta de ostentar con la ropa, son austeros hasta en eso. Veo que le sienta bien ese estilo, jamás la he visto con prendas chillonas.

La verborragia de la dama la eximía de responder y le permitió divagar a su antojo. Lo único que Livia había comprado para esa aventura, como la llamaba la señora Evans, era un sombrero de paja para protegerse del sol y unos zapatos deportivos, muy prácticos para caminar por las planchadas de los barcos o las ramblas. El mar no era el ámbito natural de su gente nativa, pero al haberse criado en la laguna y participado de las excursiones que organizaba su maestra, Livia había llegado a sentir atracción por esa inmensidad de agua, similar a la pampa de su infancia. Y aunque iba como institutriz, no podía evitar la excitación ante ese viaje inesperado. Conocería por fin al señor Robinson, podría calibrar las razones del poco avance de la niña y saber de qué modo ayudarla a superar el lastre de un padre desamorado.

Lejos de allí, bajo una lluvia pertinaz que tornaba más lúgubre el descanso de los muertos y sin importarle que su chaqueta se empapara, un hombre unía las manos tras la espalda y cerraba los ojos. Las gotas resbalaban por su rostro endurecido como torrentes de lágrimas. Él no había vertido ninguna, su expresión era más bien de rabia que de dolor. Acababa de dejar sobre la piedra una rosa roja que de inmediato el viento deshojó.

Grabadas en la losa, las palabras rezaban:

*Alma Meredith Robinson*

*Q. E. P. D.*

*1858-1890*

*Tus hijas y tu esposo te recordarán siempre*

La tumba coronaba una de las colinas del antiguo cementerio, salpicado de lápidas hundidas en la hojarasca, torcidas bajo el peso de los años y la humedad. La

pendiente descendía hacia un riacho que llevaba en sus aguas hierbas y lechos de hojas que el viento había arrancado a los añosos olmos.

Reinaba una atmósfera tétrica.

El cochero que aguardaba tras la reja de la entrada pensó que el patrón elegía siempre los peores días para visitar a su esposa muerta, como si la melancolía lo llevara a sufrir las inclemencias del clima sumadas al padecimiento espiritual. Y no deseaba que lo acompañasen con un paraguas o una capa, gustaba de torturarse también con esas incomodidades. Por supuesto, a él le tocaba tan solo obedecer. Y callar. En Greenwood era prioritario guardar silencio, toda la servidumbre lo sabía. El temperamento del señor estaba dispuesto a estallar en cualquier momento. Y su furia era temible.

El viudo avanzó entre las tumbas desconocidas siguiendo un rumbo que sabía de memoria, esquivando las trampas del suelo blando y pisando sin resquemor flores marchitas de algún muerto olvidado. Al divisar al cochero, le hizo señas de que se alistase y trepó con su acostumbrado talante huraño.

Había querido despedirse antes del viaje a Newport. Era el único lugar donde Alma se sentía feliz, liberada, dispuesta a reír y a soñar. El mar le producía ese efecto, hasta que nació Cecilia y quedó postrada. Blue House se convirtió entonces en una torre de martirio que le recordaba todo cuanto ya no podía hacer. Alma se fue apagando de a poco, envuelta en la tristeza de verse convertida en una inválida en la flor de la edad.

—¿A Greenwood, señor?

—¿Dónde, si no? —fue la respuesta hosca.

El cochero masculló algo que se perdió en el fragor de la lluvia, y azuzó a los caballos rumbo a la casa familiar de los Robinson.

La mansión de piedra asomó en el bosque, entre la fronda roja y dorada de los maples y los robles. Una veleta de hierro giraba en el techo más alto, mezclando su chirrido metálico con el silbar del viento entre las hojas. Representaba las armas de los colonos en una de las primeras batallas de la independencia, puesto que las milicias en Concord habían secundado la victoria de Lexington.

Llegaron cuando la lluvia arreciaba, y el ama de Greenwood salió provista de una enorme sombrilla de jardín.

—Por aquí, señor —le indicó presurosa.

Robinson se dejó llevar, más por apuro en deshacerse de todos ellos que por miedo a mojarse. Huellas de barro quedaron adheridas al pulido piso de la entrada cuando subió las escaleras rumbo a sus aposentos.

—Que me suban la cena —ordenó.

Y a continuación, como si recordase de pronto algo molesto:

—Y que envíen un coche mañana en busca de Cecilia. Ya avisé que la tuvieran lista para partir.

—¿Y la pequeña Samanta, señor?



La expresión del hombre se suavizó.

—Dígale que volví cansado y la veré mañana en el desayuno. Ayúdele a preparar su equipaje, que no lleve cosas innecesarias.

—Lo que ordene, señor.

—Ah, y explíqueme que vendrá con nosotros una extraña, la instructora de Cecilia.



## CAPÍTULO 3

**E**l viaje hacia las antiguas plantaciones de Providence resultó cansador y azotado por un clima de otoño que anticipaba el invierno. El carruaje de alquiler en el que iba Livia se zarandeaba entre los peñascos rojos típicos de la costa de Narragansett. Ella contemplaba con curiosidad el horizonte a través de la ventanilla. Enormes aves marinas planeaban entre las olas, atentas a su posible comida. El viento parecía detenerlas, pero retomaban el vuelo con empecinamiento y se posaban en el azul helado.

Al doblar un recodo del camino, Blue House se presentó ante sus ojos. Descansaba en lo alto de una loma. Las nubes grises que se amontonaban presagiando tormenta le conferían un marco estremecedor. El nombre se debía, sin duda, al color de sus techos de pizarra y sus postigos, en contraste con el blanco de sus paredes.

La impresión de desamparo y soledad era tal que Livia la asoció con Cecilia.

El coche alcanzó la cima y se detuvo frente al porche. Livia recorrió el sendero de grava seguida por un lacayo que arrastraba su baúl con gran estrépito de las piedrecillas. Antes de que tocara la aldaba, la puerta azul se abrió y una mujer regordeta salió a recibirla con aire dubitativo. Livia se presentó.

—Bienvenida, señorita. El señor mandó aviso de su llegada, pero nos informó que han debido detenerse en el camino por la indisposición de una de las niñas.

La joven maestra pensó en Cecilia.

—Samanta —aclaró el ama de llaves— es muy glotona, quizá comió algo que no debía en el camino. Ya sabe, el padre la malcría. Como han quedado huérfanas, pobrecitas...

Livia se guardó su opinión sobre el trato que el señor Robinson dispensaba a sus hijas, y entró al salón tras los pasos de la mujer menuda.

Si Blue House resultaba desoladora desde afuera, su interior sombrío era aún peor.

Las paredes dejaban al descubierto recovecos donde las arañas habían tejido telas que los tapices no alcanzaban a disimular; un falso techo servía para sostener una lámpara de bronce y cristal, y en lo alto siniestras claraboyas daban la impresión de ser ojos furtivos que espiaban todo cuanto sucedía abajo. El suelo de tablones crujía ante la menor pisada, salvo allí donde las alfombras suavizaban el recorrido. Las había de todas formas y colores, distribuidas sin ton ni son, como si estuviesen destinadas a cubrir agujeros o remiendos antes que a decorar el salón.

—Las habitaciones están arriba —señaló el ama mientras se apresuraba a conducir a Livia hacia la tortuosa escalera.

Nuevos crujidos las acompañaron hasta llegar a un descansillo redondo con tres puertas.

—Aquí las niñas, aquí usted.

La mujer subió dos peldaños y abrió la puerta de la derecha. Livia respiró aliviada al comprobar que el cuarto se asomaba al jardín. Era en realidad una mansarda con pocos muebles: una cama nido, un velador de pie, un ropero y un espejo apoyado en el piso. Los almohadones y la colcha floreada contribuían a alegrar el único ambiente que le pareció apto para vivir. Al no pretender lujos ni estar acostumbrada a ellos, Livia no extrañó las comodidades de que carecía el cuarto. Faltaban el secreter, la butaca descalzadora, el mueble de la jofaina y otros detalles comunes en las casas aristocráticas. Hasta las cortinas de burdo algodón le resultaron agradables.

—Es muy bonito —repuso, intentando tranquilizar a la mujer, que iba y venía como si hubiese que enderezar cosas.

—Me alegra que le guste. En este lado dormirán solo usted y las niñas. El señor tiene sus habitaciones en la otra parte.

—¿La otra parte?

—Sí, del lado del risco, donde el mar golpea día y noche. Al señor le gusta ese sonido.

Y el comentario reveló que el ama de llaves encontraba desagradable el batir de las olas contra el acantilado. Livia, que provenía de una tierra donde el océano había formado una gran laguna poblada de chorlitos, garzas y flamencos rosados, comprendía que el enigmático padre de las niñas gozara del arrullo del mar. Pese a su antipatía, comulgó con ese sentimiento.

—La dejo en paz para que se acomode. Pida lo que necesite, le enviaré a una criada para que la asista.

Cerró la puerta sin ruido y Livia quedó sola en el que a partir de ese momento sería su refugio. Se quitó los zapatos para disfrutar de la calidez de la madera, luego el sombrero, cuyos alfileres le dañaban la cabeza, y por fin la chaqueta polvorienta del viaje. Recorrió el cuarto en pos de un aguamanil para lavarse, y al no encontrarlo resolvió ir a la cocina en su busca. Sin cuidarse de sus pies descalzos, bajó la escalera y tomó un corredor estrecho que le pareció el camino hacia las partes de servicio. Estaba familiarizada con ese sector porque había ayudado muchas veces en la casa que los Balcarce tenían en la parte elegante de Buenos Aires. Elizabeth O'Connor disfrutaba visitando el subsuelo donde funcionaban la cocina y la despensa, el corazón de la mansión; de allí salían confituras y pasteles que hacían la alegría de los niños y de los invitados que a diario recibían. Para Misely no había jerarquías en aquella casa, todos podían ir y venir adonde quisieran, y Livia aprendió a ser independiente y a procurarse ella misma lo que necesitaba.

Después del pasaplatos, se abrió ante ella una cocina espaciosa y desnuda, con pocos utensilios. La frialdad del embaldosado se acentuaba por la corriente de aire que filtraba un ventanuco abierto al mar. Desde allí se divisaban las barcas amarradas a merced del oleaje.

—¿Qué desea?

La cocinera la miró con desconfianza, los brazos en jarra y la barriga echada hacia adelante. Parecía una mujer de pocos modales, y Livia decidió ponerla en su lugar.

—Necesito agua para refrescarme. ¿Sabrá usted dónde encontrarla?

—¿Acaso no hay un baño en su cuarto?

La idea de disponer de un baño para ella sola la desconcertó.

—Disculpe, soy nueva y no conozco la casa.

—Y tampoco pronuncia bien el inglés, ¿eh? —y la mujer soltó una risa agria.

La bienvenida dejaba mucho que desear. Livia decidió seguir adelante hasta dar con lo que buscaba, pero la cocinera se interpuso.

—No puede recorrer la casa así como así, al señor no le gusta. Cada uno debe permanecer en su lugar.

—Ignoro cuál es el mío —contestó con aspereza—. El señor no me lo ha dicho.

—Si me dice a qué vino, puedo ayudarla —y la gruesa mujer se acodó sobre la mesa, dispuesta a divertirse.

«Para ser la reina de la cocina, es bastante desaliñada», pensó Livia, que estaba acostumbrada a la pulcritud de la mansión Balcarce.

—Soy la institutriz de la señorita Cecilia Robinson.

Aquella afirmación cambió el humor de la cocinera, que se irguió de súbito. Era evidente que sabía de su llegada, y que no la había reconocido como una típica institutriz. Livia había detectado una vacilación también en el ama de llaves al recibirla.

—¿En qué habitación se aloja, señorita?

—La primera puerta al subir la escalera.

—El baño está en la del medio.

—¿Las niñas duermen juntas?

La cocinera esbozó una sonrisa que pretendía ser compasiva.

—La mayor tiene pesadillas, y si no le toman la mano cuando despierta, puede ser fatal.

—Entonces la hermanita la consuela.

—Podría decirse —concedió la mujer.

Cada novedad acentuaba el interés de Livia por conocer al padre de Cecilia y comprender la forma en que vivía esa familia. Volvió al rellano de la escalera. Detrás de ella, la gruesa mujer miraba con aire burlón los pies descalzos de la institutriz.

¡Sería divertido ver la cara del señor!

Después de haberse refrescado, Livia salió a recorrer el entorno calzada con sus nuevos zapatos, para no resbalar en las rocas. Sin avisar a nadie, emprendió el recorrido por atrás de la casa, donde los brezales sobresalían entre los peñascos.

La vista desde Blue House era extraordinaria. A la derecha, la costa formaba un pequeño cabo en cuyo extremo se alzaba un faro. A esa hora, las aves revoloteaban sobre la cúpula tornasolada en busca de un sitio para guarecerse. Sus graznidos se perdían entre las olas. Livia aspiró profundo en pos de esa vitalidad que el mar entregaba a raudales y que ella había conocido durante su infancia en la laguna.

Mar Chiquita, en la provincia de Buenos Aires, era en realidad una albufera, una lengua de agua separada por las dunas del mismo océano que la había formado. Misely les había explicado durante las clases que la laguna era dulce y salada a la vez porque mantenía contacto tanto con el mar como con los arroyos de las serranías. Los alumnos de la escuelita habían avistado cangrejos, removido juncos en busca de caracolas, y dibujado a los flamencos mientras se pavoneaban entre las aguas centelleantes. Aquel mar que Livia veía ahora desde la cima era el mismo océano, tan distinto sin embargo al de su tierra.

Había maldad en el viento que encrespaba las aguas arrancándoles la espuma, y cierta morosidad amenazante en las olas que morían en la costa sembrada de pedregullo.

Un estremecimiento la recorrió. Miró hacia la izquierda, donde la bahía refugiaba a las barcas de pesca y los veleros de placer. El sol teñía de anaranjado sus aguas quietas. Aquel rincón de la playa era más amable, aunque Livia, con su percepción a flor de piel, captaba corrientes profundas bajo la aparente serenidad del paisaje.

—¿Tiene usted frío?

Un hombre delgado, envuelto en una capa de hule que lo preservaba de las salpicaduras en alta mar, le sonreía a sus espaldas. Livia se protegió de la sensación de desamparo cruzando los brazos sobre su cintura.

—Sí, supongo que es hora de volver.

—¿Se hospeda en la casa? —siguió preguntando el hombre, y sus ojos, tan azules como las aguas de más abajo, se dirigieron hacia la colina envueltos en una bruma de tristeza.

—He venido como invitada —repuso Livia con prudencia.

—Es extranjera —afirmó el hombre volviendo a mirarla.

Livia asintió.

—Hace bien en no hablar con extraños. Permítame presentarme. Soy Elijah y vivo en aquella casa del cabo.

Recién entonces Livia advirtió que a pocos metros del faro, oculta entre unas hierbas amarillas, se vislumbraba una casita de tejas marrones. Dedujo que se trataba de la vivienda del encargado de mantener la luz intermitente que guiaba a los navegantes.

—Nací en esta costa y heredé el trabajo de mi padre. Él salvó la vida de muchos pescadores.

—Es una tarea loable.

El hombre se echó a reír. Era simpático, pese a la manera abrupta en que se comportaba. Parecía querer decir algo más y sus gestos eran un poco nerviosos, sin duda no esperaba encontrar a nadie en su caminata hacia el faro. Tal vez había salido a pescar su cena, o quizá venía de hacer sus compras en el pueblo. La temporada había concluido, y no se veía gente por ninguna parte.

—Caminemos juntos —le propuso con brusquedad, y la tomó del codo para conducirla.

Livia notó nerviosismo en ese contacto y con disimulo lo eludió. Elijah la llevó por un sendero paralelo a la orilla, apenas una hendidura en la colina, y la joven se alegró de haberse puesto los zapatos deportivos. A pesar de la extraña compañía, pudo disfrutar de la agreste playa donde se posaban los cormoranes y del viento salobre que le despeinaba el rodete. Se sentía a gusto en la naturaleza salvaje, era su ámbito, no temía a los elementos. Pronto divisaron el cabo donde se erguía el faro, solitario entre las rocas desnudas, como un centinela dispuesto a morir de pie.

El viento azotaba el rostro de Livia con furia. Elijah la contempló con interés.

—No le molesta este clima áspero —dijo, pensativo.

—Me gusta estar al aire libre.

—Eso se nota.

Livia guardó silencio. La mayoría de las personas que conocía se maravillaban de su tez morena, incongruente con el color verdoso de sus ojos y el tono rubio de su cabello. Por cortesía y educación no indagaban nada, pero ella sabía que se harían cientos de preguntas en su mente, y que cotillearían después, en un aparte. Los más desavisados supondrían que era una mujer acostumbrada a vivir al sol, quizá trabajando la tierra, y los más sagaces descubrirían la sangre india debajo de las ropas de maestra.

Elijah echó hacia atrás la capucha que cubría su cabeza y ella apreció el castaño ceniciento de su cabello sobre la frente alta y despejada. Era un hombre apuesto en su estilo sajón. Los ojos se le habían vuelto grises a la vera del mar, y muy penetrantes. Revelaban una inteligencia clara.

—¿Puedo saber si la une algún parentesco con el señor Robinson?

Por supuesto, él sabía que no era así. Se trataría de un vecino de antigua data y conocería al dedillo a la familia de Blue House. Buscaba tema de conversación y, sobre todo, enterarse del papel de Livia en la casa. Ella dedujo que no creería que fuese una invitada, más bien la supondría una nueva criada.

—Me han contratado para instruir a la señorita Cecilia.

Esa noticia lo sorprendió, y hasta pareció conmocionarlo.

—Vaya —dijo al fin, mesándose el cabello—. Quién lo hubiera dicho.

—Es mejor tarde que nunca. Espero poder progresar con la niña. Cecilia es inteligente y merece desenvolverse en la vida.

Él la miraba con otros ojos, interesados y hasta cálidos.

—Me ha dejado sin palabras, señorita...

—Livia.

Adrede no agregó el apellido, puesto que él no había dicho el suyo.

Elijah asintió, satisfecho.

—Si necesita algo de mí, lo que sea... pescado fresco —se apresuró a aclarar—, o que la traslade a la otra orilla, no dude en pedírmelo. Estoy siempre aquí, en el faro o en el amarradero. Me dará placer servirles, a usted y a la niña.

—Es muy amable, lo tendré en cuenta. ¿Su padre murió hace mucho?

Lo abrupto de la pregunta lo desestabilizó, aunque de inmediato recobró el aplomo.

—En realidad fue hace un año, en un episodio muy triste. Su barca se hundió en el mar, su cuerpo nunca fue encontrado.

—Dios mío, qué terrible para usted no haber podido enterrarlo siquiera.

Elijah asintió con la mandíbula crispada.

—Las cosas inconclusas son terribles.

La afirmación contenía un dejo de rabia que no escapó al oído de Livia. Decidió que era tiempo de poner fin al recorrido, pues el frío arreciaba.

—Debo volver ahora. Me alegró conocerlo, señor Elijah.

—Lo mismo digo, señorita Livia. Cuente conmigo —insistió.

—Lo haré. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Él se quedó entre las rocas, viéndola alejarse, tan erguido como el faro de su padre, con la mirada fija en el camino que la llevaba de regreso a Blue House. Si Livia hubiese podido verlo, se habría sentido inquieta ante la dureza de su expresión y el hielo de sus ojos, de nuevo azules y más oscuros que nunca.

—Llega usted a tiempo de tomar la cena —la recibió el ama, un poco agitada.

Se notaba que la ausencia de Livia la había preocupado, y que se sentía responsable de cuanto ocurriera en la casa mientras el señor no estuviera.

—Estuve paseando por los alrededores. Es muy bonito.

—Sí, sí, pero le recomiendo tener cuidado, los caminos no son buenos y la humedad le puede jugar una mala pasada, resbalarse en las rocas. Le diré a la cocinera que ha llegado, estaba intentando mantener caliente la sopa.

Livia ocupó el lugar que le habían reservado en una mesa pequeña, más apropiada para el té que para las comidas, en un gabinete contiguo al comedor. A medida que pasaban las horas, más convencida estaba de que la decisión del señor Robinson de ocupar la casa fuera de temporada había tomado por sorpresa al personal. La cocinera parecía a disgusto, y el ama de llaves angustiada por no poder ofrecerle suficientes comodidades.

Una criadita llevó una bandeja con el tazón de sopa, panes crujientes y una botella de sidra.

—Permiso, señorita.

Livia esperó paciente a que distribuyera todo sobre el mantel de hilo y luego probó el líquido cremoso que le supo exquisito.

—¿Todo es de su gusto? —quiso saber el ama, que apareció con una vestimenta más formal que la de esa mañana.

—Está muy bien, señora, pronto subiré a acostarme y la dejaré tranquila.

Livia quiso ser amable, pero la mujer se ofuscó.

—Oh, no, señorita, no piense eso, por favor, estamos para servirla. Verá, es desacostumbrado que la familia ocupe la casa cuando el verano ha pasado, y este año ni siquiera habían venido, por eso pensábamos... Es decir, parecía lógico que ya no lo hicieran, sobre todo en las tristes circunstancias.

—¿El señor Robinson no ha vuelto desde que enviudó?

Las maneras directas de Livia parecían afectar al ama de llaves, que no estaba habituada a hablar de temas íntimos.

—No, podría decirse que no —atinó a decir.

—Quizá le trae malos recuerdos.

—Pues sí, debe de ser, sí.

—¿Usted conoció a la señora Robinson?

El ama asintió, apretando los labios.

—Su muerte debió de ser terrible para todos, en especial para las niñas —siguió diciendo Livia mientras echaba trocitos de pan en la sopa.

—Fue terrible, señorita, dadas las circunstancias.

La joven no conocía las circunstancias, de modo que tomó aquello como un intento de la empleada de dejar entrever un secreto.

—Espero que su enfermedad no haya sido larga.

—La señora no padeció ninguna enfermedad. Bueno, siempre estaba enferma, pero cuando murió no. Quiero decir, no murió por su enfermedad.

—¿Fue un accidente?

El ama de llaves se retorció las manos.

—Si me permite, señorita, debo vigilar que los demás cumplan con su tarea. La mayoría ha venido de urgencia desde sus casas y cuesta hacerles retomar el trabajo.

La mujer desapareció en las sombras del pasillo y dejó a Livia sumida en un mar de dudas.

Terminó la cena en la más completa soledad. Le sirvieron el café antes que el postre, un hábito que le sorprendió, y dejaron ante ella una mesita auxiliar con una porción de tarta de manzana aún tibia. Livia sospechó que a la cocinera no le habría causado ninguna gracia elaborarla de apuro.

Antes de subir a su aposento, caminó sin rumbo por la planta baja. El crepúsculo se alargaba en la ventana, y permitía ver con claridad los rincones de la sala.

Blue House no revelaba gracia en la disposición de sus escasos muebles, como si los hubiesen colocado para llenar espacios. Eso, y el frío reinante, le restaban calor de



hogar. Las casas de veraneo que Livia conocía en los alrededores de Buenos Aires eran confortables estancias repletas de objetos campestres, suntuosos muebles de Europa, y galerías rodeadas de plantas exuberantes. Solía haber un río cercano, y bosques de Algarrobos que daban cobijo a galpones y corrales. Blue House, en cambio, era una casa sin espíritu. Quizá se le hubiese perdido junto con la vida de la señora Robinson.

Mientras pensaba en eso, su mirada se topó con un portarretrato macizo sobre la única chimenea de la casa. Una mujer de exquisita prestancia posaba en una silla *causeuse* junto a una niña pequeña que fingía mirarla. Era Cecilia, que dirigía sus ojos ciegos hacia la madre. Livia se acercó a la imagen para percibir los detalles. Ambas eran muy parecidas, vestían hermosos trajes y estaban ubicadas de modo que Cecilia ofrecía el perfil, mientras que la madre mostraba su rostro de frente. Era una fotografía que disimulaba el problema de la niña, pero no alcanzaba a esconder la tristeza de la madre. Las manos delicadas, los labios delgados y cierta abstracción en la mirada eran rasgos que Livia tomó en cuenta para formarse una opinión acerca de la difunta y su relación con Cecilia. Contempló cómo las sombras del anochecer fueron envolviendo el retrato hasta dejarlo a oscuras, del mismo modo que se habría apagado la vida de la señora Robinson, incluso antes de morir.

Encontró un farol en la escalera y subió a su cuarto con pasos medidos, para darse el tiempo de pensar. La misma criada que le sirvió la cena la aguardaba en la entrada junto a un brasero.

—Para esta noche —le informó—, porque no hay chimenea. Como la casa es de verano...

Livia le permitió entrar y encender el calentador.

—¿Cómo te llamas?

La muchacha hizo una pequeña reverencia antes de responder.

—Anabela, señorita.

—Gracias por tu ayuda, Anabela. Mañana te consultaré para orientarme en el pueblo, por si necesito enviar cartas o hacer alguna compra.

Debió de parecerle insólito que contasen con ella, pues contestó a borbotones.

—Oh, sí, señorita, lo que desee. Estoy a su servicio, me lo ha dicho la señora Sims.

—¿El ama de llaves?

—Sí, ella es la empleada más antigua de la casa, y la que dispone todo.

—Bueno, ha elegido bien en tu caso.

Sonrojada de placer, la criada salió del cuarto y bajó la escalera a toda prisa.

Livia aumentó la llama de su lámpara y se sentó en la única silla para hojear el libro que había retirado de la biblioteca de la escuela de sordos. Era una descripción del método Tadoma que Horace Mann había promovido y que, según Anne Sullivan, se empleaba en el instituto Perkins también. Si había dado resultado con Helen Keller, era de suponer que Cecilia lo lograría, aunque Livia se mostraba reacia a

ajustarse a un método de manera absoluta. Creía en la combinación de técnicas, así como en su adaptación a las necesidades del alumno. Por eso era primordial saberlo todo acerca de Cecilia Robinson, su relación con los padres, con su hermana, y cómo fue desarrollando su vida aislada de los sonidos y los colores del mundo. Apoyó el libro en un atril desplegable que llevaba en su bolso y comenzó a practicar los signos que ejecutaría en la palma de Cecilia cuando retomasen las clases. Alternaría el sistema de captar las vibraciones en la garganta con ese otro lenguaje de señas. Se preguntó cómo habría sido la reacción de los señores Robinson al descubrir que su primogénita era sorda y ciega. ¿En qué momento lo habrían detectado? Y por primera vez desde que se hizo cargo de la niña, otra duda surgió en su mente.

¿Cómo sabían que Cecilia no había alcanzado a ver y escuchar algo en su corta vida?



## CAPÍTULO 4

**E**l brumoso amanecer se llenó de nuevos ruidos, en la casa y fuera de ella.

Desde la ventana de su cuarto, Livia vio un carruaje detenido frente al porche, y a una niña de melena oscura que subía los escalones de dos en dos. Detrás de ella Cecilia, asistida por Anabela, que ponía especial cuidado en señalarle cómo colocar el pie fuera del estribo. Al mismo tiempo, la voz grave de un hombre daba órdenes en el vestíbulo. Podía percibirse que la llegada de la familia alteraba la tranquilidad del personal de servicio y que el dueño de casa era difícil de complacer.

Livia se alisó la falda, remetiÓ los mechones que sobresalían del rodete para adecentar su aspecto, y emprendió el descenso para dar la bienvenida a su discípula. Consideró importante que la niña supiera que sus clases continuarían pese a todo, y que su maestra estaba dispuesta a acompañarla en aquel viaje que quizá no fuese de su agrado.

Al llegar abajo, la imagen del dueño de casa la sobresaltó. Jeremías Robinson era un hombre imponente. Desde el rellano, la joven apreció el ancho de su espalda, más propio de un estibador de puerto que de un aristócrata, y no bien se volvió hacia ella, esa impresión se acentuó al advertir que el padre de Cecilia poseía un rostro de labios gruesos, mandíbula ancha, nariz algo torcida y cabello oscuro despeinado. Bajo las tupidas cejas, unos ojos de color indefinido la clavaron en su sitio.

—¿Así que es usted la institutriz? —dijo él por toda presentación, con los brazos en jarra.

Seguían las bienvenidas ásperas en Blue House.

Livia, acostumbrada a avanzar a codazos en la sociedad distinguida, obligada a hacerse valer por sus dotes, ya que no por su estirpe ni su fortuna, dio dos pasos hacia el hombre extendiendo la mano.

—Mucho gusto, señor Robinson, por fin nos conocemos.

Jeremías la evaluó de pies a cabeza: alta, fuerte, de mirada frontal y carácter enérgico. «Toda una maestra de las que dan coscorrónes a sus alumnos», pensó el hombre.

Al no recibir el apretón de manos, Livia cruzó los brazos y encaró a Cecilia.

—Querida —empezó a decir.

—No se moleste, no la oye —la cortó Robinson.

Aquello fue un golpe bajo y Livia decidió ponerlo en evidencia.

—Lo sé, por eso estoy aquí, pero no crea que por no ver ni oír ella no capta la enemistad o la simpatía. Al contrario, esos sentidos se acentúan.

—Bien, veo que ha aprendido algo en estos días que estuvo con mi hija.

Livia lo ignoró y tomó ambas manos de Cecilia para señalarle, con leves apretones, que se trataba de ella y que estarían juntas en Newport el tiempo que hiciera falta. La niña esbozó una leve sonrisa que sorprendió a todos, en especial al

padre. La pequeña de cabello rizado la miraba con curiosidad y tiró de su falda desde abajo.

—¿Es mi institutriz también? —dijo con voz chillona.

La joven maestra le respondió con firmeza.

—No. Estoy aquí por tu hermana, pero si quieres puedes compartir las clases. Es bueno que aprendas el lenguaje para comunicarte con ella.

Samanta pateó el suelo y soltó un grito de indignación.

—¡Quiero una institutriz! ¿Por qué ella tiene una y yo no? ¡Papá!

Era inaudita la mala educación de la niña. Livia esperó que el señor Robinson la pusiera en su sitio, pero el hombre se limitó a suspirar y a continuar con sus órdenes.

—Señora Sims, lleve a Samanta a la cocina y que le preparen un sorbete de huevo. Estuvo pidiéndolo todo el camino.

Ya el ama se apresuraba a tomar a la pequeña de la mano cuando Livia se interpuso, ante el asombro de todos.

—Antes creo que debe disculparse por sus malos modales.

Se produjo una suspensión en el tiempo y los sirvientes ni siquiera respiraron. Nadie osaba desafiar al señor, mucho menos criticar a su hija predilecta, por más que mereciese una tunda. La niñita contemplaba a Livia con estupor. En sus escasos años, jamás había escuchado una reprimenda ni sabido de un castigo. Su vida se desenvolvía en una gozosa pendiente de caprichos, zalamerías, rabetas y regalos. Todo se le daba, porque de nada valía dárselo a Cecilia. Su hermana era como una muñeca bella e inanimada. Y aunque se habían criado juntas, Samanta le otorgaba la misma importancia que a su *poupée* francesa, que reposaba sobre una butaca en la eterna espera de que ella tuviese deseos de jugar.

—Quiero mi batido de huevo —dijo por lo bajo, para irritar a esa maestra insolente.

—Ya te lo darán, después de que te hayas disculpado. Tu padre no quiere que te conviertas en una señorita desagradable cuando crezcas.

El colmo del atrevimiento. Anabela se escurrió por la puerta de servicio mientras el lacayo del coche dejaba el último bulto y huía por la de adelante. La señora Sims, menos afortunada, había quedado comprometida por el pedido del señor, que miraba a Livia Cañumil con una mezcla de ira e incredulidad capaz de amedrentar a un rival a su altura.

—Las niñas están cansadas, señorita —siseó, sin recordar el apellido de aquella mujer—. Es mejor que coman algo y se retiren a sus habitaciones. Usted tendrá bastante trabajo con Cecilia como para que se ocupe también de Samanta. Ella no necesita institutriz por ahora.

La mencionada miró a su padre con resentimiento, ya que la razón del altercado era su deseo de contar con una, pero el ama de llaves la tomó de la mano y la arrastró hacia la cocina antes de que pudiese despegar los labios.

Livia sostuvo la mirada del patrón con altivez.

—Lamento que se haya perdido usted la ocasión de corregir a su hija menor. Los niños suelen ponernos a prueba para ver si somos capaces de dirigir sus vidas. Y puedo asegurarle que es mejor para ellos creer que sí, aunque no lo reconozcan.

—¿Qué credenciales tiene usted, señorita no sé cuánto?

—Me llamo Livia Cañumil y soy maestra Normal. Me especializo en el kindergarten, pero obtuve este empleo gracias a mis recomendaciones. Si está disconforme, señor Robinson, le ruego que transmita su parecer a la escuela de sordos de Horace Mann, a la señora Sarah Fuller.

A Livia le fallaron las rodillas mientras hablaba. No era fácil para ella correr el riesgo de que aquel hombre la despidiese, arruinando su proyecto de estudiar en los Estados Unidos y conseguir un trabajo futuro en la Argentina. Sin embargo, si algo había aprendido a lo largo de su vida era que un carácter es bien apreciado hasta por los enemigos. Sospechó que el señor Robinson confiaría más en una institutriz firme en sus convicciones, por mucho que le disgustasen sus métodos, y no se equivocó, a juzgar por la mueca que deformó sus labios, en un gesto de resignación teñido de burla.

—Es tarde para ir en busca de otra maestra, y me pregunto qué haría usted si la pusiera de patitas en la calle en la desolada Newport. Dejemos esta reyerta por hoy. También estoy cansado. Más tarde quiero ver sus credenciales. Búsqueme en mi estudio, la primera puerta de la izquierda —y desapareció a grandes pasos rumbo a la habitación mencionada.

Livia tembló un poco al soltar el aire. No quedaba nadie que pudiera atestiguar el final de ese enfrentamiento salvo Cecilia, que seguía de pie, con esa expresión de niña perdida y soñadora, esperando que sucediese algo. Ella la tomó de la mano y murmuró frases tranquilizadoras, pues estaba segura de que los efluvios de ira del padre habrían sido percibidos. Llevó los dedos de la niña a sus labios y articuló breves palabras de saludo.

Cecilia sonrió, trémula, y subió las escaleras de la mano de su institutriz.

Jeremías evitó el portazo que hubiera revelado el disgusto que le causó la nueva instructora. Era cierto que Samanta se había portado como una malcriada durante todo el viaje, que por su culpa habían debido detenerse en una posada y que el descaro con que gritó frente a una desconocida merecía una reprimenda. Era su hija, sin embargo, la única con la que podía hacer las veces de padre, la que le devolvía la mirada sonriente, lo mimaba cuando lo veía cansado o triste, y compartía breves momentos de juego en el bosque o en la playa. Tenía derecho a perdonarle chiquilladas. ¿Qué esperaban de él? ¿Que fuese indiferente a la desgracia que cayó sobre ellos al nacer Cecilia? ¿Que no le importara saber que esa niña no tendría futuro ni compañía cuando él muriese? Dios sabía que la desaparición de Alma y sus circunstancias lo habían sumido en el dolor más hondo, pero que dejarlo solo con

aquella niña había sido mil veces peor. La señorita extranjera venía a enrostrarle sus libros y teorías acerca de la enseñanza, cuando él sabía que nada sacaría a Cecilia de su mundo cerrado, puesto que ni siquiera la muerte de la madre lo había logrado. Era un caso perdido.

Aun así, se entretuvo recordando esa mirada verdosa, tan abierta y decidida. ¿Qué edad tendría? Para enfrentarse a la furia de un hombre, de seguro más de veinticinco. Y esas ropas horrendas de recatada maestra... Odiaba a esos esperpentos que se vestían para levantar banderas de lucha, ya fuese la templanza, el abolicionismo o el sufragio femenino. De seguro la institutriz aprobaría todas esas causas. Podía imaginarla levantando pancartas en medio de una pequeña multitud de mujeres secas y amargadas que hacían de esas batallas el centro de su existencia. Se echó a reír con sarcasmo mientras quitaba la llave a uno de los cajoncitos de su escritorio y sacaba una petaca forrada en cuero. Empinó el codo breves momentos y la guardó bajo llave de nuevo. El líquido que suavizó su garganta le brindó sosiego. Le hacía falta ese trago, no había podido satisfacer su necesidad durante todo el día anterior. Jamás bebía frente a las niñas. Frente a Samanta, en realidad, ya que la otra era un testigo muerto.

Livia dejó a Cecilia instalada en su cuarto y bajó a enfrentarse con la hija menor antes que con el padre. Llevaba una carpeta con las cartas de recomendación que la acompañaban desde la Argentina, agregadas a las evaluaciones que le habían hecho en la escuela de sordos. Confiaba en que impresionarían al señor Robinson.

Encontró a la maleducada en la cocina, con un vaso de espumoso batido de huevo con oporto. La niña no se dignó mirarla, enfrascada como estaba en la técnica de sorber el líquido espeso con una pajuela. Livia se sentó a la mesa frente a ella y aguardó con paciencia a que Samanta levantara la vista. La curiosidad pudo más, y al fin la niñita alzó la cabeza.

—Todavía estoy esperando tu disculpa.

Samanta la miró con los mismos ojos de su padre, de un color indefinido entre el verde y el azul, ojos que Livia conocía bien, ya que Elizabeth O'Connor poseía la misma imprecisa tonalidad, característica de Irlanda. Recordaba que el esposo, Francisco Balcarce, le decía en son de broma «mi pequeña Erin». Y que el gran amigo de ambos, Julián Zaldívar, había relacionado esa mirada verdiazul con las leyendas de hadas y duendes de la mágica isla, relatos que la propia Elizabeth le había narrado. Descubrir que los Robinson podían tener origen irlandés la impactó, sobre todo cuando volvió a su mente la advertencia de Mrs. Templeton de cuidarse de la gentuza del puerto y en especial de los irlandeses.

—Samanta —prosiguió inexorable ante el silencio empecinado de la niña—, ¿quieres a tu papá?

La pregunta la desconcertó y asintió con grandes gestos.

—Entonces, debes aprender modales para que se sienta orgulloso de ti. Cuando crezcas como Cecilia, lucirás lindos vestidos, irás a un buen colegio, pero si eres

caprichosa y respondona, toda tu belleza se eclipsará. Lo lindo debe venir desde adentro —y Livia le tocó el pecho, para reforzar la idea.

Era la primera vez que Samanta escuchaba algo así, y en el acento de aquella extraña mujer que a todas luces no hablaba su idioma pero tenía una rara manera de pronunciarlo, le resultó un discurso hechicero.

—¿Quién dijo eso? —porfió a pesar del interés que le despertaba aquel concepto.

—¿No lo sabes? Está escrito en un libro que no termina nunca, cada día se le agrega un capítulo nuevo.

Samanta frunció el ceño.

«Igualita al padre», pensó Livia, y también se dijo que no tendría tanta paciencia con él como con su hija.

—No conozco ese libro.

—Porque aún no te lo han regalado. Yo lo haré.

—¿Qué es *eclipsará*? —dijo de pronto Samanta, revelando su capacidad para retener palabras y reproducirlas.

—Que desaparece —y mientras lo decía, Livia tomó tres galletas del plato que la cocinera había puesto junto al batido.

—Este es el Sol, esta la Tierra, y esta la Luna —dijo con naturalidad, ubicando las galletas en una misma línea.

Samanta miraba el recorrido de las galletas sobre la mesa, pero más aún las manos que las manipulaban; le impresionaba la precisión con que la institutriz de su hermana hacía las cosas.

—Cuando la Luna se interpone entre el Sol y la Tierra, proyecta una sombra que tapa al Sol, y entonces nosotros, que vivimos en este planeta, no lo vemos, desaparece ante nuestros ojos. Así ocurre con la belleza cuando la tapan la maldad o los defectos de carácter.

Samanta miraba fijo las galletas, con la boca sucia de huevo y los ojos agrandados.

—¿Eso lo dice el libro que va a regalarme?

—Esto lo dicen otros libros que podrás leer cuando seas mayor, pero si te interesa puedo enseñarte más.

—Usted dijo que no era mi institutriz —le recordó con malicia.

—No lo soy. Podemos conversar sobre otros temas, cuando yo no esté enseñando a Cecilia.

—Está bien —y sorbió ruidosamente el batido.

—Ahora discúlpate —insistió Livia.

Samanta se encogió de hombros.

—Lo siento —dijo, sin mirarla.

Livia tenía otras ideas, sin embargo.

—No solo debes disculparte conmigo, has herido también a tu padre. Deberás ir al estudio y decirle que lo sientes.

Hasta la cocinera dejó de vapulear los cacharros al oír eso. La mujer fingía ocuparse del almuerzo para escuchar lo que aquella presumida decía a la niña. Si creía que iba a domar a la pilluela, estaba frita.

Samanta también pareció escandalizada.

—Papá no se enoja conmigo nunca.

—Por eso mismo no merece que lo hagas sufrir con tu comportamiento.

—¿Eso sí está en el libro que no se termina nunca?

Livia asintió con convicción.

—Bueno. Iré apenas termine mi huevo. Y mis galletas —agregó, capturándolas con una mano.

—Así me gusta. Otro día hablaremos de los eclipses. Algunas veces pueden verse.

Salió de la cocina, dejando a la niña y a la cocinera pendientes de su espalda.

Livia aspiró profundo antes de golpear la puerta del despacho. Era en realidad un cuarto de servicio adaptado a las necesidades del patrón, ya que la casa de verano no tenía tantas habitaciones. Enderezó su espalda y llamó. Le pareció que respondían, pero no estaba segura. Movié el picaporte y avanzó.

El lugar estaba tan poco amoblado como el resto de la casa. Apenas un escritorio sobre una alfombra raída, una silla para los visitantes, un banco bajo la ventana repleto de almohadones, y unas cortinas que en ese momento amortiguaban la luz del día.

El señor Robinson levantó la vista de un libro abierto al percibir la presencia de la joven, y alzó una mano indicando que podía sentarse en la única silla.

Livia le entregó la carpeta.

—Aquí están mis credenciales.

Jeremías se echó atrás en su sillón y jugueteó con la pluma que tenía en la mano. La observaba, al parecer divertido. Mientras aguardaba su respuesta, Livia pudo escudriñar esos rasgos irlandeses que se iban confirmando a medida que lo contemplaba.

—Es usted una persona inteligente, señorita Cañumil. Presumo que tiene experiencia con niños normales, digamos, como Samanta.

A Livia le indignó que el propio padre señalara la condición de Cecilia como anormal. Si bien la regla era poder ver y oír, el modo en que los demás trataran a la jovencita sin duda incidiría en su evolución.

—Tengo experiencia con niños, sí —respondió serena—. Está todo ahí.

Él empujó la carpeta, dando a entender que no se fijaría en los papeles.

—Me intriga usted. Parece salirse del molde de las maestras normales.

Lo normal y lo anormal ocupaban un sitio importante en la mente del señor Robinson.



—Quizá porque soy extranjera mi forma de actuar le parezca distinta a lo conocido.

—Sí, puede ser eso —comentó, pensativo, y enseguida dijo algo que sobresaltó a Livia:

—Suéltese el cabello.

—¿Perdón?

—Que se quite ese rodete.

Livia se llevó una mano a la nuca, más para resguardar el rodete que para cumplir la orden, ya que el tono del señor Robinson no dejaba dudas acerca de que lo que él decía se hacía.

—Llevo el pelo así por prolijidad, señor.

—No está cumpliendo sus funciones ahora, señorita, y el que le paga el sueldo soy yo, así que déjese de remilgos y suéltese el cabello.

Que él la considerase remilgada fue otro motivo de indignación. Livia se caracterizaba por su sencillez. ¿Qué imagen se formaba de ella ese hombre? Tiró de la cinta y la cabellera de rubios matices se derramó sobre sus hombros y su espalda. Lo miró con aire de desafío.

Jeremías sufrió el impacto de ver transformada a la señorita Cañumil de esperpento en doncella. Ese detalle, en apariencia mínimo, mostraba un atisbo de lo que sin duda reservaba aquella joven bajo sus ropas y su aire de samaritana. Él era buen juez de las personas, y desde el vamos supo que la institutriz de Cecilia era harina de otro costal, por eso aceptó que viajase a Newport, para conocerla mejor. Ethel Cleveland le había informado que se trataba de alguien singular, y que a la directora Fuller le resultaba interesante cómo aplicaba los métodos, con mayor flexibilidad que las más experimentadas instructoras. Jeremías no creía que sirviese de mucho en el caso de Cecilia, aunque no costaba nada probar. Y más cuando debía realizar ese viaje de forma precipitada y hubiera sido mal visto que dejase a la mayor internada mientras llevaba a la pequeña. La opción de contratar los servicios de la instructora era la mejor posible.

Livia contenía su disgusto ante la prepotencia del señor Robinson. Estaba fuera de toda regla que él se entrometiera en su manera de vestir o de peinarse. A menos que estuviese desprolija o sucia, no debía interesarle su estilo ni su aspecto. Jamás se le había cuestionado ese tipo de decisiones y no tenía lógica que ocurriese ahora, cuando su discípula no podía siquiera verla. Le resultaba antipático el padre de las niñas, pese al sufrimiento que padecía. Veía en él a un hombre brutal que disponía de fortuna y por esa razón se sentía por encima de los demás. Empezaba a pensar que la muerte de la señora Robinson había sido causada por el deseo de alejarse de ese matrimonio. Claro que dejaba desamparadas a las niñas.

—Ya puede atárselo de nuevo.

—Lo haré cuando regrese a mi habitación, si ya no necesita decirme nada más.

Jeremías sonrió con acritud.

—Bueno, habrá muchas otras cosas que le diré a lo largo de su estadía, señorita. Soy el padre de su discípula y su fuente de trabajo.

—No necesita recordármelo.

—Mejor así. Puede marcharse, y empezar mañana sus clases.

—Comenzaremos hoy mismo, no se puede desaprovechar el día.

Las cejas del señor Robinson se alzaron casi hasta la raíz del cabello.

—Insiste en desafiarme, señorita Cañumil.

—Mi intención no es esa, sino recuperar el tiempo perdido.

—¿Insinúa algo?

Livia cruzó las manos sobre el escritorio y Jeremías observó que los nudillos se le habían puesto blancos. La joven estaba furiosa, o tensionada. Creyó más probable lo primero.

—Ya que me invita a hablar con franqueza, señor, le diré que es un crimen haber dejado pasar tanto tiempo sin educar a Cecilia. Aunque sea una niña dócil y no cause problemas —y Livia se reservó su propia opinión al respecto—, los años de la primera infancia son cruciales en la educación, más en el caso de un niño con desventaja.

—Y yo soy un padre desalmado que no tuvo en cuenta eso.

El silencio de Livia lo ofendió más que una afirmación.

—Retírese, señorita Cañumil, y empiece cuando quiera, no necesito otro dolor de cabeza en este día.

La joven se puso de pie y recogió la carpeta. Cuando se volvió hacia la puerta, la pequeña silueta de Samanta se recortó en el pasillo.

—Papi —dijo la niña con voz queda e insegura.

—¿Sí, tesoro?

—Siento haberme portado mal en el vestíbulo.

La expresión estupefacta del señor Robinson duró apenas segundos antes de que dijese, con voz afable:

—No importa, querida, estabas muy cansada.

Livia apretó los labios y oprimió la carpeta. Al salir del cuarto, puso una mano afectuosa sobre el hombro de Samanta y le dedicó una breve sonrisa.

La niña se quedó sin saber qué hacer, entre la indulgencia del padre y el reconocimiento de la maestra. Sin duda, acababa de aprender una de las lecciones del extraño libro del que le habló la institutriz de Cecilia.

Una vez en su habitación, Livia se dejó caer en la cama, agotada por las emociones de esa mañana. Si bien pensaba que el señor Robinson sería una persona difícil, lo imaginaba más bien abatido por la pena, y no desbordante de ironía y prepotencia. Estaba dispuesta a disculparlo por ser un varón enfrentado a la ardua tarea de criar niñas huérfanas de madre.

La realidad le resultó más complicada. El padre de Cecilia actuaba con total desparpajo y ni siquiera se arrepentía de haber condenado a la primogénita a la

oscuridad más completa. Era como en un principio temía, un hombre frío que en nada se ocupaba de la educación de sus hijas, puesto que el futuro de Samanta era poco alentador, después de lo visto ese día.

Por fortuna, la niña fue sensible al discurso que le había dado en la cocina, y ella se había anotado un punto en la consideración del patrón. Siempre que en su tosca cabeza él reconociese ese valor.

Se puso de pie, dispuesta a sacudirse la congoja, y una idea repentina iluminó su semblante. Tomó la pluma y un papel de carta del montón que habían dejado para ella en la mesilla, y escribió a la persona más indicada para ayudarla en esa empresa.

*Apreciada señorita Sullivan,  
me dirijo a usted con la confianza que me brinda el habernos conocido en circunstancias extraordinarias, casi por casualidad. Recuerdo que me confié las tribulaciones que padeció al principio de su relación con Helen, y me gustaría poder contar con su opinión en lo que llevo hecho con Cecilia. Si para usted no es molestia, unas breves líneas me servirían de orientación.  
¿Qué tipo de hombre era el padre de Helen?  
¿Servía de ayuda la madre, o era lo mismo que no tenerla?  
¿Cuánto demoró la niña en abrirle su corazón?  
Disculpe si le parezco atolondrada, pero me siento muy sola en esta casa, y cientos de dudas acosan mi mente.*

A continuación, Livia detallaba los pequeños avances seguidos de retrocesos en la educación de Cecilia. Sin ahondar en detalles, hizo una semblanza del carácter de Jeremías Robinson que la perspicacia de la señorita Sullivan captaría de inmediato.

*P. D.: ¿Qué sabe usted sobre los irlandeses?  
Atentamente a su servicio  
Livia Cañumil*

Jeremías despidió a Samanta con un beso y volvió a abrir la gaveta del escritorio. Esa vez, los sorbos a la botella duraron bastante. Chasqueó la lengua, satisfecho, y dejó la petaca a su alcance.

—Bribona —murmuró entre dientes.

Y no supo si se lo decía a su pequeña hija, o a la mujer que acababa de darle una lección.





## CAPÍTULO 5

**E**l run run comenzaba en el estómago, luego se transformaba en una bola que subía y se detenía en la cabeza, un zumbido espantoso que le arrancaba deseos de ser mala.

La niebla dorada se disipaba y solo quedaba la oscuridad.

Al despertar, el frío húmedo le devolvió el sentido.

No estaba en el sitio donde podía caminar entre la hiedra y palpar los pimpollos suaves, aspirar ese perfume que le permitía sentir.

Sentir. La piel se erizaba de dicha si la rozaba algo.

Tampoco estaba allí donde la enviaron por poco tiempo y la tocaban, pequeños toques ansiosos sobre su mano, su brazo, su cara.

Estaba en aquel otro lugar, que le traía recuerdos.

Recuerdos. No alcanzaba a aclararlos. Eran un tacto suave de calor en la mejilla.

Hacía mucho que no sentía ese calor, ni se le brotaba la piel con las vibraciones.

Mamá.

—Uuuuuu...

Respiró agitada. No había toques ni calor en ningún lado.

—¡Uuuuuuuuuuuuuuu!

Desorientada, Cecilia movió las manos en el aire, sin llegar a nada sólido. Entendió que se hallaba acostada, porque el zumbido era más intenso. Acodándose en la cama, se incorporó y quedó sentada con las piernas colgando.

—Ua...

Era un recuerdo. Se esforzó por dejarlo salir.

—¡Uuuuaaa!

Sacudió los pies, frenética, y se llevó las manos a los oídos para acallar el zumbido que parecía acrecentarse en la oscuridad. Por eso le gustaba el tiempo de la niebla dorada, cuando no zumbaba su cabeza ni tenía frío. Con cuidado, salió de la cama y gateó hacia adelante hasta dar con la tela y palpar la forma tibia. Allí estaba la otra, la que la tironeaba para que ella caminara en pos de alguna cosa que nunca terminaba de conocer. Eran toques abruptos que la mantenían atenta. Cecilia esperaba entender qué querían de ella. Cuando no lo conseguía, la bola en la garganta salía en forma de alarido y entonces la separaban de la otra, quedaba más aislada que nunca.

Sabía cómo era la otra. Pequeña, movediza, olía a frutas dulces y estaba pegajosa la mayor parte del tiempo. Pero en ese momento la otra estaba en su propia noche, Cecilia podía captar el rítmico aliento. Y ella se encontraba sola y con frío, necesitaba que la tocaran.

La zamarreó. Algo vibró en el aire y sintió un golpe que le azotó el rostro.

Gritó, gritó, gritó... La cabeza le estallaba. La rabia se apoderó de ella y empezó a patear la cama, el suelo, los objetos que la rodeaban. Se lastimó los puños al lanzarlos al viento y encontrar cosas duras a su paso.

De pronto, una fuerza le sujetó las manos y la retuvo prisionera. El aroma silvestre le dijo que se trataba de ella, la nueva presencia. Mamá. Igual que antes, el mismo calor.

—Está loca.

—Cállate. Ha tenido un mal sueño.

Livia sostenía con firmeza las muñecas de Cecilia para evitar que se causara daño o que se lo infligiese a Samanta. La niñita la había llamado, y aunque no lo hubiese hecho, ella igual habría acudido; era imposible no despertarse con semejantes aullidos. Por primera vez presenciaba una de las famosas pesadillas. Pero también Cecilia había gritado, una voz ronca, áspera, gutural. No todo estaba perdido.

La luna que brillantaba el mar iluminaba el cuarto de las niñas, y bajo esa luz fantasmal, los ojos de Cecilia parecían animados por un fuego malévolos. Livia podía entender que la pequeña Samanta se asustara al verse zarandeada así, en mitad de la noche, mas no quería que tuviese miedo de su hermana si debía enseñarle a comprenderla para que pudieran comunicarse entre ellas.

—Tócala —le ordenó, y tomó una mano de Samanta para posarla sobre la mejilla de Cecilia.

Ese tacto serenó a la jovencita. Los ojos perdieron su fulgor y volvieron a ser soñadores.

Cecilia aspiró el aroma de la fruta dulce y percibió el calor que tanto anhelaba. Y a eso se agregaba el de la otra, que olía a las hierbas del sitio que tanto amaba. Abrió la boca para articular un sonido que expresara cuánto le gustaba percibir esos olores en ese momento de oscuridad, pero no salió nada de su interior. Aquella fuerza que la sostenía le impidió retomar la ira, sin embargo, y se sintió confortada. Poco a poco, con lentitud, el zumbido atroz se fue apaciguando.

Livia la ayudó a levantarse y la condujo a la cama de nuevo, se sentó junto a ella sin soltarle las manos, y ensayó líneas en su palma como le había enseñado en la escuela. Cecilia permanecía quieta. Era natural que después de tal estallido estuviese agotada y le costase conciliar el sueño, de modo que Livia decidió prepararle una tisana.

—Vamos —le dijo en susurros, a pesar de que la niña no la escuchaba.

Acompañaba el movimiento con el tacto de sus labios para que ella supiese que estaba comunicándole algo. Inútil era intentar deshacerse de la pequeña Samanta, hubo que aceptarla, y Livia bajó las escaleras con ambas niñas.

La misma luna envolvía la cocina en un capullo blanco y frío. Con presteza buscó una lámpara y encendió la mecha. Ayudada por la luz, hurgó en la despensa hasta encontrar lo que buscaba: una lata repleta de hebras de té y un atadito de hierbas silvestres. Seleccionó las que reconoció con facilidad y puso a calentar agua en una tetera de cobre. Era la primera vez que intentaba usar los utensilios, de modo que cometió algunos errores antes de dar con el colador y las tazas. En la casa de los Balcarce, el té era una fineza a la que había debido acostumbrarse, puesto que

formaba parte de la tradición de Misely, aunque Livia solía darle un toque autóctono que lo volvía más reconfortante: hojas de aguaribay, azúcar quemada y ralladura de naranja o membrillo. Ninguna de esas cosas había en la desolada cocina de Blue House, así que improvisó. Deshizo entre sus dedos las flores de camomila y las mezcló con las oscuras y fragantes hebras; luego aderezó con miel el brebaje, que adoptó una tonalidad amarillenta. Antes de ofrecerlo a Cecilia, dejó que lo oliese y delectó en su palma con lentitud: «té». Dos, tres veces, hasta que la expresión de desconcierto pasó a ser de curiosidad y, por fin, de satisfacción. Había entendido.

Por supuesto, Samanta debía tener su propia tisana, y Livia le agregó un terrón de azúcar para que le resultase más dulce.

—Rico —aprobó la niña.

Cecilia bebía de a sorbos, degustando ese sabor que por vez primera tenía nombre para ella.

La lámpara parpadeaba en el centro de la mesa, iluminando los rostros con su resplandor. Livia dejó en el fondo de la tetera un poco de brebaje para ella, y mientras bebía pensaba que, si la dejasen obrar a su antojo, bien pronto lograría progresar con aquella jovencita desdichada.

Jeremías contemplaba la escena doméstica desde las sombras. Los gritos lo habían despertado, a pesar de que su habitación se hallaba en el lado opuesto. Así fue desde la muerte de Alma. La niña siempre soñaba quién sabía qué cosas, y aunque de su boca no brotara una palabra, era capaz de proferir los más espantosos aullidos.

En esos momentos, sin embargo, una plácida expresión suavizaba su rostro redondo bajo la luz del farol. La señorita Cañumil, sentada a su lado, la observaba con atención mientras compartía ese silencio que para su hija sería eterno.

Recorrió con la mirada el camisón que a contraluz resultaba revelador e indecente. La institutriz no usaba batas que ocultasen su cuerpo a los ojos de un indiscreto, era un punto en su contra, si debía ser estricto con las costumbres que elegía para educar a las niñas. Quizá no tuviese bata, o tal vez la prisa por satisfacer a su discípula no le había permitido descolgarla del ropero, pero él no iba a lamentarlo en ese preciso momento, en que se regocijaba al descubrir que la señorita esperpento, alta y delgada, poseía curvas suaves muy femeninas. ¿De dónde decían que provenía? Ah, sí, del Río de la Plata, en Sudamérica. Ignoto lugar que él jamás oyó mencionar. Lejano y exótico como ese rostro que lo había mirado en silencio, tal vez reflexionando cosas sobre él que no podía revelar, sin duda pensamientos críticos. El impulso que lo había llevado a contratar a la institutriz de manera personal solo podía deberse a su necesidad de justificarse. En la escuela de sordos veían con malos ojos que Cecilia interrumpiese su educación apenas comenzada, y como ya había perdido muchos puntos por no haberla llevado antes, quiso cortar de cuajo la andanada de cortesías filosas que de seguro iban a endilgarle, y tomó aquella decisión en forma abrupta, tanto, que hasta él se sintió desconcertado. Hacía mucho que no obraba por impulsos. Desde aquella vez.

Observó el perfil de la institutriz. El resplandor lunar revelaba mejor sus facciones angulosas. Poseía pómulos altos, nariz corta y boca ancha. Los ojos oblicuos le hubiesen otorgado un aire oriental de no ser por el color verde tan extraño, incongruente con su tez. Jeremías frunció el ceño, pensativo. ¿Qué razas habría en ese extremo sur del continente? Sabía muy poco de las gentes que lo habitaban. Cuando le recomendaron a la señorita Cañumil, solo reparó en las recomendaciones elogiosas, sin detenerse a considerar su origen. En ese instante, desnudada por la luna y su propia imaginación masculina, aquella mujer enigmática parecía salida de una fantasía.

Livia se levantó, y Jeremías apretó su corpachón contra el hueco de la puerta para ocultarse de su vista. Las tres mujeres pasaron muy cerca, al punto de obligarlo a contener la respiración, aunque alcanzó a percibir el aroma sutil que envolvía a la extraña. Era una mezcla de hierbas y de tierra, el olor que precede a la lluvia en el campo. Exhaló el aire reprimido al ver que subían la escalera, pero no se movió hasta que el redondel de luz del farol se perdió en el rellano. Entonces caminó con paso vigoroso hacia el despacho. A oscuras, de memoria, dio con la llave, la gaveta y la petaca. Empinó el codo largamente. Las memorias lo asaltaban por las noches, de ahí su necesidad de dormir alejado de todos. La presencia de la señorita Cañumil había logrado avivarlas de un modo que él no entendía.

Por la mañana, y después de un desayuno que tomó de pie en la cocina ante la mirada reprobatoria de la cocinera, Livia emprendió el camino hacia la oficina postal del pueblo, siguiendo las imprecisas indicaciones de Anabela. Todos parecían sorprenderse de su afición por madrugar, incluso la señora Sims, que tampoco dormía mucho. Era una mujer sencilla nacida en Newport en una familia de pescadores, y todo su arte se reducía a dirigir aquella casa que contaba con solo tres o cuatro sirvientes durante la temporada, para luego cerrar sus postigos y sumirse en un sueño de invierno. El mayor desafío del ama de llaves era supervisar los almuerzos campestres y las cenas de despedida de los huéspedes, cuando los había. Por lo que supo Livia, en épocas anteriores a la muerte de la señora Robinson, Blue House solía recibir a los veraneantes de las casas aledañas y a algunos amigos que llegaban de Boston en procura de aire benéfico y deportes.

La casa aún estaba envuelta en la bruma cuando salió.

Mientras descendía por la suave pendiente, iba pensando en aquella familia que le había tocado en suerte conocer, y se preguntaba a qué se dedicaría el señor Robinson. Le había impresionado como un hombre algo tosco, quizá porque esperaba a un aristócrata de manos elegantes y rostro refinado. Poco sabía ella de la vida en esa tierra, bien podía suceder que sus habitantes descendiesen de pueblos bárbaros de aspecto feroz. En especial los irlandeses, por lo que le habían dicho, aunque las



opiniones de las señoras que la acompañaron en los primeros días de su paso por Boston le resultaron algo prejuiciosas.

La respuesta a esa carta que llevaba en su mano le aclararía algunas dudas. Anne Sullivan era una mujer sensata y sabría a qué atenerse.

Lamentó no haber tenido la previsión de llevar alguno de los libros con caracteres en relieve que había en la biblioteca de la escuela, ya que no sabía por cuánto tiempo debería permanecer en ese sitio ni si Cecilia avanzaría con rapidez. Quizá pronto podría empezar a leer sobre el papel. Ese pensamiento no la abandonó hasta que llegó a la oficina de correos. Decidida, pidió un abrecartas e introdujo un añadido en la posdata.

*¿Sería usted tan amable de enviarme un librito de cuentos? Creo que Cecilia disfrutará de leer algunas frases.*

Satisfecha, solicitó tinta de lacre y despachó la misiva a la dirección de la escuela de Horace Mann, que la señorita Sullivan sin duda visitaría a menudo. Al salir, confiada en el éxito de su pedido, pudo disfrutar de la belleza del día.

La bruma se arrinconaba en el horizonte, dejando a la vista un mar de infinitos destellos azules. El graznido de las gaviotas la ensordecía a medida que el camino la acercaba al puerto, donde las barcas flotaban entre casas de colores vivos y techos de chapa. A esa hora todavía solitaria, la bahía era una postal pintoresca, con su puente de madera y gruesos cabos enrollados en las bitas de amarre. Se aspiraba el olor penetrante del alquitrán y el pescado, diluido por los efluvios marinos. Algunos marineros trabajaban en las redes mientras silbaban o entonaban picarescas canciones que ella no alcanzó a comprender. En otro sector, suntuosos yates y blancos veleros ondeaban, añorando a sus pasajeros. Los habituales de Newport ya no volverían a tripularlos hasta el próximo verano.

Salvo los Robinson. ¿Tendrían un barco también? Livia ignoraba si eran aficionados a la navegación, o si su fortuna les permitiría mantener una nave amarrada todo el año.

Emprendió el regreso con el corazón liviano, dispuesta a iniciar un nuevo día de aprendizaje con Cecilia. Había puesto todo su empeño en sacar adelante a esa niña. Su ímpetu natural se veía acrecentado por el desafío de demostrar a ese padre indolente que tenía una hija capaz de superar su desgracia. Ya vislumbraba el faro a la distancia, cuando el traqueteo de un coche la obligó a hacerse a un lado. Un carruaje que le era familiar pasó como ráfaga rumbo al poblado que ella dejaba atrás. A través de la ventanilla vio el rostro de su patrón, apenas un perfil rígido que se perdió en la tierra rojiza que levantaban los caballos al trotar. ¿La habría visto? Lo dudaba. El señor Robinson no miraba a la gente que lo rodeaba, solo suponía que se hallaban allí, dispuestos a servirle.

Livia se sacudió el polvo de la falda y continuó su andar enérgico cuesta arriba, hacia la triste Blue House, que la aguardaba en la cima.

¿Adónde habría ido la condenada a esas horas? Jeremías apretó los dientes, molesto por esa interrupción en sus lúgubres pensamientos. Lo último que esperaba encontrar era la silueta de la señorita Cañumil volviendo del pueblo, cuando la suponía aguardando el desayuno entre las sábanas. Una inoportuna imagen de la institutriz en camisón regresó a su mente. Había una rara mezcla de elementos contrapuestos en aquella mujer: la sequedad de una maestra solterona y una sensualidad escondida tras los ojos rasgados. Consultó su reloj para corroborar que se hallaba en horario e indicó al cochero que lo llevase al viejo comedor de la bahía, donde los lugareños saboreaban crocantes almejas rebozadas. Su huésped llegaría a la terminal de trenes en una hora, podía relajarse antes con un *bourbon*.

Livia encontró algo de agitación extra en la casa. La señora Sims supervisaba la limpieza del vestíbulo, y habían contratado a una muchacha del lugar para llevarla a cabo. Ataviada con un delantal que le quedaba grande, la joven fregaba el piso con ahínco, y un fuerte olor a cera de abejas impregnaba la atmósfera.

—¡Ah, por fin ha llegado! —La recibió el ama de llaves—. La niña pregunta por usted.

Livia no tuvo que hacer esfuerzos para darse cuenta de que se refería a Samanta. La pobre Cecilia era una sombra silenciosa a la que nadie daba importancia ni se molestaba en interpretar.

—Veré primero a mi discípula —le contestó.

—Las dos están en el porche.

El ama volvió a su tarea y Livia acudió de inmediato, pues era su responsabilidad cuidar de Cecilia en ausencia de su padre.

Halló a las hermanitas sentadas en el último escalón, tomadas de la mano. Ese gesto le satisfizo, revelaba que cuando se encontraban a solas Samanta se mostraba más condescendiente con su hermana mayor. Era probable que la figura paterna desencadenara en la niña el deseo de llamar la atención.

—¿Por qué se fue? —la atajó Samanta de mal modo.

—Buenos días —respondió con dulzura premeditada Livia, y se sentó en un escalón más alto, para tocar el hombro de Cecilia al tiempo que hablaba. La jovencita tuvo un sobresalto, seguido de un suspiro de alivio. Livia se preguntó si el señor Robinson la tocaría alguna vez.

—He ido al pueblo —explicó mientras tomaba la mano de su discípula para dibujar en ella una palabra.

—¿Qué hace? ¿Qué le escribe ahí?

—Tu hermana está aprendiendo a comunicarse con las manos. Debes aprender también, para hablar con ella. Aquí dice «té». Quiero saber si ha desayunado.

Samanta frunció los labios con disgusto.

—Hay que darle de comer en la boca, si no, no come. Es un fastidio.

—¿Quién la alimenta?

—Allá en casa tenemos a Edith. Acá no hay nadie, porque la cocinera no quiere. ¡Y tiene razón! Escupe casi todo, no acierta con la cuchara.

Una oleada de compasión inundó a Livia al imaginar la escena, tantas veces repetida, de la niña sorda y ciega compelida a comer por manos impacientes o airadas. Era imprescindible que Cecilia aprendiese a alimentarse por sí misma, para no importunar a nadie y para abastecerse cuando hiciera falta. Decidió poner en práctica el primer intento allí mismo, y corrió a la cocina a procurarse lo necesario. La cocinera la recibió con visible disgusto, y al verla revolver en los estantes de la despensa la cortó con dureza.

—Acá en la cocina mando yo. Si quiere algo, pídamelo. Anoche *alguien* —y remarcó la palabra con malicia— abrió una lata de té y un frasco de miel sin mi permiso. Cada uno debe guardar su lugar, dice el señor.

En vista de que la guerra estaba declarada entre ambas, Livia no tuvo reparos en ser dura también.

—Mi lugar está al lado de la niña Cecilia y lo que ella demande. Si lo desea, puedo despertarla en su casa por la noche, en caso de que necesite un té con miel.

La desaliñada mujer gruñó algo ininteligible y quizá soez que Livia no captó, pero hizo un ademán permitiendo que la institutriz tomase de la cocina lo que quisiese.

Volvió al porche con un canastito lleno de galletas y dos naranjas. Ante la curiosidad de Samanta, abrió un agujero pequeño en cada fruta e introdujo una pajuela, improvisando una bebida fresca y deliciosa en un segundo. Convidó a la pequeña primero, y después dedicó su atención a la mayor. Obligó a Cecilia a oler la fruta, y luego puso el extremo de la pajuela en sus labios sorprendidos. Por instinto, la niña sorbió y al sentir en su lengua el dulzor, sonrió admirada. Livia tomó entonces su mano y escribió en la palma: «naranja», y a continuación: «rico». Comprendía que Cecilia no solo ignoraba los nombres de las cosas, sino también los de las sensaciones que experimentaba. Eso supondría una ceguera más profunda que la de los ojos, ya que esas vivencias carecían de sentido para ella. Repitió la acción varias veces ante la mirada interesada de Samanta, y al cabo, cuando ya las naranjas no tuvieron más que ofrecer, rozó la mejilla de Cecilia y escribió: «gracias». Era mucho, lo sabía, de seguro habría confusión en la mente de su discípula, pero confiaba en que la repetición grabara en ella aquellas simples palabras.

Invitó a las niñas a encaminarse hacia la orilla del mar, que relucía bajo el sol matinal. Formaban un grupo desparejo, la mujer alta de paso firme, una niña saltarina y desobediente, y una jovencita en apariencia tímida, que se aferraba a ambas como si

temiese avanzar. Al pisar las primeras piedrecillas, Samanta soltó un gritito de entusiasmo.

—¡Quiero llevarme las más bonitas! —Y comenzó a recogerlas, llenando el hueco de la falda. Las hermanas iban ataviadas con vestidos de batista suiza; el de Cecilia llevaba lazos en la cintura, mientras que el de Samanta caía desde los hombros hasta los tobillos, sin más adorno que un enorme cuello plisado. Sin duda la mano de la señora Sims estaba en eso.

Livia escogió algunas caracolas y las puso en la palma de su discípula, permitiéndole percibir la textura lisa o rugosa de cada una. El aire salino, unido al descubrimiento de aquellos tesoros que nadie le había hecho conocer antes, causaron honda impresión en la niña. Algunos cormoranes pasaron raudos sobre sus cabezas y el viento húmedo las despeinó, mojando sus mejillas. Gozaron de la sensación de libertad que provoca el océano indómito, y hasta Cecilia soltó una risa inusual en ella.

Elijah las observaba, de pie sobre la cresta de una roca de gran tamaño. Livia lo saludó desde lejos con la mano. Al verlas acercarse, el joven descendió a grandes saltos y se quitó la gorra en señal de respeto.

—Es raro ver a alguien por aquí —las saludó, con sus ojos azules fijos en Cecilia.

—Hemos venido a juntar tesoros —dijo Livia, dejando entrever un carácter más atrevido que el demostrado hasta el momento.

Elijah asintió, al parecer de acuerdo con la aventura.

—¿Quieren ver el faro? Desde adentro puede escucharse el golpe de las olas como si fuera una tormenta.

De pronto se turbó, al advertir que Cecilia no podría disfrutarlo. Livia lo sacó del apuro.

—Será toda una experiencia para ella sentir cómo vibra el aire alrededor. Le enseñaré una nueva palabra.

Olvidada su compostura, la maestra corría a la par de su anfitrión, llevando de la mano a una niña y seguida de cerca por la otra, que no dejaba de protestar cada vez que alguna de sus piedras caía del improvisado delantal. Al arribar a la punta de la rocalla, Livia descubrió que el faro no se encontraba empinado sobre la orilla como parecía desde lejos, sino a cierta distancia, afirmado sobre un islote. Había que abordar una barcaza para llegar hasta él. Ese contratiempo la detuvo. No estaba segura de que Cecilia se sintiese cómoda navegando, pues ignoraba si lo había hecho antes.

—¡Qué lugar más raro! —proclamó Samanta, un poco aburrida de caminar entre rocas.

—Creo que miraremos desde aquí —adujo la maestra, recuperando su prudencia.

Elijah pareció defraudado.

—Se llega enseguida. Mi padre hacía el camino varias veces por día, como yo ahora.

Livia midió el oleaje encrespado que los separaba de la solitaria columna rodeada de ventanitas, y su corazón palpitó de excitación. Anhelaba conocer el interior del centinela que resistía el embate de las olas y protegía la vida de los navegantes. A la luz del día resultaba inofensivo, como una casa flotante. Y el trecho a salvar no era demasiado ancho.

—Es muy seguro —la animó Elijah.

En Livia se debatían dos impulsos: el adquirido, que demandaba juicio y la seguridad de las niñas ante todo, y otro recóndito y ancestral, que había sido puesto a raya durante mucho tiempo mientras ella se convertía en maestra y adoptaba las costumbres de la sociedad blanca a la que jamás pertenecería por completo. Su espíritu, forjado en las inmensidades del desierto, clamaba por esa otra infinitud silvestre. El mar era un ámbito donde no existían reglas, donde la valía se mostraba solo con coraje y audacia. Ese fuego salvaje que ardía como ascuas en su interior subió de pronto en una llamarada que decidió por ella.

—Iremos.

Elijah se apresuró a desenrollar la cuerda que sujetaba la barcaza, y trepó a cubierta para ayudar a las mujeres a pasar de a una por vez. Tuvo especial cuidado cuando tomó la mano de Cecilia, que titubeó al sentir el piso deslizarse bajo sus pies. Una vez sentadas con la espalda contra el borde, las pasajeras se dispusieron a gozar de la corta travesía hacia el misterioso islote.

Jeremías Robinson regresó más alegre de lo que partió esa mañana. Del coqueto landó que iba a la zaga de su carruaje descendió un lacayo que cargaba dos baúles pequeños, y una dama envuelta en un largo abrigo de muaré. Él se acercó, solícito, y ambos caminaron del brazo hacia el porche de Blue House. Era sin duda el huésped anunciado, pues la escasa servidumbre aguardaba para dar la bienvenida a la señora que el patrón había acudido a esperar esa mañana. Resultaba evidente que no era la primera vez que visitaba Newport, se advertía en la familiaridad de su saludo y la soltura con que entregaba su manguito, su abrigo y su sombrilla a medida que se iba despojando de ellos, así como en la cálida sonrisa que brindó a su acompañante al verse en el vestíbulo.

—Parece que fue ayer —murmuró, y apretó con afecto el brazo del hombre a su lado.

Jeremías pensó que había hecho bien en invitarla.

—Espero que te repongas del viaje para la hora del almuerzo. Pensaba llevarte al clíper, aprovechando que hoy salió el sol.

—Querido, será maravilloso. No veo la hora de librarme de estas ropas y vestir algo más deportivo. He traído lo que pude, considerando que recibí tu tarjeta hace pocos días.

—Decidí venir en un impulso —confesó él algo incómodo—, ya te explicaré luego. Y tienes que conocer a la nueva institutriz de Cecilia. ¡Señora Sims!

—¿Una institutriz? —se admiró la mujer—. Me sorprendes, es la primera vez que tiene una.

—Sí, bueno, pensé que era hora de hacer algo por ella. ¡Señora Sims!

El ama acudió jadeando. Se estaba haciendo cargo de acomodar todo en la recámara de la invitada, y las escaleras le resultaban cada año más agotadoras.

—Señor, dígame.

—¿Dónde están las niñas? Quiero que saluden a Mrs. Hamilton.

—Creo que —y la pobre miró angustiada hacia el porche— deben de haber salido, señor.

—¿Cómo es eso? ¿Adónde fueron?

El talante de Jeremías cambió de inmediato, y la placidez de un momento antes se trocó en suspicacia.

—No lo sé, supongo que tomarán el sol cerca de la orilla.

Ya la señora Sims lamentaba el descuido de no haber advertido las intenciones de la institutriz, cuando el hombre pasó junto a ella como un ventarrón, olvidando incluso a la señora Hamilton, que contemplaba azorada el suceso.

Ocurrió de improviso.

Al entrar por la portezuela de la enorme columna blanca, el eco del oleaje se abatió sobre ellas. Fue un instante sobrecogedor, en el que podía imaginarse el faro a merced del mar, flotando a la deriva, o bien azotado por una tormenta. Livia miró hacia lo alto de la escalerilla de caracol que se perdía en la luminosidad cenital. El lugar era estrecho, y sin embargo cabían algunos muebles que daban al espacio el carácter de hogar. Livia supuso que el padre de Elijah habría dormido allí muchas noches, quizá por gusto, para arrullarse con las olas, aunque aquel estruendo era capaz de acabar con los nervios de cualquiera. La cavidad del faro aumentaba el fragor del océano, multiplicándolo en ecos infinitos. La luz del día centelleaba en las ventanitas y creaba figuras fugaces en las paredes interiores. A Livia le pareció un sitio mágico, propio de los cuentos para niños, si bien podía percibir el peligro subyacente bajo el clamor marino. Se volvió hacia Cecilia para delectarle algo en la palma, y la expresión de la niña la paralizó. La jovencita había perdido el color y sus labios trémulos parecían de cera. Tenía los ojos muertos fijos en un punto vuelto hacia su interior, sin duda horroroso. Incapaz de decir nada, solo podía temblar y aferrarse al brazo de su maestra con extraordinaria fuerza. Livia sintió esa presión como si fuesen garras de águila.

—Samanta —dijo de inmediato—, toma la otra mano de Cecilia, rápido.

La pequeña, enfurruñada por aquella excursión que se le antojaba estúpida, obedeció con desgano, pero no pudo arrancar los dedos crispados de su hermana.

—No puedo —protestó—. Le ha dado otro ataque.

Livia no tenía tiempo de preguntar a qué se refería, de modo que procedió ella misma a separar el agarre, y apenas lo logró pasó un brazo alrededor de Cecilia para confortarla. Estrechándola contra su costado, consiguió caminar hacia la salida.

—Pronto —dijo a Elijah, que observaba todo pasmado—, llévenos de vuelta a la orilla, que a Cecilia le sentó mal el viaje.

Era poco decir. La jovencita estaba paralizada. Livia tuvo que levantarla en vilo para llegar a la barquita, que aguardaba meciéndose en las aguas, y hubo de forcejear con Elijah para meterla de nuevo en ella. Al emprender el regreso, sobrevino el ataque al que aludía Samanta. Cecilia empezó a boquear, sacudida por espasmos, y sus manos se movieron con frenesí, golpeando a Livia en el rostro, al tiempo que pateaba sobre el fondo de la embarcación.

—¡Va a romper las tablas! —vociferó Elijah mientras remaba con furia para arribar pronto.

Livia empleaba toda su fuerza en mantener a la niña quieta, por miedo a que se dañase en ese desafortunado intento de librarse de lo que la atormentaba. Nadie le había advertido sobre esos ataques, que por supuesto no se correspondían con la visión de niña dulce y buena que le mencionaron en la escuela de sordos. Algo bullía en el interior de Cecilia, algo sórdido y temible que le causaba semejante pavor y la ponía en peligro.

Al tocar tierra, Livia saltó de la barca como si siempre hubiese navegado en ella, sin reparar en la espuma que empapaba el bajo de su falda. Tiró de la jovencita hasta lograr sacarla y casi la levantó para que pasase sobre las rocas sin pisarlas. Samanta era la menor de sus preocupaciones, la pequeña saltaba detrás, deseosa de llegar a la casa y servirse bollos dulces en la cocina. Ni siquiera se despidieron de Elijah, que se quedó allí, sacudido por las olas, mirando cómo la muchacha aquella cubría el tramo que la separaba de Blue House cargando un cuerpo casi inerte.

Llegó jadeante y sin aliento, embarrada y con los músculos acalambrados. Cecilia ya no temblaba, pero no caminaba, y Livia casi la arrastraba sobre la tierra. Al verse cerca del porche respiró aliviada, hasta que se topó con la figura del padre de las niñas que avanzaba a grandes pasos hacia ellas. Por instinto, tomó a Samanta de la mano y aguardó a que él las alcanzara, conteniendo su temor.

El señor Robinson se había convertido en un hombre despojado de modales, rendido a su ira y deseoso de volcarla en cualquiera que se interpusiese.

—¡Qué diantres creyó que hacía! —bramó, al ver su estado lamentable.

Aquellos ojos la perforaban, y los puños apretados pugnaban por golpear.

Livia tragó saliva.

—Estuvimos en la orilla, señor.

—Y más allá también, a juzgar por sus ropas, señorita Cañumil. ¿Adónde llevó a mis hijas?

—Al faro.

La respuesta simple y directa lo conmocionó. Esperaba un subterfugio, una mentira femenina que atenuase la culpa, y comprobar que ella admitía la falta le pareció un descaro imperdonable.

—¡Insensata! ¿Sabe nadar acaso? ¿Hubiese podido salvarlas de un accidente? ¿Y quién, si se puede saber, las llevó hasta allí?

Era la peor parte, y Livia tampoco mintió.

—El señor Elijah, el hijo del antiguo encargado del faro.

El señor Robinson quedó perplejo. Parecía que estaba por darle un ataque mayor que el de Cecilia. Algo innombrable se desató dentro de él, y tomó a Livia por un brazo para sacudirla.

—¡Infeliz! —susurró con ferocidad, y para la joven fue peor que si hubiese gritado.

—¡Jeremy!

La voz llegó a ellos ayudada por el viento que empezaba a soplar desde la tierra. Livia vio a una mujer elegante que corría entre las piedras, incómoda en sus zapatos de tacón, que la hacían tambalearse y tropezar. El hombre pareció medirse al escucharla. Soltó el brazo de Livia y mantuvo la vista fija en ella de manera amenazante. Respiraba con dificultad, y solo al sentir el contacto de una mano fina sobre su antebrazo se relajó un poco.

—Querido, estas niñas están empapadas, debemos llevarlas para que les preparen un baño caliente. Y a usted también, Miss...

—Livia Cañumil —masticó Jeremías con rabia.

—Encantada de conocerla, Miss Livia. Podremos presentarnos mejor una vez que recobremos el calor. Está refrescando. ¿Vamos?

La desconocida se apropió de la mano de Samanta y emprendió el regreso, en una implícita orden de seguirla. El señor Robinson retiró la mirada de Livia con gran esfuerzo y le volvió la espalda. Nadie reparó en Cecilia, que seguía aferrada a su maestra, sin duda percibiendo las oleadas de tensión que la rodeaban. Livia se tomó el tiempo de deletrear en su palma «agua», en previsión del baño que la niña tomaría.

La penosa caravana entró al vestíbulo ante la expresión espantada de la señora Sims, que seguía frotándose las manos con nerviosismo. Desde el fondo, la desagradable cocinera rio satisfecha. De seguro el patrón le daría el olivo a esa entrometida.

—¿Qué piensas hacer?

Almorzaban solos en el despojado comedor, sobre manteles que habían sido desdoblados para la ocasión, en vajilla fabricada en los alrededores de Newport por artesanos de antigua raigambre. La excursión al clíper postergada, la servidumbre logró improvisar una comida decente en pocos minutos.



Odelia Hamilton contemplaba con paciencia el rostro endurecido de Jeremías. Lo conocía bien, sabía que rumiaba venganza contra aquella desdichada institutriz.

—La despediré hoy mismo —anunció con voz siniestra.

La dama tomó un bocado de lubina, pescada en los lagos de agua dulce cercanos a la bahía.

—Sugiero que hables con ella primero. Habrá tenido sus razones para llevar a las niñas de paseo.

—Es una insensata —repitió el hombre, ofuscado.

—Ella lo ignora todo, Jeremy. ¿Se lo has dicho?

Él la miró, anonadado por la ocurrencia.

—¿Cómo supones que le contaré de mi vida privada?

—Tiene a su cargo a las niñas, quizá sería bueno que estuviese más enterada.

—No hablaré con ella de eso. Nunca. Y solo se debe ocupar de Cecilia, Samanta no es de su incumbencia. Lo dejaré bien en claro, si no la despacho antes.

Odelia entendió que Jeremías no estaba seguro de deshacerse de aquella joven sin contar con un reemplazo de inmediato, de manera que ofreció su ayuda en aquel entuerto.

—Déjame que hable yo con Miss Livia. Entre mujeres nos entenderemos mejor, y sabré qué razones tuvo para embarcarse en esa aventura alocada. Prometo contarte todo con detalles.

Jeremías le dedicó una mirada cálida y puso su enorme mano sobre la de la mujer, oprimiéndola con suavidad.

—Sabes decir las palabras adecuadas, Odelia. No sé qué haría sin ti.

Los ojos aterciopelados de la dama dejaron traslucir un sentimiento que ella ocultó de prisa con un pestañeo. Le había costado aceptar la invitación; cada vez le resultaba más difícil acompañar al hombre que amaba y al que había dado más de lo que cualquier amante daría, sabiendo que jamás podría convertirse en su esposa. Eran migajas las que recogía, y sin embargo no podía evitar ir tras ellas. Desde el principio su relación estuvo condenada, la sociedad de Nueva Inglaterra formaba un escollo demasiado alto para sortear. Por otro lado, él nunca le había propuesto luchar juntos contra los obstáculos, se limitaba a requerirla y a contar con ella. Odelia se odiaba por acudir en cada ocasión, poniendo en riesgo no solo su reputación sino la del esposo, que vivía lejos pero aún casado con ella.

—Ve a ver a tu cuñado —le decía cada vez que Jeremías Robinson la invitaba—. Le das más atención a ese pobre diablo que la que me has dado a mí en toda la vida.

El sarcasmo del señor Hamilton la hacía sentir culpable. ¿Sería posible que jamás hubiesen hablado con sinceridad sobre aquello que los separaba?

—Más tarde subiré al cuarto de Miss Livia —dijo con suavidad—, y también al de Samanta. He traído algunos regalos para ella. Perdona, no pude contenerme —añadió.

Jeremías alzó hasta sus labios la mano que conservaba entre las suyas y depositó en ella un beso delicado que estremeció a Odelia hasta la médula.

—¿Cómo reprochártelo?

Me has ayudado a criarla.

—A malcriarla, querrás decir.

El hombre hizo un gesto de desdén, soltándole la mano.

—Qué otra cosa podía hacer. Alma me dejó a esta niña baldada como carga, mi única esperanza es Samanta. La casaremos bien, ya verás.

Odelia lo miró con un matiz de conmiseración. Al igual que su esposo, Jeremías Robinson se negaba a ver la realidad de frente. Ambos fingían imposibles. El señor Hamilton representaba el papel de un esposo distante y ocupado, y este otro hombre creía poder tapar el sol con un dedo. Ella sabía que la vida no había sido fácil para un irlandés pobre llegado en un barco diezmado por la fiebre, último hijo de una mujer abandonada que se lanzó a las calles para sustentar a su cría. Era la historia repetida de tantos inmigrantes sin apellido ni fortuna que intentaban salvarse de un destino aún peor en su país natal. Conocía también el temple feroz y empecinado de su Jeremy, que decidió huir del hogar mancillado por la corrupción para emprender la aventura de abrirse camino en una sociedad puritana que desdeñaba a los católicos, y en especial a los irlandeses. Las calles de Nueva York habían sido el escenario de trifulcas y persecuciones para ese muchachito escuálido y hambriento que se defendía a los zarrazos. Si Jeremías Robinson había sobrevivido, era gracias a su voluntad y a su hambre por subir los peldaños de una sociedad reservada a los ricos. Ese anhelo lo había llevado a introducirse en la vida de los *habitués* del único modo que podía, a través de los negocios, pero la intimidad siempre le estuvo vedada.

Hasta que conoció a Alma.

Ella, con su dulzura, logró suavizar las aristas duras del guerrero despiadado. Odelia se consideraba inferior a su hermana en ese aspecto. Alma lo hubiera perdonado todo, hasta el odio que llegó a sentir Jeremías por ella en el último tiempo.

—En fin, querido, ¿me dirás a qué has venido fuera de temporada?

Robinson se echó hacia atrás en su silla y cruzó las manos sobre el mantel con aire de enfrentar una seria conversación. Esperó a que retiraran los platos para decir en tono bajo:

—Están de nuevo aquí. Lo supe por un aviso en el periódico.

Odelia suspiró. Era eso, entonces. Otra vez las téticas reuniones a las que Jeremías se había vuelto tan afecto luego de la muerte de la esposa. Ella esperaba que el tiempo esfumara esos delirios, pero al parecer eran muy fuertes en el viudo. ¿Por qué él no podía ser como la mayoría de los hombres, cínico y descreído? ¿Por qué las ideas radicales echaban raíces en su espíritu? La respuesta resultaba obvia: Jeremías Robinson era un irlandés apasionado. Todo en él era intenso y desmedido: el amor, la lujuria y la venganza. Inútil sería pedirle medida al hombre que pudo renacer de su propia desgracia, construirse una reputación y transformarse por amor, para caer

después, envuelto en la furia y el desprecio, a las profundidades de la pena y el furor. Ella era testigo y destinataria de algunas de esas pasiones. A su hermana Alma le había tocado serlo del amor primero y luego del odio. Odelia, en cambio, fue bendecida por la lujuria y la amistad.

No sabía cuál de las dos había sido más desdichada.

—Creí que esa gente actuaba solo en Nueva York —objetó.

—Viajaron a Europa y volvieron para continuar aquí con sus sesiones. Van y vienen, de Nueva York a Boston, y de allí a Newport, si es necesario. Necesito saber, Odelia, debes comprenderlo.

—Lo lamento, es que no creo conveniente alimentar vanas esperanzas. No está probado que lo que prometen sea posible.

—Tampoco se niega. Son cosas que algunos han podido experimentar. Quiero que asistas también.

Odelia desvió la mirada. Él pedía siempre demasiado.

—No sé, Jeremy, yo...

—Por favor —y tomó su mano de nuevo, encerrándola entre las suyas—, es importante para mí.

Había una súplica tan fervorosa en los ojos encendidos que la mujer tuvo que ceder.

Una vez más.

—Está bien. Lo haré si es preciso, pero no deseo entablar con esa gente más relación de la necesaria para tus fines.

—Prometo que solo te requeriré para las sesiones.

«Y para tu lecho», se dijo con amargura Odelia.

Después del postre, Jeremías se dirigió a su despacho para escribir algunas cartas y Odelia Hamilton se dispuso a abordar a la nueva institutriz. La imaginaba llorando tendida sobre su cama, deshecha ante la posibilidad de quedar sin trabajo por la falta cometida.

Por eso le sorprendió la entereza de la voz que la conminó a pasar cuando golpeó la puerta.

Después de revolver sin ton ni son algunos papeles en su escritorio, Jeremías se echó a la calle llevado por un ímpetu incontrolable. En momentos como ese, solo una caminata atemperaba su ansiedad. Bajó a zancadas la pendiente de su casa y en pocos minutos estuvo en la avenida Bellevue, que atravesaba Newport hacia el sur, y donde los rancios aristócratas y los nuevos ricos competían con el lujo de sus mansiones, disputándose el derecho a predominar en aquel exclusivo lugar de veraneo. Contempló indiferente los pórticos curvos con sus columnatas, las escaleras de mármol y las impresionantes fachadas que pretendían emular a los templos clásicos. Ostentación de fortuna y de egocentrismo. Recordó con nostalgia la primera vez que

visitó el puerto. Iba con su flamante esposa colgada del brazo, y soñaban con poseer algo de aquel paisaje de agreste belleza. Alma reía con facilidad, como una niña, y él sintió de pronto la necesidad de complacerla. Así fue que, en un giro inesperado de las acciones en la Bolsa, consiguió la suma que le permitió, ayudado por un préstamo oportuno, adquirir aquel trozo de colina donde se alzaba Blue House. La casa, sencilla comparada con aquellas otras mansiones, poseía empero un tesoro invaluable: una vista magnífica de la bahía en cualquier dirección que se mirase. Al encontrarse alejada del distrito comercial, era un lugar sobre el que aún no habían puesto el ojo los compradores. Jeremías consiguió adelantarse a sus intenciones. Muchos hubieran dado lo que fuera por sacar a los Robinson de allí e instalarse en esa loma, en otro de los espléndidos palacios que proliferaban en Newport. Él no pensaba darles ese gusto, conservaría Blue House todo lo que pudiese.

Palpó de manera automática el bolsillo de su chaqueta y extrajo la petaca de cuero. Sin cuidarse de la mirada de quien pudiera observarlo, empinó el codo y chasqueó la lengua, satisfecho con el ardor que aquel licor le proporcionaba. Siempre le había gustado beber, como a cualquier irlandés, pero la muerte de Alma lo arrojó de lleno en la bebida ansiosa, la que busca el olvido y el aturdimiento. Se jactaba de aguantar a pie firme los brebajes espirituosos más turbios, que a otros hubieran tumbado de espaldas. En su juventud había competido con bebedores tan tenaces como él y resultado victorioso.

Nadie vencía a Jeremías Robinson, ni siquiera en el cuadrilátero.

Livia señaló la página que estaba leyendo con una pluma y se volvió hacia la dama que aguardaba de pie junto a la puerta. Odelia le sonreía con discreta habilidad de anfitriona.

—Adelante —la invitó la joven maestra.

La otra avanzó, y al no hallar sitio donde sentarse, ocupó una esquina de la cama nido, cubierta con una curiosa manta de dibujos geométricos. Odelia nunca había estado en ese cuarto, destinado a las doncellas de servicio, y le llamó la atención que la presencia de esa enigmática mujer le hubiese conferido un carácter ajeno a la decoración típica americana.

—Esperaba que no estuviese descansando —se disculpó.

—No duermo la siesta —contestó Livia, sin saber que aquella costumbre no era habitual allí.

—¿Lee usted en inglés?

—Qué remedio —suspiró Livia, con una resignación que hizo sonreír a la señorita Hamilton.

—Si necesita apoyo, puede recurrir a mí. No soy lo que se dice una persona de instrucción, aunque me las arreglo. Entiendo que usted es maestra Normal y viene desde Sudamérica.

—Soy discípula de una de las maestras que viajaron desde aquí cuando el presidente las solicitó. Ya está en marcha la educación profesional allá en mi tierra.

—Me alegro. Ojalá hubiese podido estudiar algo yo también.

—¿No estudian todas las mujeres en este país?

Odelia rio con amargura.

—Muchas sí, aunque debo confesarle que es doloroso perder las oportunidades adquiridas al contraer matrimonio. Hay cierta contradicción entre las jóvenes solteras que se preparan para grandes cosas y que al casarse renuncian a todas por atender a su esposo y a sus hijos. Yo no la he sufrido, puesto que nunca fui a una universidad.

Livia la miró con atención. Aquella mujer refinada hubiera podido tener infinidad de pretendientes en la Argentina, y se preguntó si no habría sido más feliz allí, donde la mencionada contradicción no existía.

—Creo que a veces estamos de paso en ciertos lugares —afirmó con nostalgia.

—¿Extraña usted su tierra? ¿Es tan bella entonces?

La joven clavó sus ojos verdes en los de Odelia y respondió con rotundidad:

—Yo pertenezco a mi tierra. Aquí vivo como una planta de invernadero, esperando echar raíces en el lugar correcto.

—Vaya comparación. Me sorprende, Miss Livia, parece ser una persona que sabe adónde va, y sin embargo hoy dio los pasos equivocados. Se habrá dado cuenta de que el señor Robinson se preocupa por sus hijas.

—¿Es así? ¿Le afecta lo que le suceda a Cecilia?

Aquella pregunta desconcertó a Odelia, poco habituada a tomar el toro por las astas. Sin duda la nueva institutriz provenía de un ambiente bien distinto al de Nueva Inglaterra, pues ignoraba las cortesías que impedían abordar los temas ásperos en forma directa. Le resultó refrescante, sin embargo, y pensó que podrían llegar a ser amigas, dentro de lo que su posición en la casa le permitía.

—Jeremy quiere a sus hijas, aunque es probable que no sepa cómo tratar a Cecilia —mintió.

—Por eso estoy aquí, en este lugar «de paso» —sonrió Livia, y su boca de dientes tan blancos impactó a Odelia como un rasgo de belleza inusual—. Quiero que la niña aprenda a comunicarse con su padre y su hermana, para poder hacerlo después con el resto de la gente. Será feliz si consigue abrir su mente al mundo.

—Sospecho que será capaz de lograrlo, Miss Livia. ¿Qué tiene planeado? ¿Más excursiones peligrosas?

No había sarcasmo en el tono de la señora Hamilton, sino sincera preocupación por lo que pudiera devenir en el futuro, y Livia lo comprendió.

—Nadie me habló de los ataques de Cecilia, y no pude advertir que el mar le daba miedo.

Odelia carraspeó.

—Miss Livia, debo decirle algo por mi cuenta y riesgo. Las niñas han padecido la muerte de la madre, y en el caso de Cecilia, al ser imposible explicarle su ausencia, se

han desarrollado miedos que nadie conoce ni puede prever. Quizá sea mejor que tome las lecciones adentro de la casa y aprenda rodeada de un ambiente tranquilo y conocido.

—Eso sería conservarla en el cascarón donde su desgracia la puso al nacer —objetó Livia—. Me niego a mantenerla prisionera.

—¿Piensa usted que será más feliz si sufre? —insistió Odelia con empecinamiento.

—Lo que creo es que no se puede ser feliz sin haber sufrido. Lo contrario sería una felicidad vacía, la del polluelo que nunca salió de ese cascarón.

La respuesta dejó muda a Odelia Hamilton. De repente, las palabras de aquella mujer extraña parecían dirigidas a ella, a su hermana, y a infinidad de situaciones que había vivido en su existencia. ¿Cómo podía saber...?

—No volveremos a ir al faro —dijo Livia, distrayéndola de su pensamiento—, pero usaré los paseos para enseñar a Cecilia a identificar sensaciones, hasta que un día, cuando se sienta fortalecida, la presencia del mar ya no le resulte amenazante. ¿Me entiende, señora? —agregó, temerosa de no haber pronunciado bien las palabras.

—Absolutamente. Es usted muy clara, Miss Livia. Ahora solo debe convencer al señor Robinson de la justeza de sus decisiones.



## CAPÍTULO 6

**P**asaron dos días completos antes de que Livia volviese a ver al señor Robinson. Al parecer, el viudo tenía amistades en la región, pues salía temprano y regresaba tarde, cuando ya las niñas habían cenado y la institutriz se hallaba recluida en su cuarto del piso alto.

La casa había adoptado un ritmo sereno, con horarios precisos y actividades programadas, sin sobresaltos. La cocinera por fin entendió que Livia tenía derecho a introducirse en su reino para ayudar a comer a Cecilia y, de paso, regañar a Samanta cuando la pequeña se atiborraba de dulces. La señora Sims, temerosa siempre de irritar al señor, tuvo que admitir que la institutriz llevaba con mano firme la enseñanza de las niñas, y aprovechó la libertad que eso le daba para dedicarse a otras tareas menos agobiantes, más apropiadas a su rango. Los criados huían de la incomodidad de tratar a la pobre incapacitada, y agradecían que hubiere quien se hiciera cargo de ella.

Odelia Hamilton también salía. Partía sin rumbo cierto y solía volver casi al mismo tiempo que el viudo. Nadie en la casa advertía lo extraño de la situación, salvo Livia. Le agradaba Odelia, pero no le quedaba claro qué papel representaba, más allá de ser tía de las niñas, ya que de todos modos no se dedicaba mucho a ellas, se limitaba a mirarlas sonriendo y a elogiar sus vestidos cuando salían. Era una mujer que parecía haber perdido su energía, y a medida que pasaban los días esa languidez se acentuaba en ella.

Livia permaneció despierta hasta muy tarde aquella noche. Anotaba en su cuaderno no solo los progresos de Cecilia, sino también las ideas que se le ocurrían para acelerarlos. Intuía que el contacto con la naturaleza sería un buen maestro, pues notaba la beatitud que asomaba al rostro de la niña cuando se hallaba sentada sobre las rocas o la alcanzaba el agua de la orilla. Las pocas sonrisas de Cecilia habían sido provocadas por el sol que entibiaba su faz. Livia jugueteó con la peineta que sujetaba su rodete mientras pensaba de qué modo despertar más y más sensaciones en ella que la condujesen a entender lo que la rodeaba. «Fuego», anotó, y a continuación agregó a la lista «Agua». Era una sencilla manera de explicarle el calor y el frío, dándole un nombre a cada uno. El asunto era saber si, después de tantos esfuerzos, Cecilia lograría recordar. Livia anhelaba conocer más sobre la condición de los niños sordociegos.

Ajustó la lámpara y atisbó por la ventana. La negrura era completa. Apenas distinguía los farolitos titubeantes de las barcas amarradas y el foco del silencioso faro, que parecía flotar en el abismo. Cada vez que aquel ojo rozaba el mar, Livia tenía una fugaz visión del horizonte coronado de espuma.

El rodar del pedregullo del porche la apartó de su ensimismamiento. Miró hacia abajo y descubrió que un coche acababa de llegar. Eran las doce. La portezuela se

abrió con estrépito y le costó reconocer en la figura tambaleante al señor Robinson. Desde la ventana no podía verle el rostro, aunque sí percibir que iba mal entrazado y con el cabello en desorden. Antes de que desapareciera bajo el alféizar de la ventana, Livia alcanzó a ver que empujaba el codo, como si necesitara darse fuerzas para entrar. Se quedó perpleja. Un sinnúmero de objeciones le vino a la mente al saber que el padre de las niñas bebía sin moderación. Era lo último que necesitaba Cecilia, cuya vida dependería de él para todo.

Livia siempre había sido seria, desde su infancia. Su maestra en la laguna entendía que era una niña callada y observadora, y que detrás de ese silencio bullían pensamientos que iban tomando forma de acuerdo con el aprendizaje que realizaba. Por eso había confiado en ella para que la asistiese, había captado su sensatez temprana y vislumbrado su capacidad para superar las desventajas de haberse criado sin padres y en un medio hostil al progreso. Dentro de Livia había un caudal de paciencia infinita, y una buena dosis de terquedad. Nunca hacía demasiadas preguntas, estaba habituada a encontrar las respuestas por sí misma. Y en ese momento, viendo al señor Robinson regresar a horas inapropiadas y en estado menos apropiado aún, parte de esas respuestas se le revelaba. Había oído decir que los vicios de los padres engendraban a veces hijos defectuosos. Era pronto para determinarlo, pero si Jeremías Robinson era un alcohólico, quizá la desgracia de Cecilia tuviese que ver con él, y fuese la causa del rechazo del hombre hacia su primogénita.

Una oleada de indignación la acometió. Pensar que aquella pobre niña hermosa debiese su condición a la intemperancia del padre le causó rabia y repulsión.

Apagó la lámpara y salió de su cuarto descalza y a oscuras.

Había fuego encendido en la chimenea de abajo debido a que las noches eran frescas, y ese resplandor la guio hacia la puerta del despacho. Para llegar hasta su cuarto, el señor Robinson debería de haber subido por la misma escalera que conducía al suyo, y al no escucharlo pasar entendió que se había refugiado en su escritorio. Apoyó una oreja sobre la puerta y esperó. Poco a poco, el silencio reinante le permitió distinguir los pasos de león enjaulado y el ruido de un cajón al cerrarse. Creyó oír también una interjección, pero su conocimiento del inglés no incluía las palabrotas, de modo que no supo si el señor Robinson era además un grosero. Casi cayó de bruces cuando la puerta se abrió y un brazo vigoroso la empujó adentro de la habitación sin miramientos.

—Bueno, bueno —escuchó que decía la voz aguardentosa—, una fisgona. Eso resultó ser la marisabidilla institutriz de mi hija mayor.

Livia, que se había quedado casi sin respiración al clavarse el borde del escritorio, se enderezó con rapidez y encaró al dueño de casa.

—Creo que ninguno de los dos puede sentirse orgulloso —contestó.

Los ojos de Jeremías la atravesaron como llamaradas. Era un hombre que escondía un temperamento terrible bajo la ropa fina y los modales estudiados. Livia pudo captar el disgusto que le producía verse descubierto. Aunque bebiese, como sin



duda lo hacían todos, era consciente de que su aspecto revelaba algo más que la predilección social por el *brandy*.

Jeremías Robinson acababa de mostrar su debilidad ante una desconocida. Que ya lo juzgaba por ser indiferente ante Cecilia. Sin embargo, si existía una faceta por completo ajena al carácter de Jeremías era la indiferencia. Nadie, ni siquiera esa mujer que tenía el descaro de ser alta y mirarlo de frente, conocía la verdadera razón de su infortunio ni podía arrogarse el derecho de condenarlo por la infelicidad en la que se regodeaba. La contempló de arriba abajo como si la estuviese midiendo para lanzarle una estocada.

—Debería ponerla de patitas en la calle —masculló, y enseguida agregó, más divertido—: o zurrarla como a una niña descomedida. ¿No lo han hecho ya, Miss Cañumil? Me cuesta creerlo.

—No tuve padre que lo hiciera —contestó Livia con atrevimiento, y estuvo a punto de agregar: «lo mataron al contagiarle la viruela», pero calló, sabedora de que esa información despertaría suspicacias que no la favorecerían en nada.

Jeremías evaluó la respuesta con su mirada turbia.

—Huérfana, como mis hijas.

—Sus hijas lo tienen a usted, señor Robinson.

—No me enseñe, señorita, que estoy crecido para tener una institutriz. ¿O es que tiene algo para enseñarme? —Y con malicia la atrajo hacia él, tomándola de la cintura.

Livia arrugó la nariz ante el vaho de alcohol que la inundó. Era un olor que le despertaba recuerdos agrios. Allá en su tierra, los hombres de la tribu solían beber hasta caer de espaldas y dormir varios días, era una forma de aturdimiento que aprendieron del hombre blanco. Antes, le contaba su abuela, las bebidas espirituosas se tomaban en fechas especiales, y el estado de embriaguez era un trance. Después de entablar contacto con los colonos, el indio se envició con la ginebra y la codició como a los demás artículos que eran botín de los malones: la yerba, el azúcar, la ropa fina. Los caballeros que ella conoció mientras vivió con Misely no abusaban de los licores, mucho menos enfrente de las damas. Quizá el señor Robinson no fuese un caballero.

O tal vez no la considerase una dama.

Ese pensamiento le dio fuerzas para desprenderse del abrazo.

—Usted apesta —le soltó.

Hubo un instante de sorpresa, y de pronto Jeremías estalló en una sonora carcajada. Hacía falta mucho más *brandy*, y de peor calidad, para hacerle perder el sentido. Estaba muy consciente de la mujer que lo desafiaba y de las palabras que pronunciaba.

Lo intrigaba la señorita Cañumil, empezando por su curioso apellido. Era una extraña combinación de pacatería y salvajismo. Imaginó que la mentada institutriz de Cecilia sería una mujer soltera, avinagrada y fea como un demonio. Lo sorprendió

aquella joven alta y garbosa, ajena a los melindres aunque sin compartir el aire de suficiencia de las revoltosas feministas. Livia era discreta sin artificios, e independiente sin alardes.

—Y usted —murmuró mirándola a los ojos— huele a los brezos de mi tierra.

Ella no pudo prever el gesto, tan inesperado fue, y se encontró envuelta en un abrazo sofocante que le quitó el aliento. Los labios del hombre buscaron los suyos con desesperación, y al hallarlos hundieron en la boca de Livia una lengua audaz que la recorrió entera. Duró apenas segundos, suficientes para conmoverlos a ambos.

Jeremías se apartó, más que nada por el desconcierto que le produjo el contacto, y esperó la bofetada que merecía, pero una vez más aquella mujer iba a sorprenderlo. En vez de cruzarle el rostro, Livia se quedó perpleja un momento, y enseguida le clavó el puño en el estómago con todas sus fuerzas. El hombre soltó el aire. Fue el movimiento que aguardaba ella para propinarle otro golpe en el mentón que le echó la cabeza hacia atrás. No cualquier mujer hubiese podido tomarlo desprevenido. Peor aún, ningún hombre lo había logrado jamás. Jeremías se sobó la mandíbula con una extraña sonrisa en su rostro sin afeitar.

—Cristo —murmuró, y hasta sonaba dichoso el tono con que lo dijo.

Livia, que por nada en el mundo se hubiese permitido traicionar el dolor de sus nudillos ni la agitación en su pecho, lo fulminó con sus ojos rasgados.

—Buenas noches, señor Robinson.

Caminó hacia el vestíbulo con paso medido y dejó abierto el despacho al salir, para que él viese que no le destinaba ni una mirada. Al llegar a su cuarto, permaneció unos momentos con la espalda pegada a la puerta, escuchando. Las pisadas hicieron crujir la escalera y se perdieron en el pasillo que llevaba a la otra ala de la casa. Livia odió el temblor de sus piernas y la sensación de frío que la invadió una vez que el peligro hubo pasado.

Su primer beso, y había sido robado.

—Que sueñe en el infierno, señor Robinson —dijo en voz queda, antes de desplomarse sobre la cama.

Livia no era consciente del interés que despertaba en Odelia Hamilton, rayano por momentos en la obsesión. La mujer parecía admirar cada palabra que ella pronunciaba, atribuyéndole un significado extraordinario. Bebía de los labios de Livia como de un elixir de sabiduría. La encontraba fresca, aún no contaminada por los prejuicios que tanto la ataban a ella; la consideraba una mujer en estado puro. La falta de mundanidad de la maestra, en lugar de ser un defecto, le resultaba la mejor de las virtudes. Su hermana Alma tenía algo de eso también, se había entregado a Jeremy sin tapujos. Odelia no hubiera sido capaz de pagar el precio de la sociedad por el desliz de enamorarse del hombre equivocado. En el fondo de su ser, sabía que no se hubiese atrevido.

Aquella simpatía extrema no causaba inquietud en Livia. Se hallaba acostumbrada a que la considerasen un bicho raro. A decir verdad, se sentía más cómoda allí, donde nadie sabía de dónde provenía ni quién era en realidad, que en su propio país, en el que con facilidad detectaban sus orígenes y a veces murmuraban a sus espaldas.

Por eso no le sorprendió que, mientras aguardaba a Cecilia en el vestíbulo, la señora Hamilton la invitase a compartir un té.

—Usted debería salir un poco más —le dijo Odelia mientras le extendía la taza humeante—, no es bueno permanecer mucho en esta casa, está impregnada de tristeza.

—¿Aquí murió la mamá de las niñas?

Las preguntas directas de Livia siempre descolocaban, así que se justificó el temblor del platillo.

—Sí.

—¿Dónde estaba Cecilia cuando ocurrió?

Odelia se atoró con el líquido y aprovechó el momento para reponerse.

—Qué importancia tiene... Tampoco hubiese podido advertirlo, pues no ve ni oye.

Livia apoyó la taza con cierta impaciencia y encaró con firmeza a la mujer.

—Eso no le habrá impedido darse cuenta de que le falta su madre, ni de la tristeza que reina en la casa. Cuando fallan algunos sentidos, se agudizan otros.

—¿Lo cree posible? —Y la incomodidad de Odelia se trocó una vez más en curiosidad por lo que Livia tuviese para decir.

—¿Nunca tuvo un perro, señora Hamilton?

El giro de la conversación la tomó por sorpresa.

—Bueno, sí, todo el mundo tiene uno alguna vez, ¿no?

—Habría notado que los animales perciben el estado de ánimo de sus dueños, a pesar de no decir palabras ni entenderlas del mismo modo que nosotros.

—Sí, sí, claro. De chicas, tuvimos un par de sabuesos que sabían cuándo mi padre salía de caza porque descolgaba su escopeta de la pared.

—También hay perros que presienten la muerte y aúllan, y otros que saben si la persona que los ama está llegando, aunque se encuentre a varios kilómetros.

Odelia se inclinó hacia adelante, como hipnotizada.

—Cuénteme sobre eso, Miss Livia. ¡Es tan interesante!

Livia comenzó a sentir pena por Odelia. Parecía una buena persona, y sin embargo no se le daba un lugar de importancia en la casa; los criados la eludían y el propio cuñado apenas le dirigía la palabra mientras estaban bajo el mismo techo. La joven se preguntaba a qué habría ido a Blue House, puesto que las niñas casi no notaban su presencia. Incluso Samanta, caprichosa y exigente como era, parecía no esperar nada de la tía.

—Quiero decir que no somos tan diferentes; después de todo, tenemos sentimientos. El principal obstáculo es la palabra. Los animales no hablan, nosotros sí, y a pesar de eso nos entendemos. ¿Por qué iba a ser más difícil comprender a Cecilia, o que ella entienda lo que ocurre a su alrededor?

—¿Porque ella además no ve ni oye, quizá?

—Ella percibe. El otro día, en el faro, tampoco oía las olas rompiendo en las rocas ni veía la grandeza del mar, pero supo que nos hallábamos ahí dentro y sintió temor.

Odelia detuvo la taza al borde de sus labios y dejó vagar sus bonitos ojos oscuros por el gabinete. Parecía que Livia había abierto un mundo de incógnitas en ella.

—Me gustaría que el señor Robinson intentara conectarse con su hija.

La señora Hamilton salió de la nebulosa al escuchar eso.

—Jeremy es un hombre impaciente, le cuesta entender a las mujeres. No creo que pueda lograrlo, Miss Livia.

—¿Y usted, señora? Es la hermana de su esposa. Las niñas deben de sentirla cerca en sus corazones.

El rubor tiñó los pómulos de Odelia.

—No hemos intimado mucho en vida de mi hermana. Alma era una mujer absorbente, no dejaba que nadie cuidara de sus hijas, ni siquiera la servidumbre. Mi... cuñado siempre le reprochaba que la crianza le robara tiempo para él.

—Pero ¿cómo podía atenderlas ella sola si se encontraba enferma?

—Creo que Cecilia ya está lista —dijo de súbito Odelia—. Gracias por acompañarme con una taza de té, Miss Livia. No quiero demorar más su paseo. Las niñas se impacientan, salen a su padre, sobre todo Samanta.

La referencia fue dicha con intención y Livia lo percibió con claridad. Odelia Hamilton escondía motivos para mantenerse alejada de las hijas de la familia.

Antes de salir hacia la tibieza del sol, la maestra observó que el retrato de la chimenea había sido quitado. Era el único vestigio de la existencia de la señora Robinson en aquella casa, y ya no estaba.



## CAPÍTULO 7

**J**eremías contempló las tres figuras femeninas hasta que las tragó el acantilado. Le irritaba que la institutriz se empecinase en llevar a las niñas a la orilla del mar. Podría haber elegido los campos que se desplegaban detrás de Blue House, o incluso seguir los senderos arbolados que se perdían en el camino de tierra que usaban los granjeros, pero no, ella insistía en exponerlas a los vientos marinos y a los malos recuerdos. Él no entendía qué pasó por su cabeza cuando la besó la noche anterior, si lo último que necesitaba era complicarse con una mujer. Le resultó tan tentadora, tan despojada de segundas intenciones, que lo tomó como un desafío. No se arrepentía del beso, pero temía las conclusiones que la señorita Cañumil pudiese sacar de ello.

En fin, era un asunto que no convenía tratar en ese momento, cuando su atención debía concentrarse en una sola cosa: la reunión de esa noche.

Sus pasos lo llevaron de modo insensible hacia la cancha de tenis que los vecinos habían construido en el terreno que se superponía con el de su casa. Para preservar el polvo de ladrillo de los ventarrones invernales, habían levantado un galpón alrededor, al que podían quitar el techo cuando volviese la temporada. En ocasiones como esa, cuando Newport se hallaba sin sus veraneantes habituales, Jeremías se dirigía allí para desahogar su furia y mantenerse sereno.

La situación de esa noche lo requería.

Cerca de allí, en la casa del cabo, un fuego de turba ardía en el hueco de la chimenea.

Bajo el resplandor que mantenía las sombras a raya, un hombre acuclillado manoseaba papeles que ya conocía de memoria, viejas fotos amarillentas y algunas líneas garabateadas en hojas sueltas. Elijah pasaba los dedos sucios de hollín sobre sus tesoros desgastados.

Sus ojos se fijaban con obsesiva atención en cada rasgo de las personas retratadas. Luego repetía, murmurando, las palabras escritas en una de las cartillas:

*Lo siento, no puedo hacerlo.*

La otra contenía un mensaje más esperanzador:

*Seamos amigos.*

Levantó la vista hacia el fuego y apretó los labios en una mueca de furia. A punto estuvo de arrojar aquellas cartas a las brasas, pero el recuerdo quemaba aún en su pecho y no se atrevió. Además, los Robinson habían vuelto. Eso podía significar algo.

Se inclinó para avivar las llamas y pensó en la mujer que acababa de instalarse en Blue House. La nueva, no la otra, porque a Odelia la conocía y la despreciaba. Era como todos ellos, una hipócrita y una traidora. Elijah masculló un improperio y se dejó caer sobre la raída alfombra. Qué linda estaba Cecilia... La otra tarde, cuando la vio en su refugio del faro, le pareció que tocaba el cielo con las manos al tenerla bajo

su techo. Era alta y distinguida como su madre, y al no poder ver ni hablar, su belleza sobresalía como la de las estatuas, eterna e impertérrita. No había palabras sucias en su boca, ni pensamientos impíos en sus ojos celestes. Era una vestal. Lástima que no tuviese una fotografía de ella para guardarla entre las otras y disfrutarla de tanto en tanto, en tardes como esa en que la nostalgia se adueñaba de su mente y de su corazón. Quizá, si era astuto, podría conseguir que la señorita institutriz la llevase más seguido. Lo ocurrido la vez anterior no tenía por qué repetirse, y él conocía otros lugares bonitos para mostrarle. Dejarían el faro para más adelante, cuando hubiesen tomado confianza. Ese pensamiento lo relajó, y su mirada volvió a ser diáfana. Fue entonces cuando se topó con la otra foto, la que nunca miraba: un hombre fornido que contemplaba el objetivo de la cámara con ceño adusto y surcos profundos que avejentaban su rostro de marino. Llevaba gabán y capucha para protegerse de los vientos, aunque ninguna prenda conseguía disimular su continente bravío. La mirada de Elijah se tornó siniestra. Sus dedos se crisparon sobre la foto, más antigua que las demás, y en un brusco movimiento la apretaron sin piedad, haciendo de ella un bollo informe. La desplegó con cuidado. Pese a la destrucción, los ojos claros del marino seguían mirando con fijeza el objetivo. Decían con claridad: «Fuiste tú».

Elijah maldijo al hombre de la foto y acercó el papel al fuego. Contempló extasiado cómo las llamas devoraban la imagen, convirtiéndola en humo y cenizas. Un olor desagradable provino del montón de escombros y el joven esbozó una sonrisa diabólica.

Ya no quedaba nadie que pudiera acusarlo.

La cuchara se estrelló por enésima vez sobre el plato. Livia la recogió y se la ofreció a Cecilia con infinita paciencia. La cocinera observaba de reojo los esfuerzos por enseñar a la pobre tonta a comer por su cuenta. Con maligna satisfacción, aprobaba la tozudez con que la niña arrojaba el cubierto lejos de ella, sin descanso. Así aprendería aquella dama a aceptar los designios divinos. La primogénita había nacido con una tara y era preferible que la internaran, como opinaba su padre hasta que apareció la señorita Cañumil con sus ideas.

—Mejor métasela en la boca —se atrevió a sugerir, al ver volar la cuchara del otro lado de la mesa—, no va a lograr que la niña la sujete, no quiere.

—Eso es lo que debe aprender —porfió Livia sin mirarla—. Sujetar la cuchara es lo más fácil. Querer hacerlo es lo principal.

—¿Y para qué insiste? —objetó la mujer con descaro—. Cuando usted se vaya, la niña volverá a ser la misma de antes.

Livia quedó en silencio. *Cuando usted se vaya*, le había dicho. No se le ocurrió pensar, después de su altercado con el señor Robinson, que aquello pudiera costarle el trabajo que tanto necesitaba para mantenerse en los Estados Unidos. Había obrado por impulso y eso se pagaba. Aunque debía reconocer que el hombre también actuó

de ese modo al besarla. Si el padre de Cecilia la hubiese aguardado a su regreso del paseo vespertino con una carta de despido en el bolsillo, ella no habría podido reprocharle nada. Él, sin embargo, nada había hecho. Ni siquiera se mostró durante el resto del día, parecía haber desaparecido. Y nadie se sorprendió de aquella prolongada ausencia. Odelia estaba más ensimismada que nunca, y el ama de llaves ocupada más de la cuenta en supervisar a la criada. Si no contara con la presencia de las niñas, Livia se habría sentido sola como una ostra en aquella casa.

—¿Quién le daba de comer en Blue House? —demandó.

La cocinera se encogió de hombros.

—Su madre, cuando vivía. Era la única que lograba calmar sus arranques.

—¿Y después?

—Nunca más vinieron, hasta ahora —bufó la gruesa mujer.

Saltaba a la vista que le molestaba tener que hacerse cargo de su oficio fuera de temporada.

Livia continuó empeñada en obligar a Cecilia a tomar la cuchara. Por fortuna, Samanta estaba cenando con Odelia a pedido de esta, pues a menudo las observaciones de la pequeña le resultaban más irritantes que la cabezonería de la mayor. Miró con desazón el enchastre que las rodeaba: las papas regadas por el piso y parte del embutido pegado a la mesa. Incluso la pared azulejada revelaba el impacto de un lanzamiento. Cecilia corroboraba la primera impresión que Livia había tenido de ella: ni tan dulce ni tan buena. Faltaba saber qué la movía a encapricharse de tal modo, si era la pena de no poder sentir a su madre cerca, o algún otro mal, sembrado en lo más hondo de su alma solitaria.

—Tire todo esto —suspiró desanimada, y le extendió el plato a medio comer a la cocinera, que torció el gesto.

—La próxima vez, que tome jugo de fruta y té, así será más fácil limpiar lo derramado.

El comentario sarcástico le erizó el vello de la nuca. Pensaba que sería más sencillo enseñar a Cecilia si no hubiese tanta gente mal dispuesta a su alrededor, empezando por el propio padre, que no creía en la superación de su hija.

Algo bramaba en el interior de Livia diciéndole que huyera de allí, que el embrollo de esa familia era demasiado grande para una simple maestra como ella.

Sin embargo, estaba Cecilia.

En su propio desamparo, Livia había tenido al menos a su abuela. En cambio Cecilia había perdido, junto con la madre, la confianza y el deseo de complacer. Ahora estaba rabiosa, y en lugar de complacer deseaba mortificar. A su padre, a su hermanita, a los criados y en especial a ella, su maestra, que no pensaba dejarse vencer por una niña de once años.

Ni por un hombre alcohólico.

Ya en su cuarto, después de haber arrojado a las niñas y esperado a que Samanta dijese sus oraciones, cosa que la pequeña hacía con deliberada lentitud para obligarla

a permanecer más tiempo con ella, Livia se despojó de su blusa y desprendió los broches de su falda. Agradecía la practicidad de las mujeres de Nueva Inglaterra, que preferían usar el ruedo por encima de los tobillos y habían desterrado la crinolina y el corsé para siempre.

Aunque la vida en el aduar había hecho poca mella en Livia, pues desde tierna edad quedó bajo el influjo de su maestra bostoniana, no podía negar la sangre que llevaba en las venas. Junto con las lecciones de Misely, había absorbido la lengua rankulche y las enseñanzas de su abuela. Y si bien la educación europea la arrancó de los vicios de las mujeres indias, el impulso de libertad de su pueblo galopando las inmensidades latía en su interior. Era mestiza tanto por su sangre mezclada como por la cultura superpuesta. Caminaba sobre una cornisa entre ambos mundos, y era consciente de no ser admitida por completo en ninguno.

Quedó en camisola y, antes de acostarse, abrió su cuaderno y anotó los progresos del día. Llamar a los intentos de educar a Cecilia «progresos» era una soberbia mayúscula. Apenas podía afirmar que la niña accedía a caminar del brazo y mover la cabeza cuando entendía las palabras que Livia dibujaba en su palma. Las más de las veces, sin embargo, ella ignoraba si lo hacía con el fin de que no la siguiese molestando. Cerró el cuaderno y se tumbó boca arriba, agotada. El señor Robinson no había llegado; se preguntó si tendría en aquel sitio una amante o algún secreto que le exigiese ir a Newport fuera de temporada.

Poco a poco su espíritu se fue serenando, sin que lograra conciliar el sueño. El insomnio era mal consejero. Livia se incorporó y decidió prepararse una tisana en la cocina. Con suerte hallaría las hebras de té en la despensa, donde estaban la vez anterior.

Encontró pronto lo que buscaba, pese a los intentos de la cocinera de escamotearle los artículos. Disolvió un terrón de azúcar en la lengua, paladeando ese sabor que su gente tanto había codiciado en la eterna lucha con el blanco en el desierto. El indio gustaba de lo dulce y lo pedía con descaro. Salía ya de la cocina con un tazón entibiando sus manos, cuando la puerta del frente se abrió y una ráfaga de aire helado introdujo al señor Robinson en el vestíbulo. El resplandor de las exiguas llamas apenas alcanzaba a delinear su aspecto, pero Livia observó desde las sombras que iba desarreglado, con la camisa abierta en el pecho, el cabello desmelenado y una especie de alforja colgando de un hombro. El hombre cerró dando un portazo y se quedó unos instantes en la penumbra.

«Estará borracho», pensó Livia disgustada.

Jeremías intuyó su presencia desde el momento en que dejó el viento afuera y las cortinas cesaron de moverse. ¿Qué otra persona podía andar a ciegas por la casa a esas horas? Además, ese aroma indefinido de hierbas silvestres la delataba. La institutriz gustaba de husmear, o bien era tan golosa como Samanta y robaba dulces de la despensa. Él se encontraba de un humor especial, el que le acometía cuando los recuerdos se mezclaban con la impotencia de no poder resolver lo que enturbiaba su



alma. Se había desfogado en el improvisado cuadrilátero, y no resultó suficiente. Cada vez que se enfrentaba a la posibilidad de conocer la verdad, los demonios se desataban. ¿Sería aquella una noche más, o la definitiva? Esperaba que todos durmiesen en la casa cuando llegase el momento, y esa mujer amenazaba con perturbar la reunión.

Livia contuvo el aliento mientras aguardaba a que el león regresara a su guarida. Eso era lo que parecía el padre de Cecilia, un león de cabeza feroz, oteando el aire en busca de la presa. La sensación de que podía ser ella la hizo retroceder un paso.

Los hombres nunca habían constituido una amenaza para Livia, en parte porque durante su formación estuvo bajo la protección de los Balcarce y sus amigos, gente de bien, respetuosa y con autoridad suficiente como para que ningún desavisado intentara propasarse con ella. Y también porque al ser Livia mestiza, los aristócratas que frecuentaban la mansión no la miraban como a una dama digna de ser cortejada, a pesar de guardar las formas y dedicarle las mismas galanterías que a las demás. Livia sabía que a sus espaldas la mentaban «la china» por lo rasgado de sus ojos y el color de su tez, y que más de un padre fruncía el ceño al ver que dejaba sus hijos al cuidado de una india. Las altas calificaciones de Livia, unidas al cariño que le profesaban los estudiantes, habían servido de reparo ante las posibles críticas o maledicencias. En cierto modo, aquellas circunstancias la mantuvieron a salvo del acecho de los depredadores. En ese país ajeno, en cambio, donde el idioma le dificultaba la comprensión profunda de lo que anidaba en las personas, Livia se encontraba inquieta.

El humo de la tisana le cosquilleó en la nariz y no pudo evitar el estornudo.

—Salga.

La orden no podía desobedecerse. Livia asomó su figura y quedó bajo el rayo de luna como un fantasma, entre la cocina y el vestíbulo. El señor Robinson acusó el impacto de esa silueta esbelta de extraña fortaleza. La institutriz llevaba el cabello trenzado de manera casual, con mechones claros que caían sobre los hombros y enmarcaban el rostro ancho. Era hermosa de un modo desconocido, que le repelía y atraía a la vez. Tan distinta a su Alma, de rubios cabellos recogidos con primor en la nuca y cándidos ojos azules. Diferente también de Odelia, que no había heredado la vena sajona y ostentaba en cambio la raíz criolla en los ojos oscuros de espesas pestañas. Las hermanas habían sido tan opuestas en su aspecto como en su carácter. Alma representaba la inmaculada esencia de la mujer perfecta, mientras que Odelia... Lo perturbó darse cuenta de que se perdía en pensamientos mientras aquellos ojos verdosos lo miraban con interrogante descaro.

—¿Acostumbra a pasearse por las noches como un espectro? —la acusó, molesto.

Livia bajó la mirada al tazón.

—Un té de hierbas con miel ayuda a dormir —repuso.

—Pues tómeselo rápido y no vuelva a bajar. Esta noche no quiero que nadie me importune.

Varias posibilidades cruzaron la mente de Livia al oír eso. Quizá él esperase a esa amante escondida, o tuviese tratos con algún contrabandista que atracaba su barco en las rocas; o tal vez usara la oscuridad para beber hasta caer de bruces y no quería que lo viesen en ese estado. Eran todas alternativas deshonorosas, indignas de un padre de familia.

—¿Piensa trabajar en su despacho? —preguntó para darle cabida a una explicación decente.

Jeremías la miró con interés.

—Es usted una respondona —dijo pensativo—, no sé si debo dejarla educar a mis hijas. Samanta ya es bastante díscola sin necesidad de malos ejemplos. Y Cecilia...

—Cecilia es tan díscola como su hermana.

—¿Ah, sí? —Y Jeremías soltó una carcajada siniestra—. ¿Y cómo lo sabe, si no dice palabra?

—No hace falta hablar para entender a las personas.

—Interesante. Supongo que eso me incluye, y que ya se ha formado una opinión sobre mí.

El silencio de Livia lo acicateó.

—Sin duda lo ha hecho. Puedo leerlo en sus ojos.

—¿Ha visto? —contraatacó Livia—. No precisó de mi respuesta.

Aquel descaro no tenía límite. Nunca en su vida se había medido Jeremías en un duelo de palabras, ni con Alma ni con Odelia. Avanzó con tres pasos hasta donde estaba ella y la miró fijo. Socavó en las profundidades de aquellos ojos que se curvaban hacia arriba en las esquinas, orlados de pestañas oscuras, en contraste con el rubio cabello. Y olió el cuerpo de Livia, su tibieza mezclada con el aroma de la tisana. Era una combinación excitante que le provocó una reacción indeseada. El ceño del señor Robinson se tornó amenazante.

—Vuelva a su cuarto. Hablaremos mañana.

—¿Piensa despedirme?

Jeremías sonrió de manera sesgada, una sonrisa cínica.

—Ya quisiera tener esa baza en mi contra, ¿no es así? Salir de aquí vociferando sobre los derechos femeninos y la maldad de los hombres. Toda esa caterva de mujeres que levantan consignas de revolución me dan asco. Seguro que piensa denunciar mis abusos en un periódico. Claro que yo tengo a mi favor algunas cosas.

Y antes de que Livia pudiese responder, la mano grande y tibia le rodeó un seno y lo apretó con suavidad, a través de la fina camisola. Al sentir cómo se endurecía el pezón, la sonrisa se hizo más ancha aún.

—Oh, sí —murmuró con sorna—, tendría mucho a mi favor. Una promiscua.

De pronto, algo lo alertó. Miró hacia abajo y captó el movimiento de la pierna de Livia, y atinó a retroceder antes de recibir el impacto donde más le dolería. Al mismo tiempo, extendió un brazo para atajar el líquido del tazón, a punto de derramarse

sobre sus ingles. Todo ocurrió en un segundo y, como en un hechizo roto, el péndulo del reloj de pared dio las doce. Quedaron separados por un abismo de furia.

—¡Suba! —bramó Jeremías, y en el tono Livia captó no solo el enojo, sino cierta impaciencia. A la medianoche sucedería algo, y él deseaba que ella no lo supiese.

Lamentó las gotas derramadas en el piso, pero no era el momento de limpiarlas, de modo que subió la escalera con el tazón todavía entre las manos. Recién al llegar a su cuarto soltó el aire contenido en los pulmones. Su intuición, que no fallaba, le decía que el padre de Cecilia tenía un secreto que le roía las entrañas, y que esa era la razón de aquella visita inesperada a Newport.

La tormenta se desató poco después. Livia había caído en un sueño profundo gracias a la tisana y a cierto agotamiento emocional que le producía el señor Robinson. Sin embargo, el rodar de los truenos y el estallido de un rayo que estremeció hasta los cimientos la despabilaron del todo. Pensó en las niñas, y solo al asomarse al cuarto contiguo y ver que dormían advirtió que Cecilia no escucharía el fragor de la tempestad. En cuanto a Samanta, era pequeña y dormía el sueño de los benditos. Aseguró el cerrojo de la ventana para evitar que una ráfaga la abriese y volvió a su cuarto. Fue cuando escuchó aquellas voces apagadas que trepaban por el vano de la escalera. Alguien había llegado. ¡A esas horas! Y en medio de una tormenta descomunal. Livia se echó un chal sobre los hombros y asomó su nariz por encima de la baranda. El hueco del vestíbulo se veía desierto, salvo por unas sombras que se agitaban sobre el entarimado. Provenían del despacho del señor Robinson, que había dejado abierta la puerta. En la quietud de Blue House, de no haber sido por aquella borrasca, los sonidos amortiguados de la reunión le habrían pasado desapercibidos. Livia descendió descalza una vez más y se ocultó tras el cortinado que separaba el vestíbulo de las partes nobles de la casa. Desde allí divisó al reducido grupo de personas que se saludaban y entraban al despacho con determinación. El padre de Cecilia estaba entre ellas, alto y dominante, aunque con una ansiedad inocultable en el rostro. Había tres mujeres, una de ellas Odelia, que se mantenía apartada, con las manos juntas sobre el regazo. Las otras dos eran de estatura similar, llevaban sendos abrigos que en ese momento colocaban sobre el respaldo de unas sillas, y las cabezas cubiertas por unos sombreros que chorreaban agua. Livia no alcanzaba a distinguir sus caras, pero pudo apreciar que eran mujeres de continente parecido, ni muy altas ni muy bajas, con el cabello moreno recogido en rodetes sobre las sienes. También observó que se habían corrido de lugar los muebles y en lugar del escritorio se hallaba la pequeña mesa del salón, con un pie que simulaba patas de león. Al parecer aguardaban a alguien más, ya que el dueño de casa caminaba impaciente con las manos anudadas tras la espalda, atisbando por la ventana a cada momento.

La lluvia arreciaba, impidiendo ver más allá del camino de entrada.

Tres golpes en la puerta y Jeremías se abalanzó a abrir. Junto con el chubasco entró un hombre delgado, cubierto por una gabardina en penoso estado. Sin ningún miramiento, el propio señor Robinson se la quitó y la arrojó sobre el perchero. Luego, empujó al recién llegado al interior y cerró la puerta.

Livia quedó sumida en la oscuridad y envuelta en dudas. ¿Qué se tramaba allí? No era una visita social, desde luego, a esa hora destemplada y en medio de un vendaval. Si bien las mujeres de Nueva Inglaterra gozaban de independencia, el hecho de que viajaran solas bajo la lluvia y a medianoche no era una conducta regular. Livia se arrebujo en el chal y caminó hacia la puerta, por cuya cerradura se filtraba la luz. Allí puso el ojo.

El cuarto estaba transformado. En el escritorio arrimado a la ventana reposaban dos bujías encendidas, una de ellas cubierta por un pañuelo rojo que producía un extraño efecto en torno. Los invitados ya ocupaban sus sitios alrededor de la mesa redonda en la que Livia pudo distinguir el retrato de la chimenea. El señor Robinson, preso de la impaciencia, se afanaba en dar los últimos toques al decorado. Apagó una de las lámparas y la habitación quedó impregnada del resplandor rojizo. De inmediato ocupó su lugar, de espaldas a la ventana. Por las cortinas apenas entreabiertas Livia vislumbró las nubes que la tempestad arremolinaba sobre el mar. Jeremías echó una mirada conminatoria a cada una de las personas. A su derecha estaba Odelia, contrita y callada. Todos se tomaron de la mano.

—Recemos la oración acostumbrada —dijo una voz femenina, y hubo un murmullo que Livia reconoció como una suerte de Padrenuestro.

En el minuto de silencio que siguió, la furia de la tormenta azotó los vidrios y dejó pasar el frío cortante que llevaba la espuma del mar. Livia casi no respiraba, temerosa de romper el hechizo de aquel ambiente sobrenatural.

—Si estás aquí —dijo entonces una de las desconocidas—, háznoslo saber.

Livia aplicó el ojo izquierdo a la cerradura para descansar el derecho, puesto que en la penumbra resultaba difícil distinguir las formas. Lo que sí pudo captar sin esfuerzo fue la intensidad que traspasó la puerta tras la que se encontraba, una fuerza que emanaba de aquellas personas y que la conmovió hasta los dedos de los pies. Las dos mujeres visitantes tenían los ojos cerrados, y una de ellas parecía olvidada del sitio donde estaba, pues sus labios se veían trémulos y por la comisura de sus párpados resbalaban dos lágrimas.

La otra se volvió hacia ella, atenta.

—¿Lo sientes, hermana mía? —dijo en voz queda.

El hombre de la gabardina las miraba con algo de suspicacia, era el único que parecía no compenetrarse del todo con la intención de los otros.

Y Odelia. Lucía tan triste... Livia sospechó que estaba habituada a seguir a su cuñado y aceptaba sin discusión lo que él decidiera. ¿Por qué?

De pronto, la voz de la primera mujer se tornó confusa, como si balbuceara o no encontrara palabras adecuadas. Jeremías Robinson la contemplaba con tal fijeza que

podría haberla traspasado con sus ojos.

—No puedo... No puedo...

—¿Qué... qué pasa? Dímelo, Catalina. ¿Está aquí?

—Hay algo, un impedimento.

—Pregúntale qué es. Quizá sea el señor Timberton.

—No, no es él, al contrario. *Ella* quiere que los incrédulos asistan, quiere que se sepa. Pero hay otra presencia que no debería estar aquí.

—Estamos solo nosotros —intervino con brusquedad Jeremías—. Dígaselo.

La llamada Catalina abrió los ojos. Se la notaba cansada por el esfuerzo.

—Lo siento, no sé qué ocurre. Tal vez sea la tormenta.

—Las fuerzas eléctricas suelen favorecer los fenómenos —dijo Timberton—, al menos es lo que entendemos los hombres de ciencia.

Robinson parecía querer estrangularlo. Lo único que le importaba era lograr el contacto, se le daba un ardite el interés que la Sociedad de Investigación pudiera tener en el caso. *Su esposa* no era un experimento. Había accedido a la presencia de Timberton porque desde que las hermanas Fox ofrecían sesiones aceptaban esa intromisión para demostrar que lo suyo era verídico y no una impostura. Resultaba casi imposible verlas sin esa molesta intermediación, pero ellas insistían en que los espíritus deseaban que hubiera personas a quienes convencer. Sin embargo, la reunión no llegaba a buen puerto esa noche.

—Inténtelo de nuevo, señorita Fox, se lo ruego.

—Deje que se reponga, señor Robinson —dijo la otra mujer, y sacó de su bolso una petaca pequeña que ofreció a su hermana.

Catalina bebió del pico de la botella sin ningún reparo y nadie, salvo Timberton, encontró anormal aquello. El hombre de la gabardina frunció el ceño y tamborileó con sus dedos sobre la mesa. En ese instante, como si aquel ruido hubiese rasgado un velo, se escucharon fuertes golpes que hicieron vibrar la mesa redonda. Los presentes pusieron sus manos sobre el tapete para mantener quieto el mueble, que se sacudía de manera alarmante. Al mismo tiempo, Livia vio con asombro que se elevaba a un palmo del piso y oscilaba, como si alguien lo balanceara desde arriba. Todo ocurrió en segundos. La lámpara roja titiló, y algunos objetos cayeron desde el techo, ante las exclamaciones de los invitados.

—¡Encienda la luz! —bramó Timberton.

Las hermanas Fox no atendieron su pedido, estaban inmersas en los fenómenos que se producían en una cascada creciente.

—¡La luz!

Un frío nival envolvió la casa. Livia comenzó a temblar bajo el chal y, demasiado cautivada por los acontecimientos como para ser prudente, puso ambas manos sobre la puerta, que se abrió de golpe y la expuso a las miradas de los allí reunidos.

Ahora era una más entre ellos, sentada a la izquierda del señor Robinson, que le aferraba la mano como si quisiera partírsela en pedazos. Pasado el primer momento de estupor, las hermanas Fox hallaron muy convincente la explicación de que era Livia, y ninguna otra cosa, lo que había alejado y molestado al espíritu de la señora Robinson. No por ser persona no grata, se empeñaron en aclararle, sino porque se encontraba escondida, y todo ardid o trampa que quisieran imponer a los espíritus causaba perturbación en las sesiones. Dicho esto, sugirieron que Livia participara. Analizaron los objetos que habían caído momentos antes: un dedal que perteneció a Alma en vida y que se hallaba en el viejo costurero de la familia, una rosa roja y un par de fotografías; en una se veía a la familia Robinson en pleno, disfrutando de una merienda en el porche de Greenwood; las niñas sonrientes, un enorme perro de aguas a los pies de Jeremías, que fumaba un cigarro con displicencia, y la señora sentada con gracia sobre el último escalón, ataviada con un vestido ligero y una capelina. Era una escena de armonía muy distinta de la que ofrecían en la actualidad. Una enredadera florida se anudaba a sus espaldas, engalanando la entrada de esa casa que en la foto se percibía como un hogar feliz. Livia experimentó una extraña tristeza al verla. La otra foto estaba borroneada, como si hubiera sufrido mojaduras o la hubiesen carcomido los hongos. Los ojos de la menor de las hermanas Fox, desmesuradamente abiertos, contemplaban esa imagen indescifrable de un modo que erizaba la piel.

—Quiere que la veamos —comentó en voz baja—, pero no se alcanza a distinguir.

Jeremías manoteó la foto y la alzó ante sus ojos.

—Es Blue House —dijo rotundo—, aquí mismo donde estamos ahora.

Apenas lo dijo, un lápiz que reposaba sobre una cartilla comenzó a vibrar, y Catalina lo tomó de inmediato. Con una rapidez increíble, garabateó algo.

—Es ella —aseveró Margarita—, pues no es la letra de mi hermana.

La menor de las Fox, menuda y ligera, parecía estar mejor dotada para percibir esa presencia misteriosa que intentaba comunicarse.

—¿Qué dice? —El señor Timberton se caló las gafas para no perder detalle.

—P... e... r... d... ó... n...

—¡Perdón! —el grito del señor Robinson hizo temblar a las hermanas como no lo había hecho el espíritu de la esposa.

—¿Dónde estaban esas fotos? —preguntó el señor Timberton, ajeno al torbellino emocional del dueño de casa.

De nuevo nadie le prestó atención.

—Es lo que dice —confirmó Margarita Fox—, pero no sabemos a qué se refiere.

—Sé bien a qué se refiere —masculló Jeremías con rabia, y Livia pudo captar el poder de los sentimientos de aquel hombre contradictorio. La envolvían como un sudario, la asfixiaban. Eran una combinación de dolor y furor que no dejaba resquicio para lo que aquel espíritu reclamaba: el perdón. Vio que Odelia intentaba tocar la

mano de su cuñado y que al menor contacto él reaccionó con ira, retirándola. El león anhelaba sangre. Livia, entonces, puso también su mano sobre la de él, que intentó zafarse, pero a diferencia de Odelia, que había recogido la suya, ella se aferró de tal manera que se desató un duelo de manos sobre la mesa. El señor Timberton anotaba todo cuanto veía en una libreta de tapas oscuras, mientras que las hermanas Fox se liberaban del trance a fuerza de licor y respiraciones forzadas. Un relámpago estalló de repente, como un latigazo, y a la tétrica luz Livia avistó una silueta borrosa, hecha de niebla, que flotó un instante tras la silla de Catalina Fox y se disipó con rapidez.

—Se ha ido —culminó Margarita, que interpretaba para los demás los sucesos.

Catalina se hallaba encogida, el esfuerzo de comunicarse la había agotado. Odelia sugirió tomar una taza de té y nadie la rechazó. La sesión había concluido sin que Livia supiera bien con qué resultado.

Al parecer, no muy satisfactorio.

A la luz amarilla de la lámpara de la cocina, las hermanas Fox eran mujeres de aspecto sencillo, ni feas ni lindas, con grandes ojos que las unían en el parecido. Ya transitaban la cincuentena, y se advertían rasgos de cansancio en sus rostros. Ambas vestían de negro y tenían maneras cordiales. Se notaba que no pertenecían a la culta sociedad aristocrática, y eso las hacía más interesantes para Livia. ¿Por qué las recibían en Newport, en Nueva York, en Boston y hasta en Londres, según le contó Odelia?

Pues porque ambas eran médiums desde la niñez. Extraños sucesos en la casa donde vivían, en Haydesville, las habían lanzado a la popularidad insana del pueblo primero, y de la ciudad después. Habían sido estudiadas desde entonces por múltiples personalidades de la ciencia, que no dudaron en atarlas de manos y pies a las sillas para ver si los golpes y los movimientos los producían ellas mismas, ni en vilipendiarlas como escamoteadoras cuando los fenómenos traspasaban los límites de la física, y sufrieron el mote de «las impostoras de Rochester» por mucho tiempo. En Inglaterra no les había ido mejor, aseguraba Margarita.

—Allá son todavía más incrédulos —decía mientras sorbía su té.

—Se han formado varias sociedades para investigar los fenómenos —le contaba Catalina con simpatía—, y nunca ninguno de sus honorables miembros pudo acusarnos de nada. Sin embargo, el público oscila como la llama de esta lámpara: tanto puede admirarse como horrorizarse. Por supuesto, tuvimos algunos problemas con la Iglesia.

—Nuestro padre era metodista —aclaró Margarita en beneficio de Livia, que podía entender el rechazo de la ignorancia ante lo que no comprende.

—¿Cuándo sucedió esto por primera vez? —quiso saber.

—Yo tenía catorce años y Catalina once. Éramos unas niñas, y nos asustamos tanto que corrimos al cuarto de nuestros padres.

—No por eso los golpes cesaron —le aclaró Catalina—, al contrario, desde entonces se multiplicaron.

—Sí, pero porque tú quisiste desafiar a los espíritus a comunicarse. Ella se atrevió a formular preguntas, y ellos respondieron con golpes, una especie de alfabeto.

—Era como un juego —reconoció Catalina—, no sabíamos lo que vendría después.

«Lo que vendría», entendió Livia, eran sujetos como el señor Timberton, que a esas horas estaría lanzado en su coche de caballos rumbo a Boston a contar a sus congéneres los sucesos vistos con el probable añadido de su sospecha ante la forma desordenada que tomó la sesión. Livia empezaba a comprender el calvario de las hermanas Fox.

—Mi difunto esposo me aconsejó que no siguiera hablando de estas cosas, y por un tiempo me retraje —le confió Margarita.

—Kane era un escéptico incurable —le reprochó Catalina—, y te alejó de mí. Fui sola a Inglaterra a raíz de eso.

—Querida, sabes que eso me dolió más a mí que a ti. Nuestra hermana Lea tampoco tuvo la culpa, ella solo quería protegernos. Y al final viajé a encontrarme contigo cuando él murió.

Catalina sonrió a su hermana con dulzura. Esas mujeres parecían vivir entre ellas, manteniendo a los demás fuera de su extraño mundo.

—Señorita —dijo entonces la menor, inclinándose sobre la mesa y mirando fijo a Livia—, ¿cree usted en lo que vimos y oímos?

Livia les dirigió una sonrisa también.

—Dudaría de mí misma si no lo hiciera. Yo también vi cosas.

Catalina suspiró.

—Ojalá todos fuesen así de simples. La gente es endiablada, busca trampas y nos tilda de mentirosas aun antes de tratarnos.

—Hemos pasado innumerables pruebas —agregó Margarita.

—¡Nos hicieron desnudar ante un grupo de damas! —se lamentó Catalina—. Antes de una sesión, para probar que no llevábamos nada escondido entre las ropas.

—¿Por qué iban a creer más a esas personas que a ustedes, que han tenido las experiencias?

La sencilla pregunta de Livia las desconcertó. Era cierto. ¿Por qué?

—Supongo —aventuró Odelia, que hasta el momento se había mantenido callada— que será porque se trata de personalidades respetadas de la ciencia y la filosofía, mientras que las señoras Fox...

—No tenemos estudios —se apresuró a explicar Margarita—, a pesar de que en un momento dado hasta un candidato a presidente ofreció pagarnos la educación.

—Fueron otros tiempos —dijo ensimismada Catalina.

—Hablando de eso... —comenzó Odelia con discreción.

—Ah, sí. Discúlpenos, señorita, tenemos que arreglar nuestros asuntos.



Sus asuntos consistían en recibir el dinero que cobraban por sus sesiones, dado que así se mantenían las hermanas Fox. Sin bienes ni vínculos que las promovieran, vivían de los que, como el señor Robinson, acudían a sus servicios para comunicarse con el espíritu de los fallecidos. Livia supuso que a eso se debería la triste expresión que nublaba sus rostros.

A eso y a la bebida, a la que al parecer recurrían en demasía.

Odelia les pagó sus honorarios en un aparte, y luego las acompañó a la puerta; las aguardaba el coche de Jeremías para llevarlas al hotel de la bahía, donde él mismo les había reservado un cuarto. Se despidieron de Livia con votos por su agradable permanencia en la Nueva Inglaterra.

—Quédese en Boston —le dijo Margarita—, la gente de campo suele ser más brutal.

Y Catalina la aferró del brazo para confiarle un mensaje:

—*Cuando las sombras vengan a buscarte al final de tus días, piensa en la región de la luz.* Eso me dijo un espíritu una vez, y estoy preparándome.

El coche se alejó bajo la lluvia que ya no era torrencial sino constante, y convertía el camino en un lodazal.

Odelia cerró la puerta y suspiró. Por fin, todo había terminado.

—Pobres mujeres —dijo mientras removía los leños con el atizador—, sentirse portadoras de mensajes del otro mundo... qué disparate.

—¿Usted no lo cree?

—Dios nos reserva ese secreto a la hora de nuestra muerte. ¿Por qué iba a revelarlo a través de gente ignorante? Porque no sé si sabe que pululan por doquier personas que se dicen médiums y nos traen supuestos mensajes cifrados para los que vivimos en la tierra. Hay toda una manía por aquí.

—Pero esta noche se habló de su hermana.

—Bien dicho, Miss Livia. *Se habló de ella*, no habló ella misma. Es lo que quiero que entienda Jeremy, pero está empecinado en escucharla.

Livia quedó pensativa.

—El señor Robinson amaba mucho a su esposa —dijo al fin.

Un chispazo de odio cruzó la mirada de Odelia.

—Sí, la amaba. Dios sabe que un hombre como él podría haberse fijado en alguien con más sangre en las venas que mi hermana, pero así ocurre en la vida, todo es un gran contrasentido.

—Tal vez la señora Robinson acallara los demonios de su esposo —aventuró Livia, pensando en Elizabeth O'Connor, que había logrado domar los de Francisco Balcarce.

Odelia no pareció horrorizarse de lo dicho, pero tampoco demostró estar de acuerdo.

—Alma era incapaz de influir en Jeremy, él fue demasiado para ella. Parecía la mujer perfecta, pero todos tenemos algo de barro en los pies y Alma no era distinta,

solo que Jeremy no quiere entenderlo, no desea dar vuelta la página y vivir su vida, quiere continuar ligado a una muerta.

—¿Y Cecilia?

—¿Qué pasa con ella? —exclamó Odelia con visible disgusto.

—Quiero decir, cómo tomó la muerte de la madre. Veo que estaban muy unidas.

—Su sufrimiento es callado, no puede ser de otra manera. Y Jeremy solo se interesa por el propio, no mira el de los demás.

Había tanto reproche en las palabras de Odelia Hamilton que Livia comenzó a hilar fino en el interior de aquella mujer en apariencia apacible. Los celos y la infelicidad se dibujaron con nitidez en sus rasgos.

—Ha sido una larga noche —dijo Odelia para despedirse—. Le ruego que no hable de esto con nadie, los criados no lo entenderían y lo último que necesita esta familia es la sospecha de demencia.

Se marchó antes de que Livia pudiese responderle. Era evidente que no deseaba proseguir el diálogo y de seguro se arrepentiría de algunas infidencias. Livia quedó a solas entre los ecos de la tormenta que se alejaba, deshecha en viento y lluvia. Demoró en subir porque quería volver al despacho para ver de cerca los restos de la sesión de esa noche.

El cuarto aún conservaba la bujía encendida. Livia le quitó el pañuelo rojo para apreciar los objetos con más claridad. Alguien se había llevado el dedal, la rosa y las fotos, pero bajo la mesa descubrió el retrato de la chimenea hecho añicos. Lo levantó y retiró la fotografía. Le pareció muy dulce la expresión de Alma mientras miraba a su hija ciega. Había amor en esa mirada. Sin duda, la niña sufriría más que el padre al no poder compartir su pena con nadie. Livia pasó la mano por la superficie de la mesa y se inclinó para mirar debajo, en busca del truco posible. Un olor a encierro asaltó sus sentidos. ¿Quién se habría llevado la flor? Miró en derredor buscando algo más, un indicio de la extraña situación que le había tocado presenciar, pero la habitación lucía despojada, como si aquella efímera entidad hubiera capturado también su esencia. Corrió la cortina y atisbó la línea del mar, que a esas horas recibía el lanzazo intermitente del faro. Las olas, agitadas por la borrasca, se estrellaban contra el acantilado. La bruma envolvía la isla donde días antes había incursionado con las niñas. Imaginó a Elijah adentro del recinto mirando el mar por el ventanuco, o tal vez en la otra casa, la que las matas ocultaban. Se preguntó si él creería en los muertos que visitan la tierra, o sería un incrédulo como el señor Timberton y Odelia.

Livia no sabía en cuál de las categorías encajaba ella. La idea de que un fallecido entrase a revolver los objetos de su casa solo porque los deudos lo deseaban le resultaba novedosa, pero no tenía reparos en admitir la existencia de los espíritus, la *machi* de su pueblo la demostraba cuando hacía falta. Y más de una vez los indios los invocaban antes de una batalla. La *huenu mapu*, adonde iban los vapores, era cosa natural en su pensamiento.

Tomó la lámpara y se encaminó escaleras arriba hacia su cuarto. Las niñas sin duda dormirían como ángeles.

Al alcanzar el rellano, se topó con la intensa mirada de Jeremías Robinson. Su sombra corpulenta, provocada por la lámpara, se recortaba en la pared opuesta.

—Señor —dijo, a manera de saludo, aunque sabía que lo que cabía decirle era qué hacía allí, en el lado reservado a su dormitorio.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó él a boca de jarro.

Livia no fingió que no sabía de qué le hablaba. Su patrón le había permitido participar en una íntima sesión privada, y ahora quería que ella le dijese si creía posible que la difunta se les apareciese una noche.

—Impresionante. No sabía que había gente dedicada a comunicarse con los muertos.

—Me refiero a si usted percibió a mi esposa.

Livia meditó bien lo que diría.

—Señor Robinson, vi lo mismo que los demás: la mesa levantándose, la flor, las fotos, pero no pude ver ningún espíritu —no creyó conveniente mencionar la niebla flotante porque ni ella estaba segura de que fuese real—. Pido disculpas si mi presencia perturbó a las señoritas Fox.

—No lo creo, ellas hacen esto hace muchos años; las convoqué en Greenwood apenas murió Alma y pude sentirla cerca en ese entonces. Hoy no, pese a los fenómenos.

El rostro del señor Robinson había adquirido un matiz diferente al del engreído padre que gustaba de tiranizarla y amedrentarla. Livia leyó en él una tristeza profunda y por primera vez lo notó fatigado; el cansancio le nacía desde el interior, producto de un sufrimiento prolongado. Ella poco y nada sabía de Jeremías Robinson, salvo que no se ocupaba de Cecilia y que consentía a Samanta sin medida. Lo había tomado por un aristócrata, y se sorprendía de sus manos toscas y sus maneras bruscas. ¿Sería posible que las apariencias engañaran en su caso, como sucedía tantas veces?

—¿Por qué se empeña usted en traerla a este mundo, señor Robinson?

El hombre clavó en ella sus ojos verdiazules.

—Porque quiero una respuesta, y si es la que sospecho, borrarla de mi mente.

—Entiendo.

—¿Es así, señorita Cañumil, me entiende usted? ¿O me toma por loco y me deja correr? Porque si fuese así no la juzgaría mal. Yo mismo me siento fuera de quicio a veces.

—No estamos locos si reflexionamos sobre lo que nos pasa, creo yo.

Jeremías sonrió apenas.

—Me cuesta captarla, Livia. Parece usted tan recatada, y luego... —Su mirada se perdió en el contorno del cuerpo de la joven y volvió a su rostro—. Perdóneme el atrevimiento de esta noche, no quise ofenderla.

Livia le sostuvo la mirada.

—Que no vuelva a suceder.

Jeremías suspiró.

—Así será. Y cuando Livia creyó terminado el diálogo, agregó:

—Y usted no vuelva a intentar golpearme.

Echó a andar hacia el corredor opuesto, y Livia permaneció en el rellano hasta que lo vio desaparecer. Si hubiera aguardado un poco más, si lo hubiera seguido a hurtadillas, habría notado que la puerta de Odelia se abría a su paso, lo suficiente para que el hombre cediese a la invitación en silencio. Recién al entrar en su cuarto, la joven se dio cuenta de que llevaba en la otra mano la fotografía de Alma Robinson y su hija Cecilia.

Elijah Gardiner no se encontraba mirando el mar desde su refugio, como había supuesto Livia. En noches de tempestad como aquella debía enfrentar a sus propios fantasmas, que lo llevaban calle abajo rumbo a la taberna del puerto, donde otros desdichados como él bebían hasta olvidar la razón de sus miserias. En el extremo sur de Golden Hill se levantaba El Perro Negro, la posada donde solían hacer noche los marineros de otros tiempos. Sus muros teñidos de lacre ostentaban las tejuelas de cedro, las *wood shingles* heredadas de los ingleses. Casi todas las casas originarias de Newport las tenían, pero El Perro Negro presumía de las más antiguas. Gastadas, rebanadas, humedecidas, recuperaban su prestancia a fuerza de la pintura roja que hacía de la taberna un foco de atracción entre la blancura de los veleros y las gaviotas. Allí se refugiaban los pobladores, ya que para los turistas se habían abierto mesones y cantinas de mayor categoría. El Perro Negro continuaba ofreciendo sus taburetes de cuero emparchado y su mostrador aceitoso para el que quisiera saborear la vida de la bahía sin remilgos. El tintineo de los vasos de vidrio, el humo de las pipas y los cigarros, las toses y alguna que otra blasfemia festejada con abucheos y carcajadas, constituían el ambiente propicio para rumiar recuerdos. Elijah bajaba cada vez que los demonios lo acechaban. Como esa noche.

—No me diga que nos ha dejado ciegos en la restinga —le dijo en son de broma el posadero al comprender que había abandonado su puesto.

Él había murmurado algo como «que se arreglen», y siguió hacia la mesa que ocupaba siempre, una tabla pequeña en el rincón más apartado. Su presencia era habitual, aunque todos coincidían en que después de la muerte del padre el muchacho se había vuelto demasiado concentrado. Ya lo era de pequeño, y aún más cuando se convirtió en un rapaz de largas piernas y aspecto desgarrado. Nadie le conocía novia ni sabían en qué entretenía sus horas mientras cumplía la vigilia del faro. «Chico raro», solían decir moviendo las cabezas. Ninguno se metía en la vida del otro, se limitaban a observar. Y a murmurar.

Elijah empinó la cuarta medida de *whisky* y lo paladeó sonoramente.

—¡Salud! —le respondió un comensal.

Él levantó el vaso para corresponder, y luego repiqueteó sobre la mesa para reclamar otro.

—Será mejor que vuelva —le aconsejó con prudencia el tabernero—. Hoy con la tormenta puede que alguno encalle en las rocas.

Elijah maldijo por lo bajo y siguió bebiendo. Le importaba poco que se hundiese medio puerto aquella noche. Había tenido suficiente con lo que atisbó por la ventana de Blue House. Otra vez el viudo con su manía de invocar a los espíritus. Y en aquella ocasión ante la nueva institutriz, que le tomaba la mano como si compartiese el deseo de ver a la difunta.

¿Por qué no dejaban en paz a los muertos? Bastante tenía él con el fantasma de su padre en la marisma, con aquellos ojos refulgentes que horadaban la niebla.

—¡Maldito!

—Oiga, Gardiner, está lloviendo mucho afuera, será mejor que regrese antes de que los caminos se pongan imposibles. ¿Vino a pie?

Elijah se levantó, arrastrando la silla, y le arrebató al tabernero la capa impermeable que le tendía. Odiaba que lo trataran como a un joven inexperto que necesitaba consejos. Ya no precisaba de nadie, vivía a su manera y podía decidir por él mismo. Si el viento hubiese soplado a su favor, no estaría tan solo, tendría a una mujer suave que le cocinara por las noches y entibiara su cama. Ahora, solo podía esperar a que un espíritu se la recordara.

—Maldita seas, no me creíste —agregó, antes de abrir la puerta que lo arrojó al chubasco.

Jeremías se incorporó, envuelto en sudor y con el corazón batiendo a todo trapo. El sueño había sido tan vívido...

*Se encontraba entre las cuerdas, luchando a puño suelto para sacarse de encima el cuerpo que lo oprimía. El gong había sonado, pero su contrincante no se daba por enterado. Hedía de tal modo que él se preguntaba si el tipo viviría en un estercolero. Homer lo alentaba desde el otro rincón, haciendo señas para que atendiese sus consejos. El otro pesaba demasiado, eso debería de haberlo alertado. Algo andaba mal. Se produjo un silencio ominoso entre la concurrencia cuando por fin logró empujar al bruto. Cayó sobre la lona con un ruido seco que le erizó la piel.*

—Lo mataste.

La voz de Homer sonaba más lúgubre en el sueño que lo que había sido en la realidad.

Jeremías sospechó entonces que para el manager aquello podía significar un problema, que su protegido acabara fuera de las lides o tal vez en prisión si los partidarios de Hermoso John argumentaban juego sucio. ¿Pero qué podían esperar después de más de diez horas moliéndolo a golpes? El puño de Jeremy era poderoso, certero, mortífero.

—No puede ser...

*Recordaba su voz salida de un pozo profundo de consternación, la pena mezclada con algo de orgullo bravío. Un irlandés que tumbaba a un inglés, sus paisanos estarían de fiesta. Sin embargo, el rostro de Homer era sombrío. Su cabeza parecía haber encanecido.*

—*Deja, muchacho, no te preocupes, ya veremos qué hacer. Después de todo, él sabía a qué se exponía. Son las reglas del juego. Ya veremos, ya veremos.*

El «ya veremos» se tradujo en un cambio de nombre y de escenario para él. Dejó de ser Jeremy Robinson y se camufló bajo el seudónimo de El Gran Robin. Fue todo lo que el viejo Homer pudo hacer. Eso, y mudarse de Nueva York a Chicago.

—*Ahí están las grandes ligas, muchacho, donde a nadie le pesará haber matado.*

A él sí le pesaba. Jeremías no olvidaría al hombre que se había quitado de encima con asco, para después verlo inerte sobre el suelo del *ring*, con su cuerpo hediondo hecho pulpa por sus puños. Aquel contrincante quedó grabado en su mente para siempre. Hermoso John era varios años mayor que él, experimentado y también cansado, lleno de magulladuras y huesos rotos. La pelea había sido armada para su lucimiento, pero Jeremías, un debutante en el boxeo por quien nadie había apostado, echó por tierra el espectáculo.

Se sentó en la cama y recordó que se hallaba en su cuarto. Odelia lo había invitado al suyo semidesnuda, con esa expresión de placidez que él le descubría cada vez que pretendía seducirlo. Ella seguía amándolo y él, a su pesar, cada vez la detestaba más. Si bien su presencia lo confortaba y había entre ellos un vínculo indisoluble, desde la muerte de Alma percibía en la cuñada un matiz de obsesión que le repugnaba, como si Odelia estuviese sacando a relucir su verdadero interior, tanto tiempo oculto tras la sombra de la hermana muerta. Ella había traicionado a su esposo del mismo modo que él había traicionado a Alma, el amor de su vida. Aunque intentaran justificar sus actos, ambos eran dos seres perdidos.

Se pasó la mano por el cabello y saltó de la cama. Afuera reinaba la paz desolada que sigue a las tormentas: un cielo nuboso relampagueante, y ráfagas heladas barriendo la tierra. Desnudo, se acercó a la ventana que daba a la bahía y vio la figura inclinada que soportaba los embates del viento mientras se dirigía hacia la isla del faro.

Lo que le faltaba para convertir esa noche en una pesadilla. Apretó los puños hasta que las venas sobresalieron en sus antebrazos como sogas de marinero.

El odio asomó a sus ojos.





## CAPÍTULO 8

**A**maneció frío y encapotado, un cielo plomizo que se sacudía para siempre la tibieza del otoño. Livia encontró a Odelia esperándola para compartir el desayuno.

—Acompáñeme, por favor, me siento apenada por la forma en que le hablé anoche. Fui ruda porque esas sesiones me electrizan. Una y otra vez me digo que no me someteré a ellas, y luego me rindo.

La joven tomó su lugar en la mesa redonda que de nuevo ocupaba su sitio en el gabinete, y recibió de manos de Odelia la taza humeante. Livia se preguntaba cómo lograba aquella gente beber tanto té. Cualquier ocasión o circunstancia era propicia para embutirse litros de esa agua caliente que ella tomaba a falta de otra cosa. Recordaba con nostalgia el chocolate que compartía con los Balcarce en Buenos Aires, así como los mates que cebaba para Misely mientras la maestra colocaba señaladores en los libros que utilizarían, o comentaba con ella las travesuras de los alumnos. Livia había aprendido de Elizabeth a ser exigente sin mengua de ternura. Y al criarse entre los indios, además, había gozado de esa libertad cariñosa que su gente brindaba a los pequeños. Ambas vivencias habían sido su escuela.

—Imagino que estará usted espantada por lo que ha visto —prosiguió Odelia con tacto.

—En absoluto. Es normal que la pena por los seres fallecidos nos haga desear verlos de nuevo.

—Pero llegar al extremo de invocarlos... es cosa del diablo.

Livia aprovechó la excusa para dejar la taza en el plato.

—La verdad, señora Hamilton, yo no estoy tan segura de que no se pueda lograr una comunicación.

—¿En serio, Miss Livia?

Esa vez le tocó a Odelia abandonar el té.

—Dígame si alguna vez ha visto un espíritu y le creeré.

Livia juntó las manos sobre el mantel y contestó con seriedad.

—Los espíritus de nuestros antepasados nos protegen y acompañan. En mi tierra es común cantarles o dedicarles alguna victoria.

—¿Una victoria? ¿Se refiere a la guerra?

—Pues sí. Hemos tenido muchas.

—También aquí, en especial la última contra los estados del sur, tan retrógrados. Ignoro si los soldados habrán visto a los muertos en el campo de batalla, aunque... — y la mujer se detuvo, pensativa—. Dicen que el propio presidente Lincoln consultó a una médium.

Al ver que Livia se mostraba interesada, Odelia se alegró de poder ofrecerle ella también una curiosidad.



—Entienda usted que Abraham Lincoln era en definitiva un granjero de Kentucky, impresionable como todos ellos. Lo que se dice es que su esposa invitó a su casa a una conocida médium, la señora Maynard, o al menos así se hacía llamar, pues a veces esta gente toma nombres de fantasía. Esta mujer solía caer en trance con facilidad, y eso fue lo que ocurrió. Parece que hablaron de diferentes cuestiones y la boca de la señora Maynard mencionó un decreto que daba vueltas en la cabeza del presidente sin que nadie supiese de las presiones que sufría para aplazarlo. ¡Nada menos que el decreto de emancipación de los esclavos! Fue así como Lincoln, contrariando a todos, resolvió esa medida de inmediato, pues tomó las palabras de la médium como obra de la Providencia. ¿Qué me dice usted?

Livia se mostró impresionada.

—Esa medida fue bienhechora, entonces.

Odelia se encogió de hombros y volvió a su té.

—Otros dirían que el empecinamiento del presidente fue lo que obró el milagro.

—En todo caso el milagro se produjo, no importa de dónde vino esa fuerza ni cuál fue el mensajero.

—Miss Livia, es usted encantadoramente crédula algunas veces, y en otras, tajante como el filo de un cuchillo.

La repentina entrada de Jeremías cortó la respuesta de la institutriz, que captó la mirada salvaje que el hombre les dispensó antes de desaparecer por la puerta de calle.

Odelia bajó la suya hacia la taza.

—Discúlpelo, mi cuñado es un hombre irascible, nunca se sabe de qué humor despertará.

—Me disculpo también, señora Hamilton, debo ir a ver a las niñas si queremos que despierten el día de hoy. Me parece que son remolonas.

—En ese caso, saldrían a su madre. Mi hermana nunca fue muy inquieta.

A Livia le pareció un comentario desalmado, tomando en cuenta que la difunta había permanecido postrada durante parte de su vida. Odelia Hamilton era un enigma que a ella le encantaría descifrar para entender mejor a Cecilia.

Y, de paso, también al cuñado.

Jeremías se dirigió hacia el cuadrilátero a zancadas. Nunca daba explicaciones de sus actos y no iba a empezar ahora, por más que tuviesen a una extraña entre ellos.

Lo había perturbado encontrar a Odelia desayunando en compañía de Livia, pues ¿qué podían tener ambas en común? Detestaba que se hiciesen confidencias, en especial después de que su cuñada había pasado la noche con él. Más de una vez, durante ese tiempo, él había creído tener entre sus brazos a la extranjera. Le suscitaba curiosidad su reacción en la intimidad. Intuía que debía de ser una mujer salvaje, a pesar de sus maneras cuidadas y su discreción. Él se había criado en la calle, podía oler lo que llevaba la gente bajo la ropa al igual que un sabueso. Livia Cañumil no era

tan mesurada como aparentaba, de eso estaba seguro, pero no debía pensar en ella en ese momento.

Abrió con su llave la puerta del galpón y entró con el mismo ánimo que si estuviese rodeado de público fervoroso aclamándolo. Así había sido en Chicago: miles de voces coreando su nombre, vítores y gritos enfervorizados clamando que liquidase a su adversario en el suelo, cuando se hallaba indefenso. Él jamás había escuchado esas voces. El fantasma golpeado de Hermoso John lo acompañaba en cada *round*. Homer lo entendía. Y callaba. El viejo manager estaba tan afectado como él, aunque fingía para no distraerlo. El nombre de El Gran Robin ya se mencionaba en los titulares y no convenía desempolvar recuerdos tristes. Corría mucha plata. De eso Jeremy veía solo una parte, después de separar lo que le tocaba a Homer. El resto había sido para los hombres que le abrían paso con su dinero y sus contactos. En eso, Chicago resultó ser más acogedora que Nueva York. Las apuestas eran ríos de ganancias y pérdidas que pasaban de mano en mano. Trifulcas y promesas. Toda una vida de avería a la que se fue acostumbrando. Para un irlandés pobre que se defendía a los golpes en las callejas de la gran ciudad, pelear arriba de un *ring* no era ningún problema, solo debía recordar las cosas malas que le habían pasado: la prostitución de su madre, el abandono del padre... Era fácil. La ira ciega dirigía sus puños, y su habilidad y su destreza hacían el resto.

Se quedó en pantalones, con el torso desnudo. Envolvió sus manos con tiras de cuero, como se hacía en los viejos tiempos, antes de que Jack Broughton inventase el mínimo acolchado que luego se convertiría en los guantes de boxeo.

—Si me vieses, Homer —se dijo con sorna, antes de propinar el primer golpe a la bolsa de arena que colgaba de la viga más baja.

El viejo manager no supo defenderlo de aquellos chupasangres. Lo pudo sacar de la escoria de las calles, pero no alcanzó su sapiencia para salvarlo de los magnates del negocio.

Enfurecido ante el recuerdo, Jeremías sacudió la bolsa con tres golpes consecutivos, sin segundos de por medio. «Golpe por golpe», fue el lema que le metió Homer en su cabeza mientras lo entrenaba, para reemplazar el que Jeremías tuvo en su vida errante.

—*Más importante que pegar es no dejarse pegar* —discutía él entonces.

—*No, muchacho* —le retrucaba Homer—, *ahora debes pensar en grande, en las esperanzas puestas detrás de ti. Con este oficio puedes morir pobre o hacerte rico, tú decides. La verdad está en tus puños.*

La verdad de Jeremías lo llevó a lujosos salones de casinos y a los *boudoirs* de las prostitutas caras. Todos negociaron su sangre en el cuadrilátero, incluso Homer, pese a que, en su sencilla manera de ver el mundo, lo condujo con destreza a través de la maraña de mendigos, locos y crápulas que pululaban por las grandes ciudades. De ahí lo sacó limpio, lo malo vino después. Matar a Hermoso John fue solo el principio.

Livia caminaba bajo la ventisca del brazo de Cecilia y siguiendo de cerca los brincos de Samanta. Era imposible pensar en una salida sin la pequeña, y la maestra decidió utilizarla en su beneficio.

—Ve contando los pasos, para que tu hermana los aprenda de memoria —le indicó.

—¡Ella no me oye! —replicó alegre la niña mientras sacaba la lengua de manera impertinente.

—Yo se lo explicaré. ¡Y no hagas muecas, jovencita!

Una risa cantarina fue la respuesta. Samanta se complacía en hacer renegar a la maestra que su padre había llevado solo para Cecilia. Siempre Cecilia. Todo cuanto se hacía era por ella o a causa de ella. Si molestaba, se le buscaba una escuela. Si de pronto era apropiado ocuparse de Cecilia, se contrataba una institutriz. ¡Extranjera! A Samanta le gustaba escuchar a Livia, repetía en secreto sus defectos de pronunciación y la imitaba en su manera de moverse. Estaba encandilada. Nunca había conocido a una mujer tan interesante. Y, sobre todo, nunca supo de nadie que le prohibiese comer caramelos a toda hora, o la reprendiese por sus maneras en la mesa. Cuando arguyó que Cecilia comía con las manos también, Livia le espetó:

—¿Acaso estás ciega?

Samanta no quería reconocer cuánto admiraba y respetaba a la institutriz. Estaba celosa de que se la hubiesen asignado a su hermana y no a ella, por eso la importunaba en todas sus clases.

—¿Iremos al faro de la isla?

—No.

—¿Por qué? La vez pasada estuvo lindo.

—Volveremos a ir en el momento apropiado.

—¿Cuál será ese momento?

—El que yo diga.

—Le diré a mi padre que no me permites ir de excursión.

—Díselo, para que sea él quien te lleve y yo pueda conducir a Cecilia más despacio.

Esa réplica le cerró la boca por unos momentos.

Livia suspiró, agotada. A veces temía perder la paciencia con Samanta, pero sabía que era lo que la niña pretendía, de modo que puso en práctica el sistema que usaba con los alumnos más cabeza dura de la escuela. Empezar de nuevo, siempre empezar de nuevo. Percibió un estremecimiento en Cecilia y la miró. La niña levantó el rostro como si aspirase un aire distinto. Livia tomó su mano y dibujó: «agua».

Cecilia sonrió. Ya sabía que esa palabra significaba frescor. Animada, la institutriz guio sus pasos hacia la orilla y le hizo hundir la mano en la espuma. Cecilia ensanchó su sonrisa.

—¡Está fría! —gritó Samanta haciendo cabriolas en dirección al faro.

La silueta de Elijah se perfiló entre las matas. Livia agitó la mano en su dirección y siguió escribiendo sobre la palma de Cecilia. Al rato, el hombre se reunió con ellas.

—Ya pasó la tormenta —les dijo a modo de saludo.

Livia observó que miraba a Cecilia con fijeza.

—Habrá tenido trabajo para dirigir a los barcos anoche.

Elijah esbozó una sonrisa despreciativa.

—El que se lance a la mar con semejante tempestad merece caer en el abismo.

Esa respuesta alertó a Livia acerca del hombre al que había tomado por un inofensivo pueblerino. Sus ojos azules se veían demasiado brillantes, y no le gustó el modo en que se clavaban en la jovencita. Sin querer, le transmitió a esta su inquietud y el rostro de Cecilia se ensombreció.

—Vámonos, Samanta —dijo Livia mientras agregaba, a manera de disculpa—: hace frío, más del que supuse.

Eligió caminar fuera del sendero para despistar al hombre, que continuaba mirándolas alejarse. Los pies de Livia casi saltaban entre las matas, en su afán por poner distancia. Pronto tuvo a Samanta protestando a su espalda, y a Cecilia colgando de su brazo con expresión angustiada. Decidió detenerse unos momentos.

—Descansemos aquí —propuso, ante un jardín que nacía en la parte trasera de un cobertizo.

El edificio daba reparo frente al viento de la costa y servía de abrigo a unos macizos de dalias multicolores. Las tres acomodaron sus faldas entre la hierba y se dispusieron a tomar respiro de la carrera que habían hecho. Livia explicaba con sus labios a Cecilia dónde se encontraban, mientras que Samanta se echaba boca arriba y emitía toda clase de ruidos para atraer a las aves que pasaban en vuelo rasante rumbo al mar. El portón de chapa del galpón oscilaba a merced del viento. Dispuesta a acabar con ese molesto chirrido, Livia se levantó.

Se paralizó al ver que no estaban solas.

En la penumbra reinante, un hombre brincaba con cierto ritmo. El asombro se tornó estupor cuando un rayo de sol atravesó la rendija y dio de lleno en el rostro del deportista. ¡El señor Robinson! En cueros y golpeando con saña una bolsa que parecía a punto de reventar. Livia se coló adentro y cerró la puerta tras ella con sumo cuidado. Estaba a punto de saber algo sobre el padre de las niñas y no quería desperdiciar la oportunidad.

En el reluciente torso de Jeremías se perfilaban los músculos que ondulaban en cada golpe. Los brazos, que ella solo conocía cubiertos por elegante paño, se ensanchaban por ese esfuerzo propio de un Hércules. Una faja en su cintura resaltaba la estrechez de las caderas y en las manos, un manojo de trapos deshilados colgaban como tiras de piel. El cabello despedía gotitas de sudor en todas direcciones, a medida que Jeremías esquivaba golpes imaginarios. Cada tanto, detenía el vaivén de

la bolsa para encajarle una trompada brutal, con una interjección que más parecía un desahogo que una palabra con sentido.

Livia quedó hechizada por los movimientos, una estudiada coreografía que combinaba precisión y agilidad. Jeremías iba y volvía, saltaba y esquivaba, se agachaba y emergía de pronto como una ola imprevista, y la bolsa de arena ya estaba descosiéndose en las juntas. La joven casi no respiraba, temerosa de interrumpir aquella danza guerrera que le recordaba el ímpetu de sus ancestros, las acometidas para terminar con el blanco, las historias de malones que presenció de pequeña y escuchó mentar luego, en las que el gaucho de los fortines y el indio se medían en idéntico salvajismo. El señor Robinson le pareció entonces más cercano a sus raíces y a su mundo, ya no era el aristócrata indiferente a su hija y entristecido por la viudez, sino un hombre que luchaba a golpes contra el destino, sacando de su interior la rebeldía y desafiando al que quisiera vencerlo a fuerza de desgracias. Esa repentina imagen del patrón la conmovió tan hondo que no reparó en que Samanta la había seguido.

—¡Miss Livy! —llamó la niña.

Y el hechizo se rompió.

Jeremías se volvió con la ligereza de un felino.

—¿Qué hace usted aquí? —bramó, y el eco desparramó sus palabras por todos los rincones.

—Miss Livy nos trajo a la carrera desde el mar —la delató Samanta con satisfacción.

Jeremías detuvo el saco de arena y permaneció unos segundos indeciso. Lo último que deseaba era mostrarse ante la niña y aquella intrigante mujer semidesnudo y practicando un deporte que a las damas resultaba repugnante. Había sido sorprendido, sin embargo, y no cabía disimular.

—Estaré con ustedes en un segundo.

Livia entendió la indirecta y tomó la mano de Samanta para salir.

—¡Quiero quedarme! —protestó la niña, pateando el suelo.

La institutriz la arrastró hacia afuera y cerró el portón con tal fuerza que el estampido hizo saltar a Cecilia. Hasta la tierra había vibrado. Se reunió con la jovencita y aguardó, el corazón latiéndole de prisa ante la conmoción del espectáculo. Ella nunca había visto algo así. En su país algunos caballeros practicaban la esgrima, un deporte que se estimaba elegante, y luego estaban los duelos, prohibidos por la ley y realizados en parajes recónditos, para que no hubiese más testigos que los necesarios. Eran antiguas prácticas masculinas. Livia jamás supo de alguien que trompease una bolsa de lona con tanto ahínco.

El señor Robinson apareció ante ellas peinado hacia atrás, con la camisa abierta en el cuello, pero cubierto por una chaqueta de lana. Lucía como un hombre que había decidido dar una caminata bajo el viento marino. Llevaba las manos en los bolsillos.

—Señoritas —comenzó—, se encuentran lejos de la casa hoy.

Livia dirigió la vista hacia Blue House, que destacaba como una caracola deslucida en la mañana gris.

—Dimos el paseo de costumbre —explicó, sin contrariar al patrón.

—Me parece bien, siempre que no tomen frío. Los inviernos de Newport son peligrosos.

—Papá, Miss Livia no quiere que vayamos a la isla del faro.

La interrupción no tuvo el efecto que Samanta esperaba, pues el padre clavó en ella sus enigmáticos ojos con un sentimiento indescifrable.

—Y lo bien que hace. No quiero que vayan nunca allí. Ella lo sabe —la mirada cambió de diana y se posó en Livia, desafiándola a replicar.

La institutriz contestó con calma.

—Iremos cuando mejore el clima, si Cecilia está dispuesta. Más adelante —agregó, al ver que el semblante de Jeremías se endurecía.

—Permítame unas palabras —dijo él de pronto, mientras tomaba del brazo a Livia y la alejaba de las niñas.

Avanzaron a los tropezones entre la hierba hasta alcanzar prudente distancia. El hombre la encaró sin soltarla.

—Creí que había entendido mi orden de no llevar a las niñas a la isla. ¿La otra vez no fui claro?

—Señor, yo tomo los paseos como una instrucción para Cecilia. Ella aprende mejor al aire libre. Siempre que el clima lo permita, por supuesto.

—Cuando el clima lo permita, irán en la dirección contraria.

Los ojos de Livia exigían a las claras una explicación, y Jeremías maldijo a las mujeres instruidas que buscaban la lógica en todo cuanto se les decía. Soltó su brazo y miró por encima de la rubia cabeza hacia el sitio prohibido.

—En este pueblo hay gente indeseable. Habrá notado que el vigía del faro es un sujeto extraño —y el señor Robinson parecía morder las palabras que pronunciaba.

—Sí, Elijah me llamó la atención —reconoció Livia.

—¿Elijah? ¿Elijah? ¿Lo llama por su nombre, como si hubiere intimado con él?

La furia de Jeremías se desató sin previo aviso.

—¿Acaso está coqueteando con ese miserable? ¿La ha conquistado con su apariencia de joven inofensivo? —Volvió a tomarle el brazo, esta vez para sacudírselo—. Si vuelvo a saber que usted llega hasta aquí, con o sin las niñas, se irá por donde vino, señorita Cañumil. ¡Y sin su salario! No espere cartas de recomendación. La perseguiré por todo el Estado para impedir que consiga otro empleo.

Aunque le sorprendió aquel ataque desmedido y le dieron ganas de replicar, Livia no pudo evitar pensar que esa mano que apretaba su brazo era la misma que casi había deshecho la bolsa de lona con sus macizos golpes.

Tragó saliva y alcanzó a responder, con voz bastante serena:

—Si usted hace eso, señor Robinson, lo denunciaré por malos tratos.

Jeremías se quedó observándola, consternado. La extranjera lo desafiaba de nuevo. Y lo ponía en su sitio, por otra parte. Él no tenía derecho a intimidarla. Se había dejado llevar por el pánico. Otra vez aparecían los demonios que envenenaron su vida. Pensar en Elijah lo había hecho perder la razón. Debía tranquilizar a la señorita Cañumil.

—Discúlpeme, he sido un bruto. Pensaré que soy capaz de golpearla después de haberme visto boxear.

—¿Así se llama eso que usted hacía? —se interesó Livia, de repente olvidada del asunto.

—Es lo que hice en mi juventud. Se paga bien por ello, siempre que uno no quede baldado por un mal golpe del adversario. He tenido suerte.

—Ha de ser más bien porque es bueno en esto —adujo Livia.

—¿Coquetea usted ahora conmigo, señorita Cañumil?

La mirada de espanto de Livia lo hizo sonreír, y el rostro masculino se iluminó como nunca antes; adquirió un encanto imposible de adivinar en ese ceño siempre fruncido y la boca amarga. Livia comprendió por qué Alma Robinson había caído rendida ante aquel hombre, y también por qué Odelia dejaba traslucir su rencor a veces. ¡Estaba prendada del cuñado!

La revelación la dejó muda.

—Olvídelo. No le gustará saber los entretelones del boxeo, son demasiado ásperos para una dama.

—Al contrario, señor Robinson, me interesan. Nunca había visto a nadie pelear de ese modo.

Jeremías la contempló con intriga.

—Y ahora que recuerdo, usted me propinó un buen rechazazo aquella vez que... hablamos, ¿no es cierto? Creo que está tratando de sonsacarme secretos para repetir el golpe.

Él bromeaba, algo que Livia nunca creyó posible, y se dejó llevar por el momento ligero.

—¿Me enseñaría usted? —propuso con descaro.

Jeremías se echó a reír. Por primera vez en mucho tiempo soltó una risa auténtica, de placer y diversión. Y se la había arrancado aquella mujer extraña que también le resultaba fastidiosa. Insólito. Moderó su humor para contestar con seriedad.

—Veremos. No está del todo mal que una dama sepa defenderse. Del vigilante del faro, por ejemplo —la miró, intimidatorio, para recordarle que en eso no había cedido.

—Le tomo la palabra.

Livia sonrió también, y esa boca ancha de dientes blancos cautivó la atención de Jeremías.

Cuando la institutriz sonreía, mostraba un lado travieso que nunca permitía asomar. Era significativo que ambos bajasen la guardia al mismo tiempo.

—¡Papá!

La insistencia de Samanta los devolvió a la realidad.

—¿Van a conversar toda la mañana? ¡Ya tengo hambre! Y Cecilia está aburrida.

Livia tomó eso como una reprimenda y corrió a hacerse cargo de la jovencita. Se la veía quieta y triste, como si adivinase que la habían olvidado por un momento.

—Ven, querida —le dijo mientras la tomaba del brazo—, es la hora de tu lección.

Jeremías caminó detrás de ellas, con las manos en los bolsillos y Samanta revoloteando a su alrededor. Hacía tiempo que no vivía un rato tan distendido.

Sin duda, la presencia de Livia Cañumil había influido en ello. Qué notable.

Dos días después llegó el paquete tan anhelado por Livia. Desató con impaciencia los hilos de la encomienda y descubrió alborozada que Anne Sullivan había cumplido con creces su pedido. Había un libro de preciosa encuadernación: *El pequeño Lord*, y un fascículo de *Notas sobre América*, de Charles Dickens, con la vida de Laura Bridgman. En un papel de delicada filigrana, Anne había escrito: *léala usted, ya me contará su parecer*.

Encontró también una libreta en la que había detallado algunas indicaciones sobre la instrucción de Cecilia, basadas en la experiencia que Anne había tenido con Helen.

A simple vista, saltaron ante Livia las siguientes:

objeto = nombre  
nombre = pensamiento

Livia leyó a toda prisa y supuso que la señorita Sullivan le estaría indicando cómo darle sentido a lo que Cecilia aprendía. Ya estudiaría aquellas notas con más tranquilidad. Siguió rasgando envoltorios y encontró una muñeca de trapo con enormes botones por ojos, un libro con caracteres en relieve y un instrumento que Livia no conocía: alargado como una vainilla metálica y lleno de agujeros en el borde superior. Tenía grabado algo que tampoco pudo descifrar.

Ansiosa, Livia desplegó la carta de Miss Sullivan, dos hojas repletas de prolija caligrafía.

*Mi estimada Livia,  
apenas he podido esperar a reunir todos estos regalos para enviárselos.  
Quiero que los tenga cuanto antes, para dar a Cecilia la oportunidad de  
esperanzarse con sus avances. Sé que lo hará usted de la mejor manera  
posible, pero me permito contribuir con algunos consejos.  
El primero es sencillo de decir y no lo ignora usted, que es maestra.*



No desista. Puede parecer una tarea ímproba, pero cuando empiecen los pequeños logros, entrará en una pendiente imposible de parar.

Me pregunta usted sobre los padres de Helen. Pues bien, ellos fueron un obstáculo al principio. El capitán Keller tanto me daba alas como me las cortaba, y la madre, que ama a su hija con locura, se enternecía demasiado como para dejarme actuar con la dureza que ella necesitaba. Tuve que luchar en ambos frentes, pero salí victoriosa. Cecilia no ha de ser más rebelde que Helen, y sin duda es igual de inteligente. Su misión será un éxito.

Le envió también algunas novedades.

La libreta contiene fórmulas que he ido aplicando. Me disculpo si le parecen toscas, porque en realidad no me esmeré en relatarlas, sino que usé el sistema matemático, con signos que indican sumatorias, restas o relaciones entre los temas. Si las sigue con paciencia y detenimiento, verá que son progresivas. Asociar palabras a sensaciones fue la clave siempre. Cuando Helen tocó el agua por primera vez, esa revelación marcó el comienzo de su aprendizaje. Asoció la frescura a la palabra que luego le enseñé, y ya nunca la olvidó.

También le incluyo un libro con caracteres Braille. Será para la segunda etapa, ya que no podemos pedirle que avance a los saltos. Por otra parte, tendrá que estudiarlos usted también. Se abrirá un mundo ante Cecilia cuando pueda leer por sí misma. Mientras tanto, vaya leyéndole de a poco El pequeño Lord. Helen lo adoró.

La muñeca, como sabrá, es para estimularla. Quizá nadie se ocupó de darle a Cecilia nada que fuera propio. Sospecho que la ceguera de esa niña afecta sus emociones tanto como sus ojos.

Otro consejo que le doy es que fije horarios y reglas para el aprendizaje. Es tan importante como el descanso. No permita que Cecilia se adueñe de su tiempo, ni que le exija algo que usted no está dispuesta a dar. Estos niños, cuando son inteligentes y descubren que pueden superar su desventaja, se vuelven ansiosos y tiranos.

¡Ojalá estuviéramos más cerca para poder conversar a gusto a la hora del té!

Confío en que el clima sea benéfico allá en Newport (no suele serlo) y que vuelvan antes del pleno invierno. ¡Que la nieve los encuentre en Boston!

Escríbame sin dudar, querida Livia, estaré impaciente por responder.

Suya, con afecto,

Anne Sullivan

PD: me olvidaba de algo importante para usted, según pude intuir en su carta. ¡Los irlandeses! ¿Qué puedo decirle, si yo misma llevo esa sangre en

*mis venas? Somos tozudos, temperamentales, y nos gustan los desafíos. ¿Qué duda cabe? La armónica perteneció a mi abuelo. Nunca pude arrancarle un sonido, pero si usted lo logra, tendrá consuelo en sus días de abatimiento. Aunque Cecilia no oye, captará las vibraciones. La inscripción es en gaélico, y entiendo que significa: «Ten fe y lo tendrás todo».*

*Muy irlandés.*

*Renuevo mis votos por su éxito.*

*Anne*

Livia se sintió plena de euforia. Multitud de proyectos invadían su mente a partir de los consejos de Anne y ante aquellos regalos. Estaba en el buen camino, y saberlo la alentaba. Todo lo demás, los sentimientos ocultos de Odelia Hamilton y las veladas amenazas del señor Robinson pasaron a un segundo plano de inmediato. Ella se encontraba en su elemento cuando se trataba de ponerse a trabajar. Si bien no tenía sangre irlandesa, se identificaba con esa rebeldía innata que supo reconocer en su primera maestra. Guardó la muñeca en su alforja para dársela a Cecilia como premio a las lecciones del día, y emprendió el descenso de la escalera para reunirse con su alumna.

Se hallaba sentada en un banco tapizado junto a la ventana, alzado el rostro hacia ese pálido reflejo que entibiaba el rincón. Con los ojos cerrados y la boca suave y distendida, parecía menor de lo que era. Livia se acercó con precaución para no sobresaltarla y tocó el dorso de su mano, una señal de su presencia.

Cecilia sonrió. Todo su cuerpo clamaba por un contacto cálido, y aquella mano fuerte le transmitía una seguridad que nunca había sentido. La maestra nueva tenía un modo de apretar que le infundía ánimo. En su mente se dibujó la palabra que le había enseñado: «mano». Luego, en inevitable asociación: «calor». La mano áspera de Livia, en contraste con las de su madre, que le envolvían el rostro como una corola perfumada, revelaba que la extraña que se ocupaba de ella había llevado una vida dura. Recordaba la sensación de tocar a la nana de su infancia, piel blanda que olía como el interior del ropero donde la anciana hurgaba en busca de sus ropas. Cecilia se estaba especializando en el lenguaje de las manos, el del simple contacto. Podía sentir la frialdad de algunas personas con solo tocar la punta de sus dedos y absorber el calor de otras con un leve roce. La tía Odelia apenas la tocaba. Samanta le daba manotazos, aunque los prefería a la indiferencia. Algo le faltaba, sin embargo, intuía un vacío que no había sido llenado y añoraba aquel contacto ausente. Cada vez que aquella mano la eludía, se acentuaba la presión de los dedos de su maestra. Sin darse cuenta, Livia le anunciaba la presencia esquiva que Cecilia anhelaba.

—Querida, dame tu mano para que te muestre algo.

Livia dibujó en la palma la palabra «libro» y a continuación puso en ella *El pequeño Lord*. Atenta a la reacción de la jovencita, no percibió que estaban siendo observadas. Detrás del cortinado que antecedió al despacho, Jeremías contemplaba el

interludio, ahogado por sentimientos de emoción y rechazo. Con los dientes y los puños apretados, vio el arrobamiento que invadió a Cecilia y la sonrisa de triunfo de su maestra. Las percibió como un capullo de intimidad inviolable. Nadie nunca había llegado tan lejos, nadie obtuvo de la niña una sonrisa tan diáfana, ni siquiera Alma, ya que la propia desgracia de la madre perturbaba la relación con la hija. Jeremías se hallaba frente a una verdadera revelación de lo que podía lograrse con tesón y paciencia.

Y lo perturbaba.



## CAPÍTULO 9

**A** la visita intempestiva de las hermanas Fox sucedió la de otras personas que prometían contacto con las almas de los muertos. Cada noche de viernes, llegaba a Blue House alguien que presidía una sesión, con diferente resultado. Jeremías Robinson insistía en que Livia participase en ellas, y gracias a eso Odelia Hamilton pudo excusarse algunas veces. El estado de ánimo del dueño de casa oscilaba entre la ansiedad y la furia. Una noche echó a cajas destempladas a un tal Vesubio, que con ese estrafalario nombre ofrecía idéntico fiasco. Livia se había ido familiarizando con aquellas personas que lucían algo tristes, como si cargar con ese don que no habían pedido fuese una pesadilla. El clima se tornó opresivo en la casa veraniega, a punto tal que los criados intentaban pasar desapercibidos y Odelia fingía jaquecas para permanecer en su cuarto a la hora de las comidas. El encanto fugaz del señor Robinson, que Livia había atisbado aquella mañana fría, se diluyó como la brisa otoñal bajo el aguanieve que azotó Newport en esos días.

Hasta que apareció la señora Pombal.

Madame La Nuit, como se presentó ante ellos y nadie la desmintió, provenía de Inglaterra, donde sus contactos en la Sociedad Dialéctica le habían valido la invitación a demostrar sus dones en América. Se encontraba en una especie de gira mediúmnica por la costa este del país, de modo que era obligado ofrecerle alojamiento mientras estuviese en Newport.

Instalaron a la médium extranjera en el altillo, pues no había otra habitación disponible en Blue House, y mudaron a Livia al cuarto de las niñas. El traslado fue hecho bajo la dirección de la señora Sims, que la miraba de soslayo, sonrojada, mientras supervisaba que no faltase nada de las pertenencias de una y otra huésped.

—Será solo por unos días —aclaró con precipitación antes de bajar a la sala—, el señor ruega que lo disculpe.

Livia sabía que eso corría por cuenta de la pobre ama de llaves, sin duda acongojada al verla reducida en sus comodidades, y que el padre de Cecilia estaría demasiado ensimismado como para reparar en esas menudencias.

Madame La Nuit agradeció con elegancia la cortesía de cederle el cuarto, y luego se encerró en él, al parecer sin deseos de alternar con la familia antes de esa noche. Odelia debió asistir a la sesión en deferencia a la invitada de honor, aunque en su rostro pálido y desencajado se adivinaba el disgusto. Livia intuyó la discusión con el cuñado. Había acudido también un vecino que de manera ocasional se hallaba en Newport y se mostraba interesado en presenciar aquellos fenómenos de los que toda Nueva Inglaterra hablaba.

Después de haber tomado una cena temprana, como se acostumbraba allí, pasaron al despacho, de nuevo acondicionado para la ocasión. Madame La Nuit tenía sus propias ideas al respecto. Exigió que armasen un reservado para ella, ya que su trance

exigía privacidad, y hubo que acarrear un biombo del piso alto para delimitar un rincón, en el que se encendió una bujía de gas velada por un pañuelo. Del otro lado, la silueta de la médium se veía como en un teatro de sombras chinas. El ánimo del señor Robinson era indescifrable, parecía más reconcentrado que de costumbre. Livia se contentó con observar a la señora Pombal mientras aguardaba que se cumpliesen sus instrucciones. El perfil de la mujer era extraño, anguloso y prominente, algo que de frente no se advertía. Llevaba el cabello negro y lustroso, apretado en ondas sobre el cráneo delgado, las cejas finas y arqueadas, y los ojos, que en las hermanas Fox y otros médiums parecían agrandados en el rostro, eran perlas pequeñas y oscuras. Su mirada hendía como el filo de un cuchillo. Más de una vez, la mujer miró de soslayo a esa joven alta y silenciosa cuya presencia la inquietaba. Había esperado verse a solas con el dueño de casa que, según le dijeron, porfiaba en saber de su esposa muerta, y ahora se encontraba con ese grupo de desconocidos. En Inglaterra reinaba el escepticismo y sabía a qué atenerse, pero allí en América, donde los médiums eran legión y el público estaba ansioso por ver los fenómenos, ella se exponía demasiado. Todos tendrían con quién comparar, y era sabido que los médiums rara vez congeniaban entre ellos, solían ser desconfiados y nunca aceptar los dones del otro. De todas formas, para Madame La Nuit era imposible permanecer en Newcastle, donde había sido duramente criticada por la prensa inglesa, eterna enemiga de los intermediarios de los espíritus. Era importante impactar en el ánimo de aquellos americanos, para que la recomendasen a otros y así pudiese emprender un nuevo camino en su profesión.

—Ya está todo listo, señora Pombal.

Madame La Nuit pidió que le permitiesen concentrarse unos momentos detrás del biombo.

—Pueden ubicarse en sus lugares mientras tanto, que yo empezaré el trabajo en voz alta, para alertarlos.

Livia ocupó como otras veces la izquierda de Jeremías; Odelia el otro flanco, y Herbert Monck, el vecino, la cabecera opuesta. Este hombre conservaba una actitud expectante teñida de desconfianza. Sin duda la médium, perceptiva como era, lo había captado, pues antes de perderse tras el biombo aclaró:

—Es importante el común acuerdo en estos casos para que la cosa funcione. Una corriente adversa aleja a los espíritus. Ya ha ocurrido cuando los miembros de las comisiones de investigación asisten, ellos son un freno para las apariciones.

—Proceda, señora Pombal —la atajó Robinson—, que todos aquí confiamos en su honestidad.

Cuando quedaron en penumbras, Livia juntó las manos sobre la mesa y aguardó. Su propia intuición, que no era mediúmnica pero sí muy afinada, percibió esas corrientes adversas a las que se refería Madame La Nuit. Odelia y el señor Monck no estaban de parte de la invocación, solo asistían, la una por obligación, el otro por curiosidad malsana. Sin duda, su propósito era divulgar las excentricidades del dueño

de casa entre sus amigos. Formaba parte de esa élite diletante que frecuentaba Newport en verano y Nueva York en invierno, en una ola continua de diversión y ocio. Su aspecto elegante de estudiado descuido lo delataba.

Después de unos momentos de silencio incómodo, Madame La Nuit dijo:

—Tómense de las manos para crear el ambiente propicio —y a continuación comenzó a invocar al espíritu:

—Si eres tú... preséntate —dijo con voz ahuecada—. Haz un gesto, una señal que podamos ver.

La mano de Jeremías era cálida y poderosa, Livia sentía estrujados los dedos, mientras que la de Herbert le resultaba flácida y fría, le repugnaba. Se preguntó si Cecilia percibiría esas diferencias también entre las personas.

—Déjanos saber que estás ahí —continuaba Madame La Nuit.

Su silueta se adivinaba difusa tras el biombo de delicado papel japonés. Se hallaba sentada en una silla, y a pesar de que insistió en que ligaran sus manos para dar veracidad al asunto, el señor Robinson no lo había consentido.

—Estas personas quieren verte —siguió diciendo con gravedad—. Si tienes algo para mostrarles, ven.

Livia ignoraba que se pudiera hablar con tal familiaridad a los espíritus. Entre su gente, las invocaciones eran más solemnes, rodeadas de cánticos y regadas con bebidas espirituosas. Madame La Nuit no parecía necesitar del licor como las hermanas Fox.

—Acércate, danos una prueba de tu presencia. Sabemos que quieres decirnos algo.

Un olor rancio, el mismo que había inundado el cuarto la primera vez, asaltó los sentidos de Livia. Ella miró a Jeremías para saber si él lo percibía también, y encontró al hombre con los ojos cerrados y tal expresión de dolor que se asustó. La médium proseguía sin pausa.

—Alma Robinson, si estás ahí, si no puedes ir a la región más alta donde todo es luz, es que algo te retiene. Libérate, para que tu esposo te permita irte.

Jeremías abrió los ojos. El recuerdo lo laceraba. Había amado a Alma con toda la fuerza de sus sentidos y con el ímpetu del que tuvo que abrirse camino entre la mugre para por fin respirar el aire puro. Ella encarnaba esa pureza, lo había salvado, o al menos eso había creído él. Su salvación dependía ahora de la verdad que se le retaceaba.

—Ven —insistía la médium—, queremos saber qué tienes para decir.

Detrás del biombo se perfiló una sutil neblina que parecía desprenderse del cuerpo de Madame La Nuit. Esta permanecía tesa, con los ojos cerrados, mientras esa niebla pugnaba por cobrar forma. Livia miraba con los ojos muy abiertos cómo aquella pastosidad se alargaba y subía desde la cabeza de la médium, primero como el humo de una fogata, luego como una luminosidad nacarada que se volvía más consistente, hasta que fue con claridad una figura femenina. Flotó por sobre el

biombo hacia los asistentes. Se ubicó tras Herbert Monck por un breve tiempo, luego saltó hasta Odelia, reticente a aceptar lo que veía, y cuando llegó a Jeremías, algo la impelió a saltarlo para quedarse tras la silla de Livia, que sintió el hálito caliente tras la oreja. Cosa curiosa, la presencia del espíritu no la alteró, al contrario, experimentó una serenidad tal que se permitió oprimir la mano de su patrón. Este la miró, y en los ojos del hombre había un ruego que Livia no podía satisfacer, una necesidad visceral que la conmovió hasta el alma. Él dependía de aquella sesión. Livia mantuvo su mano en la de Jeremías con el deseo de confortarlo, y él le devolvió el apretón hasta resultarle doloroso, pero así y todo no se soltó.

La voz de la médium, de pronto más aguda y chillona, los sobresaltó.

—¡Otra vez no! Iris, te dije que no vinieras si no te llamaba. Estamos invocando a otra.

La niebla se diluyó como el humo al viento.

Madame La Nuit salió de su rincón con el aire de una mujer despechada.

—Me disculpo. Hace tiempo que Iris está conmigo, y no sabe cuándo mantenerse distante.

—¿Quién es Iris? —preguntó divertido Herbert, que ni por un minuto creyó aquella farsa.

La médium le dirigió una mirada fría.

—No pretendo que usted lo entienda, señor. Desde el principio supe que su presencia era perturbadora. Ha venido a fisgonear, a espiar para denunciarme como embaucadora.

La acusación tiñó los pómulos del vecino, que quizá no había planeado llegar tan lejos.

—Me ofende, señora.

—Señor Robinson —dijo ella sin atender al invitado—, le ruego me dispense por esta noche. Ha habido una irrupción no deseada. Iris es una niña que murió ahogada en un lago en las montañas, y desde hace tiempo viene a mí sin que yo la invoque. Es de esos espíritus que colaboran cuando se trata de demostrar la veracidad de mi profesión, pero que en casos como este, en que necesitamos hablar con otros, no conviene que aparezca. Ella, por supuesto, se resiste a mantenerse apartada, también tiene cosas que decir.

Livia hubiese querido preguntar más sobre Iris, las circunstancias de su muerte, por qué seguía a Madame La Nuit en especial, pero Jeremías Robinson no parecía interesado en nada de eso y se limitó a responder:

—Gracias por sus servicios, señora Pombal. Mañana por la mañana tendrá su retribución.

—Señor Robinson, no cobraré un céntimo sin que haya usted logrado su propósito de hablar con su esposa. Me tengo en alta estima, y no permitiré que un sujeto malintencionado eche a perder ese prestigio.

—Aquí no se trata de usted, señora. La contraté para lograr algo que no obtuve. Puedo esperar a que aparezcan mejores oportunidades.

No podía haber dicho nada más ofensivo para la pobre Madame La Nuit. Livia sintió pena por ella al ver que apretaba los labios hasta casi desaparecerlos. Los ángulos de su rostro estaban más marcados, y acusó mayor edad de la que se suponía al principio.

—Mi cuñada la conducirá a sus aposentos y hará que le sirvan algún refrigerio para que se reponga de su esfuerzo.

Odelia reveló su desprecio y el disgusto que le producía verse tratada como una sirvienta.

—Que lo haga Miss Livia —dijo—. No me siento bien.

Hubo un duelo de miradas entre ambos, y al fin Jeremías cedió.

—Está bien. Señorita Cañumil, ¿podrá usted...?

—Claro que sí —repuso Livia, contenta de poder satisfacer su curiosidad.

Acompañó a la médium escaleras arriba, aliviada de no tener que enfrentar el descontento de los demás asistentes. Herbert había quedado muy ofendido, y Odelia estaba que trinaba. En cuanto al dueño de casa, su humor había empeorado de manera visible.

—Pensará usted que soy una estafadora.

Las palabras de Madame La Nuit al verse a solas en el cuarto la sorprendieron. Esa mujer debía de haber sufrido bastantes ignominias en su vida de mediadora de espíritus.

—He visto algo —repuso Livia—, no sé qué es pero ahí estaba, detrás de mí.

—Gracias. Es más de lo que admiten muchos. Temo que mi reputación quede manchada antes de empezar en América. Tuve muchos problemas en mi país a causa de las sociedades de investigación y, sobre todo, por culpa de la prensa. Han sido crueles.

—¿Ellos no veían los fenómenos?

—Claro que sí. Pero no los admiten, del mismo modo que en su momento la Iglesia no admitió las teorías de Galileo y lo condenó, a pesar de que bastaba mirar a través del telescopio. Y aunque estos hombres de ciencia viesan y palpasen a los espíritus, dirían que se trata de magia o ilusionismo.

—Quizá tengan miedo de que echen por tierra sus convicciones.

Madame La Nuit miró con intriga a Livia.

—¿Es usted americana?

—Vengo de Sudamérica, de un país poco conocido aquí.

—Ha de ser un sitio interesante. Usted lo es.

Livia no encontró respuesta. Aquella mujer no precisaba que le relataran vidas de otros sino desahogarse sobre la suya. Además, con ella podía sacar mejor provecho



de las clases tomadas en Buenos Aires, le resultaba más comprensible el inglés en boca de Madame La Nuit.

—Cuénteme por qué vino hasta aquí, si ya era usted una médium reconocida en Inglaterra.

La mujer se sentó en el borde de la cama y cruzó las manos sobre su regazo. Era alta y delgada, llevaba zapatos de tacón y perlas. A Livia le resultaba distinguida, como si se tratase de una marquesa o algo parecido.

—Me he formado junto a Madame Blavatski —comenzó a decir con la mirada fija en la ventana desde la que se atisbaban las luces del puerto—, asistí a sus sesiones cuando descubrí en mí misma la facultad de provocar fenómenos, pero ella acabó por darle a la presencia espiritual otro significado. ¿La conoce usted?

—Nunca oí hablar de ella.

—Es rusa. Tengo entendido que estuvo aquí en Vermont, y que el coronel Olcott la apadrinó. En su presencia se materializaban espíritus que hablaban ruso, pero también comenzó a presentarse un piel roja, un poderoso gigante llamado Santum. ¿No lo sabe usted? Es raro que el señor Robinson no haya preferido a Blavatski, sobre todo si ya tenía adeptos entre los americanos. Claro que fue ella la que ofendió la afabilidad de los espíritus cuando modificó su explicación sobre ellos.

—¿Cómo puede ser eso?

—Ellos no quieren ser ignorados. Vienen a decirnos que existe un mundo paralelo, que no acaba todo en la tierra, la muerte es una transición hacia otra realidad conectada con esta. Y Madame Blavatski los redujo a entidades astrales que solo pueden ser convocadas por alguien capaz de tener ese magnetismo, les negó su iniciativa, quedaron vacíos de vida propia. Ellos son quienes nos buscan, y no al revés.

Livia escuchaba atenta aquellas revelaciones de las que jamás había oído hablar. Se preguntó qué dirían sus amigos de Buenos Aires si supiesen que los espíritus de los muertos moraban entre ellos, esperando su oportunidad para decirles que había un mundo detrás del umbral de la muerte. Ella no desdeñaba esa versión, y si bien no había pensado mucho en ello durante su vida, era tan posible como los milagros de los que hablaban en las misas.

—Hay libros —proseguía Madame La Nuit— escritos por médiums y también por gente que convivió con ellos, en los que se relatan episodios. Si le interesa, puedo facilitarle uno. Es del coronel Olcott que le mencioné, el amigo de Blavatski.

Mientras lo decía, la dama abrió el pequeño baúl que la acompañaba y extrajo un libro impregnado de su propio perfume, un sutil aroma a canela.

—*Gente de Otro Mundo* —tradujo para Livia—. ¿Cree que podrá leerlo? Entiendo que el inglés es su segunda lengua.

Livia podría haberle dicho que, por la dificultad que le causaba, bien podría ser la tercera. Ella se desenvolvía mejor en rankulche, pero sabía que Madame La Nuit no

entendería la complejidad de su circunstancia en ese momento. Tomó aquel libro con cierta reverencia y agradeció a la mujer su confianza.

—La dejo para que descanse, sin duda el viaje y la sesión la habrán agotado. Haré que le suban un caldo de pollo.

—Es muy amable y considerada, señorita. ¿Cómo dijo el señor Robinson que se llamaba?

—Livia Cañumil.

Madame La Nuit la observó con mayor interés aún.

—Creo que usted tiene el don de otra manera, y que lo descubrirá muy pronto. Lástima que fuera Iris la que se presentó hoy, y no Santum. No sé por qué, sospecho que entre usted y ese indio taciturno hay más en común de lo que parece.

Si algo podía convencerla de la honestidad de la señora Pombal fue aquella observación, dicha sin tener el más mínimo conocimiento del origen de Livia.

Madame La Nuit, pese a su nombre de fantasía y al escándalo que la acompañó desde Inglaterra, creía en lo que hacía. Y para Livia eso era suficiente.

Regresó al cuarto de las niñas con el libro apretado contra el pecho y los pensamientos convulsionados. Aumentó la luz de la lámpara y se envolvió en una manta para empezar a leer: «Como dijo Faraday, nada es demasiado extraño para ser verdadero...».

Jeremías rechazó los intentos de su cuñada por calmar su enojo. Odelia no sabía a veces cómo proceder, tan distinta de aquella institutriz que advertía sus humores y podía conjurarlos en silencio. Livia se parecía a Alma en eso, aunque su esposa era más dulce. Cuando la señorita Cañumil oprimió su mano con fuerza, él experimentó una súbita tranquilidad, una aceptación de lo que pudiese ocurrir. Lo que caldeó su ánimo fue la referencia idiota a ese espíritu niño y la intervención de Herbert. No debería haberlo invitado, pero el hombre se presentó justo cuando él venía de usar el cuadrilátero y no pudo eludirlo. Maldito fuera, había logrado desbaratar todo. Además, Jeremías no deseaba que se supiese de las sesiones. La muerte de Alma había sumido a la familia en la sospecha por un tiempo, y lo último que quería era despertarla con invocaciones satánicas. Porque eso dirían. Nunca consiguió entrar al mundo de los ricos de Newport, solo lo soportaban por su matrimonio con Alma. Ahora que era viudo, con una hija baldada y otra más parecida a él que a su esposa, los *habitués* del lugar desdeñaban su compañía. Le importaba un ardite, los detestaba tanto como ellos a él, pero le daba rabia tener que ofrecer cortesías y fingimientos a los que esa sociedad era tan afectada.

—¿Te quedarás aquí abajo?

Odelia. Tan insistente. Querría tenerlo otra vez bajo sus sábanas. Nada más alejado de su intención en ese momento.

—Saldré a caminar.

—¿A estas horas?

—¡A estas horas! —bramó él.

Odelia retrocedió y se aferró al barandal de la escalera.

—Subo entonces. Y cierro con llave.

—Duerme tranquila.

El rechazo no podría haber sido más claro. Odelia subió los peldaños mascando la rabia y dio un portazo que Livia escuchó con nitidez.

El aguanieve le dio de lleno en el rostro. Era una mezcla helada de lluvia y agua marina que Jeremías recibió con placer. Cuando lo mortificaban los recuerdos, necesitaba algo que lo hiriese. Caminó por el sendero de grava hacia la bajante en la ladera con las manos en los bolsillos y soltando el aliento que se condensaba en el aire frío. Aquella médium no había mentido, pero desperdiciar la ocasión invocando a otro espíritu era algo que no podía permitirse. Ni siquiera saber que se trataba de una niña había logrado aminorar su enojo.

En esos momentos, él era como un toro deseoso de embestir, sin importar a quién. La voz brotó a sus espaldas.

—Señor Robinson, lo que dijo Madame La Nuit puede ser cierto.

Jeremías se volvió hacia Livia, que lo contemplaba envuelta en su frazada de cama.

—¿Y le pareció prudente enfermar de neumonía para decírmelo?

—Es mejor decir lo que se piensa en el momento.

—Vaya. Eso sí que es novedad aquí. ¿Y qué piensa usted, señorita?

—Que Madame La Nuit no pudo invocar a su esposa porque Iris se interpuso.

—¡Iris! —y el hombre soltó una carcajada amarga—. Es evidente que las niñas son mi condena.

La mención azuzó a Livia, que tenía el reproche hacia el padre indiferente siempre listo para saltar.

—Esa pobre niña ha muerto de manera horrible y merece que la recibamos.

—¡Por Cristo, que está usted embarcada en esto de cabeza!

—¿Usted no? ¿Para qué invita a mediadores de espíritus entonces?

—Se dice médiums —se burló él.

—Mi inglés no es bueno.

—Se equivoca, es bastante bueno, pese a esa manera rara de pronunciarlo. De lo contrario no estaría junto a mis hijas.

—¿Hace esto por sus hijas, señor Robinson? Me refiero a convocar a médiums.

La mirada oscura que le dirigió el hombre le produjo un escalofrío.

—Exacto. Ha acertado con su intuición. Tal vez debería colocarla tras el biombo en lugar de invitar a desconocidos.

Ella recordó las palabras de Madame La Nuit y pensó que también él había acertado.

—Puedo darme cuenta de que Cecilia supone para usted un engorro sin necesidad de facultades.

Lo había dicho. Bajo la nevisca, en una noche de emociones contenidas y pasiones soterradas, había soltado la verdad que ni el señor Robinson reconocía. Eso pensaba al mantenerse firme mientras él avanzaba amenazante.

—¿Cómo se atreve?

—Estoy a cargo de ella y percibo su necesidad de tener un padre que la consienta al menos la mitad de lo que consiente a su hermana. Cecilia puede darse cuenta de la ausencia, no es tan ciega en su interior.

—Usted no sabe nada.

—Explíqueme, señor Robinson, estoy ansiosa por entender.

El rostro de Jeremías se alzaba a un palmo del de Livia, ella podía distinguir el iris verde castaño de sus ojos que se confundía con el azul, en una tonalidad única e irrepetible. Le sostuvo la mirada todo lo que pudo, a pesar del calor que emanaba de él, envolviéndola más que si la hubiese abrazado. La furia del hombre era tan palpable como un rato antes lo había sido la presencia del espíritu.

—No le tengo miedo.

Jeremías sonrió de lado, una sonrisa cínica que había cultivado bien.

—Pues debería, señorita Cañumil, debería.

Tiró de la manta, que cayó sobre los pedruscos mojados, y bebió con avidez de la silueta bien contorneada de Livia, vestida con un simple camisón de franela. El viento se metía debajo, embolsándolo, pero él adivinaba las curvas de la joven, la suavidad oculta que anhelaba.

—Prometí que no la besaría.

Ella comenzó a sentir alivio, hasta que él continuó diciendo:

—Pero nada dije de esto —y la levantó en brazos con absurda facilidad, para echarse a correr ladera abajo. Livia forcejeó, sabiendo que nada lograría. El señor Robinson poseía una fuerza descomunal, por eso había sido campeón de boxeo. En realidad no tenía miedo de lo que pudiera hacerle. Ella era bastante fuerte también, y si bien no podía competir, daría batalla. Por otro lado, no pensaba en el hombre como un abusador, sino que lo veía necesitado de castigar a alguien por su desgracia. Ella representaba la bolsa que días antes le había visto golpear enceguecido. Y si la bolsa era el objeto de su furia, faltaba saber a quién estaba representando.

No le sorprendió que la llevase hasta la orilla cercana a la isla del faro. De algún modo, había intuido que de allí provenía el mal que acechaba a la familia Robinson.

—¿Ve usted ese sitio? —le indicó tendiendo el brazo hacia la oscuridad abismal —. Allí murió mi esposa, tragada por las aguas en una noche como esta.

—¿Con quién estaba?

—Ah, señorita Cañumil, es más perspicaz de lo que nos deja saber. Claro que no estaba conmigo, yo habría buceado hasta las profundidades para salvarla, de haber estado ahí.

—¿Estaba sola?

—Alma jamás se habría aventurado a navegar sola, y además estaba impedida de moverse sin ayuda.

Livia miró hacia la negrura del océano, más amenazante por no distinguirse el límite entre el cielo y el agua, y una imagen desafortunada cruzó su mente.

—Lo ha pensado, ¿no es así? Una mujer virtuosa en compañía de otro hombre.

El pecho del señor Robinson subía y bajaba con celeridad, los brazos que la sujetaban la comprimían con una fuerza de la que no era consciente en ese instante. Livia se sujetó de él como de una balsa, para mantenerse a flote en ese abrazo fatal.

—¿Con quién estaba? —insistió en preguntar.

Él ya no la miraba. Sus ojos volaron hacia el faro que parpadeaba en la oscuridad, guiñando su único ojo.

—¿Elijah? —murmuró Livia con espanto.

—Su padre. El maldito.

—¿Su padre?

—Murió con ella. Dios los castigó a ambos. ¿Cree en eso, señorita?

Livia recordó las palabras de la mujer que conoció en Buenos Aires y a la que acompañó hasta el Tucumán en ayuda de los huérfanos de la guerra del Paraguay, una joven tan hermosa como buena, que había sido novicia y descubrió el amor cuando se creía destinada a la vida conventual. Esa joven le había hablado como nunca nadie lo había hecho acerca de la bondad de Dios, que solo quería el bien y ayudaba a los caídos en el mal con oportunidades infinitas de levantarse. Gracias a Claramaría La Rochelle comenzó Livia a frecuentar la pequeña capilla del monte tucumano, y después, al volver a Buenos Aires, buscó hasta encontrar una iglesia de su gusto, donde el sermón del sacerdote fuese tan prístino como la voz de Clara.

—No, no creo en ese tipo de castigo —dijo con firmeza.

Jeremías no parecía escucharla. Su mirada se clavaba en el oleaje brumoso, intentando desentrañar el misterio que lo crucificaba en una perpetua incertidumbre. La llovizna cristalizada los había empapado por completo y ninguno de los dos reparaba en ello.

Livia alzó una mano para tocar el rostro donde la barba ya mostraba su aspereza. Era un hombre acorazado, que había logrado dejar en sombras su interior sensible, hasta que conoció a una mujer capaz de entender esa dualidad. Alma Robinson casi había logrado redimir a su esposo. ¿Por qué luego lo habría traicionado? Y justo cuando más lo necesitaba, postrada a causa de alguna enfermedad que hizo estragos en ella.

Era un enigma.

—Señor Robinson, Jeremías...

Él la miró sin ver, ausente y perdido. Livia ensayó un modo de volverlo a la realidad.

Acercó sus labios y rozó los del hombre.

—Prometí no besarme de nuevo, señor, pero yo no prometí nada.

El sentido volvió a los ojos de Robinson, que recuperó el fuego en su interior.

—Dios mío, Livia —murmuró a su vez, sacudido por un latigazo de deseo—. No sabe lo que ha hecho.

El beso la traspasó como una lanza, hiriéndola de muerte. La lengua de Jeremías se apropió de su boca y llegó hasta lo más profundo, dejándola sin aliento. Iba y venía, provocando y castigando. El fragor del mar era un afrodisíaco en sus oídos. Livia podía sentirse parte de ese mundo natural como si fuese arena, rocas o espuma. Cuando Jeremías la depositó en el suelo mojado, no sintió frío ni incomodidad, hubiera podido arrojarse al agua, que nada la habría perturbado. El cabello le colgaba en chorros, el camisón era un estropajo y las pantuflas estaban deshechas por el agua. Jeremías no lucía mucho mejor, aunque se hallaba más pertrechado para resistir, así que colocó su chaqueta sobre las rocas para que ella no sintiese la humedad en su espalda y la envolvió con su cuerpo.

—Déjame sentirte —le dijo con voz ronca.

Livia podría haberlo detenido, pero la ansiedad de él unida a su propio deseo desbocado se lo impidió. Había sido criada en las costumbres indias. Las mujeres podían elegir a sus esposos y aun probar a otros cortejantes antes de decidir prometerse en matrimonio. Ella, por encontrarse bajo la tutela de su maestra desde tierna edad, no alcanzó a vivir esas libertades a pleno, pero en su conciencia se grabaron las primeras vivencias en la tribu. Y, mestiza al fin, había sido concebida en una unión no bendecida tampoco. Aquellas consideraciones significaban poco en su vida.

Él la besaba en todos los rincones, calentando con sus labios la piel fría, degustando su sabor picante, tan intenso como imaginó. Aquella mujer compuesta y algo dura poseía un interior jugoso y fresco, desbordante de delicias. Lástima que se hallaran allí, en el faro, que le traía tan malos recuerdos. Ese pensamiento lo detuvo en seco. La luz oscilante dio de lleno en los cuerpos entrelazados y Jeremías se levantó de un salto, arrastrando en el impulso a Livia.

—Vámonos —ordenó, tironeando de ella hacia donde no los alcanzara el ojo fisgón.

El momento había pasado, el encanto de la pasión estaba roto. Livia corría detrás de él, que ya no era Jeremías sino el señor Robinson, por más que aún llevase sobre sus hombros la chaqueta que le había dado.

Se detuvieron a las puertas del cobertizo donde él practicaba su deporte secreto. El lugar se veía deslucido bajo esa fantasmal luz y Livia comenzó a tiritar.

—Ven, vamos a secarte un poco, no puedes entrar así a la casa.

Con una eficiencia sorprendente, Jeremías acomodó un barril y un tonel de lata alrededor de una garrafa en la que calentó un par de toallas para envolver el cuerpo de Livia.

—Ve detrás de aquel aparador y desvístete, antes de que pesques algo.

Le dio las toallas y se dedicó a preparar algo caliente para ambos. Cada tanto, miraba hacia donde estaba la muchacha, preocupado. Había dejado salir al león de su guarida. Todo aquel circo de espíritus y médiums había acabado por sacarlo de sus cabales. ¿Cómo pudo avanzar así sobre la institutriz de Cecilia? Se estaba volviendo loco, y esa era la prueba. Ya no distinguía entre la fantasía y la realidad, lo correcto y lo inmoral. Alma había sido el ancla que lo mantenía sujeto al mundo cuerdo, y ahora que ella no estaba, después del golpe mortal que le asestó con su traición, ya nada era seguro. Quizá debiera regresar, internar a Cecilia y dedicarse a tareas filantrópicas. Al menos, sería una actividad bien vista en la sociedad, y lo mantendría a salvo de los rumores y maledicencias.

—¿Usted no se cambia?

Livia era una especie de sirena, con el cabello mojado cayéndole sobre los hombros desnudos y las toallas cruzadas en extrañas formas alrededor de su cuerpo.

—Maldición —dijo por lo bajo, y atizó el fuego de la garrafa.

Ella se sentó sobre el barril y dejó el tonel para el hombre, que no levantaba la vista de lo que hacía. Al fin, él se sentó también y le extendió un jarro de latón del que se desprendía un aroma delicioso.

—Bébelo todo, es cerveza con hierbas y jengibre.

El alma le volvió al cuerpo con aquel brebaje que se le subió a la cabeza y le produjo un leve mareo.

—De a poco —la conminó, severo.

Sin embargo, él bebió el suyo en tres sorbos.

—¿Guardas todo esto aquí? —preguntó Livia con la voz enronquecida por efecto del jengibre.

—Paso algunas horas al día.

La lacónica respuesta no invitaba a la conversación y Livia regresó al trato formal, a pesar de que un momento antes se habían abrazado de modo íntimo.

—Señor Robinson, allá afuera estuvo a punto de contarme algo y quisiera saber qué es.

Él entrecerró los ojos al mirarla.

—Qué extraña eres... Cualquier otra mujer me reprocharía mi conducta, o querría aclarar en qué términos tratarme a partir de ahora, y a ti solo te interesa conocer el secreto de mi vida.

Livia sonrió.

—No es por curiosidad, quiero ayudar a Cecilia.

—¿Me besaste allá afuera para sonsacarme cosas sobre Cecilia?

Ella se irguió, de repente convertida en la institutriz, aunque semidesnuda y con la piel sonrosada por la cerveza caliente.

—Sepa que puedo sonsacar secretos de formas más contundentes.

—Por Dios que estoy seguro de eso.

Y Jeremías empezó a sonreír, conteniéndose primero, luego de forma más amplia, y por fin soltando verdaderas carcajadas. Aquella mujer era una digna rival. En sus tiempos, le habría gustado retarla y compartir los preliminares de una pelea, azuzados por la prensa, que solía extraer las frases más rimbombantes para crear un clima de enfrentamiento. Si ella fuera un hombre, habría gozado de un reto semejante. Había algunas mujeres que se atrevieron al boxeo, recordó. Y eso le dio una idea.

—¿Te gustaría aprender a pegarle a la bolsa?

Livia clavó sus ojos directamente en los de él.

—Me encantaría —afirmó.

Jeremías se golpeó la pierna a la manera irlandesa.

—¡Claro que sí! —y silbó una tonada cuya letra no quiso cantar, por respeto a la dama.

—La señorita Sullivan me envió un instrumento que tengo guardado entre mis cosas. Se llama armónica. Puedo prestársela para que me enseñe también a usarla, porque aunque Cecilia no pueda oír, pondrá sus dedos en ella y sentirá sus vibraciones.

—¿Hay algo que usted no pueda hacer, señorita Cañumil?

¡Si él supiera! Livia no estaba preparada para revelar su condición de mestiza, pues aunque él fuese un hombre algo tosco seguía siendo un caballero de buena posición en una sociedad encumbrada, viudo y codiciado por alguna dama. Lo que ella no podía hacer era convertirse en una de esas damas. Y lo peor de todo era que tampoco estaba segura de desear hacerlo. Su permanencia en la Nueva Inglaterra era una contradicción que no conseguía resolver. Como si un largo cordel la mantuviera sujeta a la tierra de sus antepasados, se encontraba allí, en el norte del continente, en un ambiente moderno y con gente extraña, y sentía que jamás comprendería del todo ni lo uno ni lo otro.

Regresaron una vez que el camisón de Livia estuvo casi seco, y con la promesa de que se lo cambiaría apenas llegara a su habitación. Al pasar recogieron la manta empapada. Si bien el señor Robinson tuvo un comportamiento formal durante el regreso, se había creado un lazo de intimidad entre ellos y sus corazones latían con cierta precipitación. Sabían, sin embargo, que debían mantener las formas ante los demás. Por las niñas.

Y por Odelia Hamilton, que estuvo espiando por la rendija de su puerta hasta que los vio subir la escalera juntos.





## CAPÍTULO 10

Cecilia estaba pasando un mal día. Con los brazos cruzados sobre el pecho y las manos ocultas bajo las axilas, la niña demostraba su empecinamiento y hacía gala de malhumor.

Livia no conseguía despertar su interés por las palabras, ni siquiera por las sensaciones que la ventana del gabinete prometía allá afuera. Era razonable que tuviera sus días malos, como todos, el problema consistía en que, al no darse a entender, resultaba difícil encontrar consuelo o solución a sus berrinches. Samanta no ayudaba tampoco. Se había instalado junto a ellas en el suelo, con unas tijeras y unas cartulinas de colores, para recortar muñequitos y ponerles nombres grotescos.

—Tonto, como el perro que tuvimos en la casa y cayó en el pozo. Torpe, como Cecilia. Fatuo... ¿Qué significa fatuo, Miss Livy? Escuché a la tía Odelia decirlo.

—Vanidoso, engreído. Claro que también significa necio —y dijo esto último con maligna intención que a la niña pasó desapercibida.

—Fatuo. Este otro se llamará... Malo.

—¿Por qué no puedes elegir nombres bonitos, Samanta? —suspiró Livia.

—Me gustan estos que elijo.

Samanta mostraba un carácter que preocupaba a Livia. Sabía que los niños podían ser crueles a veces y que no ponían freno a sus palabras hirientes, pero en la pequeña detectaba un perverso deseo de causar daño. Aunque podía atribuirlo a la manera en que la criaban, ella sospechaba que bajo la ruindad de los comentarios infantiles había cierto sufrimiento. La familia Robinson era un dechado de problemas.

—Recorta un muñeco que te represente y ponle un nombre —la desafió.

Samanta la miró con los mismos ojos cínicos del padre.

—Buscaré un nombre bonito —aseguró con picardía.

Livia dirigió su atención a Cecilia. La jovencita estaba vuelta hacia la ventana, de la que solo percibía la claridad en el rostro. En el iris de sus ojos titilaban motitas diamantinas que profundizaban el tono de azul. Cecilia era muy bella. Al madurar, sus pómulos se alzarían, la boca adquiriría voluptuosidad, y alguien le rizaría el cabello de manera adecuada. Sería una suerte de valquiria muda y ciega, admirada en silencio.

O compadecida entre murmullos.

Livia volvió al ataque. Desprendió la mano de Cecilia con fuerza y dibujó en ella la palabra «mamá». Luego, con esa misma mano le rozó la mejilla, en un gesto que la niña solía hacer cuando estaba hambrienta de cariño y que Livia había descubierto con el tiempo.

El resultado fue espeluznante. Cecilia abrió mucho la boca, como si se ahogara y quisiera atrapar el aire a borbotones, y su cutis se tornó rojo. Sacudió las manos, quitándose de ellas lo escrito por Livia, borrando ese recuerdo doloroso, y comenzó a

patear el suelo con sus botitas acordonadas. Samanta detuvo su entretenimiento, pasmada.

—Está loca —murmuró, y no por primera vez.

Livia sujetó las manos de Cecilia y luego la abrazó, para impedir que se hiciera daño. La furia le daba una fuerza superior a la de alguien de su tamaño, y costó mucho aplacar sus ánimos. Lo peor era que la institutriz ignoraba el motivo de semejante ataque. Luego Cecilia cayó en una especie de desvanecimiento emocional, que obligó a Livia a pedir ayuda para llevarla al piso alto y recostarla en el lecho, presa de un sueño inusitado a esas horas de la mañana.

—Vaya, señorita, que yo velo por ella —le dijo la señora Sims, ante su congoja.

—Me quedaré —protestó Livia, y se sentó en una butaca junto a la cama.

La señora Sims salió y bajó las escaleras murmurando algo sobre la maldición de la familia Robinson y su deseo de que todo pronto terminase.

Al rato, cuando la respiración de Cecilia se hizo más calma, Livia se serenó y sacó de su bolsillo la foto que había guardado desde la primera sesión de espíritus. De nuevo le maravilló la expresión amorosa de Alma Robinson al mirar a su hija, pese a que ella no podía corresponderle. Allí había un fuerte vínculo, no entendía qué podía haber causado pavor en la niña hacía un momento. La fotografía era antigua, podía adivinarse por el tamaño de Cecilia. La madre, sin embargo, ya lucía enferma o impedida. Algo en la manera de estar sentada le dijo a Livia que la habían acomodado en esa pose como se hacía en los retratos de las personas fallecidas, hasta que el fotógrafo lograra su placa. Era una idea inquietante. Una mujer joven necesitada de otro que moviese sus brazos y sus piernas para parecer normal. Livia sintió una pena muy honda por Alma Robinson, pese a que había traicionado a su esposo. ¿Sería eso cierto, o los celos de Jeremías le impedirían ver?

Había varios ciegos en esa familia, y no solo Cecilia.

—Permiso.

Odelia se presentó en el cuarto, mirando con relativo interés a la niña que yacía dormida.

—Está tranquila ahora —le dijo Livia, como si la mujer hubiese manifestado una preocupación que no sentía.

—Ya veo. ¿Podrá usted acompañarme a mi dormitorio? Tengo allí una salita de recibo donde podremos hablar mejor.

Livia no deseaba abandonar a Cecilia y Odelia captó eso, pues agregó:

—Llamé a la señora Sims para que la reemplazara mientras tanto.

—Gracias.

El cuarto asignado a Odelia era una *suite* más lujosa que el resto de la casa. Se entraba a través de un pequeño *boudoir* revestido de brocado de seda verde y amoblado con sillones de color azafrán. Sobre una mesita aguardaba un servicio de té. Livia se resignó a beber una taza para no desairar a la señora Hamilton. La dama

lucía algo circunspecta, su afabilidad hacia Livia se había enfriado y era evidente que iba a decir algo desagradable.

—¿Qué le ha ocurrido a Cecilia hace un rato? —quiso saber.

Livia le contó sobre el ataque producido por la palabra «mamá» en su palma, y Odelia sacudió la cabeza con aire de fatalidad.

—Ya ve, no se puede remover recuerdos en ella, está alterada. Solo las personas especializadas en esta clase de problemas pueden lograr mantenerla a raya.

Livia apretó los dientes.

—Ignoraba que Cecilia tuviese recuerdos, me han dicho que su ceguera y su sordera fueron de nacimiento.

Odelia bebió el té, sin apuro por contestar.

—Es cierto. Solo que a lo largo de su vida habrá podido imaginar recuerdos, o algo así. No sé cómo funciona la mente de un discapacitado.

Era inadmisibles el tono desalmado de la tía de la niña.

—Tampoco se han preocupado mucho por saberlo —replicó, antes de medir las consecuencias de sus palabras.

—¿Objeta usted la manera en que mi hermana y mi cuñado procedieron con mi sobrina?

Ya estaba lanzada la piedra, así que no cabía recogerla. Livia prosiguió:

—En la escuela para sordos me han dicho que nunca antes tuvo Cecilia una educación especial, que se crio sola a pesar de sus limitaciones y que, cuando murió su madre, recién entonces el padre la internó en ese establecimiento.

—¿De eso hablaba con él anoche?

Livia contempló, muda de asombro, la forma delicada en que Odelia sorbía el té, con las pestañas bajas, el dedo meñique alzado, y el platillo suspendido en el aire como una pieza de museo. Tanto primor en los modales contrastaba con la saña que se filtraba en la pregunta.

Odelia los había visto.

—He hablado con el señor Robinson en varias ocasiones —zafó Livia con soltura—, y él no me ha dicho nunca la razón del descuido en la educación de Cecilia. ¿La sabe usted?

Contraatacó de un modo tan directo que Odelia no pudo evitar mirarla.

—Como institutriz de las niñas...

—De Cecilia —corrigió la joven de inmediato.

Odelia se mostró contrariada al verse descubierta en una falla.

—Como su institutriz —siguió, sin dar el brazo a torcer—, y dadas las circunstancias, con todo el esfuerzo que demanda la niña, no creo que quepa ocuparse de cuestiones familiares. Mi hermana era una mujer enfermiza, es lógico que no haya podido con Cecilia. En cuanto a Jeremy, los hombres suelen ser algo ineptos para las cosas sensibles. Sabrá usted, por su experiencia, que el modo de ser masculino no capta a las mujeres, menos si tienen algún problema grave como el de la niña.

Livia pensó en los hombres que conocía en el Río de la Plata.

—Creo que no podemos generalizar esa opinión. Hay hombres sensibles que lo demuestran, y otros sensibles que lo ocultan. Me gusta más pensar eso.

—¿Entonces ve en el género masculino alguna sensibilidad, Miss Livia?

La joven respiró hondo para serenarse.

—Esta no es una conversación filosófica, señora Hamilton. Sé que le gusta sostenerlas, y que todos aquí aman disertar sobre muchas cuestiones. No les resto importancia, pero ante una necesidad tan fuerte como la que tiene Cecilia...

—¿Qué es lo que necesita? No puede ver ni oír, eso ya lo sabemos y no lo recuperará.

—Amor, señora Hamilton, Cecilia necesita ser amada. Y aprender a demostrar su amor, el que Dios le dio, como a todos nosotros.

Odelia tuvo que hacer un gran esfuerzo para no caer bajo el hechizo que le producían las palabras de la señorita Cañumil. Recordó que la había citado allí para enrostrarle su atrevimiento de coquetear con Jeremy y no para enzarzarse en una disquisición.

—Si piensa convencer al padre de demostrar cariño, va por el rumbo equivocado.

—¿Por qué? ¿Es tan difícil que un padre sea cariñoso con su hija? A Samanta le dedica bastante atención, ya que estamos.

—¡Porque es su hija! —bramó Odelia, levantándose y volcando parte del té sobre el mantel.

El pequeño accidente la conmocionó más que lo que había dicho. Acongojada por el estropicio, no reparó en la expresión que asomó a los ojos de Livia.

—¿Y Cecilia? ¿Ella no lo es?

Lo dijo en un tono más bajo, el que empleaba durante sus interludios con ella misma. Livia acostumbraba a explicarse las cosas en voz alta cuando se hallaba sola, y mucho más desde que estaba en un país desconocido. Era una manera de sentirse en contacto con su interior y recordarse que en el lugar del que provenía tenía un nombre y una profesión respetados.

Apareció un ligero desvarío en la mirada de Odelia cuando respondió:

—Me siento indispuesta, Miss Livia, le ruego me disculpe. Otro día podremos tomar el té más tranquilas.

Y cuando Livia, sumida en el estupor, se dirigía a la salida, la mujer señaló como al descuido el desorden de las ropas en una butaca de terciopelo. Allí, extendida sobre las prendas femeninas como señal de dominio, se hallaba una bata de hombre color azul.

—Tengo que acomodar todo esto —murmuró con atolondramiento, y despidió a Livia con una falsa sonrisa.

Al cerrar la puerta, la señora Hamilton recuperó su control. Levantó las ropas que había dispuesto de manera estratégica, y colgó la bata de su marido en el ropero que habían usado durante sus visitas a Blue House en los primeros años.

A buen entendedor, pocas palabras.

Livia regresó junto a Cecilia con el ánimo conturbado. No entendía bien para qué la mujer la había llamado, ni la razón del exabrupto. Odelia siempre le había parecido una dama sumisa y sufriente, pero en el diálogo que sostuvieron un atisbo de maldad había asomado a sus ojos y en sus palabras. Livia intuyó que había estado a punto de presenciar una revelación y que, en un fugaz instante, el velo que ocultaba los secretos de la familia Robinson estuvo a punto de caer.

Una lágrima resbalaba por la mejilla y se perdía en la almohada perfumada de espliego. Cecilia hundió la cara en esa fragancia reconfortante. La palma de la mano le ardía. La niña cerró el puño hasta causarse dolor, y se frustró al no poder expresar su sentimiento.

Mamá. Era la otra ausencia, el hueco que no podía llenar. Al principio, cuando aquella extraña se hizo cargo de ella, le pareció que podría satisfacer su carencia, pero desde que la bruma le entraba por la nariz y el viento le golpeaba el rostro se encontraba de nuevo perdida. Como el día en que la llevaron al sitio de los ecos monstruosos, el lugar al que se llegaba flotando a la deriva. Cecilia cerró con fuerza los ojos y pensó, pensó, pensó.

Mamá, la mano suave. La extraña, la mano fuerte. La otra mano, que nunca tenía, y tantas manos frías, húmedas, hostiles. Llevó la suya hacia la mejilla y se procuró la caricia que pedía a gritos silenciosos. Solo la extraña supo entender su necesidad, la forma en que Mamá la tocaba, apenas un roce perfumado. Mamá olía a pétalos. Ella anhelaba volver a la casa de antes, mostrarle a la extraña aquellos pétalos, para que comprendiera todo mejor. Quería ayudar.

De pronto, esa mano fuerte se posó en su nuca. Había vuelto. Cecilia sonrió, escondida en la almohada, y luego giró para que la extraña tocara su frente. Debía permitir que aquellas manos le enseñaran, para así entender. ¿Por qué aquel calor le subía desde el centro del cuerpo y la hacía explotar? Eran esos ecos que vibraban en su cabeza los que la alteraban.

—Duerme —susurró Livia con cariño al ver que la jovencita suspiraba—. Yo estaré aquí.

Había decidido hablarle, pues aunque Cecilia no la escuchase, ella creía en las emanaciones de los cuerpos, las sensaciones que produce la proximidad. Además, ¿con quién iba a conversar? Odelia se había revelado como una mujer de cuidado. Samanta era una niñita caprichosa. Los criados se dejaban ver poco y nada. Y el señor Robinson era otro enigma. Por momentos afable, hasta tierno, luego huraño y salvaje. Una personalidad dual. ¿O tendría algo del mal que aquejaba a la familia toda? Livia no había querido pensar en aquel arrebato que los tumbó a ambos sobre las rocas del faro. Le había permitido avances que ningún otro hombre intentó jamás. ¿Qué pensaría de ella? Quizá no fuera buena idea pegarle a la bolsa bajo su tutela. Lo

tendría muy cerca, y a Odelia eso la fastidiaba. Livia pensó en la bata azul. En un primer momento no entendió por qué aquella dama tan pulcra y educada le señalaba el desorden de su cuarto. Apenas salió de él, sin embargo, comprendió que había sido adrede. ¡Quería que viese la bata del señor Robinson! Jeremy, como ella lo llamaba con familiaridad. ¿Y qué hacía la prenda en el dormitorio de la cuñada? Livia se mordió los labios. Qué ingenua era... ¡Él la frecuentaba! La enormidad del descubrimiento le arrancó un gemido. Y tenía el tupé de ofenderse ante la supuesta infidelidad de la esposa, que a esas horas a Livia le parecía tan inocente como una niña.

¡Él era el infiel, el corrupto, el traidor! Y como solía ocurrir, el que peca se siente inclinado a ver el pecado en los otros. ¿Desde cuándo existiría esa intimidad entre los cuñados? Esperaba, por el bien de todos, que hubiese ocurrido después de la muerte de Alma, aunque si así era, la única explicación que cabía frente al dolor del viudo y su anhelo de encontrarse con el espíritu de la esposa era que se hubiese vuelto loco de sufrimiento y que Odelia hubiese sido tan sagaz como para enredarlo en sus brazos con el pretexto de darle consuelo.

Livia detuvo sus pensamientos desbocados y abrió la ventana del cuarto para dejar entrar el aire fresco. La mañana neblinosa escondía una veta de sol entre las nubes. El mar lucía calmo por primera vez desde que habían llegado, y sintió el deseo de caminar un poco.

Tocó la frente de Cecilia. Más confiada al ver que la niña dormía serena, se puso la capa de invierno sobre los hombros y salió de la casa sin que nadie lo advirtiera. Llevaba en su alforja la libreta de Anne Sullivan y la armónica.

Al llegar a la bajante de la ladera, tomó la decisión de ir hacia la rocalla, el lado opuesto al movimiento de los barcos y el trajinar de los marineros. Las casitas blancas y amarillas del puerto parecían de juguete vistas desde allí. Livia podía adivinar sus escaparates ofreciendo vajilla esmaltada, barquitos de madera capturados en botellas, pañuelos bordados y calcetines tejidos con cuatro agujas. Las mujeres de Newport cruzaban las aceras de tablones inclinadas hacia adelante, sus cabezas metidas en cofias y envueltas en chales de lana para protegerse del viento frío. Había algo de desolación en un lugar que se animaba solo durante la temporada veraniega.

La silueta de Elijah con las piernas abiertas y la frente alzada se presentó ante ella.

—¿Ha venido sola esta vez?

Lo abrupto del comentario disgustó a la joven.

—Buenos días —replicó.

El hombre parecía impaciente por llegar a un punto de la conversación y no reparó en los modales.

—No le dan respiro allá en la casa, ¿no? —y señaló con la barbilla hacia lo alto de la loma, donde Blue House quedaba expuesta a los vientos del mar, sin el abrigo de un bosque.

—Señor Elijah, pretendo estudiar a solas.

—Ya veo que le han hablado de mí. No me extraña, es lo que hacen los que se sienten culpables.

El comentario sarcástico dio de lleno en el pecho de Livia. Era similar al pensamiento que ella había tenido un rato antes. Aunque se le brindaba la oportunidad de indagar sobre los misterios que rodeaban a los Robinson, se sintió una traidora por valerse del enemigo de Jeremías. No hizo falta, sin embargo; el hombre estaba ansioso por decir lo suyo.

—Habrán echado tierra sobre mí, el maldito Robinson y la bruja de su cuñada.

—¿Disculpe?

Livia sabía bien que esas expresiones eran ofensivas, aunque ella no dominara del todo la lengua. Había ciertas palabras que en inglés sonaban mucho peor que en castellano. Su antiguo profesor se las había remarcado, para evitarle disgustos.

Elijah soltó una risa diabólica.

—Está bien entrenada. Pero usted antes simpatizaba conmigo, permitió a las niñas aventurarse hasta la isla. ¿Qué ocurrió entonces? ¿Por qué Cecilia no puede pasear por la orilla del mar?

La mención de la jovencita irritó a Livia.

—Usted parece interesado en la primogénita de los Robinson. ¿Acaso es un depravado?

La mirada de Elijah pasó del cinismo al estupor. Casi no pudo articular las palabras.

—Señora —y el trato distante la desconcertó—, que yo sea un pobre marinero no me convierte en un degenerado. Jamás miraría a una niña de ese modo.

Ella se sintió horrible por haberlo atacado.

—Me disculpo, señor. No debí decir eso.

—Está bien, entiendo —Elijah hizo un ademán quitándole importancia al asunto—, es extranjera y no está al tanto. Solo quiero advertirle que no crea todo lo que se diga en aquella casa. Traer a los muertos no es la solución a los pecados. A las personas hay que amarlas en vida, no añorarlas cuando mueren.

Era una verdad tan grande que Livia cedió a los intentos de Elijah.

—¿Y cuál es la verdad que según usted me ocultan?

Él miró hacia arriba, quizá temiendo que alguien los estuviese espiando.

—¿Tiene unos segundos para escucharla?

Livia aferró la alforja y se dispuso a seguirlo. No temía al hombre, se sentía muy capaz de defenderse si la atacaba, pero sobre todo no sospechaba que tuviese esa intención, más bien él intentaba que lo escucharan, y ella parecía ser la única persona no contaminada por la historia de Blue House.

La casita entre las matas era de tejuelas como las demás, tan reblandecidas por la intemperie que sin duda debió de ser de las primeras de Newport. Nadie la había pintado con los colores que se estilaba en el pueblo, de manera que la pequeña cabaña



marrón se confundía con el paisaje. Adentro era también modesta: muebles toscos, láminas de barcos en las paredes, un faro de yeso pintado de rojo y blanco sobre la repisa de la chimenea, y un baúl abierto del que sobresalían aparejos de pesca. La casa olía a carbón quemado y a aceite. Livia aguardó a que el hombre avivara el fuego y le indicara dónde sentarse.

La prontitud con que organizó el té le dijo que quizá él había preparado ese encuentro.

—Conocí a los Robinson desde la primera temporada en que vinieron como dueños de la casa. Blue House había sido territorio de nadie durante mucho tiempo, el antiguo titular murió sin dejar descendencia. Creo que por eso obtuvieron mejores condiciones de compra. Su patrón no es tan rico como él quisiera.

Sonrió con placer malvado antes de sorber el té con ruidos descorteses. Livia sospechó que le habría echado algo de licor.

—Eran dos tortolitos —prosiguió él—, el bruto y la bella. La señora parecía de un cuento de hadas, tan rubia, tan suave... —Su mirada se perdió en una lejanía interior.

—Señor Elijah, le ruego que vaya al grano.

—¡Vaya que se ha acostumbrado a nuestra gente! —exclamó con una risotada—. Nada gusta más a los americanos que ir directo al grano.

Al ver que Livia no festejaba la chanza, se aclaró la garganta y siguió su relato.

—Él nunca estuvo a la altura de ella. Era una dama, una verdadera señora. Creo que hacía las veces de maestra de modales, porque no sé si sabe que su patrón fue un brutal trompeador.

—Sé que practicó boxeo, sí.

—Ah, se lo dijo —y Elijah se mostró sorprendido—. Bien, no era el candidato que los Duncan esperarían. Esa familia es de raigambre escocesa. El viejo decía siempre que tenía un escudo de no sé qué clan antiguo. Imagino que le habrá dado dolor de barriga ver que su hija se casaba con un irlandés pobre que ni siquiera había ido a la escuela. Tuvo que ceder, pues se hallaba a las puertas de la muerte y quería que sus hijas encontraran hogar antes de irse. La otra, la menor —y omitió los epítetos al ver la expresión de Livia—, ya estaba casada. Con un comerciante de algo, qué sé yo. Robinson fue astuto, hizo el papel de hombre rendido a los pies de su esposa para que el viejo muriese tranquilo. Luego, se dedicó a hacerla infeliz.

—¿Cómo puede ser eso, si ahora está empecinado en convocar a su espíritu?

Livia no ocultó esa información, ya que momentos antes el hombre había revelado saberla.

—Culpable. Es lo que digo. La mató de angustia, y ahora quiere pedirle perdón.

—¿Cómo murió? —preguntó para corroborar la historia.

Elijah le dirigió una mirada dura.

—Se ahogó.

—Supe que había estado enferma antes.

Él desvió la mirada.

—Tuvo un parto doloroso.

—¿Cecilia?

Elijah asintió. Al parecer, de eso no deseaba hablar.

—La vida de Alma fue un calvario, supongo que desde que conoció a Robinson. Se notaba que él la traía de cabeza. Eso suele pasar cuando las jovencitas no han conocido hombres. Perdón, pero es así. No eligen, se quedan con el primero que les sonrío o les besa la mano. Tome en cuenta eso, ¿eh?

Las continuas digresiones estaban impacientando a Livia, que solo deseaba echar algo de luz en la bruma de la familia, más que nada por Cecilia. Si conocía las circunstancias, a lo mejor podría entender los berrinches de la niña, y sobre todo su dolor callado.

—Siga, señor Elijah.

—Bien, bien —el hombre se movió impaciente—. La otra venía seguido —y ante las cejas alzadas de Livia, aclaró—: la hermana, Odelia Hamilton. Casada y todo, dejaba a su esposo para pasar temporadas con los Robinson. No digo que esté mal, pero a los recién casados hay que dejarlos solos. Ella acechaba el momento para caerles encima. Y tan modosita... es una perra.

Livia hizo ademán de levantarse, y Elijah se sobresaltó.

—Le pido que me disculpe, una vez más. Es la primera vez que puedo desahogarme, y estoy nervioso. No volverá a suceder.

La joven apretó los labios, disgustada. Empezaba a desconfiar de las facultades mentales del sujeto. ¿Y si era un desquiciado por la soledad del faro? No obstante, lo mejor que podía hacer era disimular e irse apenas terminara su té.

—Yo no soy quién para juzgar, pero el comportamiento del señor Robinson causó mucho dolor a la señora. A ella le gustaba navegar, parecía hecha para el mar —la ensoñación en la mirada del hombre llamó la atención de Livia—. Venía a la isla a hurtadillas porque el marido la vigilaba, a pesar de que él no era trigo limpio. O quizá por eso mismo. Mi padre la llevaba hasta el faro, donde se quedaba viendo cómo las olas rompían contra el muro redondo. Usted vio eso, ¿verdad? La tempestuosidad del océano.

Cuando Elijah nombró a su padre, la mente de Livia empezó a componer las piezas y se mantuvo atenta a las palabras que siguieron.

—Iba y venía, en tardes apacibles y otras tormentosas. Casi diría que prefería estas, como buena marinera. Mi padre era un eximio navegante.

—¿Usted no iba también?

—No.

La respuesta estaba cargada de resentimiento. Quizá el padre quisiese dejar a alguien en la casa de los matorrales, o tal vez, como suponía Jeremías, anhelase estar a solas con la joven esposa de otro hombre. Le extrañaba la conducta de Alma, casada y enamorada, dispuesta a cometer infidelidad por despecho. La imagen que se había formado de ella no coincidía.

—El viejo siempre se creyó el mejor. Solo él podía reparar el mecanismo del faro, tomaba el timón en las horas de mar gruesa, decidía cuándo hacer sonar la sirena... No confiaba en mí.

—Tal vez deseaba enseñarle.

—No confiaba. El muy... —Se detuvo al instante y miró de reojo a Livia—. La tarde en que ella llegó llorando la llevó sin medir las consecuencias. Le advertí —y la mirada de Elijah se tornó siniestra— que no debían ir, se lo dije y no me hizo caso.

—¿Le advirtió a su padre? Pero él era el que más sabía. ¿Por qué iba a salir a navegar si las condiciones no eran adecuadas?

Fue cuando Livia sintió temor por primera vez. Elijah se volvió de piedra. Su faz tomó un color ceniciento y sus labios formaron palabras de las que no parecía consciente, una especie de recitado mecánico.

—La quería para él, por eso se la llevó, sin importar la hora inapropiada, ni que la niña...

—¿Qué niña? ¿Samanta?

Elijah miró sin ver el rostro desencajado de Livia. La joven, olvidada de su compostura, estaba pendiente de sus palabras.

—Ella no salía a navegar con Samanta, solo con Cecilia.

—Entonces Cecilia estaba con su madre la tarde en que la barca naufragó.

—Podría decirse que sí.

—¿Cómo que podría decirse? ¿Estaba o no?

Para Livia, era esencial saber si la jovencita guardaba el horror del recuerdo en su interior; podía explicar muchas cosas de su conducta que hasta el momento seguían siendo un misterio.

—Creo que debe irse, señorita.

Livia se puso de pie al tiempo que Elijah. El hombre actuaba con extraña determinación y su instinto, que no fallaba, la alertó sobre la inconveniencia de permanecer en la cabaña. Recogió su alforja y la colgó de su hombro.

—Buenos días.

Estaba a punto de salir cuando él la sujetó del brazo.

—No diga que ha estado aquí. ¿Me entiende?

Era una orden, no una súplica, el tono sonó feroz en sus oídos. Livia se zafó del apretón y salió precipitada entre las matas hasta alcanzar el sendero que corría paralelo al mar.

Iba conmocionada. Aunque Elijah se había guardado muchas cosas, parte de la verdad salía a la luz. Por empezar, el papel de Cecilia en la tragedia.

Era la punta del ovillo, y estaba dispuesta a desenrollarlo todo.

Antes de emprender la subida hacia la casa, Livia decidió tomarse un tiempo de respiro. Demasiadas cosas en que pensar. Se quitó los zapatos y las medias y caminó descalza sobre las piedrecillas de la costa. La espuma helada que mojaba sus dedos brindó alivio a sus preocupaciones. Recogió el bajo de su falda y se adentró más en el

mar. Livia sentía también esa atracción inexplicable. Se imaginó a bordo de la lancha del guardafaro y entendió la calma que encontraba Alma Robinson en aquel sitio. Las olas que arremetían contra sus pantorrillas limpiaron sus cuitas, y las manos poderosas de su patrón acariciando sus flancos perdieron gravedad. Aquel desliz imperdonable pasaba a ser un recuerdo.

Así de sanador era el mar.

Regresó junto a sus zapatos y se sentó con las piernas cruzadas. Era libre en aquella mañana fría, pues poca gente se aventuraba hasta allí. Revolvió en su alforja y sacó la armónica. Ensayó soplar y al principio no consiguió nada, pero al fin el instrumento premió sus intentos y un sonido armonioso y prolongado se confundió con el rumor de las aguas.

Livia sonrió, admirada y feliz. La música también podía sanar.



## CAPÍTULO 11

**E**l *Boston Herald* se había ensañado con la señora Pombal y había publicado una acusación de fraude. Decían que Madame La Nuit, en una sesión convocada por una desdichada familia, había demostrado malicia al fingir que un espíritu se materializaba mientras ella estaba detrás de una mampara, y que la falta de hombres de ciencia respetables favorecía el engaño. La mano artera de Herbert Monck se adivinaba tras la noticia. Livia lamentó el infortunio que eso le causaría a la reputación de la médium. Ella era testigo de que aquella forma luminosa se había manifestado de manera espontánea. Llevó el ejemplar a su cuarto y tomó nota de la dirección del periódico. Cargó el tintero y garabateó una carta destinada al director de la redacción en la que aseveraba la veracidad de lo ocurrido, pues había sido testigo del fenómeno, si bien no alcanzaba una explicación. La metió en su alforja para despacharla en el correo ese mismo día. Esperaba no haber cometido errores de ortografía al escribirla.

Al bajar la escalera, encontró a Samanta gritando y señalando el piso. Allí, como un cadáver desenterrado, yacía la muñeca que Anne Sullivan le había regalado a Cecilia, en una postura descalabrada y sin ojos. Los hermosos botones habían sido arrancados y sobresalían los hilos, en patético recuerdo. La jovencita estaba impasible, fría y altanera. Era consciente de que había un jaleo a su alrededor, pese a su condición.

Samanta no cesaba de acusar a su hermana.

—¡Lo hizo a propósito! —bramaba mientras miraba de reojo el efecto de sus gritos—. Yo quería jugar con su muñeca y me la quitó para destrozarla. ¡Está loca!

—¡Samanta, no vuelvas a decir eso! —la reprendió Livia.

—¡Es la verdad! Hace cosas malas y disfruta.

«Como tú», pensó la maestra, aunque calló, pues en esa ocasión Cecilia había obrado mal.

—¿Dónde están los ojos? —quiso saber.

Samanta la miró con suficiencia.

—Los tiene ella.

Cecilia escondía las manos tras la espalda, y Livia fue hasta ella para abrirle los puños. Uno por uno le separó los dedos, hasta rescatar los botones mojados por la transpiración nerviosa de la niña, que hizo un puchero al verse descubierta.

—¡Muy mal! —le dijo con dureza mientras le daba un golpecito en las manos, leve y preciso.

Cecilia comenzó a boquear como pez fuera del agua y Livia la sujetó, por temor a que decidiese salir corriendo en cualquier dirección. Podía ser tan terca como la niña, y usó de toda su fuerza para retenerla por la cintura cuando ella se contorsionó en procura de su libertad. Forcejearon como contrincantes. Cecilia era alta también,

aunque Livia la sobrepasaba por una cabeza. En varias oportunidades recibió un puñetazo en la cara o un codazo en el estómago, pero no se rindió. Samanta reía descontrolada. Al fin, exhausta por los inútiles esfuerzos por librarse, Cecilia comenzó a llorar. Era un llanto extraño, una especie de gemido que acababa en silencioso ahogo. Livia le acarició la cabeza.

—Shhh... —murmuró en vano en su oído—. Ya hablaremos de esto después. Ahora siéntate, que te diré algo.

Tomó la palma de la niña y escribió con rapidez: «te quiero». Luego usó la mano para rozarle la mejilla como antes. Cecilia tenía los ojos anegados en lágrimas e hipaba sin control.

—Samanta, ve a la cocina y pide a la cocinera que prepare una tisana de manzanilla.

—¿Qué es eso?

Se devanó los sesos intentando recordar el nombre en inglés de aquella hierba.

—*Chamomile*.

La voz varonil casi le cortó la respiración. Él se hallaba a escasos metros, observándolo todo. ¿Desde cuándo? Ignoraba si había visto la escena de Cecilia encaprichada, o solo a ella intentando doblegarla.

—Dile eso mismo a la cocinera —insistió Livia, y Samanta echó a correr con una risita tonta.

Jeremías avanzó hasta colocarse junto a ellas.

—¿Está bien Cecilia? —preguntó displicente.

—Ahora sí, mejor. Tuvo un ataque.

—¿Puedo saber por qué?

—Ella tiene estos berrinches, supongo que lo sabe.

—Jamás presencié ninguno.

Livia lo miró de hito en hito. Era imposible que el padre nunca hubiese visto a su hija presa de un ataque si es que la internaba porque ya no la podía manejar. Se estaba burlando, o la estaba zahiriendo por algún oscuro motivo.

—Pues acaba de verlo —repuso sin apartar la vista del hombre.

Él parecía de un humor peligroso. Apenas llegó Samanta con la cocinera pisándole los talones y portando la bandeja con el brebaje, Jeremías tomó a Livia de un brazo y la apartó.

—Venga conmigo, tenemos que hablar. Ida, quédese con Cecilia hasta que beba su té y luego llame a la señora Sims para que la acompañe. Y tú —agregó mirando a la pequeña con el ceño severo—, quédate junto a tu hermana.

—No quiero... —empezó Samanta, pero algo en la mirada del padre le dijo que esa ocasión no era propicia para los caprichos, pues de inmediato cambió de talante—. Sí, papi.

La cocinera obedeció con idéntico disgusto, aunque por supuesto nada dijo, y una vez que Cecilia comenzó a sorber la infusión Jeremías arrastró a Livia hacia su

despacho. Cerró la puerta y se desprendió del saco, arrojándolo sobre la silla.

—Si quiere pelear, hágalo, señorita Cañumil, pero con alguien que se acerque a su tamaño.

Se plantó ante ella con las manos en las caderas y las piernas abiertas.

—Pegue —le ordenó.

—¿Cómo?

—¡Pegue! —Y Jeremías le sujetó la muñeca para obligarla a lanzarle un puñetazo.

Livia intentó zafarse, pero la mano de él era una garra. Reacia a obedecerle, se limitó a retorcer el brazo para forzarlo a soltarla, sin éxito; el apretón ya le causaba dolor, un dolor que no estaba dispuesta a reconocer. Como recurso desesperado, hincó sus dientes en el dorso de la mano de su patrón. Él parecía tan estoico como ella. No la soltó.

—Es brava, señorita Cañumil, debo aceptarlo, pero no toleraré escenas de pugilato en mi casa. Menos con las niñas.

—Yo no estaba peleando con Cecilia, señor, sino conteniéndola. Ella tiene mucha fuerza cuando se enoja, y puede hacerse daño. Además, utiliza esos berrinches para lograr sus propósitos.

—¿Y cuáles son?

—En este caso, estropeó la muñeca que le regaló la señorita Sullivan. Le arrancó los ojos.

Jeremías se mostró impresionado, aunque no quiso reconocerlo.

—Será que no sabía cómo jugar con ella, creo que nunca tuvo una.

—Eso será otro motivo de conversación entre usted y yo. Lo importante ahora es que sepa que no permitiré arranques de ira de ninguna de las dos. ¡Y de usted tampoco!

—Muérdame otra vez y juro que le daré de nalgadas.

—¡Atrévase!

Jeremías la contempló con una mezcla de rabia y excitación.

—No me provoque, señorita.

Lo dijo en un tono bajo y ronco, una especie de susurro feroz que hubiera helado la sangre de un contrincante en el *ring*. Livia no era inmune a la amenaza, pero lo único que tenía para sostenerse era su propio orgullo. Si había algo que un indio conservaba pese a todas las miserias era el orgullo. Patético quizá, pero orgullo al fin. Las lágrimas no brotaron de sus ojos cuando lo miró en abierto desafío, a pesar de lo indignante de la situación.

—Es la primera vez que le importa tanto lo que le ocurra a Cecilia —balbuceó.

Jeremías mantenía clavados sus ojos en los de ella y guardaba empecinado silencio.

Algo indefinible, un atisbo de piedad por esa mujer sola que intentaba abrir camino a su profesión en un país desconocido, y admiración por el coraje que

demostraba al hacerlo, hicieron que soltara el apriete y conservara la mano de Livia en la suya, sin permitirle retirarla como era su voluntad.

—Déjeme ver —insistió, y masajeó la zona donde había presionado con sus dedos.

El tacto cálido era reconfortante, pero Livia no sabía qué pensaba él ni por qué había cambiado de parecer, pues mantenía los ojos bajos, concentrado en su tarea.

—No voy a disculparme —dijo él para su asombro—, porque antes debo escuchar sus propias disculpas.

—Ya le expliqué que Cecilia tiene estos ataques y necesita firmeza para aprender a controlarlos.

—No le reprocho eso. Quiero saber —y la soltó para echar llave a la puerta del despacho— qué hacía usted hoy en la casa del guardián del faro.

¿Es que había ojos por todas partes en ese sitio? No se podía dar un paso sin ser espiado.

—El señor Elijah me invitó a tomar el té. Iba a rehusarme, pero como estaba sola, sin las niñas, pensé que podía decidir por mí misma.

Jeremías se apoyaba sobre la puerta cerrada. Iba en mangas de camisa y usaba pantalones de montar, aunque ella jamás lo había visto a lomos de un caballo. Esa ropa ceñida le daba aspecto de bandido, resaltaba el interior sin pulir de Jeremías.

Caminó con lentitud hacia ella y tomó una fusta de la repisa.

—Así que ahora juega a las visitas con el hijo de un asesino.

Las manos acariciaban la fusta y sus ojos no la miraban. Parecía un padre resignado a dar una paliza al hijo díscolo. Livia se cuadró.

—Soy una mujer libre, señor Robinson.

—Ah, ya vamos. Esa es la señorita Cañumil que encaja bien aquí, la inconformista que lucha por las libertades femeninas, aunque no se las disputen. Ha venido al sitio indicado, será bien recibida con esos discursos.

—¿Su esposa no compartía esos ideales?

Jeremías se volvió hacia ella con furia.

—Alma no encontraba motivos para enfrentarme —ladró—, tenía todo lo que una esposa puede pedir.

«Por eso lo engañó con otro hombre», pensó ella, aunque no lo dijo. Le repugnaba revolver la herida del que aún sangraba. Hubiera querido que él se sincerara al menos en parte, como el guardafaro, pero estaba claro que ese interior sombrío del señor Robinson se encontraba enterrado a mucha profundidad. Ensayó una tregua.

—Yo tampoco soy una fanática —repuso—, me interesan las ideas porque desde hace años lo que ocurre en los Estados Unidos ha servido de modelo a nuestra educación. Y vine para especializarme en los kindergarten. Lo que pasó fue que...

—Se interpuso la necesidad.

—Sí.



—Entiendo, sé de eso más de lo que se imagina. No tema, señorita Cañumil, que cuando regresemos podrá irse, si lo prefiere. Cecilia volverá a la escuela, y nosotros seguiremos nuestras vidas en Greenwood. Hemos venido porque sabíamos que las hermanas Fox pasarían por aquí antes de ir a Nueva York. Luego aparecieron otros, como la señora Pombal, y la estadía se fue prolongando. En pocos días partiremos.

A Livia la invadió una inesperada tristeza. Pese a los enfrentamientos y las dificultades, había encarado aquella misión en Newport con tal ímpetu que verla trunca con el regreso repentino le causó zozobra. Y no quería repetírselo, pero la idea de despedirse del señor Robinson sin saber qué mal turbaba su alma también la afectaba. De su presencia emanaba una fuerza tan potente que Livia se hallaba a gusto a su amparo. De modo contradictorio, cuando peleaba con él sentía que ella se completaba.

—Si me permite, señor, a Cecilia le convendría vivir en familia e ir a la escuela por las mañanas o las tardes, como los demás niños.

Él alzó la mirada de pronto.

—¿Qué atracción ejerce sobre usted Elijah Gardiner?

El cambio brusco de tema la dejó muda.

—Ninguna. Es un hombre desagradable a veces.

Jeremías asintió.

—Estoy de acuerdo. Eso hace más incomprensible que acepte tomar el té con él, como lo haría con un caballero.

—Había prometido hablarme del suceso.

No hacía falta explicar de qué se trataba, Jeremías lo captó de inmediato y su talante se tornó siniestro.

—Imagino que habrá tramado toda clase de mentiras —dijo con voz sibilante.

—Cuando suenen las dos campanas quizá surja la verdad.

Era una invitación a contar su versión de los hechos, pero él la desilusionó con su silencio.

—Váyase, señorita Cañumil —y usó la llave—. Preséntese mañana antes de las doce en el cobertizo. Tendrá su primera lección pugilística.

Al partir Livia, Jeremías castigó con la fusta el respaldo del sillón, destrozando la tela.

—¡Maldición!

La oscura marea que se había tragado a su esposa se cernía de nuevo sobre él. Debía instruir a Livia lo antes posible. Sería una buena alumna, tenía manos fuertes. El que se atreviese a atacarla se llevaría una sorpresa.

Elijah caminó sobre las piedras donde la muchacha extranjera había estado sentada un rato antes. Miraba el suelo con atención, en busca de algo que desde lejos avistó. Después de unos momentos, halló lo que sospechaba: una deslucida fotografía que

cayó de la alforja de la señorita Livia. La había estado espiando sin que ella supiera. Tomó el cartón y contempló la imagen de Alma y Cecilia. Su dedo índice contorneó las figuras.

Luego miró hacia el mar y sus ojos azules se tornaron duros como diamantes.

—Me las pagarás.

Echó a andar hacia el faro, a cumplir con sus tareas. Aquella mañana estuvo a punto de decir cosas irreversibles, pero por fortuna se dio cuenta a tiempo.

Era mejor así, sin prevenir a nadie.

El sol asomó entre las nubes plomizas, entibiando un poco el aire frío de la costa. Nadie caminaba entre la ladera y el mar, solo las gaviotas volaban en círculos, pescando y chillando. Las olas rompían sin descanso contra las rocas, repitiendo los ecos de un secreto que nadie sabía descifrar.



## CAPÍTULO 12

—**¡D**ale duro! ¡Ahora! ¡Eso es! Un poco más a la derecha. ¡Ahí!

*El bramido de la tribuna, exaltada y sedienta de sangre, abombaba sus oídos. Él solo escuchaba a Homer, aunque era imposible no captar las voces que formaban un telón de fondo para su sexto round. Había estado impecable. Certero, demoledor. Su rival era tan experimentado como él, pero tenía un defecto: descuidaba el flanco derecho. Sería producto de su izquierda poderosa, confiaba en ella y buscaba el nocaut. Jeremy no lo permitiría. Estaba avezado en esas estrategias, todavía podía dar el baile esquivando golpes hasta encontrar el punto débil en el momento preciso. Era lo que todos clamaban.*

*Una imagen fugaz e inoportuna de Hermoso John asaltó su mente. Intentó deshacerla con un bufido. Cada vez que le sucedía perdía puntos. Se concentró de nuevo y contraatacó. Una oleada de furor invadió al rival y los gritos colmaron el estadio.*

*Los carteles anunciaban la pelea en todo Chicago: Pendenciero Jim y El Gran Robin. Había corrido mucha plata bajo las mesas, incluso en ese mismo instante debía de estar pasando de mano en mano, quizá modificando las apuestas iniciales. Jeremy observó al otro a través del espacio entre sus puños: Jim sudaba a raudales, tenía un feo corte en una ceja y su ojo tan hinchado le impedía ver. Sus músculos, sin embargo, todavía daban pelea. Jeremy no lo subestimó. Jamás lo hacía.*

—¡Gran Robin Gran! ¡Gran Robin Gran! —coreaban en las primeras filas hombres que lucían ropas de gánsteres y fumaban gruesos cigarros.

*Fue la primera vez que Jeremías percibió la legalidad del juego sucio. Arrojó a Jim de un derechazo sobre la lona justo antes de sonar el gong. Giró para volver a su esquina, y el otro lo atacó de forma artera con un golpe en la nuca. No hubo amonestaciones, salvo la de Homer, dirigida a él:*

—Cuida tu espalda.

*Y fue la primera vez que Jeremy supo que las peleas obedecían a influencias políticas. Pendenciero Jim no estaba en condiciones de subir al ring, no se reponía aún de un hematoma interno, pero su manager hubo de ceder ante esas influencias.*

—Tuve que salir —le confió a Homer más tarde—, o me hubiesen fusilado.

*Aquellas cincuenta mil personas que vociferaban una retahíla de insultos cuando su rival caía eran indiferentes a todo.*

—Muchacho, esto es también un negocio, no lo olvides.

*A Homer le faltó decir que era sobre todo un negocio.*

*Jeremy sintió repugnancia por su arte, también por primera vez.*

—Señor Robinson, ya estoy aquí.

Livia no se anunció de inmediato, antes contempló fascinada la furia con que Jeremías vapuleaba la bolsa. En su torso desnudo sobresalían los músculos que le permitían aquellos golpes letales, y su cuello grueso se destacaba, pues llevaba la melena atada en una coleta. La joven reparó en el calzado y en los guantes, una novedad con respecto a la vez anterior.

Jeremías detuvo la bolsa y se echó por los hombros una bata que a Livia le trajo el mal recuerdo de la entrevista con Odelia.

—Aguarde —dijo, y desapareció tras la puerta por unos segundos.

Salió abrochándose la camisa y con el cabello peinado hacia atrás. Se lo veía más joven cuando no vestía chaquetas de caballero ni estaba obligado a desempeñar el rol de señor de la casa. Livia recordó entonces que en el aquel paseo nocturno bajo la llovizna el señor Robinson se había visto más relajado.

—¿Está lista? —Y evaluó su aspecto con una rápida mirada.

La institutriz calzaba zapatos deportivos, lo único deportivo de su atuendo, ya que la falda estrecha y la blusa que asomaba bajo la chaquetilla de paño no resistirían ni un solo movimiento. Estaba preparado para esa emergencia.

—Detrás de esa puerta encontrará ropa más adecuada. Vístase, que empezaremos a calentar.

El corazón de Livia golpeteaba mientras intentaba ponerse aquellos pantalones anchos. No sabía dónde meter las enaguas, así que se las quitó también. De sus prendas le quedaron solo la camisola y las medias. Por fortuna, el señor Robinson le había destinado una camisa larga que le cubría la cadera. Todo el uniforme era blanquísimo. Livia parecía un beduino del desierto. Quizá por eso Jeremías ocultó su risa al verla.

—Venga, primero haremos algunos ejercicios. ¿Está habituada a brincar o a correr?

Él esperaba algo de rubor o de confusión ante sus preguntas, y en parte pensaba divertirse a costa de la joven, por eso lo desarmó la respuesta:

—Puedo correr como un venado si quiero. Y caminar durante horas. Lo que no sé si puedo es brincar, nunca lo he hecho.

La seriedad con que la institutriz se tomaba el entrenamiento le dio alas a Jeremías.

—Empezaremos con movimientos sencillos. Con los pies juntos, salte de este modo.

Livia imitó los saltitos cortos tantas veces como él lo exigió. Luego, hizo lo mismo con los brazos en alto, para acostumar a los músculos a mantener la posición. Le resultó fácil al principio, pero cuando Jeremías le colocó aquellas manoplas rellenas el asunto cambió.

—Manos juntas, así. La cabeza escondida entre los guantes. Así, muy bien. Siga saltando. Intente separar las piernas ahora, salte con los pies adelante y atrás. Muy bien. Siga.

Él controlaba el tiempo con un reloj de arena que había llevado. Lo daba vuelta tantas veces que Livia se sintió mareada, pero no quiso reconocer que estaba rendida. Aguantaría hasta que se cumpliera el tiempo del reglamento. Las mejillas coloreadas, el cabello pegoteado sobre la frente, los ojos brillantes por la emoción y el esfuerzo, la joven lucía deslumbrante. Jeremías tuvo que esforzarse por controlar el tiempo y no la gracilidad de sus músculos bajo la ropa. Livia era más resistente de lo que cualquier novato habría sido.

—Descanse.

La muchacha resopló y detuvo los brincos. Los guantes le colgaban a ambos lados del cuerpo, tiraban de ella hacia abajo, y de no haber estado ante la mirada de él se habría dejado caer redonda sobre el suelo entarimado.

—Deme agua, por favor —suspiró.

—Nada de eso. Antes debe serenarse. Es tóxico beber cuando se está tan agitado.

¡Aquello era una tortura! Luego, Livia recordó que allá en su tierra se tenía ese cuidado con los caballos sudados para que no reventaran, y encontró lógica la medida.

—¿Puedo sentarme?

—Camine, es la mejor forma de bajar el ritmo.

Livia empezó a dar vueltas en torno a la bolsa, primero largas vueltas, después más y más cortas, hasta que se mareó y cayó al piso. Jeremías la levantó y se sentó sobre el barril, con ella sobre sus piernas. El aliento fresco de la joven lo vivificó. Livia mantenía los párpados bajos; no estaba desvanecida, solo le costaba superar el mareo.

—¿Hace cuánto que ha desayunado?

—Creo... que... tres horas... o cuatro...

—¿Y qué comió?

—Té —y los labios carnosos se fruncieron en señal de disgusto. Jeremías sonrió.

—Veamos, no le gusta el té, nuestra bebida favorita. Aquí todo el mundo soluciona sus problemas bebiendo té.

—Lo sé. Es lo que más me cuesta.

—¿Qué acostumbraba a beber en su país? —se intrigó él.

Livia abrió los ojos y el verdor impactó en el pecho de Jeremías.

—Mate o café con leche, depende del momento del día.

—No sé qué será eso que llama mate, pero café con leche puedo ofrecerle.

—Se lo agradecería. No le simpatizo a la cocinera.

—Ida no está en situación de imponerle nada. Si se insubordina avísame, que la meteré en cintura.

Recién entonces cayó Livia en la cuenta de la indecencia de su postura, recostada sobre las piernas del patrón. Se enderezó de súbito y saltó. Jeremías tuvo tiempo de rozar su costado antes de dejarla ir, de detectar la suavidad de sus curvas bajo la camisa holgada.

—¿Puedo pegarle antes a la bolsa?

Había inocencia en la pregunta, una suerte de fascinación juvenil por probar lo desconocido. De nuevo la ternura mezclada con atracción invadió el pecho de Jeremías, y cuando le respondió se sintió cien años más viejo que la señorita Cañumil

—Unos cuantos puños y nada más, suficiente por hoy.

Por la noche, a la luz de su lámpara, Livia leía ensimismada el libro que Madame La Nuit le había regalado. Allí el coronel Olcott decía cosas extraordinarias, y al tratarse de un hombre respetado y no de un joven impresionable sus aseveraciones adquirían mayor impacto.

Palabras como *inframundo*, *materializaciones*, *aportes* y *voces directas* eran incorporadas con avidez por la joven, que veía abrirse un universo ante ella. Descubrió que la flor y los demás objetos que cayeron sobre la mesa cuando vinieron las hermanas Fox eran aportes, y que había médiums especializados en lograrlos. También supo que esa nube de niebla que apareció en la visita de la señora Pombal se consideraba una de las máximas virtudes de un médium, pues hacer visible lo invisible requería gran esfuerzo. Livia recordaba la expresión de cansancio de Madame La Nuit aquella noche. Eso le hizo pensar en su propio agotamiento. No había un músculo que no le doliera después del ejercicio de ese día. ¿Cuánto habría que entrenar para no cansarse de pegarle a la bolsa? El señor Robinson no parecía afectado por el esfuerzo. Claro que él era un hombre grande. La sensación de proximidad que la asaltó cuando Jeremías se ubicó detrás de ella y dirigió sus puños hacia la bolsa le hizo apresurar los latidos. Podía tratar a un hombre enérgico e indiferente, no le costaba enfrentarlo y exigirle un papel en la educación de su hija, pero lidiar con aquel otro que reía y se burlaba de sus miserables golpes para luego consolarla diciendo que era lo mejor que una mujer podía lograr le resultaba difícilísimo. De algún modo, estaba mejor pertrechada para la lucha con el sexo opuesto que para el coqueteo.

Llamó su atención un ejemplo citado por el coronel en el libro. Explicaba detalles del suceso que motivó el despertar psíquico de las hermanas Fox.

Cuando las niñas se vieron acosadas por ruidos extraños todas las noches, a la menor se le ocurrió establecer una suerte de código de golpes. El resultado fue espeluznante, y se improvisó un comité de investigación compuesto por vecinos para atestiguar el fenómeno. Las respuestas del ente que hablaba con Catalina les dijeron que en la modesta casa de aquella familia metodista se había cometido un crimen en otros tiempos. Un hombre de unos treinta años había sido asesinado por dinero, y su cuerpo se hallaba enterrado a diez pies de profundidad bajo el suelo de la vivienda. A partir de esa confesión, los ruidos se produjeron también durante el día, y cuando las hermanas se trasladaron a la casa de un matrimonio cuáquero que las cobijó, las persiguieron hasta allí. La extraordinaria revelación conmovió a la vecindad y

traspasó los límites del pueblo. Se elaboró un folleto explicativo con los testimonios recogidos y se ordenó una excavación que sacó a la luz huesos humanos mezclados con cal y alquitrán. Fue el pandemónium.

El *Boston Journal* publicó la noticia, a pesar de la habitual desconfianza de la prensa, y la vida de las hermanas Fox cambió para siempre.

Livia señaló esa página en el libro y se detuvo a pensar sobre lo que aquello implicaba: un crimen antiguo revelado por medios psíquicos. Si era cierto que podía obtenerse información de los espíritus, Jeremías Robinson no estaba equivocado al pretender invocar a la esposa muerta para que le respondiese algo que torturaba su mente. Por supuesto, él querría confirmar si le había sido infiel, aunque a Livia le pareció que ya estaba convencido de eso. Había algo más en los intentos de Jeremías, un dato que él no había revelado.

¿Qué sería? Se recostó con el libro sobre el pecho y el sueño la pilló desprevenida. Un roce insistente la despertó alarmada. Livia ajustó la lámpara y entreabrió la puerta.

Allí estaba Cecilia en camisón, con los ojos muy abiertos y descalza, frotando las paredes en busca de una puerta por donde pasar.

—Querida —le dijo con suavidad y la tocó, para que supiese que la había escuchado.

La niña pegó un salto y se aferró a la mano de Livia con fuerza inusitada. La llevó hacia su mejilla y repitió aquella caricia que para la institutriz reflejaba tanto la necesidad de cariño de Cecilia como el recuerdo de su madre. ¿Habría soñado?

—Vamos, te llevaré a tu cuarto.

Caminaron por el corto pasillo que las separaba, y ante el intento de Livia de entrar al dormitorio de las niñas Cecilia se plantó, empecinada. Fue imposible moverla. La jovencita tironeaba de su maestra con los labios apretados. Su intención era bajar las escaleras. Livia supuso que desearía beber té con miel o leche tibia como otras veces, y se dejó llevar. Descendieron los peldaños con cuidado, pero cuando quiso conducirla a la cocina de nuevo Cecilia se detuvo, indicando que su dirección era otra. Quería entrar al despacho de su padre. Intrigada, la institutriz accedió.

El lugar estaba helado. El fuego de la chimenea se había extinguido, a causa de la ventana abierta o porque los criados no habían tenido la previsión de alimentarlo. La servidumbre de Blue House dejaba bastante que desear. Livia se agachó para remover la leña en la esperanza de hallar brasas, cuando la sorprendió una sensación en la nuca, un leve mareo.

Cecilia estaba de pie junto a ella, tomándola por el hombro, aferrándose a su presencia sólida y confiable, mientras que en el bajo de la ventana, donde en las sesiones había estado la mesa redonda, una neblina densa se concentraba difusa. Livia se enderezó, pasmada. Si no hubiera presenciado aquella otra materialización no habría reconocido esta, pues daba la impresión de ser un vapor gris, una columna de humo sin olor. La sustancia se alargó y ascendió hasta el techo, luego se ensanchó,

cobrando la apariencia humana que petrificó a la maestra. Era la única testigo, ya que Cecilia no podía ver. ¡Pero sí la había presentido! Otra razón no cabía para que despertara agitada e insistiera en ir al despacho de su padre.

Aquella membrana luminosa no podía ser otra que Alma Robinson. No se trataba de Iris, ya que Madame La Nuit había dicho que la acompañaba dondequiera que ella fuese.

Livia se encontró frente a una revelación de tal magnitud que todo su cuerpo reaccionó bombeando sangre a raudales, se le tiñeron las mejillas y el cabello se le rizó como si la humedad marina lo hubiese atrapado. Tomó la mano de Cecilia y vio que la niña tenía los ojos fijos en la nube, a pesar de no verla. Ella *sentía*. Prueba palpable de lo que Livia había sospechado desde el principio, Cecilia no era inmune a lo que la rodeaba, no vivía tan aislada como todos suponían, al contrario, algunos sentidos se habían aguzado al perder otros. La niña tenía el don. Esa otra revelación conmovió el corazón de Livia.

Aferradas la una a la otra, ambas mujeres percibieron cómo la nube se disipaba. Su presencia había sido breve, y los motivos de su aparición no quedaban claros. ¿Deseaba Alma que su hija supiese que estaba junto a ella? ¿O quería que su maestra intermediase?

Pronto la razón de su desvanecimiento quedó a la vista. El señor Robinson había abierto la puerta del despacho y las contemplaba estupefacto.

—¿Qué horas son estas?

Ya no era el Jeremías que le enseñaba a boxear entre risas. Había vuelto el señor de la casa, intolerante y frío.

—Jeremías... señor... —comenzó Livia entrecortadamente—. Sucedió algo extraordinario.

—Imagino que sí —respondió él con sarcasmo—, para que Cecilia esté despierta y fuera de su cuarto en plena noche. Y usted, señorita Cañumil, vestida para dar un paseo.

Él había observado que ella no llevaba camisón.

—Hemos visto un espíritu.

Los ojos de Jeremías echaron un vistazo a la habitación y luego a Cecilia.

—Supongo que hablará por usted.

—Se equivoca, no lo habría visto de no ser por Cecilia. Fue ella la que me alertó. Señor Robinson, su hija posee la misma facultad que los médiums que ha convocado, acabo de saberlo. Ella vino a mi cuarto y la seguí pensando que quería leche, cuando lo que me decía era que su madre vino a visitarla, y...

—Basta de estupideces.

La fría respuesta la paralizó. ¿No era ese hombre el que la había introducido en el mundo de los espíritus que venían a la tierra? ¿Por qué desoía entonces lo que ella le contaba?



—Si hubiera llegado un momento antes la habría visto. Creo que el espíritu se fue cuando usted vino. A no ser que... —Y Livia calló lo que su mente captó de pronto, que Alma no deseaba aparecerse ante su esposo, sino hablarle a la hija. ¡Por eso fallaban las sesiones!

—Deduzco que ha tenido pesadillas y no la culpo, el ejercicio de hoy fue intenso, a veces sucede. Quizá la niña resintió eso también, sus clases habrán sido distintas por su causa.

«Por su causa». La acusaba de no haber sabido llevar la lección del día, y no era por su voluntad de enseñarle a boxear sino por impericia de ella. Livia calló la réplica que pugnaba por salir. El momento había sido demasiado intenso e importante para ensuciarlo con una discusión banal. Era evidente que el señor Robinson no quería admitir que otro, fuera de él, pudiese ver al espíritu de su esposa. En su mirada descubrió Livia la comprensión absoluta del fenómeno. Él sabía. Y renegaba de ello.

—En ese caso me retiro a descansar, que buena falta me hace —contestó.

Arrastró a Cecilia, asustada ante la irrupción del padre, y salieron al vestíbulo rozando al hombre, que a la sazón tampoco llevaba bata. Estaba tan vestido como Livia.

Jeremías tardó en reponerse. Si la noche de insomnio se debía a una premonición o al recuerdo del tibio cuerpo de la institutriz apoyado en el suyo durante la clase, no tenía idea.

Livia Cañumil había trastocado su humor y sus propósitos. Él no quería ocuparse de Cecilia, solo pretendía cumplir su rol y conseguirle una educadora. Tampoco deseaba sentir cosas que habían quedado enterradas junto con Alma. Ni confiar en nadie nunca más.

Abrir su corazón le produjo dolor, y la coraza que lo protegió durante su vida en las calles estaba más endurecida que nunca.

—Aquí estabas.

Odelia lo miraba desde el vano de la puerta, envuelta en su bata de seda y con el cabello recién cepillado. Había creado una *mise en scène* para la ocasión. Su perfume flotaba en el ambiente. Se le acercó, sinuosa, y le echó los brazos al cuello.

—Debiste decirme que no podías dormir, querido. Yo lo hubiese solucionado. Estamos a tiempo.

Los labios femeninos rozaron los del hombre, duros y curvados en una mueca de disgusto.

—¿No me quieres esta noche? —ronroneó ella.

Jeremías se desprendió del abrazo.

—Ni esta noche ni ninguna otra. Lo nuestro fue un error, y lo estoy pagando.

Odelia alzó la barbilla.

—¿Tú solo? ¿No cuenta mi conflicto? Casada con un hombre al que no amo, soporté sus instintos y fingí que me importaban sus asuntos hasta que él decidió

alejarse, y el que quiero está revolviéndose sobre la tumba de una esposa que jamás fue lo que debía ser. Alma no era para ti, Jeremy, nunca quisiste aceptarlo.

—Cállate.

—Ella fue tu ideal, tu fantasía. Rubia y con esos ojos azules que te recordaron a las hadas de tu tierra, la creíste pura como ellas. Era una mujer, Jeremy, débil y cobarde. Yo estoy aquí, fuerte y enamorada de verdad, como lo estuve siempre. Jamás me diste ocasión de demostrártelo.

—¡Estás casada, mujer!

—Podría haberlo solucionado. Me casé con él porque no tenía oportunidad contigo. Desde que viste a Alma te obnubilaste. Yo ya no existía. Frecuentabas nuestra casa para vernos a ambas, pero la mirabas solo a ella. Y padre consintió el matrimonio porque le quedaba poca vida.

—¿Por qué te casaste si tanto me querías?

—Por despecho. La noche que te vi seduciendo a mi hermana me di cuenta de que nunca me mirarías de ese modo. Y tenía que casarme o mi padre no repartiría su herencia entre nosotras. Había impuesto esa condición. Quería que estuviésemos aseguradas. Pobre viejo, si supiera que nos hizo infelices a las dos...

—Eres una mujer dura, Odelia.

—En cambio Alma era dulce y buena. Eso es lo que todos creyeron siempre. Hasta que te traicionó con un pobre pescador y la verdad te traspasó el corazón. ¡Dios mío, qué necio puede ser un hombre! Hasta hoy estás intentando saber si de veras se entregó a otro o no.

—Sabes que no es eso lo que busco.

—Nunca sabrás lo que buscas.

Jeremías la tomó del brazo y la sacudió un poco.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedo obtener esa respuesta? ¿Acaso te confesó tu hermana algo?

Odelia sonrió con desprecio.

—Saca tus conclusiones. Ella se llevó al hombre que yo amaba y no supo retenerlo.

—Ella está muerta, Odelia —dijo Jeremías con tristeza.

—Y sigues enamorado.

—Alma fue el gran amor, el que me salvó de la perdición, la mujer que llegó a mi corazón.

Odelia se mesó los cabellos con rabia.

—¿Y esta otra, que te visita de noche y pasea contigo? ¿Qué ha logrado Miss Livia, Jeremy? ¿Ya la tuviste entre tus brazos, como a mí? Ten cuidado, no vaya a ser que te dé un hijo...

—¡Calla!

—Eres un miserable.

El cariz de la discusión había soltado los demonios de ambos. Buscaban herirse y culparse de sus cuitas. Jeremías se sentía, en efecto, un miserable por haber sucumbido en momentos de dolor a la seducción de su cuñada. Ella había sido muy convincente y él era un hombre desgarrado por la decepción. Aquella infidelidad lo perseguiría de por vida. Odelia no era injusta al recordárselo, tenía sus motivos.

—Ve a dormir, Odelia. No hacemos sino dañarnos el uno al otro. Fue un error que vinieras.

—Me invitaste para que te escoltara en esta manía de reunir a los locos que ven visiones, como las otras veces. No te bastó que te acompañase a Vermont y a Canandaigua, tenías que traerme al nidito de amor que tuvieron con Alma. ¡Odio Newport! —estalló.

—A partir de ahora te relevo, querida cuñada. Puedes volver a Boston.

La rabia desfiguró las facciones de la mujer, que se abalanzó sobre Jeremías con la intención de rasguñarle el rostro. Él la sostuvo sin dificultad, y comparó la fuerza de Odelia, mínima y risible, con la de Livia, fibrosa y potente para ser mujer.

Agotada, despechada y furiosa, la señora Hamilton renunció a sus intentos de seducción y huyó del despacho, decidida a castigar al cuñado de otra forma más sutil.

Jeremías quedó a solas con sus recuerdos, que martirizaban sus días y sus noches.

Nunca volvería a amar como antes. El amor lo había destrozado y ya no permitiría que otra mujer recogiese los pedazos. Ni siquiera Livia, con sus ojos verdes, su voluntad de hierro y su audacia sin límites. Ella menos que ninguna, era la más peligrosa de todas.

No había vuelto a beber desde que le enseñaba a boxear.

La institutriz se reveló como una alumna puntual. Cada mañana de práctica lo aguardaba en la puerta del cobertizo, con su alforja y su capucha, pues a medida que transcurrían los días el clima se enfriaba. Casi no hablaban en los preliminares. Livia se cambiaba tras el aparador mientras Jeremías encendía la estufa. Habían creado una rutina en la que ambos se sentían cómodos. El Gran Robin era un maestro severo, cuidaba la pureza de los movimientos que eran la esencia del deporte, pero no escatimaba consejos a la hora de defenderse de las malas artes.

—El que está enfrente puede ser un fullero —le decía—, y hay que estar preparado. No transgredir si no hace falta, pero saber hacerlo si es necesario.

Y entonces mostraba a Livia cómo dar un codazo que pasara desapercibido, o un golpe bajo cuando el rival buscaba envolver al otro en un abrazo.

—El boxeador que se tira siempre encima del contrincante está intentando descansar sobre él y, de paso, darle algún golpe prohibido que el árbitro no ve entre la maraña de brazos.

Livia asentía y copiaba el movimiento. Le gustaba el ejercicio, se sentía vital practicando. Las lecciones que impartía a Cecilia la obligaban a estar mucho tiempo

quieta, y a refrenar la impaciencia cuando el aprendizaje se tornaba lento y frustrante. Poder desahogarse saltando, golpeando y resoplando sin que a nadie le pareciera mal era una gran liberación. Volvía con el corazón liviano, saltando entre las rocas hasta llegar a la colina, donde su paso se volvía recatado para no despertar sospechas. A nadie comentó sobre sus prácticas de boxeo. No hizo falta que el señor Robinson se lo advirtiese, comprendió que le convenía mantenerlo en secreto. Odelia era un ave rapaz en lo que a su cuñado se refería y, después de la escena en su *boudoir*, Livia sabía que no le perdería pisada. La desilusión que le produjo saber de esos amores la enterró bien hondo bajo el fatalismo propio de su pueblo. Lo que estaba hecho, hecho estaba, de nada valía mortificarse. Livia era consciente de que no cabía esperar lo que no era para ella, y aunque su honestidad le impedía fingir que no le importaba la conducta de Jeremías, aceptó que lo único que ella debía conseguir era un padre para Cecilia y esas lecciones de boxeo que vigorizaban su cuerpo.

Una de esas mañanas ella lo descubrió atando un pañuelo rojo en un rincón del cuadrilátero.

—Esto me lo enseñó un viejo amigo. Cuando te sientes atontado por los golpes y todo da vueltas en tu cabeza, es bueno ver dónde te esperan los que pueden ayudarte. Es como distinguir tierra en medio de un naufragio, o señales de vida en el desierto.

Para dar un ejemplo contundente, Jeremías tomó a Livia por los hombros y la hizo girar sobre sí misma varias veces, luego en la otra dirección, y por fin de nuevo en la primera. Cuando la soltó, la joven apenas se podía tener en pie.

—Mírame —le dijo con firmeza, y se colocó junto al pañuelo.

En medio del mareo, aquella prenda sobresalía por su color chillón, se destacaba de la masa de objetos borrosos que la rodeaban, y Livia extendió las manos hacia ella.

—Camina.

Puso un pie delante del otro con la mirada fija en el pañuelo, hasta caer en sus brazos.

—Bien —la recibió él con un dejo de ternura en la voz.

Más tarde, mientras bebían una taza de café al calor de la lumbre, Jeremías le contó sobre el truco del pañuelo rojo.

—Era una de las astucias de Homer. Mi viejo maestro se educó bajo las reglas del inglés Broughton. Él me decía: *mira siempre el rojo, hijo, que allí estaré yo. Mientras Homer Atkins siga en pie, el rojo será el color de su campeón.*

—¿Dónde está él ahora?

Jeremías tomó un sorbo de café y se alzó de hombros.

—Quién sabe. Tal vez tenga a otro bajo su ala, o se haya retirado con una bolsa de oro y se esté dando la gran vida, como él soñaba.

Esto último era tan improbable que una sombra de tristeza cruzó la mirada de Jeremías al decirlo. Extrañaba a Homer. Si bien su relación había estado marcada por la herejía de la necesidad y más de una vez los había enfrentado la discordia, el recuerdo de Homer era entrañable para Robinson. Lo había sacado del vicio y le dio

una profesión de la que pudo enorgullecerse en aquella época. Si luego él había buscado la manera de pertenecer a una sociedad que prefería verlo desangrarse en el *ring* antes que recibirlo en sus salones, ya era otra cosa. Homer sabía que su pretensión era inapropiada, pero no lo desalentó. Después de todo, algún día tenían que despedirse. Y cuando Alma apareció en su vida, Jeremías lo tomó como señal de que había llegado el momento de colgar los guantes.

—¿Y alguna vez tuvo que mirar el pañuelo para guiarse?

La pregunta lo sacó de su nostálgico pensamiento.

—Nunca quedé tan *groggy* como para eso, aunque vi casos patéticos de rivales que se arrastraban babeantes, con la vista turbia, buscando el sitio exacto del pañuelo salvador.

—Usted debió de ser intocable —dijo Livia, con admiración.

—Tengo la mollera más dura. O quizá me protegía el santo de los irlandeses. Vamos, que se nos hará tarde para el almuerzo.

Salían por separado, con el pretexto de que Jeremías debía acondicionar el lugar antes de dejarlo. Era un sitio que no le pertenecía, y en cualquier momento podía aparecer el dueño. La realidad era que ninguno de los dos deseaba una interferencia que perturbase esas horas de esparcimiento que disfrutaban sin confesárselo.

Livia comenzó a conocer y a comprender mejor a Jeremías Robinson. Lo que no había conseguido en la casa, durante las lecciones de Cecilia, lo obtenía boxeando en un cuadrilátero escondido en un galpón de chapas. Él parecía distenderse cuando practicaba, y las anécdotas de esa época turbulenta le arrancaban risas ante la mirada de Livia, que abría la boca y movía la cabeza, incrédula. Supo que tenía rota la falange del tercer dedo de la mano izquierda, y Jeremías le dijo que estaba muy agradecido por esa lesión, ya que le permitió inventar un golpe que fue su marca registrada.

—De abajo hacia arriba y de lado, así —le dijo, mostrándole el movimiento.

La tocó con el puño cerrado pero con suavidad de seda, para no lastimarla. Era muy cuidadoso con ella, y aunque la alentaba para que le pegara con ganas, cuando debía parar sus golpes siempre salía perdiendo, ya que jamás endurecía la mano al frenarlos. Se admiraba de la fuerza que desplegaba esa mujer. Tenía un continente atlético natural, y estaba seguro de que Homer la hubiese aprobado como debutante en el boxeo femenino.

Por momentos aquello le producía desazón, ya que le venían a la memoria los intentos de su esposa para que olvidara su pasado de púgil. Alma, tan pacífica y delicada, no aprobaba los golpes, ni siquiera en un deporte controlado. Ella sentía que lo rescataba cuando le impedía contar sus antiguas hazañas. Livia, en cambio, estaba siempre ávida de saber detalles de sus peleas. ¡Qué ironía! La mujer pura que enderezó su camino se perdió a sí misma en el abismo del pecado.

Jeremías nunca preguntaba a Livia sobre su vida en la Argentina, salvo pequeñas curiosidades acerca de las costumbres exóticas. Él no indagaba sobre la situación

personal de la institutriz, si había dejado allá un prometido o un esposo, ni exigía precisión acerca de sus planes futuros. Livia se daba perfecta cuenta de ese silencio que ella tomaba por indiferencia, sin sospechar que era adrede. Jeremías se protegía. Cuanto menos supiese de aquella empleada que le brindaba horas de solaz y le permitía pensar en una vida mejor que la que llevaba, más a salvo se sentiría. Bajar la guardia por completo era exponerse al nocaut. Cierta vez en que ella se explayó un poco sobre sus antiguos alumnos, él se puso de pie y la desafió a practicar el *hook* que acababa de enseñarle.

—Directo al hígado y desde abajo —la corrigió, al ver que ella desviaba el brazo derecho en lugar de subir pegando, como le había indicado.

Jeremías rechazaba que lo protegiese, quería que pegara con toda su fuerza, pues si alguna vez necesitaba defenderse, de nada le serviría medirse en los entrenamientos.

—Rápido y corto, como si quisieras robarle la cartera a un tipo.

Ese comentario provocó la distracción de Livia, y Jeremías aprovechó para darle una lección.

—Abriste la guardia —le dijo, y la atacó desde adentro, inmovilizándola.

Sus cuerpos quedaron unidos por unos segundos, el de Livia bajo el abrazo que hubiera sido fatal en una auténtica pelea. El contacto produjo tal cimbronazo en ambos que Jeremías se distanció de inmediato y aceleró el fin de la clase.

—Por hoy tenemos bastante —explicó, tirándole la toalla para que fuese tras el aparador.

Eran esos toques casuales, inevitables en clases de boxeo, los que la confundían.

Él siempre exigía más de lo habitual para un principiante, pero Livia no se quejaba, estaba acostumbrada a rendir examen en cada cosa que emprendía, y aquello no era una excepción. Sus músculos ya no le dolían como antes y se sentía liviana e impaciente, como un animal salvaje deseoso de salir a correr y a cazar. Era evidente que el señor Robinson eludía tocarla, más por pudor que por miedo a lastimarla, pensaba ella, y cuando eso sucedía la reacción era tan potente que sentía el calor del hombre atravesándola. Quizá fuese normal en un deporte en el que se estaba siempre en contacto, ella no lo sabía.

Eran situaciones que afectaban a ambos.

—Busca el hueco siempre —le dijo después, mientras servía el consabido café—, allí donde el otro tiene su punto débil.

Livia se preguntaba si debía entender un significado oculto en aquella directiva.

Una mañana helada en que ella sentía las manos entumecidas, Jeremías se las frotó con una mezcla de alcohol, vinagre, agua y ciertos jugos astringentes que se obtenían de una planta. Lo había preparado en una botella para esa eventualidad. Las manos de Livia siempre le habían intrigado. Alguien podría decir que eran poco femeninas, pero él las encontraba dotadas de una fortaleza inusual que no les restaba

belleza, al contrario, resultaban tan armoniosas con el resto de su persona que de haberlas tenido suaves y delgadas como Alma habría pensado que eran injertadas.

—Esto te las endurecerá —le dijo mientras le daba masajes vigorizantes.

Ese contacto produjo en Livia sensaciones contradictorias. Si bien era un consejo profesional que él le daba, las manos del señor Robinson, anchas y cálidas, le causaron un cosquilleo inoportuno en la boca del estómago.

Las lecciones tuvieron un abrupto final a raíz de un episodio inesperado.

Livia brindaba la excusa de querer caminar a solas por las mañanas, a fin de mantener en secreto esos encuentros clandestinos. Y a Robinson nadie le pedía razón de sus ausencias.

Fue por eso muy extraño que apareciera un día una nota clavada en el poste de la entrada al cobertizo que decía: «¿A quién mataste, Robinson?».

Livia encontró a Jeremías paralizado con el papel en las manos, y cuando quiso saber qué ocurría, él lo guardó en el bolsillo sin dar explicación. Esa clase fue en especial silenciosa y dura, como si el hombre rumiase algo y buscase tomar decisiones a lo largo de la mañana.

—Hasta aquí llegamos —dijo por fin, después de tomar el café—. Empezaremos a planificar el regreso a Greenwood. Es hora de retomar las obligaciones y que las niñas se adapten a la rutina normal.

Era un lenguaje tan frío como el que Livia conoció a su llegada a Blue House, y no supo por qué la hería tanto comprobarlo. Ella sabía que los días en Newport no iban a ser eternos; sin embargo, como estaba logrando mejoras con Cecilia y su padre parecía haberse acostumbrado a esa hija que le causaba problemas, creyó en su ingenuidad que la estadía se prolongaría para dar más tiempo al progreso de la niña. Era evidente que nunca se había tomado en consideración el bienestar de Cecilia. Volver implicaba regresar a la escuela de sordos como internada. Y para ella, retornar a su pensión en Boston.



## CAPÍTULO 13

**E**n los días previos al regreso a Greenwood, la actividad en Blue House fue más intensa que nunca. Los criados, previendo que faltaba poco para recuperar su libertad, se afanaban en cumplir las órdenes con puntillosa precisión, y los miembros de la familia se mantenían ensimismados en sus asuntos. Cecilia estudiaba sus lecciones, Samanta ya no se complacía en molestar, y Odelia se ocupaba de bordar tapices con flores y pájaros, en una obsesiva dedicación. En cuanto a Jeremías, su talante era mucho más serio y pasaba largas horas en su despacho. Si salía por las mañanas, Livia sabía que iba a practicar ese deporte que le permitía desahogar su furia, pero ya no la invitaba a compartirlo.

Una mañana llegó una tarjeta anunciando la visita de un médium reconocido al que la señora Pombal había contado su experiencia con los Robinson. Él se ofrecía, siempre que estuviesen de acuerdo, en dar una sesión sin costo, pues le interesaba el caso de la mujer ahogada y la pena póstuma del esposo.

George Vale Owen era un vicario de Orrford que se había visto obligado a renunciar debido a la persecución que le causaron sus ideas. A diferencia de los médiums que habían visitado Blue House, Owen era un estudioso del fenómeno de mediumnidad, y llevaba unos apuntes que pensaba publicar algún día bajo el título de *La vida más allá del velo*. Se encontraba en América para participar de conferencias sobre el tema. Livia supuso que el caso de Jeremías y Alma serviría para abonar sus investigaciones. Le sorprendió la juventud del médium y, sobre todo, el magnetismo que se desprendía de él.

Alto y delgado, su rostro de palidez ascética enmarcaba unos ojos de mirada tranquila. Hablaba con mansedumbre no desprovista de humor, y su conversación estaba impregnada de observaciones prácticas. De no haberse sabido su don, habría pasado por ser un hombre bondadoso volcado al servicio de la comunidad. Livia se sintió de inmediato cautivada por sus maneras cálidas y afectuosas, en especial cuando le dedicó a Cecilia una sonrisa que ella no veía, y un apretón de manos que la niña recibió conmovida. El reverendo Owen había llegado al corazón de Cecilia más rápido que sus parientes.

Mientras almorzaban, sus comentarios aclararon el panorama que la maestra iba construyendo a medida que vivía los fenómenos.

—Es común que nos abramos a este mundo cuando el ángel de la muerte visita nuestra casa. Solemos vivir existencias materiales alejadas de lo espiritual. El dolor de la pérdida genera no solo la añoranza, sino también una especie de telepatía.

—¿Y no es eso lo que distorsiona la realidad, reverendo, el dolor de la pérdida?

La maliciosa pregunta de Odelia fue respondida con sencillez.

—Eso dicen los materialistas, señora, pero yo he visto y sentido cosas que no estaban ligadas a mi propia experiencia. Puede decirse que comulgué con el dolor



ajeno. Lástima que aquellos que viven en la espiritualidad no crean en estos fenómenos. Es más fácil negar que explicar.

—¿Se refiere a la Iglesia? —quiso saber Jeremías.

—A mis hermanos en Cristo, sí. Ellos prefieren seguir negando. ¿Sabe usted? Creo que es la razón por la que la Iglesia no ha conseguido vencer al materialismo; se ha convertido también en parte de ello.

Las palabras del reverendo estaban despojadas de rencor pese a la persecución sufrida, más bien parecía lamentar que sus hermanos no disfrutasen de la certeza que él tenía acerca de la comunicación entre ambos mundos.

—Todo se explicaría entonces —dijo.

Decidieron que esa noche tendrían la primera sesión. Owen preguntó dónde habían realizado las anteriores y con qué suerte, y al cabo propuso algo distinto.

—Sería bueno reunirnos en un sitio que hubiese significado algo para la señora. A menudo los espíritus rondan los rincones amados.

Torturado hasta lo indecible, Jeremías tuvo que sugerir el cobertizo donde boxeaba en secreto. Había resultado ser el lugar donde hizo el amor con su esposa el día que visitaron Newport en busca de la mansión soñada. Por supuesto, no dio ninguna explicación.

Odelia le dirigió una mirada asesina.

La noche no podía haber sido más desapacible. De nuevo las nubes se amontonaron sobre el horizonte de mar, turbulentas y electrizadas, amenazando romperse sobre la costa de un momento a otro. La ausencia de luna los obligó a trasladarse de la casa hasta el cobertizo munidos de candiles, una hilera de luces parpadeantes en medio de la bruma. El océano rugía. Adentro del galpón, Jeremías ya había encendido una garrafa y un brasero. Para la ocasión hizo trasladar algunas sillas y cojines, y usó de mesa el tonel donde solía sentarse a beber café con Livia. Odelia miraba todo sin sorpresa, pues alguna vez en el pasado se había encontrado allí con su cuñado. Reparó sin embargo en que la institutriz tampoco parecía sorprendida de hallarse en ese sitio.

El reverendo meditó unos momentos antes de comenzar a hablar.

—Quiero advertirles que cuando se invocan espíritus pueden aparecer otros que no son el deseado. Por lo general, se trata de almas inferiores que vienen a confundirnos; debemos ser tolerantes pero también estrictos y perseguir metas elevadas. La gente suele preguntar banalidades a los espíritus, y eso atrae a los más simples. Si hay algo en especial que queramos saber de la señora Robinson, debemos preguntarlo con claridad y, sobre todo, con determinación. Si ella quiere que se sepa, vendrá.

Livia detectó el nerviosismo en Odelia, y la conmoción en Jeremías. Ambos sabían de qué hablaba el señor Owen, y les afectaba por diferentes razones.

Comprendida la misión que emprenderían, el reverendo aclaró un punto más.

—La llave que abre las puertas de la otra vida es un corazón sencillo y honrado. Muchas sesiones fracasaron debido a la presencia de científicos recelosos o escépticos malintencionados. Les ruego ser sinceros en esto. Si hay alguien aquí que resista la idea de comunicarse con el espíritu de Alma Robinson, es mejor que lo diga y se retire de la reunión. Nadie lo culpará por ello.

Jeremías y Livia miraron a un tiempo a Odelia, que se sintió vejada ante la desconfianza. Ni loca permitiría que la marginasen del experimento justo cuando la respuesta que pretendían de su hermana era la que ella también anhelaba conocer.

Tal vez fuese su última oportunidad.

El reverendo se dio por satisfecho y extrajo de su portafolio una pizarra que colocó sobre sus piernas, bajo la tabla de la improvisada mesa. Luego apoyó un lápiz de tiza sobre ella.

A continuación, dispuso una caja con polvo de yeso en una esquina de la tabla.

—Estoy tratando de agotar todos los medios de que disponemos para que Alma Robinson esté aquí esta noche —explicó.

Jeremías se hallaba en un estado de excitación que lo suspendía de un hilo. Su cordura parecía haber llegado al límite. Quería y no quería saber. Ahora que los preparativos y las explicaciones del reverendo Owen lo predisponían más que nunca a ver lo inimaginable, experimentaba el temor de que la respuesta perseguida durante tanto tiempo llegara. Una vez hecho, sería irreversible. Habría preferido estar a solas con Livia, pero no podía expulsar a su cuñada sin despertar sospechas. Y no esperaba que ella se alejase por las suyas. Era tan curiosa como artera. La mención de los espíritus sencillos y nobles no la había espantado.

George Owen tenía una manera especial de entablar contacto. Juntó las manos en actitud de oración y murmuró una plegaria por la redención de las almas y la armonía de la sesión que estaban a punto de iniciar. Recordó los nombres de Jesús, San Francisco, el Buda y otros mensajeros, cada uno de los cuales tuvo diferente grado de divinidad. Jeremías pensó que eso explicaba las persecuciones, pues la idea rozaba la herejía.

—Hay que volver a la Iglesia primitiva, que guardó contacto íntimo con las entidades invisibles. Ellas nos enseñan que la muerte es el paso a una vida más amplia, un nacimiento.

Odelia estaba a punto de explotar. Se había jurado no presenciar ninguna otra sesión, y de no haber percibido que esta podía ser crucial habría cumplido ese juramento. Sospechaba que el reverendo, que era un hombre de fe, lograría lo que no pudieron los otros, y quería estar allí cuando ocurriese.

Todos cerraron los ojos a instancias del vicario y pusieron sus manos sobre la mesa. Livia se hallaba a su izquierda y enfrente de Jeremías, por eso escuchó con claridad el rasguido de la tiza sobre la pizarra. Espió la cara de Owen y no vio que lo distrajese de su aparente meditación. Después de un rato, el hombre dijo:

—Ha escrito.

Con igual naturalidad, mostró la pizarra garabateada en la que se leía: «aquí».

—Ha llegado —anunció Owen.

—¿Eso es todo? —se indignó Odelia, decepcionada.

—Está dispuesta a hablar. No sé si en la pizarra o de otro modo. Debemos esperar.

Livia no sabía qué pensar. Había visto las manos del reverendo unidas sobre la mesa mientras el ruido de la tiza llegaba a sus oídos, y se decía que aquello no era posible. Sin embargo, la confianza del hombre la inspiraba y decidió dejarse llevar. Lo que pudiese pensar el señor Robinson era un misterio, su semblante oscurecido no revelaba nada.

Afuera, el viento arreció. La ventanita del cobertizo traslucía la débil luz de los candiles como una antorcha en la oscuridad. Por el sendero paralelo al mar se deslizó una figura que no llevaba lámpara. Prefería el abrigo de la noche para sus propósitos. Se acercó con sigilo al cobertizo y espió adentro hasta cerciorarse de quiénes estaban reunidos. La elección del sitio favorecía sus intenciones, por fin podía hacer lo que desde hacía tanto anhelaba, recuperar lo que le pertenecía. Corrió por la senda hasta llegar a la colina y tomó fuerzas. Esa era la noche.

La sesión reservaba aún más revelaciones. Poco a poco, de manera insensible, el yeso blando de la caja fue adquiriendo forma bajo una mano invisible que lo iba modelando. Era un rostro de mujer, de sonrisa leve y ojos cerrados como si durmiese un sueño bendito.

—¿La reconoce? —preguntó Owen a Jeremías.

—¿Será Iris? —aventuró Livia, recordando a la muchacha ahogada en el lago.

—Es Alma —contestó Robinson en un murmullo.

—A ver... —Y Odelia se incorporó desde el otro lado de la mesa.

El silencio que siguió confirmó que se trataba de la difunta y que su aparición había causado hondo impacto en los que la conocían. Livia encontró difícil relacionar esa máscara de yeso con la imagen de la fotografía. Esperaba algo más de la sesión del reverendo, y este no se hizo rogar. Un frío helado que ya conocía atenazó sus músculos, y ruidos provenientes de los rincones de la sala rodaron entre ellos. Al fin, la anhelada materialización, una nube flotando a la altura del techo. Si era Alma, los estaba viendo desde arriba.

—Pregunte, señor Robinson —lo alentó el reverendo.

Jeremías contenía la respiración con las palabras atragantadas en su pecho. Temía dejarse llevar por una ilusión y confesar en público lo que realmente lo angustiaba. Aquello podía ser una farsa, después de todo, y exponerlo ante Owen y, sobre todo, ante Livia. Ella lo miraba expectante; sin duda querría saber qué demonios lo perseguían. Aunque sus ojos verdosos le infundían confianza, había preguntas en ellos, y Jeremías se había prometido no volver a confiar.

—Un momento —dijo el vicario de pronto—. Escuchad.

El zumbido leve se fue intensificando hasta volverse casi insoportable. Odelia se tapó los oídos con ambas manos, y Jeremías y Livia se miraron con extrañeza. El vicario se mostró preocupado.

—Algo está sucediendo —dijo—. El espíritu de la señora Robinson está muy turbado, no puede quedarse, no puede...

El hombre echó la cabeza hacia atrás, víctima de un espasmo, y Livia sintió en todo el cuerpo una premonición tan fuerte que casi perdió el sentido.

—¡Cecilia! —exclamó, sin saber por qué.

Todos abandonaron la mesa, más por el quiebre del hechizo que por saber a qué atenerse. En ese momento estalló la tormenta. La lluvia golpeó los vidrios y los truenos aturdieron, los silbidos del viento se convirtieron en aullidos y las luces oscilaron bajo las ráfagas.

—Salgamos —propuso Jeremías, aliviado de dar por terminada la sesión.

Livia, en cambio, sabía que aquello era solo el principio. La conexión que había creado con Cecilia le permitía intuir que algo terrible estaba pasando, mas al no poder especificarlo guardó silencio. Vería por ella misma si tenía razón o no. Abandonaron el cobertizo con rapidez, huyendo del tableteo de las chapas y protegiéndose del agua. Corrieron hasta la base de la colina, y desde allí Jeremías lanzó una mirada fugaz al faro, que recorría implacable el mar con su inmenso ojo blanco y frío.

Una vez adentro, mientras los demás se acercaban a la chimenea en procura de abrigo, Livia subió las escaleras a todo correr, seguida de su patrón.

—¿Qué ocurre? —le gritaba él pisándole los talones.

—Quiero ver cómo están las niñas.

Y antes de comprobarlo supo que Cecilia no estaba en su cuarto.

Elijah corría bajo la lluvia también, alejándose de la casa. Arrastraba a una espantada Cecilia que apenas alcanzaba a posar sus pies en las piedras. Iba en camisón y envuelta en la misma manta de su cama. Su raptor no había encontrado las chinelas, y no tenía tiempo de buscar zapatos adecuados, de modo que la sacó a empujones, apretando la boca de la niña por si soltaba algún grito. No quería causarle daño. La amaba. Debía ser rápido para evitar que los vieran salir de Blue House. Por fortuna para él, la señora Sims dormía a pata suelta y los truenos vinieron en su ayuda. Esa noche en especial se habían quedado todos los sirvientes, dado que los patrones estarían ocupados, y pese a eso él consiguió burlar la vigilancia. La clave era actuar con eficacia, sin distraerse ni temer nada. Ya lo había comprobado la otra vez, cuando su padre partió en la barca. Aunque aquello salió mal, de todos modos. ¡Cómo iba a saber él lo que ocurriría!

—¡Vamos! —la arengó mientras hacía trepar a la niña entre las matas para guarecerse en la cabaña del cabo.

Cecilia tenía frío y un terror cerval la paralizaba. Aquellas manos flacas y nerviosas la empujaban, sabían en qué lugar presionar para que ella se moviera. ¿Dónde estaban las manos fuertes? Se habían ido, al igual que las de Mamá. Apenas entró al lugar que olía a carbón, se abrazó temblando a la manta y se pegó a una pared.

—Ven, no temas —Elijah la condujo con delicadeza hacia la fogata—. Tendrás frío, caliéntate un poco.

La niña tiritaba y sus dientes castañeteaban en un repiqueteo incesante.

—Basta —la conminó él, nervioso.

Temía que desde afuera se escuchase el ruido, tal era el estado de Cecilia.

—Nada malo te pasará. Ahora te querrán como no lo hicieron antes. Solo tu madre te quería. Mira lo que tengo —Elijah saco la fotografía perdida y se la puso ante los ojos ciegos.

—No puedes verla, pero sabes que estás allí, con tu madre.

Le tomó una mano y la frotó contra el cartón, mientras repetía:

—Madre. Madre.

Al ver que la niña no reaccionaba del modo esperado, la soltó y se puso a preparar el té. La presencia de Cecilia lo emocionaba de tal forma que se desconocía. Ya se acostumbrarían el uno al otro, a medida que fuesen intimando. Les habían negado eso, pero ahora todo cambiaría. Echó azúcar en la taza y la revolvió sin despegar la vista de la jovencita. Se veía pálida. Era bella como Alma, aunque más delgada. Estaba creciendo. Sería una espléndida mujer, inocente siempre, sin mácula en su espíritu. Él la protegería de todos. Robinson no tenía derecho a reclamarla, si nunca la había querido. Ojalá la niña pudiese hablar, para contar sus sufrimientos luego de la muerte de la madre. Él no tenía mucho que ofrecerle, la vida era sencilla en Newport para los pueblerinos. Los únicos que gozaban del lujo y los placeres eran los señores ricos que acudían en verano, pero Cecilia no era como esas mujeres codiciosas que él veía pasar a bordo de lanchas de gran eslora. Ella se hamacaría en la mecedora junto al fuego y cuando él regresase del faro le ofrecería una pinta de cerveza. Aprendería a hacer ciertas cosas porque tonta no era, y él tampoco le exigiría mucho. Podría incluso contratar a una sirvienta para que la ayudase. Cecilia no debía padecer ninguna carencia, ya bastante tenía con sus pérdidas y sus incapacidades.

—Toma, bébetelo todo, está calentito.

Hizo que las manos de la niña rodearan la taza para infundirle calor, y observó con satisfacción que ella posaba sus labios rosados en el borde. La condujo hacia la mecedora y la acunó un poco.

—Duerme, yo me encargo de todo.

Mientras Cecilia se balanceaba en un suave crujido que no escuchaba, Elijah cargó una escopeta que guardaba detrás del baúl de los aparejos. Esperaba que fuesen a su casa para interrogarlo, y los estaría esperando. Ansiaba agujerear el pecho de Robinson de lado a lado. Por Alma y por Cecilia.

—Samanta, escucha —decía Livia mientras zamarreaba a la pequeña—. ¿Viste o no salir a tu hermana?

La niña estaba aterida cuando irrumpieron en el cuarto, y ella sospechó que habría visto algo que la aterraba.

—Cecilia no puede irse sola, alguien tuvo que llevarla. La señora Sims no fue, ni tampoco Anabela, las dos están llorando afuera.

En efecto, el ama de llaves sollozaba a moco tendido ante los reproches de Odelia y las amenazas del señor Robinson. Ella no sabía cómo la niña podía haber pasado ante su cara sin hacer ruido, ni cuál fue su intención al desaparecer así.

—Tan calladita que es, tan indefensa que parece —decía, inculpándola de paso para quitarse responsabilidad en el asunto.

Jeremías no soportaba un segundo más en la casa, saldría a buscar a Cecilia con su pistola y una bujía de pesca.

—Está lloviendo a mares. ¿Dónde irías? —le dijo Odelia.

—Yo sé dónde —respondió él en tono siniestro mientras cargaba el arma.

Livia los siguió hasta el despacho donde hablaban en voz baja, aunque no lo suficiente.

—Samanta dice que Cecilia se fue con alguien —les informó.

Jeremías la miró y hubo entre ambos un entendimiento.

—Córrete —dijo él a su cuñada, pasando entre ella y la puerta.

—¡Llama a la policía! —gritaba Odelia, pero ya el hombre que amaba y la institutriz se alejaban de su vista. Bajaron a todo correr por la ladera y pronto la tormenta se los tragó.

Se volvió hacia el reverendo Owen, que rezaba y a su manera participaba de la conmoción.

—Señora Sims, haga que la cocinera prepare una tisana con *brandy* y llévela al dormitorio de las niñas. Estaré arriba hasta recibir noticias. Reverendo, ¿desea usted beber algo fuerte?

—Gracias, señora, me quedaré aquí aguardando al señor Robinson. Sospecho que el espíritu de su esposa será de gran ayuda en todo esto.

Odelia elevó sus ojos al techo y no respondió. Estaba harta de los espíritus, los médiums y las noches iluminadas con luz fosfórica. ¡Se podían ir todos al infierno!

—¡Señora Sims! Lleve también una leche tibia con canela para Samanta.

—Sí, señora Hamilton.

Odelia se encaminó al cuarto con paso medido. Lo que había de ocurrir, ocurriría, ya nada podía hacer. Quizá este fuera el castigo de los dioses por el pecado de Jeremy. Si era así, quedaba eximida de tomar la venganza en sus manos.

Al llegar al cuarto, abrió la puerta y recibió a Samanta en sus brazos. Ajena a las miradas, podía mimarla a su antojo.

—Querida mía, no te aflijas. Estás a salvo, que es lo más importante.  
Y meció a su propia hija hasta que la niña se durmió.

Jeremías y Livia corrían hacia la casa del cabo sin haberse dicho una palabra. Ambos sabían que era allí donde debían buscar, aunque tenían razones diferentes para sospecharlo. La tormenta que había enmascarado la huida de Elijah les sirvió para amortiguar sus pasos al llegar. De la cabaña emanaba un humo denso que se condensaba en el aire. El exterior de la casa era tan inhóspito como la rocalla misma; su dueño jamás había sembrado un jardín, y los brezos crecían hasta el umbral, tapando el peldaño de tosca.

—Mire —dijo Livia de pronto, y levantó del suelo una cinta—. Es del camisón de Cecilia.

Era lo que necesitaba Jeremías para embestir la puerta como una fiera. La madera crujió y se abrió hasta rebotar en la pared. La escena que se presentó ante ellos parecía ficticia: una mecedora junto al fuego crepitante, la lámpara parpadeando en la mesa, y un servicio de té. Como si los habitantes de esa casa hubiesen ido a dormir dejando todo como estaba.

Reinaba un silencio estremecedor.

—No están aquí —dijo con ferocidad Jeremías.

—¡Vamos, deben de haber salido por atrás!

Cada uno rodeó la casa por un costado distinto, y se encontraron en el patio del fondo, un malezal como el del frente. Fue entonces cuando Livia divisó, en la bruma, el titilar de una farola que flotaba en el mar.

—¡Allí, señor Robinson!

Elijah llevaba a Cecilia en la barca rumbo a la isla del faro. Livia recordó el pavor que había asaltado a la niña aquella vez durante la excursión, y se estremeció. Jeremías apretó los dientes y murmuró:

—Lo mataré.

No tenían forma de abordar la isla sin un bote, y el oleaje estaba demasiado agitado como para intentarlo nadando. Sin embargo, en eso pensaba él al quitarse el gabán y el cinturón.

—Señor Robinson, se ahogará, no puede llegar a nado. Busquemos ayuda.

—No hay tiempo.

Livia no sabía cómo convencerlo, y a la vez sentía que era urgente ir en ayuda de Cecilia, pues las intenciones de aquel hombre eran sin duda siniestras. Una niña inocente e indefensa sería víctima inevitable de los bajos instintos de un depravado.

Al fin y al cabo, eso era Elijah Gardiner.

—Tenga —le dijo Jeremías mientras le entregaba la pistola—. Si nado con ella se mojará la pólvora y no servirá de nada.

—Pero ¿con qué va a defenderse?

Él la miró con un dejo de suspicacia.

—Olvida mis puños.

Livia no creía que, en caso de salvarse del mar encrespado, pudiera además vencer a Elijah a los puñetazos, pero era evidente que aquel hombre confiaba en sus capacidades. Si él lo hacía, ella lo ayudaría en todo lo que pudiese.

—Sostenga también la lámpara, así, para que yo no pierda el rumbo en la oscuridad.

Livia respiró hondo y obedeció. Parada en el extremo del cabo, con una mano sostenía la pistola y con la otra levantaba la farola bien alto. De algo le servirían los ejercicios para fortalecer los brazos. Era cosa de vida o muerte.

Nada preparó a Jeremías para la sensación que invadió su cuerpo al tomar contacto con el agua helada en esa época del año. El Atlántico era frío aun en verano, pero bajo aquella borrasca parecía traer corrientes del Ártico. Él sabía nadar, se había criado corriendo carreras en el río Shannon, claro que entonces contaba cinco años y era una pequeña sabandija. La vida de deporte y su propia capacidad de supervivencia acudieron en su auxilio. Entre braceada y braceada, podía ver la popa del barco que tenía delante. La farola que Livia sostenía y la que Elijah se vio obligado a llevar a bordo lo orientaban bastante, lo único que debía hacer era nadar contra las olas que pujaban por devolverlo a la orilla. El tramo no era ancho, pero cruzarlo a nado constituía un desafío. Con los ojos cegados por la espuma y los oídos anegados de agua, sintió por un instante algo parecido a lo que debía de sentir Cecilia, aislada del mundo, insensible a lo que la rodeaba. Cuando avistó las primeras rocas de la isla, tuvo el tino de dejarse llevar por la corriente para evitar ser visto durante el desembarco. El propio faro le brindó la protección que necesitaba. Aprovechó el descanso para aquietar su respiración. Tenía el cuerpo entumecido como cuando recibió los golpes del mercenario al que todos llamaban La Cruz por haber enterrado a varios rivales.

*—Déjate pegar en los tres primeros rounds, Robin, es lo que acordamos. Después, es todo tuyo.*

*—Pero ¿y qué si me pega tanto que no puedo reaccionar?*

*Homer se había alzado de hombros.*

*—Hay diez mil en juego, Robin. Solo por los tres primeros. No es mucho pedir. Todavía eres joven y con futuro, pero a mí se me acaba el tiempo, y ¿qué me queda? Es triste la vejez de un manager sin campeón, Robin.*

*Él no habló más. Rumió aquella ignominia durante dos rounds. La Cruz pegaba como un alce en celo, la testuz baja y tomando carrera. Nunca había sentido tanto dolor, se le adormecía el abdomen, y el árbitro no reparaba en los golpes bajos. Tampoco Homer. Desde 1867 regían las reglas del marqués de Queensberry, más severas que las London Prize Ring Rules, pero algunos hacían la vista gorda,*



*asumiendo que no estaban en vigencia real. Jeremy resistió todo lo que pudo, hasta que su «irlandés loco», como decía Homer al carácter que revelaba a menudo, lo sacó del apuro con una «vuelta de vals» increíble. Era una de sus tácticas. Un golpe en el hombro obligaba al rival a girar sobre sí, y al quedar de frente recibía de lleno un puñetazo en el rostro que lo tumbaba. La Cruz cayó en la trampa. Cebado en la confianza de que lo apadrinaban los «grandes», no supo atajar ese golpe fatal. A Robin le valió la pérdida del título por puntos, otro fraude, si bien con el tiempo se vocearía su nombre como «el matador», y un club de boxeo fabricó para él un cinturón diseñado con piedras preciosas que representaban el trébol de Irlanda. Jamás olvidaría ese tributo, aunque con el tiempo hubiera debido sacrificar las piedras para poder comer. Homer le retiró el saludo durante meses, y al final volvió a conseguirle peleas, pues era lo único que ambos sabían hacer.*

Vio cómo Gardiner tomaba de la cintura a Cecilia y la depositaba en la orilla. La jovencita se quedó quieta, perdida en ese sitio barrido por los vientos y la espuma. Jeremías contuvo el deseo de soltar un bramido y abalanzarse sobre él. Nadó en silencio hasta la orilla opuesta y se alzó sobre las rocas. Estaba exhausto, casi sin resuello. Las prácticas en el cobertizo le habían servido para ponerse en forma de nuevo. *El cuerpo recuerda los movimientos habituales*, le decía Homer para animarlo a proseguir.

Se arrastró, temblando de frío, hacia el pequeño barandal de hierro que rodeaba el faro y allí esperó. De paso, se recuperaba.

—Entra, no te pasará nada. Yo te cuidaré.

Elijah llevó de la mano a Cecilia hacia el centro del recinto. De nuevo los ecos monstruosos penetraron en el recuerdo de la niña. Él no sabía qué horrores despertaba esa vibración, ignoraba que aquel episodio del pasado hubiese hecho tanta mella en la conciencia infantil.

Ella tiritaba por dentro, su mente enmudecida de terror. Los ecos siniestros retumbaban en su cabeza. Mamá. Había desaparecido cuando los ecos sonaban. Cecilia atinó a rozarse la mejilla, llamándola. ¡Mamá! Pero esa presencia extraña no entendía su lenguaje de señas. Tenía la mano fría y nudosa, le hacía daño cuando la tocaba. Se encontró metida en un sitio helado donde aquellas voces se multiplicaban. Buscó su palma y escribió en ella: «calor». ¿A quién se lo diría? No había nadie que pudiese comprenderla. Al salir de la cama, creyó que era la mano que nunca la tocaba la que la llevaba a los empujones, pero un sentido interior le dijo que no, que aquella mano debía de ser cálida. Cecilia se arrebujó en la manta y se sentó sobre una silla. La presencia se movía a su alrededor, ocupada en algo. Cecilia comenzó a balancearse para no pensar en nada.

—¿Por qué no viene? —masculló impaciente Gardiner.

Había aguardado la persecución para asestar a Robinson el golpe final. Lo odiaba. Era la causa de la desdicha de Alma, y la razón de todo lo que ocurrió después. Elijah no podía haber sabido que ella subiría a la barca, que su padre lo permitiría. Fue el destino el que provocó la tragedia. Él no tuvo que ver con eso.

—Acércate —murmuró mientras enarbolaba la escopeta y apuntaba a través del ventanuco.

La única manera de entrar era por el frente, y a pesar de la borrasca lo vería cuando apareciese. De seguro habría ido en busca de una barca y eso lo demoraría.

Echó un vistazo a Cecilia.

—Yo te cuidaré —repitió.

Ahora tenía un propósito en su vida, no estaría solo nunca más. Su padre tampoco era gran compañía, no le dirigía la palabra a menos que tuviese que ordenarle algo, y cuando ocurrió aquello se mostró intransigente y actuó con alevosía, en contra de su propio hijo. Elijah no podía olvidar el rostro paterno al saber lo que él tenía con Alma. Era una máscara de repugnancia. Luego lo había enviado lejos, pero él regresó, no tenían derecho a quitarlo de en medio. Volvía por lo que era suyo. Como en ese momento, recuperaba lo que le pertenecía.

—¿Dónde estás? —volvió a decir, exasperado.

Jeremías había dado la vuelta completa, pegado al muro mojado del faro. Ya no sentía el frío carcomiendo su piel, estaba tan anestesiado como el día que soportó los embates de La Cruz. Aquel recuerdo lo fortaleció. Si pudo reponerse de aquello es que tenía una veta de supervivencia extraordinaria. Un malnacido no iba a ganarle ese *round*.

A pesar de los jirones de bruma que atravesaban el aire, pudo apreciar el caño de la escopeta asomando por el hueco de abajo. Lo estaba esperando. Mejor, así podría gozar del enfrentamiento. Odiaba la idea de matarlo sin que supiera quién lo hacía.

Se arrastró por debajo de la línea de las ventanas. No tenía armas, de manera que debía quitarle la escopeta de un golpe certero. Sin pensarlo demasiado, tomó el caño con ambas manos y tiró con brutal ímpetu. Elijah, que no sospechaba su presencia escondida entre las matas de abajo, no atinó a sujetarlo y perdió su única salvaguarda. Lanzó un grito de rabia que Jeremías aprovechó para echar a correr hacia la entrada.

De reojo observó a Cecilia, acurrucada en la silla y envuelta en su frazada. Eso lo tranquilizó. Luego, se dedicó al enemigo.

Elijah era una máscara de fealdad, distorsionados sus rasgos por el deseo de matar. El fino cabello pegado al cráneo, los ojos agrandados por la penumbra del recinto, el cuerpo esquelético mojado, parecía una criatura marina salida del abismo. Las manos se le crispaban formando garras.

—Por fin —se oyó decir Jeremías.

—¡No te la llevarás, es mía!

Y sin más dilación, el guardafaro se arrojó sobre él. Jeremías lo recibió con un golpe que lo dobló hacia atrás, a punto de quebrarlo.

—Por tu padre —le dijo, y sin darle tiempo a recuperarse le barajó otro en la mitad de la espalda que lo dejó tendido boca abajo.

Podía saltarse todas las reglas, no en vano se había formado en las calles. Del juego sucio lo sabía todo, si bien tuvo que alinearse para pelear en el *ring*. En esa ocasión, las malas artes volvieron a su mente en una oleada. Elijah fingió desmayo para poder sorprenderlo desde atrás, pero Jeremías también sabía eso y lo recibió con otro contundente rechazazo que lo catapultó sobre el escritorio.

—Escoria —masculló—, igual que tu padre. Sé que el culpable está muerto, pero la mala hierba no muere, y la bestia del padre se encarna en el hijo.

Aturdido, Elijah sacudió la cabeza y lo miró con ojos turbios. Soltó una carcajada maléfica.

—¿Qué dice, Robinson? ¿Mi padre? ¡Ya querría yo también poder pegarle ahora! Él es la causa de todo. ¡A él debe achacarle la muerte de Alma, no a mí!

Jeremías mordió la rabia al escucharle decir eso. ¡Claro que sí! Si había sido el padre el que sedujo a su esposa y luego se la llevó. Aquel naufragio que arruinó sus planes puso en evidencia el delito de Alma. Todo eso lo sabía muy bien, era la espina que llevaba clavada en el corazón.

—No puedo pegar a tu padre, pero sí ponerte contra las cuerdas y exigirte que me digas algo.

Elijah boqueaba. No imaginaba qué querría saber ese hombre despreciable que había hecho infeliz a la mujer que él amaba.

—Voy a matarlo, Robinson —dijo entre escupitajos.

—Antes dime algo y quizá salves tu vida. ¿Quién es el padre de Cecilia?

Elijah se echó a reír como un maniático. Reía y maldecía al mismo tiempo, era un demente divirtiéndose con una situación trágica. Jeremías avanzó con los puños apretados y entonces lo escuchó aullar:

—¿No es evidente? ¿No se parece en todo a mí? —Y su mano temblorosa señaló a Cecilia.

Jeremías movió la cabeza en esa dirección, desconcertado, y el otro se abalanzó sobre él como un renacuajo, trepándose a su espalda. Jeremías giró para quitárselo y lo estampó contra la pared hasta que tuvo que soltarse. Una vez en el suelo, lo aplastó con su pie.

—Habla. ¿Qué te dijo tu padre?

—¿Mi padre? —gorgoteó Elijah—. Él no me hablaba, me ordenaba, el muy maldito. Sabía que yo amaba a Alma, que ella buscó en mí lo que usted no le dio. ¡Malditos los dos! Mi padre estaba celoso. Por fin yo tenía algo propio y no las migajas que me dejaba. ¡Por eso se la llevó, para alejarla de mí!

La presión del pie aumentó, y la sangre de Jeremías se heló. ¿De qué hablaba ese infeliz? ¿Acaso...?

—Cecilia es mía. ¡Mía! Es lo único que tengo de mi sangre. ¡Es mi hija! —y Elijah se deshizo en una catarata de toses y risas frenéticas.

Jeremías Robinson quedó de piedra. Por primera vez en todo ese tiempo vivido bajo la pesadilla de la traición de su esposa se le revelaba algo inverosímil. No había sido el guardafaro el culpable sino su hijo, el inútil de Elijah, que solo sabía beber y perderse entre los matorrales. Aquel otro, al menos, había sido un hombre hecho y derecho, que bien podría haber seducido con su experiencia a una mujer que se decía desdichada.

O haberla violado. Esto último golpeó la mente de Jeremías con intensidad.

—¿Qué le hiciste, hijo de perra? —bramó, mientras le descargaba una lluvia de puñetazos.

—¡Nada! Ella vino llorando aquel día. Yo solo le di lo que no le daba su esposo, pero mi padre no lo entendió. Él... él quiso salvarla de mi amor y se la llevó, pero fui más listo, le tendí una trampa. No supo que había agujereado el bote.

Elijah reía como loco mientras lágrimas de angustia corrían por sus mejillas. Jeremías lo escuchaba con el corazón suspendido, horrorizado ante el nuevo giro de sus pensamientos, que iban tejiendo una trama distinta a la que lo había sostenido desde la muerte de Alma.

Ella quizá no fuera una adúltera, tal vez había sido violada por ese loco. Alma nunca pudo fijarse en Elijah, un muchachito al que apenas conocía.

—¿Qué hiciste, desgraciado?

—¡No podía saber que él se la llevaría! ¡Yo no quería que subiera al bote! ¡Él se la llevó! La quiso alejar de mí, y lo que pasó fue culpa del destino. Nunca me amó, mi padre nunca me quiso y no permitió que fuéramos felices.

Jeremías sintió repugnancia ante tamaña confesión. Había odiado al guardafaro y lamentado no poder matarlo con sus propias manos al conocer el naufragio que se llevó a su esposa. Había pensado que ella huía con su amante, y al final... todo había sido un intento de aquel hombre por poner a Alma a salvo de la lujuria de su hijo demente. Se decía en Newport que el hijo del guardafaro estaba tocado, siempre se murmuró eso y nadie se preocupaba demasiado, hasta que el padre lo dejó huérfano y tuvo que hacerse cargo del trabajo. Ya se comentaba que era hora de buscar otro guardia, que no se podía confiar en Elijah Gardiner. ¡Y él, que había dudado de Alma! Ella no lo había traicionado, fue la víctima en todo eso. Al igual que Cecilia, que no llevaba su sangre pero sí la de su madre, la mujer a la que había amado por encima de todo.

Miró al joven que balbuceaba a sus pies y decidió que no podía cargar con otra muerte, por mucho que anhelase hacer justicia por su mano. Se llevaría a Cecilia a salvo a Blue House y denunciaría a Elijah como asesino de su padre y de su esposa y como violador. No costaría mucho convencer a la policía, dada la fama del hijo de Gardiner. Le asestó un último golpe para aturdirlo del todo y se volvió hacia la niña. Con delicadeza la arropó y le dijo cosas bonitas para tranquilizarla, cosas que ella no oiría, pero que de todos modos le brotaron en forma espontánea. Si era hija del infortunio de Alma, él podía cuidarla.

—Ya estás a salvo, querida. Ven conmigo, iremos en bote hasta la orilla. Tu maestra te espera.

Pensó en la cara de Livia cuando le dijese que toda aquella pesadilla había terminado.

Salieron a la lluvia de nuevo, Jeremías con Cecilia en brazos, y se acomodaron en la barca amarrada en la costa. Las olas la zarandeaban de tal modo que costó mucho esfuerzo sentarse en ella. Jeremías sujetó a Cecilia lo mejor que pudo; por precaución la ubicó entre sus piernas y comenzó a remar hacia la orilla.

La mano... ¡La había tocado! Cecilia reconoció en el tacto aquella mano ausente, la que tantas veces imaginaba y tantas otras se le escapaba. Era un recuerdo de antes, de los días de Mamá. A pesar del frío y de los ecos que proseguían, pudo sentir algo de calidez en su pecho. El miedo se iba disipando. Abrió la palma y escribió: «te quiero».

Luego, cerró los ojos y se dejó llevar.

Livia divisó la proa de la embarcación y comenzó a balancear el farol para apresurar el arribo. Hasta que vio a Cecilia a bordo no estuvo tranquila, y al comprobar que venían solo ellos dos, un nudo de angustia se formó en su pecho. Si Jeremías había matado a Elijah, eso acarrearía un conflicto en el que no quería pensar aún. Corrió a recibirlos, con la pistola todavía en la mano.

—¿Qué pasó? ¿Ella está bien?

—Está salva.

—Dios bendito... ese depravado.

—Las cosas no fueron así, Livia, ya te contaré. Primero ayúdame a que Cecilia entre en calor. Ha de estar muy asustada, no puedo decirle que soy su padre.

Las palabras sonaron nuevas en los oídos de Livia. Ella nunca lo había escuchado pronunciarse como su padre. Algo había cambiado, pero no era el momento de hablar sino de actuar. Recibió a Cecilia y con rapidez le hizo la caricia que le permitiría reconocerla. La niña sonrió temblorosa. Livia le frotó la espalda y la ayudó a caminar sobre las piedras.

—¿Vamos a Blue House? —gritó, en medio del fragor de la tormenta que los empapaba.

Jeremías señaló el cobertizo, y Livia entendió que él no quería llevar a la niña en ese estado a la casa, sino tranquilizarla y entibiarla primero. Estuvo de acuerdo y se encaminaron hacia donde habían estado en comunión con el espíritu de Alma Robinson horas antes.

Quedaba algo de calor del brasero y había un termo con café que Livia puso a calentar. Era menester quitarle las ropas húmedas a Cecilia, de modo que usaron el atuendo deportivo de Livia para mudarla. La niña sonreía, se sentía a salvo entre esas manos habilidosas.

—Usted también debería secarse —observó Livia.

—No estás mejor que yo —comentó Jeremías sarcástico, y una sonrisa afloró a sus labios.

Podía permitírsela, sentía liviano el corazón al saber que Alma no lo había defraudado. Era un hombre nuevo, volvería a nacer. Tenía dos hijas de que ocuparse, una bonita casa que lo esperaba y el recuerdo immaculado de su esposa para acompañar sus días. El otro problema, el que creaba el nacimiento de Samanta, adquiriría un matiz diferente. Paso a paso, todas las piezas encajarían de nuevo y podrían llevar una vida armoniosa. Estaba también esa institutriz hermosa y valiente que se preocupaba por su salud.

Pensar en Livia de ese modo lo distrajo y no presintió el peligro.

Cuando recobró el conocimiento, la tormenta estaba en su apogeo. Por la ventanita entraba el agua a raudales y las olas se estrellaban contra el paredón con furia. Elijah se sacudió y tanteó su cabeza donde un bulto empezaba a formarse.

«El maldito se salió con la suya», pensó. Le quitó lo que le pertenecía. Aun habiéndole dicho que Cecilia no era su hija quiso llevársela, como su padre cuando él le gritó que amaba a Alma y que ella lo amaba a él. El viejo Gardiner lo llamó loco, engendro, maniático, y mil epítetos que no quería recordar. Nadie entendía ese amor puro.

Salió y vio que ya no estaba la barca. Robinson habría llegado a la costa, y quizá a su casa también, pero él no iba a dejar las cosas así, seguiría luchando por lo que le correspondía, más cuando todos se oponían a sus designios; era una señal para que se empeñase en lograr su meta. Cecilia era para él, era la sangre de Alma mezclada con la suya y, por ende, le pertenecía. Meditó unos momentos y recordó que su padre guardaba en el sótano una chalupa para las provisiones, que solían atar al bote cuando la mar estaba calma, a fin de evitar tantos viajes entre la casa y el faro. Abrió la trampilla y bajó. Ahí estaba, llena de telarañas, pues desde el naufragio nunca la había usado. La arrastró escaleras arriba y luego la botó. Debía remar deprisa, era una barca pequeña y endeble, y el oleaje se tornaba impetuoso. Él era buen marinero, pese al desprecio de su padre, así que no se amilanó y saltó a bordo. Al encontrarse a medio camino, la espuma que lo rodeaba adquirió una fosforescencia azulada. Elijah remaba con ahínco, pero no pudo dejar de observar, de tanto en tanto, que el agua reflejaba la mirada de su padre entre las olas. Aquellos ojos, azules como los suyos e impregnados de acusaciones, lo perseguían.

«Fuiste tú».

Su padre sabía. Sabía que él había agujereado el fondo del bote, que planeó todo la noche en que le dijo que estaba loco y que lo internaría si no se sacaba a Alma Robinson de la cabeza. Elijah remó y remó, para alejarse de aquellos ojos que brillaban en la espuma. Arribó a la costa y dejó la chalupa entre las matas. Sin pasar por su casa, se encaminó hacia Blue House donde suponía encontrar a Robinson, pero

en el camino atisbó la luz en el cobertizo. Solo por si acaso, se acercó a espiar por la ventana.

Livia soltó un grito al ver el rostro demacrado tras el vidrio. Casi se le cae el termo de las manos, y aunque atinó a advertir a Jeremías, la velocidad del joven lo colocó en segundos entre ellos. Robinson se preparó para la lucha. Aquel sujeto debía de ser bastante fuerte también si se reponía de los golpes propinados.

Elijah traía un as bajo la manga esta vez. Cuando Jeremías se le abalanzó para derribarlo, sacó un cuchillo de limpiar pescado y se lo hundió con placer perverso entre las costillas.

La sangre manó a chorros. Livia gritó e intentó recoger la pistola que Jeremías había dejado sobre el barril, pero el joven fue más rápido y se la arrebató. La empuñó con decisión hacia ella, sin que le temblara un músculo. La reacción de Livia tampoco se hizo esperar. En ese segundo de distracción en el que Elijah miró de reojo a Cecilia puso en práctica su *hook*. Era el golpe de gracia, según decía Jeremías. Paralizaba las terminaciones nerviosas y, si se repetía, producía una especie de asfixia momentánea. El guardafaro se quedó mirándola, sorprendido. Fue la segunda oportunidad que aprovechó Livia para usar el juego sucio. De un codazo le quitó el arma, que salió por los aires, se estrelló contra la pared y cayó a muy pocos pasos de ella. Esa jugada no entraba en los cálculos de Gardiner. Pensaba matar a Robinson y volver a llevarse a Cecilia entre gritos y súplicas de la institutriz; nunca supuso que aquella mujer supiese dar semejantes golpes sin emitir un solo sonido.

Alardeó ante ella con su cuchillo teñido de la sangre de Jeremías.

—Quieta o saldrá lastimada, señorita.

Livia atrajo la pistola con la punta de su zapato y la recogió con rapidez.

—El que va salir de aquí es usted, señor Gardiner, con las manos arriba.

Elijah midió la distancia que lo separaba de Cecilia, y Livia disparó al suelo entre ellos, para que supiese que no estaba jugando. La bala levantó astillas y el impacto casi la tumbó.

Los ojos azules la miraron absortos.

—Pudo haberla matado —tartamudeó señalando a la niña.

—Pero no lo hice. Camine hacia afuera.

Livia no tenía idea de lo que haría una vez que él hubiese salido. Le preocupaba Jeremías, tendido en un charco de sangre. Elijah fingió retirarse, sin dejar de mirarla, con el cuchillo todavía en su mano. Hizo ademán de lanzárselo y entonces un rumor de voces se abrió paso entre los truenos. ¡Por fin venían desde la casa! Elijah se preguntaba cuántas balas tendría el arma. En un raptó de desesperación corrió hacia Cecilia, pensando que si la tomaba en sus brazos nadie podría dispararle. No contaba con la resistencia de Robinson, que mientras se apretaba el costado saltó ante la hija de Alma y lo amenazaba con un atizador de hierro.

Estaba cercado.

El tumulto se hizo visible. El reverendo Owen había llamado a la policía y los agentes acudieron a tiempo de ver a Elijah con el cuchillo ensangrentado, de espaldas a la puerta. Uno de ellos tomó la pistola de manos de Livia, y tuvo que hacer un esfuerzo para arrancársela de los dedos entumecidos.

—Señora, por favor.

Livia dejó ir el arma y corrió hacia Cecilia y Jeremías, abrazados y manchados de sangre.

Mientras esposaban al reo, Livia se ocupaba de darle los primeros auxilios a Robinson, que refería los sucesos de manera fría y precisa, del mismo modo que aplicaba sus puños al adversario, sin piedad ni desvíos. Todo lo que había hecho Elijah Gardiner fue revelado ante el estupor de los presentes. Nadie había tomado aquel naufragio por asesinato; la criminalidad del hijo que planeaba la muerte del padre luego de violar a la esposa de otro hombre hizo que vieran con nuevos ojos al joven. Era mucho peor de lo que suponían.

El guardafaro terminaría sus días en la prisión del Estado.

George Owen, que había acompañado a los policías por si necesitaban de sus servicios como vicario, palmeó el hombro de Jeremías.

—Hombre, en todo esto veo la mano celestial. Y me refiero a ese otro lado que muchos no quieren reconocer.

Más tarde, mientras caminaban en lenta procesión hacia la casa dispuestos a dar las explicaciones al resto, Livia meditaba sobre esas palabras.

Las cosas habían sucedido de modo misterioso. Primero Cecilia la había buscado, presa de un sentimiento que no podía ser sino ese hilo del que hablaban los médiums, el que liga a los vivos con el mundo de los muertos. ¿Por qué algunos poseían el don y otros no? Dios lo sabría. Quizá dependía del interior de cada uno, o de las experiencias vividas, como decía el vicario Owen. Tal vez todos eran capaces de llamar a los espíritus, pero no todos lo aceptaban. Había mucho por saber aún.

Por otra parte, una premonición la había alertado justo cuando se ponían en contacto con Alma durante la sesión. Y algo indefinible la mantuvo junto al señor Robinson, conectados ambos en la comprensión de lo que debía hacerse. Actuaban casi sin hablar, movidos por un mismo afán y en perfecta sintonía.

Y por fin, solo un espíritu superior pudo salvarles la vida en esa noche borrascosa.

La señora Robinson debió de amar mucho a su esposo para permanecer en el mundo hasta que se conociese la verdad de los hechos y se hiciera justicia.

Ya podía volar en paz.

Jeremías Robinson se había reconciliado con su recuerdo y con su hija.

Para Livia Cañumil había llegado el momento de partir.



Los sucesos en Blue House apresuraron el regreso de la familia a los bosques de Concord.

Ya no había nada que hacer allí, una vez descubierto el secreto que horadaba el corazón de Jeremías. Se lo veía transformado. Recobrada la prestancia autoritaria de los primeros días, Robinson había vuelto a ser un déspota, solo que ahora, más aliviado, se dedicaba por igual a ambas hijas, aunque su modo de acercarse a Cecilia era torpe y frustrante.

Livia no encontraba su lugar en aquel nuevo estado de cosas.

Desde el primer momento supo que algo cambiaría. Si bien aquella noche Jeremías y ella habían actuado como una sola alma, procurando salvar a Cecilia y en pos de una verdad esquiva, al llegar a la casa de la colina y narrar los sucesos a Odelia, la joven maestra percibió que la nueva paz en el corazón del hombre era correspondida por otra idéntica en la cuñada. A esta la tranquilizaba que él se hubiese reencontrado con el hombre que era, que hallara consuelo en el recuerdo de una esposa pura e inocente, para dar vuelta la página de esa etapa. Si bien la muerte de Alma no los habilitaba para casarse dada la condición de Odelia, la mujer sentía que había recuperado la necesidad que Robinson tenía de sus cuidados. Podía seguir unida a él por aquel vínculo, aunque no formalizase.

Tenía una hija de él, era suficiente.

Quedó claro la víspera de la partida, cuando la misma Odelia pidió el coche que a la mañana siguiente llevaría a Livia de vuelta a Boston, mientras que organizaba el regreso de la familia en otro que seguiría hasta Concord.

—Han de haberla extrañado en la escuela, Miss Livia. Ahora recuperarán a una de sus maestras más dedicadas.

La dama había resuelto por su cuenta el destino de Livia. Faltaba conocer la opinión del señor Robinson. La obtuvo también en la víspera, cuando el hombre la llamó a su despacho para liquidarle sus honorarios.

Estaba sentado en su sillón, vuelto hacia la chimenea cuya cálida luz parpadeaba en la habitación en penumbras. La imagen solitaria de un hombre acosado por la culpa y los recuerdos dio paso a la de un aristócrata que decidía la suerte de las personas a su servicio. En aquel cuarto donde habían convocado a los espíritus, donde se le abrieron las puertas de un universo desconocido y en el que el dueño de casa la había besado con pasión, Livia recibió de esas manos anchas y algo deformadas un sobre sellado que en su reverso llevaba escrita la cifra de una suma considerable.

—Puede cobrar este cheque apenas llegue. Si tiene alguna dificultad —agregó al notar el envaramiento de la joven—, puede ir a mi oficina en Beacon Street. En el sobre hay una tarjeta.

Frías palabras que no delataban la comunión que habían sentido en los días anteriores.

—¿Llevará a Cecilia a la escuela, señor? —fue lo único que atinó a decir Livia, volviendo a su natural interés por la educación de la niña, del que nunca debió haber

apartado su pensamiento.

—Cuando pasemos una temporada en Greenwood retomará sus clases. Ahora es importante que viva en familia, como usted misma dijo.

¿Qué esperaba ella? ¿Cómo pudo imaginar siquiera una relación con aquel hombre distante? Todo se había reducido a resolver sus problemas: su esposa, sus culpas, su hija, su venganza. Era el tipo de persona que no veía a los demás, ya se lo había advertido Odelia, y si bien a la cuñada no parecía afectarle esa realidad, Livia esperaba otra cosa. No estaba educada para servir el té, tenía otras aspiraciones, y vivir a la sombra de un hombre indiferente estaba fuera de ellas.

—La esperaré —contestó con cortesía profesional.

Iba a volverse, cuando la retuvo una frase corta que él pronunció sin emoción:

—Gracias por su ayuda con el asunto del guardafaro, señorita Cañumil, fue valiosa.

Livia asintió. Después de todo, él le enseñó a golpear con eficacia. Estaban a mano.

Salió de aquel despacho que guardaba tantos recuerdos con el corazón helado. Formidable lección para una maestra mestiza sudamericana que pisaba suelo ajeno y no debía tener otra meta que aprender lo que su país necesitaba para salir adelante.

La despedida de las niñas fue mucho más cálida y le entibió el alma.

Samanta, caprichosa como era, reaccionó con enojo, pero Livia supo ver en ello que la extrañaría. La pequeña no estaba acostumbrada a que se le quitara lo que deseaba. En cuanto a Cecilia, fue difícil explicarle tantas cosas en la palma de la mano, cuando la niña conocía pocas palabras. Livia intentó decirle que volverían a verse, y solo pudo escribirle «calor» y «te quiero», rozar su mejilla y hacer que la mano de Cecilia rozara la suya también. Le dejó el libro y una piedra negra con vetas verdes que había recogido en la orilla, para que la guardase hasta que se encontraran de nuevo.

—Le dirás a tu hermana que vendré por esta piedra, así —y le enseñó a Samanta a rozarle la mejilla y a escribir un par de palabras en la palma.

—Deja que ella te toque —agregó—, para que conozca tu tacto y se sienta segura en tu presencia.

La pequeña frunció la nariz y luego dijo en un tono de mando igualito al de su padre:

—¿Y volverá también por mí? Prometió enseñarme los *elipsis*.

—Los eclipses, sí. Cuando Cecilia vuelva a la escuela, dile a tu padre que quieres ir de visita, así podremos vernos y te mostraré libros que explican eso y mucho más.

De modo inesperado, Samanta le echó los brazos al cuello cuando estaba a punto de salir.

Cecilia, en cambio, se mantuvo ajena, con las manos cruzadas en su regazo y los ojos fijos en la pared de enfrente.

—Hasta pronto, Cecilia —murmuró Livia, conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir.

Odelia la abrazó, en un raptó espontáneo de gratitud. Aquella mujercita original la había ayudado a soportar las largas noches de sesiones de espíritus, y le había dado también entretenimiento con su charla. Era hora de que partiera, pues el secreto de la maternidad de Samanta debía quedar entre ellos. Y cuando Cecilia volviese a las clases, se encargaría de hacerla llevar y traer, para que Jeremy no tuviese que ver de nuevo a la institutriz.

—Vaya con Dios, Miss Livia. Tendrá un futuro asegurado en este país.

Livia no respondió; deseaba más que nunca regresar a la Argentina y olvidar sus aventuras en la Nueva Inglaterra.

Cuando el coche se alejaba de Blue House repiqueteando, desde la ventanilla empañada por la llovizna la casa de la colina le pareció tanto o más desolada que el primer día.

Ya ni siquiera moraba en ella el espíritu de Alma Robinson.



# SEGUNDA PARTE

LYMAN

*Espectros del pasado*



## CAPÍTULO 14

**G**reenwood abría sus puertas a la temporada de invierno.

La antigua mansión conservaba el encanto de los tiempos en que los Duncan se reunían con los vecinos en tertulias donde se debatían ideas y se confiaban recetas de cocina.

Al morir el padre de las hermanas, dejó la casa familiar a la mayor, compensando a la menor con un coqueto departamento en Boston, frente al río Charles. Él era un hombre de fortuna, bienes que no había querido disfrutar al morir su esposa, de modo que solo le interesaba preparar la herencia de las hijas. Greenwood pertenecía a la estirpe escocesa y debía continuar así. Lo que no pudo prever el buen hombre fue que su primogénita muriese tan pronto y de manera trágica. El espíritu de Edwin Duncan tenía derecho de aparecerse penando en las habitaciones, por ese motivo.

El bosque se cubría de la escarcha invernal. Los árboles que aún conservaban hojas mezclaban sus penachos dorados con las ramas desnudas, endurecidas de frío, por donde correteaban las ardillas de cola esponjosa. El rigor del clima invitaba a la vida hogareña, se encendían lámparas de querosén o de gas, se acumulaba leña en los cobertizos, se echaba ceniza sobre los canteros, y durante las cortas horas de sol los habitantes salían envueltos en gorros de lana, mitones y largos abrigos para cumplir con las jornadas de visita. Llevaban canastos repletos de confituras, y libros para pasar la tarde en amistosa reunión. Era un rito dedicar los días del invierno a conversar, contarse las noticias que llegaban de la ciudad, o leer los periódicos mientras los sirvientes servían licores o infusiones.

Jeremías estaba harto.

Desde su llegada, no bien se instalaron en las habitaciones y acomodaron el equipaje, Odelia se había hecho cargo de la casa como otras tantas veces, solo que en aquella ocasión él habría deseado darse tiempo para reflexionar sobre los sucesos vividos.

—Descansa, querido —le había dicho—, que me ocuparé de todo.

Su cuñada creía librarlo de una engorrosa tarea, cuando todo lo que él esperaba era pasar más tiempo con Cecilia y pensar. Porque Odelia no se limitaba a dirigir a la servidumbre, ella cumplía con los requerimientos sociales, y tanto recibía como aceptaba invitaciones en nombre de él. Era un desfile circense que Jeremías había soportado en deferencia a su esposa mientras estrenaban su vida de casados en Concord. Entendía que ella estaba acostumbrada y no quería privarla del gusto de tratar a sus antiguos amigos, pero desde que Alma murió aquella sociedad le había dado la espalda, y los esfuerzos de Odelia por recuperar el contacto lo fastidiaban. Sabía que su cuñada esgrimía la incapacidad de Cecilia para conmoverlos. Nada lograba movilizar tanto a la gente de Nueva Inglaterra como una misión solidaria. Así fue como aquellas personas que lo despreciaban comenzaron a recorrer los jardines

de Greenwood en inagotables visitas de cortesía y caridad, interesándose por Cecilia, llevando tortas de maple para la niña que Samanta engullía a escondidas, o recortando notas de los periódicos donde se hablaba de los progresos de la educación especial, un tema en el que Boston era pionera.

¿Qué estaría haciendo aquella institutriz sencilla y silenciosa que forzó a Cecilia a aprender y domó los arrebatos de Samanta? ¿Cómo se las arreglaría en la ciudad sin el dinero que necesitaba para sostenerse? Él había sido generoso, pero a medida que transcurriese el tiempo aquella suma se acabaría. Había más gastos en la ciudad que en el campo, donde la gente era artesana de su comida y sus enseres.

—Jeremy querido, hoy vienen los Holland. Me gustaría que Cecilia y Samanta no participasen, la última vez hubo problemas con la hija de ellos, creo que también tiene un retraso o algo así. ¿Estás de acuerdo? Dispuse todo en el jardín de invierno, es delicioso cuando amenaza nieve y nos sentamos confortables, mirando el panorama desde adentro.

Jeremías gruñó en señal de aceptación, que era al mismo tiempo de disgusto. Nada le importaba de los Holland, ni se había enterado del problema de su hija; bastante tenía con los de las suyas. Podía situar su mente en un estado de sublime indiferencia y llevar adelante la conversación. Esa gente solo buscaba opinar y hablar de sí misma.

—Con tu venia, entonces, ordenaré el servicio para las cuatro y media.

Odelia desapareció ligera como golondrina, solo le faltaba piar para demostrar la felicidad que le producía dirigir Greenwood. Había sido el secreto anhelo que no pudo cumplir debido a su condición de segunda hija. Por muy bello que fuese el departamento del río Charles, Greenwood era la vivienda familiar, y Odelia se sintió desplazada dos veces: en el matrimonio y en la herencia.

Aquella tarde en especial prometía ser triste. Cecilia había rechazado todos los intentos de acercamiento de su padre. La niña se volvió apática ante la ausencia de su maestra, y Jeremías no lograba interesarla en los paseos matinales ni en el aprendizaje de las palabras que Livia había dibujado en su palma. Cerraba la mano y mantenía los puños apretados hasta que él salía de la habitación, furioso y apesadumbrado. Nadie en Greenwood lo ayudaba con eso. Samanta le había indicado cómo escribirle, pero hasta ahí llegó su colaboración. Era muy pequeña para ser constante, y no estaba acostumbrada a molestarse por los demás. Tampoco ayudaba que ahora Odelia se mostrara más protectora con su hija como si no hiciera falta disimular, aunque nadie sabía de la maternidad de la niña.

Una hora antes de que llegasen los invitados, Jeremías se encerró en su escritorio, más amplio y lujoso que el de Blue House, y echó llave para que no lo importunasen con ofrecimientos de té, café y otras especies con las que solían abrumarlo. Sacó un viejo libro de un estante para matar el tiempo, y descubrió que detrás había una pequeña caja de metal.

Intrigado por ese hallazgo, buscó el modo de abrirla con un abrecartas y vio que guardaba papeles plegados y una llavecita de hierro labrada. Consternado, reconoció la letra de Alma en las cuartillas y aumentó la mecha de la lámpara para leer esas líneas:

*Lo que hoy he sabido es la fuente de toda mi desdicha.*

*Amo a mi esposo con locura, es mi primer hombre y será siempre mi único amor, pero nunca creí que mi derecho a él fuese a costa de la infelicidad de mi hermana. De haberlo sabido, me habría hecho a un lado. Odelia ha sufrido en silencio todo este tiempo.*

*No le reprocho su caída, quién sabe si no hubiese sido yo capaz de lo mismo en su lugar.*

*Lo que les reprocho a ambos es haberme ocultado sus amores. Solo tengo a Cecilia, y este cuerpo malogrado que quizá sea la razón de que Jeremy ya no me ame como antes.*

Las palabras cayeron como lápida sobre su ánimo. Él sabía que su esposa había acogido a Samanta en la casa cediendo al capricho de su hermana, que argumentaba necesidad de estar a solas con su esposo para recuperarlo. Alma siempre estuvo dispuesta a ayudarla y veía todo con los ojos de la compasión. Las visitas esporádicas de Odelia se justificaban entonces para ver a la hija que por razones supuestas ella no podía criar. Él creyó, como un estúpido, que podían ocultarle la paternidad. ¿Acaso no saltaba a la vista el parecido de la niña? Alma nunca lo había notado, en apariencia. Y el papel decía *lo que hoy he sabido*. ¿En qué momento? ¿Quién se lo habría señalado? La carta no tenía fecha.

A su mente convulsionada llegó un recuerdo reciente, las palabras de Elijah Gardiner: *ella vino llorando aquel día*. ¿Habría sido entonces? ¿Y por eso aquel desgraciado se apoderó de Alma, fingiendo consolarla? No tenía sentido que ella recurriese a un desconocido, a menos que se encontrase fuera de sí, perdida su razón por el horrible descubrimiento. También entendía ahora el desvarío del hombre, que se creía amado por Alma.

¡Que Dios lo librara del remordimiento! Lo acompañaría hasta la tumba.

Decidió ir hasta el cementerio.

—¿Ahora? —exclamó Odelia al escuchar que pedía el coche.

—Es un momento como cualquiera.

—¡Estamos esperando a los invitados!

—Puedes entretenerlos mejor que yo. Hasta sería conveniente que no me vieses más que al final de la reunión, no soy un buen conversador.

Odelia apretó los labios en una dura línea. Jamás se sacudiría el espíritu de su hermana. Ella gobernaba sobre Jeremy después de muerta, y en la figura de Cecilia. Por ser la niña hija de ella, Jeremy la consideraba su tributo, el precio de su

conciencia atribulada. ¡Qué tonta al creer que todo estaba resuelto al saber lo sucedido! Aunque no convocaran espíritus, de todos modos ellos estaban ahí, al acecho, en una presencia tan invisible como pesada.

—Haz como quieras —respondió, perdida la paciencia.

Jeremías salió con prisa, como si llegara tarde a una cita.

Sleepy Hollow lo recibió con la atmósfera inquietante que lo envolvía cuando helaba.

La niebla flotaba en jirones que rodeaban las lápidas como capullos, y la hojarasca crujía bajo sus botas. La reja chirrió al abrirse; sin duda hacía rato que nadie caminaba por las colinas de los muertos. El graznido de los cuervos lo acompañó todo el trayecto. La tumba de Alma, lavada por las lluvias y sin el marco de las hojas de otoño, parecía destacarse más. Las de alrededor eran bajas y la tierra blanda se había tragado parte de la piedra. Él había hecho levantar un pedestal que sostuviese la lápida en forma de cuña. Ya no quedaban rastros de las viejas flores, así que sacó del interior de su abrigo la rosa que cortó esa tarde en el invernadero, y la dejó con reverencia sobre la losa.

—Amiga —murmuró contrito—, nunca abriste tu corazón para contarme tus cuitas, solo te preocupabas por el mío. Ojalá no hubiese sido tan ciego. Soy más ciego que Cecilia.

Hincó la rodilla en la tierra húmeda y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Su tormento era tal que no encontraba manera de conjurarlo. Más intenso que nunca, volvió a su mente el recuerdo de Livia Cañumil, tan serena en su soledad, tan segura de ir en el sentido correcto. Él la había alejado, y no por resultarle indiferente, todo lo contrario. La había expulsado de su vida para no caer rendido de amor. Una mujer como Livia podía atravesarlo con una mirada, apoderarse de sus secretos y de sus miserias, y él ya no tenía más para dar.

Era un paria.

—Perdona —dijo con voz ronca, y un poco de ese ruego iba dirigido a la institutriz de las pampas.

Se subió el cuello del abrigo para protegerse del viento y se incorporó. Todavía le dolía el costado donde había entrado el cuchillo de Elijah Gardiner. Mejor así, era bueno tener presente el precio de sus pecados. Llevó una mano hacia ese punto y sonrió al recordar la expresión preocupada de Livia mientras le hacía un torniquete en la cintura.

—Allá —le había dicho entonces, y él sabía que con esa palabra se refería a su tierra lejana— estamos acostumbrados a curar heridas.

No tenía ni remota idea de cómo sería ese país salvaje donde la gente se acuchillaba en las calles; sin duda habría sido una buena escuela para la señorita Cañumil, pues hizo de ella una mujer fuerte por dentro y por fuera. Recordó el estampido de la pistola de duelo que le había dado a sostener. Fue lo que le removió el aturdimiento provocado por la herida y lo instó a levantarse. Dios era testigo de



que nunca la creyó capaz de disparar un tiro. Y ahí estaba Livia, capaz de eso y de quién sabía cuántas cosas más.

—¿Señor?

El cochero se atrevió a buscarlo, se estaba demorando más de lo habitual.

—Ya voy, Francis.

Regresó con el espíritu ensombrecido por nuevas culpas y remordimientos. Al dolor de su esposa se agregaba el que quizá estuviese afectando a la institutriz. Livia amaba a Cecilia, la niña era su misión y él se la había arrebatado por miedo a depender de ella, a perder la coraza que lo mantenía vivo frente a los contrincantes en el *ring*.

*No pienses, no sientas*, le recomendaba Homer. Y él había seguido su consejo al pie de la letra, hasta que llegó Alma y echó todo por la borda.

Antes de que el coche pisara la calle que lo conduciría a Greenwood, sacó del interior de su abrigo la petaca y bebió con generosidad. Ya no existía motivo para moderarse.

—Entonces, ¿vendrá usted a nuestra reunión?

Frances Harper la miraba con insistencia. Era una de las promotoras del Congreso Mundial de Mujeres Representantes que se reuniría en Chicago. Se la habían presentado a Livia durante un comité de reclutamiento femenino para las dos causas sobresalientes: la reforma política y el sufragio. El hecho de que Livia fuese extranjera no les parecía un óbice; las mujeres habían sido relegadas en el mundo en general, y si le tocaba a los Estados Unidos encabezar el movimiento de liberación, eran bienvenidas las que se unieran.

—Es difícil para mí viajar en estos momentos —confesó Livia, aunque le interesaba presenciar aquellas discusiones. Además, era una oportunidad para olvidar la amargura que la invadió al retomar su labor en la escuela de sordos y advertir que habían rebajado su categoría a la de asistente sin mayores responsabilidades. Al parecer, ante la ausencia de Cecilia Robinson consideraron que Livia no era tan necesaria.

—Hay comités para las que no puedan pagar el viaje y la estadía. Las mujeres debemos ayudarnos, señorita Cañumil, o los hombres harán de nuestros inconvenientes una prueba de incapacidad. Ya lo hemos visto antes.

Frances podía ser muy persuasiva. Era la primera mujer de sangre africana que Livia conocía en la lucha por los derechos civiles, y la precedía un gran respeto por su papel ayudando a los esclavos a huir de las plantaciones del sur. Se la conocía también por sus libros de poemas y cortas historias reveladoras de la condición de su gente.

—Nos encontramos en el umbral de la era de la mujer —declaró, para alentarla a unírseles.

A Livia le interesaba el movimiento, en especial porque Frances promovía la templanza y pretendía fundar una asociación en ese sentido, formada por personas de su raza. Ella no olvidaba la afición al licor del señor Robinson, y lo que podría perjudicar a Cecilia ese vicio.

—Lo consideraré, señora Harper —respondió con gentileza—, ganas no me faltan.

Desde que regresó a Boston se vio envuelta en diversas actividades de esa índole. Las mujeres de aquella parte del país no cejaban un ápice en sus propósitos revolucionarios.

Frances palmeó su mano con ademán maternal. Estaba en la medianía de sus años y, al igual que muchas de sus contemporáneas, se destacaba por su austeridad. Sus ojos negros de insondable profundidad resaltaban en su rostro como joyas.

—Yo la tendré muy en cuenta, señorita Cañumil. Usted podría ser un ejemplo de la universalidad de nuestros conceptos, y una embajadora en su propia tierra.

Otras mujeres de la Iglesia Unitaria que lideraban ideas abolicionistas aguardaban para saludar a Frances, y Livia se apartó con discreción. Algunas llevaban en sus manos los poemas de la activista, para pedirle que estampara una firma en ellos.

Aunque jamás lo hubiese afirmado en público, Livia suponía que, si debían agruparse por el color de la piel para luchar por los mismos ideales, el camino a recorrer sería más largo de lo esperado.

Esa tarde recibió la noticia de que no le pagarían el sueldo acordado en tanto no tuviese a cargo a un nuevo alumno particular. Cecilia Robinson aún no aparecía, y la cantidad de maestras dedicadas a la enseñanza especial estaba cubierta. La directora Fuller se sentía culpable por su situación y trató de vincularla con otros institutos, pero no quedaban vacantes de momento. Livia se encontraba como al principio, huérfana de trabajo y con la bolsa menguada. Debió mudarse a una pensión más barata en Bremen St., alejada de las paquetas calles de Boston. Aunque hubiese podido asistir a diario en tranvía, decidió dejar la escuela de sordos. Lamentó separarse de la gente que había empezado a conocer, y sobre todo de las ideas que bullían entre ellos, pero debía encontrar un trabajo pronto, o reconocer su fracaso y volver a su país. Si bien esta idea la atraía, la desilusión de su maestra, que tanto había hecho por ella, la obligaba a seguir intentándolo.

En el East Boston abundaban los inmigrantes, en especial irlandeses e italianos. Las calles estrechas y empedradas, el mercado al aire libre, las cantinas y los escaparates chillones se convirtieron en el nuevo escenario de las caminatas de Livia. Lejos quedaban Tremont St. con sus marquesinas y sus faroles, el distrito de los teatros y las arboladas aceras de Beacon St., donde en las residencias de falsas columnas asomaban sus pequeños jardines delanteros.

La diferencia entre poseer fortuna o no tenerla se hacía evidente en el cambio de aires.

Livia tenía su orgullo, sin embargo, y la decisión de no volver con las manos vacías.

Una tarde helada en que revolvía en su bolsa para encontrar monedas con que comprar una rosquilla, se topó con un par de estudiantes que caminaban a zancadas, con sus libros bajo el brazo y el talante despreocupado de la juventud regalada.

—Perdone usted, señorita —le dijo galante el que la había tropezado.

La moneda había rodado hasta caer por la alcantarilla.

—Permítame —agregó, y sacó de su bolsillo otra para comprarle la confitura.

—Por favor, no es necesario —protestó Livia, aunque sí lo era, ya que no tenía más monedas.

—Mi torpeza me obliga —insistió el joven caballero, que le recordó en algo a Damián, por su cabello rojizo y sus hoyuelos.

Aceptó la rosquilla y agradeció a los estudiantes, que se marcharon sonrientes, tras alzar sus sombreros con elegancia. Livia saboreó la deliciosa factura con mayor fruición por ser la última que compraría. Era imprescindible guardar el dinero que le había dado el señor Robinson para pagar la pensión y las comidas, hasta que encontrase algún sueldo fijo.

El invierno deslucía aún más el panorama, la nieve caída en la noche se derretía en la suciedad de la calle, formando charcos donde las ruedas de los carros dejaban su marca.

El crepúsculo se estiraba tras la cúpula de la Madonna y las sombras se tendían sobre los jardines. Era un sitio al que Livia acudía con frecuencia en busca de la paz del espíritu y un giro del destino que le diese otra oportunidad. Desde el banco donde acababa el último bocado de rosquilla, la Iglesia Católica era un punto al que podía aferrarse, como el pañuelo rojo del cuadrilátero del que le hablaba el señor Robinson.

El señor Robinson. Con qué rapidez había acomodado su vida a las nuevas circunstancias.

Una vez que resolvió el dilema que lo acongojaba, pudo rehacerse y volver a ser el aristócrata suficiente. Livia había presenciado ese cambio vertiginoso que la hería en lo más profundo. Aunque nunca acarició esperanzas de otra cosa que no fuese una amistad en pro de Cecilia, la atracción que nació entre ellos hablaba de un entendimiento que iba más allá. Jeremías se mostró agresivo con ella al principio, y luego desnudó su lado íntimo y sensible. ¿Cuándo ocurrió eso? Livia se acusó de haber caído demasiado pronto en los ardides de un seductor. Lo que nunca le había ocurrido en su país, venía a sucederle en el extranjero. Qué ilusa. Sin duda, la diferencia de hábitos y las dificultades del lenguaje la habían tomado por sorpresa. ¿Qué diría Elizabeth O'Connor? Añoraba las conversaciones con Misely, que había pasado con naturalidad del rol de maestra al de amiga y consejera.

Livia hizo un bollo con el papel de la rosquilla y lo arrojó hasta el cesto de basura.

—¡Bien hecho! —oyó decir detrás de ella.

El estudiante la miraba sonriente, con los hoyuelos más marcados y aplaudiendo. Estaba solo esa vez.

—Diría Mark Twain que tiene buena puntería para ser mujer. ¿Me permite? —Y se sentó a su lado sin aguardar respuesta.

—He vuelto porque creo que le debo más por haberle hecho perder su moneda. Después de todo, no supe su valor, quizá usted pretendía doble porción de rosquillas.

Livia no pudo evitar sonreír ante la puerilidad del comentario.

—¿Si le digo que era de un dólar?

El joven se regocijó.

—¡Bien de nuevo! Sabe apostar. Veo que no es de aquí, sin embargo.

—Soy sudamericana, de la Argentina. Queda...

—Sí, ya sé, en el extremo sur del continente.

—¿Conoce mi país? —se sorprendió ella.

—No he viajado, pero soy buen estudiante. Estoy en el Harvard College, disfrutando de mi día libre. Me llamo German Cole. ¿Y usted?

—Livia Cañumil, difícil de pronunciar.

—Ah, pero yo estoy avezado en lenguas, vivas y muertas. Mire —y fingió que necesitaba torcer la boca para repetir el apellido.

Era tan gracioso que Livia se echó a reír a pesar de sus cuitas.

—¿Qué lenguas están muertas? —preguntó enjugándose los ojos.

—Las que ya no se hablan sino en los libros. El latín —y el estudiante soltó una andanada de palabras científicas que abrumaron los oídos de Livia.

—¿Ve? Por eso están muertas, nadie puede soportarlas.

—Me toma el pelo.

—No, señorita Cañumil, no podría, usted no tiene un pelo de tonta. Está triste, sin embargo, y me propongo hacer una obra de bien antes de regresar al colegio.

Livia suspiró.

—¿Tanto se nota?

—Se nota en usted, que es sincera y frontal. Si está dispuesta a aceptar ayuda de un pobre estudiante...

—Busco trabajo.

El muchacho se enderezó en el banco. Había esperado una confesión de amores, tal vez tristeza por una pérdida, no creyó que aquella dama hermosa y solitaria se agobiase por nada que no fuesen sus sentimientos. Sin duda, la señorita Cañumil tenía una vena práctica.

—¿Qué sabe hacer? Perdón por la impertinencia.

Livia rio de nuevo.

—Soy maestra Normal, y me estoy especializando en los kindergarten, pero como al parecer los puestos ya están ocupados en todo Boston, podría enseñar a niños en forma particular.

La expresión de German se tornó seria de pronto. Sus ojos acaramelados se clavaron en los de Livia con determinación.

—Conozco un sitio donde usted podría hacer carrera, pero no sé si es apropiado.

—Dígame, estoy dispuesta a probar. La necesidad de trabajar no me permite elegir.

—Los estudiantes... bueno, en realidad algunos estudiantes concurren a la escuela de Lyman. Es un instituto... digamos, de corrección de niños díscolos.

A Livia se le daba bien lidiar con los más rebeldes, así que se mostró interesada.

—¿Queda lejos de aquí?

—Un poco. Si no teme ir a dar en la hoguera por sus ideas radicales...

—¿Tan peligroso es?

—Todo lo que se imagine y más, señorita. Tendrá la ventaja de ser externa, dada su condición de mujer. Y de lidiar con los más pequeños, ya que los otros, en fin...

—¿Pero me necesitan en realidad? —Livia temía que aquello fuese caridad.

La atención que ella le dispensaba animó al joven a explayarse. Era cierto que se necesitaba gente dispuesta a cruzar la reja de la escuela Lyman, también era verdad que los directores no se hacían responsables de las consecuencias. La presencia de los estudiantes de Harvard era un voluntariado, se entendía que servían a la comunidad y en la filosofía de Nueva Inglaterra eso formaba parte de la educación del ciudadano tanto como las letras y el deporte, quizá más aún. Al no pagárseles dispendio alguno, los estudiantes podían marcharse en cualquier momento. Y ya no quedaba ninguno salvo German, que no veía la hora de ser reemplazado.

—Necesitan gente valiente y capacitada —se limitó a decir.

—Podría presentarme para una entrevista.

Livia no quería preguntar lo esencial, cuánto se le pagaría por aquel nuevo trabajo, y el joven se adelantó a su inquietud.

—El salario de los profesores es digno, aunque debo aclararle que no se hará rica con eso.

—En la enseñanza suele ser así —repuso ella con resignación.

—La acompañaré —resolvió German de pronto.

Le daba lástima echar a la señorita Cañumil a las fieras, pero si no lo reemplazaban ese semestre no podría preparar sus exámenes, y lo cierto era que estaba harto de lidiar con la gente de Lyman. Era injusto con aquella dama triste, y a la vez no podía desdeñar la posibilidad que ella le ofrecía con su necesidad. ¿Quién podía decir si no hacía un bien a la comunidad al presentarla ante los directores? Quizá era la persona que hacía falta.

—Preséntese aquí mismo mañana a las diez, que vendré a buscarla.

—Aquí estaré.

¿En qué se habría metido? Era la pregunta que machacaba a Livia esa noche, mientras se preparaba una sopa en el cuarto alquilado. Había aceptado demasiado pronto, del mismo modo que cayó en las redes del señor Robinson sin darse cuenta. Era un trabajo decente, no obstante, enseñar a niños con dificultades de aprendizaje.

¡Cuántos desamparados aparecían desde que ella había llegado!

—Nadie me obliga. Si no me gusta lo que veo, desistiré —se dijo entre cucharada y cucharada.

El tranvía de caballos los llevó hasta la estación, y el tren hasta Cambridge. Livia apreció el paisaje de pastos nevados y los árboles enhebrando lagos y arroyuelos. El invierno poseía una belleza poética en aquel sitio. El aire campestre y pueblerino le recordó sus orígenes, y aspiró el aroma fresco con avidez. Al dejar la estación, tomaron un carruaje que contorneó los terrenos de Harvard College.

—Aquí es donde yo estudio —le dijo German, y señaló un imponente edificio de ladrillos con ventanas góticas y altas escalinatas. Las torres y las veletas le daban aspecto de castillo encantado, y las columnas enmarcadas por frisos, el de antiguo templo. Debía de ser placentero estudiar amparado por esos tejados oscuros donde graznaban los cuervos. En el patio sembrado de bancos de hierro, entre los jardines arbolados y canteros de flores, jóvenes como él apuraban el paso para llegar a sus clases, o departían con grandes ademanes en medio de corrillos, ensayando el papel que representarían en la sociedad una vez terminados sus estudios. El alboroto discreto era amortiguado por la presencia de severos catedráticos que caminaban de a pares, con libros en la mano y el pensamiento distante.

—¿Qué estudia usted? —dijo Livia, de pronto anonadada al advertir que no lo había preguntado.

—Leyes. ¿No se me nota? —Y la mirada desfachatada la hizo reír, recordándole la picardía en los ojos azules de su amigo Julián Zaldívar, abogado en el Río de la Plata.

¿Todos los hombres de leyes serían así de seductores?

—Me anoto mi primer pleito —agregaba German—, puesto que la he convencido.

Livia guardó para sí misma la decisión final. Él podría llegar a ser un abogado, pero ella era una guerrera.

Antes de que el coche abandonara aquel santuario de conocimientos, Livia se asomó por la ventanilla, asombrada ante una hilera de pavos salvajes que se contoneaban siguiendo una jerarquía solo por ellos conocida.

—¡Mire! —exclamó con infantil entusiasmo.

—Ah, sí, estudian con nosotros —bromeó German—. Y aguardan su turno para adornar la mesa de Acción de Gracias.

Livia le dirigió una mirada reprobatoria que se tornó conmisericordiosa al volver a los pavos.

—Bueno, pero estos no —accedió el joven, enternecido—. Los pavos de Harvard son sagrados.

El carruaje los llevó largo rato a través de campos desolados cubiertos por una capa fina de nieve que no alcanzaba a ocultar las ramas duras de lo que habrían sido hermosos cercos verdes. Cada tanto algún puentecillo, o una cañada profunda, rompían la monotonía.

—Estamos en Westborough —le explicó German a medida que se adentraban en un pueblo de casas de madera rodeadas de empalizadas blancas.

El coche los condujo hacia un conjunto de edificios planos y extensos, tan poco agraciados como hermosos y distinguidos habían sido los de Harvard College. El invierno les había restado la poca belleza que podían darle los robles de la entrada.

Al descender, y mientras German pactaba con el cochero la espera, Livia experimentó un desolador frío en su pecho, una mano helada que la asfixiaba.

German parecía saber adónde se dirigía. La llevó a una especie de cabaña, enrejada como una prisión. Los recibió la encargada.

—Mi esposo está atendiendo unos asuntos —se disculpó—, no sabíamos que vendrían visitas.

Aquella mujer debió de pensar que Livia era pariente de alguno de los niños internados.

—La señorita Cañumil desea conversar sobre una posible entrevista de trabajo. Es maestra especializada y le interesan mucho los niños con problemas de conducta.

Livia se admiraba de la labia de German Cole. ¡Ella ni siquiera le había comentado sus intereses!

—En ese caso —dijo la mujer abriendo del todo la puerta— pasen, les serviré té para que entren en calor.

Resignada a lo que vendría, Livia tomó asiento junto al fuego de una salamandra y se dedicó a observar el entorno en el que trabajaría si aceptaba la oferta.

La cabaña era austera y a la vez confortable. Si no se prestaba atención a las feas rejas de las ventanas y a la sequedad de la señora Parvis, el asunto era pasable. No era regordeta ni bonachona, como podrían desear los niños internos en un colegio, alejados de sus familias. Tenía tantas carnes como un hueso de pollo, y su estatura mínima y la espalda corva la hacían menos agraciada aún. Se movía como un duende sobre la estufa mientras preparaba con rapidez un servicio de té. Al volver con la bandeja, apreció de una mirada fugaz la figura de Livia. La maestra se preguntó si no habría ninguna otra mujer en aquel recinto.

—Mi esposo vendrá de un momento a otro. Tomemos el té mientras lo esperamos. Señor Cole, aguardo sus preguntas.

Por supuesto, el estudiante era conocido allí, si prestaba servicio en la escuela como le había dicho antes. Livia se adelantó a la verbosidad de German.

—Quisiera saber las condiciones de empleo, señora. Estuve preparando a una niña en la escuela de sordos de Horace Mann antes de venir.

La señora Parvis la estudió con descarada atención.

—Menudo trabajo, aunque el que tenemos aquí no le va a la zaga. Los niños de Lyman no son sordos, fingen que lo son para no obedecer las órdenes.

—¿Tienen muchos estudiantes? —preguntó Livia sin ahondar en ese comentario desagradable.

La mujer astilla la escudriñó con sus ojillos grises antes de responder.

—En este momento no, algunos han escapado. Otros... fueron retirados.

—¿Huyeron? —Y ante la parquedad de la mujer, Livia se dirigió a German.

—¿Usted tiene un grupo a su cargo, señor Cole?

El joven de Harvard había enmudecido de pronto. Balbuceó una explicación confusa.

—En realidad, no. Estos niños son de edades diversas, y aprenden juntos algunos oficios. Hay una granja y un taller.

A Livia le costaba entender qué tipo de escuela era aquella. Su necesidad la impelía a aceptar lo que fuera, pero un sexto sentido le indicaba que debía ser cauta.

—Me gustaría conocer a los niños —repuso, levantándose.

Su gesto no daba pie a la negativa, así que todos se encaminaron hacia afuera, y Livia observó que la señora Parvis descolgaba de la pared un pequeño látigo, que en su tierra hubiera pasado por un rebenque para azuzar caballos.

Salieron al frío de la mañana y comenzaron a recorrer los caminos escarchados que unían los pabellones. El comedor que atravesaron era más desolado que un convento en ruinas. La mesa de refectorio ocupaba casi toda su longitud, aunque a juzgar por la vajilla de latón dispuesta solo la mitad se usaba. Los muros reclamaban pintura, pero no era eso lo que provocaba angustia, sino un vacío inexplicable que brotaba de ellos. La luz mortecina de las lámparas agregaba tristeza al ambiente.

—Hay que hacer algunas reparaciones —comentó la encargada.

Livia asentía, mientras sus ojos barrían el sitio destinado a la educación de los niños.

¡Qué diferente a la escuela especial de Horace Mann!

—En estos pabellones —aclaró la señora Parvis— viven los mayores. Los más pequeños tienen su propia cabaña.

—Esa es una buena idea —acordó Livia.

German caminaba tras ellas dirigiendo miradas furtivas a la maestra. Sería un milagro que aceptara. Vista con ojos ajenos, la miseria de Lyman se le representaba en toda su magnitud.

Al salir, un edificio normando asomó tras una cortina de árboles desnudos. Era señorial y bien distinto de lo visto hasta el momento. Al captar la atención que le dispensaba Livia, la señora Parvis aclaró:

—Lyman Hall, donde se reclutan los nuevos.



El uso de las palabras lastimaba los oídos de Livia. De donde ella venía, los estudiantes de los colegios no eran reclutados sino inscriptos, y ella había aprendido de Elizabeth O'Connor a combinar las dosis adecuadas de severidad e indulgencia, lo que descartaba el uso de un rebenque como el que empuñaba la mujer.

—¿Hay un edificio para cada cosa? —preguntó.

—Así es. Oak Cottage es la casa de disciplina, luego está Runaways para los alborotadores, Elm Cottage y la cabaña de los pequeños —y la señora Parvis señaló con su dedo huesudo los diferentes edificios desperdigados por esos mil acres de terreno.

—¿Todos los estudiantes son internos?

—Oh, no, algunos van y vienen; los menos, dicha sea la verdad. Las familias se cansan de ellos pronto y deciden dejarlos toda la temporada. Otros... bueno, hay niños cuyas familias no están en condiciones de brindarles buena educación.

—Entiendo. ¿Esos niños viven aquí como en un orfanato, entonces?

—Veo que va comprendiendo cómo funciona esto, señorita Cañumil. Veo también que es extranjera. Me pregunto si no será este un trabajo temporal para usted.

Claro que lo era. Duraría lo que esa visita, ni loca se quedaría en ese sitio. A Livia le resultaba tan desagradable todo lo que le mostraban que no veía el momento de despedirse.

Al entrar en la cabaña de los pequeños, les salió al cruce el señor Parvis. El hombre vestía una chaqueta de fajina y parecía ir con prisa. Tenía las mejillas enrojecidas, tal vez por el frío, aunque a Livia le resultó más fácil pensar que había montado en cólera momentos antes. Se detuvo, sorprendido al verlos, e indagó con los ojos a su esposa.

—La señorita es candidata al puesto —le explicó ella, remarcando las palabras—. Es extranjera.

Sin saber para qué le daba la mujer esa información en primer lugar, Livia extendió su mano y apretó la del señor Parvis, fría como todo allí.

—Hace falta la ayuda femenina en este sitio. ¿Se quedará en una de las cabañas? No sé si es apropiado. ¿Dónde vive usted?

—Todavía no hemos hablado en firme, señor.

—Claro, claro —respondió de inmediato él, tratando de que no se notara la inflexión de contrariedad en su voz—, tiene que pensarlo, por supuesto. Hemos terminado aquí —y esto último lo dijo en beneficio de su esposa, que asintió con la cabeza.

—¿Dónde están los niños? —insistió Livia.

—Podrá ver a algunos en la granja.

El señor Parvis la tomó del brazo, desencadenando una oleada de repugnancia incomprensible en Livia. Se vio poco menos que arrastrada hacia un campo en el que se distinguía a la distancia un espantapájaros. Los mentados niños no aparecían por ninguna parte, pero mientras el señor Parvis la conducía con rapidez hacia una suerte

de establo, alcanzó a vislumbrar una forma pequeña junto al muñeco, apenas una silueta oscura y quieta, mirándolos.

Mirándola.

—Allí hay uno —dijo, intentando voltearse.

—Acá es donde trabajan hoy —comentó indiferente Parvis—. Hace frío para salir a los campos.

Se encontró metida en un recinto con fuerte olor a heno y a heces de animales. En el establo se reunían vacas, cerdos, pavos y gallinas, todos en sus respectivos corrales, aunque sin la limpieza ni el espacio necesarios. Livia pensó en las vacas de su patria, caminando a campo traviesa sin más límite que la hierba que pacían, y sintió pena por aquellos animales confinados. Un puñado de niños iba y venía de un corral a otro, acarreando balas de heno, rastrillando el camino o echando maíz a las aves. Reinaba el alboroto propio de las bestias. Los niños se movían en absoluto silencio. La presencia de la comitiva los detuvo en seco en medio de sus quehaceres.

—La señora es una maestra de oficios —les explicó el hombre con voz dura—. Espero que sepan respetarla.

Livia no quería que se le adelantara. Todavía no había decidido nada, y a medida que avanzaban en el recorrido cada vez se convencía menos. Saludó a los niños con una sonrisa que, sin embargo, ninguno correspondió. Era un puñado de chiquillos entre ocho y doce años. Los más grandes poseían esa mirada de desconfianza que ella ya conocía. Todos los niños desahuciados la tenían.

—Encantada de conocerlos. Tienen un buen trabajo aquí —dijo con voz firme mientras caminaba entre los corrales para apreciar lo hecho.

—Se va a ensuciar la falda —se escuchó decir.

Livia se volvió hacia los niños que la miraban expectantes.

—No hay cuidado, estoy acostumbrada a esquivar la bosta de las vacas. Vengo de un lugar donde hay muchas.

Una leve conmoción sacudió a los niños al escucharla hablar de ese modo.

—¿Nunca probaron echarse de espaldas en la hierba? Si lo hacen y sacuden las piernas en alto, los terneros se les acercarán. Nunca falla.

Hubiera podido escucharse el rastro de un escarabajo en aquel silencio repentino. Hasta los animales parecían haberse cohibido en presencia de la señorita Cañumil.

—He visto pavos al venir hasta aquí, pero estos están más gordos y bonitos, se ve que los cuidan bien.

El recorrido de la maestra dejó boquiabiertos a los alumnos de Lyman, que se abrieron en arco para dejarla pasar. Al término, ella les dijo, a modo de despedida:

—Los felicito, están aprendiendo un oficio muy valioso. Los animales son como nosotros, necesitan cuidado y cariño. Vivimos todos bajo el mismo cielo.

German Cole bajó la cabeza al pasar frente al señor Parvis, que enmudeció al igual que los niños. El joven se arrepentía mil veces de haber llevado a la señorita

Cañumil a ese sitio, donde no duraría dos segundos. Ojalá ella rechazara la oferta de trabajo. Ojalá, se repitió.

Él se arreglaría como pudiera ese semestre, y si no aprobaba las materias que debía, si le negaban la asignación mensual o lo castigaban privándolo del lugar de privilegio que le tenían reservado en el bufete de su padre, aun así no importaría, con tal de librar a Livia del tormento de enseñar en Lyman. Aquella institución había sido creada con fines filantrópicos, pero el transcurrir del tiempo la había distorsionado. Los niños difíciles, como le dijo a la maestra, podían ser tanto escolares indisciplinados como futuros delincuentes. Allí iban a parar los chicos enviados por padres o directores de escuelas, del mismo modo que los asignados por jueces de los tribunales. Estaba a punto de decirle a Livia que ya podían volver al coche que los aguardaba, cuando ella lo sorprendió con la pregunta:

—¿Quién es ese niño?

Señalaba hacia el sitio donde se erguía, algo torcido, el espantapájaros. Sobre un fondo de nubes oscuras, un cuervo se posó en el sombrero de paja.

—¿Cuál? ¿Dónde?

—Allí —porfió Livia, y su mano señalaba inexorable el espantapájaros.

—Señorita Cañumil —sonrió German—, me extraña usted, tan versada en vacas y otras especies, que no sepa distinguir un muñeco de un niño. Aquello que se ve entre la hierba es un espantapájaros. Muy bien hecho, por cierto.

—Me refiero al niño que hay al lado, el que nos está mirando.

German entrecerró los ojos para aguzar la vista, pero no distinguió nada entre la bruma, como no fueran esos cuervos que se burlaban del papel del espantapájaros.

—Ahí no hay nadie.

—Yo lo veo —insistió ella.

El señor Parvis, ajeno a sus comentarios, se volvió diciendo:

—Si se quedan a almorzar, permítanme adelantarme para avisar a mi esposa.

—Oh, no, señor, discúlpennos, tenemos un coche aguardando en la puerta. La señorita Cañumil reside en Boston, y el viaje es largo.

—¿En Boston? Pero entonces, ¿cómo piensa enseñar en Westborough?

—Aún no he decidido aceptar, señor Parvis.

—Pero ha venido hasta aquí, ¿no? Nadie se toma semejante trabajo por nada.

German la salvó de responder.

—Por supuesto que la señorita debe dejar arreglados sus asuntos en Boston primero. Si acepta, y solo en ese caso, quizá deba alojarse cerca.

El encargado parecía disconforme, pero no observó nada. No imaginaba qué asuntos podría tener aquella dama, y si se trataba de algún enredo amoroso, era mejor que no se presentase al trabajo. Lyman no era un sitio adecuado para las damiselas enamoradizas. La mujer le había parecido apta para lidiar con los bandoleros, sin embargo. Claro que todo debía ser consultado con el director. Le enviaría una nota ese mismo día, para ponerlo en conocimiento de aquella novedad.

—Señor Cole —dijo al joven a manera de despedida, antes de tomar el camino hacia la cabaña—, dejo en sus manos este asunto. Infórmeme de lo que la señorita decida.

Emprendieron el regreso a Boston envueltos en un silencio opresivo. Livia se debatía en una extraña desazón que le subía desde el estómago hasta el pecho. La visita a Lyman le había causado inquietud. Y luego ese niño que había quedado a solas en el campo... Ella no quiso delatarlo por miedo a que el látigo de la señora Parvis se desatara sobre su cuerpecito.

German, mientras tanto, luchaba con su conciencia.

—Señorita Cañumil, tómese el tiempo que quiera, no preste oídos al comentario del señor Parvis. Ellos necesitan ayuda, por eso la impaciencia, pero usted no debe precipitarse. Siempre habrá otros trabajos, quizá más cerca de donde vive.

—Lo pensaré —afirmó Livia en voz baja.

—Bien. Cualquiera sea su decisión, estaré de acuerdo con ella.

El corazón de German se alivió un poco al decirle eso. Deseaba sacarle de la cabeza lo que habían visto esa mañana, que se olvidara de los niños de la granja y de la ruindad palpable en las actitudes del matrimonio Parvis.

Quería que Livia nunca hubiese acudido al reformatorio de Lyman.

Al llegar a la curva del camino, Jeremías indicó al cochero que se detuviese.

—Aquí me quedo, Francis. Sigo a pie.

El hombre aceptó esa nueva excentricidad de su patrón. Hacía tanto frío que se le escarchaban las orejas, pero si al señor Robinson le parecía bien caminar el trecho que lo separaba de la casa, no era asunto suyo.

Jeremías bebió de su petaca varias veces durante el regreso. Con el cuello del abrigo levantado, apenas si lograba detener el viento que le cortaba el rostro. Las hojas muertas danzaban ante él en un remolino y los cuervos lo seguían desde lo alto, burlándose de su ocurrencia.

—¡Fuera! —bramó, sacudiendo el brazo.

Al divisar los olmos de Greenwood, apretó los labios con disgusto y aminoró la marcha. Cuanto más tardase en entrar, menos tiempo debería soportar a los Holland. Podía imaginar el desconcierto del matrimonio ante su inesperada ausencia, y la rabia de su cuñada al tener que explicar el desaire. Quién sabía qué mentira habría inventado. Las hermanas Duncan le habían resultado bastante intrigantes, al fin y al cabo, Odelia con sus artimañas y Alma con su secreto a cuestas. Tantos años, y él nunca lo habría sabido de no haber recibido aquella misiva anónima: *Cecilia no es su hija, Robinson*. La había triturado entre sus dedos. Qué pena, ahora podría haber comparado esa letra con la que encontró en el cobertizo de Newport. A la distancia, la memoria le jugaba malas pasadas, le pareció que la caligrafía coincidía, pero no

estaba seguro. ¿Quién podía estar al tanto de los dos episodios más trágicos de su vida?

Los últimos sucesos lo acosaban. Casi podía jurar que Alma era inocente, que no lo había traicionado salvo en ocultarle la paternidad de Cecilia, pero aun eso era comprensible, siendo como era una mujer incapaz de causar mal ninguno. Ella habría sufrido tanto o más que él. Lo que lo angustiaba era que, llevado por sus demonios de venganza, había ahondado el sufrimiento de su esposa al engendrar una hija en Odelia. Si bien su intención no fue esa, y su cuñada se las ingenió para endosarle la paternidad que él le había negado al casarse con Alma, el hecho era irrefutable. Enterarse de que su esposa lo supo antes de morir le agregaba dolor a su arrepentimiento. Aunque visitase el cementerio a diario, no lograría arrancárselo del corazón. Era un mal hombre. Había matado en el *ring*, y también en la vida. Porque ¿qué otra razón podía haber llevado a Alma a embarcarse esa noche, sino la desesperación? Había matado dos veces.

Entró a Greenwood por la parte de atrás. Del invernadero se desprendía la cálida luz de los faroles, pese a que era todavía temprano. Odelia cuidaba con esmero los detalles. Había ordenado que cocinasen tarta de manzana, pastel de cerezas y bocaditos de atún. Esperaba que hubiesen engullido todo; a él le bastaba con aquel aguardiente de mala calidad. Cuando quería emborracharse a conciencia, elegía el peor de los licores.

Bebió por última vez antes de entrar, sorprendiendo a todos.

—¡Robinson, qué agradable! Ya lo extrañábamos.

Holland era un buen tipo, simple y manipulado por la esposa, nada especial ni diferente a otros. Sonreía siempre, y trataba de conciliar los ánimos cuando las discusiones subían de tono.

—Apreciamos su devoción, señor Robinson. Ojalá todos los viudos fuesen como usted.

Jeremías sonrió ante ese comentario de dudoso gusto de Judith Holland y disfrutó de la contrariedad de Odelia. Estaba bebido y le complacía sentir que nada le importaba, ni siquiera los invitados. Su mente estaba tan lejos de aquella frívola reunión que se maravillaba de encontrarse ahí, entre almohadones, aspirando los vapores de la tetera y mirando tras el cristal el panorama sombrío del jardín. Odelia le sirvió una taza que temblaba un poco en sus manos. Estaba nerviosa. Se había dado cuenta de su estado y temía lo que pudiera decir. Advertir todo eso le causó gracia. Se sintió igual que un espíritu que mira todo desde lo alto, sabiendo lo que pasa en el interior de cada uno. La señora Holland lo analizaba por encima del borde de su taza. Era una divulgadora de chismes.

—El cielo lo ha premiado con su cuñada, Jeremías. Si no fuera por Odelia, ¿qué sería de las niñas? ¿Y cómo están ellas? Hoy no las hemos visto.

—Parece que han colisionado con la suya, señora Holland. La otra vez, ¿recuerda?

Odelia se puso de piedra y la invitada enrojeció.

—Sí, sí, eso pasa con los niños, no saben guardar las formas —contestó con disimulo, si bien Jeremías captó entre líneas el tiro por elevación dirigido a él.

—También suele pasar que salen al padre. Yo tampoco he sido tan formal —aceptó.

Todos se escudaron tras el té.

—¿Un bocadito de atún, Jeremy?

Odelia le ofrecía el plato como si fuese una daga apuntando al pecho. Sus ojos lo taladraban. Él tomó el bocadillo y lo miró con fingida curiosidad antes de engullirlo. Aquellas finezas resultaban ridículas en sus manos toscas.

—¿Cómo va el negocio, Holland?

—Bien, bien —respondió de inmediato el invitado, feliz de encontrar una veta de conversación menos áspera—. Bueno, con los problemas que nos acarrea este asunto del *Baltimore*, usted sabrá. En mala hora se le ocurrió al presidente Harrison meterse en los asuntos de un país sudamericano.

Jeremías paró la oreja al escuchar eso.

—Me temo que no estoy al tanto —arguyó, enderezándose.

—Bueno, el embajador en Chile es un compatriota suyo, un irlandés, Patrick Eagan.

—Entonces, ya puede aprontar sus armas —le dijo en tono chusco Jeremías.

—No estamos tan lejos. Vea, sucedió que un par de marineros armó un lío tremendo en un burdel del puerto de Valparaíso, en el sur del Pacífico. Varios terminaron presos, y ellos resultaron muertos. Eran norteamericanos que venían en el crucero *Baltimore*. Nuestro presidente consideró el hecho como una ofensa de Chile. Eagan le calentó la cabeza en ese sentido. Parece que en el país sudamericano se alzaron en armas contra el gobierno anterior, amigo de los Estados Unidos. ¿Lee usted las noticias internacionales? Entiendo que afectan la Bolsa muchas veces. Estaría bueno que por un par de borrachos que no saben lo que hacen tuviéramos que entrar en guerra con un país del que nada nos importa.

Jeremías palpó su saco en busca de la pipa y comenzó a cargarla con premeditada lentitud, mientras pensaba su respuesta. Holland, sin saberlo o quizá con astucia, lo atacaba en dos flancos. Por irlandés y por aficionado al licor. No le extrañaría que la esposa fuese un miembro de la sociedad de temperancia.

—¿Y qué posibilidades tenemos de ganar esa guerra?

—Uf, sería un disparate enviar buques hasta allá, aunque tengamos asegurada la victoria. Imagínese la situación de los negocios marítimos. Si por unos infelices que bajaron para tomar cerveza sucede esto... Hay una posible ventaja —y Holland se inclinó hacia Jeremías para susurrarle lo que consideraba un secreto de Estado—. Se trata del salitre. Chile lo tiene a montones, y acaba de terminar una guerra con su país vecino por ese oro blanco. Si los Estados Unidos pudieran reclamar como indemnización esa tierra...

A Jeremías le causó gracia el ánimo conspiratorio de Holland, un individuo rechoncho que más parecía preocuparse por la hora de la cena que por las cuestiones diplomáticas.

—En todo caso, por nuestra edad estaríamos dispensados de ir a la guerra, ¿no, Holland?

El cinismo de Robinson molestó al otro.

—Claro, sí, puede ser, pero no quita que uno... en fin...

—¿Conoce ese país del sur del continente?

—En absoluto. Son tierras inhóspitas y lejanas, vaya uno a saber qué pasa en ellas. Como ve, nada bueno.

—¿Ha oído mentar a la Argentina?

—Ya que lo menciona, creo que un ministro de ese lugar intervino en todo este asunto, y a nuestro favor, me parece. Se llama... se llama... —Holland frunció las cejas rubias en un esfuerzo por recordar un nombre difícil para su lengua—. ¡Zeballos! Sí, ese es el nombre, Estanislao Zeballos. Vaya nombre.

—Es raro que interceda en contra de su vecino —comentó Jeremías, de pronto interesado en todo lo que lo acercara a Livia.

Holland rio con malicia.

—Desde que el mundo existe, los vecinos son los que más molestan.

Satisfecho con su comentario, engulló dos bocaditos de un trago, ante la mirada admonitoria de su esposa.

La conversación de las damas tomaba otros carriles.

—¿Entonces la pobre Cecilia está mejor desde que tiene una institutriz?

Odelia contestó con diplomacia:

—Sobre todo desde que asiste a la escuela de sordos. No sé cómo hacen, pero les enseñan incluso a leer a los ciegos.

—Cómo progresa la ciencia —dijo moviendo la cabeza la señora Holland—. Pensar que la pobrecita ni siquiera sabe dónde está.

Jeremías captó el tono del comentario y se dirigió a ella, envuelto en el humo de su pipa.

—Se equivoca. Cecilia sabe dónde y con quiénes está. Su institutriz me lo ha dicho.

La señora Holland no simpatizaba con Robinson. Era de las personas que le habrían dado vuelta la cara con gusto si no estuviese unido a Odelia Duncan Hamilton por parentesco. Sabía, al igual que todos, que era un boxeador irlandés, pobre y alcohólico, que por un golpe de suerte se había casado con la heredera de Greenwood, una muchacha pura y santa que solo Dios sabía cuánto habría sufrido con aquel matrimonio desaparejo.

—Si usted, que es el padre, lo dice... Yo no puedo discutirlo. Sabemos tan poco de las anormalidades de nacimiento. ¿No lo cree?

—Las anormalidades de nacimiento no son peores que las que los humanos desarrollan a lo largo de su vida. Eso es lo que creo, señora Holland. Esa manía de las mujeres de Nueva Inglaterra de sacar sus pezuñas cuando los esposos toman una cerveza. ¡Dios! Si un hombre no puede beber para olvidar, todo está perdido. ¿Cuánta insatisfacción esconde esa actitud? Yo creo, ya que me lo pregunta, que todas esas mujeres necesitan un hombre que las deje tan agotadas que no les queden fuerzas para abrir sus bocas.

La grosería fue más de lo que Odelia pudo soportar. Se levantó, poseída por la furia, y templó su voz antes de conminar a Jeremías a guardar silencio.

—Por favor, Jeremy, no saquemos a colación asuntos de política, que nunca acaban bien.

—¿Política? Creí que se trataba de sexo, cuñada.

La señora Holland enrojeció hasta la raíz de su peinado de bucles, mientras que el esposo comía a mandíbula batiente los últimos bocaditos. Estaba claro que Judith tocaría el clarín de retirada en unos momentos.

—Se nos ha hecho tarde, Odelia querida. No te aflijas, conocemos el camino de salida. Vamos, Peter, que nuestra hija ya nos estará extrañando. La hemos dejado bordando un tapiz para la feria de artesanías de la parroquia. Tiene manos de hada.

La señora Holland decía todo esto mientras apuraba su partida, tropezando con los pasos de su esposo, a quien la gordura le dificultaba el movimiento. Jeremías se puso de pie, en un gesto de cortesía que resultó burlón a la luz de las palabras anteriores, y Odelia dijo las frases adecuadas en toda visita. Al regresar del jardín donde despidió a los Holland, se dirigió a su cuñado hecha una furia.

—¿Cómo pudiste hacerme esto, Jeremy? Recién llegados de Newport, y sabiendo que hay que retomar las relaciones. Hago todo este esfuerzo, me preocupo por ti y por las niñas, trato de darle normalidad a esta casa, y tú...

—Te relevo, querida cuñada. Puedes volver a Boston si lo deseas. Estas reuniones no nos proporcionan más que fastidio y trabajo extra. Ellos no nos aceptarán de todos modos.

—¡A ti puede que no! Pero Cecilia y Samanta son Duncan y tendrán lo que merecen.

—Te recuerdo que Samanta es también una Robinson.

Odelia mordió el interior de sus mejillas hasta hacerlas sangrar.

—No repitas eso nunca. Su apellido es Hamilton.

—Como quieras.

—Y si me botas de esta casa, me la llevaré.

Jeremías se irguió en toda su estatura.

—Jamás.

—Es mi hija, y debe estar con su madre.

—A buena hora te acuerdas de eso. Y no sé qué explicación podrás dar en tal caso.



Odelia inspiró en profundidad y respondió, más calma.

—Jeremy, más allá del vínculo que tenemos, las niñas deben ser nuestra prioridad. Sabes, y Dios es testigo, que amo a Cecilia, es hija de mi hermana y lleva mi sangre. Sabes también que no es fácil criarla, por eso hemos decidido internarla en la escuela. Creo que es hora de llevarla allí de nuevo y retomar nuestra vida en Concord, intentando reconstruir los lazos con la comunidad. Samanta nos necesita a ambos. Por favor, piénsalo.

Odelia se retiró con aire entre ofendido y lastimado. Jeremías quedó solo con su pipa, un malestar creciente en la boca del estómago, y un deseo ferviente de volver a ver a Livia Cañumil junto a Cecilia.



## CAPÍTULO 15

Apenas llegada a la pensión de la calle Bremen, Livia encontró una nota bajo la puerta en la que Anne Sullivan le solicitaba una entrevista. Hablaba con entusiasmo de los progresos de Helen y pensaba que ella podía estar interesada en aplicar los mismos métodos a Cecilia. A Livia no le extrañó que supiese dónde estaba, ya que en su último día en la escuela se había preocupado por dejar constancia de su nueva dirección. Al encontrarse sola en un país extraño, Livia iba dejando pequeñas huellas a su paso para no perder los escasos vínculos que había creado durante su permanencia. De todas formas, estaba claro que la señorita Sullivan no sabía que ya no estaba a cargo de la educación de Cecilia.

Sería un golpe también para ella.

Acudió al encuentro en la casa que Anne compartía con Helen. El *cottage* se hallaba construido junto a una vivienda mucho más grande, y separado de ella por una enredadera de madreselva, un jardín de rosas y una parra. Visto desde el porche, parecía más una pérgola que una casa, tal era la profusión de plantas que lo rodeaban.

La propia Helen abrió la puerta con una sonrisa. Había crecido desde la última vez que Livia la vio. Su porte de señorita le recordó la transformación de Cecilia, que prometía ser una bellísima mujer. Helen no era tan hermosa, pero el resplandor de su clara inteligencia, y la felicidad que la embargaba al haber podido superar su desventaja la iluminaban.

Anne Sullivan la recibió con los brazos abiertos.

—Mi querida Livia, es usted una peregrina. No quedará sitio en Massachusetts que no conozca si sigue mudándose de vivienda. Espero que todo esté bien —agregó con un matiz de preocupación.

—Me temo que las cosas han cambiado para mí, Anne. Ya no asisto a la escuela de sordos, no me necesitan.

—¿Cómo es eso?

Anne invitó a Livia a ocupar un sillón junto al fuego y tocó el brazo de Helen para instarla a hacer lo mismo. Ambas escuchaban, a su manera distinta, cómo la maestra explicaba su nueva situación. La señorita Sullivan detallaba todo a Helen con el método de los labios.

—¿Entonces Cecilia no acude a la escuela? ¡Qué barbaridad!

—Es probable que lo haga más adelante, aunque no sé si me llamarán. He quedado en la necesidad de procurarme otro trabajo. Surgió algo que me exigiría mudarme, si lo acepto.

Al contarle a Miss Sullivan sobre el empleo en Lyman, la dama cisne, como se la representaba Livia cuando pensaba en ella, inclinó su cuello en un gesto de aflicción.

—No sé si es un buen lugar para usted, Livia. Los pobrecitos que van allí suelen ser la escoria de la sociedad.

—¿Cómo dice?

—Esa escuela de oficios es un reformatorio donde mandan a los muchachitos de mala conducta. Lo más grave es que están mezclados los rebeldes con los que ya han delinquido. El propósito es bueno, pero en la práctica...

Livia quedó perpleja. Ella había tomado a Lyman más como orfanato que como reformatorio. Y ahora que Anne le decía la verdad entendía mejor las cosas que había visto y reprobaba, como el látigo de la señora Parvis.

—German no me contó eso.

—Los estudiantes toman su trabajo voluntario allí como una manera de acumular puntaje y salir de Harvard. Claro que es loable su papel, aunque a la larga no se quedan de manera definitiva. Supongo que German Cole no le habrá dicho que apenas usted ingrese él se verá librado de colaborar.

Livia iba aprendiendo a pasos agigantados, y acumulando rabia por la trampa en que la habían hecho caer, aunque reconocía que durante el viaje de regreso su joven amigo no parecía seguro de recomendarle que aceptara el puesto.

—Livia, le aseguro que no es nada fácil ser maestro en Lyman. Muchos han desistido, creo que el interés de los encargados es prueba de que necesitan gente especializada. Con urgencia —agregó.

Livia recordó la sensación que la acometió al recorrer los pabellones. Como si adivinara, Anne prosiguió:

—El centro de reforma tiene un triste historial. En tiempos de la colonia, el tribunal de la Bahía de Massachusetts aceptó que un niño terco o rebelde fuera llevado ante el magistrado y condenado a muerte, incluso.

—¡A muerte! —Se horrorizó Livia.

—Eran tiempos duros. Creo que nunca se cumplió la ley en ese sentido, pero sí fueron llevados al reformatorio niños con problemas de conducta que no eran delincuentes, desde que lo fundó Theodore Lyman, un filántropo. Hubo internos que murieron por otras razones.

Livia sintió un cosquilleo en la nuca al oír eso.

—Si murieron, debieron de sufrir mucho allí —dijo para sí misma, olvidada de Anne.

—Es muy triste, y son tantos los casos de niños con problemas que una no alcanza a ocuparse de todos.

La maestra sentía una losa en el pecho mientras recordaba los rostros aletargados de los que ella creyó alumnos de la granja, con sus espalditas flacas, cargando fardos que los doblaban en peso. Y aquel otro niño solitario en el frío del campo, tal vez escondiéndose de los azotes de los encargados... La rabia le impidió tragar saliva.

—Tal vez no podamos ayudar a todos, pero podemos hacer algo por algunos —contestó.

Anne la miró con suspicacia.

—¿Está pensando en aceptar ese empleo?

—Necesito el dinero para continuar aquí, si pretendo especializarme en los kindergarten, aunque hasta ahora me he ido por las ramas; conocí la enseñanza para sordos y ciegos, y aprenderé a lidiar con muchachitos obstinados.

—La palabra justa —dijo Anne—. Son pequeños testarudos la mayoría, que desafían la autoridad paterna o la de los maestros, y van a parar a una institución que promete amansarlos.

A Livia se le presentó la imagen de un potrillo desbocado, asustado por el lazo o nervioso por la ausencia de su madre. Los indios sabían amansar por las buenas. Ella era india, podría intentarlo. Esa idea le sacó el peso de angustia que la oprimía desde que visitó Lyman. En el resto de la tarde tomaron el té y tocaron diversos temas, casi todos relacionados con los progresos en la educación especial. Anne Sullivan le dijo a Livia que solían ir con Helen de visita a jardines de infancia de niños ciegos, porque tanto ella como los pequeños se entendían en un mismo plano.

—Hay uno en West Newton, cerca de Boston, al que hemos ido varias veces. Llama a los niños «mis amiguitos» y es una delicia ver cómo los abraza y los besa. Helen es ahora una niña dulce y buena.

«Dulce y buena», como creían que era Cecilia. Livia se dijo que todavía distaba mucho de serlo, y tampoco estaba segura de que le conviniese, teniendo en cuenta con quiénes vivía.

Luego, Anne mostró a Livia las técnicas para lograr que Helen hablase, su mayor aspiración, la que le permitiría tener una educación pareja a la de las niñas comunes.

—Será arduo, pero creo que eso obra como un impulso en ella —le comentó mientras la acompañaba hacia la puerta para despedirla—. Helen es también una niña «obstinada» que tuvo la fortuna de ser criada en familia, en lugar de llevada a un centro de reforma.

Livia se estremeció al pensar la suerte que hubiera corrido una niñita sorda y ciega en un lugar así, donde se trataba a los internos como un problema que requería látigo. Al menos, el padre de Cecilia no había pensado en una institución como Lyman, sino en una escuela especial. Pensar en él le causó hondo pesar. La frialdad del hombre al pagarle sus honorarios y despedirla había sido un golpe bajo. La ironía de la situación le arrancó una mueca. Él le había enseñado a boxear, y también a jugar sucio.

Jeremías Robinson debía de ser un maestro en golpes bajos.

Al traspasar el cerco donde las madreSelvas se enroscaban formando un arco, Livia sintió el súbito deseo de transgredir las reglas tácitas de aquella sociedad libertaria que sin embargo ponía freno a los obstinados y rebeldes. Se quitó la cinta que sujetaba su cabello en la nuca y sacudió la cabeza, desmelenándola. Una vez que su hermoso pelo rubio cayó en cascada sobre la espalda, se levantó el ruedo del vestido y echó a correr calle abajo.

Desde la ventana que daba al porche, Anne Sullivan contempló el gesto tras la cortina de gasa. A esa distancia veía borroso, pero la actitud de Livia Cañumil era

inconfundible. La institutriz de los Robinson se había convertido, en segundos, en una joven salvaje que procuraba no atarse a ninguna regla salvo las propias, las que llevaba escritas en su sangre. Dejó caer la cortina y se volvió hacia Helen, que seguía sentada junto a la chimenea de ladrillos y pasaba con rapidez sus dedos sobre las letras en Braille del libro que reposaba en su falda. Una sonrisa de placer se dibujaba en la boca juvenil al entender las frases que leía. Ya podía escribir en Braille también, y componía oraciones muy correctas. La vida de Helen Keller había dado un vuelco, y la señorita Sullivan sentía henchido de orgullo el pecho, por eso podía comprender el anhelo de Livia de dedicarse a los que la sociedad rechazaba por imperfectos. Tomó su cesto de costura y se sentó en un taburete frente a su pupila. Le tocó la rodilla para que supiese que estaba a su lado, y dejó que su pensamiento vagara por las infinitas posibilidades que ofrecía la vida para ser mejores.

Sin saberlo, la señorita Cañumil estaba encarnando los ideales más puros de la moral de la Nueva Inglaterra. A su modo, claro estaba. Anne cortó el hilo con los dientes y murmuró sonriendo: *una salvaje en Boston*.

El título que mejor representaba a la señorita Cañumil.

Los profesores de Lyman eran artesanos y maestros de oficios, pues se entendía que con esas armas se defendían mejor los internos al llegar a la edad adulta. Livia constituía una excepción por sus calificaciones, y en deferencia a eso y a su condición femenina el director ordenó que le otorgaran una cabaña espaciosa y limpia alejada del resto de los edificios, de modo que la joven se halló cómoda de inmediato. Le asignaron también el grupo de niños más pequeños, algo que ella encontró conveniente. Todos ellos «niños tercos», según aseveró la señora Parvis. ¡Estaba por verse cuál era la mentada terquedad de un niño de seis o siete años! Livia se arremangó, literalmente, para encarar la alfabetización de aquellos bandidos. Lo primero que exigió fue jabón cáustico y vinagre para quitarles los piojos, y enseguida reclamó resmas de papel, lápices y pizarra. El ímpetu con que emprendió su tarea le ayudaba a sobrellevar la tristeza ante la pérdida de Cecilia, y el sinsabor de su frustrada amistad con el señor Robinson.

—Aquí están sus llaves —le dijo la señora Parvis el primer día, al conducirla a su cabaña.

Le entregó un llavero con largas tiras de cuero llenas de nudos. Al ver que la joven lo miraba con extrañeza, le aclaró:

—No dude en usarlo para los coscorriones, de ser necesario. Estos niños tienen la cabeza dura.

Livia la miró de frente, rígida y solemne.

—Para mí siguen siendo llaves —repuso, y la señora Parvis intuyó que habían introducido un problema y no una solución al solicitar el puesto para la señorita Cañumil.

Eran seis los niños a su cargo, ya que el grupo siguiente entraba en la categoría de los doce a catorce años. Su corta edad los salvaba de las mayores atrocidades, aunque tres de ellos ya conocían la vida en las calles y los malos tratos de los adultos.

—Hay cuatro que han sido llevados a hogares de acogida —le explicó la señora Parvis—. Es más fácil conseguir padres sustitutos cuando los niños son todavía pequeños.

Significaba entonces que nadie había querido hacerse cargo de los seis que ella tenía. Hubo de arrancarles los nombres, puesto que ellos se empeñaban en decir que no poseían ninguno:

Eugene, el de las piernecitas combadas.

Fabrizio, huérfano absoluto, encontrado entre los botes de basura del puerto.

Alistair, mendigo y ladrón de billeteras.

Frankie, cuarto hijo de una familia pudiente que lo consideraba un inadaptado.

Joseph, cuya sangre india se vislumbraba en la mirada solapada.

Y Arturo, el del labio partido.

Este último se convirtió en la sombra de Livia. El pequeñito le recordaba mucho a Mario, aquel disminuido niño de su infancia, que moqueaba y se perdía la mayor parte de las clases en la laguna debido a su padecimiento crónico. El defecto de Arturo era aún más impresionante: su labio superior estaba escindido, dejando a la vista los dientes y dándole el aspecto de un conejo. Los otros se mofaban de él, a lo que Arturo respondía con patadas y puñetazos. Algo tenían en común Mario y Arturo, ambos provenían de padres dados a la bebida. Y esa coincidencia creó un lazo todavía mayor entre Livia y el niño, ya que más de una vez se descubrió pensando en las consecuencias de la afición del señor Robinson al licor.

Después de una primera y esforzada semana intentando adaptarse a la dureza de las condiciones y la irritabilidad de los encargados, Livia decidió que haría las cosas a su manera. Al igual que si se tratara de niños deficientes, del mismo modo que había aprendido a actuar en la escuela de sordos y con Cecilia, comenzó a improvisar un método para cada niño, porque cada uno provenía de circunstancias distintas y poseía diferente capacidad. El más listo era Alistair, pero Frankie lo superaba en el arte del disimulo; Eugene tenía cierto retraso mental, parecía menor de lo que era; Fabrizio reía y gozaba haciendo travesuras; Joseph jamás le hablaba ni la miraba de frente; y Arturo se prendía a su falda, aunque ella lo arrastrase mientras caminaba. Era poco lo que podía avanzar en cuanto a enseñarles letras y números, pues los niños estaban obligados a asistir a las misas, a la granja y al taller de los oficios. Más de una vez se encontró Livia aguardando impaciente a que regresaran de alguna de esas actividades, y hasta tuvo cambios de palabras con los demás maestros por no respetar sus horarios.

—La sociedad los requerirá para reparar grifos o sembrar papas —le dijo el profesor de fontanería—, no se moleste tanto por su caligrafía.

—Todo debe ir junto —respondió Livia con frialdad.

Al tiempo que avanzaba a paso de tortuga en sus clases, observaba con atención el ir y venir de los chiquillos, los propios y los de más edad. Ella se encontraba lejos de los pasillos centrales, pero más de una vez le extrañó ver que los muchachitos recorrían los pabellones en horas de descanso.

—¿Adónde va? —increpó una noche a uno que llevaba un jarro con cerveza.

Hacía tanto frío que ella debió arrojarse con la manta de la cama para asomarse a la puerta. El chico la miró con estupor, y casi se le resbaló el jarro.

—Llevo esto al señor Clark —dijo de forma entrecortada—. Él me lo pidió.

—Qué desvergüenza —murmuró Livia mientras el muchacho se alejaba trotando.

Pedir a un niño al que debían educar que llevara bebidas alcohólicas al cuarto de un profesor estaba fuera de toda regla.

Al día siguiente le comunicó su parecer a la señora Parvis. La mujer freía cantidades de huevos en una sartén con el semblante hierático.

—Vaya una a saber, quizá se sentía mal el hombre.

—Que llame a otro adulto, entonces —protestó Livia—, no a un niño que a esas horas debería estar durmiendo.

—¿Y usted, señorita, no estaba durmiendo tampoco?

El tono insidioso de la mujer la sorprendió. Se suponía que los encargados estaban para controlar la disciplina, y eso comprendía también al personal, no solo a los niños.

Calló porque captó el fastidio de la señora Parvis, y no quiso delatar su intención de vigilar más de cerca esas pequeñas infracciones. Después de todo, ella estaba ahí empleada, y si existían irregularidades, su obligación era hacerlas saber al director. Todavía no lo había conocido.

En la séptima noche, Livia concilió el sueño a gatas. La luna brillaba sobre la escarcha, despuntando reflejos nacarados en la hierba, y el silencio algodonoso indicaba que nevaría.

Algo la despertó de pronto, la despabiló por completo. Miró hacia el brasero, que apenas iluminaba su entorno, y luego hacia la ventana. Un impulso repentino la hizo erguirse y escudriñar a través del vidrio helado. Más lejos, los campos lucían blanquecinos bajo aquella luna gigantesca y fría. El paisaje que rodeaba a Lyman era desmoralizador en invierno; ella entendía que los niños entristeciesen sin siquiera un árbol donde treparse, o un río en el que arrojar piedras. Escuchó el trino del alicuco que sonó lúgubre en esa quietud. Sus ojos se desviaron hacia el campo aquel, donde había visto la silueta del espantapájaros sobre el fondo neblinoso. ¿Qué era aquello? Ella gozaba de una vista aguda, de modo que no se engañó al ver al niño junto al muñeco. Ahí había alguien. En medio de la noche helada y quizá sin abrigo suficiente. Sin demorarse a pensar cómo lograría un niño salir de la cabaña sin que los serenos de los pasillos se enterasen, Livia saltó de la cama, se vistió a toda prisa y salió enfundada en su abrigo, munida de una antorcha de aceite. El impacto del aire congelado casi la asfixia. Emprendió una caminata furtiva, pegándose contra los

muros de las cabañas para evitar dar explicaciones a otro tan insomne como ella, y al verse por fin frente al descampado, alzó la antorcha y avanzó decidida entre las hierbas. Era maíz en barbecho, más alto que su cabeza, de modo que se abrió paso con dificultad hasta llegar a metros del espantapájaros. Se sentía como un duende diminuto entre plantas gigantes. Levantó la antorcha y miró. La llama temblorosa iluminó al muñeco, ennegrecido por los chubascos y la helada, y, a su lado, el rostro serio de un niño. La neblina nocturna diluía sus rasgos, y no podía afirmar de quién se trataba.

—¡Arturo! —exclamó Livia consternada, suponiendo que podía ser él.

Sin imaginar la razón de que el pequeño estuviese fuera de su cama a esas horas, avanzó a grandes pasos en su dirección. Cuando llegó al espantapájaros, Arturo había desaparecido.

Lo buscó a su alrededor, suponiendo que el chiquillo habría huido atemorizado al verse descubierto, pero fue imposible hallar siquiera un rastro de su presencia. Parecía que nadie había hollado ese sitio donde segundos antes Arturo la miraba con triste expresión.

Livia se sintió desolada. Algo le pasaba al niño que ella no sabía, algo terrible, ya que durante el día él se le pegaba como lapa. ¿Por qué esa noche la rehuía?

Pasó varios minutos intentando descubrirlo, en vano. Retornó a su cabaña ya sin cuidarse de que la viesan. En todo caso, si alguien le reclamaba, ella retrucaría preguntando por los guardias de los pabellones, que dejaban salir a un niño a la intemperie con ese frío de miedo.

Entró a su cuarto tiritando. Se dio cuenta de que no era solo por la necesidad de entrar en calor, sino una sensación que se le había colado adentro, una angustia indefinible que no consiguió sacudirse ni cuando más tarde, avivada la llama del brasero y envuelta en su frazada, cabeceó hasta dormirse. Al amanecer del otro día, un manto blanco cubría los senderos y los campos. El espantapájaros tenía un bonete de nieve. Y allí donde Livia había visto a Arturo, el maizal se alzaba erguido y duro, sus tallos helados y sin huella del paso del niño.

—Arturo, ¿por qué saliste? Ibas a enfermarte con este frío.

Livia fingía desinterés para no espantarlo, pero el niño era inmune a sus intentos. La miraba con sus ojos legañosos y el hociquito fruncido, incapaz de comprender de qué le hablaba.

La maestra le puso una mano en la frente, temerosa de que ya hubiese signos de neumonía. El pequeño estaba bien. Cuando por fin logró una respuesta, no fue la que ella esperaba.

—No salí, estaba muy cansado —le dijo mientras jugueteaba con su botón.

—Si mientes, lo descubriré.

Eso alarmó al niño, que la miró con ojos asustados.



—¿Vendrá el señor Clark? —preguntó con un hilillo de voz.

Livia frunció el ceño. Aquel profesor que se hacía servir por los alumnos no le gustaba ni un poco. Era un hombre melifluo, obsequioso al extremo, que lucía pulcro y amanerado. Ella no acostumbraba a compartir comidas ni ratos libres con los demás maestros, aunque tampoco los rechazaba, pero si había alguien con quien no deseaba pasar ni un rato del día era el señor Clark. Se hallaba a cargo de la imprenta, enseñaba a los mayores a usarla y les permitía elaborar un periódico en el que contaban sus logros en la escuela. Una pedantería de su parte, según Livia, ya que en las noticias se lo mencionaba en forma permanente. El señor Clark era generoso con ella, sin embargo, la invitaba con frecuencia a visitar su área y solía alcanzarla en las caminatas por el campus para departir. Ella detestaba esas conversaciones plagadas de frases almibaradas. Además, creía ver en el maestro un destello de perversidad que la preocupaba. Cierta vez, supo de un muchachito castigado y acudió al señor Parvis para saber las razones.

—Infringió las normas —fue la respuesta seca del encargado.

—¿Cuáles normas?

—Usó la imprenta sin permiso del señor Clark.

—Pero el señor Clark está todo el día allí. ¿En qué momento entró el niño?

—Esos que usted se empeña en llamar «niños» son verdaderos monstruos, señorita, capaces de cosas que ni se imaginaría.

—¿Y dónde está él ahora?

—Castigado.

—Sí, pero ¿dónde?

—En el cuarto oscuro de la casa de disciplina.

Livia esperó a que se retirasen todos para deslizarse en aquel pabellón al que nunca había ido, y en el que sus alumnos jamás habían entrado hasta el momento. Era un edificio tétrico, con sus ladrillos sucios y la puerta cerrada con candado. Lo rodeó, en busca de ventanas, y encontró un ventiluz al que pudo asomarse después de apilar leños hasta el borde. La oscuridad del recinto la agobió. Cuando sus ojos se acostumbraron, distinguió la silueta de un muchacho que estaba sentado en el suelo con la cabeza colgando entre las piernas. Livia entreabrió más la hoja del ventiluz y el muchacho alzó la mirada. Casi se cae desde lo alto al ver la expresión de indecible sufrimiento y resignación. Aquellos ojos claros no resplandecían como los de Cecilia, ciegos y todo. Parecían muertos.

—¡Pst! ¿Te sientes bien?

El chico cambió su expresión de dolor por otra endurecida, lista para resistir.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí?

Ante la falta de respuesta, Livia optó por hablar.

—Soy la maestra de los niños, la de la cabaña del norte. Me preocupa que tengas frío en este sitio. ¿Te han dicho cuándo saldrás?

Por toda explicación, el muchacho movió un brazo delgado, y Livia constató con horror que lo tenía esposado a la pared por medio de un gancho. ¡Como un criminal!

—Vendré de nuevo —le dijo con precipitación, y bajó de su improvisada escalera con tanto apuro que los leños rodaron por el suelo. No le alcanzaban las piernas para llegar a la cabaña de la encargada.

La señora Parvis se encontraba separando la ropa de la lavandería en pilas sobre la mesa.

—¡Señora! Se ha cometido una tropelía y es preciso enmendarla.

La matrona alzó los ojos y suspiró. ¿Qué querría esa mujer ahora?

—Alguien encadenó a un niño en el pabellón de disciplina.

—Por eso se lo llama de disciplina.

—Señora —y Livia intentó controlarse—, la disciplina no debe causar más daño que la violación de la regla.

—Señorita Cañumil, sé que es usted extranjera, y he tenido paciencia para las cosas que no comprende, pero sepa que es ley del Estado de Massachusetts el castigo de los internos. Mi esposo y yo, y todo el personal de Lyman, cumplimos órdenes de los Tribunales, que envían a estos chicos por razones poderosas. Por pequeños que sean, ya está impreso el mal en su comportamiento, y es preciso enderezarlos.

—¿Con grilletes, como si fueran homicidas?

—Como sea.

—Me niego a participar de una aberración semejante.

—Puede renunciar a su puesto, entonces. Siempre supe que sería temporal. Es usted demasiado melindrosa para este sitio.

Livia contuvo el deseo de propinar a la señora Parvis un golpe en el mentón para borrar esa sonrisa despreciable de su afilado rostro. Se asustó de ese impulso y cruzó las manos a su espalda.

—Por favor, indíqueme dónde revisar los estatutos de este centro. Quiero entender mejor sus propósitos.

—Vaya a la imprenta del señor Clark, allí tiene lo que busca.

Al salir, con el corazón palpitante de furia y las mejillas rojas, ni siquiera percibió el frío que atenazaba sus pulmones. Caminó a toda velocidad, como solo ella podía hacerlo, y en segundos estuvo en el pabellón de la imprenta.

Vio al señor Clark desde lejos, inclinado sobre algo. No había nadie más en el recinto, y Livia se tomó su tiempo para medir lo que le diría. Procuraba no crear temas de conversación entre ambos. Mientras avanzaba con lentitud, miró en derredor y notó que la pulcritud del maestro no se reflejaba en los papeles que llevaba. Todo estaba en completo desorden, mezcladas las hojas ya impresas con las resmas en blanco, los frascos de tinta destapados, y aserrín por todas partes.

—¿Desea algo?

La sobresaltó lo abrupto de la pregunta. El señor Clark parecía haber olvidado sus cortesías modales esa mañana.

—Vine por otra resma —respondió con rapidez Livia—, y para saber si puedo tener una copia del reglamento.

—¿Algún problema?

—Ninguno, y espero no tenerlo, por eso quiero leer el estatuto.

La mirada del maestro se tornó suspicaz. No obstante, el hombre se volvió y rebuscó entre las pilas de papeles las hojas en blanco que Livia reclamaba.

—Aquí tiene. Lo otro deberé buscarlo con más tiempo, estoy ocupado ahora.

No quería moverse del sitio donde estaba. Livia tuvo la intuición de que ocultaba algo.

—Puedo llevárselo a su cabaña más tarde, si quiere. Si es tan urgente.

—Gracias, señor Clark, puedo esperar. Vendré otro día.

—Faltaba más, señorita Cañumil. Estoy a su servicio.

Volvía el cordial y atento galán.

Livia comenzó a retirarse, y de pronto dejó caer la resma en un fingido descuido.

—¡Oh, qué tonta soy! Disculpe, señor Clark, mire cómo puse esto —como si el lugar pudiese quedar afectado por unos cuantos papeles más.

El hombre apretó los labios, pero no pudo zafar de la ayuda que Livia precisaba, así que se inclinó junto a ella para recoger las hojas. Mientras lo hacía, Livia se irguió y con su vista de águila leyó lo que con tantas ansias el maestro ocultaba.

Una frase corta e inesperada: *tu culo es mío*.

Impresa en un papel que el hombre estaba cortando con una guillotina de imprenta. La grosería la sorprendió. ¿Acaso era algo que el señor Clark había arrebatado del alumno castigado? ¿Podía ser que hubiesen esposado a un muchachito por escribir palabras soeces? Ese segundo de desconcierto se trocó en cabal comprensión cuando el maestro la miró desde abajo, de pronto revelando su verdadero ser en aquella expresión diabólica.

—¿Sucedo algo, señorita?

—Nada. Me siento compungida por haberlo molestado. Me llevo estas, serán suficientes por hoy —y Livia le dio la espalda, esperando que él no hubiese advertido la conmoción que le causó descubrirlo en una acción sospechosa.

Mientras ella salía con paso medido, el señor Clark metió el papel impreso en su bolsillo. Aquella mujer acababa de echar un vistazo a su ser interior. Y no le había gustado lo que veía.



## CAPÍTULO 16

Cecilia caminaba por el césped endurecido de Greenwood bajo la atenta mirada de la señora Parker, el ama de llaves. Samanta las seguía, llevando la muñeca de trapo ciega colgada de un brazo, balanceándola sin compasión. Su hermana había vuelto a arrancarle los ojos de botones y nadie pudo recuperarlos. Miss Livy, la única capaz de restablecer las cosas en su sitio, ya no estaba. Samanta también se sentía rabiosa por su ausencia, Cecilia no era la única que extrañaba a la peculiar institutriz que compartió los días de Blue House. Su papá le había dicho que Miss Livy debía trabajar en la escuela, que para eso había ido a los Estados Unidos, a ganar dinero. ¿Acaso su papá no le pagaba entonces? Samanta pateó la muñeca, que fue a dar contra el tronco de un olmo.

—Niña, ve a buscar ese juguete, que no te pertenece.

La señora Parker echó una mirada fugaz al porche, por si la cuñada del patrón la escuchaba. Dado el tiempo de servicio que llevaba en Greenwood, sabía más de lo que admitía y entendía mejor de lo que parecía. Aquella niña impertinente era tan mimada por algún motivo, mientras que la otra, pobrecita, era soportada a duras penas. Cuando le dijeron que la escuela de sordos enviaría a una institutriz, Lina Parker se ilusionó. ¡Por fin tendría Cecilia una educación! Sin embargo, al volver la familia de Newport, llegaron tan solos como se fueron, nadie acompañaba a las niñas. Sería a causa del carácter del señor, siempre tan hosco. Ella no entendía qué le habría visto la dulce Alma. Aquel hombre ruin la había hechizado. Lina Parker detestaba a Jeremías Robinson, aunque se cuidaba mucho de demostrarlo.

—Sentémonos en el banco —ofreció mientras tomaba del brazo a Cecilia.

Esperó paciente a que la niña entendiese y luego tomó su lugar. A pesar de que no era su función, le agradaba servir de niñera. Cecilia se parecía a su madre, etérea, inmaculada. Parecía que nunca podría corromperse. Ojalá Alma no hubiese muerto, y contemplase el crecimiento de su hija, hermosa y delicada. Su mudez hacía que los rasgos de su rostro no se arrugasen jamás, no gesticulaba, se mantenía como una muñeca de porcelana, intacta en su belleza. La otra, en cambio, era un monigote. Su cabello nunca estaba en su sitio, y solía tener las manos pegajosas de dulces que robaba en la cocina. Era bonita a su manera, una especie de duende pícaro de ojos castaños y mejillas pecosas.

El día que Lina llegó a la casa por primera vez, el patrón sostenía a la pequeña en brazos y le dijo «mire qué hermosa es, señora Parker, se criará bien en esta casa». Lina percibió que el delicado equilibrio entre los esposos se había roto a causa de la niña, aunque no entendía por qué. Alma se mostró siempre bondadosa con Samanta, estaba en su naturaleza serlo, pero Lina sabía que sufría por Cecilia. Al lado de la más pequeña, la pobre niña ciega y sorda quedó en desventaja, no podía reír con su padre, ni seguirlo por la casa o corretear por el jardín. Fue entonces que Alma se aisló



—Dios sea loado. ¡Señor Robinson! ¡Señor Robinson!

El ama no quería dejar sola a Cecilia y se atrevió a gritar, cosa que jamás hacía, para llamar al patrón o a la cuñada, que seguía en el porche, desinteresada de todo.

—¡Señora Hamilton!

—¿Qué sucede, señora Parker? Si quiere decirme algo, por favor, que no sea a los gritos.

Lina enrojeció de vergüenza. Jamás había dado pasos en falso. Resolvió moderarse.

—Ven, Cecilia, le diremos a tu padre lo que has hecho hoy.

Con suavidad la llevó a través del jardín hasta la entrada principal, que la criada estaba barriendo para sacudir las hojas muertas.

—¿Dónde está el señor Robinson? —preguntó, mordiéndose la lengua que clamaba gritar.

—Por Dios, ¿qué le pasa, señora Parker? Cualquiera diría que ha visto un espíritu.

Odelia calló al escucharse, mortificada por la comparación elegida. Era la influencia de aquellas morbosas sesiones que se había visto obligada a presenciar.

—Quisiera hablarle. ¿Dónde está?

La cuñada entrecerró los ojos. El ama de llaves estaba conmocionada, algo había sucedido y ella deseaba saber qué. Nada se le escapaba en Greenwood, esa vigilancia era su orgullo.

—El señor no desea que se lo moleste cuando revisa los libros. Si hace falta resolver algo, dígamelo.

Lina se encontró en un aprieto. Así como no simpatizaba con el patrón, tampoco sentía aprecio por la señora Hamilton. Era una dama metida en lo que no le atañía. Todos sabían que tenía un marido y que lo dejaba solo para pasar temporadas en la casa de su hermana. Que ahora estaba muerta, lo que le quitaba sentido a su prolongada presencia.

—Solo quería saber si Cecilia irá a la escuela pronto.

—Vaya, parece ser algo que la perturba. Pues sí, irá pronto, es hora de retomar su educación. Hablaré hoy mismo con mi cuñado para que apure los trámites. Y usted vaya separando la ropa que necesitará mi sobrina.

—¿Irá como pupila?

Odelia dejó la labor que tenía en sus manos y miró con firmeza el rostro avejentado del ama de llaves. La animadversión era recíproca.

—¿Alguna otra pregunta, señora Parker?

—No, señora, solo quería saber cuánta ropa necesitará.

—Toda la que pueda entrar en el baúl. La estancia de Cecilia será larga, se ha perdido mucho tiempo.

Retomó su costura para indicar el fin de la conversación, y Lina debió guardarse su inquietud ante el descubrimiento de que la niña lograba hacer brotar vocales de su garganta muda.

Jeremías observaba la escena desde la ventana de su despacho. Aunque no podía escuchar las palabras, entendía que el ama de llaves quería que Odelia viese algo y que su cuñada, con esa morosidad que él conocía tan bien, no le llevaba el apunte. Era algo sobre Cecilia. La niña lucía lindísima bajo el tibio sol de esa mañana de invierno. Le gustaba caminar pese al frío, y él le permitía ese pequeño placer, siempre que alguien responsable la acompañase. Podría haber sido él. O Livia. Pensar en la institutriz le calentó la sangre. Apenas la había probado, y la ansiaba como si hubiese disfrutado de sus mieles hasta el fondo. También le preocupaba su situación, y no sabía de qué modo retomar el contacto después de haberla despedido. Él era muy consciente de sus actos, sabía que hería el corazón de Livia al separarla de Cecilia, y que la había ofendido al tratarla como si solo hubiese dinero entre ellos. ¡Si la había besado y tanteado sus carnes bajo el vestido! Además, era la única persona, salvo Homer, que había entrado a su mundo de boxeo.

Suspiró y empezó a llenar la pipa. Era un vicio que gozaba aún más que el licor, porque le permitía pensar, abstraerse sin que lo molestaran. Todos respetaban al que se concentraba en su pipa. Extendió el paño y empezó a armar la boquilla. Abrió la bolsita de tabaco y con los dedos sacó un poco. Edwin Duncan fumaba en pipa, y cuando Alma vio que a él también le gustaba se sintió reconfortada, como si su padre pudiese aprobar la unión por ese detalle en común con su yerno. Sonrió con ironía. Apenas tuvo tiempo de llamarlo suegro, pues el viejo murió de apoplejía después de agonizar varios días. Tenía gota. Él vio la reacción de ambas hermanas: Alma deshecha en llanto, Odelia con suficiencia práctica. La menor sostenía a la mayor. No alcanzaba a entender cómo pudo caer en las redes de Odelia, si él amaba a Alma más allá de lo imaginable. Fue por ese carácter irlandés que le reclamaba venganza en lugar de comprensión, por aquella misiva insidiosa que le sugería que el padre de Cecilia era otro hombre. Y cuando aquella noche de un año atrás Alma huyó a bordo del bote del guardafaro, él confirmó su sospecha, sin pensar que ella podría haber tenido otros motivos.

Aspiró el humo con ansia y se levantó de nuevo para caminar por la habitación. Odelia le pedía que internase a Cecilia de nuevo, y quizá fuese la forma más adecuada para entablar contacto con Livia. Interesarse por los progresos de la niña, visitarla a menudo, era lícito y comprensible. Nadie diría nada, menos que menos la propia Livia, que siempre le reprochaba su indiferencia. Sonrió, esta vez con sorna. A los ojos de aquella aventurera, él debía de ser un monstruo: boxeador y padre desalmado. Chupó la pipa con fuerza.

—¡Al diablo!

Nunca necesitó explicarse, así que iría a la escuela y preguntaría por ella.

Satisfecho con su decisión, volvió a la ventana, desde donde avistó la muñeca de trapo tirada al pie del árbol.

A su regreso de la imprenta, Livia se las ingenió para pasar por el huerto y robar dos manzanas que arrojó al niño encerrado en el pabellón de disciplina. Con su mano libre, el muchachito tomó una y le aplicó un buen mordisco, sin agradecerle ni demostrar simpatía por el gesto de la maestra. Ella pudo percibir la rabia acumulada en sus ojos.

Esa misma noche, se sumió en un sueño inquieto sembrado de pesadillas. En él se superponían los rostros de los pequeños de Lyman con los de sus antiguos compañeros de escuela. Livia también había sido una desahuciada, al igual que todos ellos, hasta que Elizabeth O'Connor les mostró una vida diferente. Cuando resolvió seguir los pasos de su maestra, estaba decidida a dejar atrás la vida de olvido y miseria, satisfaciendo el deseo de su abuela que miraba por ella, aunque sus ojos nublados nunca alcanzaran a ver su triunfo.

La tenacidad era el fuerte de Livia. Poseía el temple de un guerrero, capaz de morir de pie mientras se desangra. Fue por eso que admiró la destreza del señor Robinson en la lucha; podía entender el orgullo de mantenerse erguido pese a los golpes, ese había sido su sino.

La despertó un frío inusitado en el rostro. La luna estaba alta en la noche, y la ventana bien cerrada. ¿De dónde venía aquella corriente helada entonces? Se incorporó y atisbó hacia afuera. Como la vez anterior, los campos escarchados brillaban bajo las estrellas. Livia no entendió por qué dedicó un pensamiento fugaz a Jeremías Robinson.

A lo lejos, la silueta del espantapájaros.

—No puede ser... —murmuró angustiada.

Arturo. Ya no vestía el guardapolvo gris, sino el camisón blanco con que dormían los internos, una especie de bolsa que les llegaba hasta los pies.

—Maldición —exclamó rabiosa, en tanto se vestía sin fijarse qué se estaba poniendo.

Echó mano de la manta y de un viejo chal de lana con el que pensaba arropar al niño si lograba alcanzarlo esa vez.

Se deslizó agachada entre la maleza para sorprender a Arturo y evitar su huida. La distancia era mucha, pese a las apariencias. El enclenque espantapájaros parecía burlarse de ella mientras avanzaba por el mar de espigas secas. Cuando lo tuvo a tiro, se irguió de pronto y saltó sobre el sitio que ocupaba el niño. Cayó de bruces sobre la tierra fría y se raspó las rodillas y la cara.

—¡Arturo! —gritó frustrada.

Esa vez no se saldría con la suya. Con implacable determinación emprendió otra caminata, rumbo a la cabaña de los más pequeños. No sentía el frío ni la nieve colándose en sus zapatos, iba poseída por la furia de sentirse burlada. Al llegar, observó que la luz del dintel de la puerta estaba apagada. Aunque la favorecía para pasar desapercibida, le pareció una desidia del encargado dejar en sombras la entrada al pabellón de los más indefensos. Una vez que sus ojos se adaptaron a la oscuridad,



recorrió el pasillo que conducía al dormitorio. Todos eran iguales, enormes ambientes de altos techos, paredes desnudas y camas de hierro. Cada una ostentaba un cartel metálico con un número pintado. Al principio, Livia había supuesto que era un método de identificación de las camas, luego descubrió con disgusto que los uniformes de los niños, los guardapolvos de trabajo y hasta los camisones llevaban los mismos dígitos bordados en alguna parte. Después de aquello, insistió más que nunca en llamar a cada niño por su nombre.

Suaves ronquidos inundaban el dormitorio. Livia no sabía dónde dormía Arturo, así que siguió el orden de los números y descubrió que su cama se encontraba contra la pared, junto a la puerta de salida del otro pasillo.

Que a la sazón se hallaba abierta.

—Con este frío —se dijo malhumorada, y acudió a cerrarla, antes de mirar en la cama 105.

Allí no había nadie. Las sábanas ni siquiera habían sido corridas. Arturo no dormía en su sitio. Atónita, empezó a mirar los rostros de cada niño ayudada por el resplandor lunar, ya que no había llevado lámpara para no denunciarse. Contó cinco de su grupo, y luego revisó los otros lechos, pensando que quizá el pequeñito tuviese miedo y se hubiese colado en el de algún compañero. Miró incluso debajo de las camas. Todos los demás niños dormían, sus caritas ocultas bajo las sábanas, o despatarrados como suelen hacerlo los varoncitos y bien sabía ella, acostumbrada a despertar por las mañanas a los hijos de los Balcarce. ¿Dónde estaba Arturo?

Presas de un desolador sentimiento de pérdida, Livia se aventuró en la habitación contigua, pero aquellos muros descascarados no le dijeron lo que anhelaba saber. Quedaba el piso alto. Algunos pabellones poseían cuartos arriba, y Livia subió las escaleras tanteando el barandal. A medida que se aproximaba a las habitaciones, una mano de hielo le estrujaba el pecho, una sensación jamás experimentada, ni siquiera cuando corría por la costa de Newport bajo la nevisca.

Detrás de la segunda puerta, un leve sonido la alertó. Alguien intentaba no ser escuchado. Entreabrió, y sus pies tocaron un cuerpito enroscado en el suelo.

—Arturo.

El pequeño era un bulto apenas, lo distinguió por el blanco del camisón.

—Dios mío, Arturo, qué estás haciendo. Ven, vamos a la cama, que pescarás una gripe.

Lo alzó con sus manos fuertes, y con él a cuestas descendió la escalera, más aliviada por haberlo encontrado, aunque todavía inquieta por los motivos que podría tener el niño para deambular por ahí en las noches. Mientras lo arropaba, luego de friccionarle los piecitos para que entrase en calor, tocó sus mejillas y notó lágrimas en ellas.

—¿Tenías miedo? —le preguntó entre susurros—. ¿Por qué saliste?

Ante el empecinado silencio del niño, Livia adoptó un tono severo.

—No vuelvas a irte del cuarto, Arturo, y si necesitas algo ven a verme, que yo me ocuparé. Mañana me dirás por qué atraviesas el campo del espantapájaros. Es la segunda vez que te veo hacerlo, y es peligroso. ¿Acaso no sabes que merodean los zorros?

Pensaba que ese dato lo asustaría, pero Arturo no dio señales de entenderla.

—Ahora duerme, me quedaré hasta que lo hagas.

El temblor del pequeño se fue aquietando, hasta que por fin Livia detectó la respiración acompasada del sueño. Dejó un beso en su frente y, tras echar un vistazo a los otros, salió del pabellón. Al día siguiente le recordaría al señor Parvis que la lámpara de noche estaba apagada. Se envolvió en el chal que había llevado para Arturo y desandó el camino hacia su cabaña. Caminaba más tranquila, ahora que lo sabía en su cama.

Cuando se encontraba a la altura del espantapájaros, algo indefinible rozó su piel, un hálito que le recordó la experiencia vivida durante la sesión de Madame La Nuit. Casi al mismo tiempo, un estampido rasgó la noche. Livia se agachó por instinto, y en un segundo de estupor comprobó que aquel ruido había sido un disparo. De no haber sentido el roce misterioso que la puso en guardia, quizá aquella bala la habría alcanzado. Aguardó agazapada un buen rato, hasta que el ulular de la lechuza le indicó que el peligro había pasado. El que hubiese osado dispararle no se atrevería a quebrar el silencio nocturno dos veces.

Una vez arropada en su cama, luego de echar llave a la puerta y trabar la única silla en el picaporte, Livia pensó por segunda vez en Jeremías Robinson. Por qué, no lo sabía. Quizá la desdicha de Arturo le recordase que había niños desamparados por culpa de los padres. Tal vez el ruido del disparo le trajese a la memoria la pistola que él le había dado cuando saltó al mar en busca de Cecilia. Ignoraba qué extraño designio la vinculaba en esos momentos al hombre que había jurado erradicar de su mente después de que la despidiera como si ella fuese una criada. Y, sobre todo, ignoraba qué motivos podría tener alguien para dispararle en medio de la oscuridad, a menos que la hubiese confundido con otra persona.

Cerró los ojos con fuerza y repitió las palabras que sabía desde niña.

—*Koñiwe, Tatay...*

Invocó a su *cucu* también. Necesitaba la protección de su gente en ese país donde no tenía raíces que la sostuvieran, en el que aún no había conseguido dejar su huella.

Le costó dormirse, y cuando lo hizo soñó con un niño que la miraba desde muy lejos con sus grandes ojos, tan negros que por ellos se podía ver hasta el fondo de la tierra, donde no llegaba la luz del sol.

Una niebla densa se condensó tras la ventana, y poco a poco se fue adelgazando hasta tomar la forma de una silueta pequeña.

—*Cucu* —musitó Livia dormida.



## CAPÍTULO 17

—¡A Lyman! ¿Qué hace ella ahí?

Ethel Cleveland camuflaba bajo una expresión adusta el disgusto que le producía la voz de aquel hombre potente y descarado en su oficina.

Jeremías Robinson había acudido en busca de Livia la misma mañana siguiente, contento de poder anunciarle el regreso de Cecilia a la escuela. Enterarse de que la muchacha ya no cumplía servicios allí y que además no se radicaba en la ciudad, debido a que se encontraba en el reformatorio del Estado, le causó cólera y conmoción. Lyman era el último lugar en el que pensaría hallarla y, por otro lado, significaba para él un mazazo en el alma.

Intentó calmarse para no espantar a esa mujer compuesta y formal que sin duda desearía que él se marchase lo antes posible para no desbarajustar su rutina, y volvió a cargar con sus preguntas:

—¿Dijo si viviría en el campus o en otra parte?

—Señor Robinson, le aseguro que la señorita Cañumil no nos dio parte de sus planes. Sabemos que está en Lyman porque la señorita Sullivan pudo entrevistarse con ella antes de que partiese. Y, por lo que nos dijo, parecía contenta de servir allá. Es una obra de bien.

—¡Y qué ocho cuartos! —bramó Jeremías, ante el espanto de Ethel.

Lo fastidiaba la compostura de la dama, tan propia de las mujeres del lugar y tan distinta de la seriedad de Livia, capaz de reaccionar con ardor cuando hacía falta.

—Dígame dónde puedo encontrar a la señorita Sullivan —el apellido irlandés le dio esperanzas.

—No sé si corresponde...

—¡Dígamelo, o Cecilia no volverá a pisar esta escuela!

De buena gana Ethel habría respondido que eso era lo que mejor convenía a la institución, pero calló, porque la directora Fuller tenía puestas las esperanzas en los progresos de Cecilia. En cambio, se puso a revisar los papeles para darse tiempo de responder con calma.

Garabateó la dirección en una tarjeta y se la entregó a Jeremías como si él fuese un repugnante reptil.

—Aquí tiene. Espero que aclare a la señorita Sullivan la manera en que solicitó usted esta información. No acostumbro a brindar datos de las personas que trabajan en la escuela.

—Descuide. La señorita entenderá.

El sarcasmo bailaba en la voz del señor Robinson, y la mirada que le dirigió antes de volver sus pasos hacia la puerta produjo escalofríos en la espalda de Ethel. Había hecho bien en no casarse, pensó, los hombres terminaban siendo todas unas bestias.

Jeremías se lanzó en el coche hacia el *cottage* donde Anne Sullivan impartía su educación a Helen Keller. El corazón estuvo a punto de salirse cuando escuchó mentar a Lyman, la detestable institución de la que provino parte de su desdicha. ¿Cómo había ido a parar allí la señorita Cañumil? Le sonó a predestinación y tuvo un regusto de amargura.

El *cottage* resplandecía bajo la luz invernal. Era un rincón de belleza y armonía. Jeremías se detuvo en el camino de entrada para aspirar el perfume silvestre del cerco que lo rodeaba. Un refugio así era el bálsamo que su conciencia agitada requería. Imaginó una existencia apacible junto a las niñas, mientras fumaba su pipa y vigilaba sus acciones en la Bolsa, y de improviso, en esa imagen deliciosa se coló la figura alta de Livia Cañumil. Espléndida mujer. Lo conmovió esa filtración inesperada de la mente, se sintió traidor a la memoria de Alma, y a la vez encontró cierto alivio al poder soñar de nuevo.

Anne Sullivan no pareció sorprendida de verlo y lo invitó a pasar con un ademán afectuoso.

Jeremías se sintió como un gigante en la casita de un duende. Todo en aquella habitación era primoroso y delicado: las mesitas con sus lámparas de pantalla de seda, el canasto de costura junto a la mecedora, los leños apilados con prolijidad en el rincón de la chimenea, la alfombra tejida, los cuadros de acuarelas en las paredes. Se respiraba tranquilidad en aquel sitio donde esa mujer que había hecho amistad con Livia desempeñaba una tarea similar a la de la institutriz, solo que con más apoyo que el que obtuvo la señorita Cañumil. Una sombra de culpa cruzó el rostro de Jeremías.

Jugueteó con el sombrero entre sus dedos mientras buscaba el modo apropiado de preguntar lo que deseaba.

—Habrán usted ido antes a la escuela Mann, supongo —le dijo ella sin más.

Bendita mujer, sabía cómo llevar la conversación por los carriles adecuados.

—Así es, y me encontré con la sorpresa de que la institutriz de Cecilia ya no está allí.

—Miss Livia encontró trabajo en la escuela de reforma del Estado.

—Lyman.

Jeremías parecía empeñado en remarcar lo que ese nombre significaba.

—Siéntese, señor Robinson, le traeré un té.

—No se moleste, por favor, y disculpe la impertinencia de caer sin aviso. Es que la señora Cleveland no quiso darme información.

—Ethel no sabe mucho más en realidad —la disculpó Anne—. Livia vino a verme a pedido mío, y me contó sobre la propuesta de trabajo. Estaba... un poco necesitada, y creo que fue eso lo que la impulsó a aceptar. Debo decir también —se apresuró Anne al ver que aquel hombre estaba a punto de salir de la casa sin más— que Miss Livia creyó que la escuela sería otro instituto de niños necesitados de trato especial. Y lo es, en realidad, solo que de mayor gravedad.

—¿Quién le ofreció el trabajo?

—Me habló de un estudiante de Harvard al que conoció por casualidad. El joven realiza allí trabajo comunitario, pero sospecho que se aprovechó del altruismo de nuestra Livia.

La expresión utilizada dijo más de lo que la propia señorita Sullivan pretendía. «Nuestra Livia» le daba a la institutriz un lugar especial en la vida de ambos.

Jeremías estaba a punto de volar de rabia. No sabía qué lo afectaba más, si el hecho de que Livia estuviese en Lyman o que trabase amistad con un joven educado que podía hacerla caer en sus redes. De pronto, todo aquel asunto se convirtió para él en una cruzada y, como en los prolegómenos de un asalto, preparó su mente para que el ataque fuese letal. Homer siempre lo alentaba a pensar en el rival como si no hubiese otro enemigo en el mundo, para que su voluntad obedeciese a un solo impulso. Así fue como Jeremías empezó a pensar en sacar a Livia de Lyman, sin otro propósito ni conciencia de lo que haría con ella después.

—Le agradezco su honestidad, señorita Sullivan. Y su amistad con Livia... la señorita Cañumil. Ella es muy valiosa para Cecilia, lamento no haberme dado cuenta de que debía continuar las clases particulares al volver de Newport.

Anne asintió, comprendiendo más de lo que aquel caballero decía.

—Por favor, hágame saber cómo está ella. Le dije que podía escribirme, pero no sé si será fácil enviar cartas desde allá.

«Por Dios que no, es como estar en el infierno», pensó Jeremías con angustia.

Livia prefirió no alertar a los Parvis sobre las ausencias de Arturo, ni tampoco sobre la grosera frase que había descubierto en la imprenta. Su sexto sentido le dijo que aquel matrimonio debía de estar en conocimiento de muchas irregularidades que tolerarían por complicidad o desidia. Ninguna de esas conductas los hacían merecedores de confianza.

Lo del disparo era otra cosa. Si existía un inadapto que se entretenía vaciando sus cartuchos al aire cerca de allí, eso debía saberse.

—No hemos escuchado nada —porfiaba el señor Parvis esa mañana, durante su desayuno.

—Usted parece sufrir de insomnio o pesadillas, señorita Cañumil —dijo la señora Parvis.

—Los ruidos en la noche se magnifican por el silencio, es imposible que no hayan oído un disparo.

—¿Y cómo sabe usted que se trató de un disparo y no de un ave nocturna o un trueno?

Livia contuvo la réplica mordaz. Decirle a ella, nada menos, que había huido de un ataque a mansalva en el que los disparos cruzaban el aire por encima de su cabeza que no era capaz de distinguir ese ruido del de un trueno equivalía a tomarla por

tonta. Aun si ellos no sabían de su procedencia. De todos modos fingió no advertir la burla, pues le interesaba llegar al fondo de la cuestión.

—Habría que dejar constancia en el libro de actas —siguió diciendo—, a fin de que el director de Lyman lo sepa. Este lugar está lleno de niños, y cualquiera pudo resultar herido.

—No hay tal libro de actas.

—¿No lo hay? —Ella estaba muy al tanto de las exigencias administrativas en las escuelas.

—Es decir, el propio director lo lleva, tendríamos que esperar su visita.

—¿Y no se le puede avisar para que venga cuanto antes?

—Señorita Cañumil, su labor aquí se limita a impartir enseñanza a los más pequeños. Deje por nuestra cuenta la vigilancia y los demás problemas.

—Cuando están en peligro los niños, mi deber es advertirlo.

—Ya estamos advertidos —gruñó Parvis mientras revolvía en sus huevos con un tenedor.

Los encargados parecían impacientes por alejarla de allí, y Livia, que no era nada tonta, prefirió darles el gusto para poder investigar por su lado. Mejor era que la creyeran convencida de mantenerse al margen.

—Bien, entonces lo dejo en sus manos —respondió como si cediese—. Ya cumplí mi parte.

Después de que vieron su silueta alejarse tras la ventana, la mujer reprochó a su esposo:

—Te dije que traería problemas. Insististe en darle el trabajo.

—Es demasiado metida para mi gusto, nada más —objetó el hombre—, no quiere decir que sea un problema.

—El señor Clark no piensa igual. Dijo que ella anduvo preguntando.

—¿Qué, el imbécil ha estado hablando por ahí? Que no se meta conmigo.

—Es un profesor respetable que lleva años en Lyman.

—¿Y quién se divirtió anoche soltando petardos? —ironizó el viejo con aire sagaz.

—¡Calla, Vincent! —lo atajó la esposa.

Vincent Parvis volvió a sus huevos y a sus rezongos, en tanto la señora Parvis se dirigía a supervisar las otras cabañas.

Atenta a sus niños y sobre todo al ánimo de Arturo, Livia dedicó el día a enseñarles no solo las letras sino la higiene elemental, que no aparentaba importarles. De todos ellos, el más reacio a recibir sus instrucciones era el llamado Joseph. Un poco más alto que los otros, delgado y fibroso, su mirada aviesa decía mucho del interior turbulento que bullía bajo su piel. Piel que Livia detectó de inmediato como nativa de aquellas tierras. Nada sabía de las tribus que habían poblado la región antes, pero aquel muchachito era un brote de ellas, de eso estaba segura. Incluso los compañeros lo notaban y lo evitaban siempre que podían. Frankie además lo

despreciaba, aunque no se atrevía a desafiarlo en forma abierta dada la fiereza del niño, que imponía respeto. A Livia le pareció que ser indio en ese país podía resultar aún más duro que en su tierra, donde el mestizaje llevaba siglos y la relación con los nativos se había convertido en costumbre. Entre las mujeres de vanguardia que había conocido en la Nueva Inglaterra no escuchó hablar más que de los negros, y solo las vio bregar por el abolicionismo, mientras que parecían ignorar la situación del indio.

—¿Tienes padres, Joseph?

El aludido apenas la miró. Sus ojos oblicuos se clavaron en un punto lejano.

—¿Hablas inglés?

Joseph le dirigió una mirada displicente y Livia aprovechó para aclararle:

—Lo digo porque a mí me cuesta mucho, y si hay otro idioma en el que podamos entendernos, me gustaría conocerlo.

Eso acaparó la atención del niño, que siguió mudo, sin embargo.

—Mi lengua natal no es el castellano. Hablo rankulche, un idioma de los indios del desierto.

La idea de desierto resultó un imán para el interés de Joseph.

—*Wam-pa-no-ag*.

Livia sonrió con disimulo. Él la ponía a prueba pronunciando en su idioma. Pues bien, ella podía sorprenderlo a su vez.

—*Lelvún*.

Joseph seguía impertérrito en apariencia, siempre mirando hacia la lejanía.

—Es la llanura donde vivía mi gente, la Ñi Mapu, le decimos.

Aunque Joseph se moría por saber, nada contestó. Livia siguió hablando al tiempo que formaba las letras que ellos deberían imitar.

—Hace mucho tiempo, mi pueblo cruzaba esa llanura a caballo, con lanzas y gritos de guerra. Fue antes de que los colonos llegaran y lucharan contra ellos.

El niño era una estatua viviente.

—Mi abuela, mi *cucu*, me contó historias de esas que se cuentan en invierno junto al fuego. No sé si conoces ese tipo de historias.

Hubo una guerra dirigida por mi pariente, Cañumil, un cacique que se alzó en armas contra los blancos y otros indios que los acompañaban.

Joseph se mordió los labios. Le ardía la sangre y sus pómulos se tiñeron de rojo.

—Cañumil era el tío de mi padre, y el que le había enseñado a montar, a lancear y a bolear —Livia dijo estas palabras en castellano acompañadas de gestos, al no conocer su equivalente en inglés, y ese sonido capturó la atención del niño indio.

—El gobierno de mi país celebró un tratado con él antes de que yo naciera. Y mi tío abuelo lo cumplió, pero un grupo de militares aliados con indios enemigos de mi gente atacó la tolдерía buscando animales robados. Hubo una matanza. Mi abuela me salvó el pellejo.

—¿Tus padres? —dijo de pronto Joseph, sobresaltándola.

—Ya habían muerto, de viruela.



El niño asimiló esa información asintiendo. Conocía la enfermedad, cientos de indios habían muerto allí del mismo modo, incluso contagiados adrede por los enemigos blancos.

—Ahí fue cuando mi pariente Cañumil respondió con toda la fuerza de sus lanzas.

—Yo habría hecho lo mismo.

Livia guardó silencio. Ella también. Si hubiera tenido la edad entonces, habría enarbolado la chuzas como el que más. Claro que no lo dijo, evitó alentar la rebeldía en Joseph, pues los internos habían ido a parar allí por actos de violencia.

—¿Qué es *toldería*?

Ella sonrió de nuevo. Joseph había picado el anzuelo.

—Es la aldea donde vivíamos antes de que los blancos construyeran sus ciudades.

—Ah, la *ganonh'sees*.

—¿Así se llama, entonces?

—También tuvimos enemigos indios.

—¿Quiénes son?

—La gente de la Casa Larga.

Livia tomó nota mental, ya que jamás había oído mencionar semejante nombre.

—Ellos lucharon contra nosotros en el tiempo de las historias —siguió el niño.

—¿Te las han contado junto al fuego también?

Joseph esbozó una sonrisa que era más bien una mueca.

—Sí.

—Supongo que sería tu abuela, como a mí. Las ancianas gustan de contar historias.

—¿Eres una anciana?

—Creo que no —rió Livia.

—Entonces no cuentes historias.

Aquello era un llamado a silencio, y Livia supo interpretarlo.

Un coro de risotadas la distrajo de la conversación. Al levantarse para ver qué ocurría, encontró a Arturo sentado sobre un charco con expresión desdichada, y al resto de los niños bailando alrededor en una danza grotesca, burlándose y señalándolo con el dedo.

—¡Silencio todos! —gritó Livia.

Tendió su mano para que Arturo se aferrara a ella, y esperó con paciencia su reacción. El pequeño ya era objeto de burlas por su labio partido, pero acababa de desgraciarse ante los demás, y ese era un baldón que no olvidarían con facilidad. Por fin el niño se decidió a incorporarse, dejando tras él la orina que no había podido contener. Con la cabeza gacha y sorbiendo las lágrimas que penetraban por la hendidura de su boca, siguió a la maestra rumbo a las habitaciones.

Durante el almuerzo, Livia se sentó cerca de él para impedir que lo hostigaran los mayores. Recordó con tristeza cuánto le costaba que Cecilia comiera por su mano. Se

preguntó si la niña la recordaría también, y si algo de lo aprendido se conservaría en su mente. Mientras sus pensamientos tomaban ese rumbo, vigilaba que Arturo se llevase a la boca una cucharada del asqueroso guiso que les servían. No comprendía cómo, si disponían de manzanas, cocinaban día y noche esa sopa de papas pegajosa, acompañada de mendrugos de pan duro. Era una dieta poco saludable para niños en crecimiento. Podrían hacer manzanas asadas, tartas, pasteles, incluso fabricar sidra con los frutos del huerto.

Otra queja para el libro que el director llevaría cuando fuese a Lyman.

Horas después, ya en su cuarto, Livia meditaba sobre el episodio de Arturo. Le preocupaba la conducta del pequeño. Podía ser que un niño mojase su cama durante la noche si había soñado pesadillas, o si evitaba ir al baño por temor a salir, pero orinarse mientras hacía su tarea a plena luz y delante de los demás le resultaba llamativo. A diferencia de Joseph, el silencio de Arturo estaba teñido de miedo. Ella podía palparlo. Entonces, ¿cómo era que se animaba a salir por las noches y atravesar el campo del espantapájaros? Ese dilema taladraba su cabeza.

Un ruido suave bajo la puerta, y un papel que se deslizaba por la rendija. Livia descubrió que se trataba de un dibujo. Una escena tribal.

En el claro de un bosque, entre casas redondas de las que emanaban delgadas columnas de humo, un grupo de guerreros reunidos, vestidos con largos mocasines que les cubrían las piernas, faldas de cuero y taparrabos tejidos; los torsos cruzados por bandas de cuero y abalorios, y anillos en los brazos que empuñaban las lanzas. Iban pintados para la guerra. Las mujeres molían el maíz en altos morteros de piedra, y detrás de ellas flameaban las espigas bajo el sol. Era un dibujo simple en su trazado, pero rico en detalles. Livia se admiró de la facilidad que tenía Joseph, la «escoria» de la sociedad, como le había dicho el matrimonio Parvis, para recordar escenas que jamás había visto, pues suponía que esta sería la imagen que las historias de su abuela habían creado en su mente infantil.

A la de Livia acudió de pronto otra imagen, la de un niño nacido en esa misma región de bosques y lagos, y al que ella había conocido en la misión del Tucumán, mientras ayudaba a Clara La Rochelle con los huérfanos de la guerra. Un torbellino de ideas la inundó hasta ahogarla, como borbotones de agua en su garganta. ¿Qué pasaría si Joseph conociese a Pequeño Castor, el muchacho *cherokee* que Jim y Clara habían llevado al Río de la Plata? Jim Morris era su tío, un *shamán* que había vivido en Norteamérica, y aunque en esos momentos se encontrase en la Argentina junto a su esposa, sin duda su espíritu seguiría ligado al país de sus orígenes. Como ella misma sabía, el indio pertenece a la tierra. Imaginó un encuentro entre ambos niños, uno *cherokee*, el otro *wampanoag*. Tendrían mucho en común, historias junto al fuego que podrían intercambiar. Livia cayó en una ensoñación poco frecuente en ella, y no advirtió que las sombras avanzaban sobre la ventana. Los días eran cortos en el invierno del norte, había que procurarse la leña para pasar la noche. Se arrebujo en el chal y salió a buscar algunos troncos en la leñera que estaba pocos metros de la

cabaña. Esa vez ningún presentimiento la alertó, el disparo voló por sobre su cabeza, y hasta sintió vibrar el aire entre sus cabellos. Todavía reinaba la penumbra, la oscuridad no era completa.

—Maldito seas —masculló.

Entró a todo correr sin soltar los troncos, y cerró la puerta con énfasis. ¡Minutos antes Joseph había estado ahí, para regalarle su dibujo! Podría haber resultado herido, o muerto. Era inconcebible que eso sucediese en aquella escuela. Por muchos crímenes que hubiesen cometido los internos, eran todavía niños, no los creía capaces de matarla. Sobre todo porque no tendrían ningún motivo. Ese pensamiento la llevó a preguntarse quién podría tenerlo. ¿Los Parvis? Aunque antipáticos, no parecían asesinos. ¿El señor Clark? La estúpida frase impresa volvió a su memoria. Quizá ella había visto algo que el profesor no deseaba que viese cuando lo visitó en la imprenta. Tal vez la frase no fue escrita por un alumno díscolo, podía haberla escrito él mismo. ¿Y para qué?

La enormidad de la conclusión a la que arribó debilitó las rodillas de Livia.

¡El señor Clark era un perverso! ¿A quién iba dirigida esa misiva?

A Arturo.

Todo encajaba como en un fatídico rompecabezas. El pequeño sabía leer, él y Frankie eran los más adelantados de su clase. Livia se desplomó sobre la silla con los troncos aún en sus brazos. Ahora entendía por qué el niño se había orinado en sus pantalones, y la razón de su ausencia en la cama. Escapaba del señor Clark. Pero ¿se sentía más seguro en el maizal? No atinaba a comprender esas huidas nocturnas. Era necesario denunciar la situación. Le habían dicho que el director visitaba Lyman, como era lógico suponer, sin embargo nunca lo había visto, ni siquiera vino para entrevistarse con ella. Eso hablaba mal de la dirección del instituto. Se levantó y empezó a caminar a lo largo del estrecho cuarto con las manos en las caderas. Hablaba en voz alta, desmenuzando los hechos.

—Él quiso congraciarse conmigo, evitar que sospechara de sus intenciones con los niños. Como soy la maestra de Arturo, necesitaba engatusarme. Debe de haberlo amenazado para que no hable, por eso el pobrecito no respondía a mis preguntas. Pobre, pobre Arturo. Tengo que averiguar quién es ese malnacido, cuánto hace que trabaja en Lyman, el director debe saber qué clase de persona es. ¡Él es la escoria de la sociedad! —gritó de pronto, y dio un puñetazo sobre la mesita.

El golpe le trajo el recuerdo del boxeo. Ojalá estuviese allí Jeremías. Olvidada ya de la actitud que había tenido con ella, solo pensaba en el hombre fuerte capaz de arrojarla ante las olas para rescatar a una niña. Jeremías Robinson se le representó como un adalid al que debía recurrir para esa cruzada de rescate de Arturo. Y de los demás niños.

—¿Quién sabe si no ha acosado a otros también? —se dijo, llevándose la mano a la frente.

Todavía podía hacer algo. Empujó los leños con el pie y se hizo sitio en la mesa donde acostumbraba a tomar su sopa por las noches para evitar el gran comedor, que le resultaba desolado y triste sin los niños. Abrió su alforja y alineó sobre el tablero lo necesario para escribir una carta al señor Robinson. La enviaría a la escuela de sordos, pues ignoraba la dirección de su casa.

*Señor Robinson,*

*Me encuentro brindando servicio en el centro de reforma Lyman, de Westborough, supongo que lo conocerá. Tengo a mi cargo un puñado de niños, a cuál más desahuciado de cariño. Me atrevo a importunarle porque he visto cosas horribles y desearía contar con su ayuda en bien de los internos.*

Se detuvo con la pluma en alto porque dudó en detallar por escrito las infamias: la prisión en la casa de disciplina y la sospecha de abuso por parte de un profesor. Eran crímenes cometidos por personas que debían actuar en beneficio de los niños, y temió que aquella carta fuese leída por otros, además del padre de Cecilia. Otros que tal vez estuviesen ligados a la institución. Se sintió muy sola, perdida en un mundo con reglas distintas y comportamientos extraños, un mundo diferente del que ella conocía.

—Hay malvados en todas partes, pero al menos a los de mi tierra puedo identificarlos.

Agregó unas líneas interesándose por Cecilia y dedicó un saludo también a Samanta. Sabía que el padre prefería a la hija menor, y pensó que eso lo ablandaría un poco. Firmó con su nombre, sin ninguna mención que revelara la intensidad de sus sentimientos.

Guardó la carta en su abrigo. Al día siguiente solicitaría permiso para ausentarse y la despacharía. Ignoraba dónde encontrar una oficina postal en aquel llano estéril, sin duda debería tomar un coche hasta Cambridge. ¡Ojalá German Cole no hubiese desaparecido tan rápido! Desde que ella entró al servicio de Lyman no había vuelto a verlo.

No tuvo deseos de cocinar y se desvistió para acostarse. Le resultaba difícil aceptar la costumbre de comer y dormir temprano, tan contraria a su rutina habitual. Extrañaba las sobremesas de la mansión Balcarce, así como las veladas en las que se entablaban amistosas discusiones. Por lo general se conversaba de política, de los viajes a Europa o de lo que otras personas hacían, y el tiempo se deslizaba con lentitud mientras la criada cebaba el mate y los niños alborotaban hasta que alguien los llevaba a las habitaciones con la promesa de leerles un cuento. Y no faltaban los maridos bromistas que azuzaban a sus esposas, que fingían enojo y todo acababa entre risas. Aquella comunidad en la que creció y formó su criterio se le antojaba tan lejana y distante que por un momento temió no volver a ella jamás. Apoyó la cabeza sobre la almohada y juntó las manos en oración. Recordó la fe de Clara, su mirada

luminosa, la manera sencilla de hablar y abrir su corazón, y a ella dirigió su pensamiento del mismo modo que si orara a una santa o a la mismísima Virgen. Con la imagen de la esposa de Jim Morris en la mente, cayó en un sueño profundo.

Los ruidos lejanos la despertaron. Una jauría estaba ladrando a la luna esa noche. Al pensarlo, un frío helado la recorrió. ¿Y si estaban atacando a Arturo? El niño quizá había vuelto a cruzar el campo. Ella debería haberlo protegido mejor, debería haberlo llevado a su propia cabaña, pero no estaba permitido sacar a los niños de sus cuartos. Salvo, claro está, que se pretendiese abusar de ellos. La sola idea le dio alas para vestirse y salir al frío cortante. Helaba. Metió bajo el chal un tronco grueso para empuñarlo como arma, y emprendió otra vez el camino del espantapájaros. Cosa extraña, los ladridos cesaron. Eso la tranquilizó, aunque faltaba saber si Arturo dormía en su cama. Apurada por comprobarlo, no vio dónde pisaba y tropezó con algo que sobresalía entre los matorrales.

Se trataba de Joseph, agazapado y silencioso.

—¡Dios mío! —susurró agachándose a su lado—. ¿Qué estás haciendo?

El niño le indicó con un dedo que no hablase y luego, con la misma parsimonia, señaló hacia el campo. Se había levantado una niebla entre las espigas secas que dificultaba la visión, jirones blancos y algodinosos con extrañas formas. Livia pensó que el niño estaría admirado por esas figuras, pero Joseph le oprimió la mano con fuerza y siguió con la vista clavada en un punto. Livia aguzó la suya y alcanzó a distinguir la silueta de Arturo en su camisón blanco, otra vez junto al espantapájaros. Decidida a acabar de una vez con eso, intentó incorporarse, y el niño, con una fuerza impropia de su edad, la mantuvo en su sitio. La miró con reprobación.

—Es Arturo —susurró Livia, para tranquilizarlo—, debo llevarlo a su cama.

Joseph movió la cabeza.

—No es Arturo —le dijo solemne.

—¿Quién es, entonces?

—El niño del maizal.

—¿Qué niño? —Livia pensó que tal vez hubiese vecinos en los alrededores, y por eso aquel pillo se le escabullía con facilidad.

Una mano de hielo le tocó el pecho cuando vio los ojos rasgados de Joseph clavarse en los de ella con extraordinaria madurez.

—El que viene por las noches, para que se sepa.

—Joseph, ¿por qué estás aquí? —preguntó Livia, de repente suspendida en un límite impreciso.

—Para verlo, porque siempre que viene me dice que espera que alguien llegue para salvarlo.

Livia contuvo el aliento.

—Ese niño... ¿vive aquí?

Joseph negó con lentitud.

—No vive más, está muerto.

La joven dirigió sus ojos hacia el punto donde se veía aquella silueta pequeña, y solo quedaba el espantapájaros. Se había marchado. Luego miró al niño indio, que la observaba.

Ella podría haber desechado la explicación por absurda, o tomar a Joseph por un sabandija que pretendía asustarla, pero Livia no era el tipo de mujer condescendiente que fingía jugar juegos de fantasía para ayudar a los niños a dormir. Ella prestaba atención. En su infancia, cosas tales como el soplo de un espíritu o dar vuelta la pisada de un animal eran corrientes entre su gente. Tan naturales como el sol o la luna. Igual de verdaderas.

—¿Qué quiere ese niño, Joseph?

—Que se sepa cómo murió, que está enterrado ahí, junto al muñeco.

—¿Y te lo ha dicho?

Joseph no asintió ni negó. Callado, continuó mirándola. Tal vez quería desafiarla, o quizá no le tocaba decir más. Livia no sabía si insistir sobre el punto.

—¿Nunca fue Arturo el que vino al campo, entonces? —indagó, para confirmar su duda.

—No.

—¿Y cuántas otras veces viste al niño del maizal?

—Muchas.

—¿Antes de que yo llegara?

Esa vez Joseph asintió.

Livia soltó un suspiro. Se incorporó y envolvió al niño en el chal.

—Vamos —lo animó—, está helando y te enfermarás.

Caminaron juntos en la noche, rumbo al dormitorio. La luz del dintel estaba encendida en esa ocasión. Al llegar, Livia no estuvo segura de dejarlo entrar solo. El fantasma del señor Clark sobrevolaba su cabeza. Y desde allí no alcanzaba a distinguir si Arturo se hallaba en su cama.

—Puede volver —le dijo Joseph—, yo me quedaré con él.

A Livia no le asombró el comentario del muchachito. Acababa de darse cuenta de que Joseph no era tan pequeño como ella creía, y que además era un niño singular si podía ver al espíritu del maizal.

Igual que ella.

Las palabras de Madame La Nuit la acompañaron durante el camino de regreso:

—*Creo que usted tiene el don de otra manera, y que lo descubrirá muy pronto.*





## CAPÍTULO 18

**I**r a Lyman.

Jeremías luchaba con los demonios desatados en su memoria. Creía que el pasado podía enterrarse, y estaba visto que no era así. Quiso erradicar a Alma por impura, y ella persistió hasta que él supo la verdad de su desgracia. Intentó aparentar que Odelia era solo su cuñada, y la maternidad de Samanta lo acechaba. Ahora el fantasma de Lyman, toda su miserable realidad, le saltaba ante los ojos de la manera más insólita, a través de Livia Cañumil. ¿Tenía que venir alguien desde el extremo del mundo para ayudarlo a atravesar sus tragedias personales? Bebió otro largo trago de su botella. Estaba ebrio, aunque podía razonar. Nunca logró embriagarse hasta perder el sentido; poseía una resistencia extraordinaria a la bebida. Ojalá hubiese podido caer tumbado bajo la mesa, olvidarse de todo por unas horas, creer que su cuerpo no le pesaba, que no sentía dolores viejos entre las costillas, ni los recuerdos ingratos se le clavaran en el cerebro. Había sido afortunado al no perder los sesos durante las peleas. ¿Afortunado? Soltó una risa agria. Quizá esa fuera su mayor desgracia, seguir viviendo. La vida lo traicionó al mostrarle a Alma Duncan como un señuelo de felicidad. Luego, una andanada de desdicha se abalanzó sobre él. Y sobre ella. La arrastró como un torrente de maldiciones. Todo lo que él tocaba se corrompía.

Hasta lo de Lyman.

Aquel día, él había corrido con toda la rapidez de sus pies desnudos. Era apenas un niño de cinco o seis años, no recordaba. Su hermano lo azuzaba para que huyese y corría también, pero no fue tan habilidoso para escapar, sus pies se trabaron en un bote de basura que rodó por el callejón y cayó. Se le fueron encima como sabuesos y lo arrastraron hacia la esquina, donde aguardaba la víctima, un hombre abrigado con pieles y sombrero de copa. Podía haber ignorado la pillería, tuvo la oportunidad de ser generoso con dos irlandesitos obligados al crimen por la vida, pero no, quiso ostentar rectitud, hacer alarde de sus convicciones de buen ciudadano, y firmó la denuncia de robo. Lo único bueno de todo eso fue que la billetera había quedado en su poder, no en el de su hermano. El tipo nunca recuperó sus dólares. Valiente venganza, considerando el resultado de todo aquello.

Su hermano cautivo en Lyman, y él solo, vagabundeando por las calles. Aquel día decidió no volver a la casa de su madre. Le repugnaba encontrar a hombres distintos cada noche. Odiaba las monedas que tintineaban en el frasco de dulce vacío cada mañana. Odiaba a su madre. Tuvo mala opinión de las mujeres durante todos esos años de soledad y desamparo, hasta que conoció a Alma. Ella le devolvió la salud del cuerpo y del espíritu. Lo alentó a dejar el boxeo, a buscarse un trabajo que no destruyese su físico, y sobre todo, lo enamoró. Como un pavote, la cortejó y atravesó la ignominia de escuchar a otros reír por lo bajo, o mirarlo desde lo alto con desprecio. «Un boxeador». «Un seco». «Un irlandés». Los insultos se susurraban lo



bastante alto como para ser oídos. Alma se había comportado con la elegancia que cabía esperar de una joven educada en la cortesía y algo más, imbuida de las ideas reivindicadoras de las mujeres de Nueva Inglaterra. A diferencia de Odelia, que solo pensaba en ella misma, Alma era una samaritana. Jeremías ignoraba cuánto de amor y cuánto de misión redentora habría en su matrimonio con un pobre tipo sin alcurnia. Quizá su esposa había querido darle una lección al mundo. Esa idea lo hizo beber hasta el fondo de la botella. Cuando Odelia entró al despacho, lo encontró con la mirada turbia y despatarrado sobre su silla.

—Ah, aquí estás —comentó, como si hubiese creído que allí podía haber otra persona.

—Querida cuñada, siempre tan sutil.

—Si no estuvieras borracho, podría contarte que he visto a Cecilia. Está muy bien atendida allí, tiene lo que necesita un caso como ella. Y me han dado una carta para ti.

Eso despabiló a Jeremías. Tomó el sobre que le alcanzaba y lo rasgó de inmediato. Su cuñada fingía ocuparse de las flores en el jarrón mientras aguardaba noticias de la carta. Si bien no había reconocido la letra, supuso que era de mujer, así que a duras penas reprimió el deseo de leerla antes. La contuvo el decoro que siempre intentaba mantener, pese a todo.

Las palabras de Livia se clavaron en Jeremías como alfileres. Lo necesitaba. ¡En Lyman!

Si no era cosa del diablo...

—¿Pasa algo? Me extrañó que te enviaran allá una carta, debe de ser alguien que sabe lo de Cecilia. A menos que hayas dado esa dirección a tus conocidos.

Los «conocidos» de Jeremías, como se empeñaba en mencionar Odelia para dar un viso de legitimidad a la caterva de gente que lo acompañó durante sus años de campeón, ni siquiera sabían escribir. Homer nunca lo hacía, le pedía a él o a otro que le leyese los contratos y luego estampaba un garabato incomprensible.

—Debo ir a la escuela —se limitó a responderle.

—¿Por qué? No me dijeron eso cuando fui. ¿Es de la señora Fuller la carta? Bien podría haberme dicho lo que sucedía. ¡Acabo de salir de allí!

—A veces, querida cuñada, necesitan hablar con el padre del alumno.

Odelia adoptó una máscara de frialdad.

—A veces ignoran quién es el padre en realidad.

Esas palabras congelaron a Jeremías en su sitio.

—¿Qué dices? —susurró feroz.

Odelia retrocedió un paso. Había llegado demasiado lejos. Y no convenía tampoco. Era menester acallar las sospechas de su cuñado.

—Que poco y nada te han visto. Eso justo me decían hoy, qué raro que su padre no venga más seguido. Tienes que ir, Jeremy, para que te conozcan mejor.

A Robinson no lo engañaban los modos disuasivos de Odelia, la conocía bien. Había dicho algo de lo cual se arrepentía, e intentaba disimularlo. No era el momento de aclaraciones, sin embargo, primero estaba la situación que Livia describía en su carta con palabras escuetas y elocuentes. Luego, con la mente despejada, analizaría las de Odelia.

—Salgo, cuñada. No me esperes a almorzar.

—No pensaba hacerlo. Hace mucho que no compartes la mesa familiar. Te recuerdo que tienes otra hija.

—Es una suerte que te tenga a ti para enseñarme a actuar, cuñada. Lástima que no apliques esas reglas a tu propia vida.

Salió del despacho antes de escuchar la réplica de Odelia. Estaba seguro de no soportarla.

Y aunque no podía evitar que viviera con ellos, pues era la madre de Samanta, no olvidaba que también era la causante de que, además de cargar con la muerte de Alma, tuviese sobre sus espaldas el peso de la traición.

Francis obedeció sin rechistar la orden de conducir hasta Westborough. Estaba habituado a los caprichos de su patrón, y en esa oportunidad Robinson estaba ebrio y malhumorado, una conjunción peligrosa. Sería un condenado viaje largo y a él se le helaban las manos en las riendas. Sopló sobre ellas para desentumecerlas, revisó los collerones del atelaje y montó en el pescante. Al primer chasquido, los caballos se pusieron en marcha.

Parecía que Livia Cañumil había destapado la caja de Pandora.

Jeremías se encontraba impelido a saltar sobre los obstáculos que iba dejando atrás, y todo a causa de la llegada de la maestra extranjera. Pese a la amargura que eso le producía, no recordaba haberse sentido tan vivo desde hacía mucho, desde la muerte de Alma. Incluso su dócil aceptación de Cecilia lo asombraba. La mañana en que descubrió a la institutriz en cálida comunión con la niña ciega y sorda algo se rompió en su interior, se quebró la resistencia que durante años construyó para no amar a la pequeña. Quiso recuperar el tiempo perdido, devolverle a Cecilia el cariño robado, pero la ausencia de Livia lo complicaba todo. Era pronto para que la niña se comunicase con él, después del olvido prolongado. Iba en esa misión con la consigna de proponer a Livia que se ocupase de nuevo de su pupila, a cambio de la ayuda que él pudiera brindarle en su asunto en Lyman. También estaba preparado para soportar la negativa, se la tendría merecida; y, desde otro ángulo, iba pertrechado para que esa ayuda fuese certera. Palpó su chaqueta, en cuyo interior reposaban dos pistolas. Si se trataba del centro de reforma, ningún recaudo era superfluo. Apoyó la cabeza sobre el respaldo de cuero y cerró los ojos.

Cuando llegaran, la turbiedad del alcohol se habría evaporado. Quedaría el gusto amargo de una vida estéril.

—Señorita Cañumil, qué sorpresa. ¿Iba hacia la imprenta?

El tono melifluo del señor Clark despertó una oleada de rabia en Livia. Lo había evitado toda la mañana, de modo que la sorpresa de él era fingida. Ese día los niños tenían actividades en la granja y en el taller de carpintería, así que el profesor estaba ocioso.

Livia supuso que verse privado de la compañía de los niños obraría como alimento para sus perversas fantasías. Decidió mostrarse indiferente.

—Necesito el estatuto, ¿recuerda?

—Ah, sí, qué distraído fui, le prometí llevárselo un día de estos y no lo hice. Le ruego que me dispense.

Ella reprimió las ganas de preguntarle si se lo había llevado a los tiros, pero sabía que era preciso guardar las formas para no alertarlo, al menos mientras planeaba cómo arrancar a Arturo de sus manos.

—No es problema, puedo buscarlo yo misma.

El hombre puso una mano cuidada sobre la manga del abrigo de la maestra.

—Se ha tomado franco hace unos días —dijo pensativo.

—Tenía asuntos que arreglar.

—Señorita Cañumil, nunca me ha dicho si hay una familia esperándola en su país.

Livia contestó pensando en los Balcarce:

—La hay, y los extraño mucho.

—Caramba, qué atrevida al dejarlos para venir tan lejos a dictar clases. Pocas mujeres serían capaces de eso.

Se dio cuenta de que él había creído que se trataba de su esposo y de sus hijos. Prefirió que lo supusiese así.

—Es por un tiempo, nada más, y significa progreso para mi carrera.

—Entiendo. Es de esas mujeres que luchan por la igualdad.

—¿No apoya usted la causa, señor Clark?

—Oh, por supuesto, soy un hombre evolucionado. Solo me extraña que el director la haya admitido, puesto que él es... digamos, a la vieja usanza. Del Sur, ¿sabe? Quiero decir, él hizo carrera aquí en Nueva Inglaterra, pero se formó en Virginia. Y ya sabe, las viejas ideas no desaparecen. Un sureño es siempre un sureño.

Livia pensó en Jim y en Clara, que provenían de los estados que perdieron la Guerra de Secesión, y no podía imaginarlos retrógrados, a ninguno de los dos.

—Las ideas van y vienen —repuso enigmática—, lo que se conserva es la moral, la raíz del árbol, aunque pierda sus hojas.

El señor Clark la contempló sin habla unos momentos.

—Vaya, si es usted poetisa, además. No me explico cómo logra desenvolverse tan bien en esta sociedad tan exigente.

—¿Por qué piensa que provengo de una sociedad que no lo es?

—Conozco poco —se defendió el profesor—, y no la ofendo si le digo que las referencias que tengo sobre usted son de una tierra algo... atrasada, podría decirse.

—Depende del punto de vista.

—¿Y cuál es el suyo?

—La instrucción es provechosa en un corazón noble, de lo contrario es abono para la maldad.

Las respuestas de Livia desconcertaban al señor Clark. La mujer parecía querer castigarlo con palabras, o bien sugerirle algo que él no estaba seguro de entender.

—Como sea, me alegra tenerla entre mis colegas. Es refrescante conocer a gente nueva, sobre todo si viene de tan lejos.

—Gracias. ¿Cree que podré tener hoy una copia del estatuto?

—Sí, por supuesto, ya mismo le daré una —y la invitó a pasar a la imprenta.

—¿Cómo se llama el director? Nunca lo he visto.

—Ni lo verá, creo yo. No acostumbra a pernoctar aquí, tiene una casa muy bonita en Framingham. ¿Conoce ese pueblo?

—Creo que lo he visto durante mi viaje, al pasar.

—Los alrededores de Boston son muy bellos. Rústicos, eso sí, pero con hermosos rincones. Mire, aquí tiene la copia. Quédesela, puedo hacer otra cuando quiera. Es la ventaja de dirigir la imprenta. Y permítame ofrecerle también este pequeño poemario. Si gusta de los versos, hallará sosiego en estos —y le extendió un librito de tapas gastadas.

Sonrió, y su obsequiosidad repugnó a Livia.

—Gracias. Lo leeré por las noches, durante mi insomnio.

—No me diga que lo padece. Es común en personas de elevado intelecto. Yo también suelo desvelarme por las noches.

—¿Y qué hace para conjurarlo, señor Clark? ¿Sale a la luz de la luna?

—Por cierto que no, sería desastroso, me despabilaría por completo. Leo poesía, señorita Cañumil, es como una canción de cuna para mi espíritu.

Livia clavó sus ojos verdes en los del señor Clark con una intensidad tal que el hombre se ruborizó.

—Espero que no me tome por un afeminado por lo que le he confesado —dijo, confuso.

—Jamás se me ocurriría criticar a un espíritu sensible.

—Me alegra. Porque me interesa mucho usted, señorita Cañumil. Perdón por mi atrevimiento. Sé que está casada y todo eso, pero...

—Recuerde las raíces del árbol, señor Clark —respondió ella con sequedad.

Giró sobre sus pasos, con el estatuto y el librito de poemas bajo el brazo, y salió de la imprenta a zancadas.

El profesor se quedó mirándola absorto. Qué mujer. Si otras fuesen las circunstancias...

Prefirió almorzar a solas. Las cabañas estaban provistas de una cocina de leña y ella disponía de suficientes troncos para alimentarla. Preparó un puchero con las verduras del huerto que consiguió identificar, y se conformó con beber agua del pozo endulzada con el jugo de una naranja. Mientras estuvo en Boston pudo saborear ricos platos, pero allí en Lyman todo resultaba insípido. De su viaje a la oficina postal había traído golosinas que pensaba repartir entre sus niños. De seguro estarían hambrientos a su regreso de la clase de gimnasia, y las disfrutarían. Con ese pensamiento se distrajo mientras hojeaba el librito de poemas. Eran sencillos versos, por fortuna, dado que su inglés no le permitía mucho vuelo literario. Hablaban de pequeñas satisfacciones cotidianas: la puesta de sol, la mesa tendida, la hora del regreso a casa... A Livia le parecieron simples y hermosos. Estaban escritos por una tal Cora Leigh. Resultaba extraño que un hombre de bajos instintos como el señor Clark encontrara belleza en esas sencillas endechas. Sospechó que tendría dos personalidades, y en eso radicaba su perversión. La comida la dejó soñolienta y aprovechó la hora temprana para echarse por un rato.

El ruido del vidrio hecho trizas casi la arroja del lecho. Se palpó para ver si no había recibido algún puntazo, y luego desenvolvió la piedra que había agujereado la ventana.

*Putá*, decía con claridad el papel. No precisaba consultar un diccionario para saberlo.

Aquello era demasiado. ¡A plena luz! Ya no se ocultaba el miserable para hostigarla y hasta pretender matarla, porque bien podría haber estado ella de pie tras la ventana y recibir la pedrada en la cabeza. Quiso la suerte que la hallase acostada. Entendió que lo que buscaba el sujeto era amedrentarla. Cargó la piedra y con prisa escribió otra palabra en un papel de la resma que el mismo señor Clark le había dado: *Animal*.

La envolvió del mismo modo y salió a encarar al enemigo.

—Vamos a ver quién juega más duro —dijo en voz alta.

La pedrada le dio entre los omóplatos, justo cuando el profesor se dirigía hacia su propia cabaña, en procura de unas horas de descanso. El hombre se quedó paralizado como si hubiese recibido una estocada a traición, y cayó de rodillas. La mudez mayor sobrevino al ver quién lo había atacado por la espalda. Livia lo miraba con el cabello suelto y desgredado, la expresión feroz y decidida, y las manos en las caderas. Erguida frente a él con las piernas abiertas, parecía una amazona dispuesta a beber su sangre. El profesor no pudo evitar sentir algo de admiración, en medio del dolor y la conmoción.

—Señorita Cañumil... —tartamudeó.

—Si tiene algo para decir, dígamelo de frente.

—Yo... no sé qué quiere que le diga. ¿Por qué hizo esto?

—Somos grandes para juegos, señor Clark. ¿Acaso debemos fingir que no queremos matarnos el uno al otro?

El profesor abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua. Por fortuna, a esas horas, y dado que los internos ocupaban los talleres, nadie presenciaba la bochornosa escena de un hombre arrodillado frente a una mujer.

—Lo último que querría es matarla, señorita.

—Levántese y asuma su culpa, señor.

—Para ser una extranjera de un país atrasado se lleva bastante bien con la ola de fanáticas que quieren acabar con el género masculino —protestó el profesor mientras se incorporaba.

Le dolía la espalda, y mucho más el orgullo.

Un rumor de pasos desde la parte de atrás de Lyman Hall previno a Livia sobre el regreso de los niños. Pensó en los dulces que les tenía reservados, y en la dificultad de explicar la escena del señor Clark encorvado sacudiéndose los pantalones, y se retiró con rapidez.

—Ajustaremos nuestras cuentas más tarde —le endilgó mientras se iba a toda prisa.

Entró a la cabaña con la respiración agitada y las mejillas enrojecidas. El tipo era un villano. Fingía pusilanimidad ante ella para que jamás sospechase de lo que era capaz.

—El mejor engaño es aparentar lo opuesto de lo que uno se imagina —se dijo, furiosa.

Se perdió de ver la expresión en el rostro del señor Clark cuando, con disimulo, desenvolvió la piedra y leyó lo que ella había escrito. ¡Y pensar que solo le había dado un libro de poemas! Si esa corriente de fanatismo femenino persistía, la única salida para un hombre sería mudarse al oeste, con su sociedad todavía en ciernes y lo bastante rústica como para albergar ideas peregrinas.

Los muros de Lyman se alzaron ante él con un ominoso significado. No eran tan altos como los recordaba. Desde afuera solo se veía un campus de invierno sembrado de edificios en torno a un hermoso chalet que los dominaba. Nadie hubiera sospechado que la cara interna de los muros estaba tapizada de arbustos espinosos, ni que en algunos de esos pabellones existían verdaderas celdas de castigo. Él había conseguido visitar a su hermano una sola vez, ayudado por un escribiente al que solía lustrar los zapatos por unas monedas. En aquel entonces, Malaquías era un muchachito larguirucho y desafiante. Encajaba perfecto en el molde de los internos, verdaderas promesas de crimen para la sociedad. Jeremías recordó la altivez con que lo recibió, orgulloso de su hazaña y seguro de salir en poco tiempo de aquel antro. Él, en cambio, como hermano menor, se sentía asustado al ver a los cancerberos que lo rodeaban. Ahora comprendía, tarde ya, que aquella prepotencia juvenil era miedo.

Puro y llano miedo.

—¿Lo espero, señor?

Francis aguardaba con paciencia a que su mente volviese a la realidad.

—Lleva los caballos a pastar un poco —respondió Jeremías con aire ausente—, no sé cuánto tiempo demorará esto. En tal caso —y se permitió adoptar una solución práctica—, fíjate si hay por ahí alguna posada con cuadras donde pasar la noche. Es algo tarde, quizá anochezca antes de que yo termine.

El cochero, que no tenía idea de lo que su patrón debía terminar en el reformatorio del Estado, aceptó en silencio y condujo el coche de nuevo hacia el camino para cumplir la orden. Si se quedaban a dormir en ese lugar, los espíritus dolientes los perseguirían.

Robinson caminó rodeando los muros y tratando de sofrenar sus recuerdos dolorosos. Aquella había sido la última vez que vio a su hermano. Se dio cuenta de que no quiso pensar en eso durante muchos años, anestesiado por la necesidad y la furia. Que ahora tuviese que trasponer los muros de Lyman, llevado por el pedido de Livia, era cosa del destino. O de su maldita estrella, que no lo dejaba en paz.

El guardia de la entrada le permitió pasar a regañadientes. Había visto el coche de lujo que traía al caballero, y aunque la visita era irregular, pues no venía precedida de ninguna autorización, quiso creer en el cuento del pariente que lleva funestas noticias a un interno.

—Es imprescindible que se sepa —dijo Jeremías con el aire de superioridad que sabía imitar cuando quería.

Caminó por los senderos helados rumbo a Lyman Hall. Ignoraba quién lo recibiría a esas horas, y tampoco le importaba. Una vez adentro, podría arreglárselas. Lo amparaba la ventaja de haber vivido casi toda su vida al margen de la buena sociedad; podía saltarse sus reglas sin apuro.

Las cabañas lucían solitarias y mudas en aquel paisaje crudo. Solo la humareda revelaba que estaban habitadas. No había risas ni jolgorio de niños. Estarían cenando, tal vez, o en alguna de las misas. Promesas del infierno les darían junto con el sermón. Él siempre había escuchado de sus mayores vaticinios horribles sobre el futuro que lo aguardaba.

«Criatura del demonio», «pequeño Lucifer», «arderás en la hoguera», «perdido como todos los irlandeses» eran los moteles que lo acompañaron durante su infancia. Luego, su altura y su físico poderoso impusieron mayor respeto. Y cuando se convirtió en un campeón de boxeo, lo precedía una fama que acallaba todas las injurias. Nadie quería exponerse a recibir de El Gran Robin un puñetazo. La tapa al bote de las maldiciones se la puso su matrimonio con Alma Duncan. Mientras duró, fue un paréntesis en la marginación social. Después de su muerte, coronada de sospechas que recayeron sobre él, se reanudaron las infamias y las maledicencias.

Sus pasos memoriosos lo condujeron a la cabaña de los mayorcitos, un edificio de dos pisos custodiado por guardias y cercano a la residencia de los encargados. Por la

ventana de esta alcanzó a ver la figura encorvada de una anciana que servía una fuente de comida, y la espalda de un viejo que se inclinaba sobre su plato. Imaginó que se trataría de los Parvis, que se iniciaron en tiempos de su hermano. Eran entonces una pareja de jóvenes rústicos, deseosos de obtener trabajo. Él no tenía mayores recuerdos de ellos, salvo que no le había gustado la manera cruel en que el hombre le anunció su presencia a Malaquías Robinson:

*Te buscan. A lo mejor este se queda a hacerte compañía.*

Sonó como amenaza a sus oídos. Fue por eso que su visita resultó corta y él salió disparado apenas abandonó la reja. Esa culpa lo había perseguido siempre.

Antes de golpear las puertas, decidió dar una vuelta. Quería empaparse del ambiente de Lyman. Durante toda su vida había sido una especie de fantasma, el horror de la tragedia sin justificación. Ni siquiera su madre había logrado ver a Malaquías antes de su muerte. Tampoco había insistido. En sus últimos tiempos vivía bastante alienada.

Jeremías quedó solo para enterrarla cuando le avisaron de su muerte en un callejón, sin nadie que le cerrara los ojos. Demasiado peso para un muchachito apenas, que cargaba con culpas propias y ajenas. Ya no le quedó nadie a partir de ese momento: todos los de su sangre estaban muertos. Y él, muerto en vida. Hasta que conoció a Alma no hubo en su espíritu ni una sola esperanza de redención en el futuro.

Se topó con un niño que volvía de la cabaña más alejada de todas, en una esquina brumosa del predio. El chico lo miró con la seriedad que da el conocimiento de las miserias a temprana edad.

—¿Qué haces aquí afuera? —le dijo en un tono que, para su sorpresa, resultó paternal.

Joseph se encogió de hombros.

—Lo que quiero —respondió con prepotencia.

Jeremías se echó a reír.

—Bien hecho, haz lo que quieras siempre que puedas.

Eso agradó a Joseph, que sonrió un poco.

—¿Viene a visitar a alguien? —se animó a preguntar.

—A la señorita Cañumil. ¿La conoces?

La sorpresa destelló en los ojos negros, seguida de una chispa de desconfianza.

—Soy su amigo, ella me invitó —agregó Jeremías.

Al advertir que el muchacho era duro de pelar, se inclinó ante él en una burlona ceremonia y usó un tono conspirativo:

—Le traigo noticias de su pupila.

Joseph echó una mirada furtiva hacia la cabaña que había dejado atrás, y aunque no dio la información solicitada, Jeremías supo que allí era donde moraba Livia.

—Que tengas buenas noches —le dijo a su espalda cuando el chico siguió de largo hacia el sitio de donde él venía.



Jeremías avanzó cobijado en sombras hasta aquella cabañita de la que se desprendía una cálida luz y un humo que olía a resina. Un felpudo bien cepillado en el umbral, junto a los leños apilados con prolijidad, confirmaron su intuición de que era la vivienda de la señorita Cañumil. Atisbó por la ventana y la vio sentada a su escritorio, tomando la sopa. Una ráfaga de ternura lo invadió al verla sola en un sitio inhóspito, lejos de las escuelas donde le gustaba estar, lejos de Cecilia, a quien tanto quería, y trabajando por necesidad. Era su culpa, la había expulsado al no llevarla con ellos a Greenwood, al privar a Cecilia del instituto y, sobre todo, al esquivar la cercanía de la única mujer que, después de Alma, había logrado conmover su cuerpo y su espíritu. Livia se mantenía entera porque así era ella, de una pieza. Como él, que no se había quebrado ni siquiera al perderlo todo, la institutriz estaba hecha de un material duro, indemne a las tormentas de la vida. Esa similitud entre ambos lo golpeó como un mortero. Alma, la tierna y delicada esposa que la vida le puso por delante, representaba lo opuesto, lo que él jamás había sido, un ser sensible y sacrificado. Livia encarnaba el poder de la voluntad, que la mantenía en la superficie a pesar de los torbellinos que tiraran de ella para hundirla. Representaba la batalla misma.

Con admirado deleite contempló su espalda erguida, los hombros altos y la cabeza que parecía sostener la vista del águila, por encima de todo. Le recordó un poco al muchachito que acababa de dejar, con esa mirada perspicaz y altiva. Tal vez se llevara bien con ese tipo de niño orgulloso, y por eso volvía de visitarla en la cabaña.

Se apoyó en el marco de la ventana y decidió mirarla un rato más, para embeberse de su esencia.

Había sido un largo y tedioso día. Los niños, alborotados por la clase de gimnasia, apenas atendían a sus explicaciones y ella optó por cambiar los planes de estudio sobre la marcha, como solía hacer cuando la ocasión lo requería. Les pidió que dibujasen. En la escuela de la laguna Misely usaba esa estrategia para mantenerlos entretenidos y para que expresasen sus sentimientos sin advertirlo. Pero algunos dibujos la conmocionaron.

Mientras que Eugene solo había hecho garabatos sin sentido, los otros revelaron cosas que jamás hubiesen admitido. El dibujo de Fabrizio era un embrollo de manchas negras de las que emergían gatos escuálidos e inmundicias. Livia supuso que el niño recreaba el ambiente en el que lo habían dejado en el más brutal abandono: los basurales. Alistair se empecinaba en dibujar monedas y decía que era oro; él lo veía en todas partes, salía a borbotones de las fuentes, las ventanas y los bolsillos de las figuras que delineaba. Era un dibujo deprimente para brotar de la mano de un niño. El de Frankie le resultó terrorífico. El muchachito había representado a su familia, todos y cada uno con un puñal clavado en el pecho y ríos

de sangre que se extendían por la hoja. Livia se abstuvo de preguntar quién los había matado, pues la expresión del chico era siniestra y reveladora. En cuanto a Joseph, hizo el dibujo que más le gustó, un águila sobrevolando las copas de los árboles, envuelta en nubes y tan grande que bajo sus alas se cobijaba el bosque entero. Arturo, pobrecito, apenas pudo dibujar un gigantesco círculo en el que ella, su maestra, se encontraba protegida. Sintió tanta lástima por aquel sufrimiento callado, que lo abrazó felicitándolo, aun sabiendo que era injusta con los demás, que habían logrado mejores trabajos.

Suspiró ante la última cucharada de sopa. Le sabía amarga después de las horas vividas junto a los niños. Era consciente de que poco y nada podía hacer por ellos, salvo acompañarlos para que su estadía en Lyman no fuese peor de lo que era. El feo asunto del señor Clark sería su asignatura a partir de ese momento. Ella debía desenmascararlo.

Miró hacia afuera. Le pareció percibir un movimiento en las sombras. Hacía un rato, Joseph había merodeado por allí sin atreverse a llamar. Fingió que no lo veía para alentarlos, pero el niño se marchó sin anunciarse. En la mañana buscaría entablar otra conversación y llevarlo hacia terrenos donde se hallase más a gusto, para que confiara en ella. El tema de la vida en las aldeas indias le había gustado, se dio cuenta. Podían tener eso en común, y era bastante.

El olor mustio de la paja quemada asaltó su nariz y se puso de pie, intrigada. Venía de afuera, pero ella sabía que no existía nada inflamable en su porche. Miró por la ventana y no vio señales alarmantes. Volvió a su silla, agotada por las emociones del día. Tomó una hoja de la resma y comenzó a escribir las lecciones del día siguiente.

Jeremías oteó en la dirección de la que venía el olor a quemado. Era más acre, diferente del que emanaba de las chimeneas. La distancia y la ubicación de la cabaña impedían que viese abiertamente los otros edificios. Se preguntó por qué habrían destinado a la maestra la última de las viviendas, y concluyó que tal vez quisieran preservar su pudor frente a los internos y el resto del personal. Recordó la mirada lasciva de algunos guardias y se estremeció. De pronto, la puerta de la cabaña se abrió y emergió una Livia preocupada, con el ceño fruncido y un chal sobre los hombros. Parecía un tigre oliendo el aire en pos de algo. Casi al mismo tiempo, Jeremías escuchó un alarido proveniente de las otras casas, y la palabra fatídica:

—¡Fuego!





## CAPÍTULO 19

**L**yman Hall ardía por la parte de atrás. El fuego se había iniciado en la casa de los encargados y barrido un camino de paja seca hasta el edificio principal. Sombras furtivas iban y venían con baldes de agua que no alcanzaban a menguar las llamas que envolvían el antiguo chalet. Todas las casas de por allí estaban construidas con madera, y eran pasto del infierno cuando se desataba la tragedia. El humo ya ahogaba los gritos y las órdenes de mando. Luces parpadeantes se encendieron tras las ventanas de las cabañas, y una multitud de siluetas blancas, como fantasmas, asomaron sus cuerpecitos.

—¡Afuera todos! —bramó alguien, y de inmediato se procedió a evacuar las residencias.

El peligro más inminente lo corría Lyman Hall, pues la cabaña de los encargados ya era una tea ardiente, mientras que las demás se hallaban algo alejadas. Con buen criterio, el que dio la orden pensó que aquella hoguera lo consumiría todo antes de que pudiesen enviar auxilio desde el poblado. En la noche húmeda, quizá verían muy tarde el resplandor del incendio.

—¡Señor Robinson, ha venido! —exclamó consternada Livia al verlo de pie junto a su ventana. Y de inmediato, como si esa noticia tuviera que ver con lo que estaba sucediendo, agregó:

—¡Justo a tiempo!

La muchacha se recogió la falda y echó a correr hacia la hoguera con un solo pensamiento: los niños. Jeremías no la detuvo; corrió tras ella con la firme intención de protegerla.

La cabaña de los más pequeños quedaba entre Lyman Hall y la casa de disciplina. Sus paredes ya lucían ennegrecidas por el humo, y se escuchaban toses de los que se amontonaban en las escaleras para bajar a toda prisa. Varios guardias se empeñaban en sacar a los niños, incluso por las ventanas de abajo, cuando podían. Livia empujó a uno que pretendió detenerla y atravesó el vestíbulo de entrada como una ráfaga, gritando.

—¡Arturo!

Era el que más le preocupaba, dado el miedo que el pequeño sentía. Confiaba en que Joseph sabría ponerse a resguardo, y los otros poseían mayor fortaleza. Se tapó la boca con la manga del vestido y penetró en la estancia dormitorio. Era un caos. Los niños habían desarmado las camas y se cubrían con las sábanas para salir, advertidos por los guardias. Livia solo veía bultos que se movían en todas direcciones. Aquello parecía un aquelarre invadido por fantasmas. Palpó las cabezas que sobresalían, buscando la de Arturo, y sabiendo que sería imposible reconocerla. Jeremías, a su lado, empujaba y alzaba a los niños que tropezaban, para arrojarlos afuera. Era una especie de guerrero que avanzaba impartiendo golpes a diestra y siniestra. Sus fuertes

manos podían hacer el trabajo con tal rapidez que algunos niños se detenían a mirarlo, sorprendidos.

—¡Vamos, corran! —les gritaba, con cara de enojo que los avisaba.

Al notar la desesperación de Livia, la tomó del hombro para girarla hacia él.

—¿A quién busca?

—A Arturo, un niño así —y ella marcó una altura con la mano—, que tiene labio leporino y es muy asustadizo. Temo que esté escondido.

—¿Dónde suele esconderse?

¿Cómo no lo había pensado? ¡Arriba! Le dio las indicaciones y Jeremías subió las escaleras de tres en tres, con agilidad felina. Abrió a patadas todas las puertas hasta dar con la que ocultaba al tembloroso Arturo hecho un ovillo y llorando. Lo cargó y lo envolvió en una colcha que arrancó de la cama para que no aspirase el humo denso que ya zigzagueaba por los pasillos.

—No respire —le ordenó tajante.

Al bajar, encontró a Livia arreando a otros chiquillos que confundían la salida por culpa del humo.

—¡Vamos! —bramó, y la arrastró también.

Salieron en una bocanada, junto con una explosión que avivó el fuego adentro de la cabaña.

—¡Corran! —volvió a gritar Jeremías, que había tomado el mando con naturalidad.

Livia no se lo hizo repetir y arengó a los niños para que siguieran el camino del bosque aledaño. Allí los árboles daban algo de frescura, y estaban alejados de las casas. Desde ese refugio oscuro y húmedo vieron cómo las lenguas de fuego devoraban Lyman Hall, pese a los intentos del personal de frenar su avance. Llegaron vecinos de otros lugares a colaborar, formando cadenas humanas que se pasaban los baldes con rapidez, de una mano a otra, pero el fuego se había ensañado con el edificio principal. La casa de los encargados era apenas un manojito de escombros humeante.

—Voy con ellos —anunció Jeremías quitándose la chaqueta—. Usted no se mueva de aquí. Por los niños —agregó, pues la sabía capaz de arremeter contra el fuego.

Por un largo rato, el pequeño grupo que formaban mantuvo un silencio acongojado frente a tamaña hecatombe. Por fin, se escuchó la voccecita de Fabrizio que decía.

—¿Dónde vamos a vivir?

Él no tenía hogar que lo hubiese repudiado, de modo que su situación era aún más incierta. Livia pensó que, dada su condición de niño «terco», como mencionaba el estatuto, resultaría difícil conseguirle un hogar de acogida. Por primera vez desde que el incendio comenzó tuvo la dimensión del problema que sobrevendría.

El rostro demacrado del señor Clark apareció ante ellos, como emergiendo del bosque.

—¿Qué ha sido todo esto? —decía, más para sí que esperando respuesta—. ¿Cómo pudo iniciarse un fuego en esta noche helada?

Livia no tenía explicación. Si bien había fogones de cocina y lámparas de aceite que podían ser la causa, el fuego había estallado de súbito, como sucede con un reguero de pólvora. Recién entonces lo admitió. Alguien lo había provocado. Miró al señor Clark con sospecha.

—¿Usted sabe algo, señor?

El profesor se indignó ante la pregunta.

—Señorita Cañumil, intento todavía averiguar por qué me arrojó una piedra por la espalda. Le ruego que no me acose con un interrogatorio. Sé lo mismo que usted, es decir, me sorprende de lo ocurrido, nada más.

Livia frunció el ceño. No era lógico que el señor Clark incendiase el lugar donde vivía y trabajaba. Debía de tratarse de una persona que tuviera motivos para odiar Lyman. Y su pensamiento voló hacia los internos. El chico que estuvo amarrado en la casa de disciplina, por ejemplo. Ella no tenía trato con él, pero había visto el resentimiento que rezumaban sus ojos. Cualquiera de los niños podría haberlo hecho, todos tenían razones para odiar el sitio.

El rostro avinagrado del señor Parvis se hizo visible a través de la humareda.

—¿Qué hacen acá? —les escupió con rabia.

Llevaba la ropa chamuscada y una parte de su delgada cara enrojecida, como si las llamas lo hubiesen acariciado.

—¿Su esposa, señor? —quiso saber Livia, preocupada al no verla.

—¿Qué cree usted? Echando agua, como todos. Salvo sus excelencias, claro está.

Livia enrojeció al darse cuenta de lo que parecería su actitud: indiferencia ante la tragedia. Olvidó la recomendación del señor Robinson y conminó a los niños a quedarse juntos y no moverse de allí, antes de largarse hacia el pandemónium para ayudar a extinguir el fuego.

Si hubiera vuelto la cabeza habría descubierto la mirada que dirigió el encargado al señor Clark.

Varios vecinos habían cavado un contrafuego que estaba dando resultado y salvaba de las llamas las cabañas de los internos. Solo el chalet se quemaba sin remedio. Bajo la luz rojiza, parecía que todos danzaban en un endemoniado ritual. Livia recordó las leyendas de su tierra sobre las cuevas donde se amontonaban los íncubos del diablo.

Jeremías sobresalía por su altura, el blanco de su camisa y la fortaleza de sus movimientos. Sus brazos lograban lo que dos o tres personas juntas. Apenas la vio, maldijo en inglés y en gaélico.

—Puedo ayudar —se defendió ella—. Los niños están bien.

Se introdujo en la cadena humana y en tanto pasaba los baldes de mano recordó de pronto que no había visto a Joseph. Supuso que sería el primero en saber qué hacer, pero no imaginaba adónde habría ido. La idea de que huyese aprovechando el desorden la conmocionó.

—¿Se siente bien?

Jeremías la escudriñaba con atención mientras cavaba la zanja.

—Sí, sí —mintió Livia, y sus ojos atravesaban la oscuridad en busca de señales del niño.

Después de varias horas, reconocieron que el chalet estaba perdido y que habían salvado el resto, lo que era mucho tomando en cuenta la dimensión del incendio.

El último balde lo recibió Livia de manos del mismísimo Joseph, que parecía haberse materializado a su lado.

—¿Dónde estabas? —le recriminó, angustiada.

—Por ahí, viendo lo que pasaba.

Livia tuvo la intuición de que el niño mentía, aunque no sabía en qué.

Desde los restos calcinados de lo que había sido el imponente Lyman Hall se fueron desperdigando los vecinos de los alrededores, compadecidos de la suerte de aquellos niños a los que de todos modos nadie deseaba tener cerca. Uno de ellos prometió notificar al director la desgracia ocurrida, y el personal se dedicó a reorganizar a los internos en las cabañas que aún podían ocuparse. La de los más pequeños no se había quemado, pero se encontraba llena de humo y con las camas en total desorden, las sábanas mojadas por los baldazos. Livia aprovechó para proponer a los encargados una idea que fue tomando forma en su mente durante la lucha contra el fuego.

—Mi grupo puede dormir por esta noche en mi cabaña. Está bien lejos, y estarán protegidos.

—Es del todo irregular... —comenzó a decir la señora Parvis, y una voz desconocida para ella la atajó:

—Sabemos que es del todo irregular que hayan dejado paja seca amontonada cerca de las lámparas, pero ninguno de nosotros va a culpar a nadie por ello.

El tono y las palabras de Jeremías calaron hondo en el ánimo del matrimonio de encargados. Ignoraban la identidad del desconocido que colaboró con fervor en la empresa, mas ante la pérdida de su vivienda y las inevitables responsabilidades que sobrevendrían, la situación sentimental de la nueva maestra era un asunto insignificante. Ambos asintieron sin objetar, y el profesor Clark interpretó que aquel hombre forzudo era el esposo de la señorita Cañumil. Un gesto de disgusto asomó a su rostro.

Livia se volvió hacia Robinson con una sonrisa en su cara tiznada.

—Gracias —dijo por lo bajo.

Jeremías sonrió a medias y agregó, solo para sus oídos:

—Me lo haré pagar, Miss Livia.

Ella caminó tras él en silencio, seguida por sus alumnos, en respetuosa admiración hacia ese sujeto que los había salvado con la fuerza de un titán. Antes de entrar, Livia giró la cabeza y vio la mueca sarcástica que afeaba la boca de Joseph. Y más allá, donde la humareda se disipaba sobre los campos, divisó la figura blanquecina del niño del maizal, siempre junto al espantapájaros.

—¿Dónde va a meterlos a todos?

La cabaña, que horas antes le resultaba espaciosa y cómoda, se había reducido de manera notable ante la presencia de los niños, y sobre todo ante la del señor Robinson. Había una sola cama, ancha como para dos de los más pequeños, y podía extender las mantas formando un colchón para otros tres. Quedaba Joseph, que sin duda no querría compartir el lecho ni tampoco ser tratado de manera condescendiente. Livia optó por resolver primero la situación de los demás, y ubicó a Arturo y a Eugene en su cama. Fabrizio miraba con tal añoranza la forma en que la maestra arrojaba a los más pequeños, que ella decidió acostarlo a los pies, con la cabeza hacia el lado opuesto. Siempre en silencio y bajo la mirada sentenciosa de Jeremías, dobló las mantas formando un sobre y usó el chal a modo de almohada para Alistair y Frankie. Este último amagó rechazar la compañía, pero la figura de Robinson tuvo efecto disuasivo. Por fin, Livia se volvió hacia Joseph.

—Dormiré afuera —dijo el muchachito.

—De ningún modo. Te congelarás, y lo que no logró el fuego lo hará la nieve.

—No voy a dormir aquí —porfió Joseph.

Livia iba a replicar, cuando Jeremías intervino con un sorprendente tono conciliatorio.

—Déjalo que monte guardia, ya dormirá más tarde.

El rostro del niño era inescrutable, no podía decirse si le agradaba o no la solución, pero como nada dijo, Livia lo consideró un asentimiento.

Faltaba Robinson.

Durante todo aquel entuerto, no había pensado en lo que su presencia podía significar. Era el hombre que la había contratado, el padre de su pupila, el mismo al que ella propinó un certero golpe, el que la había acariciado de modo íntimo, y junto al que rescataron a Cecilia de las garras de un asesino. Además, y Livia no lo olvidaba, era el viudo que sufría por el recuerdo de su esposa. También el hombre que no dudó en despedirla cuando supuso que su ayuda no era necesaria. Esto último le devolvió la cordura.

—Imagino que ha venido porque recibió mi carta —dijo, para poner las cosas en su sitio.

Jeremías echó una mirada fugaz a Joseph e indicó con un movimiento de cabeza a Livia que salieran para conversar afuera. Ella ya no tenía abrigo, de modo que él le puso sobre los hombros su propia chaqueta.



El aire helado conservaba el olor a quemado y el cielo se veía neblinoso a causa del humo.

—Reconozco que su carta fue un gran incentivo —dijo Robinson en respuesta a la pregunta, una vez que estuvieron lejos de los oídos de los niños.

—No sabía a quién recurrir. Y luego pasó esto... Es increíble que haya llegado justo en este momento. Casi una trampa del destino.

Jeremías le dedicó una sonrisa cruel.

—Si hay algo que nunca tuve a mi favor es el destino, señorita Livia. La suerte me ha esquivado siempre.

—Tiene a sus hijas, que es bastante. Ellas lo aman.

Él la miró de un modo extraño que Livia no comprendió, mezcla de conmiseración y dolor.

—Soy padre, sí —se limitó a asentir.

—Yo le escribí por una razón. Han pasado cosas malas en este sitio.

—No me cabe duda.

—Creo que los niños están en peligro.

Jeremías se recostó sobre la pared y cruzó los brazos, en actitud de predisponerse a escuchar. Livia le relató sin eufemismos el episodio del indigno cartel en la imprenta, y sus sospechas sobre el señor Clark.

—Él es profesor de una de las materias, nada más, pero es de los que viven en Lyman.

Jeremías se contempló las uñas con aparente indiferencia.

—Y piensa que Arturo es su víctima.

—Por la forma en que reacciona, sí. No he podido sonsacarle nada aún, pero ya ve que se esconde, usted mismo lo encontró agazapado en el piso alto.

Si algo había aprendido Jeremías a lo largo de su atribulada vida era que las cosas aparentaban ser lo que no eran. De un vistazo, había captado la personalidad del tal Clark, y supo que se trataba de un individuo rastrero, obsecuente. Habría que ver si además era perverso. Sin descartar la sospecha de Livia, comentó:

—¿Qué otra gente está en contacto permanente con Arturo?

—Los guardias. Y, por supuesto, sus propios compañeros, pero son tan niños como él.

—En estos sitios el mandato es callar, señorita Cañumil, sin importar lo que se vea. A todos puede sucederles lo mismo, por eso se disimula y se ruega pasar desapercibido. Llamar la atención equivale a convertirse en diana de los malvados. En lugares como este hay que ser una sombra en la pared.

Impresionada, Livia miró a Jeremías con atención.

—¿Ha estado antes aquí?

—Solo de visita —contestó escueto.

—Entiendo. Creí al principio que era una obra de bien el centro de reforma, y vine convencida de que podría ayudar.

—Así habrá sido concebido, imagino, y luego la realidad humana se encargó de distorsionarlo.

—¿Qué podemos hacer ahora?

Jeremías captó la inclusión en la pregunta de Livia. Ella contaba con él.

—Por esta noche, solo vigilar que los niños descansen. Mañana veremos qué disponen las autoridades. El director habrá sido informado y de seguro vendrá.

—Pues será la primera vez —refunfuñó Livia—, ni siquiera lo conozco.

—Ya ve, las obras de bien se deforman.

—Se pueden hacer muchas mejoras en la vida de los niños si hay voluntad. Soy una de esos desahuciados, señor Robinson. Allá en mi país me hubiera criado como una salvaje de no haber habido una persona que creyó en mi superación.

Jeremías la contempló con una nueva mirada al escucharle decir eso. Nunca hablaba ella de su pasado, salvo para mencionar costumbres. Jamás supo él de qué familia provenía; se limitó a aceptar las credenciales de su trabajo. Y si bien existían detalles en la personalidad de Livia que llamaban su atención, la joven era reacia a hablar de ella misma, y él no se detuvo a pensar en eso, inmerso como estaba en sus propios dramas. Ahora, la confesión de pertenecer a una clase marginal la convertía ante sus ojos en alguien más cercano con quien podía sincerarse. Se mantuvo cauto, de todos modos.

—¿Era usted huérfana?

—No del todo, me crio mi abuela y vivía entre mi gente, pero las puertas del futuro están cerradas para niños como yo. Me quedaba la posibilidad de ser sirvienta de alguna familia pudiente, o bien medrar en los campos, vivir en una choza y juntarme con alguien de mi raza. Por fortuna, un presidente decidió llevar a la Argentina maestras Normales desde Norteamérica, y aunque parecía una hazaña imposible y costó mucho esfuerzo, se hizo al fin. Mi maestra bostoniana cambió mi vida. Me educó en el normalismo y me brindó abrigo en su casa con su familia. Pude perfeccionarme con otras normalistas que viajaron, y decidí especializarme en los jardines de infancia. Tengo mano con los más pequeños —agregó con un dejo de orgullo.

Ese trozo del pasado de Livia le dio a Jeremías un sacudón. Ella no era una estirada institutriz educada en insípidas reglas que pretendía aplicar a todo el mundo, sino una mujer que se abría camino desde el cieno y se aferraba a aquellas normas que le brindaban la oportunidad de ser alguien en la vida. Salvando las diferencias, era lo mismo que había hecho él al abrazar el boxeo: ser alguien, salir del antro de perdición al que lo condenaban su nacimiento y sus circunstancias. Livia era una sobreviviente, igual que él. No entendía por qué esa similitud le hinchaba el pecho con tanta satisfacción.

Antes de que pudiera decir algo que lo comprometía, la muchacha tiró de su manga.

—¡Mire! ¿Ve allá? ¿Ve algo, señor Robinson?

Parecía tensa y emocionada.

Él dirigió la vista hacia donde el dedo de la institutriz señalaba, y no vio más que la niebla.

—Me temo que no alcanzo a ver tan lejos.

Livia lo encaró con seriedad. Sus ojos parecían evaluar si decirle o no lo que pensaba.

—Hay otra cosa más que está ocurriendo aquí, algo que tal vez suene absurdo, pero tanto Joseph como yo lo hemos comprobado. Queda entre usted y yo, señor Robinson, no puedo confesarlo a nadie más, y menos después de mis sospechas. No confío en nadie.

—Me alegra que confíe en mí, señorita Cañumil, después de lo mal que me porté con usted.

Una sombra de reproche nubló los ojos verdes.

—Lo que cuenta ahora es velar por los niños. Y por ese niño que aparece y desaparece del maizal. De eso quiero hablarle, señor Robinson. Usted, que ha convocado a médiums para conectarse con su esposa, quizá acepte que un espíritu ronda Lyman, el espíritu de un niño.

El pecho de Jeremías se contrajo con una premonición. Apretó los dientes hasta que le dolieron las mandíbulas y clavó su mirada en la de Livia aguardando explicaciones. Ella contó los sucesos como lo había hecho antes, sin ningún ocultamiento ni vergüenza. Admitía con sencillez la posibilidad de ver a un espíritu, del mismo modo que admitió participar de las sesiones con abierta disposición y no como Odelia, tolerando lo que le parecía un disparate.

—¿Cómo es ese niño? —le preguntó él al término de su relato.

—Nunca pude acercarme, se aparece a lo lejos y cuando llego ya no lo encuentro. Quizá Joseph, que lo viene viendo desde antes, sea capaz de decirnos algo. Lo único que puedo afirmar es que viste el camisón blanco de los internos. Eso fue lo que me asustó al principio, pues creí que era Arturo que salía por las noches.

—¿Y dónde lo ve exactamente?

—Junto al espantapájaros, siempre está ahí.

Jeremías apoyó la cabeza en el muro con un suspiro. ¿Cómo decirle a Livia en dos frases que su propio hermano quizá había muerto en Lyman? ¿De qué modo revelar aquel peso que llevaba en el alma desde hacía tanto tiempo? Y más que nada, ¿cómo admitir que ese niño del maizal podía ser Malaquías? Era absurdo, como ella decía. Podía ser cualquier cosa, hasta un truco visual, un engaño de la niebla combinado con el miedo nocturno. Su sangre irlandesa, teñida de leyendas de hadas y duendes, le jugaba malas pasadas. Alma siempre se reía de ese temor infantil que lo acechaba. Su esposa, tan racional, educada en ideas de avanzada y confiada en el progreso humano que desafiaba al destino misterioso, se había burlado un poco de las ignorantes supersticiones que formaban parte de su estirpe. Lo besaba como se besa a un niño para que no tenga miedo por las noches. Semejante grandulón, pensaría, y

crea en fuerzas invisibles. Y aquí estaba esta otra mujer, fuerte también a su modo, voluntariosa y educada, que le narraba la visión que se le aparecía sin enjuiciarla, confiando en que él pudiera verla y así entender lo que estaba ocurriendo.

—¡Señor!

La voz salida de las tinieblas los sobresaltó. Un cochero pálido se acercó a Jeremías, aliviado de verlo.

—Francis, me olvidé de avisarte —respondió Robinson, de pronto imbuido de la realidad.

—Señor, se encuentra bien, Dios sea loado. Corría la voz en la taberna —y carraspeó— donde entré para reservar un cuarto de que hubo un terrible incendio aquí.

—Así es, y nos estamos reponiendo. La señorita Cañumil quedó a cargo de un grupo de internos que duermen en esta cabaña ahora.

—Tengo el coche afuera, señor, por si desea que lo lleve. No queda demasiado lejos.

Inoportuno Francis. Jeremías hubiera querido quedarse con Livia, continuar aquella conversación y, sobre todo, intimar con esa inesperada mujer que el destino le había arrojado, no sabía si para volver a burlarse de él o para darle una última oportunidad.

—Espérame afuera, que enseguida voy.

El hombre salió tan silencioso como había llegado, y Jeremías se volvió hacia Livia.

—Debo irme, para volver mañana temprano. ¿Cree que estará bien aquí con los niños?

Ella asintió. Parecía compungida también por no poder proseguir la charla.

—No cuente nada de lo que me ha dicho esta noche, ni aunque se aparezca aquí el mismísimo espíritu de Abraham Lincoln chorreando sangre. ¿Me entiende?

La muchacha sonrió ante la imagen.

—En ese caso, creo que le preguntaría un par de cosas —dijo, en son de broma.

Jeremías apreció su sentido del humor.

—Perdón —murmuró en tono cálido.

Y como ella no respondía, tomó su cara aún tiznada entre sus manos grandes y deformadas.

—He sido un bruto, Livia. Un insensible. Debo aprender, como estos niños que tiene a su cargo. Si me perdona, le ofrezco volver a las clases con Cecilia.

—¿En la escuela?

Él pensó unos segundos y decidió una solución salomónica.

—En la escuela y en mi casa. Doble sueldo. ¿Qué dice?

Livia se perdió en la mirada azul verdosa que prometía más de lo que la boca estaba diciendo. Su corazón empezó a palpar sin control. Quedaban cosas por resolver, relacionadas con esos niños a los que no podía desamparar, pero en ese

instante mágico en el que el episodio vivido se traducían en un inmenso cansancio emocional y la noche fría recuperaba sus rumores no podía pensar sino en la calidez del hombre que con su cuerpo la envolvía, igual que una manta, a salvo del invierno y del acecho de la necesidad.

A Livia nunca le preocupó que no hubiese un hombre en su vida. Había recorrido un camino de progreso social sin avizorar otro cambio, pero desde que conoció un atisbo de placer en brazos de Jeremías Robinson, aquella falta se hizo sentir como un vacío que solo él podía llenar. El hombre prohibido. Su empleador, el viudo, padre de su pupila y codiciado por Odelia Hamilton. Una fuente de conflictos. Cerró los ojos a todo lo malo que supusiera, y alzó el rostro hacia él.

—Lo perdono, señor Robinson.

Él demoró solo un instante en posar sus labios sobre los de ella. Degustó con suavidad la tersura de la piel, ese sabor asilvestrado que le devolvía la pasión juvenil. Con su lengua rozó el contorno de la boca y la instó a abrirla, para introducirse en ella con brío. Jugueteó un poco antes de penetrar más hondo, entrando y saliendo en un coqueteo sexual que ablandó a Livia, dejándola inerme entre sus brazos. Él la sostuvo mientras sus manos la acariciaban por debajo de la chaqueta, rodeando su talle, aventurándose hasta la redondez de las caderas y más abajo, tentando su suerte con cierto temor de recibir otro rodillazo como el de la vez primera. La Livia que lo acogía, sin embargo, era distinta de aquella. Esta era la mujer que había probado algo del fruto del amor y quería conocer más, beber toda su savia. Embriagado, Jeremías la alzó contra su pelvis y la frotó, ansioso de sentir la suavidad de su regazo y hacerle notar su propia virilidad. Livia le rodeó la cintura con sus piernas y se afirmó a él como lo haría sobre un caballo. Él ahogó su satisfacción en un beso más descarnado. Abrió la boca y la devoró, consumiendo lo que ella ofrecía bajo la luz de la luna sin pudor. Con sus fuertes manos la sostenía por las nalgas y la balanceaba arriba y abajo, remedando el acto de amor que no podían consumir en esas circunstancias.

El parpadeo de la luz en el porche les devolvió la cordura con fría rapidez.

Joseph sostenía en alto la lámpara y fingía atisbar en la oscuridad.

—Señorita —dijo petulante—, creo que Arturo tiene pesadillas.

Jeremías se compuso en un segundo y lanzó al muchachito una mirada que lo partía en dos. Livia, confusa, se echó el cabello hacia atrás y caminó tambaleante hacia la entrada de la cabaña. Antes de entrar, le dio su chaqueta.

—Tendrá frío durante el viaje —comentó con aparente indiferencia.

—Los veré mañana —respondió él.

Le pareció ver un destello de complicidad en los ojos rasgados de ella, pero no estaba seguro. Maldito niño. Lo único que faltaba era que estuviera también enamorado de su maestra.

Enamorado.

No, no era posible. La frustración lo había puesto de cabeza, eso era. Juró sobre la tumba de Alma que jamás volvería a caer y no rompería el juramento. Un botón

bastaba como muestra. Se calzó la chaqueta y se encaminó hacia la salida, rogando por que Francis se hubiese emborrachado un poco y no reparase en su estado calamitoso.

Si lo pensaba mejor, podía emborracharse también. Era la solución a todos sus problemas.



## CAPÍTULO 20

La luz inmisericorde de la mañana puso de relieve la magnitud del daño, la triste condición de Lyman después del incendio. También demostró la existencia de elementos tales como un farol destrozado en medio de la paja quemada y un tarro de aceite volcado, que fueron hallados en la parte trasera de la casa de los Parvis. La indignación que sublevaba a los encargados, principales perjudicados, los dejó fuera de sospecha. Los miembros de la policía local y el cuerpo de bomberos pusieron su atención en los guardias, por si existía algún conflicto con el personal, y, por supuesto, en los niños. Al cabo de unas horas, toda la búsqueda de culpables recayó en los internos. Hubo quien dijo que no era la primera vez que se intentaba crear el caos en el instituto, que se sabía de más casos en centros de reforma de otros estados, y por fin, el juez del distrito abrió la causa de investigación. Al margen de ello, el director de Lyman decidió reubicar a algunos niños en casas de la comunidad que ofrecieron su abrigo, sobre todo para los más pequeños, ya que a los mayores se los tenía por criminales sin remedio. El grupo a cargo de Livia recibió varias propuestas. A pesar de la tristeza que la invadió al ver partir a los niños, también sintió alivio ante la solución transitoria. Frankie, el muchachito terco de buena familia, volvió a su propia casa. A Fabrizio, que era de aspecto inocente y sabía ser cariñoso, lo recogió un matrimonio de cuáqueros que vivía en las cercanías y necesitaba ayuda en la granja. El caso de Alistair, que a todas luces era un pillo, fue más difícil. Las personas que se presentaron lo miraban con recelo, y el granuja disfrutaba desafiándolos a atreverse con él.

En un aparte Livia le dijo:

—¿No quieres ser como otros niños y tener un hogar donde puedas armar el árbol de Navidad?

—Solo si se trata de gente forrada —respondió suelto de cuerpo.

Ella suspiró, temerosa de que aquello al fin no resultase. Eugene, con sus piernitas chuecas y su leve retraso mental, era otro problema. Se necesitaban personas de gran corazón para recibir a un niño que podía traer conflictos familiares si había otros pequeños en la casa.

Estaba a punto de proponer algo al escribiente que labraba las actas, cuando apareció una señora de gran porte, enjoyada y tocada con un sombrero de cintas y flores, que se dirigió a ella sin vacilar.

—¿Cuál es el niño que necesita tutor?

—Eugene, señora. Es bueno y dulce, aunque algo inmaduro... —Y calló, ante el codazo que recibió en las costillas.

—Cállese, idiota —le espetó la señora Parvis sin ninguna consideración.

Después del incendio, se había desatado en ella una cólera descomunal.

La señora ostentosa escuchó y dijo, como si nada la afectase:

—Se parece un poco a mi Augusto, que en la gloria esté. A esta misma edad Dios decidió llevárselo. Creo que a mi viejo gato le vendrá bien recordar a su pequeño amo. Tienen ya mis referencias, vivo en Connecticut. Solo exijo que no me importunen con visitas molestas. Vendré yo misma para que puedan apreciar cómo se encuentra. ¿Te llamas cómo, entonces? —le dijo a Eugene, modulando el tono.

Livia lo abrazó y lo vio alejarse de la mano enguantada de la señora con una mezcla de aprensión y felicidad.

Quedaban Alistair, Joseph y, por supuesto, Arturo. El pequeño, con su labio abierto en dos, alejaba a todos los aspirantes a tutores. Livia lo mantenía protegido con su mano sobre los hombros. Formaban un grupo digno de lástima, de pie sobre los escombros, aguardando la caridad ajena. Jeremías Robinson arribó en ese momento.

Su aspecto imponía algo de temor con la barba crecida, el cabello en desorden, el cuello de la camisa desprendido y la chaqueta arrugada. Solo el carruaje que lo llevaba daba cuenta de que se trataba de un caballero de etiqueta. Livia tuvo la impresión de que había bebido de más, y que intentaba guardar compostura a fuerza de exagerar los movimientos.

El director de Lyman, Cecil Jackson, el sureño conservador, al decir del señor Clark, se adelantó con la mano extendida y una sonrisa.

—Bienvenido a Lyman, señor. Verá que esta desdichada circunstancia nos pone en el trance de depositar a algunos niños en casas de familia adecuadas. Una solución temporal, claro está. ¿Desea ver...? —Y se cortó al comprobar que Jeremías se dirigía a Livia con familiaridad, ignorando el saludo.

—¿Estos son los que quedan? —le largó sin diplomacia alguna.

Ella frunció el ceño.

—Esperamos encontrar un buen hogar para Alistair, Joseph y Arturo —repuso, ubicando al viudo en su sitio.

—Bien.

Sus ojos evaluaron con rapidez a los tres internos y de inmediato descubrió el ascendente irlandés en Alistair. También adivinó la vida que habría llevado, y la causa de su permanencia en el reformatorio. El fantasma de su hermano aleteó en su mente.

—Me llevo a este —dijo sin dudar.

Livia casi se desmaya.

—Sírvase pasar a mi despacho, que por supuesto ahora es una de las residencias, dado que Lyman Hall se ha perdido.

El director hizo un ademán invitando a Jeremías a seguirlo, pero Livia lo sujetó de la manga.

—Señor Robinson, espere. No puede tomar esa decisión sin meditarla. Usted va a llevar a su casa a un niño acostumbrado a robar. Debe estar seguro y asumir las consecuencias.



—¿No quiere brindar a estos chicos un hogar, señorita Cañumil? —protestó él con voz ronca.

—Sabe que sí. Pero no es algo que se pueda hacer y deshacer después. Existe un compromiso.

—¿Por qué no puedo aceptarlo yo? ¿Soy acaso despreciable? Este chico —y señaló a Alistair, que lo miraba intrigado— es tan irlandés como yo. Entiendo más de lo que usted supone sus circunstancias.

—Entonces hará las veces de tutor.

—Sí. ¿Alguna otra objeción?

Él la desafiaba. Tenía razón en un punto: Alistair y él estaban cortados por la misma tijera.

—Ninguna. Salvo que...

—¿Sí?

La densa neblina de la mañana acentuaba los rasgos duros del hombre, que la miraba impaciente. Livia ignoraba la razón de su forma de actuar, le parecía precipitada y revulsiva, como si intentase demostrar algo, o provocarla.

—Yo tenía pensado pedirle que acogiésemos a Arturo. Jamás encontrará familia que lo acepte. Por ignorancia, la gente rehúye los defectos físicos como el que él padece.

—Está bien.

—¿Quiere decir que...?

—Señorita Cañumil, no nos haga perder el tiempo. Quiero decir lo que dije, me llevo a este y a este otro.

Era lo mismo que hablar sobre bombones o manzanas; el señor Robinson no se dignaba siquiera repetir el nombre de los niños. Intentaba ser desagradable, y lo conseguía muy bien. Livia tragó saliva. No iba a abandonar a Arturo, de todos modos. Haría lo que fuese para protegerlo. Caminaron hacia el despacho provisorio del señor Jackson, y mientras pisaba la paja ardidada con la vista en el suelo, Livia iba trenzando situaciones. Se presentarían en la casa de los Robinson con dos niños desconocidos de dudoso pasado. Habría que enseñarles modales y vigilar su comportamiento. Pensó en las niñas y se estremeció. ¿Podrían lograr una razonable armonía? Él no había mencionado las condiciones de trabajo, de modo que Livia tendría que buscarse en principio una pensión donde vivir hasta que supiese el horario de servicio. Por la mañana en la escuela Mann, y por la tarde en la mansión Robinson. ¿Quedaría muy lejos una de otra? Tampoco lo sabía. Mientras su mente volaba en esas direcciones, Alistair, que caminaba a su lado, observaba con ojo crítico a Jeremías, sin duda evaluando si se trataba de un hombre rico o de un truhán.

—¿Dónde está Joseph?

La pregunta de Robinson la desconcertó. Era cierto que desde la mañana no lo había visto, y como había tanto desorden ese día a raíz de la mudanza de objetos y la toma de decisiones, no tuvo ocasión de extrañarlo. Ahora se daba cuenta de que

también debía ocuparse de él, ya que si existían dificultades para adoptar a los más pequeños, el caso de un niño indio de mayor edad sería cien veces peor. Agobiada por la preocupación Livia dijo que iría en su busca.

—No hace falta —la atajó Jeremías—, creo que sé dónde encontrarlo.

Completó las fichas que le presentaba el director, estampó su firma y dejó las señas de su residencia, firmando también el compromiso de dar parte del comportamiento de los internos durante ese depósito transitorio, hasta que se reconstruyese Lyman y la vida del reformatorio volviese a su cauce.

—Se interrogará a los muchachos —le aclaró el director—, aunque en su caso se lleva a dos de los pequeños, dudo que estén en la mira de las autoridades. Las leyes aquí son duras con los menores, sin embargo, no le extrañe que alguno de estos vaya a parar a la cárcel.

Después de tan ominosas palabras, el señor Jackson le tendió la mano a Jeremías y sonrió a Livia con expresión almibarada que ella detestó de inmediato.

—Lamento decir, señorita, que por el momento no serán necesarios sus servicios aquí. Como ve, debemos reorganizarnos, y el grupo a su cargo quedó diezmado.

—La señorita Cañumil se viene conmigo —aclaró Robinson con brusquedad—. Ella y los niños son ahora mi responsabilidad.

Hubo un movimiento a sus espaldas, y apareció el señor Clark diciendo con voz turbada:

—¡No puede llevarse a todos los internos una sola persona! Esos niños necesitan demasiada atención. Señorita Cañumil, se echa usted sobre las espaldas una tremenda responsabilidad.

Esa indignada intervención significó para Livia la verdad revelada: el profesor no quería que se llevaran a Arturo. Miró a Jeremías con un reclamo en sus ojos. Y luego al pequeño, que de tan cohibido casi no asomaba tras su falda.

—Arturo necesita cuidado maternal, por eso me lo llevo —dijo con la voz más helada que pudo.

—Y nos ocuparemos de conseguir un médico que sepa arreglarle ese labio, si es que se puede —agregó Jeremías.

Livia le dirigió una mirada de gratitud que casi lo hace trastabillar.

—Entonces, está todo dicho —finalizó Robinson, queriendo dar por terminado el asunto.

Sin embargo, todavía les esperaba alguna sorpresa.

Al salir, él le indicó que fuese al coche donde Francis aguardaba con su proverbial paciencia.

—Busque sus cosas y lleve a los niños a la reja de salida. Allí estaré en un momento.

—Señor Robinson, no puedo irme sin ver a Joseph.

—Haga lo que le digo.

A pesar de su contundencia, Livia no estaba dispuesta a dejarse llevar por delante. Hasta que llegó Jeremías, era ella la responsable por los niños, de modo que optó por preparar los bultos y conducir a Alistair y a Arturo hasta el coche, pero apenas Francis terminó de ubicarlos dentro, salió disparada rumbo a Lyman de nuevo.

Desde lejos, avistó la figura del viudo en medio del maizal. Intrigada, se recogió la falda y avanzó hacia allí, por primera vez a plena luz del día. Llegó jadeante y con la cara y las manos arañadas por la maleza. Descubrió que Robinson no estaba solo, Joseph se erguía junto a él con expresión adusta. Jeremías la miró apenas por sobre el hombro.

—Debí suponer que vendría —masculló—. En fin, aquí estamos los tres que sabemos lo que ocurre.

—¿Y qué ocurre?

Joseph dirigió a su maestra un reproche en los ojos oblicuos. Ella había contado a ese hombre lo del niño del maizal, había traicionado el secreto que tenían ambos.

Hubo un silencio extraño, casi sobrenatural, mientras todo eso sucedía. A un costado, la silueta del maltrecho espantapájaros, que Livia recién podía ver de cerca con claridad, una suerte de centinela grotesco con sus ropas raídas, la sonrisa pintada en eterna burla de todo lo que sucedía en ese sitio siniestro, y el sombrero de paja trenzada comido por los cuervos. Era alto, muy alto, más de lo que Livia había podido apreciar las veces anteriores bajo la luna, y por eso sobresalía entre las espigas de tal modo.

La punta de la bota de Jeremías se deslizaba con insistencia sobre un sector del suelo que se veía pelado y cubierto de deposiciones de perros.

—¿Es aquí donde aparece ese fantasma? —preguntó con voz neutra.

Livia estaba a punto de asentir cuando Joseph intervino.

—Él quiere que cavemos aquí.

Era un diálogo extraño, y sin embargo los tres lo aceptaban como normal, unidos por quién sabía qué cadena de premoniciones o instintos. Un viudo de baja cuna, un niño indio problemático y una maestra mestiza llegada de tierra lejana. La combinación resultaba tan estrambótica como la suposición de que un fantasma vagaba por los campos dando a conocer su voluntad.

—Joseph, ve por una pala. O dos, si es posible.

—¿No va a decir a las autoridades lo que está por hacer? —le advirtió Livia.

Jeremías se arremangó mientras contemplaba el sitio donde cavaría.

—Eso depende de lo que hallemos.

Favorecidos por la altura de la maleza, cavaron durante largo rato en el pequeño redondel pelado hasta que algo volvió de piedra a Jeremías. Un puñado de huesos pequeños afloraban a medida que la tierra desaparecía. Eran tan blancos que por un momento Livia pensó en el camisón del niño fantasma. El hombre largó la pala y cayó de rodillas ante el hallazgo. Se cubrió el rostro con las manos y lloró en silencio y convulsivamente. Livia nada entendía, salvo que aquel descubrimiento había

abierto una compuerta del pasado de Jeremías. Ignoraba qué acababa de salir a la luz. Se inclinó a su lado y preguntó con dulzura, en tanto su mano revolvía la tierra para despejar los huesecitos.

—Jeremías —susurró—, ¿quién es, qué le ha dicho Joseph?

El muchachito miraba el pozo, apoyado en su pala, y comentó enigmático:

—Ya no saldrá más, logró lo que quería.

Jeremías se endureció de pronto. Alargó la mano y tomó de entre los huesos una medalla con el trébol de Irlanda tallado en un lado y una cruz en el otro.

—Mi hermano —dijo con voz áspera—. Malaquías. Estuvo encerrado un tiempo aquí. Murió y nunca lo supe hasta que, ya de adulto, vine a pedir señas de su paradero. Nadie podía decirme cuándo se fue ni cómo. En mi corazón siempre intuí que algo le habría pasado. Perdona, hermano mío —agregó, con un sollozo entremezclado.

La enormidad del hallazgo enmudeció a Livia. Ella nunca habría sospechado algo así, la muerte de un niño al que enterraban de incógnito, sin nombre ni anuncios, y que resultara ser hermano de ese hombre atribulado que no terminaba de recobrar la paz en su vida. Era demasiado. Lyman tenía en su haber crímenes mucho peores que los que sus internos cometían.

—Señor Robinson, debemos denunciarlo —dijo para animarlo a la acción, el campo donde él se encontraba más a sus anchas.

—Yo me marchó, señorita —soltó entonces Joseph, que no parecía alarmado por las revelaciones de ese día.

—No harás eso, Joseph. ¿Adónde irías?

—Adonde no descubran quién incendió el centro, señorita.

Los ojos negros eran ahora más desafiantes que nunca. Livia comprendió todo en un chispazo de entendimiento. Aquellos paseos nocturnos del muchacho, su desaparición durante la lucha contra el fuego, eran señales de su culpabilidad. ¿Qué podía hacer? ¿Denunciarlo también? Eso lo condenaría a un castigo mil veces peor que el del reformatorio, y era probable que algún día hallasen sus huesos en un descampado, como los de Malaquías Robinson.

—¡Por Dios que no te irás! —bramó Jeremías de repente.

Livia se enfrentó a él.

—Señor Robinson, no haga eso, no detenga a este niño, por lo menos démosle la oportunidad de enmendarse. Es chico todavía.

El hombre se levantó y la miró con furia.

—¡Por supuesto que se la daré! Joseph se viene con nosotros. Y del incendio no se hablará jamás. Arrasar este lugar sería poco castigo para la infamia de matar a un niño y luego enterrarlo para borrar su recuerdo. Juro ante Dios que lo quemaría una y mil veces, con estas —y alzó ante Livia sus manos retorcidas formando garras convulsionadas de ira.

La maestra entendió que nada detendría a ese hombre perseguido por su pasado. Que aquellos fantasmas que lo acosaban solo podrían ser devueltos adonde pertenecían cuando él fuese perdonado por sus errores y pudiese perdonar a su vez.

Oh, sí, Livia comprendía demasiado a Jeremías Robinson. Era un luchador. A su paso dejaba un tendal de heridos y de muertos, pero nada lo detenía, porque lo motivaba la ira. Al igual que el guerrero ennegrecido por la venganza, el padre de Cecilia no veía sino aquel pañuelo rojo que el viejo entrenador le colocaba en un rincón del *ring*. Volvía a ese refugio solo para tomar aliento, y luego reanudar la lucha. Era lo único que sabía hacer. Golpear y volver a golpear, levantarse y seguir golpeando. Aquellas manos de falanges estropeadas, ese rostro de mandíbula fuerte y nariz torcida, eran sus señas de identidad. ¿Cómo no iba a cargar con tres niños desahuciados si cargaba con los espectros del pasado? Livia pensó que, aunque buceara durante años en la profundidad de sus sentimientos, siempre le faltaría un hueco donde hurgar. Jeremías Robinson era más de lo que aparentaba, y menos de lo que quería hacer creer a los demás.

Era un hombre que renacía de sus cenizas y ardía en el fuego de su desdicha. Y ella iría con él ahora, para saber si ese fuego alcanzaba para darle abrigo.

O para consumirlos a ambos.



# TERCERA PARTE

## CONCORD

*La redención en el bosque*



## CAPÍTULO 21

**E**l viaje en carruaje hasta Concord, el pueblo donde residían los Robinson, estuvo cargado de emociones contenidas. Antes de partir, Livia había recibido la visita de un atribulado German Cole, que con el sombrero entre las manos y bajo la mirada inquisidora de Jeremías confesaba su preocupación ante la noticia del funesto incendio. Quería cerciorarse de que la señorita se encontrara a salvo y bien. Ella le evitó el bochorno al despacharlo con rapidez, sin mencionar el engaño con que la llevó hasta allí. Al fin y al cabo el joven la había acercado, sin saberlo, hacia esos niños que precisaban consuelo.

Otro momento incómodo fue la despedida del señor Clark. El hombre mantuvo en todo momento una postura altiva que resultaba cómica en su porte poco majestuoso. Dirigió a Livia unas palabras despojadas de afecto y casi ni saludó a Jeremías, que lo fulminaba con sus extraños ojos. Antes de darse la vuelta, pronunció una frase que repiquetearía en el recuerdo de la joven durante mucho tiempo.

—Verá que no es culpable el hombre que se ve hostigado por fuerzas mayores.

El críptico comentario quedó flotando en el aire cuando las ruedas del coche comenzaron a girar, y las voces entusiastas de los niños distrajeron a Livia de su ensimismamiento.

Greenwood era muy distinto de lo que ella imaginaba.

La mansión brotaba de un bosquecillo de olmos con el encanto de un cuento de hadas. Todo en Concord era bosque, desnudo y helado en el invierno, envuelto en el débil humo de las chimeneas que asomaba por sobre los tejados. El camino que los conducía formaba piruetas entre esos árboles brillantes por la escarcha. Las hojas alfombraban la tierra, un manto blando y dorado que amortiguaba el rumor del riacho que corría tras la casa.

Greenwood House, como rezaba el viejo cartel que anunciaba la llegada, era un paraíso.

Los reparos de Livia ante su propia situación quedaron resueltos cuando Jeremías le indicó que desembarcase sus cosas.

—Ocupará una de las habitaciones de huéspedes —le dijo, con lo que ella supo que aquella casa era más grande de lo imaginado.

Mientras caminaban por el sendero que se adentraba en el jardín de cuidados rosales, la serenidad que los embargaba los mantuvo en silencio. Los cuervos graznaban en lo alto, y algunas ardillas curiosas movieron las matas a su paso. El chillido largo y agudo de un águila obligó a Livia a mirar hacia el cielo, que parecía empujado por las copas de los árboles. Reinaba una paz profunda que invitaba a la reflexión.

«En un lugar así», pensó Livia con anhelo, «me gustaría vivir».

La puerta cristalera se abrió dando paso a dos sirvientes que los desembarazaron de los pocos bultos que llevaban. Salvo Alistair, que miraba todo con avidez, los otros niños parecían inhibidos por lo que para ellos era la opulencia del gran mundo. Sin embargo, Greenwood no era un palacio ni mucho menos, sino una casa acogedora y confortable con macizos muebles de caoba, alfombras mullidas, paredes enteladas de colores suaves y adornos de porcelana distribuidos por todos los rincones. Estaba planeada para la vida familiar, con sus ventanas que miraban al jardín, una chimenea en cada cuarto, cómodos sillones de orejas y un precioso invernadero donde la larga mesa invitaba a tomar desayunos bajo el tibio sol que traspasaba las tejas de vidrio. Livia también contemplaba todo con embeleso. Era una vivienda muy diferente del suntuoso palacete de los Balcarce, construido a la francesa. En Greenwood no había ostentación de materiales costosos ni se exhibían cuadros de renombrados pintores, solo bucólicas láminas de campiñas inglesas hechas por ignotos artistas. Tampoco parecía haber sitios en los que no se pudiera pasar parte del día, como el gran comedor de los Balcarce, que se usaba solo en noches de fiesta. Aquella casa era un hogar delicioso.

Livia se preguntó si le bastaría al señor Robinson para templar sus cuitas.

¿Y dónde estaba Cecilia?

—En la escuela —dijo él al interpretar su mirada curiosa—. Ha estado allí todo este tiempo, pero ahora que usted ha venido la enviaremos solo de mañana. Dormiré en casa.

A Livia le alegró saber que compartiría todas las horas con la niña que había llegado a amar, pero le dolió el tono distante de Jeremías, que después de haberla acariciado como lo hizo en Lyman, volvía a tratarla como a una empleada. Esos vaivenes de su carácter la lastimaban muy hondo.

—¿Dónde dormirán los niños? —se atrevió a preguntar, para alejar su pensamiento de esos derroteros.

—Tenemos más cuartos arriba. ¡Señora Parker!

La mencionada acudió presurosa, llevando una pila de sábanas que dejó en manos de una doncella de servicio.

—Señor, bienvenido.

—La señorita Cañumil es la maestra de Cecilia. Vivirá aquí con nosotros mientras educa a... mi hija. Y estos niños —dijo, abarcándolos con un ademán ampuloso— también.

La mujer supo disimular la sorpresa de ver al patrón llegar con tanta gente, en especial rodeado de niños desconocidos, aunque no pudo evitar que asomara a su rostro una expresión de genuino interés por aquella institutriz que nunca había podido conocer.

—Bienvenida también, señorita.

La condujo al cuarto de huéspedes ubicado al otro lado del invernadero. Mientras atravesaban ese acristalado recinto, Livia elogió las plantas que trepaban anhelando el



aire frío del exterior.

—Fue construido bajo los consejos de Harriet Beecher Stowe en *El hogar de la mujer americana* —comentó el ama de llaves—. Era el sitio favorito de la señora, ella pasaba aquí largas horas. Como no podía caminar mucho, la pobre se entretenía mirando lo que sucedía afuera.

Livia guardó respetuoso silencio ante ese comentario. Ignoraba la identidad de la mujer mencionada, y Alma Robinson era un tema aún sin resolver.

El cuarto asignado casi le arranca un suspiro de admiración. Aunque atiborrado de muebles, cada uno de ellos poseía sentido práctico: el escritorio tapizado en pana verde bajo la ventana, el mueble que portaba la jofaina, con bellas guirnalda pintadas sobre fondo blanco, la cómoda de cinco cajones y un espejo ovalado al que escoltaban dos candelabros de porcelana azul. La sencillez de la cama se compensaba con un edredón blanco repleto de puntillas. Sobre el empapelado de las paredes, cuadros grandes y pequeños representaban exóticas junglas de las que emergían aves de extraordinario plumaje.

El ama de llaves se inclinó para acomodar los leños en la chimenea de hierro que cobijaba una mecedora de esterilla.

—Encenderemos un buen fuego —le anticipó, temerosa de que el cuarto resultase desnudo y frío a la recién llegada.

—Estaré muy bien aquí. Gracias, señora.

La mujer se enderezó ante Livia con las manos juntas. Iba vestida de negro de pies a cabeza; solo los puños que sobresalían de las mangas y el cuello de su traje cortaban la severidad de su aspecto.

—Y yo espero que se sienta usted cómoda, señorita. A la niña Cecilia le ha hecho mucha falta.

—Pero ella está en la escuela ahora.

—Hasta que el señor decidió internarla de nuevo estuvo aquí con nosotros. Aunque la pobrecita no puede hablar, creo que su semblante triste habla por ella. Y su hermanita me contó que allá en la costa de Newport había progresado bastante.

—¿Samanta le dijo eso? —se sorprendió Livia, que no esperaba semejante reflexión de la pequeña traviesa.

—Es un poco alocada —y el ama hizo un gesto con su mano huesuda—, pero de buen corazón. El principal defecto es que la miman demasiado, vaya uno a saber por qué.

Inquieta por la confidencia, la señora Parker se deshizo en explicaciones para orientar a Livia en la casa.

—Enfrente se halla el *parlor*, donde la familia se reúne para conversar y escuchar música a veces. Es un rincón privado en el que se reciben huéspedes también. En tiempos de la señora había mucho movimiento aquí, los vecinos son personas de antigua raigambre que aman visitarse y cambiar opiniones.

—Espero que los niños no causen ningún inconveniente —comenzó Livia, sabedora de que cualquier alteración en la rutina de la casa afectaría primero al servicio.

—Bueno, no ha nacido el niño que no cause problemas —respondió la señora Parker con humor—. Nos las arreglaremos.

—Ellos provienen de un reformatorio.

Dicho así, en crudo, produjo el efecto tan temido. El ama de llaves se irguió aún más y midió un poco su respuesta.

—El señor siempre ha sido algo excéntrico.

—Yo soy culpable en este caso, eran niños que estaban a mi cargo en Lyman.

«Lyman», pensó con espanto la señora Parker. Y a continuación añadió:

—Supongo que merecen una nueva oportunidad.

Era lo que se esperaba que pensara una persona educada en la caridad y la virtud religiosa.

—Tómese el tiempo que quiera para instalarse, que cuando la señora Hamilton llegue dispondrá.

La mención de Odelia hizo decaer el ánimo de Livia. Por un breve momento había olvidado su existencia. Además de ser una mujer prejuiciosa, actuaba de manera posesiva con su cuñado, podía percibirlo. Fuese correspondida o no, Odelia constituía un problema.

Jeremías se refugió en su dormitorio, una vez dadas las indicaciones pertinentes para ubicar a los huéspedes. Aquel viaje impregnado de remembranzas del pasado había sido difícil de soportar, y de buena gana hubiese echado mano de la petaca, de no haber sido por los muchachitos. Y por Livia. Ahora que se hallaba solo, a salvo de aquellos ojos de mirada franca que lo acechaban creyendo que él no los advertía, podía darle sin tapujos a la botella.

Tomó un largo trago que le calentó la garganta y le devolvió la seguridad.

Malaquías. Palpar sus huesos, confirmar su muerte tan temida y sin embargo adivinada, fue un golpe bajo. Él era culpable de eso también, a pesar de la poca edad que tenía entonces, porque no fue capaz de afrontar la verdad y huyó. Se daba cuenta ahora de su falsa arrogancia, su pretensión de querer salir del lodazal donde los Robinson se habían criado. Estaban hechos de ese barro, y nada que intentaran luego podría quitárselos. Malaquías ya no lo sufriría, había atravesado el umbral de lo intangible, la región que tantas veces él quiso penetrar a través de médiums y charlatanes. Creía a medias la versión de Livia acerca del espíritu del maizal, aunque no existía ninguna explicación para que se supiera con exactitud dónde cavar. Un abismo de realidad lo atrapaba. Todo era muerte: su padre, su madre, su hermano, Hermoso John, Alma, el guardafaro. Sentía que en todo estaban sus puños, como si ellos tuviesen la propiedad de labrar la desdicha, propia y ajena. Por eso rehuía a

Livia, a pesar de que la joven lo atraía con su fortaleza y su fidelidad a las causas que adoptaba. Ojalá hubiese sido ella y no Alma la que le robara el corazón, estaba seguro de que Livia no se habría desmoronado nunca; era como los robles que bordeaban el viejo puente del río de la Concordia. Se erguía, alta, hacia el cielo donde los vientos reinaban, no se quedaba bajo las hojas del bosque. La señorita Cañumil estaba hecha para resistir los vendavales.

Bebió más de la petaca, y al terminarla sacó otra botella oculta bajo las prendas de su cómoda. Arrojó la chaqueta y las botas lejos, y se dejó caer sobre la colcha de ganchillo.

Cuando formuló la denuncia sobre los restos de su hermano, había agregado más motivos para inspeccionar Lyman, y si bien el actual director no tenía por qué estar al tanto de lo ocurrido antes de su llegada, el macabro hallazgo comprometía a la gente a su servicio. Jeremías había observado el rostro macilento de los Parvis, en especial el del viejo. Era cierto que acababa de perder su vivienda, sin embargo su intuición le decía que aquella debilidad enfermiza que lo atacó de pronto se debía a que podía quedar manchado con algo más que la inobservancia de las reglas de seguridad. Seguiría de cerca las investigaciones, se lo debía a Malaquíás.

—Por ti, hermano —masculló, y acabó con el resto de la segunda botella.

Borracho, podía vérselas con sus fantasmas.

Al llevarse a los chiquillos sabía que se embarcaba en un nuevo problema, y no pudo evitarlo pese a todo. Cada uno de ellos era un Malaquíás, una víctima del abuso y la corrosión social. Joseph estaba destinado a correr la misma suerte que su hermano. Un niño piel roja capaz de incendiar el centro de reforma no tenía salvación allí. Si el pequeño Arturo había sufrido abusos, sacarlo de Lyman era casi una orden divina. Y, por último, Alistair era la viva imagen de él mismo, cuando recorría las calles de Nueva York en procura de monedas y comida robadas. Pícara Livia, ella pensaba endilgarle a los niños desde un principio, y él no hizo sino tragar el anzuelo. Se lo haría pagar, ya vería cómo.

La botella rodó sobre la alfombra con un ruido seco y Jeremías soltó un ronquido de satisfacción. Mañana sería un nuevo día, y las cosas se verían más claras. Hoy solo quería beber y dormir. Dormir, y olvidar.

Odelia apuró el paso al ver de lejos el coche que Francis llevaba a la caballeriza con lentitud. ¡Por fin llegaba Jeremy! Se había marchado sin dar aviso, según su costumbre, y no volvió por la noche. Ella quedó a cargo de todo en Greenwood, y a pesar de que lo disfrutaba, en esas ocasiones sentía como si él le arrojase a la cara la herencia de su padre.

—Vamos, Sammy, que papi ha venido —dijo, tirando de la niña mientras se recogía la falda para que no la enganchasen las matas congeladas del camino.

—¿Has visto, tía Odelia? Te dije que vendría hoy.

Odelia detestaba escuchar a la pequeña llamarla «tía», pero era el arreglo que tenían con Jeremy, para mantener las apariencias en Greenwood y para comodidad de ella, según él le espetó. La niña llamaba «mami» y «papi» a los esposos Robinson. Para Samanta era natural, habiendo vivido con ellos desde que tenía recuerdos. Y Alma, como buena mártir, no se oponía a la voluntad de Jeremy.

Retornaban de la misa dominical, a la que jamás faltaba. En vida de Alma, Odelia mantenía vivas las relaciones con los ministros, ya que su hermana no podía asistir debido a su mal, que la postraba la mayor parte del tiempo. A su regreso siempre le preguntaba acerca del sermón y los anuncios de la Iglesia Unitaria de la que ambas formaban parte desde que su padre se arrió a la comunidad. Pertenecer a ese credo les abrió las puertas de la intelectualidad de Concord, que compartía la visión universalista de aquella Iglesia. Eso les valió la visita asidua de escritores, políticos y filósofos, y los Duncan forjaron una trama social que perduró hasta la muerte de Alma. Ahora Odelia debía restaurar aquellos lazos, dado que Jeremías Robinson constituía un obstáculo. A los ojos de los demás, era un hereje y un oportunista. Si bien las personas que frecuentaban Greenwood en calidad de amigos poseían un espíritu abierto y la tolerancia que mandaban las ideas trascendentalistas, a la hora de alternar con gente grosera en su comportamiento se volvían rígidos y sectarios.

Odelia dudaba de que los Holland volviesen a compartir un té con ellos, al menos por un tiempo. Le tocaba el arduo trabajo de contrarrestar los arranques de su cuñado.

—¿Dónde está el señor? —preguntó al ama de llaves apenas entraron.

—Arriba, señora, en su cuarto. Pidió no ser molestado.

Fastidiada por esa observación, Odelia fingió ocuparse del equipaje, pero de nuevo la señora Parker la desestabilizó.

—Han llegado huéspedes, señora Hamilton. La institutriz de Cecilia... y unos huérfanos —agregó, suavizando la verdad.

El rostro de Odelia se volvió de cera. Entre sus planes no contaba ver a Livia de nuevo. Y no entendía de dónde la habría sacado su cuñado esta vez. En cuanto a los niños...

—¿Qué huérfanos? —casi se atragantó.

El ama de llaves experimentó una inocultable satisfacción ante su desasosiego.

—Los que trajo el señor, ignoro con qué fines.

«Con el de traerme problemas», pensó Odelia con rabia, aunque disimuló ante la mujer. Le resultaba antipática, más aún porque había sido siempre amable y cariñosa con Alma. La sentía como una enemiga, o al menos una rival en los sentimientos de su hermana.

—Sírvese enviarme un té, señora Parker, antes de que yo vaya a pedir explicaciones.

Con eso dejaba sentado que tenía derecho a ellas.

Se dejó caer exhausta en el sillón del *parlor*, el rincón donde solían disfrutar suaves veladas musicales con su padre y los vecinos de Concord. Se quitó los guantes

y apoyó los pies en una butaca pequeña. Samanta había corrido escaleras arriba a saludar a su padre. Tanto mejor, que lo despertara, así sabría lo que era bueno. Su mente divagó en torno a las implicancias de la presencia de la señorita Cañumil. ¿Querría su cuñado llevarla a la escuela? Porque allí era donde estaba su pupila ahora. Odelia amaba a Cecilia, era su sobrina, sangre de su sangre, pero detestaba hacerse cargo de su incapacidad. Si había personas especializadas, que fueran ellas las que la sacaran adelante. En todo caso, una vez que hubiesen logrado algo, la niña podría volver a vivir en familia.

La doncella le llevó la bandeja con el servicio y al primer sorbo de té se sintió reconfortada, capaz de hacer frente a las incómodas novedades.

Samanta hizo todo el ruido que pudo mientras saltaba los escalones, con el propósito de que su padre abriese la puerta del cuarto y la levantase en sus brazos. Por eso se quedó de hito en hito ante la figura del niño pecoso de ojos azules que apareció en su lugar. Un poco más alto que ella, igual de animoso y burlón.

—¿Quién eres? —le espetó la niña.

—¿Qué te importa? ¿Quién eres tú?

Desconcertada ante ese trato irrespetuoso, Samanta montó en cólera.

—Soy Samanta Robinson, la dueña de esta casa.

Alistair meditó sobre eso y decidió que, ya que había avanzado, no convenía retroceder.

—Yo soy el nuevo pupilo del señor Robinson. Me llamo Alistair.

La boquita de Samanta se abrió en una O tan graciosa que Alistair se echó a reír.

—Boba, cierra la boca o te entrarán moscas.

Fuera de sí, la niña arremetió contra el intruso, empujándolo con todas sus fuerzas.

—¡Eh! —gritó el chico, y con rapidez la eludió.

Samanta cayó tendida sobre el piso al verse sin sustento, y se echó a llorar con rabia.

El escándalo hizo salir a Joseph, que estaba en el cuarto contiguo, y su presencia logró enmudecer a la niña. Dos intrusos era demasiado. ¿Qué estaba ocurriendo en casa?

—¡Tía Odelia! —chilló.

Livia acababa de dejar su habitación para ir a ver si los niños estaban instalados, y se encontró con el cuadro de una Samanta rabiosa en el suelo y los dos muchachitos mirándola en silencio. Se agachó de inmediato para ayudarla a levantarse.

—¿Qué sucede, qué han hecho ustedes? —los increpó.

La sorpresa de volver a ver a Miss Livia cortó de cuajo el llanto de Samanta, que se abrazó a su cintura con genuina alegría.

—¡Ha vuelto, Miss Livy, ha vuelto! —gritó, mientras lanzaba miradas de triunfo en dirección a los niños.

Aquel piso era también el del cuarto de Jeremías, así que ante semejante algarabía el mismísimo abrió la puerta y se afirmó en el marco, con aspecto desgredado y mirada turbia. Captó de un vistazo la situación, y al ver que no era de cuidado volvió adentro.

—Silencio —fue todo lo que dijo antes de desaparecer.

Livia notó de inmediato su estado calamitoso, y un brote de ira y repugnancia la instó a llevarse a los niños de allí. ¡Aquel hombre no respetaba ni siquiera a su hija! Arrastró a Samanta, olvidada ya de su padre y ansiosa por saber de boca de la institutriz las novedades, e hizo señas a Joseph para que llevase a Alistair también. Les daría algo de comer en la cocina. Al bajar de nuevo, cruzó el pasillo desde el que se avistaba el *parlor*, y quedó expuesta ante Odelia. La mujer tuvo que esforzarse por tragar el sorbo de té que le quedó atravesado al ver a la institutriz acompañada de dos niños y de su propia hija.

—Señorita Cañumil —se limitó a decir.

Livia era consciente de que aquel sería el escollo más difícil. Si Odelia Hamilton había sido reticente a aceptarla como maestra de Cecilia en el último tiempo, ¿qué diría al verla rodeada de tres muchachitos salidos de la miseria humana?

—Señora Hamilton, llevaré a estos niños a la cocina y luego le explicaré la situación.

Si esperaba a que Robinson lo hiciese, estaría perdida. El hombre había elegido emborracharse en lugar de afrontar sus responsabilidades.

La cocina de Greenwood era muy distinta a la de Blue House, como todo lo demás.

El mobiliario de madera clara que revestía las paredes contaba con estantes despejados en los que se distribuían los tarros de especias, latas de té, balanzas, teteras, potes de porcelana con letreros azules, cacerolas, cucharones y demás utensilios imprescindibles. A ambos lados de la ventana que se abría al jardín trasero donde se veía un huerto rebosante de árboles, sendos aparadores de puertas macizas ocultaban la vajilla y la mantelería. Debajo, en prolija sucesión, canastos en los que se guardaba la verdura recién cortada. La estufa de hierro albergaba una humeante tetera de cobre, y sobre la mesa con mantel de hilo reposaba una fuente de manzanas y un cuenco, cubierto con un lienzo, en el que sin duda habrían estado batiendo la masa de algún pastel. El aroma era delicioso, mezcla de harina, huevos y vainilla. Livia pudo percibir el estremecimiento de los niños al sentirse por primera vez en un sitio tan acogedor. También ella, después de tanto tiempo, experimentó el placer de estar en un hogar. Aunque no sabía que aquel sitio respondía a las normas de la cocina de Nueva Inglaterra, moderna y eficiente, concebida como el ámbito en el que la dueña de casa ejercía su dominio y poseía su orgullo, por instinto percibió la filosofía de bienestar que encerraba.

—¿Habrá algunas galletas para estos niños hambrientos?

La cocinera era una mujer de rostro rubicundo y sonrisa fácil.

—¡Por supuesto! No podrían haber llegado en momento más oportuno —y sacó de una lata varias galletas de avena molida con nueces. Las dispuso sobre platos esmaltados y, sin necesidad de que se lo pidiesen, sirvió tres vasos de leche espumosa.

—Aquí tienen —dijo en tono triunfal mientras hacía lugar en la mesa para los chicos, que observaban con azoramiento tanta magnificencia.

Samanta estaba por empacarse, pero un apretón de la mano de Livia la contuvo.

—Iré en busca del que falta —dijo la institutriz, para intrigarla y mantenerla expectante.

Luego salió, haciendo un guiño a Joseph a fin de que vigilase a Alistair.

Antes de volver a subir, pasó por el gabinete donde aguardaba Odelia. Sería un trago amargo, pero no le quedaba otro remedio que brindar las explicaciones del caso.

La mujer había recuperado su cortesía habitual. Estaba acostumbrada a manejarse en situaciones incómodas, y ofreció a Livia su costado amable y comprensivo.

—Me alegra verla bien, señorita Cañumil. Presumo que Jeremy ha requerido sus servicios en la escuela, como antes.

—Así es, señora Hamilton. Me dijo que Cecilia me necesitaba.

—Es cierto. Usted ha sido de gran ayuda. Siéntese y comparta el té conmigo.

Aunque estaba impaciente por ver a Arturo, Livia tuvo que aceptar si quería endulzar a Odelia. Esta hizo sonar una campanilla y pidió a la doncella otra taza. Luego, se recostó sobre el respaldo del sillón y jugueteó con sus guantes.

—Supongo que habrá también una explicación para esos niños que estaban junto a usted.

—Los hemos traído de Lyman, el reformatorio del Estado.

Odelia no supo qué le había chocado más, si el dato de que los niños eran criminales, o el uso del verbo en plural. Los «hemos» traído. La señorita Cañumil se tomaba atribuciones.

—¿Con qué propósito? —alcanzó a decir controlando la voz.

—El señor Robinson consideró una obra de bien hacerse cargo de ellos cuando se incendiaron las instalaciones —era imposible ahondar más en el tema, Livia lo sabía.

Odelia no pudo articular palabra. La audacia de Jeremy no tenía límites.

La doncella trajo lo pedido y hubo que cumplir la ceremonia del té mientras por las mentes de ambas mujeres circulaban distintas emociones reprimidas. Por fin, la cuñada retomó la conversación.

—Es muy humanitario contemplar la situación de los desdichados. Solo lamento no haber sido consultada. Tengo aquí una niña pequeña, y no sé si es apropiado... —dejó en el aire la sugerencia, que Livia captó al vuelo.

—Pero vendrá también Cecilia, y quizá sea bueno para todos que se forme un grupo de niños.

Otra zancadilla. Odelia estrujó la servilleta entre sus dedos.

—Caramba, son muchas novedades. Esperaré a que mi cuñado despierte y hablaré con él. Me gusta prever todas las consecuencias de los cambios que ocurren en la casa.

—En ese caso —se apuró a decir Livia mientras se levantaba—, iré mientras tanto por el más pequeño de todos. Creo que lo han dejado solo arriba.

—¿Cuántos niños son? —preguntó Odelia en el colmo de la exasperación.

—Tres. Y no hubo quien quisiera adoptarlos de manera provisoria.

—Imagino por qué —se le escapó decir.

Livia salió del *parlor* con la sensación de que esa segunda etapa en la educación de Cecilia estaría colmada de conflictos. Esperaba que la niña acogiese a los muchachitos con mejor ánimo que su tía. Y que su hermana.

Encontró a Arturo sentado en su cama, tal como lo había dejado la señora Parker a su llegada. A pesar de haber escuchado el bullicio en el pasillo, no había querido salir de la seguridad del cuarto.

—¿Estás bien, Arturo?

El pequeño asintió, mudo. Livia le pasó la mano por la cabeza rasurada.

—Los chicos están comiendo unas galletas riquísimas en la cocina. ¿Quieres venir?

Arturo negó en silencio.

—Además de Joseph y Alistair, hay una niña muy bonita con la que puedes jugar.

Eso hizo levantar los ojos a Arturo, que indagó en los de la maestra. Ella hubiese querido abrazarlo y besarle para infundirle ánimo, pero sabía que necesitaba tiempo para amoldarse.

—Se llama Samanta —prosiguió—, y creo que se ha peleado con Alistair.

Arturo sonrió con su medio labio.

—Tendrás que ser su amigo, para protegerla —y Livia rogó por que Samanta no se asquease ante la deformidad del niño—. ¿Quieres conocerla? —agregó.

Esa vez Arturo cedió, y tomó la mano que la maestra le tendía. Salieron despacio rumbo a la escalera, y al pasar delante del cuarto de Robinson, la puerta volvió a abrirse.

—Parece que están de fiesta hoy —repuso él, sarcástico.

—En todo caso, usted también lo está —le retrucó Livia.

El hombre entrecerró los ojos para enfocarla mejor.

—Es arisca, señorita Cañumil, ¿sabe usted?

—Hay que serlo a veces, con ciertas personas.

—Bueno, bueno, ha sacado a relucir toda su artillería. Apunte bien, porque soy difícil de demoler.

—No hace falta, señor. La bebida lo hará por mí.

Livia avanzó con rapidez hacia la escalera y bajó levantando en el aire a Arturo, por temor a que ese hombre la siguiese bajo los efluvios del alcohol.



La cocinera se había hecho cargo de la situación y los niños se medían el uno al otro por encima de los platos de galletas. La llegada del nuevo provocó un «oh» asombrado de Samanta, todavía sin educar en los modales corteses. Livia le lanzó una mirada admonitoria y se sentó al lado de Arturo. Rogaba por que el pequeño pudiese comer sin enchastrarse, algo que le costaba mucho. Al principio todo marchó bastante bien, pero al cabo de un momento Arturo comenzó a sorber la leche con ruidos notorios que arrancaron un mohín de disgusto a la niña.

—Igual que Cecilia, come como un cerdo —repuso, suelta de cuerpo.

—¡Samanta! Retírate de la mesa.

Livia no permitiría que insultasen a Arturo, ni tampoco que cayese sobre Cecilia ese epíteto. La menor de los Robinson debería amoldarse a la buena educación, y no cejaría hasta lograrlo. Por otro lado, ese resquicio de maldad que ella percibía en Samanta no dejaba de preocuparla.

—No terminé mi leche.

—Vete, ahora.

Los otros tres contemplaban atónitos el intercambio. Jamás habían visto a la maestra en esa actitud combativa; les resultaba novedosa. Joseph sintió un efluvio de admiración que le subió por el cuerpo, y miró con suficiencia a Samanta.

La niña salió corriendo de la cocina y no se detuvo hasta llegar a la habitación de su padre. Una vez allí, golpeó hasta conseguir que le abriese, y se echó en los brazos de Jeremías.

—¡Papi, Miss Livy me maltrató! Trajo a casa a un montón de niños sucios y quiere que los acepte. Ni siquiera me gustan.

Robinson sostuvo a su hija de manera automática, en tanto su mente abotagada se esforzaba por comprender. Ahí estaba su niñita, la única a la que había dedicado atención y cariño, quejándose de algo, como siempre, y él no atinaba a resolver el asunto.

—Calma, calma —le dijo, sin saber nada de lo ocurrido.

Samanta no se conformó.

—Papi, ¿le has pagado a Miss Livy para que venga? Dile que nos tiene que educar a Cecilia y a mí, no hace falta que traiga a otros niños. No quiero compartir nada con ellos.

—Deberás ser buena —siguió diciendo Jeremías con aire ausente—, esos muchachitos no tienen un hogar como el tuyo. Son huérfanos.

Samanta, a quien no le importaba demasiado aquello, porfió en sus trece:

—¡Que les busquen otro, entonces! No quiero que vivan aquí. Se lo diré a tía Odelia para que los saque.

Jeremías la retuvo en un solo movimiento.

—No harás eso, hija mía, si no quieres que te castigue. Miss Livy les encontrará un hogar cuando llegue el momento, y mientras tanto vivirán aquí.

Era la primera vez que su padre la contradecía, y de modo autoritario. Samanta quedó tan perpleja que casi se olvida de su enojo. Comenzó a hacer pucheros.

—Ven, no llores —accedió Jeremías, más conciliador—. Todo se irá acomodando —y en su fuero interno rezaba por que así fuese, dado que el torbellino que sentía iba en aumento.

—¿Por qué hablas así de raro, papi?

Robinson decidió que era suficiente. Él no estaba en condiciones de dictar lecciones a la niña, si ni siquiera podía controlarse con la bebida. La giró hacia la puerta y le dio un leve empujón.

—Ve con Odelia. O con Miss Livy, y discúlpate con ella. ¡Ahora! —gritó al ver que Samanta se resistía.

De nuevo la pequeña salió corriendo, esa vez hacia su cuarto, pero en la puerta la aguardaba Livia, erguida como una vara.

—Quiero hablar contigo, Samanta.

Toda la alegría de ver a la antigua institutriz se desvaneció. Había olvidado lo severa que podía ser. De todos modos, no pudo evitar que la condujese hacia el interior de la habitación. Livia se sentó en el borde de la cama y juntó las manos en su regazo.

—Me alegra verte de nuevo, Samanta —comenzó a decir—, pero creí que habías aprendido a ser buena. Me causa pena ver que sigues diciendo cosas feas de los demás. Hoy agraviaste a Arturo y a Cecilia sin razón. ¿Crees que ellos eligieron tener problemas y no ser como los otros niños?

La pregunta aguardaba respuesta, así que Samanta se encogió de hombros al decir:

—¿Y qué culpa tengo yo si no es así?

—La de no ser agradecida por no poseer defectos ni enfermedades, y la de no ayudar a los que sí los padecen. Arturo nació con ese labio, que se llama leporino, y debió acostumbrarse a comer y a reír de manera diferente a la de los demás niños. Nadie se burló de él en la mesa, solo tú. ¿Cómo crees que se siente Arturo ahora?

Samanta miraba un punto de la habitación con empecinamiento.

—No le pediré perdón —afirmó con voz rotunda.

—Harás algo mejor que eso, irás con él y le darás la mano para llevarlo a ver tus juguetes. Le hablarás como si nada hubiese ocurrido, y tendrás que hacerle olvidar el momento pasado.

Samanta clavó sus ojos, tan descaradamente Robinson, en los de Livia. La institutriz tenía tal firmeza en la mirada que parecía echar llamas mientras esperaba la respuesta.

—¿Quién es ese niño? —cedió la pequeña para darse tiempo.

—Arturo no tiene padres que lo cuiden, lo dejaron en un instituto que se ocupa de los menores ante esa situación, y necesita de amigos que le enseñen a jugar. Es más pequeño que los otros, te darás cuenta, y a raíz de su problema le cuesta relacionarse.

—¿Y por qué debo ayudarlo yo?

—Porque cuando le conté que en esta casa había una niña muy bonita que podía jugar con él sus ojos se iluminaron de contento y quiso conocerte.

Esa explicación diluyó la mueca de soberbia que afeaba la boca de Samanta. La pequeña volvió a ser infantil y curiosa.

—¿Sabe hablar o es como Cecilia?

—Sabe hablar.

—Entonces, quizá podamos jugar —accedió.

—Me alegra por él, pero también por ti, así tendrás un compañero de aventuras. Los otros son más grandes y no sé si les gustará jugar con niñas.

Eso aguijoneó el orgullo de Samanta.

—¿Por qué no? ¡Yo soy la dueña de casa!

—Aún así, los varones suelen ser déspotas y rechazar a las niñas.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que hacen lo que quieren y pretenden que los demás les hagan caso.

—¿El chico de las pecas es así?

—Alistair es el más déspota de todos —contestó Livia divertida.

Samanta alzó la barbilla.

—Ya le enseñaré a ser *déspota* en casa ajena —retrucó con énfasis.

Livia contempló satisfecha cómo Samanta se alejaba rumbo a la cocina de nuevo. Había logrado, al menos, hacerle ver que su persona era importante en la misión de tratar a los niños. Quizá, con tacto y paciencia, pudiera torcer esa veta autoritaria y cruel que detectaba en la niña. Pensándolo bien, el mayor déspota que había en la casa se hallaba borracho como cuba en el dormitorio. Y su sangre corría por las venas de Samanta.

*—No te lanzarás por esas calles a predicar, ¿no? —le dijo Homer, asaltado por una súbita premonición, ya que algunos boxeadores seguían ese camino al finalizar sus días de gloria.*

*Jeremías rio sin ganas.*

*—Ni siquiera eso hará que se me perdone la recua de agonizantes que dejé atrás.*

*Homer masculló algo entre dientes, como siempre que estaba disgustado con él.*

*—Esa muchacha, la que te visitó el otro día... me pareció una buena samaritana. Mantente alejado.*

*Homer tenía razón. Él era un maldito que todo lo enturbiaba. Hasta Alma se perdería por estar a su lado.*

*—Robin, no te confundas, no creas que esta gente te dará un lugar en su mesa. Para ellos sigues siendo un boxeador, nada más.*

*¿Y Alma? Ella no, ella era distinta. Lo amaba por lo que supo darle, por esa parte de Jeremy que las calles no habían logrado apagar del todo. Alma encontró*

*esa pequeña luz y logró mantenerla encendida un tiempo. Luego, ella misma entró en la oscuridad.*

*Alma Robinson, la amante de Elijah Gardiner. Forzada o no, conoció los brazos de otro.*

*Y entonces nació Cecilia.*

*—¡Cecilia!*

Jeremías se enderezó despabilado por su propio grito, que se hizo camino en su pesadilla.

Casi al instante, la puerta del dormitorio se abrió y entró Livia.

—¡Señor Robinson!

De paso hacia el cuarto de los niños, oyó el espantoso aullido, mezcla de aprensión y furia, y no pudo evitar el atrevimiento de entrar sin llamar. La conducta de Jeremías desde su llegada no había sido la propia del señor de la casa que debía ocuparse de sus nuevos huéspedes. La eludía, y también a los demás.

Descubrió que el hombre miraba sin ver, presa de espíritus internos. Los ojos relucían en su rostro duro y poco agraciado, y el desaliño evidenciaba que había seguido bebiendo. Las botellas en el suelo lo confirmaban. Livia las levantó y las alineó sobre la cómoda, en burlona ostentación de su vicio. Un vaho a licor flotaba en el ambiente. Abrió la ventana, pese al frío reinante, y dejó que el aire contribuyese a devolverle la lucidez. Recogió también la ropa tirada y dobló la manta que había resbalado de la cama. Ella podía desarrollar una paciencia infinita, no exenta de dureza. Así como forzó a Samanta a volver sobre sus pasos, lograría que ese hombre restaurase su relación con la hija mayor. Y no sería protegiendo su vicio como lo obtendría, de modo que debía empezar en ese mismo momento.

—Ordenaré que le preparen un baño, señor Robinson —le dijo con toda la indiferencia que pudo reunir.

Jeremías enfocó la vista en esa silueta garbosa que se movía por la habitación sin entender qué hacía ni si era parte de su sueño anterior. El aroma de hierbas lo despertó del todo. La institutriz había entrado en su cubil.

Sin duda no era consciente de lo que eso significaba, o no lo habría hecho.

—Váyase, señorita Cañumil.

—Cuando termine de acomodar esto me iré y lo dejaré en manos de su sirviente.

—Yo no soy uno de sus malditos niños.

—Entonces no se comporte como ellos.

—¡Váyase, o no respondo de mí!

En lugar de amedrentarse, Livia lo encaró con la manta en los brazos.

—Señor Robinson, no levante la voz o quedará expuesto en toda su ignominia ante su propia familia. Antes de que Cecilia regrese debe pulir su aspecto y dejar de beber.

Jeremías la contempló atónito.

—¿Dejar de beber? Estimada benefactora, debería saber que la bebida es lo que me mantiene vivo. Sin ella, estaría durmiendo la muerte en un pozo hace mucho. Qué poco saben las mujeres como usted, formadas en las convenciones, de lo que un hombre necesita.

—No quiero saberlo.

—Me lo imaginé. Seguro se horrorizaría.

—No lo crea tanto.

—Ah, ¿no?

Jeremías saltó sobre ella sin aviso, con una agilidad sorprendente en un hombre bebido que acababa de despertarse. Livia soportó el embate de pie, aferrada a la cómoda de donde estaba sacando ropa limpia. Las botellas volvieron a rodar por el piso.

—Suélteme.

—Debería aprender lo que un hombre necesita por las mañanas, cuando despierta.

—Es mediodía, y todos han comido. Solo usted duerme la mona.

—Cállese, señorita, tiene la lengua muy larga. ¿Se lo dijeron?

Livia se movió dentro del abrazo, pero no consiguió quitarse al señor Robinson de encima. Si hubiese estado sobrio no habría sido tan difícil, pues al tiempo que se indignaba por su comportamiento ella sabía que cuando fuese consciente de sus actos él se sentiría avergonzado, y eso le impedía pegarle un rodillazo o clavarle el puño en las costillas.

—Quítese.

La boca de Jeremías comenzó a recorrer, morosa, el camino de sus mejillas ardientes. Pronto encontró los labios carnosos de Livia y allí se detuvo, rozando con la lengua el contorno blando y forzándola a abrirlos. Livia sintió que aquel roce encendía una hoguera en su interior. Entreabrió los labios y permitió que la lengua de Jeremías, empapada de licor, jugase en el interior de su boca, desafiándola a responder del mismo modo, enseñándole lo que un hombre necesitaba, como él decía. ¿Y qué había con respecto a lo que una mujer necesitaba? Ese pensamiento dio alas a Livia, que devolvió el beso con vigor inusitado. Jamás la habían besado otros antes que él. No era difícil, sin embargo, solo tenía que soltar el deseo que aleteaba en su vientre. Absorber, por un instante, la fuerza de aquel hombre que no era para ella. Volvería a su tierra un día, y solo llevaría el recuerdo de ese beso y la intensidad de las emociones que le despertaba el señor Robinson.

Cerró los ojos a cualquier otra consideración y se abandonó a las caricias.

La mano de Jeremías se aventuró en el talle de Livia y presionó la cintura breve y elástica. Percibió el momento justo en que la joven se abandonaba y, como una fiera al acecho, aprovechó esa debilidad. Un ronroneo de satisfacción acompañó el movimiento cuando la apretó más contra su cuerpo robusto. Podía hacerla suya allí mismo, contra la cómoda de su cuarto, entre la manta caída y las ropas que ella

buscaba, envueltos en el aroma silvestre de ella y el vaho de alcohol de él, uniendo sus propias y desconocidas miserias. Desataron entre ambos los placeres contenidos y se fundieron en un abrazo que les quitó la respiración. No solo se besaban, se bebían el uno al otro, aspiraban su necesidad de un amor sin límites, la libertad de amar más allá de las fronteras de sus países o de sus diferencias. Livia captaba la emoción profunda que ese hombre dejaba brotar de sus entrañas, y Jeremías, a su vez, se deleitaba en la entrega de esa mujer que conocía algo de sus oscuros secretos, no obstante, permanecía junto a él con fuerza inquebrantable.

—Jeremy.

La voz neutra y controlada les asestó un mazazo en la nuca. Se separaron como si el cuerpo del otro quemase.

De pie en el vano de la puerta, con una mano en el picaporte y una expresión indescifrable en el rostro, Odelia les traía un anuncio.

—Cecilia ha llegado. Francis está descargando sus baúles. Se hizo como ordenaste, Jeremy.

Luego, como si no acabase de ver a la institutriz revolcándose con su cuñado, Odelia cerró la puerta sin hacer el más mínimo ruido.

Los ojos de Livia interrogaron a Jeremías.

—Envié un billete con el aviso a la escuela Mann antes de salir de Lyman —explicó—. Dije que mi cochero pasaría por ella.

«Y Francis eligió este momento para llegar, el muy inoportuno», pensó hacia sus adentros.

Jeremías se pasó la mano por los cabellos y evitó el contacto con Livia al alejarse. Ella, en cambio, le sostuvo la mano.

—Señor Robinson, ahora que Cecilia ha vuelto quisiera que usted y ella empezaran a conocerse mejor.

Hablaban como si no hubiesen dejado rastros de fuego en su piel momentos antes y no existiese un hueco en sus almas que apenas habían alcanzado a vislumbrar. De nuevo la niña sorda, ciega y muda se convertía en la única razón de sus relaciones.

Robinson la miró con el dolor reflejado en sus extraños ojos de tantos matices.

—Trataré —se limitó a prometer.

La otra parte de su secreto, la más temida, nunca saldría a la luz. Estaba decidido a eso, a pesar de que un pensamiento recóndito se abría paso desde adentro, reclamando autoridad. Era la idea de que, si había alguien en el jodido mundo capaz de entender lo que le carcomía el alma, era esa mujer salvaje disfrazada de institutriz.

Jeremías comprendió, en un destello de lucidez, que Livia y él acababan de encontrarse, al igual que un astro encuentra su órbita, o un río el cauce que lo lleva al mar. Que a partir de ese momento, si nada sucedía entre ellos, los dos vagarían en soledad por sus respectivas oscuridades. Y quizá, solo en caso de que todo aquello fuese cierto, sus espíritus se reunirían en el Más Allá, donde tomarían forma de niebla y se perderían juntos para siempre.



## CAPÍTULO 22

**A**un sin reponerse del asalto a sus sentidos, Livia intentó borrar de su mente todo cuanto no fuese esa jovencita que se ponía de pie, atenta al cambio de aire en la habitación, cuando ella entró.

Cecilia. Hermosa y distante como siempre, más delgada, y por cierto bastante triste, como le había anticipado la señora Parker. Vestía un tapado azul con solapas de piel de las que emergía su cuello fino de garza. La habían peinado con trenzas, igual que a una niña pequeña, y verla así, reducida a una eterna condición infantil, le provocó inmensa tristeza.

—Querida —murmuró, caminando hacia ella con las manos extendidas.

Apenas se rozaron, la expresión de Cecilia cambió. Brillaron sus ojos cristalinos, y una sonrisa surgió de sus labios húmedos. La niña no podía apreciar el cabello despeinado de su maestra, ni el rubor en sus mejillas; tampoco el detalle de la blusa que sobresalía de la cintura de su falda. Ella solo veía con los ojos del corazón la fuerza de aquellas manos que de nuevo la tocaban, la sostenían. Y su fino olfato de ciega se reencontraba con el aroma amado. «La otra» había regresado. La única que desgarró la niebla que la envolvía, la que encontró significados y le devolvió algo de la esencia perdida.

«Mamá» había sido antes, ahora era «la otra».

Detrás de ellas, los niños contemplaban la escena ensimismados. Los mayores admiraban la belleza de la recién llegada, mientras que Arturo, confuso ante el cariño que su maestra dedicaba a la extraña, se sintió de pronto triste y abandonado. Su manito buscó por instinto la de Samanta, que estaba a su lado. La niña lo miró asombrada. Luego se dio importancia y le dijo al oído:

—Es mi hermana. No habla, ni ve ni oye. Está peor que tú.

Joseph se extasió ante la etérea hermosura de Cecilia. Era una princesa de cuentos, tan alta, tan rubia, tan blanca y con ojos tan claros. Comprendió que algo iba mal con ella cuando vio a Livia tocarle las manos con las palmas vueltas hacia arriba. Con un instinto nacido de sus ancestros, el niño indio supo que la muchachita era también una desahuciada, solo que forrada, como decía Alistair.

Odelia también contemplaba el reencuentro, templada por una entereza que no sentía. Creyó como una ilusa que la llegada de Cecilia podía devolver las cosas a su sitio, cada uno en la tarea que le correspondía, y que la institutriz viviría volcada a la niña como antes. Sin embargo, la escena que acababa de ver cambiaba el panorama. Por más que llegase una legión de niños y enfermos a Greenwood, la capacidad de Livia Cañumil por abarcarlo todo no tenía límites. Podía ser maestra, institutriz, reeducadora y amante. Y eso la reducía a ella, Odelia Hamilton, a un papel segundón de tía. ¡Tía, cuando era la mismísima madre de Samanta! Ojalá pudiese gritar esa verdad a los vientos y acabar para siempre con la farsa que ella estuvo de acuerdo en



mantener desde el principio. Muerta Alma, le pesaba esa promesa como la lápida de su hermana al hundirse en la tierra blanda del cementerio.

Jeremías había bajado al vestíbulo para recibir a Cecilia y miraba, sintiéndose un poco fuera de sitio, cómo la niña se abrazaba con la mujer que él había estrechado momentos antes. Apenas tuvo tiempo de acicalarse para disimular su borrachera.

—Ven —dijo Livia, tirando del brazo de Cecilia y llevándola con firmeza hacia el padre.

Puso la mano de este sobre la de la niña, que quedó oculta por la anchura de aquella palma. El rostro de Cecilia adquirió seriedad primero, y luego esbozó una pequeña sonrisa, leve y esperanzadora. El tacto, su otro aliado en la lucha contra la oscuridad en la que vivía inmersa, le anunció otro reencuentro. Era la mano que la rehuía y de nuevo la tocaba.

La niebla gris se volvió dorada. Inspiró el aire y se hinchó con la ilusión de volver a sentir lo que en su memoria luchaba por emerger. Mamá. Antes.

Livia miró a Jeremías con gratitud. Era un pequeño logro, que cimentaría los que siguiesen. Si para obtenerlos debía soportar la angustia de sentirse atraída por un hombre que jamás le haría un sitio a su lado, lo haría. Era otra meta, como la de ser una maestra salida de las tolderías. Podía con eso. Y quién sabía con cuántas cosas más.

La llegada de Cecilia impuso un nuevo ritmo a la casa. Retornaron las clases, con el añadido de las que Livia se empeñó en dictar a los demás niños. Estaba descartado que viviesen ociosos, de modo que ella sola organizó un horario de clases compartidas y ejercicios vigilados por la tarde. En ese nutrido programa, las actividades sociales se entremezclaban como puntadas de color en un tapiz monótono. Cada semana llegaba algún visitante que entretenía las veladas en el *parlor*. Muchos, a decir verdad, acudían para contemplar de cerca la obra de bien que llevaba adelante aquella maestra Normal venida de tan lejos. Livia se convirtió, sin proponérselo, en un modelo del progreso intelectual de Nueva Inglaterra. El desfile era incesante. Y Odelia, la anfitriona. Jeremías se había vuelto tan huraño que solo procuraba no desairar y luego desaparecía antes de que finalizase la reunión. Para Livia, aquellos encuentros adquirieron el valor de una verdadera educación.

Miembros de la Asociación Cristiana de Mujeres Jóvenes de Boston acudieron para trabar relación con ella como posible embajadora de su labor.

—Hace más de veinte años que existe nuestra asociación —le dijo una señorita mayor muy amable y culta que mostró real interés en los progresos de Cecilia—, y sigue siendo necesario brindar apoyo a las jóvenes, en especial a las que emigran de las zonas rurales a las ciudades; su situación es delicada. Usted lo sabrá por experiencia, hay incontables peligros.

—Y todos provienen de los hombres —acotó otra, que acompañaba cualquier comentario con un pañuelito primoroso junto a su boca—. El trabajo en las fábricas es cada vez más absorbente, y nuestras muchachas se ven arrastradas hacia esta vida urbana, tan distinta de la dulzura inocente de sus pueblos de origen.

—Los hombres —retomó la primera— solo desean vernos sometidas. En fin, no es nuestra misión atacar eso, salvo indirectamente. Nosotras velamos por el aspecto práctico de la cosa.

A las damas les satisfacían las ropas sencillas de Livia, que no buscaban agrandar al género masculino. Lo único que a veces las hacía dudar eran esos ojos rasgados, cuyo brillo desconocido dejaba traslucir profundidades remotas.

Infinidad de asociaciones voluntarias, instituciones y movimientos sociales reflejaban el poder colectivo que habían adquirido las mujeres en los últimos años de ese siglo. Livia absorbía esas ideas con avidez. La embriagaban las posibilidades que ofrecían, y a la vez se ilusionaba con transmitir las a su regreso. Pensaba poco en el regreso, era un tema doloroso, ya que suponía separarse de Cecilia y de los niños. Y de Jeremías. Aun sin confesárselo, la distancia impuesta por ambos le carcomía el alma. Las continuas visitas de cortesía, llenas de ideas nuevas, le permitían diluir esa tristeza y abrazar causas que ella hacía propias en su condición de mujer. Pero a pesar de la euforia intelectual, Livia intuía problemas bajo la superficie. Había situaciones sin resolver. El contacto con Frances Harper le había abierto los ojos respecto de la segregación racial, y algunos comentarios al pasar entre Jeremías y los visitantes masculinos la informaron de la grave crisis económica que enfrentaba el país.

Al igual que en la Argentina, los procesos políticos dejaban a su paso saldos de penurias. Resultaba extraordinario que, al tiempo que los Estados Unidos se desangraban en cuestiones raciales y laborales violentas, sus habitantes fuesen capaces de progresar en semejantes ideas filosóficas y tales avances científicos. Livia pensó que ambos países eran bastante parecidos, después de todo. También Sarmiento había realizado el primer censo de la Argentina en medio de revueltas, y establecido un sistema de educación que casi llevó al cisma religioso. Tal vez, se dijo Livia, así fuera como progresaban las naciones. Era una idea novedosa que le sugería cientos de preguntas.

Otras muy diferentes eran las preguntas que ella debía responder durante las clases.

Los niños acataron el plan de su maestra con diferentes humores. Para Cecilia, constituyó una fuente de nuevas sensaciones. La niña no había hecho progresos en la escuela Mann en el último tiempo sin duda no contaba con la maestra adecuada, o tal vez su estado de ánimo habría influido en su contra. Livia decidió poner en práctica los apuntes de Anne Sullivan, con su sistema de signos y su correspondencia con la mímica y el punteado. Envolvió en hilos una aguja de bordar, más gruesa que las de costura, y fabricó un punzón para enseñar a la niña la lectura en Braille. Resultaba paradójico que ese instrumento, que había sido la causa de la ceguera accidental de

Louis Braille cuando niño, fuese ahora la herramienta principal para educar a los ciegos. Primero tuvo que aprender ella misma ese alfabeto de puntos en relieve ordenados en celdillas, para poder enseñárselo a Cecilia. Las indicaciones de la señorita Sullivan fueron de mucha utilidad, pues se basaban en su propia experiencia al aprender el sistema, y además en inglés, lo que para Livia constituía un desafío aún mayor. Así fue como pudo instruir a Cecilia en la dirección que debían seguir sus dedos: de arriba a abajo, de izquierda a derecha y, ante su asombro, descubrirle el mundo de los significados. Era un paso gigantesco. Si surgían palabras que ella desconocía, complementaba la lectura con el antiguo sistema de mímica que a la niña ya le era familiar.

Livia captó que Joseph miraba con interés la educación especial de Cecilia.

—¿Te gustaría aprender el Braille? —le preguntó un día.

Por toda respuesta, Joseph tomó de sus manos la aguja y punteó en el cartón que la maestra sostenía un grupo de agujeros que, con sus ausencias y presencias, decía claramente:

—Por supuesto.

Admirada de la velocidad mental del muchacho, Livia concibió de pronto la idea de contar con Joseph como ayudante en la instrucción de Cecilia. Había notado, además, que su presencia era un bálsamo para la niña. A pesar de no verlo ni entender bien quién era, Cecilia mostraba un comportamiento más calmo cuando Joseph se hallaba cerca de ella. Ese hecho sorprendente reafirmaba la opinión de Livia sobre el desarrollo de los sentidos que seguían vivos en la niña. Aunque no veía ni oía, ella percibía en otro nivel cosas que a una persona bien dotada le habrían pasado por alto. Tampoco olvidaba el episodio vivido por ambas en Blue House, cuando el espíritu de Alma Robinson los visitó.

Alistair y Samanta eran otro cantar. A pesar de las diferencias de edad entre ellos, parecían gemelos en sus travesuras. O bien la pequeña Robinson era muy precoz, o el sabandija irlandés se ponía a su altura para molestar a todos. El servicio ya estaba harto de quitar ranas de los armarios, revolver los canteros en busca de utensilios escondidos o poner candado a la despensa para evitar los hurtos de golosinas, la debilidad de Samanta.

Livia era dura con ellos, y el castigo siempre se revestía de trabajo en favor de alguien, una constante en el pensamiento de los habitantes de Concord. Si se cometía una falta, que su penitencia redundara en beneficio de todos.

En cuanto a Arturo, el pobrecito no hallaba su sitio en medio del irregular colegio instaurado por su maestra. Samanta tanto lo aceptaba como lo eludía, dependiendo de si Alistair le prestaba atención o no, ya que la niñita adoraba en secreto a ese pecoso de mirada sagaz. Jugaba con Arturo cuando Alistair salía con Jeremías o visitaba el establo en compañía de Joseph, mas al verlo regresar se pegaba a sus talones y olvidaba al pequeño. Livia lo incluía entonces en las clases de Cecilia y Joseph, pero Arturo se aburría y su semblante triste decía a las claras que se sentía abandonado. La

joven maestra forzó sus memorias de los días en la escuelita de la laguna para aplicar las mismas técnicas que Elizabeth con el grupo desparejo que habían formado en aquel entonces. Idéntica diferencia de edades, la misma situación deplorable. De algo tenía que servir haber sido una alumna pobre en una escuela perdida en la pampa.

En esos pensamientos estaba cuando vino en su auxilio un recuerdo: Misely había ideado un modo ameno de ilustrar los conocimientos que impartía. Pedía a sus niños que dibujasen, al regresar de una excursión o al cabo de una clase especial, lo primero que viniese a sus mentes. Luego, entre todos, se explicaban los detalles de los dibujos y se aprovechaba para reforzar la lección.

Decidida, anunció a Odelia que iría al pueblo a comprar materiales de dibujo.

—Puedo ir caminando —aclaró, previendo que la señora Hamilton no le ofrecería el coche.

El centro de Concord no estaba lejos de Greenwood.

—Sé que puede —contestó con frialdad Odelia—, al igual que puede con todo lo demás. El caso es que no quedaría bien que la vieses embarrándose y aterida de frío mientras el carruaje se muere de risa en la cuadra. Supongo que necesitará dinero también.

—Oh, no, tengo mi salario y no creo que estos útiles sean tan caros. Me preguntaba si no habría en la casa elementos de dibujo, en caso de que no pueda ir hoy.

—Los hay. A veces Samanta juega con ellos.

—Si me dice dónde están, le enseñaré a compartirlos.

—Parece dispuesta a enseñarnos algo a todos, señorita Cañumil.

El mordaz comentario decía a las claras que condenaba a Livia por su acercamiento al cuñado. Ambas habían intentado ignorar el episodio, y la presencia casi continua de visitantes les ayudaba a llevar adelante ese propósito. Ahora que debían dirigirse la palabra, no resultaba fácil mantener en el olvido semejante escena.

Livia decidió ser sincera, una vez más.

—Sé que no me comporté como debía en esta casa, señora Hamilton, y no me siento orgullosa de mi conducta.

—Desde luego. Me pregunto qué dirían todas estas mujeres que vienen a admirarla si supiesen de sus relaciones ilícitas. Prefiero no desilusionarlas, por lo que podría afectar a Greenwood. También me ha decepcionado, señorita Cañumil, al punto de hacerme dudar de si está usted capacitada para educar a las niñas.

Livia tuvo que admitir que no le faltaba razón. Su comportamiento había dejado mucho que desear, y entendía que si no la habían echado de Greenwood era porque Odelia Hamilton no quería hacerse cargo de Cecilia, y Jeremías tampoco deseaba internarla en la escuela Mann. No había otra solución que la de aceptar a la indecente maestra extranjera que, por otro lado, también se ocupaba de la incómoda presencia de tres futuros delincuentes.

Así tradujo Livia la expresión condenatoria de Odelia Hamilton. Y decidió asumir la responsabilidad.

—No volverá a suceder —comentó con voz firme.

—Eso espero. Mi cuñado no es un hombre frágil, pero como todos los hombres ve faldas y corre tras ellas. Una cara nueva lo atrae, en especial si la tiene bajo su mismo techo. Se lo digo para que no se haga ilusiones, señorita Cañumil.

Ilusiones. ¡Qué poco sabía aquella dama de la falta de ilusiones en personas como ella, que debían luchar a brazo partido contra las injusticias, las insinuaciones y los estigmas!

—Aclarado este punto, le diré a Francis que la lleve al pueblo. Ignoro dónde están esos útiles de dibujo, y será mejor que compre cantidad suficiente para todos.

Odelia dejó el bastidor de costura en un canasto junto al sillón y se levantó con aires de reina. Antes de salir, se volvió para agregar:

—Espero que esto no se interponga entre nosotras y acepte tomar el té conmigo de tanto en tanto. Extraño nuestras charlas.

Era insólito que aquella mujer le propusiese eso luego de tan duras palabras, pero Livia supo entender que Odelia no podía quedar al margen del movimiento que giraba en torno a ella en la casa. Si Livia Cañumil era bienvenida en los altos círculos intelectuales de Boston, no se diría jamás que Odelia Hamilton no formase parte de sus amistades.

Llevó a Arturo, que asomaba medio cuerpo afuera del carruaje, eufórico por el privilegio de acompañar a la maestra. Su chaqueta raída y los pantalones remendados demostraban que nadie se ocupaba de él desde hacía mucho. ¡Era tan escasa la ropa que había sacado de Lyman cuando partieron! Livia pudo obtener de las señoras acomodadas de Concord una donación de aquellas prendas que sus hijos ya crecidos no usaban, pero fuera de eso nada tenían aquellos niños «tercos», como figuraban en los datos del reformatorio. Habían llevado con ellos esas fichas, para seguir completándolas durante el tiempo que velasen por los muchachitos, un compromiso que adoptaron ella y el señor Robinson al sacarlos de allí. Otra cosa que los unía.

Livia intentó no pensar en eso mientras el carruaje circulaba en torno a la plaza de Concord, iluminada por los faroles que los negocios encendían desde temprano, dado que en esas latitudes oscurecía a las cuatro y media de la tarde en invierno. Dejaron atrás la iglesia junto al cementerio, y se detuvieron en una calle bordeada de casas de tejas. Había llovido, y el suelo brillaba bajo la alfombra de hojas.

—Espéreme aquí, por favor —dijo Livia a Francis al descender del coche.

Caminó llevando de la mano a Arturo hacia una pequeña librería de colorido escaparate. Sobre el frente se balanceaba un cartel verde que anunciaba *Bookshop* en letras doradas, y ostentaba un libro abierto con signos ininteligibles.

—¿Qué dice? —preguntó Arturo a su maestra, que según él todo lo sabía.

—Está en el idioma de los duendes —le contestó ella con una sonrisa.

Arturo entró a la librería en estado de deleite al escuchar esa respuesta y el sonido de la campanilla de la puerta. Recorrieron los anaqueles repletos de encuadernaciones con arabescos y bellas láminas pintadas a mano. Sobre un colchón de rosetas de celofán, el negocio ofrecía pequeñas bibliotecas infantiles que recreaban leyendas medioevales.

Arturo se extasió contemplando dragones que echaban fuego por la boca y torres que ocultaban a los guerreros armados.

—Niño, no toques —le dijo de mal modo un dependiente cuando lo pescó rozando la tapa de un libro con su dedito sucio.

Ajena al suceso, Livia se acercó al mostrador y esperó a ser atendida. Pronto tuvo ante ella cuadernos de dibujo de diferentes colores y variedad de lápices y pinceles. El vendedor le aconsejaba sobre la conveniencia de usar pasteles, cuando un ruido proveniente de los pasillos los interrumpió. Livia alcanzó a ver a Arturo arrastrado por un empleado que lo sacaba a empujones del sitio donde ella lo había dejado.

—¡Señor! —exclamó indignada, y corrió en auxilio del pequeño.

Azorado, el vendedor la siguió, temiendo que aquel chicuelo hubiese intentado robar algún artículo y la mujer fuese la encargada de distraerlo. Había pescado su acento extranjero y notado su aspecto peculiar.

—Suéltelo —ordenó Livia, conteniendo el tono lo más que pudo.

—Este mocoso —insistió el dependiente— estaba estropeando todos los libros.

—¿Cómo podría un niño tan pequeño hacer eso en tan poco tiempo?

—Mire —y levantó la manito de Arturo para mostrar el hilo dorado que había encerrado en ella—. Era uno de los adornos de las encuadernaciones.

El pobrecito miraba a Livia con el llanto contenido en sus ojos y en su boca deformada. Ella casi se pone a llorar junto a él.

—Suelte al niño, señor, o llamaré a la policía.

—A la policía la llamaré yo mismo, si se trata de un ladronzuelo —terció el vendedor, que era en realidad el dueño, ofuscado al ver el daño causado a la encuadernación.

—¿Pero qué clase de persona acusa a un niño de querer tocar lo que ve? —gritó Livia, ya olvidada de todo decoro.

—Señora, no levante la voz —y el vendedor miró en todas direcciones—. Le ruego que salga de este negocio en paz, o nos obligará a llamar a la autoridad.

Livia entrecerró los ojos y se cruzó de brazos con aire decidido.

—Haga eso, señor, llame a la policía, así veremos quién de todos comete delito aquí.

—Por favor, señora —y el vendedor ya se impacientaba, pues no estaba seguro de que aquella mujer fuese una dama.

—Ven, Arturo —Livia lo tomó en sus brazos, y el niño soltó lo que había estado conteniendo. Los gritos y el llanto provocaron incomodidad en los demás clientes,

que se apresuraron a salir de la librería. Livia le quitó el hilo dorado y se lo tendió al hombre con altivez.

—Aquí tiene su tesoro. ¿Cuánto cuesta? Se lo compro, para que no piense que somos ladrones.

—Señora, sea razonable, este es un negocio decente.

—¿Y nosotros no lo somos? ¿Qué quiere decir, señor?

Era difícil discutir en inglés, a Livia no le venían con rapidez las palabras cuando se ofuscaba. Lo que sí le nacía era aplicar un puñetazo al hombre que se mostraba tan desagradable con un niño por algo tan nimio, pero aun en medio de su rabia era consciente de que no podía dar ese mal ejemplo a Arturo y que su comportamiento trascendería, perjudicando a Greenwood y, por ende, a Cecilia.

El dependiente aguardaba una orden para salir en busca del oficial de policía, y el dueño hesitaba. ¿Quién sería aquella mujer, después de todo? Maldito el momento en que se le ocurrió entrar a su negocio. Con lo poco que se vendía a causa de la crisis, y acababa de expulsar a todos sus clientes. La campanilla de la puerta volvió a sonar y el hombre giró esperanzado, creyendo que entraba un comprador.

Jeremías atravesó la librería chocando con los anaqueles como un elefante en un bazar. El reclamo de Francis lo había hallado a mitad de camino. Llevaba la camisa enrollada en los antebrazos, chaleco, y una fusta en la mano. El vendedor creyó morir al ver semejante traza de hombre. ¿Sería el acompañante de la mujer? ¿Un par de ladrones de feria? Era nuevo en la zona, le había comprado el negocio a la viuda del antiguo dueño, y no conocía a los pobladores. Mala cosa si aquellos dos eran vecinos suyos.

—¿Algún problema, querida? —dijo Jeremías apenas vio a Livia con Arturo en brazos.

Ella casi se desmaya ante el apelativo, pero comprendió que era en beneficio del dueño.

—Nada grave —respondió con aplomo—, salvo que este señor supuso lo que no era. Arturo tocó los libros, y creyó que le estaba robando.

La mirada asesina de Jeremías clavó al hombre en su sitio cuando pretendía explicar lo sucedido de manera más benévola. Entonces, aquellos dos sí eran parte de la comunidad de Concord, y él acababa de cometer un terrible error. Claro que el error lo cometió su dependiente, contra el que de inmediato dirigió su furia.

—¿Cómo es que no notó la diferencia, Jones? —le soltó con nueva indignación—. Después de todo es un niño, nada más. Es natural que toque lo que ve.

—Eso mismo es lo que yo le dije, señor —lo acusó Livia.

—Mil perdones, señora, señor... No sucederá de nuevo. Por favor, elija lo que desee de mi tienda. Mejor, que el niño lo haga. ¿Qué quieres, pequeño? ¿Te gustan estos? —Y le mostró unas baratijas que acompañaban a unas colecciones de bolsillo.

Arturo miró por sobre el hombro de Livia hacia las leyendas medioevales.

—Creo que le gustan estos —repuso Jeremías, tomando uno de los libritos repujados en oro.

El dueño tragó bilis.

—¿Es eso lo que quieres, pequeño? —insistió, esperanzado en una negativa.

Arturo asintió con timidez, y el hombre maldijo en veinte idiomas mientras indicaba que envolvieran el libro. Luego ajustaría cuentas con su dependiente.

—Los otros artículos... —sugirió, mirando hacia el mostrador donde habían quedado las hojas y los lápices.

—Los pagaré —afirmó Livia—. Dígame cuánto.

El hombre fingió calcular y al final se los vendió por una suma irrisoria, pues lo único que deseaba era verlos fuera de su negocio.

Salieron bajo una fina llovizna que acentuó la tristeza del momento vivido. Francis, despeinado y con el rostro rojo por la velocidad con que azuzó a los caballos para pedir auxilio a su patrón, asistió a Livia sin decir nada. Recorrieron el centro de Concord en un silencio que multiplicaba el repiqueteo de los cascos en el adoquinado.

Antes de tomar el camino de Greenwood, Jeremías se inclinó y dijo al cochero:

—A Hartwell, Francis.

Los caballos obedecieron la orden que imprimió el hombre y torcieron su rumbo por una calleja en la que se avistaba un farol balanceándose sobre una marquesina de rayas rojas y blancas.

—Aquí podrás mojarte el gaznate y dar de comer a los caballos —le comentó Jeremías a su cochero mientras saltaba del carro.

Las ventanas de la taberna lucían como ascuas en la noche. Una alfombra en el umbral y un pórtico colonial pintado de azul los recibieron.

—Dicen las malas lenguas que aquí se alojaron los colonos después de los primeros disparos que culminaron en la revolución.

Jeremías la condujo, tomándola del codo, mientras le mostraba los vestigios históricos.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros? —quiso saber Livia.

—Lo que oyó, mojarnos el gaznate también.

—Arturo...

—Ya le encontraremos una bebida apropiada.

Livia se dio cuenta apenas entraron de que Jeremías le tomaba el pelo, y que aquella taberna era más bien una posada, en la que tanto se podía beber licor como leche con galletas.

—¿Qué se van a servir los señores?

La regordeta camarera colocó ante Arturo un platillo de bizcochos. El niño sonrió, una sonrisa ancha y descuidada que mostró sus encías bajo el labio carcomido. La mujer no pareció impresionada, al contrario, le pellizcó las mejillas y le prometió leche batida. Satisfecha, Livia sonrió también.



—Tomaré lo mismo —dijo.

—Lamento que no me acompañe con algo más fuerte.

—Preferiría que tampoco usted bebiese, señor Robinson.

—Hágame el favor de permitirme algo de solaz después de haber acudido en su auxilio con lo puesto.

—Gracias.

Jeremías la miró por sobre la pizarra donde figuraban los menús.

—De nada. De tanto en tanto me gusta salir en defensa de las damas a capa y espada, solo para mantenerme en forma.

—Habría deseado golpear a ese hombre horrible.

—Lo sé, llegué justo a tiempo de evitarlo. Hubiese debido acudir entonces al departamento de policía, algo mucho más engorroso, sobre todo porque tengo antecedentes que ocultar.

Lo había dicho en son de broma, pero de pronto aquella declaración se tornó sospechosa en sus labios y a los oídos de Livia, que se limitó a decir:

—Me pregunto cómo las leyes pueden tratar a los niños igual que si fuesen adultos.

—Señorita Cañumil, está viviendo en un país donde la independencia de carácter es un valor en alza. Aquí los padres no miman a sus hijos, los educan en el valerse por sí solos, cuanto antes, mejor.

—Aun así, Arturo...

—Arturo u otro, da lo mismo. Él tiene una desventaja —y Jeremías señaló con la ceja levantada al pequeño que se entretenía chupando su bizcocho—, pero sigue estando sujeto a las normas morales de la sociedad.

Al ver la expresión de Livia, dulcificada por el sentimiento que profesaba al niño, Jeremías se preguntó cómo sería ella con un hijo propio en los brazos, y esa idea lo tomó por asalto, debilitándolo. Nunca, hasta ese instante, había pensado en ella más allá de su condición de mujer, pese a verla ocupándose tanto de su pupila como de los internos. Ese episodio en el que como leona había defendido a su cachorro mostraba el tipo de madre que podría llegar a ser. Alma había sido buena madre hasta para criar a su sobrina, pero ya fuese por su carácter dulce o por la enfermedad que la aquejaba era incapaz de ser firme y maternal a la vez. Prueba de ello eran los caprichos de Samanta, y la dejadez en llevar a Cecilia a una escuela especializada. Él había pensado entonces que no tenía por qué imponer esa decisión si no estaba seguro de que fuese su hija, pero ahora que veía el modo en que Cecilia progresaba con solo un poco más de atención y cuidados se sentía miserable por no haber insistido. Quizá su esposa intuyó que por culpa de su sospecha no se ocupaba de la niña.

Jeremías paseó su mirada por el local, evitando la de Livia. Ambos procuraban eludir el recuerdo del dormitorio, aparentar que nada había sucedido. Era imposible, y aun así lo intentaban. Sin duda, Livia merecía tener a su lado a un hombre mejor que

él. Era prudente mantener la distancia para no arruinar su existencia, como le había ocurrido a Alma.

—¿Conoce la historia de este lugar? —preguntó, para alejar su mente de vericuetos peligrosos.

—La señorita Sullivan me había hablado de Lexington.

—Eso es cerca de aquí, un sitio muy apreciado. La acción siguió en Concord, y ya fue cosa de tiempo que estallara la revolución contra los ingleses. Se conmemora la fecha como día patrio. Hay una especie de rivalidad en decidir cuál es el pueblo más importante, si aquel donde sonaron los primeros disparos, o este donde se produjo la primera batalla.

Livia lo escuchaba con interés. Para ella el conocimiento tenía mucho valor, era el escudo que podía oponer a las malas lenguas, y su única arma frente al prestigio social de los otros. Sus batallas personales podían no ser tan espectaculares, pero en su interior resultaban igual de cruentas.

—Me gustaría saber más del tema, para explicárselo a los niños. He decidido hacerles dibujar las lecciones, un modo de atraerlos más.

—Buena idea. Pero ¿y Cecilia?

A Livia le agradó que se preocupase por ella.

—Está aprendiendo a leer en Braille y podrá seguir las explicaciones, aunque no vea los dibujos. He pensado —y se concentró en la idea, frunciendo el ceño— que tal vez, si el clima es propicio, algunas de estas lecciones podrían darse en el jardín o en el bosque de atrás, para incentivar en ella las sensaciones.

Jeremías la observaba hechizado por su capacidad para dedicarse de lleno a algo. En cierto modo era la misma que había aplicado él en su vida, tanto cuando robaba en las calles como cuando empezó a boxear. Se había propuesto sobrevivir y lo había conseguido. Que perdiera el espíritu en ello, ya era otra cosa. Eso le hizo recordar algo.

—No me preguntó nunca sobre mi hermano.

Livia tardó en responder.

—Imaginé que el recuerdo sería demasiado doloroso, y ya tiene usted otros problemas en su vida. Su hermano está muerto, pero las niñas lo necesitan.

La camarera trajo el pedido y hubo unos minutos de silencio hasta que Jeremías continuó, ignorando la respuesta de Livia.

—No éramos muy unidos. Malaquías era un poco mayor, y siempre fue más prepotente. Mientras que yo me apegaba a mi madre, él la despreciaba. Incluso le robaba las monedas del frasco donde ella ahorraba el dinero de su prostitución.

Dicha con tal brutalidad, la confesión era difícil de digerir. La vida de aquel hombre habría sido un infierno.

—Mis hermanos mayores se desparramaron por otros sitios y nunca volvimos a saber de ellos. A mi madre solo le interesaba subsistir, de modo que fue conveniente verse sola con dos niños, en lugar de seis. Yo era muy pequeño para valerme, aunque

aprendí rápido el oficio y también llevaba mi aporte a la casa. Eso, hasta que descubrí que mi hermano robaba las monedas. A partir de ese momento, trabajé solo para mí. Me mantuve alejado de mi madre para que no supiese que tenía mis ahorros. Siempre fui ahorrativo, es un defecto que me echaba en cara mi esposa.

—Los males de la infancia quedan grabados.

—En efecto, no pude deshacerme de la idea de que cada día era único en la lucha por la subsistencia, que ya no contaba el anterior ni sabía cómo sería el siguiente. Es una manera de ver el mundo. Alma no entendía que la conservase a pesar de haberme casado con ella y heredado su fortuna.

—¿Eran ricos sus parientes?

—Tampoco tanto, pero poseían bienes como para vivir en forma holgada. Mi suegro, que jamás me aceptó del todo, hizo lo que pudo por evitar que me hiciese cargo de ellos, aunque al final de su vida comprendió que yo era más listo que cualquiera para invertir el dinero y multiplicarlo. Sospecho que antes de morir sintió por mí algo parecido a la admiración.

Livia se sentía fascinada por el relato. Era la primera vez que Jeremías le abría la puerta de su pasado luego del episodio de Newport, en el que pudo saber el motivo de la invocación a los espíritus. Él se cerró como una ostra ante ella a partir de entonces. Incluso mientras explicaba a los policías de la costa lo sucedido, Livia había podido captar la frialdad con que daba los detalles, como si no le hubiesen ocurrido a él mismo. Y al despedirla de modo indiferente, hasta percibió un atisbo de crueldad; parecía solazarse en causar penas a los demás. Ahora, en cambio, mientras gozaban de la calidez de la taberna iluminada bebiendo leche y cerveza sobre el fondo musical de un acordeón, las confidencias poseían el encanto de la confianza mutua.

—El viejo Homer me vio peleando en un callejón años más tarde. Me defendía de unos pillos que querían robarme la recaudación del día. Algo vio en mí, tenía ojo para eso, y me propuso entrenarme si cumplía con sus reglas. *Te sacaré bueno*, me dijo. Y yo solo pregunté: *¿Cuánto ganaré?*

—Igual que Alistair —comentó Livia sonriendo.

—Así es, por eso quise traerlo, me identifico mucho con ese niño.

—Y su madre, ¿qué pasó con ella?

El semblante de Jeremías se endureció.

—Murió. La encontré fría una noche en que volví a casa después de dos días fuera. Me quedaba en la calle cuando sabía que ella tenía citas. Odiaba a esos hombres.

Bebió lo que quedaba de cerveza de un trago y buscó con la mirada a la camarera, pero encontró los ojos de Livia fijos en él, con esa profundidad que lo desarmaba.

—Espero no horrorizarla demasiado con estas cuitas —dijo, burlón.

—Ya sabe que no me horrorizo con facilidad.

—Eso es cierto. Me pica la curiosidad. ¿Será más terrible aún la vida en su país?

Livia sonrió al responder.

—Es bastante terrible, sí, aunque yo misma soy la prueba de que se supera también.

—Me alegro.

—¿Cómo fue que su hermano terminó en Lyman?

—Lo pescaron. Esa vez huíamos juntos, cosa rara, y él cayó sobre unos botes de basura. Fueron más rápidos y lo engancharon. Yo seguí corriendo, con la plata en mi bolsillo. Le habíamos robado a un ricachón que no dudó en firmar la denuncia. Malaquías fue a parar a Lyman como hubiera ido yo de haber estado en su lugar. En mi infantil inocencia, creí que diciéndoselo a mi madre ella removería cielo y tierra para sacarlo, pero no fue así. Entonces lo visité yo, y a punto estuve de ser apresado también. El viejo Parvis, que era joven entonces, me tenía tirria.

—¿Parvis estaba cuando su hermano llegó?

—Era nuevo —asintió Jeremías—, acababa de casarse y junto con su esposa ansiaban un trabajo. Creo que le gustaba ser carcelero de un reformatorio, sentía autoridad y la ejercía sin rodeos.

—Nunca me gustaron mucho los Parvis —coincidió Livia, pensativa.

—Sospecho que a mi hermano tampoco, y esa fue la razón de su muerte.

—No querrá decir que ellos lo mataron —y por primera vez Jeremías vio a Livia horrorizada.

—Puede que no directamente, pero es probable que algo que hayan hecho lo terminara matando. Era solo un niño, por Dios...

Al hombre se le quebró la voz al decirlo, y Livia, en un impulso, puso su mano sobre la de él, penosamente deformada.

—Jeremy... —dijo sin pensar, usando el apelativo más íntimo que le dedicaba la cuñada.

Ninguno de los dos lo advirtió. Permanecieron así, en silencio, compartiendo la tristeza de un pasado que no se podía remediar, hasta que Livia apuntó a otro tema.

—¿Cómo fue que conoció a su esposa? Nunca me lo ha dicho.

Jeremías recuperó su mano y miró el fondo de su jarro.

—Ella me vio boxeando una vez.

—¿En serio? ¿Su esposa asistía a las peleas?

—Tiene que entender —explicó él con parsimonia— que aquí en los Estados Unidos las peleas son verdaderos espectáculos. Se organizan como una fiesta de campanillas y se publicitan desde mucho tiempo antes. Alma acudió invitada por un grupo de amigos que en ese tiempo alardeaban de excéntricos, y supongo que fue de manera ocasional, sin saber mucho de qué se trataba. Por supuesto se escandalizó, lo que no le impidió encontrar la manera de verme luego.

—Debió de ser audaz entonces.

—Lo fue. Creo que aquella fue la única audacia que tuvo, hasta que... —Y el hombre se cortó.

—¿Fue un amor repentino?

—Señorita Cañumil, ¿es usted romántica? ¡Quién lo diría! —se burló él.

—Disculpe, es que me gusta saber el trasfondo de las cosas.

—Ella está muerta ahora, poco importa lo que diga.

—Cuando estuvimos en Newport, usted dijo que quería saber algo a través de su espíritu. Y luego, cuando sucedió lo del señor Gardiner...

—Él la forzó. Yo estaba equivocado, la juzgué mal. Creí que había sido seducida por el padre, el antiguo guardafaro, y la realidad fue muy otra. El viejo en realidad quiso salvarla de los avances del hijo, que debieron de continuar incluso años después. Ahora comprendo el rechazo de Alma por visitar Newport, que tanto le gustaba antes. Tarde me di cuenta de eso. Merezco que su espíritu venga a torturarme. ¡Camarera!

Era evidente que aquella confesión necesitaba de algo fuerte, y Livia no se lo impidió. La regordeta muchacha llenó de nuevo el jarro y Jeremías tragó varios sorbos de cerveza antes de proseguir.

—Pobre Alma —musitó pensativo.

—Ella no tuvo la culpa, entonces. Era una víctima.

—Así parece.

—¿Por qué pensó usted que le fue infiel?

Jeremías la atravesó con su mirada.

—Porque siempre creí que en el fondo me despreciaba.

Livia pensó que aquel hombre poderoso nunca lo había sido tanto como para confiar en sí mismo, en que alguien pudiese amarlo por su ser interior, más allá de su triste pasado y su cuna miserable. Podía comprender eso.

—Sin embargo, no era así. Ella era buena y lo amaba. ¿Cómo iba a traicionarlo? Además, ¿por qué pensaría que un simple guardafaro sería mejor que usted?

Jeremías rio con amargura.

—Señorita Cañumil, cuando se ha vivido como yo, se piensa que cualquiera es mejor que uno. Y una mujer como Alma, que lo ha tenido todo y está convencida de estar más alto que los demás, puede ser víctima de espejismos. Usted no tiene por qué saberlo, pero el viejo Gardiner no era un pobre tipo tampoco. Y en su plenitud fue un hombre atractivo. Recuerdo que se hacían bromas sobre eso; las jóvenes damas de Newport fingían perder el rumbo para que él las guiara. Los Gardiner eran una familia oriunda de allí, muy respetada en su oficio, sin duda más loable que el de boxeador.

Livia calló, no muy convencida, aunque ¿quién era ella para juzgar el parecer de una dama rica y mimada? De todas formas, había quedado demostrado, ante la confesión de Elijah Gardiner, que Alma Robinson no había engañado a su esposo, sino que fue víctima de un loco, un depravado. Y un asesino, ya que había matado a su propio padre en el deseo de quedarse con aquella mujer a la que amaba fuera de toda razón. Algo no cuadraba en la historia, sin embargo. Ya que el padre de Gardiner

y la esposa de Jeremías habían muerto juntos en aquel naufragio, ¿en qué momento exacto ocurrió aquel abuso?

Estaba a punto de preguntarlo también, cuando Arturo cabeceó sobre el platillo vacío.

—Es hora de irse —dijo Jeremías, dejando sobre la mesa unas monedas que traía en el bolsillo.

Livia sostuvo al niño mientras se levantaban, y salieron al frío nocturno envueltos en un silencio acogedor, fruto de las confidencias y la intimidad compartida.

Al subir al carruaje, con el cochero y los caballos ya repuestos de la carrera anterior, Jeremías pensó que la próxima vez, si es que había alguna, sería él quien formulara las preguntas.

Greenwood se hallaba calmo y sosegado a la hora en que arribaron.

Odelia fingió no enterarse de la llegada tardía ni de la familiaridad con que Jeremy alzaba a Arturo para llevarlo a su cuarto, seguido por la institutriz pisándole los talones.

En actitud hierática, se dirigió a su propio dormitorio y aumentó la llama de la lámpara en su secreter. Tomó la pluma y la mojó en el tintero. Luego contempló el resultado con la misma seriedad que si se tratase de una tesis o un poema. Satisfecha, dobló el papel y lo deslizó en su bolsillo. Esperaba que lo que escribió, en letras grandes y claras, bastase para devolver las cosas a su sitio.



## CAPÍTULO 23

**A**lguien, que Livia quiso creer que fuese el señor Robinson, había dejado sobre la mesa donde solía enseñar a los niños un libro de tapas azules.

*Una semana en los ríos Concord y Merrimack* era un relato escrito por Henry David Thoreau, que había vivido cerca de allí, en el lago Walden, y donde describía la belleza natural del río junto con sus pensamientos. Livia leyó unas líneas y quedó embrujada por la poesía que reflejaban. Allí se hablaba de temas como la amistad, los viajes y la verdad fundamental. Sería un buen refugio para sus momentos libres, que no eran muchos. Encontró también una referencia a las ideas de Thoreau, que le fue muy útil para comprender a la sociedad que la rodeaba en ese tiempo. Al parecer, aquel hombre había escrito un libro llamado *La desobediencia civil*, en el que alentaba la abolición del gobierno si no respetaba el mandato del pueblo que lo votaba. Era un pensamiento formidable que admiró a Livia, partidaria siempre de ideas justicieras. De a poco se iba infiltrando en su mente la comprensión cabal del temperamento de los habitantes de la Nueva Inglaterra.

Y no le disgustaba tanto como le había chocado en un principio. Había en el ambiente un empecinado amor por la verdad y un inocultable respeto por la iniciativa personal, ambas cosas en las que Livia creía y le habían servido como herramientas para salir adelante. Se dio cuenta de que en aquellas latitudes se veneraban virtudes que ella podía incorporar fácilmente: el esfuerzo, la austeridad, el servicio a los demás eran buenos propósitos para tener como metas en la vida. Dedicó un pensamiento emotivo a las personas que en el Río de la Plata habían creído en ella y la habían apoyado sin condiciones. Ellos también tenían metas loables, e iban tras ellas con devoción.

¡Qué difícil era vivir con el corazón repartido entre dos mundos!

Por suerte, estaban los niños para llenar sus vacíos y su angustia momentánea.

Los progresos de Cecilia eran tan visibles que Livia escribió una carta esperanzada a la señorita Sullivan, contándoselos. Joseph era ahora su paladín, su escolta. No se separaba de ella durante las clases, y la acompañaba en los paseos por el jardín. Por supuesto, no había otra comunicación que no fuese la de estar el uno junto al otro, sin embargo era increíble la manera en que la niña absorbía la presencia del muchachito. Joseph concibió la idea de trazar un itinerario entre los árboles para que Cecilia pudiese caminar sola si lo deseaba. Unió los troncos de los olmos de Greenwood con una cuerda que pidió a Jeremías, y formó una suerte de camino guiado en el que ella no corría ningún peligro y podía sentirse a sus anchas cuando lo quisiera. Parecía anticiparse a los deseos de la jovencita, saber lo que necesitaba antes de que se convirtiese en reclamo. Un día le comentó a Livia que Cecilia prefería el color amarillo antes que ningún otro, y ante la pregunta extrañada de la maestra, respondió:

—Es el del sol, ella se da cuenta.

—¿Cómo, Joseph, cómo podría saber de qué color es el sol?

—Es el color del calor —respondió con naturalidad él—, y Cecilia ama el calor.

Más tarde, Livia supo que Joseph había inventado un mecanismo de identificación de los colores a través de las sensaciones, y que la niña había terminado por asociar a ellas cada color del arco iris.

—El azul es fresco, el verde es olor a hierba, el amarillo es calor, el rojo es... —Y el niño se detuvo un instante.

—¿El rojo es...?

Joseph se encogió de hombros aparentando indiferencia.

—No sé, creo que todavía no lo sabe bien.

Esa respuesta evasiva intrigó a Livia, que se propuso vigilarlos más de cerca.

Alistair seguía al señor Robinson a todas partes. Imitaba hasta su manera de caminar, y cuando descubrió que el hombre había sido boxeador no cejó hasta conseguir que le impartiera algunas clases. Había encontrado a su ídolo en aquel irlandés que a su vez se identificaba con el niño. Samanta, a la que le ocultaban aquel secreto, lo aguardaba impaciente para que le enseñase a montar uno de los caballos de tiro de Francis. Alistair tenía mano también para los caballos, y alardeaba de buen jinete siempre que el cochero lo permitía. Livia pensó que la sangre irlandesa de ambos los atraía como imanes.

Los días transcurrían en armoniosa convivencia, y como cada uno en la casa tenía tareas que cumplir, no se encontraban demasiado a menudo. Livia compartía la cena de los niños y dejaba solos a Jeremías y a su cuñada. Intuyó que eso tranquilizaría a la mujer.

El que más la preocupaba era Arturo. El pequeño pasó varios días entretenido con el librito de cuentos del que Livia le explicaba las láminas, pero al cabo de un tiempo volvió a sentirse aburrido y desplazado, y la maestra no encontraba manera de consolarlo. Para ella, los abusos sufridos en Lyman eran la causa, y por eso necesitaba de alguien que la orientase. Pensó en visitar a la señorita Sullivan y a Helen, pero luego recordó que ambas saldrían de viaje por el país. Helen Keller se había convertido en un ejemplo de superación, y todos querían ver cómo la niña sorda, ciega y muda podía balbucear sus primeras palabras.

Una visita inesperada rompió la rutina.

Cierta tarde lluviosa y fría, cuando se encontraba en el invernadero preparando los temas de las clases, Joseph apareció ante ella. Lo vio de pronto más alto, con el cabello crecido sobre los hombros, y tuvo la súbita comprensión de que había dejado de ser un niño.

—Señorita Livia —y hasta la manera de decirle «señorita» le sonó forzada.

—¿Sí, Joseph?

—Hay alguien afuera.



Ella se puso de pie, dispuesta a acudir, pero se detuvo ante el ruego, que más parecía una orden:

—No diga que estoy aquí.

—¿Por qué, Joseph? ¿Quién está allá afuera? ¿Alguien de Lyman?

Livia temía la visita de los inspectores, por lo que pudiera resultar para los niños.

—Es alguien de mi pueblo.

—¿Los *wampanoag*?

—No le diga que vivo aquí, o me iré para siempre.

—Joseph, dime quién es, porque si es alguien de tu familia no podré negarte.

—Entonces me iré.

Livia suspiró, exasperada. Decidió que lo mejor era conformarlo primero, y luego evaluar la conveniencia de decir o no dónde estaba el joven.

—Está bien, no diré nada, a menos que sea necesario.

Joseph pareció aceptar esa respuesta. Le abrió paso hasta el vestíbulo, y desapareció antes de que Livia se encarara con la mujer de cabellos negros y lacios que se volvió hacia ella.

El ama de llaves, un poco molesta, aguardaba a un costado, esperando a que Livia autorizase esa visita que había llegado sin anunciarse.

—Todo está bien, señora Parker, yo me encargo de la señorita.

Supuso que se trataría de una joven, por su porte airoso y su piel tersa, pero al verla de cerca apreció que era una mujer en la medianía de su edad.

Odelia había salido con Samanta, y cuando eso sucedía la casa quedaba tácitamente en sus manos. Hizo señas a la mujer para que se acercara al salón de recibo, una acogedora habitación tapizada en rosa y verde, y la invitó a sentarse.

La recién llegada obedeció en un silencio que no implicaba timidez en absoluto; Livia lo entendió de inmediato. Estaba frente a un miembro de la tribu de Joseph que había hecho un largo viaje para llegar hasta allí. Estudió a la mujer unos momentos antes de que ella misma se presentara. Era tan alta como Livia y bien formada, aunque en su cintura se notaba que había parido varios hijos. Llevaba un atuendo extraño, fruto de la combinación de ropas indias y europeas: un vistoso chal cruzado sobre el pecho dejaba a la vista una sarta de collares de piedras y semillas, con un medallón en el centro; bajo la sobrefalda de rústico algodón asomaba una prenda delicada de tonalidad marfil, en la que Livia descubrió bordados de colores. Usaba altas botas de piel y el cabello, suelto sobre la espalda, mostraba algunas hebras grises que, en lugar de afearla, realzaban su altiva postura. La mujer también estudiaba a aquella otra que la enfrentaba sin temor ni repugnancia. Y se sorprendía de sus ojos rasgados y sus pómulos salientes.

—Me llamo Zita. Vengo desde el monte Hope en busca de un hijo de mi tierra.

—Encantada de conocerla, Zita. Yo soy Livia Cañumil, maestra Normal. Estoy de paso.

Zita la miró largos momentos antes de volver a hablar.

—¿No nació usted en Narragansett? —preguntó.

—Vengo de la Argentina, un lejano país situado muy al sur de todo esto.

Ambas hablaban sin decirse lo esencial, aquello que las unía más allá de las fronteras de las naciones. Por sus venas corría sangre de la tierra, de la gente dominada y marginada por los colonizadores. Esas palabras flotaban entre ellas mientras se estudiaban la una a la otra. Livia suponía que los indios de la bahía habrían sido echados de allí cuando los colonos requirieron espacio para sus granjas, pues era lo que habitualmente ocurría. Zita, que no conocía la realidad de otros pueblos que no fuesen sus vecinos, sospechaba que en el lugar de donde provenía esa maestra habría gente como la de la Casa Larga, que en algún tiempo fueron enemigos de los *wampanoag*.

—¿A quién busca usted, Zita? —indagó Livia, aun sabiendo de qué se trataba la visita.

—Joseph es hijo de mi hermano muerto. Un espíritu de *Loki* al que mi pueblo no supo entender. Por eso huyó y acabó encerrado, la peor de las condenas para nosotros. Mi hermano, en su lecho de muerte, me encargó buscarlo y pedirle que regrese a la aldea. Todo se le perdonará si Joseph se aviene a vivir en paz con su gente.

—¿Por qué dice usted que es un espíritu de *Loki*?

Zita sonrió con algo de presunción. Había hablado en inglés, pero usó adrede palabras de origen algonquino que ningún otro que no fuese *wampanoag* conocería.

—Espíritu inquieto, nocivo a veces. Así llamamos a los que heredan la astucia y la perversidad del lobo entre nosotros.

Livia no pudo evitar pensar en el apelativo de «tercos» con que catalogaban a los niños en Lyman. Así era como las sociedades sembraban cizaña y creaban estigmas en sus miembros. De modo que el buen Joseph, capaz de dedicarse con toda su alma a una niña privada de luz y de sonido, era considerado nocivo por los suyos al punto de causarle deseos de huir. Meditó bien su respuesta, ya que no quería ser desleal con él.

—He visto a Joseph en el reformatorio del Estado —repuso con cautela—, y no me pareció que fuera nocivo ni perverso, todo lo contrario. Inquieto sí lo es, como todo niño, supongo. ¿Desde cuándo falta de su aldea?

Aquella información era importante para evaluar la respuesta que le exigiría a Joseph.

—Pasaron varias lunas, muchas.

Zita se proponía ser enigmática. Livia, sin embargo, tenía los mismos ases en su manga.

—Tal vez en esta luna sea la hora de pedir perdón a Joseph por el olvido y el rechazo.

La mujer *wampanoag* alzó la barbilla y contempló con cierta admiración a la otra.

—Hubo señales, sí. Quizá sea la hora.

—Bueno, pues presumo que Joseph ya no es un niño pequeño para que se lo fuerce a volver si no lo desea. Habrá que preguntarle y atenerse a su decisión.

—¿Se lo preguntará usted?

—Puedo hacerlo, sí.

—Entonces —y Zita sacó del chal una carterita tejida y de ella un trozo de papel —, tenga esta dirección del lugar donde me alojo mientras espero. Dígale —y se cortó un poco, temerosa de arruinarlo todo— que la hermana de su padre cumple una última voluntad, pero aunque mi hermano no hubiese muerto, igual Zita soñaría con su sobrino.

Livia leyó la tarjeta y miró a la mujer con una honestidad que revelaba su amor por Joseph.

—Le diré también que murió su padre —afirmó.

—Sí.

—Gracias por confiarme tan importante tarea, Zita.

Por toda respuesta, la mujer se levantó y se arrebujó en el chal, ocultando los collares y su cuello erguido. Incluyó la cabeza en silencioso reconocimiento a la habilidad de Livia y también a su prosapia india, que había sobrevolado toda aquella extraña conversación.

La señora Parker, que no se mantuvo tan alejada como la discreción de un sirviente requería, apareció de inmediato en el invernadero.

—¡Vaya atrevimiento! —se le escapó decir.

Livia sonrió un poco para no avergonzar al ama de llaves, a la que sabía de buen corazón, pues cuidaba con cariño de las niñas Robinson.

—Está dolida por lo que han hecho con el niño Joseph, y es orgullosa para pedir perdón.

—¿Usted la conoce de alguna parte, Miss Livia?

—Hasta ahora, jamás la había visto, ni a ningún otro pariente de los niños que traje. Los pobrecitos eran almas olvidadas de Dios en aquel sitio horroroso.

—Válgame, cuánta injusticia.

—Dios nos pone caminos para esquivarla —aseguró, pensando que esa sería una respuesta muy propia de Clara La Rochelle, la novicia de la misión tucumana. Se admiró al comprobar cuánto moraba en ella de las personas que habían compartido su vida y su educación en la Argentina.

La señora Parker murmuró algo adecuado y regresó a sus quehaceres. En ausencia de Odelia Hamilton se sentía más aliviada, pues la señorita Cañumil le inspiraba confianza.

Livia encontró a Joseph encaramado en la rama baja de un roble, mirando por sobre la cerca blanca de Greenwood. Era una figura noble y distante, el perfil tallado en su tez morena, a pesar de la juventud que redondeaba sus facciones. Se le acercó y se

dio impulso para trepar también, ayudándose con sus brazos. El desconcierto suavizó la expresión del muchachito y lo obligó a sonreír a medias. Ambos miraron largo rato el camino mojado que se perdía entre los árboles del bosque.

—Es un largo invierno —dijo Livia, para romper ese silencio cargado de significados.

—Muchas lunas —respondió Joseph, dando a entender así que había escuchado cada palabra de la conversación de las dos mujeres.

—¿Sabes lo de tu padre?

Él asintió, sin dejar entrever ninguna emoción.

—No voy a regresar —dijo al fin con serenidad.

Era lo que Livia intuía, pese a la corta edad del muchacho y a su desarraigo en una tierra de blancos. Debió de ser muy honda la herida para que él no fuese capaz de cerrarla y volver ante el pedido de su padre moribundo.

—Ellos te aman —repuso Livia.

Joseph sonrió sarcástico.

—Mejor a la distancia.

—¿Irás a ver a tu tía?

Joseph calló, indeciso. La recordaba, madre de sus numerosos primos y siempre ocupada en las tareas cotidianas, aunque dedicándoles una sonrisa en medio del ajetreo. La recordaba también haciendo valer su opinión ante el *sachem* de la tribu, pues las mujeres podían hablar, su voz no era ignorada. Pero su padre no supo defenderlo cuando en el Consejo le cuestionaron el comportamiento de ese hijo que su única esposa le había dado. En aquel momento, el padre no quiso demostrar debilidad por él y le pareció más prudente compartir la condena comunitaria.

—¿Era tan terrible tu conducta, Joseph? —dijo Livia, interrumpiendo sus pensamientos.

—Maté al hijo de otro jefe —contestó el niño con una tranquilidad pasmosa.

Livia tragó saliva antes de seguir preguntando.

—¿Fue en buena ley?

Joseph frunció el ceño, perplejo.

—¿Lo aprobaría usted si así fuese?

—Lo entendería, aunque no apruebo que hayas matado.

—Es una mujer extraña, señorita Livia. Mi tía también lo notó.

—Estabas espionando.

Joseph esbozó una sonrisa amplia, más propia de un chico travieso.

—No me lo iba a perder por nada.

—¿Irás a despedirte de ella al menos?

Esa idea turbó a Joseph, y una sombra nubló su frente antes de endurecerse como antes.

—No.

—¿No puedes perdonarla a ella, que abogó por ti?

—No.

—Joseph, creo que te vas a arrepentir.

—Eso es cosa mía.

—También lo es mía, porque he hablado con tu tía. Y me hizo responsable de comentarte su visita. Si no vas a verla, iré yo. Tengo su dirección.

Joseph clavó en la maestra sus ojos oscuros y llameantes. Livia pensó en *Loki*, y se estremeció.

—Dígale que Joseph el Ciervo cambió de bosque, que ya no trotará por suelo *wampanoag*, aunque lleve su sangre hasta la muerte.

Era la primera vez que Joseph admitía su origen, y que hablaba como lo haría un nativo de esa tierra.

—Está bien, Joseph, pero no será fácil para ti conseguir trabajo y progresar entre los blancos.

También por primera vez, Livia le mencionaba esa circunstancia.

Joseph se mostró algo incómodo, como si hubiera pensado en ello antes.

—El señor Robinson... ¿Cree usted que me necesite para algo?

Con que era eso. El joven indio soñaba con un puesto de trabajo en Greenwood, y Livia no era zonza, entendía que la principal razón de ese deseo tenía nombre: Cecilia.

—Será cuestión de hablar con él. Deberás ofrecerle algo que le interese.

Joseph se miró las manos.

—¿Qué puedo hacer? Todo debo aprenderlo.

—Es un buen comienzo, Joseph. Por ahora estás bajo la tutela del Estado, hasta que cumplas tu período de reforma, y, gracias al incendio que provocaste, podrás hacerlo aquí mismo. El señor Robinson tiene mala opinión de Lyman, así que no querrá enviarte de nuevo si existe la posibilidad de que trabajes en otro sitio. Deberás ganarte su confianza.

Luego agregó, procurando arrancarle una sonrisa:

—Y no ser *Loki* en Greenwood.

El joven se pronunció en un arrebato:

—¡Jamás! Nunca haría daño a la señorita Cecilia.

—Eso está muy bien, Joseph. Debes convencer a su padre de tus buenas intenciones —y Livia pensó que tampoco sería fácil que Jeremías aceptara los amores de un indio para con su hija, por más que ella no fuese la típica jovencita casadera.

A Joseph le aguardaba un arduo camino.

Livia saltó al suelo y se sacudió la tierra de las manos antes de emprender el regreso a la casa. Mientras lo hacía, dijo como al descuido:

—Has hecho grandes progresos con ella, Joseph, eres buen maestro. Si lo deseas, ese puede ser un buen oficio para tu futuro.

Comenzó a caminar por el sendero sin aguardar respuesta, pero antes de que sobrepasara el primer seto de rosales escuchó la voz que provenía del árbol.

—El muchacho que maté había atacado a una niña. Él era *Loki*, no yo.

Livia quedó petrificada entre los canteros ante aquella confesión. Por un lado, la aterraba saber que las manos de Joseph ya estaban manchadas con la sangre de un semejante, y por el otro, la aliviaba comprobar que lo había hecho para castigar una conducta deleznable.

Se volvió y alzó su rostro hacia la rama del roble.

—Gracias por confiar en mí, Joseph. Era como suponía, lo hiciste en buena ley.

Luego echó a andar, segura de tener aquellos ojos oscuros clavados en su espalda.



## CAPÍTULO 24

**J**eremías se aisló en su despacho para revisar aquella inesperada cajita que había hallado oculta tras los libros. A pesar del temor que le inspiraban esos papeles arrugados, después de la íntima conversación con Livia volvió a ellos con la urgencia de saber, la misma que lo atrajo hacia los médiums en Newport. Cerró la puerta y se apoltronó en la silla con la caja en el regazo. Era un miserable cubo de latón ennegrecido por el polvo, con rosetas pintadas en la tapa. Sin duda, la propia Alma lo escondió allí, pensando que nadie lo vería. ¿O sería todo lo contrario? Quizá lo escondió en el despacho creyendo que en algún momento él lo encontraría. Cuando ya no importase.

Los dedos temblorosos de Jeremías lo abrieron de nuevo y revolvieron en los papeles.

Desenrolló el que ya había leído y volvió a esas fatídicas palabras:

*Lo que hoy he sabido es la fuente de toda mi desdicha... me habría hecho a un lado... Lo que les reprocho a ambos es haberme ocultado sus amores.*

Ella sabía. Conocía la paternidad de Samanta, y aun así, albergó a la niña en su casa y en su corazón. Era imposible que no percibiese que la pequeña era el vivo retrato de él, y que la extraña circunstancia de dejarla en Greenwood para que se criase provenía del desliz de ambos. Alma se preguntaría cientos de cosas al respecto, y para todas tendría la misma respuesta: que él no la amaba lo suficiente. ¿Por qué no se lo dijo entonces? ¿Por qué prefirió huir, como cuando cayó en los malvados brazos de otro hombre? ¿Y por qué no le confesó aquel ultraje y dejó que él creyese otra cosa? Imaginó a su esposa contando sus cuitas a Elijah Gardiner y sintió náuseas. ¡Qué sola debió de sentirse para recurrir a ese don nadie! Además, si su propia hermana era parte del engaño, ¿cómo iba a sincerarse con ella?

Jeremías echó la cabeza hacia atrás, rendido de dolor. Nunca terminaría de sentirse culpable por la desdicha de Alma, ella era demasiado buena para él. Como bien le dijo a Livia, cualquiera podía ser mejor hombre. Desenvolvió los otros papeles y los colocó sobre la carpeta del escritorio. En uno la letra se veía borrosa, tal vez por las lágrimas caídas.

Pudo leer:

*Perdono a Jeremy, yo también tengo mi secreto.*

Era todo. ¿Cuál sería ese secreto? ¿La violación? Él ya lo sabía. ¿O había algo más, aquello que todavía le roía el alma?

—Por favor, ten piedad —murmuró Jeremías apretando los puños—, dime lo que necesito saber. Juro que no habrá represalias. Cecilia seguirá siendo mi hija para todo el mundo y para mí. Me ocuparé de ella como no lo hice antes, solo quiero saber, saber...

Dejó caer la cabeza entre las manos y permaneció así unos segundos, derrotado. La ventana se abrió ante un golpe del viento y los papeles volaron. Cuando se propuso reunirlos de nuevo, dio por casualidad con un bollito tan diminuto que hubiera podido creerse una mota de polvo. Con increíble precisión en sus dedos toscos, lo abrió sin romperlo y leyó:

*Que Dios ampare a Cecilia, fruto de mi desgracia, no le niegue el cariño y la protección de un padre. Moriré velando por ella. Dios mío, apiádate de esta mujer pecadora que no supo amar lo bastante.*

Atónito, lo leyó en voz alta para convencerse de su contenido. Era una confesión.

Alma, en su incomprensible condición femenina, había necesitado decirle la verdad por otros medios, no había sido capaz de enfrentarlo cara a cara, o bien se confesaba a sí misma escribiendo esos mensajes que nadie leía. ¿Su esposa le estaba diciendo que Cecilia no era su hija? Lo que él había intuido todos esos años, en especial desde que recibió aquel mensaje desconocido. ¿Quién más podía saberlo? A menos que fuese la propia Alma quien le hubiese dejado aquel primer insidioso mensaje, para alertarlo sin enfrentarlo. ¡Qué necio al no haberlo guardado para cotejar la caligrafía! Siguió desenrollando papeles:

*Mi desesperación me lleva a tomar decisiones equivocadas. Sufro por Jeremy, él no se merece una esposa postrada. Si no fuese por esta hermosa niña, moriría con gusto.*

Y en otro:

*Cecilia tiene algo que me preocupa, no sé qué nombre darle. Es hermosa, y sin embargo hay en ella una debilidad. No quiero que Jeremy la mire demasiado, no quiero que descubra lo que yo misma no puedo decirle.*

Era la primera vez que Alma mencionaba el problema de Cecilia. A lo largo de los años, ellos habían aceptado que era defectuosa como una fatalidad, sin pronunciarse ni discutir qué hacer con ella. Estaba claro ahora que tampoco su esposa había insistido sobre el punto, temerosa de que la atención prestada a la niña denunciase la identidad de otro padre.

Jeremías recordaba el momento en que le había intrigado la falta de llanto en Cecilia. Cuando se lo dijo a Alma, ella reaccionó con vehemencia, alzando a la bebida y diciendo:

—Es una niña feliz, por eso no llora.

A él le había parecido extraño, pero qué podía decirle a una mujer que había perdido la salud en el parto. Desde el nacimiento fatigoso de Cecilia, Alma nunca fue la misma, un velo de sufrimiento se interpuso entre ambos. Ya no volvieron a intimar, ni hablaron de eso tampoco. Eran conversaciones impropias, aun entre esposos. Era natural que él buscase en otras mujeres lo que su esposa no le daba. Lo inadecuado fue que se lo brindase la propia cuñada. ¡Qué golpe tremendo para una mujer como Alma, incapaz de estallar de ira o de acusar a nadie! Sin importar cómo lo viese, él terminaba siendo culpable de todo.



Tres golpes en la puerta lo sobresaltaron.

—Señor Robinson, hay un hombre que lo busca.

Metió los papeles de cualquier modo en la cajita y la guardó en su bolsillo. Al abrir, se encontró con la cara impertérrita del ama de llaves, que le anunciaba una visita inesperada. Los sirvientes odiaban esas violaciones de las reglas de urbanidad.

—Dice que es un inspector —arguyó Lina Parker sin inflexiones en la voz.

Lo que faltaba, una visita de Lyman. Con visible malhumor, echó llave al despacho por si algo de la caja hubiera quedado en el piso, y salió al encuentro del recién llegado.

El hombre que lo esperaba de pie, con el sombrero en la mano, poseía un talante afable, muy distinto del que mostraba el personal del reformatorio que él había conocido. Estrechó la mano de Jeremías con cordialidad y aceptó la taza de té que le ofreció el ama de llaves.

—Está por nevar afuera —dijo a modo de justificación.

—Supongo que viene a ver cómo se encuentran los tres internos que traje conmigo —atacó Jeremías después de escuchar las presentaciones del inspector.

—Así es, señor Robinson, es mi tarea verificarlo, pero también vengo a anunciarle los resultados de una investigación que se inició a partir de su denuncia. El Estado de Massachusetts ha suspendido en sus tareas a todo el personal que se hallaba vigente al momento de la desaparición de su hermano. Comprenderá que no hay nada resuelto todavía, ya que es ardua la tarea de saber si los huesos, en fin, corresponden al infortunado niño, pero mientras tanto es de justicia informarle los progresos que ha habido.

—Quizá esto ayude —dijo Jeremías con dureza, mientras extendía hacia el hombre la medallita que había conservado desde aquel día—. Pertenece a mi hermano, y estaba enterrada junto con los restos.

El inspector ocultó la impresión que le causó el hallazgo con un comentario desafortunado:

—Es solo un indicio, pues podría haber sido robado antes por el niño —y agregó de inmediato—: tengo para mí que en la denuncia estaba presente también una maestra empleada, la señorita...

—Livia Cañumil. Ella está instalada aquí, es institutriz de mis hijas. La llamaré, si lo desea.

El hombre disimuló su sorpresa al saber que aquella misteriosa mujer de la que le habían dado tantas señas contradictorias se encontraba allí mismo. Le pareció oportuno verla con sus propios ojos.

—Si es tan amable, por favor.

Jeremías ordenó a la señora Parker que hiciese comparecer a Livia de inmediato. Hubiera preferido alertarla antes, pero las cosas se habían dado de improviso. Esperaba que ella causase una buena impresión a ese hombre, cuyos ojos azules destellaban astucia.

La que apareció en primer lugar fue Odelia, y a punto estuvo Jeremías de maldecir, cuando la sonrisa del inspector lo tomó por sorpresa.

—Querida señora Hamilton, no esperaba encontrarla aquí.

—Señor Forber, tampoco yo, a decir verdad. ¿Cómo está su esposa? Hace tiempo que no compartimos una velada juntas.

Las maneras corteses revelaban un conocimiento antiguo, y Jeremías contempló cómo su cuñada desenvolvía su encanto, aprendido en la buena crianza, para que el huésped se sintiese a gusto.

—Ya le habrán ofrecido té, imagino.

—Así es, señora Hamilton, muchas gracias. Está frío afuera, la verdad.

—Es el invierno de Nueva Inglaterra. ¿Qué podemos esperar?

Ambos rieron de esa aparente broma, y en eso estaban cuando llegó Livia, presurosa y con las mejillas arreboladas. Odelia endureció su expresión, aunque no abandonó la cortesía.

—Miss Livia, acérquese, por favor, quiero presentarle a un viejo amigo de los Duncan, el señor Erik Forber. Mi padre y él jugaban a las cartas hasta altas horas de la noche.

—Bueno, yo diría que hacíamos algo más que eso —bromeó el hombre, dejando en ascuas a los demás, hasta que Odelia aclaró, en su beneficio:

—Ya lo creo. Bebían y competían, para ver cuál de los dos resistía mejor aquel *brandy* que mi padre hacía traer de las Tierras Altas. Qué vergüenza, señor Forber.

La reprimenda cariñosa obró magia en el rostro del inspector, que se ruborizó recordando tiempos pasados.

—Qué delicia aquellas veladas, señora Hamilton. ¿Cómo sigue su esposo?

Odelia disimuló con maestría lo incómodo de la pregunta.

—De maravillas, en su trabajo en Nueva York. Usted sabe, el brillo de la ciudad es atractivo para los hombres de negocios. Yo voy y vengo, pero no me acostumbro. Mi departamento en Boston me tiene atrapada.

—Es así, cuesta dejar el pueblo natal. Si lo sabré... —Y su mirada se perdió en la ensoñación, hasta que recordó el motivo de su visita y la presencia de la señorita Cañumil.

—De modo que fue usted maestra en Lyman corto tiempo —dijo, recobrando el tono profesional—. Sin duda, la experiencia del incendio debió de ser aterradora.

De todas formas, aquel breve interludio suavizaba todas sus sospechas. Si los niños habían ido a parar a manos de la encantadora Odelia Hamilton, hija de Edwin Duncan, no podía pensarse un hogar mejor para los internos. Hasta que se resolviese la reconstrucción del centro y la causa criminal, aquellos infortunados estaban donde mejor podían estar. Del viudo de la otra hermana Duncan no tenía la misma impresión, pero la presencia de Odelia lo facilitaba todo. Forber dedicó a Livia una mirada benévola, ignorando la extraña fisonomía de la maestra, y luego bebió su té complacido. Antes de partir, estrechó con efusividad la mano de Jeremías, deseándole

éxitos en su caritativa misión de recoger a los internos en su casa, y se inclinó ante la cuñada con visible deseo de reunirla con su esposa. A todo eso Odelia respondió con idéntica promesa y saludó al señor Forber desde el pórtico hasta que se perdió en el sendero que empezaba a blanquearse con la nevisca.

—Bien —dijo triunfal, mientras se sacudía los copos que habían caído sobre sus hombros—, te saqué de encima un fardo. Y a usted, Miss Livia.

—No sabía que conocías al inspector —dijo Jeremías, antes de agradecerle.

—Conozco a todo el que debe conocerse en Boston y sus alrededores. Es la ventaja de formar parte del círculo.

Jeremías entendió que tanto él como Livia estaban fuera de ese círculo, y que su cuñada lo había favorecido para demostrarle su valía en aquella casa, que perteneció a los Duncan. Si él quería prosperar en la sociedad, debía mantenerla a ella en Greenwood.

—Gracias —se limitó a decir, molesto por aquella jugada maestra.

Livia fue más efusiva.

—Señora Hamilton, fue providencial que usted conociese al inspector. Creo que eso actuó en favor de la misión de proteger a los niños.

—Por supuesto que sí, era lo que me propuse al saber de su llegada.

Se entretuvo en acomodar los almohadones que el señor Forber había desordenado al sentarse, y luego se fue sin decir otra cosa. Jeremías y Livia quedaron cara a cara en el salón.

—¿Ha dicho algo el inspector sobre los niños?

—Nada, ni siquiera preguntó sus nombres. Sospecho que, aun sin mediar mi cuñada, igual hubiese manifestado poco interés. Solo quiere saber que están aquí, y cumplir su papel. Reconozco que pudo haber complicado las cosas sin la intercesión de Odelia.

—¿Y sobre lo otro?

Se refería a Malaquías.

—Dijo que avanza la investigación y que por el momento suspendieron a los empleados de entonces. Los Parvis, supongo.

—Estarán enfurecidos.

—Es lo menos que puede pasarles, si se comprueba que tienen algo que ver en la muerte de un niño.

—Señor Robinson, usted era un niño también y nada pudo hacer para evitar lo que pasó.

Jeremías la miró con un cansancio indescriptible en los ojos.

—Eso me digo, y no acabo de convencerme. Quizá el encierro de mi hermano me daba menos motivos de preocupación, creí que allí estaría seguro.

—Así fue porque usted era pequeño y no podía imaginarse la depravación del lugar.

—Puede ser. Sin embargo, cuando me hice adulto también quise creer cosas que no sucedían. Y no tengo la misma disculpa.

—¿Sobre su esposa?

Jeremías se levantó de golpe.

—Esta conversación ha terminado, señorita Cañumil.

Livia recibió la respuesta como una bofetada. Otra vez el hombre la ponía en su lugar, cerrándole la puerta de su intimidad.

—Me retiro entonces —dijo, y salió con la misma actitud de desplante que Odelia.

Al quedar solo en el salón de recibo, Jeremías se sintió miserable. Expulsaba a Livia de su vida porque intuía que si la dejaba entrar ya nunca más se iría, y esa verdad lo paralizaba de miedo. En su bolsillo tenía la prueba de que no era un hombre en quien se pudiese confiar. Palpó la cajita de latón para asegurarse de eso, mientras salía en busca del caballo que había comprado para enseñar a Alistair a montar.

Livia atravesó el invernadero para refugiarse en su cuarto. Se sentía vulnerable en los últimos días, proclive a la tristeza. Los gestos del señor Robinson, tan pronto afables y compinches como violentos y groseros, la mantenían en vilo. Ella detestaba darles importancia, y no podía evitarlo. Desde que compartieron secretos en Lyman, se sentía ligada a su patrón de manera inexplicable. La defensa de Arturo en la librería y la conversación en la taberna acabaron de anudar ese vínculo que ella insistía en detectar, pese a las actitudes de él. ¿En qué momento había desviado su atención del principal objetivo de su viaje? Estaba allí para especializarse en los jardines de infancia, ganar dinero y volver a su país munida de credenciales para obtener mejores empleos. Si olvidaba ese objetivo, perdería el rumbo y sufriría, era una fija. Se dejó caer sobre la silla de la cómoda y miró su semblante en el espejo. ¿Por qué iba a mirarla el señor Robinson? Era una mujer demasiado alta, demasiado fuerte, con rasgos indígenas inconfundibles y manos toscas.

Manos como las de él. Livia las abrió ante ella con melancolía. Nunca habían acariciado a un hombre. Tampoco esperaba hacerlo, resultaba inaudito que esos pensamientos viniesen a su cabeza. Fastidiada, se levantó, dispuesta a ordenar su cuarto para distraerse. Recogió almohadones, estiró mantas, acomodó adornos de porcelana, abrió la ventana para airear y apiló sus papeles en el secreter. Estaba sacudiendo las alfombras cuando debajo de una de ellas encontró un trozo de papel. Pensó que se trataría de alguna artimaña de los niños, que en los últimos días estaban insufribles, y leyó de prisa:

*¿Cuál es tu hija, Robinson?*

Livia frunció el ceño, confusa. ¿Qué significaba ese estúpido mensaje? Si era una broma de los niños, resultaba de muy mal gusto. De las niñas no podía sospechar, ya que Samanta apenas escribía, y Cecilia, por supuesto, no podía hacerlo de ese modo. Recién estaba familiarizándose con el Braille. Además, ¿por qué dirían algo así? A su cuarto entraba solo la doncella para llevar la ropa de cama limpia, y la señora Parker

para supervisarla. De todos modos Livia no cerraba con llave, cualquier otro habría podido dejar ese papel bajo la alfombra. La principal pregunta era con qué fines. Imaginó que si el mensaje estaba dirigido al patrón, debieron de haber confundido la puerta. A menos que... Y una idea pernicioso ocupó su mente. Tal vez el autor quería que pensase justo eso, que estaba dirigido a Robinson y en realidad deseaba que lo leyese ella. ¿Quién?

Livia guardó el papel en el bolsillo de su falda de trabajo y volvió a la tarea. Quienquiera que hubiese sido, no tenía las agallas para decir las cosas de frente, prefería intrigar. Ya vería ella cómo resolver aquel acertijo. Tomó el libro de Thoreau y se echó sobre los hombros la capa de paño grueso. Saldría a ventilarse, así el frío despejaría las telarañas de su mente, que quería creer en fantasías románticas.

Al cruzar el jardín, vio a Joseph y a Cecilia en el camino de los olmos, siguiendo el circuito demarcado por la soga. Se habían detenido y parecían comunicarse entre ellos, Cecilia envuelta en su abrigo de pieles, con su cabello embutido en un gorro de lana, sus mejillas rojas de frío, o tal vez de excitación, ya que una sonrisa le iluminaba el rostro. A su lado, Joseph le escribía algo en la palma y luego encerraba ese mensaje en el puño, con una mirada cómplice que ella no veía y sin embargo debía de intuir. Completó el gesto dejando un beso ligero en los dedos de Cecilia. Las cosas iban demasiado rápido, Jeremías tendría que saberlo. Livia miró en torno, buscando al hombre al ras del bosque que se abría a ambos lados del camino. La nieve ya se amontonaba entre las matas, y la levedad de los copos silenciaba los trinos de las aves y los movimientos furtivos de los zorros.

Livia avanzó por el sendero en busca de un sitio tranquilo y aislado donde leer un poco. En verdad solo quería liberar su mente de las paredes de Greenwood, recordar quién era y recuperar su fortaleza.

De una de las ventanas partió la risa de Samanta, seguida de la de Alistair. Los chiquillos eran almas gemelas, no había duda. Lo lamentaba por Arturo, que se había quedado solo en el reparto de atenciones. De nuevo recordó al pequeño Mario, su condiscípulo en la laguna, siempre resfriado y apartado de los juegos de los demás. Ojalá tuviese a su lado a su maestra. Elizabeth sabía qué hacer en cada caso, y se multiplicaba por cien para lograrlo. Livia hubiera podido comentarle sus cuitas, tratar el caso de cada niño y compartir pareceres. Mientras caminaba, una carta dirigida a Misely tomó forma en su pensamiento.

*Querida Elizabeth,*

*mis recuerdos para todos en aquella tierra que tanto extraño. Aquí la vida es muy moderna, da gusto caminar por las calles iluminadas con farolas eléctricas y subir a los tranvías repletos de gente que viaja leyendo, como le gustaba decir a nuestro Sarmiento.*

*Las personas, en especial las mujeres, son como usted, no temen exponer sus ideas y organizan cientos de clubes y sociedades para fomentarlas. Me*

*aceptan porque al venir sola y con la intención de perfeccionarme, demuestro ser como ellas, de algún modo. Me hacen sentir cómoda.*

Cuántas vueltas para eludir el tema que la preocupaba. No se trataba de sus clases ni de los niños, bien sabía ella cómo llevar adelante todo eso, su verdadera cuita tenía otro nombre: Jeremías Robinson. ¿Cómo preguntarle a su maestra por asuntos del corazón?

Borró de la mente las líneas anteriores.

*Querida Elizabeth, Misely,  
me mueve a escribirle la necesidad de pedir consejo sobre una situación que  
pone en peligro mi estadía en Boston.*

No, eso no, no podía empezar una carta asustando a su antigua maestra con premoniciones.

*Hay un caballero cuya compañía no puedo eludir...*

¡Eso tampoco! ¿Qué le estaba pasando? ¿Cuál era el motivo real de su congoja?

*Querida Misely,  
Me he enamorado, para mi desgracia.*

Bueno, al menos se sinceraba con ella misma. Por fortuna no enviaría esa carta, estaba solo en su cabeza.

Sin darse cuenta, perdida en sus divagaciones, llegó al límite del camino central. Más allá se convertía en un sendero agreste que cruzaba el bosque. Dejó que sus pies la llevaran, pisando la nieve que crujía bajo sus botas. El aire helado podía olerse, su aroma le recordó al Pampero, el viento que soplaba seco y frío en la llanura, cortando la respiración.

En un bosque como aquel había vivido el autor del libro que llevaba, solo en su cabaña del lago, pensando e imaginando, brindando ideas a esa comunidad que ahora lo veneraba. Livia buscó en el índice y eligió un capítulo dedicado al invierno. Con el dedo marcando la hoja, se sentó en un tronco caído. Sobre su cabeza revolotearon los cuervos mientras leía: «En la profundidad del bosque, cuando estamos solos y el viento sacude la nieve de los árboles, dejamos atrás los últimos vestigios humanos, y nuestra reflexión adquiere una riqueza superior a la de la vida en las ciudades...».

Tradujo con dificultad al principio, luego con más fluidez: «El azulado estornino es una compañía más estimulante que la de los políticos y los filósofos, a los que consideramos vulgares compañeros. En la soledad del valle, en el que un riachuelo baja por la ladera de hielo sembrada de juncos salvajes, nuestra vida es más serena y digna de contemplación».

Livia levantó el rostro, transfigurado de emoción. ¡Cuántas verdades en pocas palabras!

Aquel caballero debió de ser un maestro de almas. Como Misely. ¿Lo habría conocido?

Y si el libro fue obsequio de Jeremías Robinson, él lo habría leído ya y supuesto que a ella le agradaría. Eso significaba algo. Livia no era ciega, podía ver con los ojos del interior también. El señor Robinson no se valía de las palabras, sino de los gestos. Rudos a veces, gentiles otras, eran su modo de hablar. Por algo boxeaba, su espíritu anhelaba salir del cuerpo, y su escasa instrucción no le brindaba herramientas tan sutiles como las de Thoreau. No cabía otra interpretación.

Un relincho apagado llegó a sus oídos. Cerró el libro, marcando el párrafo con una hojita seca, y caminó en la dirección del sonido. Un caballo cuyo pelaje oscuro contrastaba con el gris de los troncos asomó entre los árboles. Intrigada, atravesó la maraña de ramas y descubrió una precaria choza que se alzaba junto a un riacho murmurante. Pensó en la cabaña de Thoreau y se maravilló de haber dado con ella justo cuando leía su libro. La figura que apareció detrás, portando una pila de leños, destruyó esa idílica conclusión.

Jeremías Robinson, con el torso desnudo, era el hombre que alimentaba la chimenea. Su cabello mojado revelaba que a pesar del frío se había bañado en el riacho, y que no le afectaban los copos que se acumulaban sobre sus hombros.

Livia contemplaba petrificada la imagen, cuando él la vio por encima de los troncos.

—No se quede ahí, señorita Cañumil, o se volverá muñeco de nieve. Entre, que ya hay fuego.

Hablaba con resignación, como si hubiese adivinado que tarde o temprano ella lo descubriría. Livia no se hizo rogar. Miró con simpatía al caballo y advirtió que su dueño lo había premiado con una porción de avena silvestre.

—¿Le gusta? Lo compré para Alistair, voy a darle la sorpresa.

Se acercó a ella mientras se ponía la camisa y palmeaba el cuello del animal con afecto.

—No sabía que usted montara —repuso Livia, fascinada.

—Bueno, lo hago a mi modo. No tengo silla inglesa ni sé de posturas aristocráticas. Monto como lo haría cualquiera, llevado por el instinto.

—Así lo hago yo también —dijo ella entusiasmada.

Jeremías la miró con renovado interés.

—¿Es cierto? ¿Una recatada institutriz que monta a horcajadas? —se burló.

—Antes que institutriz soy maestra Normal, y mucho antes que eso fui una niña. De donde vengo, los caballos son uno solo con el jinete. Hombre y caballo, inseparables.

—Suenan bien —dijo él, con aire soñador—. A veces me pregunto cómo será ese país suyo, tan salvaje y tan poco conocido.

—Tiene sus cosas buenas y otras malas, como en todas partes.

—¿De dónde proviene usted, Livia? Nunca lo ha dicho.

Ella acarició el pelaje lustroso del caballo mientras asimilaba la pregunta. Él quería saber su origen, no solo la ciudad de donde había viajado. Estaba claro para ella que sus medias explicaciones le habían brindado la pista de que no era una mujer como las que él acostumbraba a ver paseando en carruaje por Beacon Street, o alimentando los patos del estanque del Boston Common. Prefirió ser brutal y sincera, como era su hábito.

—Soy mestiza, señor Robinson. Mi padre fue indio de una tribu araucana, y mi madre una cautiva que me crio en las tolderías.

Solo ella supo la ansiedad con que esperó la respuesta. Aun en su doble condición de irlandés y pobre, él seguía siendo de sangre europea, y Livia sabía que en aquel sitio los indígenas habían sido expulsados sin miramientos por los colonos. Se concentró en el pescuezo del animal con ahínco.

Las palabras del hombre brotaron con extraña dulzura.

—Por fin entiendo de dónde viene su espíritu tan osado, y esa belleza poco común.

Livia casi se atraganta.

—¿Le parezco bella? —dijo en susurros.

—Mucho. Y más porque no se propone serlo.

La mirada de Jeremías la quemaba por dentro, traspasaba su miedo al rechazo y diluía el poco sentido común que le quedaba. Él acunó su rostro de pronunciados pómulos entre sus manos estropeadas.

—Una bruja bella que hechiza a los hombres, como las de las leyendas de Erin —murmuró.

—Sé de algunos sortilegios —admitió Livia, juguetona.

La sonrisa de Jeremías se amplió, cautivando a la joven. Cuando reía, se podía pensar en él como en un caballero seductor.

—Qué otra, sino una hechicera, podría haberme ayudado a rescatar a Cecilia en la marejada de la isla, o disparado una pistola para disuadir al asesino. Son pases de magia que solo alguien como tú sabría.

—Pensé que no...

—Creíste que no lo habría apreciado lo suficiente, ¿verdad? Es lo que suelo hacer, mi especialidad. A lo largo de mi vida he conseguido decepcionar a todos: a mi hermano, a mi viejo maestro, a mi esposa, a mi cuñada... ahora a ti.

Una alarma sonó en la mente de Livia.

—¿Por qué decepcionó a Odelia?

El encanto que él creaba con sus manos y sus palabras se rompió de súbito, y volvió el hombre indiferente que no se cuidaba de los demás.

—Entra, que hace frío.



Livia lo siguió al interior de la cabaña, confusa y contrita. Un remolino oscuro de premonición se agitó en su pecho y subió por su garganta hasta casi ahogarla. Recordó el papel bajo la alfombra y supo que aquella angustia tenía relación con eso. Mientras Jeremías acomodaba los leños y removía las brasas con el atizador, Livia sacó el papel del bolsillo.

—Encontré esto en mi cuarto hoy, no sé qué significa, supongo que iba dirigido a usted.

Él tomó el cartelito con aprensión y se entretuvo leyéndolo más de la cuenta. El seductor desapareció por completo para dar paso al depredador, la fiera que acecha y calcula el momento de atacar. De manera simultánea, el chillido del águila sobrevoló el techo de la cabaña. Fue un instante aterrador en el que Livia pudo asomarse a las tinieblas del alma del hombre. Ella no lo había visto todo, aún no.

—¿Es algo serio? —dijo, pese a la atmósfera opresiva creada en torno a ambos.

Los ojos de Jeremías se posaron en Livia con extraño fulgor.

—¿Quieres ver al hombre que tienes delante? —la desafió—. ¿Te atreves a conocer las profundidades de un espíritu que jamás encontrará la paz?

Eran verdaderas amenazas, que suponían un castigo feroz para el que las aceptase.

La Livia Cañumil instruida en el normalismo, educada en los salones de Buenos Aires y discípula de las mejores maestras de Nueva Inglaterra, se habría retirado con elegancia.

La Livia Cañumil criada en los toldos por su abuela araucana, alumna silenciosa de la escuela de la laguna y portadora de una vena salvaje en el señorial Boston, se interpuso.

—Sí —respondió con aplomo.

Una respuesta breve y fatídica. Jeremías se incorporó con lentitud, como si quisiera encandilarla primero para devorarla luego de un bocado. Sin apartar de ella sus ojos, se golpeó el pecho con un puño.

—Este hombre —dijo mordiendo las palabras— sigue revolcándose en el fango. No es el viudo excéntrico ni el caballero que hizo fortuna en la Bolsa. Es el hijo de una prostituta que abandonó a su hermano, condenó a su esposa a la desdicha y fornicó con su cuñada. Este es el hombre que tienes ante ti, preciosa Livia, el que no te llega a la suela de los zapatos. ¿Creías que padecías por un pasado poco elegante? Pues mírate, eres una reina a mi lado. Por eso no quiero que te me acerques. No soportaría verte reducida a la miseria también. Suficientes personas padecieron por mi culpa. Hasta Cecilia, pobre inocente...

—¿Cecilia? —Los sentidos de Livia saltaron en medio de la conmoción producida por el estallido de Jeremías. De todas las culpas admitidas, algunas ya conocidas, la que horadó su pecho fue la admisión de haber intimado con Odelia Hamilton, pese a que ella había detectado hacía tiempo el amor de la cuñada por el marido de su hermana. Sin embargo, una cosa era que lo amara en silencio o que lo

pretendiese una vez viudo, y otra muy distinta que ya hubiesen intimado en vida de la esposa. Confusa ante tantas revelaciones, el nombre de Cecilia sonó incongruente en sus oídos.

—¿Qué tiene Cecilia? —insistió—. ¿Qué le pasa?

—¿No te das cuenta? —bramó Jeremías fuera de sí—. ¡Ella no es mi hija! ¡Es hija de Elijah Gardiner! Cecilia es fruto de la violación de Alma, y por eso no puedo acercarme a ella, Dios bendito, no puedo... Ni siquiera ahora, que he perdonado y siento pena por mi esposa, ahora que sé lo que ocurrió y puedo entenderla, no consigo amar a Cecilia. ¡No puedo! Soy un paria, no merezco ser querido, no merezco nada.

Livia miró pasmada cómo Jeremías Robinson se derrumbaba, víctima de la culpa por lo que había hecho y por lo que no se sentía capaz de hacer. Toda su fuerza ciclópea, su entereza ante la adversidad, se desmoronaban frente a los demonios internos. Él podía luchar contra cualquier obstáculo, menos contra aquel que provenía de sí mismo, la poderosa e invariable naturaleza de su ser. Ella había sido testigo de sus intentos por redimirse: la educación tardía de Cecilia, la protección de los niños de Lyman, la denuncia por la muerte de su hermano; pero también fue testigo de sus debilidades: la proximidad de Odelia, el trato distante con ella, la manera de consentir a la hija pequeña.

Livia sentía a flor de piel la desgracia que se cernía sobre Greenwood y sus habitantes.

—*Jeremy*... —comenzó a decir, y la reacción violenta del hombre la enmudeció.

—¡No me llames así! Solo mi esposa y mi cuñada lo hicieron. ¡No quiero que pronuncies mi nombre de ese modo nunca!

Más dolida de lo que jamás imaginó, Livia retrocedió hacia la puerta. Necesitaba aire fresco, cielo, tierra, la visión de un mundo apacible que le aclarase la mente, como decía Thoreau en su libro. Huyó de la cabaña antes de que Jeremías pudiese entender lo que estaba haciendo. Corrió entre las ramas heladas arañándose las piernas y la cara, y al llegar adonde el caballo ramoneaba tranquilo, aferró sus crines, trepó a su grupa de un salto y lo taloneó en los ijares con destreza. La monta respondió de inmediato y la sacó de allí cortando camino en el bosque y pisoteando las matas escarchadas bajo sus cascos.

Inclinada sobre la grupa como si huyese de un enemigo que le pisaba los talones, sorteó todos los obstáculos que ese bosque de invierno oponía ante ella y salió de él a la carrera. Tomó un camino divergente y galopó sin mirar atrás ni saber qué haría cuando llegara adonde fuese. Las lágrimas le barrían el rostro y se congelaban en sus mejillas curtidas. Ningún desplante que hubiese sufrido en su tierra o en esa otra podría haberle llegado tan hondo, atravesar con tanta crueldad su interior sensible, hacerle sentir con más dureza que ella no estaba destinada al amor, que no tenía un lugar que pudiera sentir propio. Lo mismo que en su tribu, donde era mitad blanca, o en cualquier otro sitio donde podía ser maestra, o institutriz, pero siempre mitad

india, se extendería entre ella y los otros un abismo, un precipicio que impedía la unión completa.

El caballo, sudoroso y excitado, se detuvo en un páramo junto a un embalse. Livia no supo adónde dirigirlo y comenzó a rondar en círculos el lugar. Los cañaverales se entreveraban formando un suelo falso que la hizo caer en una trampa. El animal hundió sus patas en el agua y corcoveó, asustado. Livia se sujetó de las crines, pero resbaló debido a sus manos entumecidas y cayó al agua helada. Hubo un instante de paz en su mente, un alivio pasajero al sentir que el frío se adueñaba de ella, alejando el dolor que le había quemado momentos antes. Las palabras del libro florecieron ante sus ojos: «En la soledad del valle, en el que un riachuelo baja por la ladera de hielo... nuestra vida es más serena y digna de contemplación».

Por fin contemplaría la verdad profunda y dejaría de dolerle la sensación de estar fuera de todo. Iris, la joven ahogada cuyo espíritu perseguía a Madame La Nuit, se reflejó ante ella. ¿Se habría sumergido en un lago como ese? Quizá su propio espíritu se apareciera ante Jeremías cuando todo hubiese terminado para ella. Se hundió con lentitud, y sus pies tocaron los juncos del fondo. Una acogedora amnesia se apoderó de su ser. Nada dolía, nada existía, fuera de ese frío que la acogía para evitarle más dolor.

Por eso el tirón que la sacó del agua fue tan abrupto y le provocó toses y náuseas. Tampoco ayudaban las expresiones soeces que acompañaron a la fea sensación. El tono revelaba una ira intensa, y la voz que se abrió paso en su memoria le resultó penosamente familiar.

—Pequeña idiota, furcia del demonio...

Unos brazos sólidos la levantaron y la colocaron sobre el suelo endurecido.

—Cabeza hueca, estúpida india...

Livia abrió los ojos y miró el rostro de Jeremías, pálido como la ceniza, con sus cejas fruncidas y el cabello desmelenado. La frotaba con tanta violencia que sentía deshacerse los huesos.

—Diablo de mujer, ladrona de caballos...

Eso último arrancó un brote de risa en el pecho de Livia, que enseguida se convirtió en tos.

—Pescaste una neumonía, seguro. Ahora tendré otra culpa que arrastrar.

Sin saber si él hablaba en son de broma o en serio, Livia se dejó cargar sobre el lomo del caballo, que obedeció al silbido del amo. En su interior se alegró de saberlo bien, temía que su alocada carrera lo hubiese mancado. Tiritaba tanto que le dolían los músculos, y aunque Jeremías la apretaba contra su pecho Livia no conseguía arrebatarse el calor que su cuerpo reclamaba. Llegaron a la cabaña más rápido de lo que ella calculó, pues en su huida le había parecido que atravesaba distancias enormes. Con eficiencia, Jeremías la cargó de nuevo y la depositó junto al fuego, que ardía como hoguera del infierno. Le quitó las ropas a los manotazos y, sin darle tiempo a cubrirse, la envolvió en una manta que había puesto a calentar. La frotó otra

vez hasta que le ardió la piel y, sin intervalo, puso en sus manos un jarro con una bebida hirviendo.

—Tómatela hasta el fondo.

—Es...

—¡Tómala!

Livia bebió, quemándose la lengua, y supo que era cerveza caliente. Los vapores la marearon un poco, pero enseguida se repuso y miró al hombre que seguía moviéndose a su alrededor, procurando hacer comfortable ese refugio desolado, sin más muebles que un taburete y un catre.

—¿Cómo me encontraste? —tartamudeó.

Jeremías se frotó la cara con las manos.

—Dabas vueltas en círculos, no fue difícil. Me diste un susto que en mi vida tuve. Creí que te habías descabezado, que el caballo te había pisoteado, y por fin te vi en el lago.

—¿No estaba hundida en el fondo?

—Tienes un cabello muy largo que flota, y el fondo no es tan profundo como crees. Podrías haber muerto, de todos modos, y lo único que lograrías es aumentar mi dolor.

—¿Su dolor? —gritó Livia con la voz cascada por el enfriamiento y la cerveza—. ¿Y el mío? ¿Puede entender el dolor ajeno, o solo siente el propio?

—Querida, no estás en condiciones de pelear conmigo. Te recuerdo que soy un púgil, y que estás desnuda bajo la manta.

El castañeteo de los dientes le impedía hablar con claridad, pero Livia se las ingenió para decir:

—Moriré peleando, si hace falta. Usted no es el único que lucha, señor Robinson.

—¿Ya no me llamas Jeremy?

—Me dijo que no lo hiciera.

—¡No entendiste nada! Te dije que nunca me llamas así porque eres distinta a todos, Livia. No quería que ese nombre con el que me llaman aquí, desde mi esposa y mi cuñada hasta las estúpidas relaciones de los Duncan, estuviera en tu boca. Quiero que mi nombre suene diferente en tus labios. Llámame como lo dirías en tu lengua. Necesito ser otro para ti. ¿Qué creíste que te estaba diciendo?

Se sintió una tonta por haber supuesto lo que no era, y también enfurecida por que él la hubiese puesto en ese trance.

—Di mi nombre, Livia.

—No sé si quiero.

—Por favor.

Ella le lanzó una mirada furtiva antes de dar otro sorbo al brebaje. ¿Le estaba rogando? ¿A ella, la Livia Cañumil del desierto?

—Ahora parece que no le molesta ser mi amigo —refunfuñó.

Jeremías la taladró con sus ojos.

—Ahora es cuando me doy cuenta de que pude perderte —respondió contundente.

Livia capturó esa mirada y percibió tanta súplica, tanta desolación, que no pudo impedir que una mano escapase hacia él y rozase su barbilla áspera. Era el primer contacto que tenían por iniciativa de ella, y Jeremías lo degustó cerrando sus ojos y aspirando hondo.

—Jeremías —murmuró Livia con voz ronca, accediendo a sus deseos.

Los ojos de él se abrieron y la envolvieron en una oleada de amor que le hizo olvidar todas las circunstancias de sus vidas: que ella estaría allí solo por un tiempo, que él tenía hijos y se había enredado con su cuñada, y que una esposa muerta se interponía entre ambos.

Los labios del hombre se apoyaron con suavidad sobre los suyos y se deslizaron por otros rincones de su rostro: los pómulos, el puente de la nariz, los párpados, la frente. Una mano de Jeremías se adentró en la manta y le acarició la cintura, ascendió hasta un seno y se detuvo allí, encerrándolo por completo, capturando la tibieza que empezaba a aflorar de nuevo. Ella se estremeció bajo ese contacto cálido y atrevido, el primero de su vida.

—No soy un hombre libre, Livia —le dijo, reposando su mano sobre la cadera femenina—, mi hija me retiene.

*¿Cuál es tu hija, Robinson?*

El mensaje estaba claro para ella ahora. Si Cecilia no lo era, la única hija de Jeremías tenía que ser la pequeña que se le parecía como dos gotas de agua. La verdad se filtró en la mente embotada de Livia: Odelia, la cuñada con la que él había cometido infidelidad, era la madre de Samanta. Tantas cosas encajaban a partir de esa certeza que Livia no entendía cómo no lo había pensado antes. La presencia casi impuesta de Odelia Hamilton, los caprichos de Samanta, consentida frente a Cecilia, que siempre parecía abandonada, los cambios de humor del padre, atado por la culpa y el deber. Era increíble cómo se echaba luz sobre todos los pequeños misterios que ella había sentido en Blue House y en Greenwood. El velo se acababa de descorrer, dejando expuestas las miserias humanas. Cada pieza de ese macabro rompecabezas encajaba con precisión.

¿Qué hacer, entonces? La distancia entre lo que se esperaba que una mujer decente hiciera y lo que su corazón y su cuerpo reclamaban era tan inmensa que lo que decidiese ya no tendría vuelta atrás. O aceptaba al hombre con sus defectos y caían juntos, o lo rechazaba en nombre de la rectitud moral y lo alejaba para siempre. ¿Cuál de las dos Livias daría la respuesta definitiva?

—Me he enamorado —escuchó decir a Jeremías, y no entendió a quién se refería hasta que vio sus ojos entornados fijos en ella.

—Prometí que no volvería a suceder —siguió diciendo—, y aquí estoy, dependiendo de tus palabras, sintiéndome indigno y a la vez egoísta, pidiendo que me dediques un pensamiento. No soy libre, no soy puro, no tengo nada.

Livia tragó saliva. De las tres carencias enunciadas, la única que le pesaba era la falta de libertad que él declaraba. Era menester volver sobre ese punto.

—¿Amas también a Odelia? —se atrevió a preguntar.

Él quedó perplejo.

—¿Amarla? Nunca sentí nada por ella, salvo remordimiento por haber engendrado en su seno una hija. Samanta es mi hija y la amo con locura, debo decirte. En eso soy también injusto, le doy a esa niña lo que le niego a la otra. Ya ves, un dechado de perfección —dijo burlón.

—No hace falta arrojarse tierra —observó con suavidad Livia—, sino intentar mejorar en algo. Lo hecho no puede cambiarse, pero se puede empezar a actuar distinto. Hay... un vínculo con Odelia que no podrás olvidar ni negar. Ella te ama, lo sabes.

Jeremías soltó una risa amarga.

—A su modo, como todo lo demás. Si de veras me quisiese, cuando murió su hermana se habría divorciado de su marido para casarse conmigo, pasado un tiempo prudente. No me lo preguntó siquiera, y creo que si yo se lo hubiese pedido se habría espantado. Una Duncan no deja a un esposo adecuado por un boxeador irlandés, mi querida Livia. Odelia no lo reconoce ahora, pero si me hubiese inclinado por la menor de las dos hermanas me habría rechazado. Solo Alma podía aceptarme por amor. Hay aquí dos valores insuperables, querida, de los que yo carezco: la fortuna y el intelecto. No soy pobre porque mis bienes heredados abultan los que me he ganado. Tengo dinero en el banco, y buena cabeza para los números. Mis inversiones y mis contactos en la Bolsa de Nueva York me sacaron del hambre y la necesidad, pero se necesita algo más que monedas para pertenecer a la alta sociedad. Y yo jamás lo tendré, pues al morir Alma perdí ese boleto.

El desencanto que rezumaban sus palabras caló hondo en Livia. Ella tampoco era dueña de nada que pudiese llamarse valor social, salvo su profesión, ganada a pulso. Y aunque eso contaba como parte del progreso, era cierto lo que decía Jeremías, no daba el lustre que se obtenía por la cuna. Nunca le había importado lo suficiente hasta ese momento, en que los sentimientos empezaban a aflorar. Mientras tomó a Jeremías Robinson por un caballero viudo respetable, la distancia que puso entre ambos le sirvió de escudo, mas cuando comenzó a verlo como hombre y supo de su pasado tenebroso, sus miedos, sus culpas y esa marginación que él mismo señalaba con crueldad, aquella distancia se había acortado de manera vertiginosa. Esa vez, le tocó a Livia pensar que eran almas que se buscaban, se reconocían en la carencia y la necesidad, y que, si ambos muriesen en ese instante, sus espíritus rondarían el mundo hasta encontrarse, reunidos por un médium que supiese invocarlos.

La idea la hizo sonreír.

—¿Es tan gracioso lo que digo?

Él seguía pendiente de su respuesta. Livia dejó el jarro en el suelo y tomó el rostro de Jeremías en sus manos. Poseía la mirada desafiante de Alistair, que ocultaba

el temor al rechazo. Y que la perdonasen todos los que confiaron en ella hasta el momento, pero no podía negarle apoyo a ese hombre que se había forjado a sí mismo en el peor de los ambientes.

En cuanto a Jeremías, no se había sentido nunca tan inseguro. Cuando cortejó a Alma Duncan, contaba con su juventud y la soberbia de ser el campeón. Si bien no se trataba de un título académico, al menos era un título de algo, y se lo había ganado en buena ley. Sabía que podía seducir a una muchacha criada entre almohadones de seda, era materia dispuesta. Con Livia era distinto. Le llevaba la ventaja de ser tanto o más fuerte que él en su interior, y conocer lo que pensaba solo con mirarlo; se daba perfecta cuenta de ese poder que ella ejercía. Su rechazo sería un golpe bajo que lo llevaría al nocaut.

—Di algo, cualquier cosa.

Livia sonrió, temblando un poco por los estremecimientos de frío, y murmuró palabras que él no entendió:

—Te acepto como eres, Jeremías Robinson, y no por lo que eres.

Había hablado en castellano, para sentirse segura de que era eso lo que quería en realidad. Cuando las palabras resonaron en su mente supo que eran sinceras, que amaba a ese hombre y que no existía nada que él ni nadie pudieran argumentar para disuadirla. Cerró su corazón a las consecuencias y a los reproches que pudiera haber, a los peligros y a las incógnitas del futuro. Repitió la frase en inglés, con especial énfasis en pronunciarla de modo adecuado. Por toda respuesta, Jeremías la tomó en sus brazos y hundió su cara en el cuello de Livia. Permanecieron así, fundiéndose el uno en el otro hasta que el calor del fuego, unido al de sus cuerpos, reclamó otro tipo de contacto.

Él ya no murmuró excusas, todo su ser anhelaba sentir a esa mujer hermosa por dentro y por fuera. Livia era un remanso para su torbellino interior, el embalse que aquietaba su oleaje impetuoso. No entendía cómo había podido subsistir sin ella antes. Con delicadeza imposible en un hombre de su tamaño, la acomodó sobre su regazo. El cuerpo de Livia, rosado y tibio, lo tentaba como un demonio que se apoderaba de su alma. La acarició bajo la manta sin dejar de mirarla a los ojos. Sus profundidades verdosas eran como los lagos de su tierra natal, de la que solo conservaba vagos recuerdos. Dejó que su mano detectara la forma angulosa de su silueta, sintiendo los músculos que se delineaban. Quizá a ella le pareciese poco femenina su imagen, pero para él, ese cuerpo atlético y erguido representaba la perfección de la belleza. Las mujeres que había conocido solían ser secas y escuálidas, o bien regordetas y blandas; Livia, en cambio, conservaba las formas en un esqueleto fuerte. Había cabalgado como una amazona, sin silla ni riendas, y resistía los embates del clima sin mostrar debilidad alguna. Si había una mujer en el mundo que podía recibirlo completo, era ella. Más que Alma, que había necesitado suavizarlo para sentirse su esposa, lo había educado en las buenas maneras y obligado

a abandonar su deporte, que era también su forma de vida. Livia no le exigiría nada, aunque él estaba dispuesto a darle todo.

La acunó un momento antes de besarla en profundidad, reclamando su rendición. La lengua masculina buscaba los rincones jamás besados y se adueñaba de las sensaciones de la joven sin escrúpulos. Gruñó con satisfacción cuando ella respondió y le salió al encuentro con audacia. Así entrelazados, comenzaron a reconocerse con tímidas caricias que aumentaron la intensidad a medida que el calor trepaba por sus cuerpos. Livia se maravillaba de sentirse tan cómoda en brazos de un hombre, su primer hombre. Le parecía que aquellas manos ya la habían recorrido antes, que Jeremías era un viejo amor al que regresaba en busca de consuelo. No le extrañó que él oprimiese sus pezones con sus dedos, ni que hallase con rapidez la humedad entre sus piernas para jugar en ella, pidiendo entrar. Dejó que la rozase con el dorso de la mano una y otra vez, provocando más debilidad en sus músculos, obligándola a abrirse para él, a pedir que ahondase la caricia. Él poseía la tenacidad de un luchador que avanza a medida que el contendiente ofrece resistencia. Dibujó figuras invisibles en el interior de sus muslos, y con esos mismos dedos recorrió los labios de Livia, dejándole percibir su propio olor femenino. Se los introdujo en la boca y la recorrió, disfrutando de la creciente excitación de ella. Un pequeño gemido lo alentó en pos de más sensaciones y, sin dejar de besarla, hundió el dedo índice en esa cavidad acogedora, demorándolo hasta que el cuerpo femenino se acostumbrase. Luego lo retiró, disfrutando del espasmo de los músculos internos que querían aprisionarlo. Introdujo entonces el dedo medio, el que ella sabía deformado en sus falanges, y ese recuerdo electrizó a Livia, que comenzó a temblar de placer.

—Sí, hazlo así, querida —murmuró Jeremías con voz enronquecida por la pasión—, déjame que te sienta hasta el final.

Él era como una tea ardiente que se contenía en beneficio de su amante, anhelaba que el cuerpo de Livia suplicase, para darle lo que había acumulado durante todo ese tiempo. El aroma silvestre de su piel, que ya le resultaba familiar, lo remontaba al hogar ancestral; era el que debieron de aspirar sus antepasados irlandeses en sus chozas calentadas con turba, y sin duda el que los abuelos de Livia habrían aspirado en sus tiendas alrededor de las fogatas. El pasado de ambos los envolvía en un halo premonitorio.

Sus almas se habían encontrado por fin.

Cuando su anhelo fue demasiado fuerte, tomó a Livia por la cintura y, sin quitarle la manta por miedo a que se enfriase, la ubicó sobre su regazo, dándole en silencio la orden de que lo cabalgase como había hecho con el potro un rato antes. Ella entendió enseguida y lo rodeó con sus piernas largas y esbeltas, apretándolo como si quisiese impartirle órdenes también. Jeremías sonrió.

—Ten cuidado —le advirtió enfebrecido—, si no conoces la monta.

En lugar de amilanarse, Livia tomó aquello como un desafío.

—Soy buen jinete, nací en la pampa.



Los ojos de él relucieron con ferocidad. Nunca había podido ensayar esas posiciones con su esposa, jamás logró que ella se mostrase audaz en el lecho, hubiera sido mucho pedir que cabalgase sobre su esposo como una amazona salvaje, y él se habría sentido horrible al obligarla. Podía exigírselo a Livia porque eran iguales en eso, salvajes ambos a su modo, luchadores que no pedían tregua ni la daban tampoco. Una imagen de Livia en el *ring*, con su cuerpo elástico y los puños alzados, se formó en su mente. Estaba seguro de que jamás habría necesitado el pañuelo rojo de Homer, ella nunca hubiese mirado hacia el rincón antes de demoler a su rival. Y ahora el rival era él, aunque los dos iban en la misma dirección.

—Móntame —le dijo con los dientes apretados.

Con los cabellos ardidos por la humedad del lago y entremezclados con sus senos, las manos afirmadas sobre los hombros de Jeremías y la cintura cimbreante, Livia comenzó a descender sobre él con lentitud, absorbiendo su virilidad. La manta formaba una especie de tienda en la que ambos respiraban el mismo aire que sus pulmones excitados exhalaban, y se embebían de sus aromas corporales. Todo les parecía poco para sentirse unidos. Al fin, en el paroxismo del deseo, Livia se dejó caer por completo, su cuerpo engulló el miembro masculino y, sin pausa alguna, comenzó a balancearse sobre él, aceptando la bravata de cabalgarlo, despacio al principio, al galope después. Jeremías la sostenía, maravillado del éxtasis que el contacto de sus cuerpos le producía. La virginidad de ella no fue un obstáculo, apenas un roce suave que cedió antes de abrirle paso al interior sedoso. Las piernas fuertes de Livia apretaban sus flancos, y la visión de sus pechos alzándose ante sus ojos y la cintura flexible acabaron por excitarlo tanto que giró sobre ella y la aplastó contra el suelo junto a la chimenea. Tomó las riendas de la situación y fue el jinete más desbocado. Livia se erguía un poco para mirarlo mientras él la montaba en un desenfreno jamás experimentado. Un segundo de lucidez le recordó que debía prevenirse de gestar un nuevo hijo en ese vientre que iba a recibirlo por vez primera, pero Livia lo desarmó al clavar los talones en sus nalgas con fiereza. Se olvidó de sus culpas, sus prevenciones y sus impedimentos. Le tomó las muñecas y la aprisionó bajo su cuerpo, con los brazos extendidos y sus pechos unidos y jadeantes. En un espasmo final, estalló en un grito de dominio y rendición a la vez. Temeroso de que ella no lo hubiese sentido aún, prolongó su movimiento hasta que percibió el velo que enturbiaba los ojos verdes. Renovó su cabalgata mientras duró ese nublado deseo. Por fin, exhaustos ambos, se derrumbaron el uno en el otro.

Respiraban sofocados. La manta había resbalado y Jeremías yacía casi desnudo sobre el cuerpo de Livia. Durante su encuentro amoroso él había arrojado lejos su camisa, pero apenas había llegado a desabotonar los pantalones, de modo que la piel de ella lucía enrojecida por el roce del paño grueso en sus muslos. Con ternura se separó para acariciarla allí donde la violencia del acto había dejado huellas, y depositó besos en las ingles. No hubo sangre ni desgarros. Todo en Livia era

armonioso y natural, hasta la primera vez con un hombre. Jeremías se puso de lado y la acercó a su cuerpo, abrazándola.

—¿Cómo te sientes, bella amazona? —bromeó.

Con los ojos cerrados, ella esbozó una sonrisa.

—Deshecha —murmuró.

—No me lo creo.

Después, para desmentir esa falta de preocupación, él le acarició los cabellos, ordenándolos sobre los hombros y desenredando sus nudos. Cada gesto era un intento de mimarla y apaciguar sus temores, en caso de que los hubiere.

—Eres una mujer increíble, Livia Cañumil. Tengo buen ojo, lo supe desde el principio.

—¿Y por eso me chuceabas?

—¿Qué palabra es esa? —rio él, sorprendido por el término extranjero desconocido.

—Los guerreros indios enarbolaban unas cañas que llevaban atado un cuchillo en la punta, rodeado de plumas. Con ellas ensartaban al enemigo y a veces clavaban sus cabezas como estandarte. Se llaman «chuzas».

—Vaya, no debería sorprenderme de nada, entonces. ¿Y qué hacía yo, ensartarte, como dices? No pretendo tu cabeza, sino tu cuerpo delicioso.

Livia abrió los ojos y lo miró con una seriedad sobrecogedora.

—¿Solo eso?

Él también se puso serio.

—No, no solo eso, sino todo lo demás también, lo que no quiero que ofrezcas a nadie nunca. Me perteneces, Livia, aunque tu espíritu de amazona te reclame ser libre. Te dije que no podía ofrecerte nada tentador, pero ahora que te has dado a mí, soy tu dueño.

El encanto inicial se había roto, sin embargo. Aquellas palabras habían sonado frívolas en los oídos de Livia, que se vio reducida al papel de una amante. Y eso era, después de todo. Jeremías Robinson estaba enredado en una maraña de responsabilidades que le impedían casarse de nuevo. Y ella, a pesar de haberse educado en la decencia de una dama, no lo era por su parte india, que le insuflaba un aire de libertad inconcebible en la vida civilizada.

«No importa», se dijo. «Me lo he buscado».

Él le prodigó toda clase de caricias consoladoras, creyendo que su silencio se debía a la timidez de las vírgenes. Lejos estaba de suponer lo que pasaba por la mente de Livia en esos instantes.

—Dame ese papel que encontraste en tu cuarto, lo guardaré para cotejar su caligrafía. Tengo que saber a quién debo estos mensajes intimidatorios. Ya hubo otros antes.

Livia se mostró sorprendida al saberlo.

—En aquel galpón donde te di clases de boxeo encontré un mensaje que atribuí a Gardiner, pero ahora este otro desmiente mi sospecha. Me gustaría comparar la letra con los que guardó mi esposa —y ante la mirada interrogante de Livia, explicó—. Alma escribió varios párrafos a manera de confesiones. Gracias a ellos puedo suponer que Cecilia fue concebida durante su violación. Nunca se atrevió a confiármelo, creyó que sería mejor así, para evitarle a la niña el desprecio. Pobre Alma, me conocía bastante, después de todo.

—No desprecias a Cecilia, solo te cuesta aceptarla como hija.

—Porque no lo es.

—La criaste bien mientras vivió tu esposa. Y luego antepusiste a la otra niña cuando nació. ¿Crees que Alma no lo sabía?

—Siempre me pregunté si ella habría sospechado de mi paternidad sobre Samanta.

Livia de repente sintió frío.

—Yo lo habría adivinado, en su lugar.

—Sí, pero porque eres bruja, ya te lo dije.

—Hablo en serio, Jeremías Robinson. La felicidad de dos niñas depende de ti.

—Señorita Cañumil, yo también hablo muy en serio. Tienes una percepción que me asusta. Creo que los espíritus de Blue House se manifestaron por tu presencia.

Livia se miró las manos, pensativa.

—Quizá sí, o tal vez fue Cecilia. Ella también es perceptiva, su mal le ha desarrollado los otros sentidos, los que nosotros tenemos atrofiados. Aquella noche en tu despacho habíamos visto algo, y sospecho que se trató de Alma. La madre sigue velando por su hija, y lo hará hasta que demuestres ser un verdadero padre. ¿Qué otro tendría? ¿Un asesino en cautiverio? La niña siente que le niegas tu presencia. Deja descansar en paz a tu esposa, Jeremías, que su espíritu vaya, por fin, adonde debe ir.

El hombre se quedó mirándola, sumido en un mar de confusos sentimientos. Odiaba que le recordaran sus cuitas, y a la vez necesitaba que lo ayudaran a solucionarlas. Livia daba en la diana o, como ella decía, lo «chuceaba».

—Lo intentaré.

—Bueno, ya es algo. Debemos irnos —exclamó de pronto, levantándose y arrastrando la manta con ella.

—¿Por qué tanta prisa? Nadie nos reclamará nada —protestó él.

Livia sabía que sí, que habría muchos reclamos cuando los vieran regresar juntos en ese estado, y no quería prolongar el momento, deseaba vivirlo cuanto antes para dejarlo atrás.

—Es tarde —insistió— y tengo mucho frío.

—Livia.

Evitó mirarlo, pero Jeremías era una roca cuando quería. La obligó a enfrentarlo.

—No huirás ahora que hemos sido sinceros el uno con el otro. Te necesito.

Ella le dedicó una mirada fugaz.

—No iré a ninguna parte, hay varios niños que dependen de mí también.

Él la siguió, recogiendo las prendas desperdigadas por la cabaña y pateando los troncos para apagar el fuego. Afuera reinaba un silencio de nieve que resultaba premonitorio.

Al salir, Jeremías silbó llamando al caballo.

—Montaremos juntos —dijo, con intención.

Livia ignoró ese lance y trepó a la grupa con agilidad, no como una damisela que acababa de vivir su primera noche de amor.



## CAPÍTULO 25

La nieve caía en abundancia cuando arribaron a Greenwood. Las ventanas iluminadas en el crepúsculo habrían resultado acogedoras si no los hubieran acechado como fantasmas las incómodas sensaciones que los aguardaban. Desmontaron en las cuadras, para dar comida y descanso al caballo. Jeremías le frotó el pescuezo con una parva de heno.

—Habría que darle un nombre, pues no lo hemos bautizado.

—¿Qué clase de caballo es? —preguntó Livia, en las primeras palabras que pronunciaba desde que emprendieron la vuelta.

—Supongo que tendrá sangre de *mustang*, es la raza salvaje que se crío en las praderas. Los nativos los adiestraban con facilidad —y contempló la expresión del rostro de ella, que admiraba al noble animal de crines largas y ojos ambarinos. Él pensó que se sentiría atraída por esa idea y así fue, Livia ya barruntaba nombres que cuadrarían perfecto a aquel ejemplar, mestizo como ella.

—*Gualicho*.

—Que me aspen si sé lo que significa eso —exclamó divertido Jeremías.

Le alegraba poder distraerla del mutismo que la había envuelto durante el regreso. Livia se giró hacia él con sus verdes ojos centelleantes.

—Significa embrujo, sortilegio. Es lo que hacen los magos de mi tierra cuando quieren hechizar a alguien.

—Buen nombre. Me gusta. Digno de la dama que lo eligió.

Lo que Livia le ocultaba era que el *gualicho* provenía del diablo en realidad, y que en las pampas ese embrujo era más temido que deseado. Los gauchos se persignaban ante su presencia. Ningún otro nombre hubiera podido resumir mejor el acto de haberse entregado en cuerpo y alma a Jeremías Robinson.

La doncella de servicio se apresuró a colgar sus abrigos en el perchero de la entrada, mientras los niños los rodeaban en busca de explicaciones por la extraña ausencia de ambos. A Livia le alivió ver que él tomaba el asunto con naturalidad y les contaba sobre el accidente del lago como si hubiese sido la única cosa notable de esa tarde. Por el momento, serviría de distracción.

Hubo una novedad que la apartó de sus preocupaciones: en la bandeja de la entrada había varios sobres dirigidos a ella. Se encaminó deprisa a su cuarto sin mirar atrás, impaciente por conocer su contenido y escapar de la mirada insidiosa de Odelia Hamilton.

Un sobre contenía una esquila de Frances Harper que la invitaba a la convención de mujeres de Chicago. Otro, una carta emocionada de Anne Sullivan, con unas líneas escritas por la propia Helen Keller, diciéndole que deseaba ver de nuevo a *la bonita niña que usted trajo*. ¡Ah, si algún día ella lograra eso con Cecilia! Soltó un suspiro y se concentró en el tercer sobre, alargado y repleto de sellos postales. Con

dedos temblorosos rasgó la solapa y descubrió la inconfundible letra redonda y prolija de Elizabeth O'Connor. ¡Su maestra, su querida amiga, le había escrito! ¡Y ella, que hasta el momento solo había podido dedicarle pensamientos sueltos, nada más! Oprimió la carta contra su pecho en pos de serenidad para leerla, y luego se enfrascó en aquellas líneas que le llevaban el aroma y la nostalgia de la tierra lejana.

*Mi queridísima Livia,*

*estamos tan ansiosos por saber de ti que no hemos podido resistirnos a hacer nuestras propias averiguaciones. La señorita Peck ofició de pesquisidora utilizando la dirección de su amiga en Boston para luego atar cabos y dar con tu trabajo en la escuela de sordos.*

*¡Qué orgullo, Livia querida, saberte allí, rindiendo lo mejor de ti en favor de los menos favorecidos! Es lo que siempre supe que serías, una luchadora por la igualdad de las personas. Todos te mandan sus saludos y deseos de verte pronto entre nosotros. Ya ves, el egoísmo de los que bien te quieren.*

*Por favor, no tomes esto como una interposición en tus planes, sean los que sean, solo deseamos saber si pasarás Navidad en el Río de la Plata, para contar contigo en los festejos y recibirte como mereces.*

*Hay un saludo especial del señor Damián Berdiales (mi esposo insiste en que te lo recuerde y nuestro amigo Julián en que lo calle, no sé a cuál de los dos hacerle caso, ya sabes cómo son).*

*Mis hijos te envían sus más amorosos recuerdos. Juliana pregunta si, en caso de que no vengas pronto, podrá ir ella a verte. Le dije que, Dios mediante, iríamos todos en familia dentro de poco a la casa materna, pues mi madre habla de morir allí.*

*Para ese entonces quizá estés de regreso. Si no es así, Livia, que sea por un buen motivo. Es decir, ¿habrá algún caballero virtuoso que haya logrado conquistar tu corazón? A eso me refería y perdona mi atrevimiento, me siento con derecho a formular preguntas de madre.*

*Adentro del sobre encontrarás misivas de mis tres Balcarce: Santos, Juliana y Francisquito (todavía lo llamamos así). Hay algunas novedades que ellos te contarán cuando vuelvas.*

*Querida, sabes que mi corazón y mi pensamiento estarán contigo siempre. No tomes a reproche que te escriba pidiéndote razón de tus andanzas. Ojalá mis deberes me permitiesen visitarte. Se te extraña, y mucho. A pesar de ser una joven callada (virtud de las que ya no hay, según mi marido) eres una «presencia», Livia, si entiendes lo que digo. Para mí, una amiga insustituible.*

Elizabeth (tu Misely)

Livia apretó la carta entre sus manos y lloró en silencio. ¡Los extrañaba tanto a todos! Había sido un esfuerzo descomunal aventurarse en un país ajeno para enfrentar otras costumbres y nuevos desafíos. Aunque no se arrepentía de haberlo hecho, sentía el peso de la nostalgia como nunca antes. Aquella carta le recordaba que dentro de poco sería Navidad, un tiempo maravilloso en su memoria, pues había vivido su primera Nochebuena en la escuelita de la laguna junto a su maestra y a sus discípulos. Allí conoció la historia del niño Jesús, los magos de Oriente y la estrella milagrosa; recibió su primer regalo, y tuvo su primera cena festiva. A partir de entonces, esa época fue siempre especial en su vida, y procuraba que lo fuese para los niños que la rodeaban. Creía a medias en el catecismo, pues una mezcla de tradiciones poblaba su mente, pero era tan hermoso contemplar las imágenes del pesebre y cantar, que con gusto cerraba los ojos y se entregaba a las ideas de paz y revelación. ¿Cómo sería pasar allí la Navidad? Sin duda los Robinson tendrían sus propios hábitos, aunque ella añoraría aquellas figuras del pesebre que había enseñado a fabricar a los niños Balcarce, según aprendió ella misma de su maestra. Salvo Jeremías, de sangre irlandesa, el resto de las personas que la rodeaban profesaban el credo protestante, como casi todas las normalistas que fueron a la Argentina. Livia lo sabía bien, ya que eso había constituido uno de los más grandes escollos en la educación del país, otrora en manos de la Iglesia. Imaginó que, sin importar de qué modo recordaran allí el Nacimiento, la esencia navideña se haría presente, y no tenía por qué disgustarle tampoco. De forma espontánea y sin saberlo, Livia experimentaba un panteísmo que se asemejaba mucho al ideal trascendental de los intelectuales de Concord. A pesar de no haber leído aún a Thoreau, ni saber nada de Emerson, la joven sentía en sus huesos que era la Naturaleza, antes que ninguna otra estructura, la base del pensamiento religioso. Se habría sorprendido al verse reflejada en aquellas respetadas inteligencias del país.

—Miss Livia.

La voz al otro lado de la puerta le devolvió la compostura. No debía mostrar debilidad ante Odelia Hamilton. Abrió y la vio tiesa ante ella, con las manos juntas y una expresión indescifrable.

—Espero que no hayan sido malas noticias —dijo, aludiendo a las cartas.

—Al contrario, me ha escrito mi familia desde la Argentina. Esperan verme pronto.

—¿Entonces se marcha?

La ansiedad en el tono era inocultable. ¡Ya querría la cuñada deshacerse de ella cuanto antes! Livia domeñó su inexplicable rabia.

—Eso no depende por entero de mí, sino de cuánto me necesiten aquí y del trabajo que consiga. Mi interés es que Cecilia logre avanzar en su educación.

—Sobre eso quería hablarle, Miss Livia. ¿Puedo pasar?

Se dio cuenta de que no le había franqueado la entrada a Odelia. ¡En su propia casa! Se hizo a un lado y aguardó la siguiente jugada de aquella dama.

—En su ausencia de hoy —y el reproche fue evidente—, encontré a Cecilia lejos de la casa, en compañía de ese muchacho indio que vino con usted. Por supuesto, entiendo la caridad de recibir a los niños después del incendio si no había otro sitio adonde llevarlos, pero me preocupa la cercanía de estos muchachitos díscolos, por decirlo de manera suave, con relación a las niñas. Samanta es pequeña aún y está bajo mi vigilancia, pero Cecilia pronto se hará mujer, y ese chico aparenta ser mayorcito también. Los he visto juntos varias veces, demasiado cerca el uno del otro, en actitudes furtivas. ¿Entiende lo que digo, Miss Livia?

—Perfectamente, señora Hamilton. Teme usted que Joseph viole a Cecilia.

La crudeza de la palabra ofendió a Odelia, que se crispó. Livia no la dejó responder y se adelantó a su réplica.

—Hay algo que usted no tiene por qué saber, señora, y es que Joseph estaba en Lyman por defender el honor de una niña como Cecilia. El que debió ser encarcelado era el atacante, no él, pero en la tribu donde vivía entendieron las cosas de otro modo. Yo confío en la integridad de Joseph. Desde que vino, Cecilia ha estado más contenta que nunca.

—Ya sabemos que las jóvenes inexpertas son presa fácil de los seductores —y Livia entendió que todo lo que Odelia Hamilton decía iba dirigido a ella de algún modo—, por eso no confío en Cecilia tampoco. ¿Qué puede pasar por la mente de una niña ciega, sorda y muda al sentir la proximidad de un varón de su edad por vez primera? Sería como una paloma recién liberada de una jaula a merced de un gavilán.

—Buena metáfora —respondió Livia, mordiéndose la lengua para no saltar como una fiera sobre aquella dama—, pero no se aplica a ellos, a menos que considere que Cecilia estuvo enjaulada.

Odelia la contempló unos segundos, midiendo el terreno entre ambas, calculando el siguiente golpe y previendo cómo esquivar el de su oponente. Livia era, como bien sabía ella, una mujer dotada de cualidades poco frecuentes. Verla llegar en compañía de Jeremy con la ropa y el cabello desarreglados solo podía significar una cosa, y Odelia estaba dispuesta a luchar por lo que le correspondía con uñas y dientes. Su estocada final era la paternidad de Samanta. Si Livia no había caído en la cuenta aún, pronto lo sabría.

—Yo no puedo sentirme responsable de lo que mi hermana y mi cuñado no hicieron por la niña. Bastante difícil fue conseguir que Jeremy la llevase a la escuela, en primer lugar. De otro modo, Cecilia habría vivido como un topo en la oscuridad.

Disgustada por la continua referencia a la animalidad de Cecilia, Livia contestó:

—A veces no contamos con la ceguera del corazón.

Odelia estrujó su pañuelito de encaje y lo llevó hacia la nariz, como si necesitara aspirar su perfume, para luego responder con encono:

—Me extraña, Miss Livia, que una persona como usted, comprometida con las nuevas ideas, encuentre positivo que un hombre, pues al fin y al cabo en eso se convertirá el muchacho pronto, acose a una niña inocente. Es todo lo contrario de lo



que el movimiento al que pertenece propone. La opinión de las damas que conozco condena a los hombres por su brutalidad, su ignorancia de las necesidades femeninas y su soberbia al pretender dirigir todo, como si las mujeres no tuviéramos cabida en las decisiones que nos atañen.

Era el discurso ideológico más largo que Livia escuchó de boca de Odelia, y le sorprendió que la cuñada concordase con aquellas ideas, pues el propio Jeremías encarnaba un poco ese prototipo masculino indiferente a la sensibilidad femenina. ¿Acaso no lo amaba? ¿O estaría en lo cierto el señor Robinson al decir que Odelia se engañaba?

—Quizá no nos hemos entendido, señora Hamilton. Yo no pertenezco a ningún movimiento, soy maestra Normal y me especializo en los jardines de infancia, que en mi país ya tienen cierto desarrollo. Vine en busca de nuevas técnicas, para superarme. Encontré aquí novedades sobre el papel de las mujeres, la desigualdad en la política y en los salarios, que me parecieron interesantes y justas. Apenas me estoy enterando, no soy un adalid de la causa, si bien la considero importante. Tal vez mi profesión me torne más independiente que una mujer que cría a sus hijos bajo la manutención de un hombre, pero tampoco juzgo mal ese modo de vida. Supongo que la libertad de elegir es lo ideal.

Odelia reprimió el deseo punzante de seguir debatiendo. Ella tampoco era adalid de «la causa», como solían llamar las militantes a ese caudal de ideas renovadoras, pero era de buen tono codearse con la intelectualidad de Nueva Inglaterra y participar de las reuniones. Admiraba a Livia, que podía reconocerlo abiertamente. Sin duda, Jeremy también admiraría la sencilla franqueza de la extranjera.

Que le reservaba otra sorpresa, además:

—En cuanto a Joseph y a Cecilia, no encuentro nada ilícito en su amistad. Como le dije antes, ella se siente comprendida por un espíritu afín. Ese niño ha sufrido la marginación y la soledad, y es común que dos seres con un pasado similar se sientan atraídos, son como almas gemelas. De todos modos, si usted lo cree conveniente, alertaré a su padre sobre este punto.

Lo de la atracción de las almas que Livia mencionaba le cabía también a Jeremy, atraído por la joven maestra desde un principio. Aquella respuesta determinó la primera reacción violenta de Odelia en esa conversación que revelaba, pese a su cortesía, que ambas se hallaban en veredas opuestas.

—El problema es que Jeremy nunca ha sido un padre para Cecilia —soltó, venenosa.

Era lo más cercano a la admisión de la bastardía de la pobre niña. Livia tuvo que hacer un enorme esfuerzo por no actuar como lo había hecho con el señor Clark, aunque en ese caso, en lugar de arrojar una piedra a Odelia, habría debido arrancarle las mechas. Su forzada compostura la sacaba de quicio. Tragó saliva para contener su réplica.

—Es natural que no haya sabido cómo tratarla, necesitaba cierta orientación. Por fortuna, ahora cuenta con ayuda para lograrlo. Y Cecilia posee una dulzura propia que lo conquistará al final, estoy segura de eso. Se nota que hay entre ambos un cariño que no pudo manifestarse aún. Pienso —y Livia sacó a relucir su propia artillería— que Cecilia hereda el carácter del padre, en tanto que Samanta se le parece físicamente. A cada una le tocó algo de Jeremías Robinson.

Odelia se convirtió en una estatua de mármol. Los colores huyeron de sus mejillas, y sus labios perdieron la suavidad al cerrarse en una fina línea. ¡Bien sabía ella que nadie estaba seguro de la paternidad de Cecilia! Ni siquiera la propia Alma, que le había confiado sus temores una tarde, envuelta en la desesperación. Después las dudas, las sospechas, los reproches, crearon la desgracia de los esposos, que ella se encargó de alimentar con sutiles insinuaciones. ¿Cómo era posible que esta otra mujer hundiese su punzante lengua en la llaga que todavía le laceraba el espíritu? Así las cosas, Odelia no se atrevía a decirle que ese hombre que la policía había detenido en Newport por asesino era el padre de Cecilia, ya que resultaba evidente que Livia no lo veía de ese modo, y ella tampoco tenía manera de demostrarlo. Se preguntó rencorosa si habrían hablado del tema con Jeremy esa tarde. Le quedaba, pues, una sola carta por jugar: la maternidad de Samanta. Ninguna mujer virtuosa aceptaría a un hombre que había engendrado una hija en la cuñada durante su matrimonio. Estaba a punto de abrir la boca cuando la puerta se abrió y entró Samanta como ráfaga, seguida de Alistair. Ambos parecían estar embarcados siempre en alguna travesura, con sus mejillas pecosas enrojecidas y sus ojos brillantes.

—¡Miss Livy! —gritó la niña sin prestar atención a la que creía su tía—. Arturo desapareció.

Livia se puso de pie, y las cartas cayeron sobre el tapete.

—¿Cómo es eso? ¿Lo sabe tu padre ya?

—Se lo dijimos y está buscándolo —confirmó Alistair con los brazos cruzados y echando miradas furtivas a ese cuarto que aún no conocía.

Livia salió sin disculparse con Odelia, que se encontró abandonada por causa de la intromisión de la misma fuente de su conflicto.

Jeremías rastreaba las cuerdas con el ánimo exaltado. ¡Dichoso niño, desaparecer justo cuando él pensaba encerrarse con una borrachera descomunal! Desde que volvieron de la cabaña del bosque, no las tenía todas consigo. Había privado a Livia del único bien que ella poseía en aquella sociedad puritana: su inocencia. Si alguna vez era cortejada, esa mancha estropearía sus planes. Por otra parte, pensar en un hombre cortejando a Livia le arruinó aún más el humor. Desechó esa imagen perturbadora y recorrió palmo a palmo el lugar, llamando a Arturo de todas las formas posibles: apacible, adulador, rabioso. Ninguna dio resultado con ese pequeño tan difícil de abordar. Arturo era un niño triste, temeroso, exigente y callado. De no

haber sabido que tenía voz, él habría supuesto que lo aquejaba un problema parecido al de Cecilia. Se había aferrado a su maestra con desesperación, lo que hacía más extraña todavía su ausencia, pues solía quedarse cerca de Livia o esperarla en los rincones de la casa adonde sabía que ella iría tarde o temprano.

Esa noche, cuando Joseph fue a decirle que no lo encontraba, Jeremías supuso que se habría ocultado, ofendido por la desaparición sin anuncio de la maestra, pero Arturo ya no estaba en el grupo que salió a recibirlos. Solo el aturdimiento por los sucesos del lago podría haberles impedido notar su falta.

Rodeó el bosque de atrás, demasiado tenebroso para que un niño pequeño se escondiese, recorrió los senderos húmedos y se internó en los matorrales espesos que crecían bajo los árboles. Al salir, descubrió la comitiva que avanzaba portando una linterna. Livia y los niños. Hasta Cecilia, ajena siempre a todo, se mostraba conmovida como si percibiese la preocupación reinante. Iba aferrada a la cintura de su institutriz y escoltada por Joseph, que prestaba ojos a dónde ponía el pie la jovencita. Samanta y Alistair corrían delante, coreando a voces el nombre de Arturo.

Jeremías se topó con el rostro empalidecido de Livia, que no había tenido tiempo de acomodarse las ropas ni el cabello después de su primer encuentro amoroso. La vio vulnerable, y una inmensa ternura se desató en él, una oleada de amor irresistible que clamaba por expresarse con un abrazo o un beso apasionado. Nada de eso ocurrió, sino que se irguió ante todos y comenzó a impartir órdenes. Unos aquí, otros allá, luego se reunirían en el camino de los olmos en un cuarto de hora. Él mismo se escuchaba hablar como si su voz proviniese de otra persona, ajeno al cúmulo de sentimientos que pugnaban por salir de su pecho. Los demás obedecieron, confiando en su criterio, y Jeremías se alejó de nuevo con Alistair y Samanta, mientras que Livia siguió la búsqueda por el sendero que habían transitado antes, secundada por Joseph y Cecilia. Jeremías se preguntó dónde diablos estaría su cuñada, que no se enteraba de lo sucedido. Sin duda, aquel revoltijo en los horarios de su rutina le habría producido jaqueca. Las Duncan eran proclives a las jaquecas.

—¡Papi, no corras! —se quejó Samanta, cuyos piecitos no alcanzaban las zancadas del padre.

Él contuvo su ímpetu mientras lamentaba no haber formado equipo con Livia. Le gustaba unir fuerzas con ella, sentirse parte de su entereza tan especial. Cuando rescataron a Cecilia, por primera vez Jeremías se encontró confiando en que alguien le cuidara las espaldas. A su esposa debía protegerla siempre, era delicada y sensible, demasiado para un hombre rudo hecho a los golpes. De Odelia debía cuidarse él, pues era esquivia y traicionera. Livia, en cambio, ofrecía la solidez de las rocas que permanecen incólumes a través del tiempo. Había en esa mujer algo ancestral, una raigambre profunda que la ataba a la vida y le permitía sostener a los demás. La confianza lograda con esos niños era prueba de ello.

¿Qué podía ofrecer él? Era un viudo que cargaba con dos bastardas.

Esa idea lo atacó con dolorosa certeza.

Amaba a Livia, y lo mejor que podía hacer para demostrarlo era alejarse de ella.

Sin advertir que los niños apenas le seguían el paso, avanzó raudo por el camino en el que las huellas de los carros ya eran negras marcas en la nieve.

¡Zurraría a ese mocoso apenas lo hallara! Esas eran horas de calentarse a la lumbre de la sala en lugar de corretear por aquellos senderos helados y sombríos. Maldijo en voz baja mientras aplastaba bajo su bota las raíces congeladas.

Para Livia, la búsqueda tenía atisbos de premonición. No era normal que Arturo se perdiese en un lugar que no conocía. Ya habían registrado antes todos los rincones de la casa, el único sitio en el que ella sospechaba que podía guarecerse, como solía hacer en los cuartos de arriba en Lyman. Resultaba inaudito que el pequeño se aventurase de noche por los bosques en penumbras. ¿Ni el frío ni la oscuridad lo asustaban? Imposible, algo debió de pasarle. Esa convicción le latía en el pecho con dolorosa certeza. Alumbró con su linterna el camino que llevaba al lago. Intentó no recordar los momentos vividos en aquella dirección, y alentó a sus acompañantes con ligeros golpecitos en la espalda.

—¡Vamos, que pronto nos calentaremos al fuego! —les dijo, aun sabiendo que Cecilia no la oía. Le gustaba hacerla participar de todo con un gesto.

Los ojos negros de Joseph horadaban todos los escondrijos donde podía haber un niño como Arturo. El silencio pesaba sobre el muchacho. Cecilia, pálida y seria, caminaba con precisión sobre la nieve. Formaban un cortejo extraño en esa noche velada por la nevisca. Al llegar al cruce de los caminos, Cecilia oprimió el brazo de su maestra.

—Aaaaaaaaaaaaaa...

Su voz, inculta y áspera, los detuvo en seco. La niña tironeaba y hacía tremendos esfuerzos por transmitir algo. Las mejillas teñidas de rosa, los labios hacia afuera, buscando el sonido esquivo, los ojos más brillantes que nunca, Cecilia pugnaba por ser parte de aquella misión.

—¿Qué pasa, querida?

Livia se acercó para mirar mejor su expresión. Parecía convulsionada, más por la dificultad para hacerse entender que por lo que tuviera para decir. Joseph dijo en tono tranquilo.

—Ella sabe dónde está.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo podría saberlo justo ella? —clamó desesperada Livia.

—Porque lo ha sentido. Arturo está aquí.

Livia rememoró con rapidez la noche en que Cecilia intuyó la presencia del espíritu en Blue House, y por un momento temió que hubiese captado la esencia de la muerte en lugar del niño. «Por favor, no», pensó, «Dios mío, devuélvemelo vivo, prometo no dejarlo ir nunca».

Buscó con mirada enloquecida los rincones oscuros donde aquella niebla podía aparecerse de un momento a otro, y a la vez desechó esa posibilidad con una fuerza sacada de las entrañas. ¡Arturo debía estar vivo, no podía ser distinto! «Si para eso

debo renunciar a lo que amo, que así sea», acabó prometiendo en un raptó de sumisión a la voluntad divina. Le habían enseñado la virtud de la resignación a los designios que el hombre no podía torcer. Elizabeth con su paciencia infinita, y Clara con su fe inquebrantable, habían sido impecables maestras en ese camino espinoso de las creencias. Y aunque Livia poseía otras visiones del mundo espiritual, de algún modo la huella quedaba impresa.

—Joseph, hazle saber que puede guiarnos —dijo, de nuevo dueña de sí.

El muchachito le quitó el guante de piel y señaló en la palma de Cecilia el mensaje que la niña entendería. Era un lenguaje propio que habían inventado, dibujos en vez de palabras.

El semblante de la jovencita se iluminó y dejó de esforzarse por hablar. Condujo a Livia hacia un matorral que se interponía en la bifurcación de los caminos. Era un abeto enano cubierto de nieve. Livia comenzó a sacudir las ramas y a mirar entre ellas, buscando en el corazón del árbol lo que su propio corazón reclamaba. Arturo.

Agachada, con las ramas incrustadas en la piel y las manos ateridas por haber salido sin guantes, Livia tuvo su recompensa al tocar el cuerpecito del pequeño.

—Arturo, por fin...

Tiró de él para sacarlo y constatar que estuviera sano y salvo. El niño había salido sin abrigo, y su cuerpo entumecido no respondía a las caricias. Le castañeteaban los dientes, y apenas distinguía quiénes lo estaban rescatando.

—¡Rápido, Joseph, avísale al señor Robinson que hemos dado con él!

—¿Lo va a cargar usted sola? —dudó el muchachito.

—No pesa casi nada. Adelántate, que iré con Cecilia. ¡Ah! Y dile también que fue gracias a ella que lo encontramos.

Livia no cejaba en su propósito de reunir al padre y a la hija. Joseph le dirigió una mirada dudosa, y al final salió a todo correr hacia donde Jeremías había indicado que se encontrarán.

La llegada de Arturo fue recibida con algarabía y confusión. ¿Dónde estaba? ¿Por qué se fue? ¿Cómo era que dieron con él si no podía ni hablar?

—Acérquelo primero a la lumbre, Miss Livia —indicó solícita el ama de llaves, que había aguardado compungida el resultado de la pesquisa.

También Odelia se había mantenido atenta. Era una mujer caritativa, no le resultaba indiferente el sufrimiento de un niño, si bien pensaba que podrían haberse ahorrado tantos infortunios dejándolos a cargo de otras familias.

—Traiga un poco de mi *brandy* —ordenó Jeremías a la señora Parker.

Livia le dedicó una sonrisa.

—Será para una buena causa esta vez —dijo.

Jeremías le devolvió otra, más sarcástica.

—Siempre es para una buena causa, señorita Cañumil, aunque usted no lo crea.

Frotaron el cuerpo de Arturo, lo despojaron de las ropas congeladas y le metieron a la fuerza el líquido que resbaló por su mentón.

—Despacio —susurró Livia, compasiva, al ver que el labio amoratado no le permitía beber bien.

Por fin, cuando el licor calentó su garganta, la vida volvió a los ojitos castaños de Arturo, que los clavó en su maestra con afán.

—Quiere decirle algo —tradujo Joseph, que mantenía una extraña vigilancia.

—Lo hará cuando estemos solos —aseguró Livia.

Conocía a Arturo y sabía que lo atemorizaba balbucear en presencia de los demás.

Aturdido ante tanta dedicación a su persona, el niño comenzó a hacer pucheros. El agobio del momento vivido, sumado a la felicidad de saberse de nuevo protegido, pudieron con él.

Livia lo abrazó y lo mantuvo apretado contra su pecho, recordando las promesas hechas para recuperarlo a salvo. Dios la había escuchado. Ahora ella debía cumplir con Él.

—¿Estará bien? —preguntó Jeremías cuando, un rato más tarde y después de obligar a Arturo a beber un tazón de sopa aderezada con jengibre, Livia lo conducía soñoliento hacia su cuarto, el que compartía con Alistair.

—Cuando duerma volverá a ser el de antes.

—¿Por qué crees que se fue?

—Eso es algo que necesito saber, pero Arturo no está en condiciones de explicar nada ahora.

—Bien. Entonces me retiro por esta noche. Si precisas algo, cualquier cosa —y los ojos de Jeremías parecían relucir en la penumbra de la escalera al decir eso—, no dudes en llamarme. Sabes dónde queda mi habitación.

Eran insinuaciones, una tras otra. De buena gana Livia habría caído otra vez en sus brazos, para sentirse segura y reponerse del susto pasado, pero aquella nueva promesa se alzaba ante ella con la altura de un tótem indio. Dios o el destino le indicarían el rumbo.

Arropó a Arturo y se demoró un rato canturreándole una nana en su lengua rankulche. Alistair escuchaba bajo sus mantas.

—¿Qué diablos de idioma es ese?

—Alistair, cuida tu lengua.

—Nunca la escuché hablar así —porfió el niño.

—Así habla mi familia, aprendí este idioma de pequeña.

—Suena raro —fue todo lo que dijo el rebelde.

Después de escuchar el suave ronquido de Arturo, Livia depositó un beso leve en su frente y se dirigió a la cama de Alistair para hacer lo mismo.

—Ni se le ocurra —la atajó él.

Livia sonrió y le revolvió el ensortijado cabello. Luego se llevó la lámpara y los dejó sumidos en la oscuridad.

La esperaba una vigilia de amargura.

Joseph salió de nuevo al porche cuando ya todos dormían, agotados por la tensión de la búsqueda. El bosque lucía fantasmal ante sus ojos, con sus formas desdibujadas por la nieve. El cielo bajo y oscuro pronosticaba nuevas tormentas, quizá al amanecer. El frío cortaba la respiración. El niño se adelantó sobre el camino y miró hacia ambos lados. Salvo el aro de luz de la farola de la entrada, todo era negrura. Metió sus manos en los bolsillos del saco y caminó en aparente indolencia hacia el sitio donde encontraron a Arturo. Cecilia había sabido percibir aquella presencia maligna. Al no poder hablar, nadie sospechó quién se ocultaba tras la fronda escarchada de los árboles. Él sí. Supo enseguida cuál era el espíritu que acechaba. Solo que este era un espíritu encarnado, con una cara bien conocida. Callaría mientras pudiera, y si todo salía a la luz, huiría.

Pensó, en una fugaz fantasía, en huir con Cecilia. La quería para él. Era bella y pura, diáfana como las aguas del arroyo de su aldea. La protegería del mundo hostil con su propio cuerpo. Había dificultades, sin embargo. Estaba la señorita Livia, que la amaba también. Y luego Jeremías, que estaba a cargo. Joseph no quería perjudicar a ninguno de los dos. La vida le presentaba complicadas decisiones, pero confiaba en que el amor que se tenían pudiera resolverlas. Tarde o temprano, tendría que decir a Livia que Cecilia y él estaban destinados a unirse.

La nieve crujió bajo sus pies cuando llegó al abeto enano. Miró hacia un lado, donde el bosque se curvaba en un recodo negro y espeso, clavó los ojos en ese punto y mantuvo la mirada fija, amenazadora. Toda su sangre concentrada en ese rincón, prorrumpió en un grito de guerra repentino que atravesó el silencio nocturno como una lanza arrojada en la oscuridad tenebrosa.

Luego volvió sobre sus pasos.



## CAPÍTULO 26

Los días que siguieron a la aparición de Arturo transcurrieron en una aparente normalidad.

Algo había cambiado, sin embargo. Se percibían tensiones soterradas bajo las miradas de Jeremías, el empecinado silencio del pequeño, que nunca explicó lo sucedido, el ahínco con que Cecilia abordaba sus clases, como si quisiese apurar su educación, y las indirectas de Odelia, que no dejaba de recordar a Livia que su lugar en la casa era el de una empleada.

Y en el corazón de Livia ya no lo era. Había intimado con su patrón, le había permitido apoderarse de ella en el sentido más crudo. Aun cuando Jeremías volviese al trato distante y a los ceños fruncidos, su cuerpo llevaba la memoria del de Livia, que se había dado a él sin exigir ni prometer. Aquel interludio en la cabaña lo había trastocado todo, a pesar de que las formalidades se mantuvieran intactas.

Como si fuera poco todo eso, se estaba organizando una velada importante.

Una promotora de las nuevas ideas, reconocida dama que disertaba en conferencias a lo ancho del país, acababa de llegar a Concord y deseaba reunirse con las mentes más elevadas para corroborar que el movimiento estuviese bien encaminado. Greenwood fue ofrecido como escenario para tan distinguida asamblea. Ya se percibía el ajetreo que tal noticia había generado en los alrededores. Los coches iban y venían, llevando misivas de los vecinos, se preparaban confituras y bebidas para endulzar la ocasión, y Odelia disfrutaba de su papel de anfitriona como nunca antes. Por supuesto, Livia estaba invitada. Odelia quería presumir de ella, hacer saber a la concurrencia que aquella institutriz venida de lejos pertenecía a una cultura extraña y poseía ciertas cualidades. A pesar de los celos y el rencor que su cercanía con Jeremy le producían, la admiración que Livia le despertaba no había disminuido, y pretendía hacer uso de la joven para lucirse como anfitriona de avanzadas ideas. Por primera vez, Livia formaría parte de las afamadas discusiones filosóficas que estaban moldeando al país.

Y por primera vez, también, se encontró dubitativa frente al ropero de su cuarto. El espejo le devolvía una silueta esbelta y algo imponente. Livia pasó su mano por la cintura y no pudo evitar recordar aquella otra mano que la había acariciado en ese mismo sitio.

¿Qué vestido sería el más apropiado? Había llevado escasa ropa en sus baúles, solo un par de faldas y tres blusas. Muriel Núñez Balboa, una hermosa dama paraguaya de la amistad íntima de los Balcarce, que siempre estaba al tanto de la moda, le había insistido para que adquiriese un vestido para estrenar en el extranjero.

—Verá que la ocasión se pinta sola, Livia, cuando menos lo espere —le había dicho mientras evaluaba su estatura y el estilo que mejor le cuadraría. Brunilda Marconi, la dulce esposa de Julián Zaldívar, ambos amigos de la familia que la había



albergado como a una hija más, era modista y dueña de una *maison* de modas muy renombrada. Ella se encargó de elegir las telas para que en su sastrería cosiesen el vestido más hermoso que hubiera podido imaginar. Livia casi se desmaya al verlo, y decidió en su fuero interno que jamás lo usaría, pero que no diría nada a aquellas buenas personas que velaban por ella, para no herir sus sentimientos. Ahora se hallaba frente a ese diseño audaz y elegante que en su momento le pareció inadecuado. En el tiempo que llevaba en los Estados Unidos, observó que las mujeres no cedían a los caprichos de la moda europea, más bien creaban una propia. Vestían de manera discreta y elegante, sin sufrir bajo los metros de enaguas ni las pinzas metálicas de los corsés. Sus ropas eran femeninas y livianas, como si sus cuerpos anhelasen moverse y las telas perturbasen esos movimientos. Livia las había contemplado en las calles de Boston caminando con paso atlético, sonriendo con cierta distancia en la mirada. Iban como si algo o alguien las esperase y llegaran tarde a la cita. A menudo marchaban en grupos, dando la impresión de ser cómplices o guardar un secreto femenino que no les interesaba compartir con nadie. Y muchas llevaban bajo el brazo carpetas que leían en los tranvías, ostentando gafas que acentuaban su aire intelectual.

El vestido que Brunilda le había obsequiado era una fiera que la acechaba para tomarla desprevenida. Livia recordó cómo había sido la decisión de aquella compra.

Después de haber descartado uno tras otro los géneros que el dependiente de la tienda les mostraba, la esposa de Zaldívar se había encaminado hacia un sector de la estantería de donde emergían monstruosos rollos de satén y encaje negros, y su mano enguantada había señalado uno con precisión quirúrgica.

—Este.

Y aunque era una mujer de aspecto delicado y temperamento sereno, la firmeza de su voz no dejaba lugar a dudas. El dependiente suspiró, acostumbrado a lidiar con el carácter femenino. Intentó decir que ese color se prestaba mejor para una viuda, pero ya Brunilda estaba imaginando el modelo que haría con aquel género.

—Eres rubia —le había dicho—, y vas a un lugar donde es de mal gusto ostentar. El negro te permitirá lucir exquisita sin parecer llamativa. Dejaremos piel a la vista, velada por el encaje.

Sin duda, Brunilda habría imaginado una noche en la ópera o una fiesta de gala, no una asamblea de sufragistas. Livia suspiró, vencida. Aquellos artificios no eran para ella. Lejos estaba de saber cómo vestirse en esa ni en otra oportunidad. Era fácil cuando daba clases, bastaba la falda de siempre combinada con blusas y chaquetas diferentes. Allí no había nadie a quien pedir asesoramiento. Odelia sin duda la intimaría a vestirse como la criada que era; la doncella era apenas una niña, y en cuanto a la señora Parker...

De manera casual, el objeto de sus pensamientos llamó a su puerta en ese instante.

—Miss Livia, quería advertirle que hoy se cenará un poco más tarde, pues la velada comenzará a las cinco, para dar tiempo a que la invitada se explaye.

Mientras hablaba, observó el vestido colgado de su percha, sobre la luna del ropero.

—¡Vaya, qué espléndido traje! —dijo, sin poder evitar el comentario.

—Demasiado —gruñó Livia—. Es más de lo que requiere una velada hogareña.

Lina Parker comprendió de inmediato el dilema de la extranjera. La joven no sabía cuál sería el estilo elegido por las invitadas de esa noche. Le simpatizaba Livia, era de buena pasta y se preocupaba mucho por las niñas. Decidió avanzar un poco más.

—Si me permite la opinión —dijo con suma delicadeza—, es un vestido digno de los salones más elegantes. Quizá sobrepase un poco al de hoy. La señora Forrester, sin embargo, es una dama que viene de participar en importantes congresos y ha animado las veladas de alta sociedad en Boston, Nueva York, Chicago y Filadelfia. Yo creo que este vestido está a la altura de lo que se espera. Tal vez, si me permite la osadía, podamos quitarle un poco aquí, otro poco allá, y darle un aire más recatado.

—No sé coser —admitió Livia, algo avergonzada.

—Por supuesto, no me refería a que lo hiciese usted misma. Yo puedo hacerlo.

—¿De verdad, señora Parker? ¿Lo haría usted?

—Será un placer y un orgullo demostrar mi habilidad con la aguja. Siempre he querido —y movió su mano como reprochándose esas veleidades— diseñar mis propios vestidos. Claro que un ama de llaves no tiene muchas oportunidades, vivo metida en mi uniforme.

—¿Y qué haría usted con este?

Livia extendió la prenda ante la señora Parker con evidente expectación. La mujer se inclinó, acariciando la suavidad del encaje y el drapeado que contorneaba la cadera.

—Lo más inadecuado para esta ocasión es el escote —comentó pensativa—, así que podemos suavizarlo. ¿Tiene usted alguna prenda de color en su ajuar?

Livia acudió al ropero y revolvió en busca de la única blusa que aún no había usado, por parecerle también demasiado lujosa. La señora Parker juntó las manos en un gesto de auténtica admiración.

—¡Perfecto! —exclamó—. Ni que la hubiese imaginado yo misma.

Desplegó ante Livia la blusa de satén verde esmeralda. Era una preciosa prenda corta, destinada a realzar una falda negra o lucir bajo un abrigo oscuro, sencilla y vistosa.

—Si me da piedra libre —ofreció con aire cómplice— puedo hacer de esto un verdadero impacto.

Livia se mostró dudosa.

—La verdad, no quisiera impactar a nadie —comenzó a decir.

—Déjelo en mis manos. Solo necesito tomar algunas medidas.

La mujer hundió la mano en su bolsillo y sacó un metro enrollado que debía de usar para otros menesteres. Hizo ciertas mediciones sobre el vestido negro y luego sobre la blusa, miró calculadora la silueta de Livia y desapareció con las dos prendas, dejándola sumida en la incertidumbre. Cuando reapareció, un par de horas después, Livia pensó que la señora Parker bien podía ser la gerenta de la *maison Bruni* de Buenos Aires.

Ojalá Brunilda pudiera conocerla algún día.

Daisy Forrester era una opulenta matrona que concitaba la atención de los presentes con su *savoir faire* adquirido a lo largo de innumerables reuniones, asambleas y cursos. Se había convertido no solo en el centro de las actividades que promovían el nuevo papel de la mujer en la historia norteamericana, sino también en el modelo de las jóvenes que deseaban ser tan independientes y seguras como ella, y oponer a la voluntad de los padres, deseosos de verlas bien casadas, un título y una profesión de la que pudieran valerse.

Jeremías observaba a la animada concurrencia desde su refugio junto a la mesa de los licores. Las damas, por supuesto, no bebían, pero en deferencia a los caballeros que acompañaban el progreso del movimiento, permitían que se sirviesen bebidas espirituosas. Jeremías sospechaba que la señora Forrester debía de auscultar los gestos de los varones presentes en busca de la debilidad del vicio. Si así era, podía darle el gusto. Sonrió con la mirada en el fondo de su vaso. Hasta el momento, la velada prometía ser aburrida y deslizarse hacia el fanatismo en los discursos. Ya podía anticipar en sus oídos el timbre agudo de las voces de algunas féminas que, transportadas por la efervescencia de sus ideas, se sentirían lanzadas a una misión redentora. Bebió de golpe el resto del licor y paseó su mirada por la sala atiborrada de sillas y sillones. Odelia había renovado la distribución de los muebles para dar cabida a tanta gente con comodidad. En eso tenía buen ojo, cultivaba la armonía en los ambientes y estaba orgullosa de decorar con el toque justo entre el confort y la elegancia. Si el esposo de su cuñada quisiese, tendría a su lado a una buena y eficiente esposa, pero el empresario de Nueva York no parecía interesado en Odelia, antes bien, había huido de ella y de su dudosa hija. Jeremías sabía que aquel hombre no era ningún iluso, pese a sus ojillos embutidos en gafas y su constante manía de revisar los periódicos en busca de inversiones nuevas. Había prestado poca atención a su mujer, pero eso no implicaba aceptar su infidelidad. Era estricto en sus hábitos y exigía lo mismo de los demás. Odelia nunca admitiría que era él y no ella quien había puesto distancia en ese matrimonio. Y si no se divorciaban, se debía, una vez más, a la cuestión social.

—¿Cómo va eso, Robinson?

Estaba visto que debía alternar él también con los invitados.

—Más o menos bien, teniendo en cuenta las circunstancias —contestó, consciente de que no estaba diciendo nada. Sabía que el interlocutor no esperaba tampoco una confidencia.

—Así es —aseveró el hombre, que echaba furtivas miradas hacia donde suponía que vendrían los pastelillos, brillantes por su ausencia—. Hemos de conformarnos, pues.

Hablillas. Nada que decir. Por lo menos las mujeres parecían embarcadas en algún tema importante. Arracimadas, se inclinaban ansiosas por escuchar las palabras de la señora Forrester. Formaban un ramillete de cintas, volados, capas cortas y sombreritos. Las había de todo tamaño y edad. Las más jóvenes se embebían admiradas de la sapiencia de las veteranas en esas lides. Daisy era una corola enorme que las reunía como abejas en torno a ella. Más de una vez, Jeremías la pescó lanzándole miradas rápidas. Se preguntaría cómo era que Odelia soportaba a ese cuñado de baja estofa en Greenwood.

Se produjo un silencio repentino y Jeremías levantó los ojos hacia donde todas miraban.

Casi se le cae el vaso de las manos.

Por la puerta de cristal entraba una mujer bella como una gema. Llevaba el cabello recogido en una complicada maraña de rizos de la que emergía, discreta, una pequeña pluma. El vestido negro se abría en el pecho, dejando entrever el verde brillante de un corpiño que apenas se insinuaba, y el trozo de piel que hubiese quedado a la vista se disimulaba con una cinta de terciopelo ajustada al cuello. Jeremías paseó los ojos por el talle esbelto, realzado por una faja que ceñía la cintura en gracioso moño terminado en una hebilla. Podría haber parecido extravagante, pero la manera resuelta en que Livia caminaba, como si vistiese el traje de boxeo, le quitaba presunción a lo que llevaba puesto. Al llegar al salón, Odelia, tal vez tan petrificada como él, la condujo hacia la señora Forrester para presentarla como «la institutriz de Cecilia». Tuvo buen cuidado de no incluir a Samanta, ya que eso podría haber creado cierta curiosidad.

—Maldición.

Jeremías se sirvió otra medida de licor. Lo que menos esperaba era ver a Livia convertida en una belleza capaz de producir tortícolis a los varones que la seguían con la mirada. Con su cabello rubio, sus ojos de tinte verdoso y su figura atlética, pasaba por una chica norteamericana de las que practicaban deportes al aire libre en los últimos tiempos. Incluso el tono de su tez parecía aseverarlo, como si lo hubiese dorado el sol. Jeremías sintió que ella lo había traicionado, reservando para esa ocasión una faceta oculta de su persona.

La nueva Livia se encaminó hacia el grupo de mujeres y de inmediato se convirtió en el centro de la curiosidad. ¿Había venido sola? ¿Cómo se vivía allá, tan lejos? ¿Existían movimientos femeninos como aquel? Ella sonreía y respondía con frases breves, cuidando la pronunciación para no agregar extrañeza a su figura. La

señora Forrester la observaba desde cierta distancia, evaluando si valía la pena tanta alharaca, si aquella joven altiva sería un miembro más de su corte de idealistas, o tendría ideas propias. Aceptó con elegancia que Livia se sentara junto a ella, pues Odelia parecía orgullosa de mostrarle esa *rara avis*. Las más jovencitas aguardaban los gestos de la matrona para imitarla.

—Dice usted que en su país hay también mujeres que luchan por sus derechos, tanto tiempo negados —comenzó diciendo Daisy.

—Conozco a muchas damas con ideas de avanzada, sí —reconoció Livia, pensando en las que visitaban la casa de los Balcarce.

—Somos casi un ejército, entonces —se congratuló la Forrester—, extendido por el mundo.

A pesar de lo presuntuoso del comentario, Livia evitó sonreír. Captaba la importancia de aquella oradora tan respetada entre sus pares, y también la trascendencia que Odelia le daba a esa reunión.

—La señora Forrester hablará hoy —repuso entusiasta una jovencita, casi una niña, con el rostro lleno de hoyuelos.

Todos los ojos se posaron en Daisy con anhelo. Era la ocasión perfecta para deslumbrar en Concord, donde tantos hombres de pensamiento elevado habían vivido y creado una filosofía capaz de cambiar las cosas. Lástima que algunos hubiesen muerto ya, sus lápidas se alzaban solitarias en el cementerio de la región.

—Tal vez la señorita... eh... Cañumil, tenga algo para decir también —se excusó la dama.

Estaba ansiosa por oír a aquella muchacha y comprobar si merecía su atención.

—Oh, no, no soy una oradora para nada —se apresuró a decir Livia.

La horrorizaba que pretendiesen algo de ella.

—Pero tendrá sus opiniones —insistió Daisy con gravedad.

Odelia, que ofrecía bocadillos en una bandeja, lanzaba miradas nerviosas a Livia. Por un lado, se sentía contenta de haber presentado una novedad que animaba la reunión, y por el otro, temía lo que pudiese decir la institutriz, pues no estaba muy al tanto de las costumbres bárbaras del pueblo de donde venía. Para las damas del movimiento, sin embargo, la noticia de que Livia había conseguido sacar de su aislamiento enfermizo a la primogénita de los Robinson, y luego protegido a los niños de un reformatorio del Estado, eran galardones más que suficientes para considerarla parte de las nuevas ideas fundadas en la libertad, la compasión y la igualdad. Los pocos hombres que habían asistido la miraban también, quizá con otra clase de pensamiento en sus cabezas. Livia poseía una cualidad distintiva. Por más que se hubiese ataviado conforme a las reglas y cumpliera con los parámetros de las mujeres que pretendían ser independientes, había en ella una suerte de resplandor que provenía de otra llama, no solo la de las ideas. Era una extraña en esa sociedad, mas esa condición la ennoblecía en lugar de disminuirla, la volvía atractiva como una piedra que oculta su brillo bajo el agua. Todos adivinaban que sería capaz de

enceguecer cuando aflorase al sol. La discreción en sus maneras no engañaba al buen observador: Livia era altiva, nunca tímida.

Bien lo sabía Jeremías, que la había tenido entre sus brazos.

—¿Y quién es la promotora de la emancipación femenina en su país?

Daisy indagaba con astucia si Livia estaba al tanto del pensamiento revolucionario, o solo se dejaba adular por Odelia y las demás. La joven maestra recordó de pronto a Juana Manso, la mano derecha del presidente Sarmiento en los tiempos difíciles de la educación en Argentina. Ella había llegado a conocerla más que nada a través de Elizabeth O'Connor, ya que cuando se instaló en Buenos Aires con los Balcarce la voluntariosa mujer ya estaba enferma. Y fue Elizabeth la que le dio el relicario con la miniatura de Juana. *Para que su espíritu te guíe*, le había dicho. Ninguna como aquella mujer que luchó contra viento y marea para imponer ideas de avanzada que la sociedad no estaba en condiciones de aceptar. Livia sabía que a Sarmiento Juana le había valido más que cualquier hombre. No dudó en mencionarla ante aquellas damas. Todas se admiraron de la entereza de la Manso, preguntaron mucho acerca de Sarmiento, y se maravillaron al saber que tanto él como su lugarteniente femenino habían visitado los Estados Unidos.

—Vemos cómo las nuevas ideas se propagan por el mundo —se limitó a decir la Forrester.

Ante la insistencia de algunas, Livia decidió mostrarles el relicario y se dirigió a su habitación. Jeremías la observó y con disimulo fue tras ella.

—¿Dónde te habías metido? —le dijo, sorprendiéndola al salir del cuarto con la miniatura.

Livia notó su aliento y frunció el ceño.

—Estaba en la sala, como todos —respondió esquiva.

—Me refiero a esto —y la mano de Jeremías se lanzó sobre el velado escote, intentando rodear un seno.

Livia se la apartó de un golpe y cerró la puerta con furia.

—Vaya a dormir la mona, señor Robinson —le espetó, y huyó a la sala.

El detalle de la miniatura atrajo la atención de todas las presentes. Multitud de comentarios se desataron en torno a la pobre Juana, que no había sido muy agraciada.

—Parece triste —dijo una.

—¿No lleva sombrero? —se admiró otra, quizá porque el ralo cabello de la mujer denotaba la necesidad de ocultarlo.

—Es como nosotras —aseveró una mujer delgada como un junco—, viste con modestia y no se preocupa por atraer a los hombres con su aspecto.

La intervención fue muy festejada. Siempre los hombres buscaban resaltar la debilidad femenina obligando a las damas a caer en las tentaciones de la frivolidad.

—Es lo que esperan que hagamos, adornarnos para ellos —comentó una bonita muchacha que quizá lidiase con sus propios deseos de sucumbir a los mandatos de la moda.

Livia miraba por primera vez a Juana con los ojos de los demás. Era cierto que parecía triste, las arrugas de su entrecejo revelaban preocupación y una vida de lucha. Por otro lado, el cuello de su traje era sencillo, sujeto por un broche que tal vez solo usó para la ocasión, ya que no se caracterizaba por «adornarse», como decían las damas. Sintió simpatía por la tristeza y la soledad de aquella mujer a la que los hombres rioplatenses habían abucheado e insultado cada vez que alzaba su voz en favor de la educación laica y mixta en conferencias y debates. En la palma recia de Livia, la miniatura adquiría visos de grandeza.

Ambas, Juana y ella, eran la prueba de que se podían lograr grandes cosas.

—Al final se convirtió al anglicanismo —informó Livia pensativa.

Eso desató un sinfín de comentarios.

—¡En verdad! Una mujer singular.

—Es una de las nuestras —confirmó Daisy Forrester.

Hubo sonrisas y aplausos dirigidos a Livia. Estaba aceptada en el grupo de libertarias.

Jeremías rumiaba su furia en un rincón del invernadero. Tenía merecido el desaire de Livia, pero no le perdonaba que se convirtiese en el centro de atención de la velada.

¡Ella era distinta! ¿Qué tenía que ver con esas escobas parlanchinas que solo juzgaban y condenaban? Caminó en la oscuridad, pensando que él tenía más derecho que otros a poseer a Livia. Había sido su primer hombre, ella había vibrado en sus brazos por única vez en su vida, y él le confiaba a sus hijas, su mayor tesoro.

Sus hijas. Quizá Cecilia no lo fuera, pero si Livia decía que podía quererla como tal, lo haría. Otras cosas difíciles le planteó el destino y las había logrado. Livia le debía algo, estaba comprometida con él a través de la niña, y también por los muchachitos de Lyman. Por ella tomó la decisión de llevarlos. Ahora no podía ignorarlo y sumarse a la legión de fanáticas que detestaban a los hombres.

¡Detestar a los hombres, cuando ella había suspirado al sentirlo dentro de su cuerpo!

Casi podía reír. En lugar de hacerlo, maldijo en gaélico y se dejó caer sobre un parterre. Se quedaría allí hasta el fin de la velada. Odelia le agradecería que no se expusiese más de la cuenta ante la concurrencia. Su presencia nunca fue aceptada en la sociedad, no como la de Livia, tan festejada en el último tiempo.

La asamblea culminó y hubo despedidas calurosas en el porche, hasta que el último carruaje se esfumó en la helada oscuridad. Odelia lucía satisfecha.

—Ha estado muy bien —felicité a Livia cuando la joven se disponía a retirarse—. Los invitados quedaron impresionados, en especial la señora Forrester. Es importante porque ella lleva la antorcha del movimiento, es la oradora más grande que tenemos.

—Es una mujer muy capaz —coincidió Livia, aunque Daisy no fue la que más le simpatizó.

Había en el grupo algunas enfermeras y otras maestras, como ella, que le resultaron muy agradables y con las que congenió de inmediato. Parecían entender que la emancipación no consistía en luchar contra los hombres sino en ponerse a la par. Livia captó la sutil diferencia y estuvo de acuerdo.

—Y muy influyente —accedió Odelia—. Si quisiera, Livia, podría tener una oportunidad junto a ella. La señora Forrester recorre el país en pos de nuevos acólitos para la causa y creo que se ha interesado en usted.

Ante aquel nuevo intento de quitarla de en medio, Livia se armó de paciencia.

—Unos deben hablar, y otros actuar —repuso—. Yo prefiero poner en práctica las ideas allí donde hagan falta.

—En ese caso, no la detengo —la despidió con sequedad—. Hoy se ha hecho tarde, espero que descanse. Hasta mañana.

Odelia se dirigió a su habitación, dejando a Livia abierto el camino hacia la suya, a través del invernadero. Aquel recinto de hierro y cristal se iluminaba solo con el resplandor de la nieve bajo la luna. Las enredaderas y los macizos de flores semejaban fantasmas al contraluz del exterior. Livia avanzó con lentitud, disfrutando del aroma de las hojas y de la tierra, concentrado bajo esa cúpula artificial. Se detuvo ante los parterres de pensamientos, las delicadas flores del invierno. Las había azules, púrpuras, blancas y amarillas, deliciosas combinaciones de color que a esa hora se uniformaban en un tenue gris plata. A Livia le simpatizaban, eran discretas pero guardaban un tesoro de bienestar en sus pétalos. La infusión de pensamientos calmaba la tos convulsiva e incluso el asma. Le gustaba que unas flores diminutas tuviesen la propiedad de curar grandes males. A pesar de saber que carecían de perfume, se inclinó sobre ellas. En ese momento, su trasero chocó con algo que se mantuvo firme detrás de ella. Se incorporó y unas tenazas rodearon su pecho.

—Cuidado —dijo la voz en su oído—, si miras un pensamiento, el rostro que veas a continuación será el de tu amado. ¿No conoces la tradición?

Livia forcejeó para librarse del abrazo, pero estaba midiéndose con un púgil, y le resultó imposible.

—Señor Robinson —jadeó con fastidio.

—Jeremías. Como me llamaste antes.

—Hoy es otro día, y está borracho.

Una carcajada ronca resonó en el recinto.

—Es cuando mejor razono. Mírame.

Livia volteó el rostro, y descubrió una sonrisa pícara que la desarmó.

—Ya está, me has mirado. Estás perdida —dijo él.

—Esas son pavadas.

—No lo son. ¿O no crees en las pociones de amor? Pensé que eras una hechicera. Estas flores —y Jeremías pasó su mano sobre los pensamientos con tal brusquedad



que a punto estuvo de descabezarlos— se usan para conquistar doncellas. Voy a abusar de su poder.

Aunque su tono era bromista, Livia pudo captar un filo insidioso en la voz. Jeremías Robinson la había estado aguardando para asaltarla cuando volviese a su cuarto. Ella se estremeció al sentir el calor que desprendía el cuerpo masculino y la fuerza de las manos que acariciaban sus flancos. Se encontraban ocultos por los macizos de flores, al borde del rayo de luna que hendía el cristal. Jeremías recorrió con una sola mano su regazo, deteniéndose unos segundos en el drapeado del vestido, aflojando la faja y subiendo luego hasta la abertura del escote, que con sutileza mostraba el corpiño verde.

—Tenías armas que yo no conocía, mi querida Livia, más mortales que las que un pobre boxeador como yo podía suponer. Golpes bajos que nunca hubiese podido esquivar. Eres un contrincante peligroso. Por fortuna para mí, Homer me enseñó a reponerme.

—Mañana podremos hablar —intentó ella con aparente mesura, aunque no las tenía todas consigo tampoco—, pues se ha hecho tarde.

—No es tarde para el amor. ¿O es que solo te gusta hacerlo a la luz del día?

Se mostraba grosero adrede, quería «chucearla», como le había enseñado a decir ella. Estaba enojado. Livia no opuso resistencia cuando la empujó sobre el parterre presionando sobre su espalda para obligarla a sentirlo a lo largo de todo su cuerpo. Las piernas poderosas de Jeremías la sostenían para que no cayese entre las flores, y a la vez sus manos la rendían, privándola de voluntad. Pronto el vestido fue apenas un tenue velo entre ellos. Jeremías desató la faja y levantó la falda, descubriendo los muslos enfundados en medias blancas. Trabó con sus pies los de ella, para impedir que se cerrase ante él, e introdujo un puño cerrado entre sus muslos, frotándola para que aquel sitio en el que solo él había entrado se calentase de nuevo. Arriba y abajo, mantuvo el ritmo necesario para humedecerla y ablandar la tensión que percibía en Livia. Ella se le resistía, pese a todo; luchaba con su propia y natural inclinación al amor. Él le bajó los breteles hasta que los pechos desbordaron el corpiño y entonces los tomó con ambas manos, mientras le lamía el cuello por detrás. Livia contenía el deseo de suspirar. Cuando Jeremías sintió que podía soltarla, la acostó boca abajo sobre los pensamientos, y le levantó la falda más allá de su cabeza para ver su ropa íntima y anticipar el placer de quitársela. La sencilla enagua lo excitó más que si hubiera llevado prendas de bailarina. De un tirón la arrancó, y ante el gemido de angustia que percibió se apresuró a tocarla sobre los calzones con suavidad y precisión. Acallaba cada protesta femenina con una caricia más y más audaz, hasta que las quejas fueron solo suspiros. El olor de la tierra los envolvía, amortiguando el de sus cuerpos húmedos. Jeremías reemplazó la mano por su miembro en una caricia larga e intensa, derrotando las prevenciones de Livia, que cerró los ojos, sabiendo que nada podía hacer ante la atracción que ese hombre ejercía sobre ella, porque aunque mantuviese su promesa de seguir su camino y finalmente se marchase de aquel país,

entregarse al amor de Jeremías era un mandato que iba más allá de su dominio. Al sentir que él pugnaba por entrar de nuevo en su ser más íntimo, dejó que las manos cálidas la alzasen desde abajo para colocarla en posición, y apretó los dientes al ser penetrada desde atrás hasta el fondo, todo lo profundo que él quisiera, sin guardarse nada ni impedir que la furia intensa de su virilidad se adueñara de ella una y otra vez, en embestidas lentas y hondas, mientras el roce de los pensamientos le recordaba que aquellas pequeñas flores simbolizaban, en la creencia popular, el amor verdadero.

—Mía —jadeó Jeremías cuando alcanzó el punto de eclosión.

Livia lo siguió segundos después, en un suspiro prolongado que él escuchó con deleite.

Permanecieron unos minutos tumbados sobre los canteros, buscando normalizar sus respiraciones. Poco a poco, la piel se les fue enfriando, y al sentir que Livia tiritaba, Jeremías la ayudó a incorporarse y a recomponer su vestido. Con fría eficiencia le devolvió la apariencia decente, aunque nada pudo hacer con la enagua rota. Livia la dobló y la guardó bajo el brazo, como si se tratase de una funda de almohada. Él metió las manos en los bolsillos y la miró con impaciencia.

—Estás hecha para el amor —dijo con rotundidad—, no para vocinglerar sobre la emancipación femenina.

Livia levantó la barbilla en un patético esfuerzo por mostrarse severa.

—El amor de verdad no mancilla la libertad de la mujer.

Jeremías soltó un silbido.

—Vaya, estás bien entrenada. Y eso que hace apenas meses que vives aquí. ¿O es que traías bajo la manga alguna instrucción?

La joven no entendía cómo podía él provocarle tanta rabia justo después de semejante entrega. Parecía que se adiestraba con ella como con la pera de boxeo, listo para el golpe de rebote.

—Todas esas mujeres —siguió diciendo él— no son sino fanáticas, ninguna siente como tú lo has hecho recién. Si pudiesen darse a un hombre de este modo verían al género masculino de otra forma bien distinta.

Livia se acomodó el cabello y respondió acalorada; el corazón le latía en la garganta y palpitaba en todo su ser, como una bomba que amenazaba estallar.

—Puede que algunas de ellas sean fanáticas y no se hayan enamorado nunca, pero otras están casadas, tienen hijos y han contribuido a su nación enseñando a los esclavos liberados. No creo que por unas caricias puedan olvidar los principios que las animan. Y no confunda la lucha por las libertades con una miserable batalla entre los sexos. ¿O es que teme perder algo, señor Robinson?

Antes de que él pudiese replicar, ella borró su sonrisa de satisfacción arrojándole en pleno rostro un puñado de tierra del cantero. Luego, echó a correr hacia su cuarto. El ruido del picaporte al cerrarse resonó en todo el recinto con reminiscencias de claustro.

—Por mi vida —murmuró Jeremy, entre furioso y divertido.

Había querido doblegarla, hasta humillarla en cierto modo, siempre bajo su ala, como si eso supusiese algún beneficio para ella; quiso demostrarle que no era una de aquellas lechuzas agoreras que pontificaban contra los hombres y sus vicios, pero nada le salía bien con Livia, ella poseía la virtud de encontrar resquicios por donde escapar, lugares nuevos adonde acudir, y sobrevivía en esos rincones con la especial luz que emanaba de su alma.

Se sacudió la tierra y masticó el sabor acre antes de emprender el regreso a su habitación.

La lámpara de la escalera se había apagado, y las sombras se tragaban los peldaños a medida que él subía. El silencio de la noche nevada era tan denso que hasta una brizna de hierba habría podido escucharse al caer. Al llegar al vestíbulo, su instinto de supervivencia le indicó que había algo a pocos pasos. Un bulto. Se detuvo alerta contra la baranda. Una sola mano le bastaba para matar, eso le infundía confianza.

—¿Quién anda? —dijo en voz baja y amenazadora.

El leve gorgoteo le dio la respuesta. Maldijo y se agachó para levantar a Arturo del suelo.

—¿Qué haces acá tirado? —lo reprendió—. ¿No sabes que pude haberte pisado?

El cuerpecito del niño, delgado y nervioso, temblaba cuando lo puso contra el pecho. Estaba asustado.

—Arturo, no tengas miedo. Alistair se ha dormido, debes hacer lo mismo. Te acompañaré.

Una vez que sus ojos se acostumbraron a la penumbra, pudo apreciar el rostro pálido que lo contemplaba. Ese niño siempre necesitaba atención hasta para las cosas más simples.

Decidió aprovechar el momento para sonsacarle lo ocurrido en la noche aquella.

Lo acostó en su cama, lo arropó y se sentó a su lado, atento a las reacciones del pequeño.

—¿Quieres que llame a la señorita Livia? —le preguntó con fingida indiferencia, deseando en el fondo compartir un rato más con ella, aunque fuese para disputar.

Arturo sacudió la cabeza. A Jeremy le sorprendió la negativa.

—Entonces duérmete como un hombre, anda. A menos que quieras contarme algo antes.

El niño se mordió el labio partido hasta dejar marcados los dientes.

—No hagas eso. Dime, ¿hay algo que te impide dormir?

Los ojos castaños que emergían de la manta lo miraban con tal necesidad que el hombre se dejó llevar por un impulso y le acarició la cabecita. Era bueno que, pese al abuso sufrido, pudiese confiar en un adulto y dejarse tocar. Gracias a Dios por eso.

Los ronquidos acompasados de Alistair creaban un fondo suave en el ambiente del dormitorio, pero Arturo no conciliaba el sueño. Jeremy, que no se sabía paciente, decidió inventarle un cuento para dormir.

—Hubo un niño como tú una vez —comenzó diciendo— que no tenía cama ni cuarto. Dormía adentro de un cajón de fruta que su madre había forrado de aserrín para que no sintiera el frío del invierno. Como el cajón era pequeño y él crecía un poco cada día, terminó durmiendo hecho un bollo, para que las piernas no sobresaliesen. Este niño tenía un hermano mayor, así como tú tienes a Alistair, que duerme contigo. Pero el hermano del cuento salía todas las noches a buscar comida, y cuando regresaba, dejaba en el cajón del más pequeño una fruta o una galleta, para que la encontrase al despertar.

Arturo prestaba atención, con las manitas aferradas al borde de la manta.

—Así fueron pasando los meses y los años, y los hermanitos aprendieron a acompañarse el uno al otro, a contarse secretos y a defenderse. Pero un día ocurrió algo —y Jeremías se detuvo pensativo. Estaba abriendo una rendija sobre su propia miserable vida, y no sabía si sería adecuado para un niño pequeño. Resolvió disfrazar la realidad de fantasía.

—Un día apareció un monstruo en el callejón —dijo inspirado—, un feo y espantoso ogro que no amaba a los niños pequeños que dormían en cajones de frutas. Los detestaba, y quería deshacerse de ellos. Ese monstruo acusó a los hermanitos de robar manzanas, y con su dedo huesudo los señaló. Los niños corrieron, corrieron, pero no alcanzaron a escapar de su nudoso dedo, que era más largo que todas las calles de Nueva York juntas. Uno de los hermanos tropezó, y aquel dedo se enroscó en su cuello y lo retuvo prisionero.

Arturo casi no respiraba.

—A partir de entonces, el más pequeño vivió pensando en salvar a su hermano de las garras del monstruo, pero como era chiquito no podía asomarse a la celda donde lo tenía preso. Peor aún, sabía que si se asomaba mucho caería adentro y el monstruo lo devoraría.

—Yo conozco a ese *ogro*.

—¿Cómo?

—Sé dónde vive.

—Ah, ¿sí? Es bien feo, ¿no te parece? —Y Jeremías trataba de quitarle gravedad al asunto.

—Pero ya no está en la prisión, está aquí.

—¿Cómo es eso?

Arturo asintió, cobijándose aún más con la manta. Jeremías tanteó en busca de la lámpara y la encendió, para verle la carita. Cuando el resplandor barrió las sombras, descubrió los ojos de Alistair tan abiertos como los del pequeño.

—¡Qué maldito cuento! —exclamó el niño.

—Cállate. Arturo, dime por qué piensas que el ogro se escapó de esa prisión.

Los miedos parecían haberse comido la lengua del niño, pero él no iba a dejarse vencer luego de haber ventilado sin proponérselo uno de sus propios temores infantiles.

—Tiene la nariz larga, ¿no es así? ¿O la tiene rechoncha como una morcilla?

La idea era provocarle risa, pero Arturo no estaba para bromas. La seriedad se había apoderado de su expresión, y su voz sonó ronca cuando dijo:

—Es feo y malo, le gustan los niños grandes. Como el hermano del cuento.

Esa información dejó perplejo al hombre. Suponía que Arturo dejaría traslucir algo de su padecimiento, pero lo dicho no cuadraba con lo que él había imaginado.

—¿Grandes como quién?

Arturo soltó un hipo que podría haber sido un sollozo.

—Como Joseph —dijo, amortiguando su voz bajo las mantas.

El silencio pesó sobre ellos como una mortaja. Jeremías apenas respiraba, su mente volando en direcciones insospechadas. Todo ese tiempo habían dado por sentado que el comportamiento de Arturo se debía a su condición de víctima, jamás imaginaron que podía deberse a que él hubiese visto algo que lo perturbaba, o a que estuviera obligado a callar sobre el sufrimiento de otro. Otro a quien él amaba.

—¿Hay un monstruo que atacó a Joseph, Arturo? —preguntó Jeremías con un retintín peligroso en el tono—. Dímelo si es así, para que podamos darle caza y meterlo adentro de una celda de donde no salga nunca. Prometo que esta vez sí lo haremos.

Arturo no parecía convencido, y su expresión era desdichada. Alistair vino en su ayuda, quizá estimulado por la aventura.

—Yo le patearé el trasero hasta que suelte las tripas por la boca.

—¿Dónde está? —insistió Jeremías, acechando como fiera la respuesta—. Dímelo, Arturo.

La acción combinada del hombre y el muchachito presionaron al pequeño hasta que su débil voluntad cedió y soltó el secreto que quemaba en su interior desde que huyó aquella noche, aterrado.

—Afuera —dijo, y para reafirmar esa realidad se tapó por entero con las cobijas.

—¿Dónde? ¿En el camino donde te perdiste la otra vez?

Las mantas se movieron en sentido afirmativo. Jeremías se incorporó, de pronto lúcido como nunca. Las cosas iban tomando forma. Ajustó la lámpara para evitar que se consumiera y ordenó a Alistair que no dejara solo a Arturo.

—Vendré en un momento —le aseguró.

Y como el muchachito porfiaba en seguirlo, lo amenazó con privarlo de su clase de boxeo si desobedecía.

—Prometo enseñarte el golpe mágico que acaba con la sonrisa de tu rival para siempre —dijo.

Aunque refunfuñando, Alistair aceptó el intercambio.

Jeremy salió al vestíbulo con el pecho endurecido como una losa. Acababa de comprender algo terrible. Mientras ellos protegían y mimaban a Arturo, creyendo que debían compensarlo por las aberraciones sufridas, otro de los niños padecía en

silencio la perversidad embozada de un malvado. El muchachito menos pensado, el más fuerte y rebelde, el que ellos suponían capaz de todo. Capaz de incendiar Lyman. Y con motivo más que suficiente para hacerlo.



## CAPÍTULO 27

**L**a oscuridad algodonosa volvía espeso el aire, difícil de respirar. Jeremías hizo el esfuerzo de acumular todo el frío posible en sus pulmones, quería anestesiarse con él. Caminaba hacia el abeto enano donde hallaron a Arturo agazapado.

Todo podía ser una fantasía infantil, el miedo de un niño convertido en pesadilla. Aun así, las palabras resonaban en su mente con precisión asesina: «Está afuera».

Afuera. Aquel había sido siempre su propio miedo: el afuera, el lugar de donde provenía lo malo, el que le arrebatava cada noche a su madre, el que se tragó a sus otros hermanos y de donde vino aquel hombre de galera y pieles que se llevó a Malaquías al país de donde no se vuelve. Que un pequeño desvalido como Arturo tuviese miedo del afuera y se lo confesase a él mismo, en una noche de temores, le resultaba profético. Jeremías hacía honor a su sangre irlandesa y no eludía ningún encantamiento que le permitiese llegar al fondo de las cosas. Podía ser un boxeador, pero en lo más íntimo de su ser era un hombre de fe.

La nieve crujía bajo sus pies. Un búho aleteó al verlo y dejó escapar su lúgubre murmullo.

De algún modo, todo aquello era fantástico. El abusador de Lyman no podía estar allí, aguardando la oportunidad de atrapar a su víctima. Hacía un frío de los mil demonios, y lo más probable era que muriese congelado. Jeremías no volvió sobre sus pasos, sin embargo, un impulso irracional lo empujaba hacia el cruce de los caminos. Por eso tampoco le sorprendió demasiado ver a Joseph emerger de la espesura.

—¿Qué estás haciendo? —le espetó con severidad.

—¿Y usted?

Típico del muchacho responder con el desafío a flor de piel.

—Busco al hombre que anda merodeando.

Joseph calló, impactado por la respuesta sin tapujos.

—Lo ha visto —dijo al fin.

—Más bien lo ha visto Arturo.

El muchacho meditó unos segundos. Confiaba en el señor Robinson, pero no deseaba revelar su secreto oscuro. Estaba empezando a romper los lazos con el pasado y no podía anudarlos de nuevo, era doloroso. Quería mirar hacia adelante, de la mano de Cecilia.

—Arturo es muy chico, no sabe lo que dice —contestó con ligereza.

—Hay alguien aquí afuera, o no estarías congelándote las orejas vigilando. ¿Estás protegiendo a Arturo, Joseph?

El muchacho indio apretó los dientes.

—Nadie le hará daño nunca.

—Tampoco yo lo permitiré. Ni la señorita Livia. Ninguno de ustedes sufrirá daño mientras vivan en esta casa.

Los ojos negros de Joseph lo perforaron, tratando de evaluar la intención de Jeremías al aventurarse en la noche en la misma dirección adonde lo llevaban sus pasos desde hacía días, desde la desaparición de Arturo. Joseph supo que tarde o temprano debería enfrentarse a la maldad que acechaba. Por él, por Cecilia, y por la nueva vida que empezaba a perfilarse en su horizonte.

—No estoy muy seguro —contestó después de un momento—, no sé lo que busca.

Jeremías se metió las manos en los bolsillos ante esa respuesta evasiva y miró en derredor. Por una extraña razón, estaba actuando como si alguien los espicara, representando un papel en beneficio de ese observador misterioso.

—Sea lo que sea, nos encontrará a los dos dispuestos a hacerle frente.

Joseph sonrió, una sonrisa breve que alcanzó a iluminar su rostro moreno de seriedad adulta. Se sintió confortado y hasta un poco audaz, lo suficiente como para decir a ese hombre, casi un desconocido, lo que su corazón albergaba desde hacía tiempo.

—Señor Robinson.

—Dime, Joseph.

—Yo... quisiera aprender a trabajar aquí, en su casa, para ser útil.

—Me parece bien.

—Podría darme algún oficio.

—¿Qué sabes hacer?

Jeremías conversaba con la misma tranquilidad que si estuviesen sentados en un bar, bebiendo licores, durante una noche helada. Nada en su tono ni en su porte reflejaba lo absurdo de la situación al abordar un tema como ese en plena madrugada de invierno.

—Los caballos me gustan.

—Deberás competir con Alistair, a él también le gustan.

Joseph frunció el ceño.

—Yo no sería cochero, eso se lo dejo a él, pero podría...

—¿Entrenarlos?

—Estaría bien.

—Podría adquirir algunos ejemplares y prepararlos para vender, es un buen negocio. ¿Estás seguro de saber hacerlo, Joseph?

—Sí, señor.

—¿Qué más?

—No hemos hablado de cuánto me pagaría, señor.

Jeremy soltó una carcajada.

—Veo que tu proyecto es en firme.

—Así es. Porque quisiera...



—¿Sí?

—Con su permiso, tengo planes para con su hija.

Lo inesperado del asunto casi le hace olvidar dónde estaba y para qué. Con aire estúpido, preguntó:

—¿Cuál hija?

—Cecilia, por supuesto. La otra es una niña.

—Claro. Me sorprendes, Joseph. ¿La señorita Livia sabe de esto?

Era una manera de dar un rodeo a la cuestión. Y de culpar a otro.

—No se lo he contado, pero ella siempre lo adivina todo.

—Por cierto que sí. Y si lo hizo, no me lo confió todavía. ¿Qué planes son esos, Joseph?

El muchachito tragó saliva antes de largar de un tirón lo que tal vez en otras circunstancias no habría dicho.

—Ella y yo —adujo, tocándose el centro del pecho, como si allí residiera la joven— queremos compartir nuestras mantas.

Jeremías dejó caer la mandíbula. En ese instante, cualquier rival hubiese podido sacarlo del *ring*, tan inerme se encontraba. Olvidó su intríngulis con Cecilia, el drama que había signado su vida desde el nacimiento de la niña, aquel secreto fraguado en la desgracia. Perdió la noción de su improbable paternidad, y actuó como lo hubiera hecho cualquier hombre en su lugar: asumió la protección de la que llevaba su apellido.

—Cuidado, muchacho, estás hablando de una jovencita decente. Que es vulnerable, además.

—Lo sé —contestó con serenidad Joseph—, y yo quisiera protegerla. Cecilia sabe que la quiero y me acepta. La respeto, señor.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso ella pudo decirte que te quería? Cecilia no habla, y a veces hasta dudo que entienda del todo lo que sucede. Joseph, aún eres joven, no puedes crucificarte con una muchacha que jamás te dirá lo que quieres oír.

—Ya lo ha hecho, señor. Y no necesitó voz para eso.

—¿Qué estás diciendo?

El tono de amenaza fue tan claro que Joseph comprendió de inmediato su error.

—Ella y yo nos hablamos con las manos, señor. Tenemos un lenguaje que inventamos juntos. Como el de la señorita Livia, pero distinto.

—¿Le escribes en su palma?

—A veces. Otras, dibujo en el aire con ayuda de su mano. Cecilia capta tan rápido que me obliga a inventar cosas nuevas. Fue ella la que me sugirió contarle lo nuestro, señor.

—¿Cecilia te pidió que me hablaras? —Jeremías estaba estupefacto.

—A su modo. Ella quiere que todos estén contentos, como lo estamos nosotros.

Los sentimientos se le agolparon en la garganta. Entonces, Cecilia se consideraba su hija. Aun si jamás la había tratado como tal, en su oscuro silencio ella percibía su

presencia como la de un padre. Y esperaba. Aguardaba el momento en que la verdad saliese a la luz. Intentaba maneras de expresarse para salir de ese capullo negro en el que la vida la había sumergido, y Dios le había otorgado un instrumento insólito: un muchacho piel roja al que nadie quería y que, al igual que él, escondía las llagas del sufrimiento bajo la piel curtida.

«Alma», pensó Jeremy desconcertado. Recordó las palabras de Livia cuando le dijo que la madre aún velaba por la hija, que no desaparecería de este mundo hasta que él no aceptase hacerse cargo de ella. Una andanada de recuerdos inconexos abrumaron su mente: una bebida silenciosa en brazos de Alma, su madre meciéndola con aprensión, como si adivinase la desdicha que se avecinaba en tormentosa nube sobre ellos; luego aquel mensaje anónimo e insidioso cuyo origen jamás supo y que caló hondo en su espíritu. A partir de entonces, cada gesto de Alma fue una admisión de culpa. En su fuero íntimo, Jeremy temía y esperaba la traición. Era el precio que se pagaba por picar alto. Creyó la infamia porque se sentía merecedor de ella. Y pudo situarse mejor en aquella posición de paria, era algo a lo que estaba acostumbrado. La imagen de Livia en el invernadero, víctima y partícipe de sus excesos, perturbó esa marejada de recuerdos. ¿Por qué con ella podía actuar sin sentir que la mancillaba o que entraba en terreno prohibido para él?

—Señor Robinson...

La advertencia llegó un segundo después de que su propio instinto, el que le permitía adivinar el golpe de su rival y esquivarlo, le dijese que se hallaba en peligro.

Sonó un disparo que la noche absorbió en su quietud helada.

En su dormitorio, Livia caminaba sobre sus pasos, llevada por la mortificación. Lo ocurrido en el invernadero la había tomado por sorpresa. Le demostraba que Jeremías Robinson rozaba un punto débil de su persona, tenía la facultad de desequilibrarla como no lo lograba ninguna otra cosa. Era un maestro en asestar golpes certeros. Bien decían que las pruebas de la vida desnudaban las profundidades ignoradas del ser humano. Ella, que se creía capaz de afrontarlo todo, lo único que consiguió aquella noche fue arrojar tierra a la cara de su verdugo. ¡Ni siquiera pudo borrarle la sonrisa! ¡Menudo rival para un experto!

Sin duda, las emociones de la velada la habían debilitado. Sostener una conversación plagada de ideas en un idioma ajeno era un esfuerzo capaz de agotar a cualquiera. Solo eso podía explicar que hubiese permitido al dueño de casa tomarla como a una furcia después de que ella se prometió mantener la distancia. Livia era sincera, reconocía que la atracción que ejercía Jeremías era demasiado intensa, pero también quería ser justa con la familia que la albergaba. No había lugar en esa casa para ella, era la institutriz de Cecilia y la tutora de unos niños desahuciados, jamás sería otra cosa, en especial luego de saber que el señor Robinson tenía responsabilidades de padre con la hija de su propia cuñada. Podía pensar que había

caído en el sitio equivocado, pero prefería creer que había llegado a Greenwood para poner orden. Y en eso se concentraría.

El estampido sonó lejano, aunque en sus oídos entrenados tuvo el claro eco de un disparo. Se puso de nuevo las botas y, sin acordonárselas, salió a toda prisa. La distancia entre el invernadero y el vestíbulo era considerable, y la puerta de calle estaría sin duda cerrada, de modo que decidió abrir uno de los ventanales y salir al jardín por la parte trasera. La noche se había tornado silenciosa y oprimiente. Mientras corría, sus ojos se toparon con el cañaveral que marcaba el límite de la propiedad. Era un bosquecillo de varas gruesas que la helada tornaba duras y cortantes. Sin cuestionarse el motivo, se detuvo para cortar de cuajo una y, armada con aquella lanza improvisada, siguió corriendo. El aliento se le congeló en el pecho al llegar al cruce de caminos. Aquel era el sitio donde había aparecido Arturo, y se hallaba vacío. Una extraña desolación campeaba en torno al abeto enano. La luna envolvía el bosque en tétrico resplandor, agrandando las siluetas de los árboles y creando sombras entre ellos. Livia apretó la vara hasta clavarse las astillas en los dedos. Había una presencia, podía sentirla en los huesos. El silencio era antinatural. Su ancestral instinto la llevó a acuclillarse como un guerrero al acecho y avanzó con sigilo hacia el abeto, única protección a su alcance.

Allí estaba. Silenciosa como ella, acechando también, la figura salió del bosque y caminó de puntillas hacia el cruce, oteando alrededor. Livia retrocedió hasta que las ramas la cubrieron por completo y aquietó los latidos de su corazón con una respiración profunda. Era un hombre de real encarnadura, no un espíritu. Encorvado, tambaleante y siniestro. Livia adquirió la inmovilidad de una estatua. La figura tenía un no sé qué de familiar que la alertó. Cuando giró en su dirección y la luna le dio de lleno en el rostro, la certeza casi le arranca un gemido de sorpresa.

Era Parvis.

Solo los ojillos maliciosos lo delataban, pues llevaba la barba crecida y su aspecto era miserable. Las ropas raídas y la piel sucia lo convertían en un espectro de sí mismo. Livia advirtió que empuñaba una escopeta, y entonces notó el olor a pólvora en el ambiente, algo que a fuerza de contener la respiración se le había pasado por alto. El estampido provenía de allí. Acostumbrada a tomar las cosas por lo que veía, Livia no se planteó las razones de que aquel sujeto se hallase a tanta distancia de Lyman; solo se mantuvo alerta, pues el disparo iba dirigido a alguien que ya no estaba allí. El hombre tuvo un momento de indecisión antes de emprender el camino hacia Greenwood. Quizá la había visto, o tal vez no. Livia entonces se fundió con el linde del bosque, para no proyectar sombras en ese panorama de acechanzas. Caminó casi sin pisar las raíces, y cuando temió que algún ruido la delatase imitó el ulular del búho para camuflarlo. Así llegó hasta el cañaveral donde se ocultó, munida de su lanza. Parvis parecía indeciso. Iba en pos de alguien de quien había perdido el rastro. Livia empezó a anudar los retazos del pasado en su cabeza.

Aquellos disparos perdidos en la noche de Lyman... El inspector que los visitó días antes y dijo que de modo preventivo habían suspendido en sus funciones a los empleados de aquel tiempo... Los Parvis. ¿Podía ser que la suspensión inspirase deseos de venganza en aquel hombre? ¿Y que se hubiese arrastrado hasta Concord para perpetrarla? Si así era, a Livia no le sorprendía que Parvis tuviese que ver con la muerte de un niño. Esos ojos centelleantes revelaban una maldad profunda, capaz de cavar cauces de horror hasta los mismos cimientos de Lyman. Mientras ella imaginaba qué podría haber ocurrido con Malaquías, el hombre cambió de pronto de posición, como si se preparase para el ataque. Livia vislumbró otra silueta que emergía del jardín. ¡Joseph! ¿Qué hacía allí el muchacho? ¿Y por qué avanzaba hacia el malvado supervisor con aire decidido? Livia sintió bullir la sangre y se alistó también. No permitiría que le sucediese nada a Joseph. Apenas el hombre alzó los codos con la supuesta intención de apuntarle con su escopeta, el brazo de Livia adquirió vida propia. Lo levantó por sobre su cabeza con increíble rapidez, y arrojó con alma y vida la vara puntiaguda, que rasgó el aire con un zumbido y se clavó en el hombro de Parvis. El aullido sobresaltó a Joseph y a la propia Livia, conmocionada al ver que había dado en el blanco.

El intruso se retorció de dolor en el piso, asustado por lo inadvertido del ataque. Joseph, pálido bajo su tez morena, miraba a Livia con los ojos agrandados por la sorpresa. Y más atrás, recostado sobre el cerco de piedra del jardín, Jeremías la contemplaba también, con una mezcla de admiración y sorna en sus ojos, que relucían bajo la claridad lunar.

—Dios bendito —carcajeó, y enseguida se dobló sobre el pecho, del que manaba un manso caudal que tiñó la nieve de rojo.

—¡Jeremías!

Joseph no miró atrás, sacó un cuchillo de su cinto y se abalanzó sobre Parvis, todavía atontado por el golpe.

—¡Joseph, no! —gritó Jeremías, cuando el niño alzaba el brazo ejecutor.

Se encendieron luces en el porche y se abrió la puerta principal. Parvis aprovechó la distracción para arrastrarse hacia el otro lado del camino y desaparecer con rapidez de serpiente. Un resoplido brotó de los labios de Joseph. Había querido asestarle la cuchillada final mientras pudiera verle los ojos y hacerle saber quién vengaba a quién. El cuchillo estaba ahora en su poder, ya no eran las sarmentosas manos de Parvis las que lo amenazaban mientras le exigían una conducta repulsiva, indigna de un joven *wampanoag*. Había llegado su tiempo, el tiempo del indio, el momento de la venganza. Joseph sentía la frustración de no haber podido cumplirla, después de alimentarla durante años en la soledad de su cuarto desnudo, rodeado de otras almas asustadas e inermes como la suya. Como bien le dijo aquel maldito, nadie iba a creerle a un piel roja que había matado a otro sucio indio. Y Joseph comprendió, con sus todavía jóvenes años, que si él lograba evitar a Parvis solo desviaría su instinto aberrante hacia otros niños más indefensos. Arturo, por ejemplo.

Lo que no consiguió impedir fue que el pequeño supiese de su sufrimiento, pues en Lyman todo se sabía. Y se callaba. Lo que sí logró fue convencerlo de ocultarse cada vez que veía venir a Parvis. Había salvado a Arturo. El niño no habría sobrevivido a la maldad como lo hacía él, que llevaba la piel curtida. Jamás volvería a su tribu, no podría mirarlos a los ojos. Una cosa era matar por honor o en defensa del más débil, y otra muy distinta envilecerse en manos de un blanco que se había adueñado de su persona. Solo alguien como Cecilia, ciega a la maldad del mundo, podía quererlo con esa mácula.

O como la señorita Livia, capaz de lancear a un hombre en la oscuridad.

Livia ya desgarraba la camisa de Jeremías para descubrir la herida de bala en el costado izquierdo de su pecho. Y respondía a las preguntas de la servidumbre, que jamás había presenciado un ataque en los umbrales de Greenwood. El cochero salió en busca del doctor, un vecino de Concord, mientras los demás colocaban a Jeremías sobre la larga mesa del invernadero, el sitio donde un rato antes él la había hecho suya, en un arrebato de pasión que ahora resultaba nimio comparado con lo ocurrido.

Odelia se aferraba a la mesa, su palidez acentuada por el desvelo de esa noche.

—Señora Hamilton, que las niñas no vean a su padre en este estado —le sugirió Livia, mientras estrujaba en sus manos un puñado de salvia para mantener alertas los sentidos de Jeremías.

Odelia salió, agradecida de tener una tarea que la alejara de esa pesadilla que su cuñado y aquella salvaje habían acarreado hacia Greenwood. En su mente ya planificaba una historia que pudiese ser aceptada con cierta naturalidad por sus vecinos, los que ese mismo día habían departido con elegancia sobre el sufragio femenino, el abolicionismo, la libertad de expresión y la filosofía trascendental.

Quizá fuera mejor, después de todo, renunciar a Jeremy y a todo lo que él significaba, y retirarse a la casa de Nueva York, donde su esposo no sería capaz de cerrarle las puertas si quería representar el papel de un respetado hombre de negocios en una sociedad progresista. También allí existía un círculo elegante, y si pasaba por alto las excentricidades de los nuevos ricos, quizá podía hacerse un lugar respetable. Se decía que los neoyorquinos admiraban a los bostonianos por su rancia aristocracia. En cuanto a Samanta, bien podía pasar largas temporadas con su padre, alternadas con otras en la nueva casa de la ciudad. A nadie en Nueva York sorprendería que la niña siguiese en contacto con la familia de su madre.

El amanecer llevó el alivio de descubrir que la bala había atravesado las carnes de Jeremías sin dejar rastro, aunque no aclaró el panorama del oficial de policía que llegó para enterarse de los motivos del ataque. Si bien muchos de los vecinos desconfiaban de Robinson por su pasado de avería, no llegaban a imaginar razones para querer matarlo. Eran buenas gentes, confiadas en la piedad divina y en la

redención de los pecados. Nadie en Concord sabía de lo ocurrido con Malaquías, y no era el momento de agregar detalles escabrosos a la escena.

Más tarde, Livia se hizo de una bandeja a fin de encontrar una excusa para entrar al dormitorio masculino. Jeremías se hallaba recostado sobre una pila de almohadas que mantenían en alto su hombro y evitaban que la venda resbalase.

—Espero que hayas echado abundante *brandy* en ese té —repuso con el ceño fruncido.

Livia cerró la puerta con ayuda del pie, y avanzó resuelta.

—Ni siquiera sé si hay algo en la tetera —le dijo, sin preocuparse del asunto—. Quise comentar lo sucedido. Tampoco yo entiendo bien qué hacía el señor Parvis en Greenwood.

Jeremías suspiró. Era hora de contarle todo. Sin ahorrar crudeza en las palabras, refirió lo que había alcanzado a intuir primero, durante su breve charla con Arturo, y luego el encuentro con Joseph, que a la luz de los hechos completó la idea que él ya se había formado. La presencia de Parvis no tenía más explicación que el deseo de vengarse en Robinson de las sospechas por el crimen de Malaquías y, de paso, volver a ver a su víctima.

—Joseph quiso matarlo —interrumpió Livia, consternada ante aquella revelación.

Saber que durante todo ese tiempo el pobre de Joseph había callado su vergüenza y su dolor, que había preferido el silencio antes que poner en riesgo a Arturo, y que ni siquiera pudo confiarse a ella, que lo hubiese defendido a capa y espada, la conmovió más de lo que podía admitir ante Jeremías. Era demasiado tormento para un niño, por duro que fuera.

—Y lo hubiese hecho, condenándose. Por fortuna no lo logró. Puedo ocultar el incendio, pero la muerte de un empleado del Estado en la puerta de mi propia casa, a manos de un niño del reformatorio, me resultaría más difícil. Y no contaría con ayuda desde adentro —dijo, refiriéndose a Odelia sin mencionarla—. Además, ese sinvergüenza quiere ser mi yerno.

Livia abrió tamaños ojos.

—¿Te lo ha dicho así?

—A buen entendedor, las palabras huelgan.

—Yo misma iba a alertarte, pues tu cuñada temía lo peor.

—¿Qué sería peor que eso? —bromeó Jeremías.

—Ella no termina de confiar en los niños.

—Pocas personas son confiables —respondió él, enigmático.

Livia jugueteó con la cucharita del té.

—Entonces, si Parvis es el culpable de casi todo... —comenzó a decir dubitativa.

—Así parece.

—Creo que cometí un error.

—¿Por qué? Lo «chuceaste» bien, como acostumbran a decir allá en tu tierra —se divirtió él, que no veía la hora de sacar a relucir el salvajismo del acto que tanto lo

había impactado, pese al sufrimiento de su herida.

—No pensé en él cuando sospechaba que la víctima era Arturo, allá en Lyman.

Jeremías intuyó que la joven había hecho algo que él ignoraba y le permitió explicarse. Livia mantuvo la vista fija en el juego de té mientras decía en tono monótono:

—El señor Clark, él me pareció sospechoso desde el principio. Había un letrero despreciable en su imprenta, y se lo veía tan remilgado siempre, tan huidizo... Era el tipo de hombre que podía pensarse depravado. Pero ahora recuerdo que me dijo algo cuando nos despedimos, relacionado con el engaño de las apariencias. Esas palabras cobran sentido en este instante.

—¿Qué puede importar? ¿Acaso lo denunciaste?

—No, pero lo ataqué con tanta furia como anoche al señor Parvis.

—¿Con otra lanza? —Casi se ahogó Jeremías.

—Con una piedra. Le di en la espalda, y él se sintió mortificado. Nunca supo mi motivo.

—¡Ah, señorita Cañumil, qué discípulo se perdió Homer! —rio, agarrándose el costado para evitarse el dolor.

—¿Cree que el señor Clark supo de la conducta de Parvis?

—Como dije una vez, en lugares como ese todo se sabe, aunque se finja ignorarlo. Creo que ese profesor es un pusilánime al que Parvis tenía amenazado, igual que a los niños. Después de todo, estamos hablando de alguien capaz de liquidar a un interno y enterrarlo debajo del espantapájaros. Ya no tengo dudas al respecto, Livia —y la mirada de Jeremías adquirió la dureza del pedernal al decirlo.

El dolor de aquella herida no cerraría como la de bala. Livia sabía que aquel hombre enterraba sus cuitas bien hondo, como para que ni siquiera él pudiese sacarlas a la luz. Sobrevivir era la consigna, y para ello necesitaba golpear, siempre golpear. Ella no lograría borrar las viejas laceraciones, pero sí ocuparse de aquellas que se podían suavizar.

Pensaba en Cecilia cuando dijo:

—Joseph podría ser un buen compañero para su hija, señor Robinson. Velará por ambos, y tiene buena vista para eso. La vista de un indio.

—Lo dices con conocimiento.

—Así es. También soy india.

Lo desafiaba, como en el cuadrilátero cuando practicaban. Quería chucearlo con las palabras, acorralarlo, exigirle definiciones. Y él estaba muy dispuesto a darlas. Casi no esperaba otra cosa que verse empujado al abismo para poder saltar por fin, y descubrir si daba la talla del gran salto.

—Hay un error en todo esto, Livia. Cecilia no es mi hija en un sentido técnico.

—No lo sabemos.

Él suspiró, y le indicó con una seña que abriese el cajón de su mesa de luz. Allí reposaba la cajita de latón.

—Ábrela y juzga por ti misma.

Era la primera vez que Livia accedía a las cosas íntimas de Alma Robinson. Todo cuanto sabía de ella provenía de sus especulaciones, basadas en lo que otros decían. Y de su propia intuición, que solía ser certera. ¿Así que esos papeles arrugados eran la tortura de aquel hombre que jamás gozó de paz en su matrimonio? Los desenvolvió uno por uno, y los acomodó alineados sobre el regazo. La letra era muy pequeña, para despistar al lector. Había que tener la vista del indio, como ella le dijo, para leerlos sin problemas.

Livia trató de imaginar el estado de ánimo de una joven madre postrada a raíz de un parto complicado, que sufre al ver que su esposo no ama a la niña que acaba de parir o, peor aún, la odia por considerarla una bastarda y a ella, una adúltera. Sentía los ojos de Jeremías clavados en su rostro mientras leía. Prestó especial atención a las frases referidas al mal de Cecilia:

*... tiene algo que me preocupa, no sé qué nombre darle. Es hermosa, y sin embargo, hay en ella una debilidad...*

Y luego otro, en el que Alma desahogaba su preocupación maternal:

*Hoy ha llorado. Es la primera vez.*

Era conmovedor leer cómo la madre registraba cada gesto que revelaba algo de esa niña sobre la que pesaba un temible secreto. Sin embargo, nada encontró Livia acerca de la paternidad confusa, hasta que dio con un papel escrito con una letra más puntiaguda y usando palabras más duras.

*Cecilia se parece a su verdadero padre. Ojalá Jeremy nunca sospeche nada, porque si es así, deseará verla muerta.*

A Livia le pareció muy cruel esa referencia. Leyó el papelito varias veces, confundida.

—¿Qué ocurre?

Jeremías había detectado la vacilación.

—No sé, esto puede haber sido escrito en otro momento, suena diferente.

Le extendió el papel y Robinson casi lo repitió de memoria. Dios sabía que llevaba semanas leyendo aquellos minúsculos mensajes dirigidos a nadie.

—A mí me suena más sincero que los otros. Dice la verdad de lo que pensaba mi esposa.

—¿Es su letra? Se la nota más nerviosa, más agresiva.

—¿Cómo puedo saberlo? Nunca me dijo nada cara a cara, se limitó a escribir estos mensajes sueltos como si fuesen un acertijo.

Livia cotejó ese papel con los demás y le mostró el resultado a Jeremías.

—La tinta es más clara, y la letra distinta. ¿Tiene a mano el que yo encontré bajo la alfombra?

Antes de que él pudiese reaccionar, Livia revolvió entre las cosas del cajón y dio con el que buscaba. Lo comparó con aquel otro mensaje y descubrió que, salvo la tinta, tenía más parecido que con los demás. Frunció el ceño, pensativa.



—Juraría que la misma persona escribió estos dos papeles, aunque en tiempos diferentes. Alguien que está vivo, por supuesto.

Jeremías se inclinó con esfuerzo sobre el hallazgo. Ahora que Livia le prestaba sus ojos y su atención podía ver que la letra era bastante similar, quizá modificada por tratarse de un papel más grande, sin embargo...

Él se congeló un instante. Un recuerdo perturbador acudió a su mente. Palabras dichas al azar, casi con la intención de sonar burlonas: *Pobre mi hermana, ahora dice que Cecilia no se parece a su padre. Francamente, Jeremy, deberías llamar a un médico para que se ocupe de sus nervios.* Y luego, con aire más serio: *Ninguna madre debe pensar que un padre desearía ver muerta a su hija.*

Él nunca había escuchado eso de boca de Alma, lo había asumido como real cuando su cuñada lo mencionó, en una ocasión en que hablaban de la esposa. ¿Acaso eran auténticas las palabras? Y si no lo eran, ¿por qué figuraban escritas entre las cosas de Alma? Miró a Livia con ese interrogante en los ojos.

—No creo que Alma tuviese tan mala opinión de su esposo —dijo ella con convicción—. Si lo conocía bien, debía de saber que jamás desearía ver muerta a la pobre niña, aun sospechando lo peor. Ayer mismo usted se puso en el papel de padre celoso, señor Robinson, cuando todavía pensaba que Cecilia podría no ser su hija, ¿verdad que sí? Y soy testigo de que arriesgó su vida allá en el faro para salvarla del que quizá, solo quizá, fuese su progenitor. ¿Por qué? Por mucho que lo intente, no lo creo capaz de un pensamiento tan desalmado. Y tampoco su esposa lo creía, o no estaría rondándolo para que por fin se convierta en el padre que su hija requiere. Hay otras clases de ceguera y de sordera, ya que estamos. ¿Cuánto más debe hacer una madre para ser escuchada? Mientras vivía, ella hizo lo posible para que entendiese su dolor. Una vez que murió, solo el amor por Cecilia y por usted, señor Robinson, pudo mantenerla de este lado, a fin de que la verdad saliese a la luz.

—¿Y cuál es esa verdad? —graznó él, angustiado.

—Que ama a esa niña, y que el miedo y el despecho que ha construido a lo largo de su vida le impiden enterarse.

Jeremías apretó los dientes hasta lastimarse. La mandíbula le latía como después de un golpe descomunal, que pocas veces le habían asestado. Se aferraba a sus escasas certezas, por horribles que fueran, porque le daban la fuerza para ser duro y cruel. La madre prostituta, el hermano muerto, los rivales tullidos, la hija fruto de la traición, la cuñada artera. Era un coleccionista de desgracias, las atesoraba como a un collar en el que engarzaba nuevas cuentas cada día. ¿Y qué haría al final del tiempo? ¡Bien podía ahorcarse con él! Livia lo desnudaba, lo despojaba de la maldad con la que tan a gusto se sentía. ¡Odiar era tanto más fácil! Odiar el recuerdo amoroso de Alma, culparla de la invalidez de Cecilia, era mejor que sufrir la pérdida o suponer que había condenado a la esposa a una vida desdichada, sin posibilidad de tener otros hijos. Si él había engendrado a Cecilia, en esa simiente maldita estaba la impronta de toda su existencia. En cambio, si era hija de otro que además se había convertido en

confidente de la esposa traidora, forzándola luego, era Alma la que con su ingenua confianza tentaba su suerte.

En cuanto a Malaquías, podía vérselas con el recuerdo del hermano burlón y prepotente que robaba las monedas de la madre. De ese modo su muerte, la que ahora intentaba vengar rastreando al culpable, adquiriría visos de fatalismo.

Lo único que lo redimía era haber llevado a Greenwood a los niños del reformatorio, pero aun eso era obra de Livia más que propia. Si era sincero, no estaba seguro de haber hecho semejante esfuerzo sin el apoyo de aquella mujer que lo miraba desde el fondo del alma, como si supiese de qué acciones era capaz. Una bruja salvaje que no le daba tregua.

La tomó de la muñeca con una fuerza que desmentía su debilidad por la pérdida de sangre.

—Bésame —le exigió con rudeza.

Livia captó el tono, la desesperación y la súplica. Lo había empujado contra las cuerdas y le había lanzado golpes bajos. Y le quitó el pañuelo rojo, para que no pudiese refugiarse en ningún rincón. Se compadeció del señor Robinson y rozó apenas sus labios en un beso casi angelical. Él gruñó algo incomprensible y aplastó su boca contra la de ella, forzando la entrada de la lengua con un embate ardoroso. Devoró todo lo que la joven le permitió y más, enseñoreándose de su sabor y su suavidad. El beso descarnado duró segundos, pero agotó las reservas de Livia, que cayó rendida sobre el pecho vendado.

—Vas a matarme —la acusó él con un dejo de risa en la rendición.

—Ya has visto de lo que soy capaz —se burló la joven.

—Oh, sí. Mi pequeña salvaje. Cásate conmigo, Livia Cañumil. Tengo dos hijas que criar, y una parva de niños que ubicar. Además, quizá quede inválido después de esto.

Livia lo miró con el asombro demudando el rostro. Era la propuesta más inesperada. Ella se había acostumbrado a ver a Jeremías como un viudo doliente que no deseaba repetir la experiencia del matrimonio. Y ante la revelación de la maternidad de Samanta, entendió que había un escollo insalvable entre ellos. Mientras la niña fuese menor de edad, al menos. Ahora ese hombre, pasando por alto todo eso, le proponía ser su esposa. Había cientos de razones para negarse, y solo una para aceptar: lo amaba. El andamio de sus proyectos se desmoronó como un castillo de arena ante esa única e innegable certeza.

Amaba a Jeremías Robinson. No le importaba que fuese cínico o déspota, ni que ignorase la cortesía en las relaciones humanas. Ella podía con todo eso. Lo único capaz de alzarse entre ella y sus sentimientos era que Jeremías rechazase a Cecilia. La ciega del corazón. Pero él había dicho con claridad: *tengo dos hijas que criar*. Y después de aquel beso supo que nada sonaba más verdadero en sus oídos.

Alma Robinson podía, por fin, descansar en paz.



## CAPÍTULO 28

**L**a confirmación de que los huesos hallados en el campo de Lyman eran compatibles con el huérfano que había ido a parar allí por un robo callejero y luego desaparecido sin dejar rastros cayó como una bomba en Greenwood. El inspector volvió a visitarlos, esa vez con talante más severo, y pronto el vecindario supo que el hermano mayor de Jeremías Robinson era uno de esos niños tercos que la sociedad recluía, para su bien y el de todos, entre los muros descascarados del reformatorio. También se supo mucho más sobre el origen y la miserable vida del viudo, lo que sorprendió incluso a la mismísima Odelia, que ya consideraba bastante denigrante la profesión de boxeador como para agregarle la de ladronzuelo hijo de una prostituta y hermano de un delincuente juvenil. Aquella ignominia era más de lo que Odelia Hamilton podía asimilar. Hasta la servidumbre iba de puntillas, procurando no irritar los nervios de la dama, y mucho menos alterar el humor del patrón, que se encontraba ensimismado en su mundo interior.

La reconstrucción de los hechos del pasado se hizo posible gracias a los testimonios de algunos reclusos que recordaron haber compartido sus días en Lyman con Malaquías Robinson. Lo describieron como un niño altivo y orgulloso, peleador y siempre desafiante ante la autoridad. Uno de esos testimonios, en especial, permitió concluir que el pobre muchachito había acabado sus días de manera trágica. Se trataba de unas memorias escritas bajo un nombre apócrifo, muy detalladas y precisas, sobre las irregularidades perpetradas en el reformatorio estatal. El autor prometió declarar en la causa judicial que se abrió, siempre y cuando no se publicase su identidad, ya que había formado una familia y llevaba una vida decente en una comunidad que lo respetaba. No deseaba echar por la borda todo eso, ni siquiera para devolver la paz al espíritu de un niño.

Jeremías hojeaba una copia de aquel relato espeluznante, sentado en su sillón frente a la ventana, y en esos momentos nadie se atrevía a interrumpirlo, bajo ningún motivo.

Malaquías había actuado en Lyman tal y como él lo recordaba de niño, tirando de la cuerda hasta romperla. Su nombre aparecía repetidas veces en aquellas memorias, siempre ligado a castigos y a celadas que los supervisores le tendían para doblegarlo. Y a cada una el hermano había respondido redoblando la apuesta. Jeremías pensó si en el corazón de Malaquías habría tanto odio como para forzar su propia desgracia a fin de acabar con todo. Supo que había conocido la penuria de la celda con grilletes, la abstinencia de comida y de agua, el rigor del látigo en sus carnes tiernas, pero no encontró nada referido a abusos, algo que sí se mencionaba respecto de otros niños de aquella época. El relato se tornaba más oscuro a medida que avanzaba, como si su autor hubiese abierto una rendija en los recuerdos que luego no pudo mantener a raya, y el caudal de atrocidades se hubiese desmadrado. El mismo autor había sido víctima

de aquellos abusos, y recordaba con precisión las sensaciones que lo acometían por las noches, cuando temía ver aparecer de un momento a otro a su carcelero, al que nombraba por apelativos supuestos: «el que manda», «el que espía», «el de la lengua filosa», «el del cuchillo». Todos remitían a un hombre que era descrito como repugnante y malvado. Cabía pensar en Parvis, por cierto, pero no alcanzaba para acusarlo si no aparecía alguna referencia más concreta.

Livia, que observaba con disimulo los cambios que se operaban en el semblante de Jeremías a medida que leía, concibió una idea que soltó con aire casual:

—Tal vez Joseph pueda darnos algún indicio.

Robinson echó la cabeza hacia atrás como si hubiese recibido un golpe en el mentón. Ella siempre lo tomaba desprevenido. Pensándolo bien, era una posibilidad. Si estaban hablando del mismo hombre, el muchachito podía encontrar en aquel relato alguna seña que permitiese relacionar a Parvis con Malaquías.

Encontró a Joseph sentado sobre el cerco de piedra donde él se había desmayado la noche del ataque. Estaba tallando con su cuchillo una suerte de tótem. Jeremías se sentó a su lado.

—Bonita figura —le dijo sin mucha convicción.

Joseph no levantó la vista cuando respondió:

—Es para Cecilia, una muñeca india.

—Quizá esté un poco crecida para jugar con ella, ¿no crees?

Joseph se encogió de hombros.

—Será un talismán, algo para guardar. Algo mío —agregó con orgullo.

Jeremías reprimió un brote de celos. Él nunca le había regalado nada semejante a la niña. Observó las manos morenas moverse con destreza y obtener de la madera una identidad, como si aquel trozo albergase el corazón de un ser que necesitara del maestro adecuado para mostrarse. Entendió mejor la magia que obraban las manos de Joseph en la vida de Cecilia. Era un tallador de las emociones de la niña, por eso obtenía avances gigantescos.

—Si te pido un favor, algo difícil pero necesario, ¿lo harías?

Esa vez Joseph lo miró.

—¿Es por Cecilia?

—Es por mí. Y por la memoria de mi hermano muerto.

Joseph se concentró en la talla con mayor ahínco. No había dicho nada sobre aquella historia cuando salió a la luz. Ni siquiera admitió haber sido víctima de abusos, solo dejó que los demás sacasen sus conclusiones. Era hermético cuando se trataba de su propia vida; apenas se lo notaba tierno y sensible cuando se hallaba junto a Cecilia.

—Puede ser —se limitó a decir.

Jeremías fue por el libro de memorias y lo dejó en el suelo, sobre la hierba.

—Aquí está. Lee lo que puedas, y si alguna cosa te parece interesante para comentar, dímelo.

Joseph siguió tallando con extrema concentración hasta que Jeremías desapareció de su vista. Luego, tomó aquel libro y repasó sus hojas al azar. Si bien leía con dificultad, sus ojos descubrieron con rapidez algunas palabras significativas. Las marcó con las astillas que brotaban de la talla y cerró el libro. Luego lo escondió bajo una piedra suelta del cerco y echó a andar. Hacía días que sentía la necesidad de perderse en el bosque, y si no lo había hecho antes fue porque en la casa se vivían emociones fuertes y no quería dejar a Cecilia a merced de ellas. La niña percibía mucho más de lo que todos suponían, y Joseph era sensible a esas premoniciones. Aprovecharía el tiempo de la mañana, mientras ella estaba en la escuela Mann, para hacer esa excursión postergada.

Cecilia dirigió su rostro pálido hacia la ventana, de la que provenía la tibieza del sol matinal. Era un día radiante y frío, y, aunque ella no podía verlo, en su mente las sensaciones adoptaban formas y colores. Estaban usando un sistema de campanillas para experimentar vibraciones y asociarlas al lenguaje, pero una inquietud insistente se apoderó de ella y no pudo seguir el ritmo de la clase. Sus maestros la consideraban la alumna más difícil, pues su aislamiento era completo, no escuchaba a medias o veía tinieblas como otros, ella era una ostra cerrada a cal y canto. Y al carecer de experiencias previas de luz o sonido, su incapacidad resultaba más impenetrable. En el último tiempo, la niña ya no mostraba empecinamiento ni tenía arranques como al principio. Su carácter se había dulcificado, y aquellos ojos ciegos adquirían una expresión soñadora, como si viesen algo que los demás no alcanzaban a distinguir y esa visión interior le produjese una inefable felicidad. Esa mañana estaba inquieta, sin embargo. Sus pies enfundados en botitas de piel repiqueteaban sobre el entarimado. Creaban un ritmo ansioso que pronto se volvió desbocado. Su maestra de turno llamó a la directora y le advirtió que tendrían problemas. Sarah Fuller le dedicó unos momentos, procurando calmarla, pero la niña respondía a un impulso interno que nadie lograba captar, de modo que su ansiedad desbordó los límites permitidos. Comenzó a moverse hacia adelante y atrás, más rápido a cada momento, y sus puños golpearon el pupitre con tal fuerza que hubo que sujetarla.

—¡Rápido! —exclamó la directora—. Manden a buscar al padre.

Era todo lo que cabía hacer, y esperaban que bastase.

La luz del sol se filtraba entre las ramas desnudas, derritiendo la escarcha. El bosque estaba sumido en una quietud solo turbada por los trinos de las aves en lo alto. Había zonas donde la penumbra rehuía la claridad. De esos rincones húmedos brotaba el olor del musgo, junto con una leve niebla que recordaba al viajero la opacidad de la vida. Luces y sombras.

Joseph caminaba con paso firme hacia el interior, donde se hallaba el lago. Había recorrido ese camino antes, sabía adónde se dirigía, ya que encontró un dibujo detallado del sitio en un libro que la señorita Livia dejaba sobre la mesa del invernadero mientras corregía los ejercicios. Él no entendía bien de qué trataba aquel texto cuyo título era igual de incomprensible: *Walden*. Solo le llamaron la atención los dibujos, que parecían de la propia mano del autor, sencillos y a la vez precisos. Joseph amaba dibujar, pero solía romper las láminas que representaban escenas de la vida tribal que ahora se le negaba. Esperaba que esa visita al lago resultase la definitiva. Él sabía que el viejo merodeaba Greenwood. Lo supo en los huesos primero, y lo confirmó después, aquella noche en que Arturo desapareció. El niño a veces lo seguía como un perrito faldero, y vio cuando el hombre le tendió una trampa en el camino y se abalanzó, dispuesto a continuar lo que empezó en Lyman. Para evitar que Arturo quedase al descubierto, Joseph se dejó arrastrar hacia los arbustos por última vez. Mientras padecía la repugnante sumisión, su mente se desprendía de la realidad de las manos de Parvis, de su aliento fétido y sus jadeos animales, y pergeñaba un plan. Se juró cumplirlo en los días que siguieran.

Desde lo ocurrido la noche del ataque a Jeremías no habían tocado el tema de Parvis en la casa. Los oficiales de policía tomaron declaración a Joseph, y la cotejaron con la del señor Robinson cuando este pudo hablar. El atacante había desaparecido, y los rastreos que se hicieron no dieron resultado. Nadie encontró siquiera una huella del fugitivo, ni de la sangre de la herida infligida por la señorita Livia. Por supuesto, no se ahondó demasiado en aquella cuestión. El señor Robinson creyó conveniente soslayar ante la autoridad la habilidad de Livia para arrojar lanzas. Joseph estuvo de acuerdo. Era preferible contar a medias.

Avistó la cabañita desde lejos, y se sentó bajo un helecho para observar el movimiento. Aquel lago, distante del riacho que circundaba el bosque de Greenwood, era un enorme espejo cuyas aguas, rozadas por la brisa, creaban un halo de encantamiento. Había en esa serenidad algo siniestro que Joseph podía captar muy bien. La cabaña era una ruina, sus paredes atrapadas por la vegetación y la puerta sostenida por un tronco atravesado. Una figura encorvada salió, portando un cubo de estaño, y caminó entre las piedras de la orilla mascullando. Su cabello gris desgreñado y las ropas superpuestas le daban aspecto de bruja.

Joseph arrancó una brizna del helecho y la masticó con tranquilidad. Imaginaba que Parvis no se hallaría allí sin la esposa; ambos estaban hechos de la misma pasta y se alimentaban el uno del otro. Recordaba bien cómo ella lo sujetaba con sus manos huesudas tiznadas de carbón las veces en que el viejo lo arrastraba hacia la bodega. Ahora ambos eran fugitivos, y estaban a su merced. Había hecho bien en guardar ese secreto. De haberlo sabido, el señor Robinson habría querido protegerlo, como cuando le impidió clavarle el cuchillo, creyendo que con eso lo libraba de los remordimientos. No entendía el carácter del indio. Él haría lo que debía hacer y no le causaría culpa ninguna, era su deber.

La señorita Livia era otra cuestión, ella sí podía entenderlo, pero Joseph prefería dejarla afuera de todo eso para no crearle problemas. Si las cosas sucedían como las preveía, el señor Robinson acabaría metiéndose con la señorita Livia, y Samanta tendría una verdadera familia, no una falsa tía y una falsa madre. Cecilia sería suya, y los demás encontrarían un hogar tarde o temprano. Así veía él las cosas.

La señora Parvis entró, el cubo lleno con agua del lago, y por un buen rato no salió nadie más. Joseph se arrastró hacia el extremo opuesto a la cabaña, y volvió a aguardar. Pronto fue satisfecho con la aparición de Vincent Parvis, que caminaba torcido hacia un rincón del bosque, en el que desagotó su vientre en medio de contorsiones y bufidos. Joseph arrojó una piedra lejos, para distraerlo. El viejo soltó un epíteto y corrió en busca de su escopeta. Al salir de nuevo, Joseph ya se hallaba montado en un tronco sobre el agua, a distancia suficiente como para que el tiro no lo alcanzase. Parvis entrecerró los ojos para distinguir aquello que amenazaba su refugio, pero la niebla y su propia debilidad en la vista le impidieron advertir de qué se trataba. Joseph comenzó a desplegar la obra que había fabricado con paciencia durante todo ese tiempo. Desenrolló los hilos que sujetaban al muñeco de madera por los extremos y los tendió bien firmes hasta que la figura quedó abierta de pies y manos sobre el tronco flotante. Clavó en la corteza el palo que hacía de eje vertebral con ayuda de su cuchillo, ante la mirada atónita de Parvis, que dudaba de su propia cordura frente a aquella visión. Una vez que el esqueleto estuvo extendido, Joseph acomodó sobre él la sábana blanca, que semejaba el camisón de un niño.

Un espantapájaros niño.

La boca de Parvis se abrió en una incongruente mueca de horror. Su primera reacción fue disparar su escopeta, casi sin procurar puntería. Los tiros resonaron en la tranquila mañana con estrépito, y los pájaros remontaron vuelo enloquecidos. La señora Parvis salió como una fiera a insultar a su marido. Por su culpa vivían como parias, y encima debía soportar sus locuras.

—¿Qué crees que haces? —graznó con la boca deformada por la rabia.

—Allí... ¡Mira!

El viejo señalaba estupefacto la figura que navegaba hacia ellos, de pie sobre un tronco, muda y blanca. La señora Parvis, que confiaba más que su esposo en sus facultades, escupió y comenzó a lanzar piedras.

—¡Malditos viajantes! Vienen a este bosque a buscar trofeos. ¡Ya les daré algo para llevarse!

Las piedras caían en el lago formando ondas y acercando el tronco más aún hacia la orilla. Al ver con claridad la figura del espantapájaros, ambos viejos observaron pasmados los rasgos que la habilidad de Joseph había logrado tallar en el rostro de madera. En callada contemplación, reconocieron en esa talla al muchacho indio al que habían ultrajado a conciencia durante meses, riendo de su vergüenza y volcando en él, abandonado y solo, sus instintos depravados. Solían elegir bien a sus víctimas: siempre eran niños que nadie reclamaba, pequeños parias de la sociedad, que se



sentía protegida si sabía que nunca saldrían de aquellos muros. Luego, si por el azar de las circunstancias volvían al mundo exterior, ninguno de ellos era capaz de denunciar aquellas aberraciones; preferían ocultarlas de por vida. Hubo uno al que no pudieron someter, sin embargo, aquel irlandés de cabello ensortijado que los miraba con ojos desafiantes y los atacaba por la espalda cada vez que ellos iban en pos de una de sus presas. Habían debido ser duros con él. Ya no importaba, nadie sabría nunca qué ocurrió, pero... ¿Por qué justo alguien fabricaba un espantapájaros en el lago Walden? La coincidencia erizó el vello de la nuca de Vincent Parvis, y la superstición se adueñó de su ánimo.

—Mira —balbuceó, indicando a su esposa que prestase atención—. Es él...

—¿Quién, viejo idiota?

—El niño aquel, el que dejamos aquella noche...

—Cállate.

—Es el mismo, pero tiene la cara del otro.

—¡Cállate, digo! Estás desvariando.

—No, no, míralo bien.

Parvis corría despavorido a lo largo de la orilla, ansioso por aclarar ese asunto. Su mujer, fastidiada y en secreto también algo asustada, porque recordaba perfectamente de quién le hablaba su esposo, le arrebató la escopeta y vació el cartucho en el tronco flotante.

Por debajo de las aguas, Joseph conducía aquella siniestra canoa hacia los Parvis, manteniendo la distancia necesaria para evitar que lo hirieran. Al escuchar el ruido del percutor vacío, asomó la cabeza y trepó al tronco para remar con las manos hacia la estupefacta pareja.

—¡Tú! —bramó el viejo, transido de rabia.

El odio lo consumía al saberse burlado por aquel indio. Levantó la escopeta para asestarle un golpe desde la orilla, pero trastabilló y cayó al agua helada. Eso facilitó las cosas. El hombre podría haberse puesto de pie, ya que en esa parte el lago no tenía gran profundidad, pero Joseph había calculado todo: se inclinó sobre el tronco, cogió el caño de la escopeta y tiró de él hacia abajo. Con rapidez llevó la canoa hacia aguas más profundas, y cuando la cara de Parvis emergió, azulada de frío, arrojó el muñeco sobre él con todas sus fuerzas.

—Ha venido a buscarte —le dijo en tono fúnebre—. No quiere estar solo allí adonde lo mandaste.

El viejo comenzó a gritar y a tragar agua a borbotones ante la mirada horrorizada de la esposa, que no hacía sino mover los brazos como aspas al ver que su hombre se ahogaba sin que pudiera auxiliarlo. Pero el muñeco, remedo de aquel niño estaqueado en el maizal como un espantapájaros y olvidado durante toda una fría noche de invierno, llevaba en su interior una siniestra sorpresa: un cuchillo que, al ser empujado con vigor por Joseph, se hundió en las carnes magras de Parvis. Hubo un torbellino, espumarajos que brotaron de la boca del viejo como de un pez agonizante,

y por fin el lago se tragó al monstruo y lo digirió con placidez. El espíritu del maizal se cobraba su precio, después de tantos años.

Las ondas del lago Walden se aquietaron después de que el macabro muñeco arrastró a su víctima hacia las profundidades. En la orilla quedó la figura patética de la vieja Parvis, rígida por el horror y la incompreensión de lo ocurrido.

«Ese será su castigo», pensó Joseph. Y tal vez el testimonio que la policía necesitaba para encontrar al culpable de que Malaquíás Robinson no descansase en paz.

Él ya había cumplido su obra.



## CAPÍTULO 29

La puerta del despacho se abrió con ímpetu y una Odelia descompuesta apareció en el marco. Era tan extraño verla fuera de sí que Jeremías se detuvo en la contemplación de su cabello deshilachado y el cuello de su blusa torcido antes de preguntarse qué le pasaría.

—Tenemos que hablar.

Eso no era nuevo, así que el hombre se echó atrás y aguardó la catarata de reproches con las manos aferradas a los brazos del sillón. Podía imaginarse el motivo de la irrupción descontrolada. Cecilia había sufrido el día anterior el ataque más grande de su vida.

Cuando él acudió a retirarla de la escuela Mann, notó su temblor convulsivo y pudo percibir el miedo que desfiguraba su bello rostro. Las maestras se apresuraron a despacharla por temor a que algo terrible ocurriese bajo el techo de la escuela. Solo la directora Fuller lo acompañó hasta la puerta con la preocupación pintada en los ojos, y rogándole que la llamara si la niña no se calmaba.

—La señorita Cañumil podrá hacer el milagro —sugirió, antes de que el coche partiese.

Y Jeremías confiaba en ese poder mágico de Livia, pues el estado de Cecilia era aterrador. En Blue House había podido atisbar chispazos del temperamento de la niña, pero en aquel entonces él estaba obsesionado por convocar a los espíritus, y casi no veía lo que sucedía a su alrededor. Además, desde que supo que Cecilia sentía algo por él había cambiado su talante hacia la hija de Alma. Aún no la consideraba propia en su corazón, sin embargo el hielo que lo acorazaba se iba resquebrajando. Jeremías Robinson se estaba volviendo sensible, y no podía decir que eso le gustara. Nunca debía descuidar los flancos, era por donde venía el golpe traidor.

—Cecilia no puede permanecer más tiempo sin un tratamiento adecuado —comenzó Odelia sin preámbulos—. Es un peligro hasta para ella. Ayer...

—Sé lo que ocurrió ayer, ahórrame las explicaciones.

—Entonces, coincidirás conmigo en la necesidad de buscar un instituto especializado.

—Ya acude a uno.

—Me refiero a uno de salud mental. La niña no es normal, Jeremy, debemos aceptarlo. Además de su incapacidad para ver, oír y hablar, que ya es bastante, hay que admitir que su cerebro se ha trastornado con tanto aislamiento. Era de esperarse. Tampoco creo que Alma o tú hubiesen podido cambiar el rumbo de su vida enviándola más temprano a una escuela. Hay ciertas cosas que vienen dadas por la naturaleza.

Jeremías apretó los dientes hasta hacerlos rechinar. Odiaba que su cuñada le hablase en ese tono conciliatorio, como a un niño díscolo al que debe explicársele

todo con tiento para que no tenga un berrinche.

—Tal vez sea hereditario —aventuró, mientras fingía ordenar papeles en el escritorio.

—¿Qué dices?

Odelia apenas guardaba la compostura, ardía de furia bajo la piel. La escena del día anterior había espantado a la servidumbre y afligido a Jeremías y a Livia, pero sobre todo había activado una postura guerrera en Joseph. El muchacho se adueñó de Cecilia sin permitir que nadie se le acercara, como una fiera protegiendo a su cachorro, y en sus ojos negros brillaba la ira asesina. A duras penas logró Livia convencerlo de que los contactos conocidos quizá la apaciguaran, y poco a poco Joseph admitió que ella y solo ella abrazase a la niña que aullaba y se arrancaba los cabellos. Cuando escuchó a Livia decir que no era la primera vez que Cecilia tenía arranques de rabia, entendió que una parte de la vida de la joven que amaba se le escapaba, y que haría bien en confiar en las personas que la querían.

—La ciencia admite que hay taras que se heredan, producto del desenfreno de los padres, tal vez —siguió diciendo Jeremías.

—Estás loco.

—Eso es lo que digo, cuñada.

—Quieres convencerme de algo imposible. Ambos sabemos que en el caso de Cecilia la herencia no es Robinson.

—¿Por qué? ¿Quién puede afirmarlo? Alma está muerta, y ella jamás dijo nada al respecto.

Odelia se quedó mirándolo con un resquicio de inseguridad acerca de las intenciones de ese hombre al que amaba y odiaba, el que según ella le había sido arrebatado, pero por el que se sentía incapaz de luchar hasta perderlo todo.

—Me tomas el pelo, Jeremy. Hace tiempo que sabemos la verdad.

—Sabemos, tenemos, suponemos... Son muchas palabras que me incluyen, cuñada, y no sé si con justicia. Es cierto que hubo algo que me permite dudar de la paternidad de Cecilia, pero también es verdad que una duda no da certeza. ¿Acaso Alma te contó cuántas veces la tuve en mis brazos?

Fue un golpe maestro que la hizo tambalear. Odelia no quería pensar en su bella hermana sucumbiendo a las caricias del seductor Jeremías Robinson. Prefería recordarla enferma y triste, perdiendo de a poco la luz de la vida hasta resignarse a morir. Era la hermana que ella podía manipular, la que lograba ajustar a su versión de las cosas.

—Alma me confiaba sus sentimientos —arriesgó.

—Supongo que no todos. Nadie lo hace.

—Ella lloraba al pensar que aquel hombre podía ser el padre de Cecilia.

Jeremías se incorporó de pronto, con el semblante rojo de ira.

—¿Y quién le inculcó esa duda? ¿Fuiste acaso la hermana prudente que tranquilizó su conciencia, o la insidiosa que eligió agobiarla? Si ella te confesó que

fue víctima de un depravado deberías haber sido un bálsamo para su espíritu torturado en lugar de alentar sus temores y ahondar su sufrimiento.

—No hice tal cosa, pero no podía afirmar que fueras el padre si cabía pensar lo contrario.

—Qué conveniente para tus planes de ocupar su lugar.

—Yo no quiero los despojos de mi hermana —contestó Odelia con una mueca amarga.

—Mejor, porque no los tendrás. Ya he elegido a mi futura esposa.

Aquello consiguió enmudecerla. Una puñalada en el pecho no habría logrado un efecto más devastador que esas palabras. Por supuesto, sabía de quién hablaba él. Livia Cañumil. La pérfida había cautivado a Jeremy desempeñando el papel de la solícita institutriz. De algún modo, le habría recordado la paciencia y la dulzura de la esposa muerta, aunque en rigor de verdad, Odelia no podía equiparar a Livia con Alma, eran como el agua y la tierra, se tocaban pero no se confundían. Livia era sólida y serena, mientras que Alma había sido siempre volátil e insegura, por eso ella pudo mantenerla bajo sus palabras mordaces. Aunque no lo había hecho a propósito, saber que su hermana dependía de sus opiniones para juzgarse era un modo de obtener poder. De las Duncan, Odelia era la del carácter firme.

—Espero que sepas lo que decides —contestó, ahogándose con la bilis.

—Oh, sí. No tomo decisiones a la ligera. Y no hay vuelta atrás cuando lo hago.

Odelia sabía que eso era cierto. Lo había hecho al elegir a Alma, y hasta cuando surgió lo de Gardiner. Jeremy había decidido seguir adelante entonces, condenar a la esposa infiel según su parecer, y aceptar la tragedia de pie, contra el embate de las olas. De poco le sirvió a Odelia difundir aquella verdad incierta, porque no logró de él más que un revolcón con inesperadas consecuencias. Fruto de la desesperación de un hombre había nacido Samanta. En secreto, Samanta *Duncan*.

—Haz lo que te parezca, pero hazlo lejos de esta casa.

—¿Me estás echando de Greenwood? Tengo derechos aquí, cuñada. Quizá te ha llegado la hora de visitar a ese esposo tuyo en Nueva York.

Odelia encajó la indirecta alzando el mentón en un desafío que transfiguró su rostro delicado.

—Lo haré. Y me llevaré a Samanta. Es hora también de que viva bajo el apellido de un hombre decente.

Ya estaba, había arrojado el guante. Si Jeremy aceptaba perderla, perdería también a su hija pequeña, la única normal que tenía. Que se quedara con la otra, la primogénita de dudosa sangre, que ella se llevaría a la única Robinson de la que podría sentirse orgulloso alguna vez. Y Odelia sabía bien cuánto afectaba a Jeremías separarse de aquella niña. Prueba de ello era la manera en que vivían, como si Samanta no tuviese más casa que Greenwood.

—Vete, cuñada. Sal de aquí antes de que pierda los estribos como nunca lo he hecho antes.

Algo indefinible en la mirada de él le indicó a Odelia que hablaba en serio, que era capaz de actos violentos, y que el barniz de civilización adquirido en la vida matrimonial no era sino una cubierta fina que podía diluirse y mostrar al hombre que había vivido en las calles y golpeado rostros hasta alcanzar el rango de campeón entre la gente de bajos instintos que gustaba de esos espectáculos.

Odelia Hamilton se irguió, recuperando su altivez, y puso la mano en el picaporte para asegurarse la salida antes de decir:

—Felicidades, Jeremy, están hechos el uno para el otro. No pudiste haber elegido esposa más adecuada: una extranjera que vive la vida de los demás porque la suya no tiene gracia.

Golpeó la puerta al salir, más por la rapidez con que huyó que por deseos de hacer saber que acababa de discutir con su cuñado, y corrió a su cuarto para desahogar su frustración en una insólita escena de llanto y rabia. Lo haría, cumpliría su promesa de llevarse a la niña, esa sería su venganza. Aquel acto afectaría a los tórtolos; Livia no lograría la felicidad con un hombre que sufría la pérdida de su única verdadera hija.

—Es hora de recuperar mi dignidad —murmuró un rato después, mientras intentaba bajar la hinchazón de sus párpados con agua de rosas.

La imagen que le devolvía el espejo era patética, pero Odelia tenía recursos para salir adelante. Dedicarse al esposo, magnate de los negocios, hacer nuevas amistades y cuidar de su hija como una madre modelo eran tareas más que suficientes para permitirle olvidar ese amor desdichado que nunca había tenido buen pronóstico. Allá en Nueva York, Samanta pronto sería la hija mimada de los Hamilton, y la oscura historia de su nacimiento, las maniobras arteras con que ella había confundido a la buena gente de Concord por no revelar que la niña era bastarda, quedarían solo en su conciencia. Si hacía méritos como esposa y madre, purgaría esa culpa.

—Alma, has ganado —reconoció con amargura—. Puedes llevarte a tu esposo cuando quieras. Y a esa perra mestiza también.

Un poco asustada por el cariz que tomaban sus pensamientos, Odelia compuso su figura y decidió no dedicarse más a Greenwood. ¡Que se arreglaran con la casa y los criados!

Ella estaba a punto de emprender una nueva vida.

Las manos de Cecilia recorrían el rostro de la talla de madera con minuciosidad. Las huellas del sufrimiento anterior desaparecían de su rostro de porcelana a medida que la embargaba la felicidad de poseer aquella muñeca. Todavía recordaba la pérdida de la otra. Además, la presencia que siempre la tranquilizaba le brindaba calor y confianza.

Joseph la miraba con expectación. Había llegado a dudar de que aquel adefesio le gustase, no era una verdadera muñeca como las que lucían en los escaparates en Concord, pero Cecilia la recibió con una sonrisa y la acariciaba con anhelo. El

muchacho sintió una punzada de deseo al pensar en esos dedos acariciándolo también. Se reprimió con voluntad de asceta. Cecilia sería suya cuando contase con la bendición de Robinson, no antes.

Tomó una de sus blancas manos y besó con suavidad los nudillos.

—Mira —le susurró, y llevó el índice de Cecilia a su propio rostro. Le mostró cómo era, con sus pómulos acentuados, sus labios gruesos, los ojos de párpados plegados—. Se parece a mí, es india también.

Cecilia no podía escucharlo, pero la cadencia de las palabras parecía penetrar en su ser a medida que él hablaba; eran un murmullo suave como el del arroyo, o la espuma del mar al besar la arena. De algún modo, ella comprendía el sentido. Quizá el timbre de voz de Joseph vibrase en su interior como las campanillas que le tocaban en la escuela Mann.

—Si tenemos una hija —siguió diciendo él—, será como esta muñeca pero más bonita, tendrá los ojos claros de su madre. Será mestiza, y nadie la despreciará nunca, porque le clavaré un cuchillo en el pecho.

Livia quedó helada al escuchar eso. Se estaba acercando por detrás con sigilo, ya que conocía el oído fino de Joseph y no quería quebrar el encanto del momento, pero la dureza con que el muchachito pronunció aquella sentencia la conmovió. Era un contraste muy abrupto con la dulzura anterior.

Cecilia intuyó su presencia y se volvió hacia ella.

—Señorita Livia —dijo Joseph, un poco incómodo al saberse descubierto.

—Quise cerciorarme de que mi pupila estuviese bien hoy —contestó ella con ligereza y sentándose al otro lado de la jovencita.

Joseph dirigió su mirada hacia la lejanía, como solía hacer cada vez que se ensimismaba en él.

—Hermosa talla.

—Depende de cómo la vea. A Cecilia le gusta.

—También a mí. Es una niña india, como yo.

Joseph volvió a ella sus ojos.

—¿Cómo es ser indio en su tierra, señorita Livia? La joven se encogió de hombros.

—Tuve la suerte de salir de mis tolderías por medio de la escuela. Me formé en la cultura de los blancos, de la que mi sangre tiene solo la mitad.

—Imagino que eso la hace distinta a su gente. Y ellos la despreciarán también.

—Puede ser, aunque nunca lo sentí así. Tampoco regresé a mi pueblo. Mi abuela era todo lo que me quedaba y ya murió. En cuanto a los otros, fueron repartidos por otras provincias, los llevaron a las cosechas o a las guerras. Y las mujeres y los niños, a las casas de familia.

Joseph frunció el ceño.

—¿Allá los reciben en las casas?

—Como sirvientes, sí. Algunos logran aprender las letras.

El muchacho guardó silencio un buen rato, antes de decir:

—Me gustaría verlo.

Livia contuvo el aliento. Era una señal. Ella había pensado mucho en la propuesta de Jeremías, le dio vueltas cientos de veces en sus noches insomnes. Ser la esposa del hombre que amaba era fácil en teoría, pero ese hombre tenía raíces muy hondas en aquel país y dos hijas que cuidar, amén de sus negocios, sus casas, y ahora también los huesos del hermano muerto, un capítulo que acababa de cerrarse. Livia añoraba su tierra, no imaginaba una vida sin volver a ella. La idea de juntar a Joseph con Pequeño Castor, concebida en un momento de su peregrinación, podía tomar forma si lo pensaba bien. Claro que debía consultarlo con Jeremías, y preparar el terreno para que Cecilia fuera con ellos. ¿Y Samanta? Suspiró con abatimiento. Odelia jamás la dejaría viajar. Y Livia no podía obligar a un hombre a despedirse de una hija sin saber cuándo la volvería a ver. Se había metido en un brete. Sus sentimientos corrían desbocados en un sentido, y los pensamientos, claros y fríos, iban por otro.

En direcciones opuestas.

—¿Extraña esa tierra suya? —Adivinó Joseph.

—Un poco. He sido feliz allí.

—Si es india, sabrá que por muy lejos que vaya la tierra de los antiguos va con uno.

—¿Así lo sientes también, Joseph?

Él apretó los labios.

—Aunque jamás la vuelva a pisar.

—Tal vez Cecilia te pida alguna vez que la lleves. Ella la verá con el corazón, olerá sus frutos, sentirá la hierba bajo sus pies y se forjará una imagen en su mente del país de su esposo.

Era la primera vez que se admitía la relación y se usaba esa palabra entre ellos. Joseph se sintió aliviado al poder hablar con franqueza con la única mujer capaz de entenderlo.

—Si me lo pide, solo entonces, la llevaré.

—Nunca me preguntaste si fui a ver a tu tía.

El silencio empecinado la obligó a seguir hablando.

—Me dijo que entendía tus razones, que el pueblo te había dado la espalda y que tu padre no supo defender tu honor, pero que ella esperaba el perdón en algún momento. Y que su casa será tu casa siempre.

—Así era antes.

—Y lo será mientras ella viva. Tu tía no te juzga mal por haber matado, Joseph.

—¿Y usted?

La pregunta la sobresaltó. Si bien conocía la historia del pasado por labios del propio muchacho, en su voz detectó algo distinto, un desafío.

—Ya te dije que entendía tus motivos, y que no eran deshonorosos.

—He vuelto a hacerlo.



Cecilia estaba rígida entre ambos. La habían olvidado en el curso de la conversación, pero la niña captaba las emociones que ondeaban a su alrededor. Aferrada a la muñeca, mantenía la expresión congelada en un gesto de temor, con los ojos muy abiertos.

Livia digirió la respuesta de Joseph antes de preguntar:

—¿Cuándo?

—Ayer en el lago, el lugar que figura en ese libro que usted lee.

—¿Walden? —se consternó Livia.

—No sé qué significa, está en el libro.

—Es el lago donde se refugió por dos años un escritor, para vivir en la naturaleza. Tenía ideas propias sobre cómo se debe proceder, rechazaba a la sociedad tal como es.

Joseph sonrió con sorna.

—Tuvo razón. ¿Vive aquí él ahora?

—Está muerto, y su lápida está... —Y Livia calló, de pronto sorprendida al darse cuenta de que la tumba del poeta debía de estar en el mismo camposanto donde moraba Alma Robinson, ya que se encontraban en Concord.

—¿Construyó una cabaña ese tipo?

Livia salió de su asombro para responder:

—Sí, pequeña y sencilla, para demostrarse que no necesitaba nada.

—Allí encontrarán lo que buscan.

Joseph hablaba en enigmas. Revelaba solo lo que quería, guardándose los motivos.

—Dime qué es lo que encontraremos, Joseph.

Ninguno advirtió que Cecilia empezaba a balancearse de nuevo hacia adelante y atrás.

—A la vieja Parvis. Él yace en el fondo del lago.

—¿Lo mataste?

La manera en que el joven la miró le heló la sangre. Era una mirada letal, que en un punto le recordó la del propio Jeremías, aunque en un muchachito resultaba más estremecedora.

—Él mató al hermano del señor Robinson.

—¿Te lo dijo, Joseph?

La sonrisa fue tan inquietante como la mirada.

—No hizo falta. Está en el otro libro, el del señor Robinson. Yo ya lo sabía, de todos modos.

Livia conectaba con rapidez las palabras, procurando darles sentido en el rompecabezas en el que estaba metida. Si bien Jeremías le había contado su sospecha de la humillación de Joseph a manos del abusador de Lyman, no estaba demostrado que fuese el asesino de Malaquías, al menos no con la evidencia que necesitaba la ley, aunque Robinson había llegado a la misma conclusión que Joseph. Y la verdad

bailaba ante sus ojos: si Parvis era tan perverso como para abusar de un niño, bien podía haberlo intentado con aquel otro y luego matarlo, hasta por accidente.

—Leíste el libro de memorias del asilo —dijo, para confirmar lo que pensaba.

—Me lo dio el señor Robinson para que buscara indicios y lo hice. Luego ejecuté mi venganza.

No hacía falta averiguar el motivo de esa venganza, Livia lo conocía y era innecesario avergonzar a Joseph preguntándosele. Aquel joven indio había matado por segunda vez, siempre con la razón de su lado, pero de todos modos...

—Es algo muy serio lo que dices, y deberás contarlo a la policía.

—¿Usted cree?

Había cinismo en la voz y Livia entendió.

—Un asesinato, aunque sea el de un crápula, debe ser investigado.

—Eso es lo que le enseñaron en la escuela de los blancos, señorita Livia. En mi mundo, y en el suyo antes de educarse, las cosas son distintas.

De nuevo Livia se encontró en la encrucijada de su vida: ser la maestra Normal que llevaba la civilización y las letras a los confines del mundo, o dejar salir a la salvaje que latía en sus venas y que a duras penas mantenía bajo control. Era una decisión que afectaría a las personas que amaba: Joseph, el mismo Jeremías, que sufriría por él y por Cecilia, de nuevo desamparada sin la presencia del joven. Parvis era un degenerado y sin duda un asesino. Joseph, un niño adulto que soñaba con formar un hogar con una jovencita que no podía bastarse por sí sola. Poseía un sentido del honor que lo llevaba a cometer actos extremos. ¿Cuántas otras veces? Livia mantuvo la vista fija en la lejanía y las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas morenas. Joseph la miró con curiosidad.

—Espero que no sufra por Parvis —comentó jocoso, aunque ella percibió que quería animarla.

—Sufro por ti, Joseph, porque no puedes hacer la vida que quieres matando gente, aunque se lo merezcan. Si amas a Cecilia, la arrastrarás por el fango con cada mala acción que cometas. Ella debe ser tu salvación y no al revés, no debes ser su perdición.

Él endureció el rostro.

—Jamás le haría daño —repitió.

—Debes prometer ahora, ante mí y ante ella, aunque no te escuche, que no volverás a matar. No importa lo que suceda. En el mundo que se ha organizado existen personas encargadas de cumplir los castigos. Si deseas formar parte de él, tienes que reprimir tu deseo de hacer justicia.

—No pensó eso cuando arrojó la lanza al viejo aquella noche, ¿eh?

Livia soltó el aire contenido.

—Tengo mucho que aprender también. Si lo hubiese matado entonces, estaría tras las rejas.

Joseph calló unos momentos antes de decir, a modo de conclusión:

—Entiendo bien por qué ese tipo del lago quiso vivir solo, alejarse de la sociedad y crear sus propias leyes.

—Bueno, pero ese experimento no le resultó. Al final, volvió al mundo.

—¿Quién era?

—Se llamaba Henry Thoreau. Sus ideas causaron gran impacto aquí.

Joseph asintió.

—Me hubiese gustado conocerlo —y a continuación agregó—: no se preocupe, señorita Livia, me haré bueno por Cecilia. Y cuando me vea en necesidad de matar, saldré de mi cabaña y mi lago para vivir en el mundo civilizado.

Livia sintió que el pecho se le henchía de amor por ese niño abandonado que crecía a los golpes.

—Estoy orgullosa de ti, Joseph. Cecilia no podría haber elegido mejor compañero para su vida. Olvidemos esta conversación. Diremos a la policía que hay gente merodeando el bosque, para que vayan a investigar. Lo que hallen, será cosa de ellos.

Joseph entrecerró los ojos, que brillaron con una mezcla de malicia y admiración al escucharla.

—Usted, señorita Livia, es tan salvaje como yo, pero ha aprendido bien a disimularlo.

El grito inesperado los sobresaltó.

Cecilia apretaba la muñeca india contra el pecho y soltaba alaridos prolongados y lastimeros, un llanto visceral que helaba la sangre. Ambos se inclinaron sobre ella para consolarla, pero comprendieron que la niña estaba dejando salir una pena profunda, guardada por años en su corazón. La presencia combinada de las dos únicas personas que la entendían y le brindaban amor sin reparos estaba logrando ese milagro sanador. Cecilia se desangraba en un llanto antiguo, el que no pudo soltar ni siquiera para su madre. Las lágrimas bañaban su rostro hermoso, y la boca suave se fruncía cuando aspiraba el aire que necesitaba para seguir llorando. Ella también fijaba sus ojos celestes en la lejanía pero sin verla, solo presintiendo que era un lugar donde refugiarse. Lloró y lloró, y el balanceo frenético se fue apaciguando al igual que los hipos y sollozos, hasta apagarse del todo, dejándola exánime. El brazo protector de Joseph la rodeó y la obligó a posar la cabeza sobre su hombro. Cecilia, que no soltaba la muñeca, expresó su gratitud sonriendo entre lágrimas. Livia la contemplaba con el alma suspendida de un hilo. Nunca sabrían del todo qué pensaba la niña, sin embargo la dulzura de su sonrisa era la verdad más contundente sobre lo que pasaba en su corazón. Cecilia estaba en buenas manos. Algún día, quizá, lograrse hablar como lo hacía Helen Keller, y los enigmas acabarían por esclarecerse.

A Livia aún le quedaba por resolver el que atenazaba su propio corazón.

Se levantó y, tras dirigir una mirada aprobatoria a Joseph, emprendió el regreso hacia Greenwood. Le aguardaba la difícil tarea de convencer a Jeremías de alertar a la policía sin traicionar la confianza del muchacho. Y tal vez en esa conversación

pudiese deslizar la idea de visitar la Argentina, aunque más no fuese como viaje de aventuras para los niños.

Sin darse cuenta, pensaba en todos ellos como propios.



## CAPÍTULO 30

**E**ncontró al hombre que amaba hecho una furia, caminando entre los tiestos y pérgolas del invernadero, sin duda esperándola, ya que era el camino obligado para llegar a su habitación. Con las manos anudadas en la espalda, la cabeza desmelenada y dando pasos desmesurados en cualquier dirección, le recordó a un león al que acaban de atrapar y encerrar en su jaula, un sitio demasiado pequeño para la libertad acostumbrada.

Al verla, él se detuvo y la encaró con hostilidad.

—¡Al fin! —le espetó—. Era hora de que aparecieras. ¿Dónde te habías metido?

Livia ignoró la descortesía, tomando en cuenta lo que venía a decirle, y respondió con serenidad:

—Estaba con Joseph y Cecilia.

—¡Esos dos! Ya llegará el momento de apretarles las clavijas. Por ahora, solo puedo ocuparme de una cosa. Vamos a tu cuarto.

A ella le resultó violento que pretendiese arrastrarla hacia allí, como si fuese un sitio que él frecuentaba a menudo.

—¿Ha sucedido algo?

—¿Algo? —Y Jeremías soltó una risa áspera—. En esta casa, querida, suceden cosas todo el tiempo. Y no son moco de pavo, ninguna de ellas. Quiero hablarte de eso.

La tomó de un brazo y la condujo a lo largo del invernadero, sin hacer caso de los esfuerzos de Livia por clavar los talones y sujetarse de los canteros para impedirlo. De una patada abrió la puerta y la empujó adentro sin miramientos. Echó un vistazo alrededor, evaluando la pulcritud de ese ámbito privado al que nunca había sido invitado. Livia vivía a su modo, austero y práctico. Los libros apilados, la colcha doblada a los pies de la cama, las cortinas corridas para dejar pasar la luz del sol, tan escasa en invierno, todo hablaba del carácter de esa mujer que lo llevaba de las narices. No había potingues sobre la cómoda ni ropa esparcida por doquier, como en el cuarto de Odelia.

Pensar en su cuñada le devolvió el malhumor.

—Odelia quiere llevarse a la niña —dijo de sopetón.

Livia no necesitó preguntar, sabía a cuál niña se refería y las razones que la motivaban.

—¿Adónde? —se limitó a decir, aunque podía adivinarlo.

—¡Al infierno! Donde podría quedarse ardiendo ella, así me evita tener que compartir a Samanta.

Ella estuvo a punto de decirle que debió haberlo pensado antes de invitar a su cuñada al lecho, pero debajo del gesto furioso había un tremendo dolor que Livia no podía sino compadecer. Aquel león estaba herido, y de muerte.

—Cuéntame qué te dijo.

Era lo que Jeremías necesitaba para desahogar su ira.

—Discutimos. Ella quería que Cecilia fuese a parar a un internado. De locos — agregó, para dar énfasis a sus propios argumentos.

Livia reprimió un temblor. ¡Esa mujer! Era capaz de envenenar la mente del cuñado solo por celos, y hasta de alejar de su vida lo único que le quedaba de la pobre Alma. Livia sentía cada vez más pena por la esposa de Jeremías. Con un marido resentido y una hermana manipuladora, debió de sentirse muy sola en el mundo.

—Por supuesto, le dije que no estaba dispuesto. A pesar de sus incapacidades, Cecilia no está loca. Y si lo estuviera, tampoco la enviaría a un loquero después de lo que pasó con Malaquías en el reformatorio. Esos lugares son «morideros de almas».

La expresión, fruto de la falta de pulimento en el lenguaje de Jeremías, arrancó una sonrisa a Livia. Él era un bruto de corazón noble. Amargado por la vida ruinosa que había llevado, aún le quedaba resto para emprenderla contra los que pretendían estropear la de los otros. Ella le daría su apoyo.

—Que no se atreva —le dijo, recuperando el ceño—. Sobre mi cadáver tendrá que pasar para llevar a Cecilia a un lugar como ese.

Jeremías la contempló divertido.

—Quizá esté planeando hacerlo. Le dije que nos casaríamos.

—¿Se lo dijiste? —susurró, abandonando para siempre el trato formal que la distanciaba de él.

—No le gustó ni un poco. Ahí fue cuando amenazó con llevársela. Creo que quiere abandonar Greenwood. Está convencida de que no me sacará de aquí.

—Es el hogar de las niñas.

—Y el mío, como viudo de Alma. Pero no me interesa, solo me quedo para molestarla. Sé que se siente dueña de todo esto y que me ve como un advenedizo, alguien que le arrebató su herencia. Livia —y Jeremías le tomó ambas manos en un gesto de súplica—, cástate conmigo. Será la manera de demostrar ante todos que pretendemos crear un hogar decente. Ella tiene argumentos en mi contra. Puede decir que llevamos vidas disipadas, que pertenezco al hampa, que tengo las manos manchadas de sangre.

—¿Por qué diría tu cuñada todo eso, si todos piensan que Samanta es tu hija?

Jeremías se dejó caer sobre el taburete, que desapareció bajo su corpulenta figura.

—La vecindad de Concord la considera auténtica heredera de Greenwood, la creen una mártir que se sacrifica por las hijas de su hermana y se hace cargo de todo. A Odelia le gusta ese papel de samaritana, encaja bien en los ideales de la comunidad. Podría lograr que alguien abogara por Cecilia en nombre de sus necesidades. Cuando viniste, evité de algún modo que eso sucediera. No es la primera vez que mi cuñada me sugiere internarla, aunque nunca lo había hecho con tanta saña como ahora. Lo peor es que no la odia, solo es incapaz de tratarla.

Livia pensó «como tú», aunque no lo dijo. Él estaba empezando a cambiar.

—Sé que tengo el derecho de retener a Samanta, y la que perdería con el escándalo es ella, pues sería una adúltera a los ojos de todos. La sociedad la condenaría más que a mí, puedo asegurártelo, pero no quiero obligarla a eso tampoco. Es la madre de la niña y la ama, por más que la esgrima como amenaza ante mí.

—Odelia es una mujer despechada, Jeremías, peligrosa y a la vez frágil. Creo que solo busca vengarse, y llevarse a Samanta es la manera más directa. No piensa en la niña tampoco, en sus necesidades o deseos. Tal vez yo pueda convencerla.

—¿Lo harías?

Él sonaba como un niño esperanzado. Se levantó y la tomó por los hombros para acercarla.

—Eres una luz que se abrió paso en mi oscuridad, Livia —murmuró, concentrado en la boca sensual de ella.

El beso que se avecinaba la hubiese desarmado por completo. Livia lo empujó y salió de su abrazo para mantener la sangre fría.

—Iré ahora, antes de que haga los preparativos. ¿Dónde está tu cuñada?

Jeremías se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones. Aunque un poco frustrado, debió reconocer que ella tenía razón, era mejor atacar lo antes posible.

—Supongo que habrá ido a su cuarto. Salió hecha una piltrafa virulenta.

Livia ocultó otra sonrisa ante el vocabulario del señor Robinson. Las emociones le dictaban palabras raras o inapropiadas.

Mientras se dirigía hacia el dormitorio de Odelia Hamilton, escuchó una música suave y algo imprecisa que brotaba del *parlor*. La melodía sencilla la atrajo y espió detrás del cortinado. Vio una escena sorprendente: la que tocaba el piano con sus deditos cortos era Samanta, el ceño fruncido en la concentración y los labios apretados. Cada tanto, una nota discordante enturbiaba la armonía, y entonces Odelia, que fiscalizaba el ejercicio sentada en un taburete a su lado, le indicaba con un lápiz la línea que debía seguir en la partitura. Su voz bien modulada agregaba algún comentario. Jamás la había visto Livia tan dedicada a la niña, si bien sabía que era su hija y lo único que la ligaba a Jeremías. Barruntó que debía de haber alguna intención en aquella clase, y lo que alcanzó a oír confirmó ese presentimiento.

—Te gustará el departamento de Nueva York. Desde allí se puede ver el parque y la avenida. Hay muchos negocios que estarán adornados para la Navidad. Y también viven niños con los que puedes hacer amistad.

—No quiero ir —contestó la niña pulsando con furia una tecla que quedó vibrando en el aire.

—Samanta, debes acompañarme. Allí está tu tío, que también quiere verte. No es justo para él, que siempre ha sido bueno contigo.

—No me quiere ver. Cuando estamos allá siempre se va.

—Es un hombre ocupado.

—Quiero quedarme. Acá tengo amigos.

—Si te refieres a esos niños que vinieron con Miss Livia...

—Alistair es mi amigo.

—No será el único que tengas. Además, es más grande que tú y, por cierto, bastante inculto.

—Alistair sabe montar.

—Con el tiempo aprenderás que hay personas que saben oficios y otras que pueden llegar más lejos.

—No quiero ir lejos, quiero quedarme.

Livia se mordió el labio, conmovida por los sentimientos de Samanta. A pesar de esa malicia que ella notaba a veces, en los últimos tiempos y gracias al contacto con los otros niños la pequeña se comportaba mejor. Toleraba a Arturo y reía con Alistair. La presencia de Joseph le brindaba cierto respiro con respecto a Cecilia, y ya no la tiranizaba como antes. Era justo reconocer también que la propia Cecilia había cambiado. Y cuando todo empezaba a acomodarse, a Odelia se le ocurría desarmar ese tablero con una decisión caprichosa.

Sin dudarle, irrumpió en la escena con una sonrisa.

—¡Qué sorpresa, Samanta! —exclamó—. No sabía que teníamos a una artista en la casa.

Odelia se crispó. Lo último que deseaba era una interrupción en su estrategia para convencer a la niña de buen modo, y la manera en que aquella institutriz se dirigía a ellas le pareció una clara muestra del nuevo papel que Jeremy le había asignado. Livia Cañumil se estaba enseñoreando de Greenwood. Reprimió la oleada de rabia y contestó con frialdad:

—Es bueno enseñarles música desde pequeños, si están en condiciones de aprender.

Livia entendió la indirecta.

—Es verdad, aunque siempre se puede recuperar el tiempo perdido. Cecilia no escucha, pero capta las vibraciones. Quizá la misma Samanta pueda algún día hacérselas sentir.

—Lo dudo, porque la llevaré conmigo a Nueva York.

Ignoraba que Livia ya lo sabía, y aguardó con suficiencia a que encajara la noticia.

—¿Justo antes de Navidad? ¡Qué pena! Pensaba enseñar a los niños a armar un pesebre.

Los ojos de Samanta, tan iguales a los del padre, se iluminaron con destellos verdes.

—¿En serio, Miss Livy? ¡Tía Odelia, quiero quedarme! Harán un pesebre y no podré verlo.

La cuñada cerró el cuaderno de partituras y obligó a Samanta a bajar del banquito.

—Ve a jugar ahora, que después hablaremos tú y yo.



A regañadientes, Samanta se alejó, aunque al verse fuera de la influencia de Odelia comenzó a brincar en dirección al jardín, donde los niños estaban armando un muñeco de nieve y se arrojaban puñados entre tanto.

—Preferiría que no creara discusiones delante de la niña, es malsano para su educación.

—Lo hice sin querer. Es que me apena saber que ella no podrá vivir esa experiencia con los demás. En Nueva York estará lejos de todo lo que ama.

—Le recuerdo que la cuido desde pequeña. Samanta me ama también.

—¡Por supuesto! No me refería a eso, sino a que disfruta tanto de la compañía de los otros niños que privarla de ella en la víspera de Navidad sería un golpe terrible. Si es tan necesario, pueden irse después de compartir la celebración con todos aquí.

—Miss Livia, usted no entiende. Hace mucho que estoy en Greenwood, y si bien es mi hogar natal, allá tengo a mi esposo, que me aguarda desde hace tiempo.

Livia decidió tomar el toro por las astas.

—¿Y por qué no deja a Samanta con su hermana aquí? Usted puede pasar las fiestas con su esposo, y la niña con el resto de la familia.

Odelia atravesó a Livia con su mirada suspicaz. Le había parecido... pero no, imposible que ella sospechara. Aunque también la estuviera observando con fijeza, no podía saber.

—Parece que ya está tomando aires de dueña y señora —comentó con aspereza—. Todavía no me he marchado.

—Greenwood es suyo, señora Hamilton, jamás se me ocurriría reclamarlo. Lo que decida el señor Robinson estará bien, no me metería nunca en sus asuntos.

—Salvo en su cama.

Era una grosería imperdonable, y la misma Odelia se sintió disgustada por haberla dicho, pero el dolor y la rabia que sentía eran demasiado intensos como para reprimirlos.

Livia alzó el mentón.

—Ya que nos quitamos las máscaras de la cortesía, señora Hamilton, le diré que no me avergüenzo de amar a Jeremías —adrede lo mencionó con familiaridad, lo que alteró aún más a Odelia—. Es un hombre íntegro que ha sabido superar muchas adversidades. Los golpes de la vida templan el corazón cuando el fondo es bueno. En otros casos, si la naturaleza de la persona es mala, lo corrompen.

—Parece saberlo todo —retrucó Odelia con veneno—, pero creo que no sabe ni la mitad de lo que le interesa. Jeremy no es lo que usted quiere creer. No es un hombre adinerado, ni un esposo complaciente. Fue cruel con mi hermana, la sometió a un silencio indiferente que la mató. Y no se ocupó de Cecilia por creerla bastarda. En cuanto a Samanta, él se contiene porque... porque... ¡es nuestra hija! —estalló de pronto, desbordada por las emociones que le producía hablar del tema por primera vez con alguien.

Aguardó la reacción de estupor que nunca llegó. Livia la contemplaba con gravedad y un atisbo de compasión que la sacó de quicio.

—¿Me escuchó, Miss Livia? Samanta es hija de Jeremy, y mi hija también. La concebimos cuando mi hermana quedó postrada y mi cuñado supo de su infidelidad con aquel barquero de Newport. Ese es el hombre al que usted dice amar.

La facilidad con que aquella mujer enmascaraba la verdadera culpa en todo aquello impulsó a Livia a responder con tajantes palabras.

—La concibieron después de que usted sembró la duda en Jeremías, haciéndole creer que su esposa se había entregado por su voluntad a otro hombre, cuando en realidad fue ultrajada por un depravado que se aprovechó de su debilidad y su tristeza, confundiendo amistad con interés.

—¡Qué dice, insensata!

—Digo que los mensajes anónimos que dejó escritos tuvieron el propósito de ensuciar la mente de un hombre celoso. Jeremías amaba a Alma, la consideraba muy por encima de él, y por eso le resultó fácil creer que ella estuviera insatisfecha. De ahí a suponer que lo hubiese engañado hay un gran trecho que usted le ayudó a recorrer con sus papelitos insidiosos. No me engaña, señora Hamilton, no había nadie más que pudiese saber lo ocurrido, nadie salvo la hermana de la víctima. Ella se daba a usted con confianza, era todo lo que le quedaba de su sangre y le contó sus dudas y temores. Fue fácil encontrar la vía para usarlos en su favor. Por mucho que se esfuerce en demostrar que es la cuñada solícita, hace tiempo que veo a la verdadera Odelia, la que quería arrebatarle el novio a la hermana y gobernar juntos Greenwood, la que fue capaz de mentir a ambos, a la esposa enferma y al marido despechado.

—Lo que dice no tiene sentido —arguyó débilmente Odelia, que no salía de su pasmo.

—He leído las confesiones de Alma —dijo Livia con serenidad.

—¿Cuáles, dónde están?

—A buen resguardo, en manos de su esposo.

—¡No puede ser! Ella no me dijo que escribiese nada...

—Parece que no se lo contaba todo.

—¡Mentirosa! Miente para sacar de la mentira verdad. Alma no tenía fuerzas ni para eso.

—El espíritu de las personas puede ser más fuerte que su carne. Alma estaba enferma y triste, pero tenía un deseo: que su hija fuese amada por Jeremías, fuere o no su padre. Si quiere saber lo que pienso, creo que él es en realidad su padre, que las dudas de la madre eran infundadas, alimentadas por la envidia de la hermana. Cecilia se parece a Alma como el mismo reflejo de ella en el lago de Concord. Y Samanta salió igualita al padre, con sus ojos y su cabello, irlandesa hasta la médula. Para su desgracia, Odelia, la pequeña no tiene parecido con usted. Creo que hace bien en irse a Nueva York, después de todo. Aquí la verdad saldrá a la luz tarde o temprano.

Odelia retrocedió un paso, entre aturdida y espantada.

—Usted... ¿A usted no le importa que ese hombre haya cometido infidelidad con su cuñada? Entonces es igual que él, un don nadie que solo busca posición y fortuna.

—¿Eso piensa del padre de su hija, señora Hamilton? No entiendo por qué le permitió libertades, en ese caso. Yo, en cambio, acepto a Jeremías con todo lo malo que acarrea en su vida, los pecados y los defectos. Puedo vérmelas con unos y con otros, porque también tengo los míos. Y no necesito mentir, ni a él ni a nadie. Soy mitad india, mitad blanca, me críe en las tolderías y aprendí de las mejores maestras. Estoy orgullosa de mi esfuerzo, pero sé que en la sociedad se valoran la estirpe y la fortuna. No tengo ninguna de las dos cosas. Sin embargo, no voy tras ellas. Me casaré con un hombre que vivió en las calles, se ganó su dinero boxeando, y cometió terribles errores que atormentaron su mente al punto de inducirlo a invocar a los espíritus para conocer la verdad y perdonar.

—Él no quería perdonar a Alma, sino condenarla con fundamento —porfió Odelia.

—Quizá sí, al principio, pero ese fondo bueno que le decía antes hizo que cambiara de parecer. Yo estoy orgullosa de un hombre que se levanta una y otra vez, se niega a permanecer en el lodo que lo ensució algún día, y abre su corazón al amor y al perdón.

—Él jamás sabrá si Cecilia es o no su verdadera hija.

—No. Y eso hará más valioso su amor por ella.

En un arranque de ira, Odelia escupió su maldición:

—¡Púdranse en el infierno los dos!

Se alejó casi corriendo, conmocionada por su propia conducta, y Livia entendió que esa reacción, esa última maldad, la perseguiría por siempre. Odelia fracasaba en el intento de ser una dama caritativa y civilizada de la costa este de los Estados Unidos. Era una pobre mujer envidiosa que nunca se había conformado con lo que la vida le ofrecía.

Y lo peor de todo, era consciente de esa debilidad.

Recordó la manera amorosa en que Claramaría La Rochelle recibía las malas acciones de los demás, y también la forma serena con que Elizabeth O'Connor se mantenía en sus trece frente a lo incorrecto, y tomó de ambas la combinación para resistir el impulso que la llevaba a ir tras Odelia y arrastrarla de los cabellos para obligarla a pedir perdón por tanta perversidad. Todos eran víctimas de las intrigas de una mujer inescrupulosa: Jeremías, Alma, Cecilia y hasta Samanta, a la que también mentían para mantener las apariencias. La niña tendría que saber la verdad alguna vez, aunque en esos momentos no resultaba apropiado.

Salió del *parlor* sintiendo náuseas. Se detuvo bajo el arco de la puerta y llevó una mano a su estómago, asqueada. La manera en que había enfrentado a Odelia Hamilton la colocaba en una posición difícil, pues pese a todo seguía siendo la señora de Greenwood, lo había sido desde siempre, y Jeremías no pensaba quitarle ese derecho, de modo que la cuñada bien podía echarla esa misma noche si quería,

despojarla de su cargo y alejarla de las niñas. Esa posibilidad le provocó tal malestar que corrió al jardín para embeberse del aire frío y controlar sus arcadas. Había dicho más de lo que pretendía decir. Al principio, solo pensó en encarar a Odelia para evitar que se llevase a Samanta, pero terminó echándole en cara sus intrigas y falsedades. Era lo que ocurría cuando se dejaba llevar por sus impulsos.

Llegó al porche y se recostó sobre el marco de la puerta, para sostenerse. Por primera vez en toda su vida se sentía débil. Miró sin ver al grupo de bulliciosos niños que reían en medio de una batahola de nieve, escuchó los graznidos de los cuervos en lo alto, y nunca supo de dónde vino aquel bolazo helado que le dio de lleno en el rostro.

Jeremías soltó una risotada que se le cortó en seco al ver que Livia se desmoronaba como hielo derretido sobre la piedra de los escalones.

—¡Livia!

Echó a correr hacia ella sintiendo la punzada de dolor en el pecho que le recordaba que aún seguía herido. La levantó mientras gritaba:

—¡Tráeme el *brandy*!

Alistair se hizo cargo del pedido de inmediato, quizá por el sentimiento de culpa que le provocaba haber sido el autor del ataque. Sabía dónde guardaba el señor Robinson los licores, pues lo seguía a todas partes para imitarlo en los mínimos detalles de su vida.

Jeremías llevó a Livia hacia su propio dormitorio, subiendo de a dos los escalones y lanzando órdenes en todas direcciones.

—Joseph, busca al doctor que vino cuando me hirieron, es la última casa a la izquierda del sendero que sube al bosque.

Abrió la puerta según su costumbre, de una patada, y depositó con suavidad a la joven sobre la colcha. Muchas veces la había imaginado así, tendida en su propio lecho, aunque jamás desmayada o herida. En su mente, Livia no sufría debilidad ninguna, él se había enamorado de su fortaleza, que la hacía tan distinta de Alma.

—Querida —le dijo con ternura.

Livia entreabrió los ojos y el cuarto le dio vueltas, mareándola más todavía, una fea sensación que la obligó a cerrarlos de nuevo con un gesto de dolor.

—¿Qué tienes? ¿Te hizo mal la bola de nieve? Le daré una zurra a ese pillo de Alistair.

Livia volvió a abrir los ojos ante la amenaza.

—No... —susurró con voz temblorosa que encogió el corazón de Jeremías al oírla.

—Está bien, será él mismo el que se disculpe. ¿Cómo te sientes? Ya he mandado llamar al doctor.

Ella le apretó la mano con angustia y Jeremías la envolvió en las suyas, cálidas y fuertes.

—Dime lo que sea, por favor, no me dejes imaginar cosas graves —le rogó como un niño.

La joven se compadeció de él y reunió fuerzas para explicarle el motivo de su desmayo.

—Hablé con Odelia. Le dije cosas que no quería decir.

—¡Qué importa! Se las merece todas.

—Espera. Ella... supo que yo la descubrí como autora de los papelitos.

—¿Los papelitos? ¡Ah, sí, los mensajes anónimos! —Y una luz de entendimiento brilló en los hermosos ojos de Jeremías, que apretó la mandíbula con furia al darse cuenta de todo.

—Que eso no te abrume, pagará el precio de la mentira —afirmó rotundo.

—Jeremías...

—Amor mío, no te aflijas por nada, nos iremos de aquí los dos juntos. Con los niños.

—Samanta quiere quedarse contigo.

El hombre no pudo ni quiso ocultar su satisfacción.

—Es una Robinson, y si Odelia quiere quitármela, se verá privada de todo, de su marido y de la consideración de los otros. No me perdono haberte mezclado en esto, cuando las cartas juegan a mi favor de todos modos. Quise ser tolerante con ella, y sacrifiqué tu tranquilidad. Soy un torpe.

Livia, consciente de que no sería fácil resolver aquel entuerto, volvió a sentir náuseas. Jeremías empapó su pañuelo en agua de colonia y se lo aplicó en la frente. El aroma a vetiver inundó sus sentidos. En ese momento la puerta se abrió, tras ligeros golpecitos que ninguno había escuchado, y apareció el doctor Barrymore, vecino de Concord, acompañado por un joven de aspecto solemne.

—Disculpe, señor Robinson, no sabíamos dónde hallar a la paciente.

La señora Parker hacía señas tras las espaldas del doctor, para indicarle a Jeremías que ella no tenía nada que ver con la indiscreción.

—Adelante, lo estábamos esperando. La señorita Cañumil se desvaneció de súbito, al recibir una bola de nieve en la cara.

Barrymore era un hombre enjuto, de ojos pequeños y agudos. Parecía un predicador, vestido de negro y con una barba que le llegaba a las orejas. Sus manos, delgadas y finas, casi pasaban por las de una mujer. Se inclinó sobre Livia con ademán mecánico de hombre acostumbrado a esas situaciones, y pidió espacio para auscultarla.

—Solo quiero escuchar el sonido de su respiración, por si hubiere alguna falla cardíaca.

A Jeremías casi le da un soponcio al oír eso. Barrymore se mantuvo expectante, atento al pecho de Livia, que subía y bajaba, y por fin dio su veredicto.

—Del corazón no parece ser. Habrá sufrido una baja de presión. En las damas es frecuente, la sangre circula a velocidad distinta de la de los hombres —explicaba

mientras le tomaba la muñeca para verificar el pulso.

Jeremías sufría lo indecible al ver a Livia sometida a cuidados médicos. Ella no podía enfermarse. ¡No debía! Aquella imagen de su hermoso y atlético cuerpo tendido sin fuerzas en una cama era incongruente con la Livia que él conocía.

El doctor le lanzó una mirada fugaz antes de decir:

—Si ustedes me lo permiten, me gustaría revisar a la señorita con mayor profundidad.

El otro caballero entendió el mensaje e hizo un ademán para que Jeremías lo acompañase a la salida, gesto que él no asimiló en un primer momento.

—Por favor —insistió el doctor Barrymore.

En contra de su voluntad, Jeremías salió del cuarto y cerró la puerta, no sin antes echar un vistazo a Livia, que lo seguía con sus enigmáticos ojos. Le sonrió, para animarla, y luego casi se tropieza con Arturo, que se había quedado afuera aguardando las noticias de la señorita Livia.

—¡Maldito niño! ¿Por qué no hablas para saber que estás ahí? —gruñó de manera desconsiderada.

Arturo se apretó contra la pared, y el caballero de porte solemne se inclinó sobre él con talante amigable.

—¿Cómo te llamas?

—Arturo.

—Estás preocupado por la dama que está allá adentro, ¿no es así?

El pequeño asintió, confuso.

—Ella estará bien. Las señoras tienen mareos a veces, es propio de la condición femenina. No debemos hacer un mundo de eso.

Jeremías lo hubiese estrangulado al escucharlo minimizar de ese modo el mal de Livia, pero se contuvo a tiempo de oírle decir algo más:

—¿Te molesta ese labio para comer o hablar?

Arturo, impactado por la voz cautivadora de ese hombre al que nunca había visto, negó con la cabeza y bajó la mirada. Su deformidad lo impulsaba a ocultarse a veces, para pasar desapercibido y evitar las burlas o las miradas curiosas.

—Yo soy médico también, y conozco a personas que pueden arreglártelo para que luzcas mejor. Esta fisura existió siempre —dijo luego, en beneficio de Jeremías—, incluso se la encontró en una momia egipcia, pero recién ahora se logran resultados apreciables al corregirla. El primero que lo intentó fue un cirujano romano llamado Celso. Te gustará ver las láminas que tengo sobre lo que él hacía, Arturo. Cuando la señorita se ponga bien, dile que venga a verme, que se las mostraré.

El hombre entendió que el vínculo que unía a la dama con el niño era fuerte, y que podía contar con ella antes que con ese caballero impetuoso que no medía sus palabras.

Jeremías se sintió avergonzado de su estallido anterior.

—Livia se pondrá bien solo de saber que existe la posibilidad de curar a Arturo. Es su maestra y ahora también su tutora. Este niño se salvó del incendio de Lyman.

—Ya veo —y el doctor vio con otros ojos a Jeremías. Si había albergado en su casa a un niño deforme de un reformatorio no era tan grosero e indiferente como le pareció al principio.

—Venga usted también, para que aprecie los avances de la medicina en esto.

—Pagaremos lo que sea —afirmó Jeremías con fervor.

El doctor sonrió con indulgencia.

—No todo se hace por dinero —contestó con suavidad—. Creo que el profesor Thompson encontrará en este caso un desafío que enseñará mucho a sus alumnos. Por ahora se encuentra lejos de Texas, pero al volver tendrá el orgullo de decir que pudo cambiar la vida de un niño.

—Dios lo quiera —murmuró Jeremías algo confundido.

La bonhomía del médico lo turbaba, y lo hacía sentir miserable por haber introducido el tema del dinero en un asunto de ciencia y humanidad.

El doctor Barrymore salió del cuarto, interrumpiendo la conversación, y tranquilizó a los caballeros con una sonrisa.

—No hay nada anormal en la señorita —anunció—, ningún mal que tratar. Todo transcurre según las circunstancias.

Ante aquel crítico comentario, Jeremías no supo qué decir. Se disponía a entrar cuando ambos doctores se despidieron, argumentando compromisos.

—Dejé recetado a la señorita Cañumil un preparado para los nervios, en caso de que lo necesite. Que venga a verme cuando lo desee, salvo que prefiera atenderse por un médico de la ciudad —dijo el doctor Barrymore palmeando el hombro de Robinson.

El otro hombre estrechó la mano de Jeremías con un fuerte apretón, diciendo:

—Doctor James Thompson, para servirle. Recuerde que tenemos una cita con este caballerito de aquí —y sobó la cabecita de Arturo con afecto.

El niño y el hombre quedaron un momento en silencio, contemplando bajar las escaleras a aquellos dos personajes tan diferentes que tenían sin embargo tanto en común. Ambos compartían la visión de las miserias humanas y buscaban solucionarlas.

Así que el que había hablado sobre el labio de Arturo era el mismísimo doctor Thompson. ¡Con razón afirmaba con tanta seguridad que operaría al niño gratis! Livia se pondría sana al saber la buena nueva.

Jeremías entró al cuarto, seguido de Arturo.

—¿Ya estás mejor? —preguntó anhelante.

Halló a la joven revestida de gravedad, como si le hubiesen comunicado una mala noticia.

—Barrymore dijo que estabas bien —arguyó enseguida—, acaba de despedirse. Puedes consultar a otro médico si quieres, pero dijo que no estás enferma.

—No, no estoy enferma.

—Bueno, entonces puedo contarte una novedad que te alegrará tanto como a mí.  
¿No es cierto, Arturo?

El niño sonrió, mostrando las encías más que nunca, y Livia lo miró atenta.

—¿Qué ha ocurrido?

—No te lo imaginas. ¡Un especialista en cirugías acaba de decirnos que puede operar a Arturo! ¡Y ni siquiera cobraría por ello! Parece que es profesor y usa los casos como enseñanza para los alumnos. Quiere que lo vayamos a visitar antes de que regrese a Texas. ¿Qué me dices?

Jeremías aguardaba la reacción de Livia y ella no lo defraudó, aunque en su fuero íntimo captó que la alegría de la joven, si bien sincera, estaba empañada por un pensamiento triste.

—Arturo, iremos apenas me restablezca, no debemos hacer esperar al doctor —respondió ella.

—¿A Texas? —quiso saber el niño, cada vez más entusiasmado con la idea.

Tanto él como Livia miraron a Jeremías en busca de respuesta. El médico había dicho que lo vería antes de volver, sin duda de lo que viese dependería la decisión. Así lo explicó Jeremías, y ambos se conformaron.

Livia acarició la mejilla pálida de Arturo con amor.

—Estoy muy contenta. Esta noticia me hace sentir mucho mejor.

—¿No vino Alistair con el *brandy*? —recordó de pronto el hombre.

—¡Iré a buscarlo! —exclamó Arturo, y salió a todo correr para contar la novedad que cambiaría su vida para siempre.

Quedaron solos en ese cuarto masculino, empapelado de azul. La habitación de Robinson, con muebles de caoba y cortinas de grueso paño, lucía algo oscura, puesto que no había flores ni veladores encendidos que pudiesen engalanarla. Solo las llamas de la chimenea daban vida y calor al ambiente.

Los ojos de Livia se perdieron en ellas.

—Te noto triste, mi vida. La noticia de Arturo te habrá alegrado.

—Es lo más importante ahora —contestó ella con vigor inusitado—. Debemos concentrarnos en eso.

—Por cierto, y también en tu salud. Tendremos Acción de Gracias y Navidad sin sobresaltos.

Un velo de tristeza nubló la mirada de Livia.

—¿Qué ocurre? —exigió Jeremías.

No soportaba los secretos entre ellos. Cualquier barrera que ella levantara ante él, estaba dispuesto a derribarla a los golpes si era necesario.

—Odelia dijo cosas horribles.

—Lo imagino, es capaz de todo. Olvídalas, olvida todo lo que esté afuera de nosotros y del mundo que construiremos.



—Joseph hizo algo —continuó diciendo ella, como si él no hubiese hablado—. Mató al señor Parvis.

Jeremías no pudo articular la respuesta que estaba preparando para tranquilizar a Livia. Aquella noticia excedía lo que hubiese podido imaginar.

—Habrás sido porque me disparó aquella noche —aventuró, turbado.

—No, no, fue algo que tenía decidido desde antes. Lo ocurrido pudo haberlo adelantado, nada más. Él ya sabía dónde se guarecía y lo había espiado varias veces.

Y Livia le relató de forma entrecortada el episodio del lago.

—Cristo —musitó Jeremías, admirado del coraje del muchacho.

Joseph era más de lo que habían supuesto. En su interior ya era un hombre, tomaba sus decisiones y actuaba según su conciencia, fuera de la ley si era necesario. Jeremías no juzgaba ese actuar, solo le resultaba difícil de controlar, sobre todo si el jovencito iba a formar parte de sus vidas. Nadie mejor que él sabía que traspasar los límites significaba condenarse.

—Hablaré con Joseph —repuso de inmediato, tomando el asunto en sus manos para tranquilizar a Livia—. No te preocupes, no lo denunciaré.

—Sabía que no lo harías. Quise decírtelo para que entiendas lo que sucederá cuando encuentren el cadáver de Parvis.

—Nadie lo lamentará demasiado, y sirve para que el muy desgraciado pague su deuda.

El amargo comentario aludía tanto a la suerte corrida por Malaquías como al ultraje infligido a Joseph, sin contar el pavor causado a Arturo.

Más serena con respecto a ese punto, Livia preguntó, con la mirada fija en el fuego:

—¿Sigues decidido a que nos casemos?

—¡Por supuesto! Si lo deseas iremos a Boston, o a cualquier lugar donde haya un cura. Entiendo que eres católica, pero tampoco me importa, iremos adonde digas.

Aquel entusiasmo enterneció a la joven.

—Eres un hombre bueno, Jeremías, mereces lo mejor.

—Lo mejor ya lo tengo y está aquí mismo, ante mis ojos.

Encerró el rostro de Livia en sus manos y rozó sus labios con un beso delicado, muy diferente de los que acostumbraba a darle. Se había desatado en él una ternura desconocida, fruto del temor a perder a la que por fin el destino le había enviado, después de tantas pérdidas y sufrimientos. Aquella melancolía, sin embargo, inocultable para el que ama, lo impulsó a aferrarla por los hombros con fuerza.

—Algo te sucede y no cejaré hasta que me lo cuentes. Si no es la lengua viperina de mi cuñada ni el salvajismo de Joseph, ha de ser otra cosa y no admito que me la ocultes. Por favor, Livia, no es propio de ti mostrarte vulnerable. Ya no te duele nada, ni siquiera tienes la marca de la bola de nieve. Prometí no castigar a Alistair, a menos que se haya bebido mi *brandy* y por eso no aparezca.

Esa posibilidad arrancó una leve sonrisa a la mujer.

—Ya ves, he renunciado a todas mis maldades —concluyó contento—. Ahora que soy bueno, puedes decirme lo que te afecta. Lo leo en tus ojos, no puedes engañarme.

Livia soltó un profundo suspiro y se miró las manos mientras decía, en voz queda pero firme:

—El doctor Barrymore dijo que es probable que esté encinta.

El chisporroteo del fuego fue lo único que se escuchó por unos instantes, antes de que Livia dirigiera su mirada hacia el hombre responsable de su suerte.

Jeremías la contemplaba estupefacto. En sus ojos se leía una sucesión de emociones contrapuestas: sorpresa, culpa, temor, esperanza, Livia no alcanzaba a discernir cuál de todas ellas prevalecía. De pronto, hubo una corriente eléctrica, algo sutil que se deslizó entre sus cuerpos, como si el aire frío se hubiese colado en el cuarto. La joven se rodeó la cintura, estremecida, y Jeremías se arrodilló al costado de la cama.

—¿Es eso probable?

Ella asintió, un poco envarada por la actitud cautelosa de él. El silencio persistía, un abismo de inquietud capaz de devorarla. Poco a poco, el sonido apagado del péndulo del reloj del pasillo se agregó al crepitar del fuego. Los minutos pasaban y él nada decía. Livia volvió a mirarlo y descubrió que el estupor del primer instante en su mirada se había convertido en un brillo peligroso. El tono de la voz de Jeremías fue suave y cortante:

—¿Te apena llevar un hijo mío en tu vientre?

Se midieron con los ojos y ninguno desvió la mirada. Sería un combate prolongado que librarían la vida entera, ambos lo sabían. Ninguno estaba dispuesto a asestar el golpe final, se amaban demasiado para disfrutar con la victoria del nocaut. Preferían rendirse antes que humillar al otro y verlo morder el polvo. Fue cuando Livia comprendió el tremendo poder que ella tenía, el que Alma no había aprendido a ejercer. Jeremías Robinson era un espíritu golpeado al que nunca brindaron cobijo, un solitario acostumbrado a defenderse aun antes de ser atacado y, en el fondo de su ser, incapaz de aceptar que alguien pudiera valorarlo lo suficiente como para sentirse orgulloso de él. Ni su madre, ni su hermano, ni siquiera Homer, que lo había abandonado cuando decidió poner fin a sus días en el cuadrilátero. Aquel era el momento decisivo. Livia debía hacerle saber que, para ella, todo cuando él representaba le era amado, hasta las bajezas que había cometido alguna vez.

Clavó sus ojos en los del hombre antes de pronunciar las palabras que determinarían su futuro.

—Aun si no lo desearas, yo amaría a este niño. Podría ser un boxeador, o una salvaje como yo.

La atmósfera se disipó entre ellos ante la picardía implícita. Jeremías esbozó una sonrisa lenta, desafiante, y se incorporó de un salto, convertido de pronto en el hombre temperamental e impetuoso que ella bien conocía.

—Entonces...

Lo vio abrir la puertecita de su mesa de noche, de donde extrajo una petaca y un vasito. Volcó con generosidad el líquido hasta rebasar el borde y lo bebió de un trago, chasqueando la lengua con satisfacción.

—¿Qué es eso? —preguntó desconcertada la joven.

Él empinó el codo de nuevo y acabó el contenido de la petaca.

—Ginebra de la peor calidad que puedas imaginarte —contestó con desparpajo—. El brindis que merece una noticia como esta. ¡Por tu salud! —gritó luego arrojando el vaso, que se hizo añicos contra la chimenea—. Lo guardo para las ocasiones en que busco emborracharme. Disculpa que no lo comparta contigo, pero no es la bebida apropiada para una mujer que lleva vida en su seno. Apenas venga ese diablo de Alistair con mi *brandy*, por Dios que lo zurraré, y te dejaré mojar los labios. Serás mi esposa mañana mismo.

Tantas afirmaciones rotundas restaron solemnidad al momento, y Livia no pudo evitar sonreír, aunque en su interior albergaba dudas. ¿Estaba él de verdad contento de tener otro hijo? Los que le habían tocado no podía afirmarse que hubiesen sido fuente de felicidad.

Livia anhelaba estar segura.

—Jeremías, necesito que me respondas con la mano en el corazón.

—Lo que desees, mi vida. Soy tuyo.

—Hablo en serio.

—También yo. Nunca como antes sentí que pertenecía a alguien como ahora contigo. Me has poseído como una bruja maléfica. Eres la dueña y señora de mi destino, Livia Cañumil, tuviste que atravesar el continente para lograrlo. Y antes de que comiences con estúpidas preguntas femeninas que mis oídos no soportarían, te digo que soy el hombre más feliz de la tierra por haber engendrado en tu cuerpo a un Robinson.

El licor barato ya estaba haciendo su efecto, pero Livia sabía que ninguna borrachera haría decir a Jeremías nada que no sintiera, así que cualquier resquemor que hubiera tenido se diluyó en su pecho. La certeza de que él amaba al hijo de ambos se expandió por su cuerpo como un bálsamo. Todas las barreras que habían construido y que ella se esforzó por mantener en alto cuando él ya se había rendido se derrumbaron. Dejó que Jeremías apoyase la cabeza en su regazo y hundió sus dedos en el ensortijado cabello, complacida de saber que la entrega era recíproca, que tenía por fin a quien amar con su sangre y con su mente, que alguien había echado el ancla en su vida y navegarían juntos adonde fuese.

El Gran Robin era su hombre.

A pesar de la arrebatada promesa de casarse de inmediato, había detalles que resolver, y ambos convinieron en que era preferible mantener el secreto de la boda hasta que esas cuestiones estuviesen decididas. El Día de Acción de Gracias podría ser la

ocasión propicia para el anuncio. Odelia no había vuelto a mencionar su partida, en virtud de ese festejo tan importante para la comunidad, y la señora Parker supervisaba la preparación del banquete, al que invitarían a algunos amigos de la vecindad. Si bien el esperado día se celebraba en la intimidad de los hogares, los moradores del bosque de Concord eran pocos, y el espíritu de gratitud propio de la fiesta los impelía a compartir la mesa.

Livia no volvió a sentir náuseas ni malestar alguno después de aquel día de emociones violentas. Regresó a ella el espíritu de lucha y de superación que Jeremías tanto amaba.

Aquella mañana se hallaba en la cocina, aprendiendo el arte de guisar el pavo ritual.

La cocinera se prodigaba en explicaciones:

—Dejaremos el relleno aparte esta vez —comentaba, mientras sus manos robustas picaban la cebolla a toda velocidad y desmigaban el pan de maíz al mismo tiempo.

Livia observaba y colaboraba separando los ingredientes: ramas de apio, manzanas, arándanos, calabazas, todo dispuesto sobre la tabla de madera, frotada hasta sacarle astillas.

—La patrona prefiere que el pavo se ase relleno, pero con los niños es un desastre. Hizo bien la señora Parker en decidir que por este año ofrezcamos la pasta en un cuenco, que cada uno elija si la come o no. Señorita Livia, si lo desea, puede ir pelando las batatas.

La cocina se inundaba del olor de la fruta, mezclado con el del *gravy*, jugo de carne asada.

—Bendito sea el presidente Lincoln, que declaró este día como fiesta nacional. Así debía ser, sin duda, si el pavo asado salvó del hambre a nuestros primeros colonos. ¿Conoce usted la historia?

Algo sabía Livia, dado que en los meses previos a su partida del Río de la Plata había asimilado con rapidez mucha información sobre la cultura del lugar adonde iría, pero dejó que la cocinera se la contara a su modo, porque advirtió que sentía gusto en hacerlo.

—Aquellas almas pasaron una hambruna terrible el primer año, muchos murieron de fiebres y debilidad. Dios les envió la ayuda de los nativos, que les enseñaron a sembrar el maíz. Entonces, aquellas gentes generosas decidieron celebrar conjuntamente la bendición de la primera cosecha, y lo hicieron matando pavos salvajes, cocinando el maíz y ofreciendo lo mejor que tenían, para regocijo de todos.

Livia pensó, mientras revolvía en la olla donde se entibiaba la mantequilla, que la generosidad inicial se convirtió pronto en recelo, y poco había durado aquella convivencia pacífica en la tierra nueva.

—Tengo un truco —anunció la cocinera, secándose las manos en el delantal y extrayendo de la despensa un frasco envuelto en papel encerado—. Sirope de arce, el

verdadero aliño, el que usaban los indios de por aquí. Muchos aplican miel o melaza —e hizo un gesto desdeñoso al decirlo—, pero a mí me gusta respetar las tradiciones. Tengo mis contactos que me proveen —añadió con picardía.

Livia disfrutaba de la parlanchina mujer, y a la vez aprendía una receta típica del país de su amado. ¡Quién sabía si podría lucirse alguna vez asando un pavo relleno con todas las letras!

—La clave está en el adobo. Un poco de especias, otro poco de limón... y ahora... ¡a untar el pavo! Esto lo hará crujiente y delicioso.

Las manos de la cocinera obraban con tal rapidez que Livia apenas podía alcanzarle los ingredientes, mientras intentaba retener los nombres. El relleno, que esa vez se serviría aparte, se llamaba *stuffing*.

—¿Ha visto un pavo más grande y más tierno, señorita Livia?

La mujer alzaba la bandeja con orgullo maternal, como si ella misma hubiese criado al ave.

—Tendremos el mejor pavo que pueda haber, señora Lynn.

—Me alegra contar con su ayuda —y la voluminosa mujer le palmeó la mano, satisfecha.

Samanta asomó su nariz pecosa en procura de golosinas y la señora Lynn la despachó con un puñado de maíz dulce que había reservado para esas ocasiones. Livia recordó la aspereza de la cocinera de Blue House, y pensó que le resultaría fácil adaptarse a la vida en Greenwood, lástima que no estuviese destinada a ella. Los bosques, el lago, las piedras mismas de la casa le brindaban la solidez de un refugio, una especie de identidad nueva.

El día transcurrió en medio de preparativos que absorbían todas las actividades. El dintel de la puerta, la mesa y los rincones se adornaron con hojas de otoño y bellotas. Predominaban los tonos del naranja y el castaño, junto con el verde del muérdago.

Pronto llegó la hora en que, ataviados con galas de domingo, los invitados llamaron a la puerta. Todos traían algo para contribuir con la cena: confites de almendras, torta de *cranberries* o el infaltable *pumpkin pie*, el dulce pastel de calabaza. Nadie objetó que el dueño de casa apareciese con dos botellas de Bloody Mary y una sonrisa satisfecha.

—¡Que viva la tradición! —exclamó Jeremías con desfachatez.

Entre los vecinos se contaban el doctor Barrymore y aquel atildado cirujano de Texas. Livia pudo conocerlo por anticipado e intercambiar con él algunas palabras.

—Le aseguro que no es un caso desesperado ni mucho menos —le dijo el hombre—, y me hago responsable de que Arturo no quedará peor de lo que está. Claro que suelen hacerse varias operaciones antes de que la corrección sea completa. ¿Estará dispuesto?

—Creo que es lo que más desea en el mundo —aventuró Livia, que podía entender la desdicha del niño tanto como la soledad de Cecilia, el desamparo de

Joseph o los miedos de Jeremías. De algún modo, estaba preparada para ponerse en el lugar de todos, aun con olvido de ella misma.

El doctor Barrymore la observaba con disimulo en sus ojillos grises. Su presencia perturbaba un poco a la joven, puesto que era el que le había dado la noticia de su embarazo, si bien saber que Jeremías se encontraba feliz la consolaba y alentaba.

La esposa de Barrymore era una mujer pequeña y muy apegada a las formas. Secundaba a Odelia en la disposición de la mesa y de los comensales, haciendo gala del conocimiento de las tradiciones. Habían ubicado a los niños en un extremo, para que sus eventuales estropicios no causasen inconvenientes a los adultos, y a pesar de que Odelia quiso separar a las niñas para marcar las diferencias con los asilados de Lyman, Jeremías no lo permitió.

—Ellos se sienten bien juntos —dijo, y dio por saldado el asunto.

La cena transcurría dentro de los cánones normales. Se hizo la ronda de oraciones, tomados de las manos, y cada uno dio a conocer los motivos que tenía para agradecer a Dios por los dones recibidos ese año. Cuando llegó el turno de Livia, hubo una oleada de expectación.

—Doy gracias a Dios por haberme reservado la aventura de viajar a este país que me brindó la bienvenida —comenzó ella, siguiendo el ejemplo de lo que había escuchado minutos antes en boca de otros—. Por estos niños que hoy forman parte de mi vida, en especial por la posibilidad de ayudar a Cecilia. Por las personas que tanto me enseñaron, las que dejé en mi tierra y las que encontré aquí, y... —Se detuvo apenas un segundo, indecisa sobre si debía agregar cosas que quizá fuera mejor callar en ese momento, ya que no estaban en la absoluta intimidad.

—Siga, Miss Livia —le dijo con maliciosa cortesía Odelia—, es el momento de agradecerlo todo. Dios escucha al que obra con humildad.

Jeremías la incendió con la mirada. Él entendía la turbación de Livia, poco acostumbrada a esos rituales que a él tampoco importaban demasiado.

—Ha dicho suficiente, cuñada.

—Pero ella iba a agregar algo más. ¿No es así, Miss Livia?

Imposible pasar por alto la provocación. Livia decidió llegar al fondo, adelantarse incluso a los planes de Jeremías, y decir lo que de todos modos irían a saber, tarde o temprano.

—Agradezco también a Dios por el hombre que me hizo conocer el verdadero amor, porque de él obtengo la fuerza para mis propósitos y con él quisiera vivir el resto de mi vida.

Hubo una pausa de asombro congelado. Odelia no daba crédito a sus oídos, y los invitados se hallaban confusos. Ignoraban de quién hablaba aquella joven, y solo el doctor Barrymore ataba cabos con rapidez.

—¡Felicidades, mi querida! ¡Qué dicha le tenía reservada Norteamérica! —prorrumpió la señora Barrymore, juntando las manos en un raptó de emoción.

—No sabíamos eso —alegó entre confundida y alegre otra invitada, de aspecto hogareño.

—Tal parece que Miss Livia es una fuente de sorpresas —acordó punzante Odelia.

—Quizá deba usted agregar un agradecimiento más —dijo entonces el doctor Barrymore.

Fue un carámbano atravesado en el corazón de Livia. Aquel hombre, obligado por la profesión a guardar secreto de las confesiones de sus pacientes, la conminaba a decir lo que por decoro debía callar. Jeremías decidió que era el momento de actuar con la brutalidad que lo caracterizaba. Si querían ver correr sangre, él podía lograrlo a raudales. Puso una mano sobre la de Livia en actitud protectora, mientras decía con voz estentórea:

—Nos han pillado, amor mío, debemos decir lo que tanto nos alegra. Queridos amigos, hoy celebramos un motivo que vale todos los agradecimientos juntos. Livia y yo aguardamos un hijo y pronto nos casaremos para legitimar su nombre.

Una estampida de búfalos atravesando el comedor no habría logrado causar más espanto ni conmoción. Desde la mismísima Odelia, que ignoraba esa parte de la cuestión, hasta la señora Parker, que a cierta distancia supervisaba la cena, todos cayeron en una suerte de pasmo. Los planetas parecían haberse detenido, o cambiar su curso para siempre. Los niños, que escuchaban aburridos la charla de los mayores y no veían la hora de hincar el diente en la deliciosa comida, captaron a medias lo que ocurría, todos salvo Joseph, que dio el golpe mortal al decir, sin que nadie lo invitase a hablar:

—También yo agradezco a los espíritus que me hayan traído a esta casa donde conocí a la que será mi esposa para toda la vida —y siguiendo el ejemplo de Jeremías, tomó la mano de Cecilia entre las suyas—. Con el permiso de su padre —agregó, con respeto dirigido a Robinson.

Esa última frase, más que todo lo anterior, provocó un desmayo en Odelia, que volcó su cuenco de *stuffing* sobre el mantel hilado. La señora Parker, conmocionada también, acudió a remediar el desastre, mientras que los invitados encontraban en el contratiempo la oportunidad para apartar los ojos de semejantes confesiones, más apropiadas para la Iglesia y la penitencia que para el Día de Acción de Gracias. El mismo doctor Barrymore se hallaba confundido. En su papel de médico y pastor de la Iglesia de la que formaba parte se había sentido en el deber de intervenir para que aquel embarazo no pasase desapercibido ante la comunidad. Era algo que debía decirse, y purgarse. Al principio, no pensó en el señor Robinson como el culpable, después de todo era un viudo con responsabilidades, pero a medida que la joven hablaba, pescó la sutileza de la mirada del hombre y cayó en la cuenta de que el secreto era más jugoso de lo esperado. Él creyó ver en Livia a una pobre muchacha venida de un mundo salvaje, presa de la corrupción de sus costumbres. Aquella confesión por partida doble lo dejó perplejo. Estuvo a punto de decir a su esposa que

debían partir de inmediato, cuando ella lo clavó en su sitio al exclamar, con sincera compasión:

—Mi querida, Dios sea loado, le brindó la felicidad de enamorarse y a la vez concebir un hijo que pronto será bendecido con el matrimonio. Si no es usted de nuestra congregación, de todos modos le ofrecemos nuestra iglesia, en caso de que no halle otra apropiada a sus creencias. Todos somos hijos de Dios y en esa convicción debemos vivir. Mi esposo será dichoso de otorgarles la bendición.

El mentado calló, en tanto que el resto de los comensales prorrumpieron en saludos y felicitaciones, como si un rato antes no hubiesen pasado por sus cabezas infinidad de epítetos para ambos tortolitos.

El doctor Thompson sonreía con indulgencia. Si las cosas se sucedían como él las imaginaba, aquella pareja pronto se establecería lejos de las convenciones de Concord y crearía un hogar dichoso para esos niños desamparados. Le sorprendió que el muchachito indio tuviese tales agallas, pero incluso eso le pareció de buen augurio. Era Día de Acción de Gracias, recuerdo de la vez en que nativos y colonos compartieron la cena de la generosidad y la alabanza. ¿Acaso había mejor modo de festejarlo?

El anuncio de Joseph no fue recibido con la misma disposición por todos. Mezclar la sangre de una Robinson, aun si era a medias irlandesa, con la de un *wampanoag*, era harina de otro costal. Nadie observó nada, sin embargo, pues era un asunto delicado que le tocaba resolver al padre de la niña. Que a los ojos de todos era, por supuesto, Jeremías.

Tampoco reparó nadie en que, luego de aquella andanada de noticias sorprendentes, los niños se lanzaron a comer incluso antes de que se tronchara el pavo, hartos de tanta palabrería y olvidados de decir su propio agradecimiento.

El Bloody Mary contribuyó bastante a diluir los entripados de aquella cena.

—No quería escandalizar a todos —decía Livia contrita, horas después, bajo la luz amarilla de la farola del porche. A pesar del frío y la nieve, ambos prefirieron la soledad de ese sitio antes que verse interrumpidos a cada momento por el ir y venir de los sirvientes, ocupados en guardar los restos de comida, acomodar los muebles y disponer los adornos de Navidad en reemplazo de los de Acción de Gracias. La fecha abría las puertas a la temporada festiva.

A Livia la invadió la melancolía de sentirse lejos de su tierra, donde la Navidad tenía los colores y sabores del verano tórrido. Además, su condición de encinta la predisponía a las emociones y se hallaba vulnerable.

Jeremías se mostró comprensivo.

—Vida mía —le dijo mientras le besaba las manos para hacerla entrar en calor—, tuviste más coraje que yo. Quién sabe si, cuando me hallase achispado, no hubiera



embarrado todo con alguna broma chusca. Ellos se iban a escandalizar de todos modos, en especial Odelia.

—Y el doctor Barrymore también, vi su cara cuando nos despedimos. Creo que no desea que lo visite más, deberé buscar otro médico.

—Iremos a Boston —afirmó Jeremías convencido.

Le importaba un ardite el doctor Barrymore; era un viejo seco y afilado que emponzoñaba todo con sus sermones. Tenían que recurrir a él por ser el único médico que vivía cerca, pero si iban a dejar Greenwood, tanto le daba no verlo más en su vida.

—Podemos pasar aquí la Navidad y luego marcharnos, querida. No deseo importunarte en estos momentos, cuando necesitas descansar. Iré en busca del mejor médico de la ciudad, lo traeré a pasar Navidad con nosotros y luego lo devolveré a su casa, cuando hayamos decidido dónde vivir.

La facilidad con que Jeremías armaba y desarmaba los capítulos de su vida maravillaba a Livia. Él se sentía seguro de poder resolverlo todo, con absoluta confianza en su poder y sus fuerzas. De lo único que no estaba convencido era de ser querido por lo que realmente era. A eso se dedicaría ella, toda la vida si era necesario.

—¿Has pensado dónde viviremos con los niños? —aventuró.

Omitió hablar de Samanta, era un tema delicado que aún no trataban, ni siquiera entre ellos.

Jeremías guardó las manos de Livia en los bolsillos de su propio abrigo de pieles y las mantuvo apretadas, embriagándose del aroma de ella, de la tibieza de su rostro y de la tersura de su cabello tan incongruentemente rubio.

Aspiró el aire helado y dejó salir el vapor de su boca cuando dijo:

—Blue House. ¿Qué te parece?

Livia creyó haber oído mal.

—¿La casa de Newport? ¿Dónde ocurrió aquello?

Él apretó los dientes al tiempo que oprimía las manos de ella, prisioneras bajo su manto.

—Ahí mismo, donde todo comenzó.

Livia permaneció callada, aguardando la explicación que no demoró en llegar.

—Sé que no es una casa demasiado bonita, y que carga con el peso del pasado. Fue donde empezó mi desgracia y la de mi esposa, pero también es el sitio adonde te llevó el destino para torcer el rumbo de nuestras vidas. Hiciste de esa casa solitaria y fría un lugar hermoso para residir, Livia, aunque no lo creas. Los espíritus la visitaron, es cierto, desfilaron varios médiums que la envolvieron en una atmósfera tétrica, pero también me dijiste una noche que la propia Alma se comunicó con Cecilia en el despacho, y si lo hizo estando tú allí es porque quiso que la vieras, que entendieras sus designios. Fuiste la elegida por la madre de la niña para sacarla del olvido en que yo mismo la había abandonado. El espíritu de Blue House eres tú, Livia, y no los fantasmas que la rodearon. Un espíritu fuerte, cargado con una vida

nueva. Sé que puedes hacer de esa casa de verano un sitio acogedor para cualquier estación del año.

Ante el silencio de ella, retiró las manos del abrigo y alzó hacia él su rostro de rasgos aindiados.

—Siempre que lo apruebes —le murmuró sobre la nariz—, no haría nada que no quisieras. Y si prefieres vivir en tu país, amada mía, lo haremos. Quizá sea difícil acomodar a los niños antes, pero de todos modos...

—Jeremías —y Livia se recompuso de repente—. Los niños no deben separarse, prométemelo. Yo ya no quiero vivir lejos de ellos. Eres su tutor, puedes exigirlo. Tenemos una responsabilidad con Arturo. Joseph se convertirá en un hombre y esposo de Cecilia. Alistair es tu sombra, te sigue adonde vayas. En cuanto a Samanta... no quiero privarte de su compañía, aunque sea por temporadas. Quizá pueda viajar más adelante yo sola, después de que nazca nuestro hijo.

De súbito, el futuro se alzaba ante ella como un muro al que había que superar con esfuerzo.

—Tonta.

Livia lo miró, desconcertada al oír su voz risueña. Él la abarcaba con una enorme sonrisa, iluminados sus ojos por el amor y la diversión.

—¿Crees acaso que te dejaría partir sola hacia ese mundo de salvajes que chucean a todos con sus lanzas? ¡No me lo perdería por nada! Además no les temo, tengo aquí mi propia salvaje, que me entrenará para enfrentarlos. Iremos todos, como una gran familia. Será cuando Dios lo permita, quizá para que puedas mostrar tu recién nacido a esas personas que tanto te quieren. Dejaremos que el tiempo lo decida, no tenemos que apresurarnos. Y si tu familia de allá te extraña mucho, serán bienvenidos en Blue House, hay lugar suficiente para armar un campamento de verano.

—Mira que son muchos —comenzó dubitativa Livia, mientras calculaba en su mente el número de invitados que surcarían los mares hasta su vivienda de mujer casada con familia propia.

—También nosotros seremos bastantes como para fundar una escuela —bromeó él, feliz de verse envuelto en algo que le pertenecía y a lo que él pertenecería por completo.

La sonrisa de Livia fue más ancha aún.

—Eres el hombre más terco que haya conocido.

—Lo mismo digo, pequeña. Te propusiste descubrir la verdad y llegaste tan profundo que ahora podemos comenzar solos tú, yo, y los niños. Que pronto se harán adultos y nos dejarán con el benjamín de la familia. A todo esto, es un buen nombre: Benjamín.

—Quizá sea niña.

—Benjamina, entonces.

Livia se echó a reír con ganas, una risa fuerte que se expandió por los canteros y desapareció tras las piedras que cercaban Greenwood, hasta el límite del bosque

abrillantado por la luna.

Aquella casa dejaría de pertenecerles por decisión propia. Se la legarían a Odelia, para que viviese allí cuanto quisiera. Livia sospechaba que la determinación de Jeremías tenía un propósito oculto: que Samanta residiese allí la mayor parte del tiempo, cerca de él, donde pudiera verla cuando quisiera, y los niños visitarla seguido. Estaba segura de que la pequeña sería la principal interesada en no alejarse del hogar donde había sido por completo feliz. Y Livia quería creer también que hasta Odelia, una vez que se habituase a ser de nuevo señora absoluta de la casa familiar, dejaría de preocuparse tanto por el cuñado que nunca fue suyo y retomaría los lazos de la sociedad de la que no debió apartarse. Era probable que eso redimiese a la menor de las Duncan. Y rogaba por que así fuese, para que su espíritu jamás tuviese que merodear por Greenwood en procura de la paz cuando le llegase la hora definitiva.



## EPÍLOGO

### *La bendición de Alma*



**D**espués de la Navidad, el clima en Nueva Inglaterra se tornaba tan riguroso que a menudo los caminos se volvían intransitables y el frío impedía asomar la nariz fuera de las casas. Por eso, el carruaje que se aproximaba al cementerio de Sleepy Hollow era el único que hollaba la nieve y enfrentaba al gélido viento que desnudaba el bosque.

Adentro del coche, las manos envueltas en manguitos de piel y las piernas cubiertas por mantas de lana, un hombre y una mujer aguardaban a que el cuidador abriese la reja y así recorrer el sendero que los conduciría a la tumba buscada.

Ya no quedaban hojas de otoño tapizando las suaves colinas, solo escarcha crujiente. Y el arroyo tampoco murmuraba, convertido en un espejo de hielo que reflejaba el cielo plomizo. En un día como aquel, la desolación reinaba en el camposanto.

Habían hecho una promesa, sin embargo, y la cumplirían costara lo que costase.

La preocupación marcó los rasgos del hombre, que se inclinó solícito sobre la mujer.

—Hicimos mal en venir justo hoy. Pronostican nevada antes de la tarde.

Ella meneó la cabeza con tozudez.

—Era hoy o nunca, esposo mío. En pocos días partiremos a Texas para la operación de Arturo, y ya después, con los preparativos de la mudanza, se nos hará difícil destinar un momento. Hicimos bien en no postergarlo.

—Tengo miedo por ti, en tu estado.

—Me encuentro bien. Tengo tanta ropa que no puedo caminar, eso es lo que pasa.

Avanzaron entre las lápidas heladas apoyándose el uno en el otro, como lo habían hecho durante todo ese tiempo desde el fondo de sus corazones. Ella confiaba en ese brazo fuerte que la sostenía, y él se sentía amado hasta la médula. Tanto, como para confiarle a Livia que quería despedir a Alma en su tumba, visitarla como lo hizo otras veces, ya no para exigirle respuestas, sino para pedirle que siguiera su camino y confesarle que había logrado por fin que considerara a Cecilia su hija, lo fuese o no, porque ya no importaba tampoco. Era la hija de ambos, que ahora tenía en aquella muchacha de temple de acero una madrastra que la amaba con la misma profundidad que si la hubiese parido.

Llegaron a la lápida donde rezaba el nombre de la esposa muerta. Ni rastros quedaban de las rosas ofrecidas en otras ocasiones. Aquel rincón era un páramo.

Livia se agachó con dificultad, más por la ropa, como ella decía, y con la mano enguantada despejó la nieve que relucía sobre el nombre de la mujer a la que su esposo había amado. Dejó reposar la palma un momento, concentrada en una oración que solo ella conocía, y luego extrajo de la capa un manojo de rosas rojas despojadas de espinas. Cuando supo que esa era la flor que llevaba Jeremías cada vez que visitaba la tumba, no dudó un momento en procurar que las cultivasen en el invernadero. Costaba mucho obtenerlas en esas condiciones, pero Livia podía ser tenaz, y no cejó hasta conseguirlo. Quizá no fueran las más bellas ni las más grandes, pero estaban destinadas solo a Alma Duncan Robinson, y eso era lo que valía.

Él la observaba con el ceño fruncido. A veces, temía que la fortaleza de su esposa les jugase una mala pasada. Livia no parecía una mujer encinta, salvo por la prominencia de su vientre. Hacía cuanto le venía en gana, y cierta vez en que él se disgustó al verla acarreado leña desde el bosque como una criada, ella le espetó:

—En las tolдерías las mujeres hacen todo: cortan leña, limpian la tierra, cocinan, cosen los cueros, preparan la comida, y aun les queda tiempo para criar a los niños, que van colgados de sus faldas y entre sus piernas.

—¡Qué cuadro más patético! —había respondido él, furibundo—. ¿Y qué demonios hacen los hombres?

—Chucean a todos —respondió ella entre risas.

Aquel intercambio había terminado como todos los que solían tener, revolcándose entre las sábanas, librando la guerra del amor, que jamás los aburría. Eran una fuente de sorpresas el uno para el otro. Había un interior inagotable en cada uno de ellos, capas profundas que iban atravesando a medida que se conocían en distintos aspectos de sus vidas.

Como aquella tarde en que el inspector acudió a visitarlos, luego de descubrir el cadáver de Parvis en el lago, putrefacto y envuelto en vegetales acuáticos. Livia comprobó que Jeremías poseía dotes de actor, pues su expresión estupefacta la fascinó incluso a ella. Él le evitó tener que fingir, ya que su embarazo sirvió para justificar que no testificase. Dado que la pesquisa había dado como resultado que se consideraba a Parvis culpable del asesinato de Malaquías Robinson, no hubo más preguntas ni interés en descubrir lo sucedido. El estado de descomposición del cuerpo impidió apreciar la cuchillada en el pecho, y se supuso que el hombre se habría ahogado una tarde solitaria en ese refugio que eligió para evadirse, sin nadie que pudiese ayudarlo. De la esposa, nunca se supo.

Aquella tarde, Jeremías lloró sobre el hombro de Livia todo el dolor acumulado desde la pérdida de su hermano mayor. Después, no volvió a hablar de aquel asunto. Era prudente callar en beneficio de Joseph, empeñado en comportarse de manera civilizada para pretender a Cecilia.

Livia acomodó las rosas sobre el nombre de Alma y se incorporó con ayuda del esposo. El viento ululaba a través de los troncos desnudos con una furia que parecía desatar demonios.

Dejó salir una duda que la carcomía desde hacía tiempo.

—¿Ella... está aquí mismo?

—Su cuerpo fue el único que devolvió el mar aquel día —respondió lacónico él.

—Dile lo que quieras —lo animó ella.

Jeremías clavó sus ojos en la tumba y luego los elevó al cielo ceniciento.

—Alma, con el corazón te pido que me perdones el dolor que te he causado —la voz le temblaba un poco, quizá por el frío—. No he sido yo mismo todo ese tiempo, no supe escuchar lo que mi conciencia debió dictarme. Ha de ser porque no tengo conciencia.

—No divagues, dile lo que vinimos a decirle —lo reconvino Livia.

Jeremías esbozó una sonrisa. Podía entrever el futuro que lo aguardaba, con una salvaje de las pampas capaz de acarrear leña con un hijo entre las piernas, como ella decía.

Una mujer a su altura, para medirse con ella.

Para perderse en ella.

—¿No dices más? —Se intrigó Livia al no escucharlo, y descubrió que él la miraba con intensidad—. ¡Jeremías!

—Perdona, me distraje —bromeó él, pero ella estaba seria.

—Queremos que Alma descanse en paz, que su espíritu pueda por fin ir a su morada. Es lo justo, después de tanto que ha sufrido.

—Tienes razón, soy un desconsiderado. Volveré a empezar.

Las ráfagas arreciaron y comenzó a caer una nevisca fina que los cegó un poco.

—Apúrate, me estoy congelando.

Eso dio alas al pensamiento de Jeremías.

—Cecilia será mi hija hasta que Dios disponga —dijo con voz embargada de emoción—. Por todo lo que hiciste por ella y por mí, que no supe apreciar, es que ahora juro ante tu tumba que velaré por Cecilia mientras tenga vida, será la niña de mis ojos y lograré que sepa, del modo que sea posible en su condición, cuánto la amaste y la sigues amando aun en el mundo de las ánimas, del que viniste para recordármelo. Querida Alma —y no dudó en llamarla así, dada la generosidad ilimitada de Livia—, puedes marcharte en paz y gozar del merecido descanso de los espíritus que velan por los suyos, por mucho que les cueste mantenerse de este lado. Tu bendición es lo que necesito para emprender nueva vida con esta mujer a la que supiste distinguir como la verdadera luz en mi camino.

Un remolino de hojas sueltas subió hacia el ramaje desnudo, donde los cuervos seguían graznando, pese a lo inhóspito del clima. Ambos tuvieron la sensación de que se les nublaba la vista al contemplar deshojarse las rosas, sus pétalos esparcidos por doquier, en brazos de una brisa que contrastaba la fuerza del viento huracanado.

—Mira —susurró hipnotizada Livia, y vieron cómo los pétalos se alejaban en pos de otro aire que parecía sobrenatural. Al desaparecer el último, la brisa se esfumó y la quietud se apoderó del lugar.

—Se ha ido —exclamó pasmado Jeremías.

—Está en paz —confirmó Livia, sonriendo entre lágrimas.

—Gracias a Dios.

Permanecieron un rato tomados de la mano, embebidos de la magia del momento, sabiendo que lo que habían visto marcaba el final de una vida y el comienzo de otra, una en la que contarían para siempre con la bendición de Alma. La melancólica mujer a la que su viudo ofrecía rosas rojas exigiendo pruebas de sangre ya era solo una piedra en el antiguo cementerio, un nombre borroneado por la nieve. El espíritu había roto, por fin, las cadenas que lo retenían del lado de los que luchan y sobreviven.

Livia alzó el rostro hacia las nubes cargadas de nieve. Elevó en su mente una plegaria de gratitud a la mujer que le confió lo más preciado que tuvo. Algún día, Cecilia sabría que su madre había sido protagonista en la felicidad que le tocaba vivir.

Y el mar ya no rugiría borrascoso en Newport, porque si otro espíritu se arrimaba alguna vez a Blue House sería mensajero de las bendiciones del Más Allá.

FIN

## NOTA DE LA AUTORA

La atmósfera de lo que luego se llamó «espiritismo» impregnó gran parte de la Nueva Inglaterra de entonces en los Estados Unidos, y atrajo a destacados personajes de la literatura, la filosofía y la política.

Los médiums que figuran en esta novela han existido todos, salvo uno, que está inspirado en otro que también existió.

*La salvaje de Boston* rinde homenaje a mis lecturas juveniles, repletas de mansiones victorianas con pinceladas góticas. También es el fruto de un viaje inolvidable que removió todos aquellos recuerdos.

Espero que el lector la lea con la misma pasión con que yo devoraba mis novelas de antaño.



## AGRADECIMIENTOS

A Emilce Cordeiro, anfitriona y amiga en Framingham State University (FSU), que me llevó a recorrer los lugares que describo en este libro y estuvo pendiente de mí todo el semestre.

A Linda Vaden-Goad, vicepresidente de FSU, que apoya la cultura más allá de las fronteras, se interesó por Sarmiento y sus maestras, y me confió los cursos de otoño.

A Javier Cevallos, presidente de FSU, y a su esposa Joséé Vachon, por su hospitalidad.

A Jane Decatur, que estuvo en todos los detalles de Foster Hall.

A Margie Sudmyer, por su atención.

A mis colegas Lauren Taylor Fernandes, Carol Shriber, Mary-Ann Stadtler-Chester, Juliana Luna Freire, Laura Connor, Mark Perlmutter, Ben Alberti y Michael Wong-Russell, que hicieron de mi estadía un recuerdo imborrable.

A mis queridos alumnos Katherine Morrison, Amy Díaz, Carolyn Mase, Julie Fabbo, Alyssa Tribus, Sara Connors, Michelle Vélez, Nicole Strandson, Emily Rockwood, James Ries, Lisa Lavezzo, Amelia Jacob, Katherine Dimitriou y Elizabeth August, que enriquecieron mi experiencia docente. Siempre los recordaré.

A Nora Otero, Carola Mallol y Hernán Jara, Pedro y Elena Morgan, Lidia Umaschi, Silvia y Mario Franco, Jean Janecki y Alberto Delloca, mis nuevos amigos en Massachusetts.

A Michele Dávila Goncalvez y Kenneth Reeds, de Salem University.

A Joseph Foley, que me ayudó a desentrañar los secretos de la sociedad bostoniana.

A mi familia, por su incondicional apoyo en este viaje.

A las amigas que me mantuvieron ligada al Río de la Plata durante mi ausencia.

A Inés Maidana, por su cariñosa vigilia.

A mi lectora Adriana Pereira, de Santa Fe, que compartió conmigo vivencias y emociones ligadas a estos temas.

A Gelly, un espíritu guía.



GLORIA V. CASAÑAS (Buenos Aires, Argentina, 1964), ciudad en la que vivió siempre.

Escribir es una actividad que la acompaña desde pequeña. Así fue acumulando poesías y cuentos que, de a poco, la llevaron hacia su género favorito, la novela.

Siempre dividida entre la escritura y el estudio, Gloria se recibió de abogada en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeña como docente en la cátedra de Historia del Derecho Argentino. Pudo así satisfacer su otra vocación: la enseñanza.

Sin embargo, todo cuanto escribía permaneció en el más absoluto secreto hasta que, a raíz de su participación en foros de lectura, se atrevió a presentar la que fue su primera publicación, «En alas de la seducción».

A partir de esta novela, que fue muy bien recibida por los lectores, Gloria concentró sus esfuerzos en continuar por el camino que siempre había soñado recorrer, y volcó en sus libros tanto su interés por el pasado, como su amor por la naturaleza.

Hoy ha hecho de aquella pasión temprana una profesión.